

Ni un segundo más

Trilogía *Conj de...*
Vol. 3



Lucía Blanco

Ni un segundo más

Trilogía *Con J de...*
Vol. 3

Primera edición en digital: *Ni un segundo más*

Trilogía: *Con J de...* volumen 3

Agosto 2021

Lucía Blanco ©

Corrección: Raquel Antúnez

Maquetación: Raquel Antúnez

Diseño de portada: Roma García

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Dedicado a mi hija Lucía. En Julia está representada su valentía en la lucha, su chispa y su corazón de oro.

Capítulo 1

—¿Joseph? —conseguí pronunciar su nombre pese al temblor de mi voz. Esa vez fue más claro. Pudimos darnos cuenta de que quería hablar sin ser consciente del tubo que tenía en su garganta y, aturdido, intentó mover la mano para ver qué se lo impedía. Se la agarré, frunció el ceño, movió lentamente la cabeza hacia los lados e intentó abrir los ojos. Un nuevo gesto de dolor hizo que se quedara quieto, y yo, con los ojos llenos de lágrimas, miré a Marcos, que parecía estar paralizado.

—Hola, mi niño —conseguí hablar a la par que lloraba—, hola, mi niño —repetí besando su frente.

Pudimos ver otro leve movimiento y consiguió entreabrir los ojos, vacilante, levantó su mano y rozó mi cara. Cerré los ojos, feliz. Pese a mis intentos por parar, seguía llorando. Miraba a Marcos con una enorme sonrisa bañada en lágrimas.

—Hay que avisar al doctor Gunnar —dijo saliendo de su estupor.

No tardó ni cinco segundos en aparecer. Joseph parecía haberse vuelto a dormir y no sabía si eso era buena o mala señal; agarré su mano nuevamente, pero no había mostrado más actividad.

—Señor Levi —dijo en voz alta mientras con una linterna encendida apuntaba al ojo de Joseph que mantenía abierto con su otra mano. Movié la linterna varias veces, la apagó y la encendió sobre su ojo derecho—. Señor Levi —repetió haciendo la misma maniobra en su ojo izquierdo. Marcos y yo lo mirábamos sin respirar. Intentaba valorar la expresión de su cara, pero su seriedad no me resultaba especialmente tranquilizadora.

»Señor Levi —insistió aún más alto tocando su cara—, ¿me oye, señor Levi? —Otro leve movimiento fue su respuesta, y tanto Marcos como yo soltamos a la vez todo el aire que teníamos dentro. Intentó abrir los ojos y un gesto de dolor apareció en su cara al intentar mover la cabeza.

»Señor Levi —siguió hablando en voz alta el doctor Gunnar—, por favor, no intente hablar. Con un gesto dígame, ¿sabe dónde se encuentra? —Un tenso silencio llenó el cubículo y cuando me di cuenta yo estaba moviendo los labios dictándole la respuesta.

»¿Sabe dónde está, señor Levi?, ¿está en su casa? —Tardó unos segundos, pero su cabeza se movió levemente hacia los lados, a la vez que yo negaba también con la mía.

»¿Está en un hospital? —siguió preguntando. Volví a contener la respiración, pero esta vez no tardó tanto en responder y asintió a la par que yo.

»¿Hay alguien con usted? —Mis dientes se clavaron en mi labio tan pronto oí la pregunta que el doctor Gunnar le hizo mirando hacia mí. Asintió al instante, y yo di semejante suspiro que por un momento temí haber dejado sin aire el resto del cubículo.

»¿Sabe quién es?, ¿se llama Ana? —Negó al instante con la cabeza—. ¿Carmen? —Volvió a negar, y yo lo miraba empezando a cabrearme. «¿No pretenderá hacer un repaso de todo el santoral?», pensé bufando para mis adentros.

»¿Se llama Julia? —Mi corazón volvió a dejar de latir al oír esa pregunta. Vi cómo sus labios se intentaban curvar en un amago de sonrisa cuando asentía. Marcos me abrazó y, en silencio, rompí a llorar de alegría.

»Dentro de un par de horas lo valoraré de nuevo —habló el doctor Gunnar al ver que Joseph parecía haberse vuelto a dormir—. De momento, todo parecer ir bien, pero tengo que hacerle una exploración neurológica más completa. Lo que vamos a hacer ahora es empezar a dejar que respire por sí mismo pese a mantenerlo conectado al respirador. Si lo consigue, y no se presenta ningún problema, lo extubaremos.

Marcos aprovechó ese paréntesis para sacarme a rastras del cubículo y hacerme cenar un poco. Me había olvidado de ellos, pero

seguían ahí, dando vueltas alrededor los unos de los otros. Se abalanzaron a nuestro alrededor y hubo más de una lágrima de emoción cuando Marcos les relató el leve despertar de Joseph; mientras yo tragaba dos bocados, aprisa y de mala gana, todos quisieron seguir esperando para ver si las noticias seguían siendo buenas.

Aún no habían pasado las dos horas cuando el buen doctor apareció de nuevo. Joseph seguía tranquilo y, en apariencia, dormido.

—Señor Levi, ¿me oye? —volvió a preguntar sentándose en su cama y tocándole la cara—. Venga, señor Levi, ya ha dormido suficiente —habló repitiendo la maniobra de apuntar con una linterna encendida a los ojos de Joseph. Parpadeó molesto e hizo el ademán de girar la cabeza, pero paró con un claro gesto de dolor.

»¿Le duele la cabeza? —preguntó el doctor sin tener necesidad de elevar tanto el tono de voz. Joseph asintió.

»Eso es normal, no se preocupe; para eso están los analgésicos. Pero ahora vamos a ver si es capaz de respirar por sí solo —le indicó y, auscultándolo, nos mandó salir con un gesto.

La que no pude respirar hasta que nos dejaron entrar de nuevo fui yo y, cuando entramos y lo vimos sin el tubo que antes salía de su garganta, tanto Marcos como yo contuvimos la respiración hasta que vimos que su pecho se movía con total normalidad, aunque tuviera la ayuda de unas gafas nasales. Aún no sabía cómo estaría todo lo demás, sin embargo, tenía la sensación de que habíamos dado un paso de gigante. Me acerqué y, tras un permiso mudo del doctor, pude besar sus labios, entreabiertos, y me supo a gloria. Consiguió abrir los ojos, unos segundos y su boca se movió. Grandes lagrimones comenzaron a rodar por mi cara al darme cuenta de que intentaba pronunciar mi nombre.

—ulia..., ulia... —no conseguía decirlo bien, pero a mí me daba igual.

—Estoy aquí, mi niño, estoy aquí, a tu lado, como te prometí, te quiero, mi niño, te quiero. —Me costaba trabajo hablar con tanto sollozo y tenía que parar para respirar cada dos segundos.

Sus grandes y espesas pestañas se movieron lentas, intentando abrir los ojos.

—ulia... —repitió en un murmullo ronco.

—Estoy aquí, mi niño, estoy aquí —repetí, lo volví a besar y, con suavidad, me abracé a él para que pudiera sentirme—. Joseph, mi amor, estoy aquí, contigo, siempre contigo. —Me había olvidado de la presencia de Marcos y del doctor, y un leve carraspeo por parte de Marcos me lo recordó.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar el doctor Gunnar tras guardar un prudente silencio.

—Hos.... ital —balbuceó con dificultad.

—¿Quién está aquí con usted?

—ulia...

Saltaba de alegría al oírlo. Parecía mentira que una palabra mal dicha pudiera traer tanta felicidad.

—¿Recuerda lo que le pasó?, ¿le duele algo? —volvió a preguntar.

Hizo ademán de asentir, pero paró con un gesto de dolor.

—Ca... eza —volvió a balbucear.

—No se preocupe, es normal. Ahora le pondrán algo para el dolor; descanse, todo va bien. —Y, dirigiéndose a nosotros en un tono más bajo, continuó—. Antes de salir de guardia volveré a valorarlo. Si hay alguna novedad avisen, pero parece que, afortunadamente, todo sigue su curso.

—Pero —hablé bajito— no habla bien.

—Ah, eso no me preocupa —añadió relajado volviendo a limpiar sus gafas—. Es más por la confusión que provocan los sedantes que por otra cosa. Las pupilas son normorreactivas, está orientado, reconoce..., en resumen, parece que todo va bien, pero aún no está en condiciones de un examen neurológico más exhaustivo. Dejemos que descanse esta noche y mañana, tan pronto como se despierte, me avisan, y lo examinaré con más detenimiento.

Un agotado Marcos se fue, una para descansar y otra para que los demás también se fueran con él para casa. Hasta el día siguiente esperábamos no tener ninguna novedad y empezábamos a albergar más esperanzas de que, al final, todo iba a salir bien.

Capítulo 2

Por fin nos quedamos a solas. Tenía pensado decirle tantas cosas, quería decirle tantas cosas y, sin embargo, era incapaz de pronunciar una sola palabra. Me limité a apretarle la mano en nuestro código secreto: dos apretones, pausa, tres apretones más. Mi sonrisa estuvo a punto de partirme la cara en dos cuando noté, aunque débilmente, su respuesta: dos leves apretones, pausa y tres débiles apretones más. Lo miré y en la penumbra pude ver cómo él, pese a tener los ojos cerrados, también sonreía. Respiré hondo y llena de felicidad me dormí. Dormimos toda la noche y cuando desperté tenía la mano entumecida de estar tanto tiempo en la misma posición; ni durmiendo nuestras manos se habían soltado. Me levanté despacio y me desperecé. De repente, me di cuenta de que el mundo seguía allí y que volvía a ponerse en marcha, pero un leve gemido me hizo volver rápidamente a su lado. Esa vez consiguió abrir sus hermosos ojos y pude volver a verlos después de tantos días de sufrimiento. Clavó su mirada en mí como si me quisiera envolver en ella. Yo, para variar, empecé a llorar.

—Hoo... la, mi ni... ña. —Tenía la voz algo ronca y aún le costaba hablar, pero noté cómo ya había mejorado.

—Hola, mi niño —contesté a la vez que sorbía los mocos—, te quiero.

—Y yo..., graaciass *or* estar aquí —balbuceó.

—Ya sabes que, por ti, lo que haga falta y más. —Reía y lloraba a la vez mientras lo besaba suavemente; entreabrió los labios y dejó escapar un ronco gemido.

Sintiéndolo mucho, tuve que parar ese ansiado momento para avisar al médico, que lo examinó con calma.

Le hizo contar varias series de números, le preguntó dónde estaba, qué mes era, cómo se llamaba, cómo me llamaba yo, le volvió a mirar las pupilas, seguir su dedo con la mirada, apretar las manos, hacer fuerza con brazos y piernas, pruebas de fuerza, de reflejos, de coordinación...

Cuando al fin se dio por satisfecho, me dolía todo el cuerpo de lo tensa que había estado contemplando su examen.

—Francamente, tengo que decir que estoy gratamente sorprendido por su rápida recuperación —empezó a hablar tras volver a limpiar sus gafas y sentarse en un extremo de la cama—. Está un poco bajo en cuanto a tono muscular, pero es normal, se recuperará en cuanto empiece a moverse.

—Le duele mucho la cabeza y aún le cuesta hablar —apunté preocupada.

—Eso también es normal —contestó serio—, incluso se puede quedar con dolores de cabeza de manera permanente. Pero, dada su capacidad de recuperación, me inclino a pensar que irán desapareciendo paulatinamente, al igual que la dificultad para pronunciar ciertos sonidos.

Se quedó en silencio mirándolo un rato. Joseph apenas se había movido, y yo sabía que se encontraba incómodo con tanto toqueteo.

—¿ *Fueedo* ir a caasa? —habló ronco.

—Bueno, de momento, eso tendrá que esperar —respondió mirándolo con una sonrisa—. Vamos a empezar por valorar la tolerancia a la alimentación y a comenzar su movilización.

—¿ *Dusha* ? —le interrumpió.

—Hoy es domingo —comenzó a hablar el doctor Gunnar tras meditar unos segundos—. Si no se presenta ninguna complicación, mañana le retiraremos el vendaje y, si no se marea, podrá darse una ducha rápida sentado e incluso empezar a ir al baño, pero, de momento, nada más. Lo que podemos hacer es esta tarde subirlo a una habitación individual para que esté más cómodo y comenzaremos por darle líquidos para que pueda empezar a beber.

—¿Cuántos díaas? —insistió echándose la mano a la garganta en un claro gesto de dolor.

—Veremos cómo va todo hasta el viernes y entonces podremos hablar de dejarlo ir para casa bajo ciertas condiciones. Pero no se apure. —Se levantó y se situó frente a él—. Señor Levi —habló con voz solemne—, aunque no lo crea, ha tenido usted mucha suerte. Si no hubiera girado la cabeza en el momento del disparo, la bala le habría atravesado el cerebro de un lado a otro y le aseguro que ahora no estaríamos aquí hablando. Con ese giro, usted consiguió que la bala entrara tangencialmente en su cabeza y que penetrara solamente un centímetro en el interior de su cerebro, minimizando los posibles daños. Creo que es algo que algún día lo deberían celebrar. —Se me encogió el corazón al pensar lo que pudo haber sido y, afortunadamente, no fue. Por más que lo intenté, no pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas. Noté cómo su mano buscaba la mía y me la apretó suavemente mientras yo tragaba saliva intentando no llorar.

»Voy a mandar que le traigan algo de agua, que se la tomará, al principio, con un espesante para evitar atragantamientos y broncoaspiraciones, y empezaremos a sentarle. Si todo va bien, hoy

a la tarde lo subirán para una habitación que el doctor Figueroa ya le tiene reservada. A partir de mañana, vamos a empezar a dejar esa herida al aire, ¿de acuerdo? —comentó tras levantar el pequeño vendaje y contemplar la herida de Joseph.

Con gesto serio, hizo un leve gesto de asentimiento, quizás pensando en lo que podría haber pasado. Murmuró algo en voz baja, pero ni el doctor ni yo lo entendimos.

—¿*Fara* ir al baño? —lo tuvo que repetir y se sintió tan incómodo que hasta habló más rápido.

—De momento no le hace falta. Vamos a esperar a que empiece a beber y, si no surgen problemas, antes de subirlo a su habitación le retirarán la sonda y mañana podrá empezar a ir al baño, siempre y cuando no se maree. Bueno... —Suspiró cansado—. Me voy a casa. Vendré mañana de nuevo y he dado orden de que me llamen en caso de ser necesario, que no creo —se apresuró a vaticinar.

Tan pronto se fue el doctor le di un fuerte beso para celebrar tan buenas noticias. Levantó su mano y me acarició la cara; cerré los ojos y suspiré de satisfacción, ni yo misma era consciente de que lo necesitaba tanto hasta que pasó lo que pasó.

—Tee quiiieero, lo sabees, ¿verdad? —habló lento y con dificultad, pero a mí me parecieron las palabras más maravillosas que había oído en mi vida.

—Yo más, también lo sabes, ¿verdad? —Aún con los ojos llenos de lágrimas lo besé como hacía tiempo que no podía hacerlo. Mis labios rozaron los suyos y la punta de mi lengua los acarició con suavidad. Cerró los ojos por unos instantes y un suspiro de satisfacción salió de su garganta. Cuando los abrió y me miró me quedé sin respiración ante la intensidad de su mirada.

En ese momento, entró una enfermera con su primer alimento en muchos días, un hermoso vaso de agua gelificada.

—Para que no se atragante —le explicó la enfermera al ver su cara —. Si le sienta bien, al mediodía le daremos un yogur —habló como quien dice que le iba a traer un delicioso manjar.

—¿Tienes hambre? —pregunté mirando su «apetitoso» desayuno.

—No —contestó cansado.

—Pues vas a tener que comer, has adelgazado —comenté.

—Tú también. —Y, tras tragar sin problema tres buenas cucharadas de esa gelatina de agua, se quedó dormido.

Seguía durmiendo cuando apareció Marcos, que se abrazó a mí en silencio. Al parecer, el doctor Gunnar lo había llamado y ya estaba al corriente de todo. Mientras permanecemos abrazados pude sentir cómo la tensión que había ido acumulando esos días también empezaba a abandonar su cuerpo y los dos, para no despertar a Joseph, lloramos en silencio hasta que nos hartamos. Durmió buena parte de la mañana, y los dejé a solas tan pronto se despertó; ambos se lo merecían. Llevaban vividas demasiadas cosas y se querían demasiado para interferir yo en un momento tan importante.

—Gracias —fue lo único que dijo cuando salió a buscarme. Miré su cara y pude darme cuenta de que había estado llorando.

Cuando entré y vi los ojos de Joseph llenos de emoción supe que había hecho lo correcto. Despacio, entre Marcos y yo, lo sentamos en la cama y lo mantuvimos así un buen rato por miedo a que se mareara. Su cara estaba pálida y hacía un gesto de dolor cada vez que se movía.

—La cabeza —habló sin tanta dificultad.

—Eso es normal, Joseph, ya te está haciendo falta el analgésico —lo tranquilizó Marcos.

Cuando conseguimos ponerlo en pie para sentarlo en el sillón tuve la sensación de que, o bien había crecido, o yo había menguado más si cabía; se sentó con gesto cansado.

—Tranquilo, también es normal que al principio te sientas así, pero poco a poco irás recobrando la fuerza —fui yo la que lo tranquilicé.

Hablaba por experiencia propia; sabía lo que era levantarse por primera vez tras una operación. Parecía que todas las fuerzas que te ayudaron a afrontar ese difícil momento te abandonaban y te sentías completamente desmadejado.

Su «deliciosa» comida llegó en forma de yogur que tomó de mala gana. Se sentía incómodo con tanto cable, con el dolor de cabeza tan persistente, con verse tan débil... y mejor no hablar de la puñetera sonda, cuando fue consciente de que la tenía puesta casi le da algo.

—Es inútil que protestes, Joseph —Marcos le habló con aire indiferente cuando volvíamos a meterlo en la cama—. Te la quitarán por la tarde, antes de que te lleven para la habitación. Julia y yo vamos a salir a comer algo un momento, ¿necesitas algo? —le preguntó dando el tema por zanjado.

—Una cabeza nueeeeva y estar sin eso —insistió enfadado.

—Pues eso se solucionará pronto, pero lo de la cabeza me temo que ya es tarde para cambiarla —bromeó.

—Pues a mí me parece perfecta —bromeé— y de lo del baño ya me encargaré yo cuando llegue el momento —susurré bajito besándolo y mirando de reojo a Marcos por si me había oído. Me miró y una sonrisa iluminó su cara—. ¿Estas cómodo?

Asintió; antes de que abandonáramos el cubículo ya se había quedado dormido.

Esa fue la primera vez que comía medianamente normal desde que estábamos en el hospital. La ensalada y la pechuga de pollo con arroz blanco me supieron a gloria, cuando terminé parecía que mi estómago iba a reventar por la falta de costumbre, y Marcos me miró satisfecho.

—Ya hablé con todo el mundo y ya saben lo bien que está Joseph. No sabes cómo se alegraron al oírlo, pero tuve que ponerme serio para que no aparecieran aquí todos en tropel. Les pedí que esperaran a mañana para venir a verlo, ya que es importante que esté tranquilo y se recuperé bien —dijo emocionado.

Puse mi mano en su brazo, pero el sonido de mi móvil nos interrumpió.

—Es Mark —lo tranquilicé al ver su ceño fruncido.

—Hola, Julia, antes de nada, quiero que sepas lo contentos que estamos todos con lo de Joseph. Nunca había visto a César tan feliz. —Su voz sonó alegre.

Sonreí y miré a Marcos, que, al poner el altavoz, escuchaba la conversación y asentía satisfecho.

—Lo sé, Mark, lo sé —contesté—. Mañana ya podréis venir a verlo y...

—Eso ya lo sé —me interrumpió—, pero no te llamo por eso. —Su tono de voz cambió, enarqué las cejas y mi silencio fue lo bastante elocuente—. Necesito saber cuándo y qué le podemos pasar de información al periodista ese.

—Mark, eso mejor que lo hables con César y decidirlo entre los dos —interrumpí ya con el pulso acelerado—. Joseph va bien y dentro de unos días se le podrá contar algo de todo esto, pero de momento es mejor que lo mantengamos al margen para que pueda estar tranquilo.

Miré a Marcos para ver si estaba de acuerdo en lo que había dicho y un nuevo gesto de asentimiento me lo confirmó.

—Hablando de Joseph..., debes saber algo.

—¿Qué? —pregunté nerviosa ante la mirada preocupada de Marcos —. ¿No me digas que están planeando hacer...? —No me atreví ni a decirlo y, nerviosa, empecé a frotar mi frente.

—Alguien desde el hospital está filtrando los informes médicos de Joseph y sí, no descartan volver a intentarlo de nuevo, si al final...

—¡Qué! —repetí hasta que mis pulmones se quedaron sin aire.

—Puedo averiguar desde dónde se envían, pero eso me va a llevar un tiempo...

—Mark, te llamo dentro de un momento —le interrumpí y colgué. Me quedé mirando a Marcos, que se había quedado boquiabierto—. Marcos, alguien les está pasando los informes médicos de Joseph desde este hospital —repetí en voz alta lo que ambos habíamos oído— y si se enteran de que se va a recuperar...

No me dio tiempo a seguir hablando, pues se levantó y salió disparado sin decirme nada. Atónita, me quedé esperando, sin saber qué pensar y más cuando lo vi aparecer con la carpeta que anteriormente vi en manos del doctor Gunnar. La puso sobre la mesa y respiró aliviado.

—No pensarás que es él...

—No —contestó jadeante por la carrera que se había pegado—. Pero creo que ambos sabemos quién puede ser.

—¿Y ahora qué podemos hacer con esto? —pregunté señalando la carpeta que había traído.

—De momento, está solucionado. Sé cómo trabaja Jonas; cuando sale de guardia, y está muy cansado, deja al personal del control las

órdenes por escrito, pero espera a volver para meter todo en la historia del paciente. Tiene miedo de que el cansancio le haga cometer fallos y prefiere esperar y hacerlo con calma.

—Pero...

—No te preocupes, él no se va a atrever a venir y a preguntar directamente. Esperará a poder acceder a la historia de Joseph por el ordenador, ya que también sabe cómo trabaja Jonas.

—Pero cuando venga mañana... —razoné cuando me pude tranquilizar.

—Hablaré con él, y ya pensaremos lo que vamos a hacer con calma. Ahora descansa aprovechando que él duerme. Ya hablo yo con Mark y le diré que dé con quien está filtrando la información.

—Hijo de puta, hijo de la gran puta —exclamé enfadada—. Si lo tengo delante te juro que le hago tragar todo lo que tiene de marca, desde su puta pluma, su puto reloj...

—Ya, Julia, ya me hago una idea —interrumpió mi momento psicótico posando su mano en mi hombro. En ningún momento salió su nombre a relucir ni falta que hacía. El hombre al que yo me estaba imaginando con la pluma atravesada en su garganta y el reloj en su estómago era, sin duda alguna, al ínclito doctor Rafael Montes.

»Hacia media tarde volveré por aquí, me gustaría estar cuando suban a Joseph a la habitación, si a ti no te importa... —Se quedó mirándome temeroso de molestar.

—Por favor, Marcos, no digas tonterías —bufé sonriendo—. Te estaremos esperando.

Y, tras un cariñoso beso, cogió la carpeta del doctor Gunnar y se fue.

Mi cerebro estaba en modo zen porque, fue llegar al cubículo, comprobar que Joseph dormía plácidamente, y dormirme yo también. Me desperté sobresaltada y con el corazón a cien. En mi sueño, una sombra se acercaba a la cama de Joseph y de ella emergía una cara, la del imbécil de Montes. Menos mal que no me desperté chillando, sin embargo, estaba tan nerviosa que tuve que ir al baño a lavarme la cara. Me miré en el espejo aún asustada al mismo tiempo que recogía mi pelo en la mínima coleta que ya tenía, y la imagen de él, y su pluma atravesada en su garganta, me pareció reconfortante...

Capítulo 3

—Juuulia, ¿estás?

Salí disparada del baño sin darle tiempo ni a que acabara la frase. Vi cómo sus ojos me buscaban frenéticos recorriendo el cubículo.

—Estoy aquí, mi niño, estaba en el baño. —Lo besé suavemente en los labios y, relajándose, cerró los ojos—. ¿Cómo estás?, ¿te duele la cabeza? —le pregunté sentándome a su lado con su mano entre las mías.

Asintió levemente y se intentó tocar la cabeza con la mano, pero se lo impedí.

—Pica —protestó.

—Está curando y no te la puedes rascar —le expliqué cariñosa.

—¿Cómo estoy? —Me miró serio palpándose el otro lado de la cabeza.

—Poniendo de moda un nuevo corte de pelo —bromeé—. No te preocupes, a mí me gustas de todas las maneras, cuando salgamos de aquí ya decidirás lo que quieres hacer. Si cortártelo todo o esperar a que te crezca del lado de la cicatriz —proseguí al ver su ceño fruncido.

—Tienes cara de cansada y una ojeras enormes —comentó mirándome serio.

Lo volví a besar.

—¿Qué pasa?, ¿ya no te gusto ahora que parezco un mapache huesudo?

Sonrió bajo mis labios y me llenó de felicidad el simple hecho de ver, de nuevo, su sonrisa deliciosamente escalofriante.

—Sabes que eso no pasará nunca; aun cuando parecías un camaleón multicolor me volvías loco. —Le costó hablar tanto, pero me tranquilizó el ver que recordaba todo perfectamente y que cada vez pronunciaba mejor—. Bésame —me pidió con voz ronca—, pero bésame bien.

Sonreí y lo hice. Entreabrió su boca y mi lengua se unió a la suya suave y lentamente mientras un dulce gruñido escapó de su garganta e inundó mi cuerpo. No pude evitarlo y mis ojos se llenaron de lágrimas ante la intensidad de nuestros sentimientos. Paré de besarlo, sepultando mi cara en su pecho, y me rodeó con sus brazos como buenamente pudo. Sabía que aquello no era lo que a él le hacía falta, pero no pude evitar llorar. Me sentía tan segura entre sus brazos que ya no era necesario seguir haciéndome la fuerte. Lloré en silencio, dejando escapar con mis lágrimas todos mis miedos, mis temores y mis angustias..., todos menos uno.

—¿Qué te pasa, Julia? —consiguió decir limpiándome la cara.

—Nada, Joseph, solo es la alegría por verte bien —mentí.

Me observó fijamente, y no pude mantener la mirada.

—Julia, por favor, no me mientas —insistió suavemente agarrando mi mano—. Si me quieres, no me mientas.

Me miró con sus enormes y hermosos ojos, sin pestañear; me desarmó por completo, y bajé la cabeza avergonzada.

—Yo tengo la culpa de todo lo que sucedió —solté de repente y sin pensarlo más.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó tras unos segundos de estupor.

Sin entrar en muchos detalles, le conté que Mark había encontrado unos mensajes que parecían relacionar lo que me había pasado con Tomás Castillo. Su gesto se endureció y, aunque no me preguntó nada, pude comprobar que se acordaba de su nombre porque había salido a relucir con motivo de mis discusiones telefónicas con Carlos.

—Lo siento, Joseph, parece que todo empezó como una venganza contra mí y mira todo lo que ha pasado. Perdóname —supliqué llorosa—, si hubiera hecho las cosas de otra manera...

Clavó la mirada en el techo con gesto serio, mientras yo lo miraba entre lágrimas.

—Joseph, lo siento, y sé que no es momento para hablar de esto, pero quiero que sepas que entenderé si...

No pude seguir hablando y me mordí el labio hasta hacérmelo sangrar.

—¿Si qué? —preguntó mirándome de nuevo.

—Si..., si quieres que me vaya. —Solté el poco aire que me quedaba en los pulmones con la última palabra que, a duras penas, conseguí decir entre sollozos.

Intentó levantarse, pero se lo impedí sujetándolo por los hombros, y me miró asustado.

—Por favor, Julia, no vuelvas a decir eso ni en broma. Yo sin ti no podría...

Esta vez fue él el que no pudo seguir hablando. Su voz se quebró de la emoción y sus ojos se llenaron de lágrimas. Agarré su cara y lo besé una y otra vez, hasta que ambos nos serenamos y dejamos de llorar.

Tenía ganas de cantar, de saltar, de gritarle al mundo que era, de nuevo, la persona más feliz sobre la faz de la tierra y respiré pletórica. Todo seguía bien entre los dos; lo demás había dejado de importarme. Estaba convencida de que, de una forma u otra, todo se arreglaría. La Julia decidida y segura apareció de nuevo y, tras remangarse furiosa, empezó a dar hostias con la mano abierta a Las tres Marías, al fantasma de Tomás Castillo, al imbécil de Rafael Montes y se quedó esperando a que apareciera algún gilipollas más, pues se sentía con fuerzas y ganas de darle a todo el que se le pusiera por delante.

Marcos estaba tan impaciente como yo porque tuvo el tiempo justo para ir hasta casa y poco más, ya que en menos de dos horas estaba de vuelta. Entre los dos volvimos a sentar a Joseph en el sofá y ambos nos dimos cuenta del tremendo esfuerzo que eso le suponía. Cuando se sentó tenía la frente llena de pequeñas gotas de sudor que me apresuré a secar. Bebió casi medio vaso de agua a pequeñas cucharadas, junto con medio yogur, y se quedó nuevamente dormido.

—Julia, lo que has hecho es una solemne tontería —me recriminó entre susurros para no despertar a Joseph—. Lo último que necesita en estos momentos es ponerse nervioso o preocuparse por algo —siguió protestando, mirando de reojo a Joseph, que descansaba plácidamente en el sofá—. Además, ya te dije que era una estupidez que pensaras que Joseph te iba a culpabilizar de algo y mucho menos que te fuera a dejar —refunfuñó, realmente enfadado.

Miraba a Marcos, que estaba fuera de sí, y supuse que, si no llegamos a estar delante de Joseph, sus gritos se hubieran oído en todo el hospital. No podía dar crédito a que le hubiera hablado ya del famoso tema.

—Lo siento, Marcos —me disculpé también entre susurros—, pero Joseph me conoce tan bien que se dio cuenta de que me pasaba algo, y fui incapaz de mentirle. De todas maneras, tal y como se lo conté, estoy segura de que conseguí no preocuparlo ni ponerlo nervioso porque no me hizo ninguna pregunta más al respecto.

Me miró con expresión dubitativa, pero nuestra sigilosa conversación se interrumpió al ver que Joseph se despertaba. Volvió a «beber» y tomó otro poco de yogur. Conseguimos que, apoyado entre Marcos y yo, diera un par de pasos vacilantes por el cubículo. Me gustó sentir sus labios en mi pelo mientras lo estábamos haciendo.

—Ni se te ocurra hacérmelo a mí, si no quieres que te deje caer —bromeó Marcos, al que parecía habersele pasado el cabreo.

Un gesto de dolor cortó la risa de Joseph, pero a mí me sonó a música celestial. Acabábamos de meterlo de nuevo en la cama cuando entró un médico a preguntarnos cómo había pasado la tarde. Marcos lo puso al día de los avances. Tomó nota de todo, anotó su diuresis, le volvió a hacer una pequeña exploración y puso cara de satisfacción.

—Creo que podemos seguir las instrucciones que dejó por escrito el doctor Gunnar; dentro de poco vendrán a retirarle la sonda y lo subirán a su habitación. De momento, seguirá monitorizado y se le mantendrá la vía hasta que empiece a comer con normalidad —puntualizó.

Solo me faltó dar palmas con las orejas de la alegría que me llevé al oír sus palabras. Como todo quedaba siempre pendiente de un «si todo va bien», «si no hay ningún problema», siempre me quedaba con el temor a no poder dar el siguiente paso.

A las ocho de la noche un enfermero entró y, tras retirarle las gafas nasales, nos pidió que saliéramos.

Me costó que Joseph soltara mi mano, pero, por más que insistí para quedarme con él, se mantuvo en sus trece y me tuve que unir a Marcos, que ya esperaba fuera. No quería ni imaginar la vergüenza que estaría pasando Joseph y me paseé nerviosa hasta que vimos cómo lo sacaban para llevarlo a su nuevo destino. Tenía tal cara de cabreo que no hizo falta preguntar nada y creo que, de estar en plenas facultades, el buen enfermero habría cruzado volando la UCI de punta a punta. En silencio cogió mi mano y, junto con Marcos, subimos a la sexta planta donde estaba su nueva habitación. Era la misma donde yo había estado ingresada y tuve una sensación de *déjà vu* al andar de nuevo por aquel pasillo.

Lo recorrimos hasta el fondo y entramos en la última habitación, la más alejada de todas. Miré sonriendo a Marcos, pues sabía que lo había hecho a propósito, para poder preservar al máximo posible la seguridad y la intimidad de Joseph. La habitación era grande y volví a mirar a Marcos, sonriendo, cuando vi una hermosa cama supletoria recién hecha.

—Sabía que no te ibas a mover de aquí, por lo menos estarás algo más cómoda —explicó moviendo los hombros.

Joseph no había dicho palabra en todo el trayecto y se limitaba a tener mi mano agarrada, cada vez con más fuerza. Lo miré con ternura y me di cuenta de que unas pequeñas arrugas habían aparecido en el borde de sus ojos. No sabía por qué, pero en ese momento fui consciente de todo lo que ese hombre había sufrido, por lo que le había sucedido a él, pero sobre todo por mí. Se me llenaron los ojos de lágrimas y sin poder contenerme besé sus ojos, marcados por el sufrimiento, que cada vez me parecían más hermosos.

—Te quiero, mi niño, te quiero cada día más —hablé con su cara entre mis manos.

—Lo sé, a mí me pasa lo mismo —contestó mirándome intensamente sin apenas pestañear.

Una rica papilla y un yogur fue la cena de bienvenida que tuvo en su nueva estancia.

—Creo que ya te has movido bastante por hoy —insistió Marcos intentando que cenara en la cama.

—De eso nada, cuanto antes me recupere antes nos iremos de aquí —habló aún irritado por el reciente toqueteo. Miré a Marcos, que, poniendo los ojos en blanco, se decidió a ayudarme y entre los dos volvimos a sentarlo en el sofá—. Por cierto, ¿no puedo ponerme un pijama normal?, en vez de este... —Se calló enfadado tirando del camisón que colgaba sobre sus rodillas.

—Camisón, Joseph, se llama camisón y por mucho que tires de él no vas a conseguir nada. Además, estás muy sexi con él —bromeé.

—Sí, claro, en camisón, con media cabeza rapada, seguro que estoy tremendamente sexi —refunfuñó cuando empezaba a tomar la papilla que yo le daba en pequeñas cucharadas. Hacía tiempo que no me reía así, al igual que Marcos, mientras él nos miraba ceñudo.

—Si empieza a protestar es buena señal —se burló Marcos al ver cómo comía todo pese a su enfado.

—Buenas noches, mi niño, que descanses —susurré sobre sus labios tan pronto lo metimos en la cama.

—Buenas noches, mi niña, te quie... —Completamente agotado, fue incapaz de terminar la frase y se quedó dormido.

Marcos volvió a ejercer de camarero y me trajo en una bandeja de un enorme y completo sándwich, una pieza de fruta y mi inseparable Coca-Cola *light* .

—¿Cómo va Ana? —pregunté con la boca llena.

—Llorando y comiendo, a veces, comiendo y llorando —habló con gesto resignado—. Si le cuentas algo bueno, llora; si le cuentas algo

malo, llora; si no le cuentas nada, llora también. —Suspiró cansado.

—Pese a todo, se te ve feliz —comenté limpiando los restos de mayonesa que asomaban por las comisuras de mi boca.

—¡Uy, eso sí! —Su cara se iluminó—. La quiero tanto, no sé lo que hubiera hecho si a mí me pasara lo que a vosotros.

—Bueno, afortunadamente, no ha sido así —interrumpí—. Vete a casa, Marcos, descansa, estate con tu mujer y quiérela mucho; creo que es lo mejor que puedes hacer. —Miré a Joseph, que dormía plácidamente—. Nosotros, por fin, estamos bien —lo tranquilicé.

Se marchó con el propósito de hablar con el doctor Gunnar al día siguiente y decidí no preocuparme por ese tema. Marcos sabría lo que decirle y estaba segura de que entre ellos se entenderían. Pese a tener una cama para descansar, no dormí todo lo bien que esperaba. Me costó hacerlo y me despertaba continuamente por temor a que Joseph se pusiera mal y no me diera cuenta. Cansada de dar vueltas, me levanté y miré por el ventanal que tenía la habitación; estaba empezando a amanecer y a lo lejos se veía el mar. Me apoyé en la repisa con los brazos cruzados y suspiré pensativa. ¡Había tanto de lo que hablar!, ¡tenía que contarle tantas cosas!, ¿cómo se lo tomaría cuando se enterase?, ¿estaría de acuerdo en lo que se hizo o no? Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el cristal de la ventana, estaba harta de tener siempre tantos interrogantes en mi cabeza.

—Me gustaría que me contaras lo que pasó entre tú y tu abogado.

Su voz, aún algo ronca, resonó en la penumbra y, asustada, di un respingo.

—Lo siento, Joseph, pensé que estabas dormido, no quería despertarte —hablé preocupada acercándome a su cama—. ¿Estás bien?, ¿llamo a alguien?

—Ya me has oído, Julia. —Cogiéndome la mano, se la llevó a sus labios y la besó—. Por favor —fue lo único que dijo.

Moví la cabeza, apesadumbrada.

—No debí decirte nada.

—Olvídate de lo que te dijo Marcos, hiciste bien en contármelo y, por cierto, me gusto oír que eres incapaz de mentirme.

Abrí los ojos como platos y aún en la semioscuridad pude ver que sonreía.

—O sea, que nos estabas escuchando, y nosotros pensando que estabas durmiendo, tramposo. —Fingí enfadarme dándole un beso.

—No intentes cambiar de tema —insistió.

—Joseph, te juro que te lo contaré, simplemente creo que ahora no es el mejor momento para...

—Julia, por favor —me interrumpió llevando mi mano a su boca—, solo quiero..., me gustaría saber que... Está bien, déjalo, cuando tú quieras ya me lo dirás —Se calló, dubitativo, sin saber bien qué decir.

Se hizo un espeso silencio en la habitación y suspiré resignada. Sabía que no me iba a volver a preguntar nada hasta que yo quisiera contárselo, pero también sabía que hasta que lo supiera no iba a estar tranquilo.

—Mira, Joseph, lo único que pasó —me decidí a hablar— fue que no pudo tener lo que él quería de mí.

—¿Te hizo daño? —preguntó con voz cortante.

—No —respondí al instante—, fue un momento muy desagradable, pero no lo consiguió. Lo cierto es que la que le hizo daño fui yo, le marqué la cara con mis uñas.

—Hiciste bien —volvió a hablar con tono seco.

—No, Joseph, no, no hice bien —añadí—. Lo que tenía que haber hecho era denunciarlo y todo esto no hubiera pasado. —Suspiré de nuevo y me quedé en silencio.

—Mira, Julia —dijo tras unos segundos de silencio—, no sé si te equivocaste o no, como tampoco sé si yo en su momento hice lo que tenía que hacer. —Su tono se volvió profundo y se notaba que le costaba hablar—. Quizás si hubiera denunciado a mi padre cuando supe todo o si hubiera ido a la policía cuando tuve la sospecha de que estaba vivo... Pero ¿sabes lo que he estado pensando? —continuó mientras llevaba su mano a mi cara y la acariciaba con suavidad—. Que, a lo mejor, si hubiésemos hecho lo correcto jamás nos habríamos conocido y por eso mismo doy todo por bien hecho. No me importa haber cometido cientos de errores porque ellos me condujeron hasta ti. Te amo, Julia. Y, créeme, cometeré cientos de errores más si hace falta para que nada ni nadie nos separe.

No había necesidad de decir nada más ni tampoco hubiera podido hacerlo. Nos unimos en un beso tan profundo como nuestros sentimientos para, después, dormir el resto de la noche sin pesadillas ni sobresaltos.

El día empezaba bien.

—¿Tienes ganas de orinar? —repetí lo que me acababa de decir con la mejor de mis sonrisas. Asintió levemente, incómodo con la situación. Como cuando me tocó a mí, como le pasaba a casi todo el mundo—. La venganza es un plato que se sirve frío —solté enarbolando un feo conejo que había cogido en el cuarto de baño. Movié levemente la cabeza, pero no pudo evitar el sonreír—. Quita, déjame a mí —me apuré a decirle y, adelantándome a sus movimientos, cogí su pene delicadamente y lo puse en el interior—. Ya sabes, relájate y disfruta —añadí socarronamente besándole las puntas de sus dedos.

Pese a todo siguió sonriendo; le costó, pero lo consiguió y, cuando iba a avisar, apareció el enfermero para ponerle la medicación y le trajeron su primer desayuno. Un café con leche y un bollito de pan con mermelada y mantequilla, un auténtico festín. A eso de las nueve apareció Marcos y, con él, el doctor Gunnar. Noté cómo esperaba con impaciencia a que él terminará con su exploración.

—Va todo francamente bien —empezó a hablar cuando concluyó con la retahíla de pruebas a las que sometió a Joseph—. Sigue bajo de fuerza en el lado derecho, pero creo que con algo de rehabilitación y ejercicio se recuperará sin problemas. Va a empezar a moverse por la habitación y podrá ir a la ducha y al baño, pero siempre acompañado —puntualizó desviando su mirada hacia mí. Y, ya que ha empezado a comer sin problemas, voy a empezar a darle la medicación por vía oral. En cuanto a su herida...

—¿Cuándo podrá irse? —ahora fue Marcos el que lo interrumpió impaciente.

—En cuanto a su herida —repitió el doctor Gunnar algo irritado—, hoy la vamos a destapar y lo único que va necesitar es agua y jabón.

—Pero y ¿el alta cuándo podrás dársela? —volvió a insistir Marcos.

Hasta Joseph lo miró sorprendido ante tanta insistencia, y el doctor volvió a su manía de limpiarse las gafas antes de contestar, aunque suponía que esa vez lo estaba haciendo para calmarse y no echar a Marcos de la habitación.

—Hoy hace siete días que lo operé —habló claramente enfadado mirando directamente a Marcos—. Me gustaría poder asegurarme de que el señor Levi se va de aquí sin ningún tipo de secuelas y para eso necesito unos días más.

—¿Cuántos días más? —volvió a preguntar Marcos.

—Pues, mira, como dentro de tres días se le podrán quitar la docena de grapas que el señor Levi tiene en su cabeza, ¿te vale esta fecha? Y, de paso —continuó hablando, cada vez más bajo, a medida que su enfado aumentaba—, me gustaría saber a qué viene tanta insistencia y por qué la carpeta que dejé ayer en la mesa de mi despacho hoy está en tus manos.

Miré alarmada a Joseph temerosa de que hubiera oído algo, pero, agotado, parecía descansar de nuevo en su cama. Lo había mandado a levantarse, andar, sentarse, mover brazos y piernas, ejercicios de coordinación y de fuerza, y Joseph se había esforzado al máximo para intentar acelerar su marcha del hospital. Les indiqué que nos fuéramos a una salita adjunta que tenía la habitación para que él no pudiera enterarse de nada.

—No pensarás que soy yo el que voy filtrando información sobre mi paciente —soltó el doctor Gunnar, que había pasado de la perplejidad a la indignación en cero segundos tras oír que sus informes estaban saliendo del hospital.

—Ni se me pasó por la cabeza, Jonas, por eso te quería pedir un favor.

—Dilo —habló serio.

Yo miraba a ambos en silencio y sin parpadear; de los nervios me mordí tanto el labio que me lo hice sangrar. Marcos se lo pensó unos segundos y cogió aire pare decirlo de carrerilla.

—Quiero que tus informes médicos no se correspondan con la realidad. —Se quedó mirándolo a la espera de su reacción.

Durante un momento los tres nos quedamos en silencio. Marcos seguía con la vista clavada en su compañero, y yo miraba a ambos como quién contemplaba un duelo y esperaba a ver quién disparaba primero.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —comentó tras unos eternos minutos de silencio.

—Créeme, lo sé, pero me conoces bien y sabes que, si no tuviera serias razones para pedírtelo, jamás lo haría.

—Pero, Marcos, ¿quieres que ponga que sigue en coma, pero que le doy el alta?, ¿estás loco o qué? —masculló—. ¡Por favor!, ¡eso nadie se lo va a creer! —explicó nervioso, volviendo a limpiar sus impolutas gafas.

—No te pido que hagas eso, Jonas —le explicó Marcos intentando tranquilizarlo—, pero puedes poner que se va con serios problemas neurológicos, trastornos del habla, pérdida de memoria, falta de concentración, fuertes dolores de cabeza, pérdida de movilidad en el lado derecho...

—Ya sé lo que puedo poner, Marcos —interrumpió—, pero ¿quién se va a creer que estando así lo voy a dejar ir?

—Usted no tendrá que darle el alta —interrumpí de repente con voz firme. Ambos me miraron boquiabiertos y se quedaron en silencio esperando una explicación. Fruncí el ceño unos segundos intentando ordenar mis ideas para poder explicarme bien.

»Marcos, sabes que Jos..., el señor Levi me nombró su tutora legal en caso de ... —proseguí incapaz de pronunciar esa palabra— y de incapacidad.

—Eso es cierto —confirmo Marcos—, pero no sé...

—Pues ponga que yo, en contra de su criterio médico, exigí el alta aduciendo que me lo quiero llevar a casa.

Me quedé en silencio mirándolos a ambos sin parpadear.

—Pero el señor Levi no está incapacitado —protestó cuando recuperó el habla.

—El señor Levi no tendrá que firmar el alta, lo haré yo —afirmé rotunda mirándolo fijamente y enarcando las cejas—. Simplemente, le estoy cubriendo la espalda, doctor Gunnar —aclaré tajante.

—¿Y la suya? —preguntó ante un silencioso Marcos, que seguía con la boca abierta.

—Créame, en estos momentos, mi espalda me tiene sin cuidado.

—Está bien, no me gusta, pero así lo haré —cedió, al fin, tras pensárselo unos instantes—. De todas maneras, se va a quedar tres días más y todo dependerá de que no tenga motivos para cambiar de opinión —nos advirtió preocupado.

—Gracias, Jonas, no olvidaré este favor. —La voz de un Marcos resucitado sonó tranquila.

—Pues yo espero poder olvidar pronto lo que voy a hacer. —Meneando la cabeza, dubitativo y preocupado, abandonó la habitación.

A duras penas, conseguimos mantener apartados a todo el mundo. Si se suponía que Joseph iba a abandonar el hospital en unas condiciones tan preocupantes, no parecía muy lógico que su habitación se convirtiera en un centro de reuniones. Afortunadamente, el doctor Gunnar, puestos a mentir, había decidido hacerlo a lo grande y dio orden de prohibirle las visitas.

Para variar, todo empezaba a salir bien. Joseph se recuperaba a una velocidad tremenda y día a día se notaba en él una evidente mejoría. Ya se movía perfectamente por la habitación, comía bien y, salvo por los dolores de cabeza que aún persistían y la cicatriz en su sien izquierda, nadie diría que había recibido un balazo en la cabeza la semana anterior. Y así, sin más preocupaciones que la de su recuperación, llegó el ansiado jueves. Tras un nuevo y completo examen, el doctor Gunnar decidió quitarle las grapas por la tarde; ya con todo ultimado llamé a César.

—¿Por qué no me avisaste antes? —habló furioso—. No me puedo fiar de todo el mundo y con tan poco tiempo no tengo a nadie de confianza que...

—César, estábamos pendientes de la última valoración del doctor —le respondí también algo enfadada—. Pero, déjalo, creo tener la solución —le corté pensando en voz alta.

—¿Leo? —fue lo único que tuvo que preguntar—. Estoy de acuerdo —continuó ante mi silencio por respuesta.

Me quedé mirando asombrada el teléfono cuando colgué. Parecía impensable oír esa frase en boca de César, pero era evidente que todos, en poco tiempo, habíamos cambiado considerablemente.

Saqué su tarjeta y lo llamé a su número privado; me lo cogió al instante.

—Hola, Julia, ¿pasó algo?, ¿Joseph está bien? —indagó preocupado.

—Hola, Leo, tranquilo, todo va bien, pero necesito que me hagas un favor.

Le expliqué brevemente lo que quería hacer.

—Dime a qué hora y ahí estaré —fue lo único que dijo.

—Aquí, en su habitación, a las nueve de la noche —le pedí.

—Pues no hay más que hablar, del resto me encargo yo.

Colgué sin poder evitar una sonrisa de satisfacción; aquello de mandar me estaba empezando a gustar. Me di cuenta de que Joseph tenía los ojos clavados en mí y su mirada denotaba sorpresa, pero también una gran confianza y ¿por qué no?, admiración.

—Creo que alguien va a tener que explicarme muchas cosas — habló mirándome con expresión interrogante.

—Ya te contaré todo, pero a su tiempo. Ahora toca descansar.

Como siempre el puto tiempo me la volvió a jugar y desde las seis de la tarde parecía ir hacia atrás. El doctor Gunnar apareció de nuevo, pues quería asegurarse de que, salvo por el pequeño detalle de falsear un informe médico, todo estaba bien.

—¿Puedo hacer vida normal? —fue la única pregunta que le hizo Joseph.

—Señor Levi, usted es un hombre sano, no ha tenido ningún problema cerebral de manera espontánea; a usted le han disparado en la cabeza, nada más. —«¡Joder con él nada más!», pensé.

»Claro que puede hacer vida normal, pero poco a poco. No fuerce, no apure. Escuché las señales que su cuerpo le irá enviando, ellas le indicarán si está preparado para dar el siguiente paso. Olvídense —prosiguió— de lo que la ha pasado, pero, a la vez, téngalo presente.

—Hace mucho deporte —apunté preocupada— y no creo que el krav magá sea ahora lo más indicado.

—¿Krav magá?, ¿y eso qué es? —preguntó tan extrañado como yo cuando oí ese nombre por primera vez.

—Defensa personal —le explicó Joseph brevemente.

Daba las palabras justas por lo que supe que le estaba doliendo cabeza; me había dado cuenta de que siempre lo hacía. —Supongo que eso implica golpes, patadas y caídas, ¿no? Bueno, pues de momento, nada de eso. Limítese a descansar, pasear y, como mucho, a nadar, por lo menos hasta que yo lo vea de nuevo dentro de un mes. Controle los dolores de cabeza, le deberán ir remitiendo en frecuencia e intensidad. Si no es así, hágamelo saber. También

quiero que si surge algún problema, aunque sea el más mínimo, me lo comuniquen de inmediato. Por mi parte, nada más. Ya se enterará por el doctor Figueroa el día de su revisión.

Con calma, empezó a quitar las grapas que Joseph tenía en su cabeza. Si le dolió, no dio la más mínima muestra, pero a mí se me encogía el estómago cada vez que le quitaba una. Me dolía más ver lo que le hacían a él, que todo por lo que había pasado yo.

Capítulo 4

—No sabe lo que me alegra verlo de nuevo, señor Levi. —A un emocionado Emerson le costaba mantener las lágrimas a raya cuando estrechó la mano de Joseph.

—Lo sé, Emerson, a mí también me alegra volver a verte, créeme.
—La voz de Joseph tembló de emoción y sostuvo su mano mientras se miraban con gran cariño. De repente, ambos se fundieron en un abrazo y la que acabé llorando fui yo.

Lo había llamado para que nos trajera ropa, tanto para él como para mí. Un chándal cómodo con capucha para Joseph y otro para mí. Pese a que le había dicho que hasta las nueve de la noche no nos iríamos, eran las siete cuando entró por la puerta y un nudo enorme empezó a crecer en mi estómago. Me estaba volviendo paranoica y entendía cómo se debió de sentir Joseph conmigo, siempre temeroso de que me pasara algo, sintiéndose responsable de mi seguridad. Cuánto tiempo se sintió él así, y yo sin entenderlo; en eso y en tantas cosas... Cuando Emerson nos trajo las bandejas con la cena, no fuimos capaces de comer nada.

—Prefiero cenar en casa —soltó un lacónico Joseph, que estaba tan ansioso por salir del hospital como yo.

Nos metimos en el baño y le ayudé a vestirse; la ropa le quedaba algo floja, como a mí. Lo miré, me miró, y nos fundimos en un cálido abrazo.

—Gracias por estar aquí —susurró emocionado.

—Gracias por dejarme estar —murmuré yo también tras un breve beso—, Ya sabes; por ti, lo que haga falta y más.

Otra vez los segundos ascendieron a minutos, los minutos a horas y las horas adquirieron la categoría de eternidad. Emerson paseaba de un lado a otro de la habitación como una fiera enjaulada y creía que los latidos de mi corazón se iban a empezar a oír, de un momento a otro, en toda la habitación. Solo Joseph sentado en el sofá, con los ojos cerrados, parecía extrañamente tranquilo. Por su silencio y por su ceño fruncido sabía que debía de tener un dolor de cabeza bastante fuerte y se tomó el analgésico tan pronto como se lo di. A las nueve en punto apareció Leo. Desde el famoso día «D» no lo había vuelto a ver, y estrechó la mano de Joseph con gran alegría.

—Encantado de volver a verlo, señor Levi, un fuerte beso y abrazo de parte de mi madre —dijo con una gran sonrisa iluminando su cara.

—Gracias, Leo, dale también saludos de mi parte.

—Siempre tan formales —bromeé sacudiendo ligeramente la cabeza—. Hola, Leo. —Y le di un cariñoso abrazo.

—Por cierto —soltó cuando estábamos a punto de salir—, ¿la noche esa?, ¿valió la pena?

Miré de reojo a Joseph, que al oír esas preguntas clavó sus ojos en mí.

—Sí, bien, ya te contaré con calma. ¿Cómo vamos a hacer? —pregunté para cambiar de tema ante el ceño fruncido de Joseph.

—Bajaremos directamente al garaje; Emerson, dame tus llaves. Yo llevaré vuestro coche, y vosotros iréis en el mío; aparte hay otro más esperando. Os pondréis en el medio y así llegaremos al garaje de

vuestra casa. ¿Puede andar? —preguntó dirigiéndose a un más que sorprendido Joseph por todo aquel despliegue—. Hay un ascensor que baja directamente al garaje, pero queda algo más lejos.

—Sin problema —fue su breve respuesta.

—De eso nada —corté tajante—, la distancia es considerable y se supone que no estás en condiciones de andar.

Lo miré y entendió que era inútil discutir; suspiró resignado, mientras Emerson iba a buscar una silla de ruedas al control. Le hice poner la capucha y se sentó en ella con cara de circunstancias. Por el camino nos cruzamos con un par de empleados que, por las miradas hostiles que me lanzaron, debían de estar enterados de lo que el doctor Gunnar había reflejado en su informe. Íbamos despacio, con una calma tensa. Emerson empujaba la silla, y yo iba a su lado agarrada a su mano. Con la capucha casi no se le veía la cara y su medio corte de pelo y su cicatriz quedaban a salvo de miradas indiscretas. En el más absoluto de los silencios llegamos al ascensor con Leo abriendo la marcha y me alegré de haber tomado la decisión de llevarlo en silla de ruedas, ya que la distancia le hubiera supuesto un esfuerzo enorme e innecesario, además de imposible según su ficha médica. Llegamos al garaje sin cruzar palabra. Había un coche pequeño y medio destartado al lado del Cayenne que Emerson había traído. Un poco más alejada, una ranchera con dos hombres dentro se acercó lentamente.

—Se trata de pasar desapercibidos —explicó Leo ante la cara de desaprobación de Emerson al saber que ese coche destartado iba a ser nuestro medio de transporte—. Tú solo tienes que mantenerte en el medio de los dos coches. Por cierto, este no es automático, ¿sabrás conducirlo?

Por supuesto, era una broma, y todos nos reímos, salvo Emerson, que, indignado, agarró las llaves que Leo le tendía.

—¿Sabrás tú conducir ese coche? —fue su fulminante respuesta mirando al blanco Cayenne.

Los bonitos ojos azules de Leo desaparecieron y se volvieron blancos cuando entraba en el bonito vehículo. Nosotros nos metimos en el otro y, la verdad, era bastante pequeño y parecía que Joseph no iba a caber en él. Nos instalamos en el asiento de atrás y arrancamos los tres en procesión; el viaje se me hizo eterno. Miraba continuamente a Joseph, que, abrazado a mí, no había dicho palabra en todo ese tiempo. Me estaba imaginando, como en una película; un tiroteo, que nos embistiera un camión o que un misil impactara contra el coche. Lo cierto es que cuando llegamos al garaje volví a respirar. Al bajar del coche, las piernas me temblaban ligeramente.

—Gracias, Leo —le dije al mismo tiempo que le daba un par de besos—, te mantendré informado.

—De nada, Julia—respondió enseñando su inmaculada dentadura —, ya sabes, para lo que necesites no tienes más que llamarme.

—Yo también te doy las gracias, Leo, aunque no sé bien por qué —le dijo Joseph estrechando su mano.

—No tiene que dármelas, yo le deberé siempre mucho más.

—Por cierto, el embrague rasca un poco —bromeó Emerson, algo más relajado, mientras le lanzaba las llaves.

Subimos abrazados en silencio. Estaba nervioso; su tosecilla y carraspeo aparecieron varias veces durante el ascenso a casa. Lo miré y sonreí intentando tranquilizarlo. Entendía perfectamente cómo se sentía, era como retomar un camino que creía haber perdido, volver a su mundo y a sentir que volvía a formar parte de su propia vida. Vimos a una María nerviosa y emocionada, que nos miraba a través del cristal blindado con Alejandro a su lado. Nos abrió la puerta, impaciente, y se quedó observando a Joseph con los ojos llenos de lágrimas, incapaz de decir nada. Joseph carraspeó varias veces incapaz de hablar y mucho más cuando Alejandro se abrazó a nosotros dos. En ese momento, era evidente que no era yo la única que tenía el puto nudo de los cojones en la garganta. Pero

todos empezamos a reír cuando oímos el gimoteo de Ana que venía, pañuelo en mano, seguida de un sonriente Marcos. Entre lo poco que le habíamos contado a Joseph, estaba el hecho de que se habían instalado en su casa de manera provisional y, como era de esperar, estuvo plenamente de acuerdo.

—Tienes cara de cansado, ¿te duele la cabeza? —preguntó Marcos intentando disolver la concentración de gente que Joseph tenía a su alrededor.

—Me estalla —protestó débilmente.

—¿Cenasteis?

—Sí —mentimos los dos a la vez mirando de reojo a Emerson, que pareció no darse cuenta de nuestra mentira.

—Pues todos a dormir que nos hace falta, pero a vosotros dos más.

Subimos despacio a la habitación. Se sentó en la cama, miraba a su alrededor, intentando convencerse de que realmente estaba de vuelta, en casa, conmigo; cerré la puerta y me acerqué a él. Apoyé mis manos sobre sus hombros y nos quedamos mirando. Sin decir palabra rodeó mi cintura con sus brazos y se hundió en mi cuerpo. Apoyé levemente mi cabeza en la suya y besé su pelo; pude oír un gran suspiro de satisfacción.

—Te quiero, mi niña; te quiero, si no fuera por ti...

La voz se le quebró de la emoción y fue incapaz de seguir hablando.

—Chssss, yo más —conseguí decir pese a empezar a llorar—. Ya estás en casa, sano y salvo, y eso es lo único importante. Levantó su cara y, al besarme, vi un gesto de dolor—. A la cama —ordené suave.

—¿Y la ducha?

Acerqué mi nariz y lo olí riendo.

—Aún se puede aguantar —bromeé arrugando la nariz—. Mañana será otro día; lo que sí tenemos es que cenar algo.

—No tengo... —empezó a protestar.

—Espera. —Dándole un beso rápido corrí escaleras abajo y apuré lo más que pude. Parecía que en vez de calentar algo estaba apagando un incendio. En cinco minutos estaba de vuelta con mi remedio mágico—. Seguro que esto te va a sentar bien.

Lo miró y, sonriendo levemente, asintió. Era el arroz con leche de María al estilo de Julia; caldoso, caliente, con azúcar y canela. Compartimos plato y cuchara, como él hizo conmigo. Se dejó hacer y, feliz, le di de comer, se tomó un analgésico y lo ayudé a desvestirse. Se tumbó en la cama, desnudo, cansado, tranquilo y cuando volví con su pijama estaba dormido. Lo contemplé sonriendo, había adelgazado, pero con su barba incipiente y su medio corte de pelo me parecía aún más atractivo. Mi bajo vientre intentó abrir un ojo y despertar, pero se lo impedí; de momento tocaba seguir durmiendo. Me desnudé y me acosté a su lado mirándolo, sin poder creer que ya estaba de vuelta, que lo peor ya había pasado, que seguía allí, a mi lado, conmigo. Acerqué mis labios a su boca y lo besé con toda la dulzura de la que fui capaz. De su boca salió un gemido de satisfacción y estiró el brazo para que yo me apoyara en él.

—Buenas noches, mi niño, que descanses. Te quiero —susurré besándolo.

—Buenas noches, yo también —balbuceó adormilado.

Apoyé mi cabeza en su pecho y me rodeó con su brazo. Suspiré de satisfacción, tiré de la sábana para taparnos y no supe más.

Me despertó el teléfono y lo cogí rápido y aturdida, Joseph aún dormía. Era Alberto y ya pasaba del medio día; habíamos dormido más de doce horas seguidas.

—Hola, Alberto, dime —susurré lo más bajito que pude.

—Casi no te oigo, ¿qué pasa?

—Joseph duerme y no quiero despertarle —seguí murmurando mientras me sentaba en la cama.

—¿Qué tal va todo?, tengo a Cristina de los nervios haciéndome siempre las mismas preguntas.

—Pues, mira —hablé enfadada por tener que pensar en esa bruja —, dale otro motivo para ponerla más nerviosa. Dile que Joseph está fatal y que yo, contra todo criterio médico, lo he traído para casa. Enfádate, ponme verde, azul o del color que sea, pero que se lo crea.

—Hay algo más.

—Diiime. —Miré a Joseph, que seguía durmiendo plácidamente.

—Me llamó Aranguren. Estaba bastante alterado y dijo que quería hablar conmigo. Julia —siguió hablando tras unos segundos de silencio—, ¿tú sabes algo?

Afortunadamente, no pudo ver mi sonrisa al otro lado del teléfono.

—¿Yo?, no tengo ni idea —contesté con voz preocupada—. Espero que no sea para volverse atrás. ¿Cuándo quedaste con él?

—Vamos a comer juntos.

—Bien, ya me contarás.

Tras colgar, me quedé mirando el teléfono con el ceño fruncido. Esperaba haber acertado con Aranguren, pero ¿y si me equivocaba?

—Buenos días, mi niña.

Oí su dulce voz y me giré a la velocidad del rayo.

—Buenos días, mi niño.

—Puedes hablar normal, ya estoy despierto —habló sonriente tras depositar un beso sobre mis labios.

Empecé a reír; sin darme cuenta, seguía hablando bajito.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté tras besarlo nuevamente.

—Mejor, la cabeza no me duele tanto y estoy deseando darme una ducha.

—Pues tranquilo que eso tiene fácil solución.

Se incorporó y, con calma, fuimos al baño. Estábamos los dos desnudos, lo senté en el taburete mientras abría la ducha y esperó tranquilo a que yo me acercara. Lo miré feliz, sin acabarme de creer por lo que acabábamos de pasar. Me miró con esos enormes ojos que parecían querer comerme y tiró de mí.

—Tienes que cuidarte, Julia, estás muy desmejorada y no puedes olvidar lo que te ha pasado —preocupado, habló serio, rodeándome con sus brazos.

—Olvídate de lo mío, estoy bien, tranquilo. —Lo abracé pensativa. Olvidar..., había tanto que olvidar. Aunque no se lo dije me parecía imposible, pero, de momento, bastante teníamos ya con lo que quedaba por solucionar y para eso había que intentar acordarse solo de lo justo—. ¿Qué hacemos con tu pelo? —pregunté intentando alejar los lúgubres pensamientos que me estaban empezando a asaltar.

Se encogió de hombros.

—Me da igual, ¿tú qué dices?

—Que de momento vamos a dejarlo así; te acaban de quitar las grapas y vamos a dejar que el sitio descanse tranquilo.

»Ven, vamos. —Y cogiéndole la mano lo llevé hacia la ducha.

Cogí el taburete y lo puse bajo el agua.

—Siéntate.

—Te estás volviendo muy mandona —protestó sin mucho entusiasmo.

—Pero mando bien y lo quiero hacer.

Sonriendo, se sentó en el taburete y la fina cortina de agua empezó a caer sobre los dos. Lo duché con sumo cuidado, y él se dejó hacer. Cerraba los ojos, respirando tranquilo y, cuando los abría, me miraba con un amor y una ternura infinitos.

—En otras circunstancias, esto podría resultar tremendamente erótico —pronunció ronco cuando le enjabonaba los pies y las piernas.

—Pues recuérdamelo más adelante —susurré y besé sus rodillas sin darme cuenta de que tenían jabón.

Cuando salimos de la ducha aún se estaba riendo al verme escupir la espuma que me entró en la boca.

—¿Te he dicho alguna vez que me encanta verte reír? Esos colmillos te dan un aspecto muy seductor y echo en falta tus marcas en mi hombro.

Se lo dije cuando secaba su espalda. No podía evitarlo, pero cada vez que veía esas marcas mi rabia mansa se volvía a encender. Nunca me había alegrado de la muerte de nadie, ni siquiera de la del cabrón de Víctor, pero ese caso era merecedor de una excepción y me alegraba enormemente saber que el padre de Joseph, por fin, estaba realmente muerto.

—Pues cuando quieras... —Su voz me devolvió al presente e hizo el ademán de morderme el cuello a modo de seductor vampiro.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y todo mi vello, absolutamente todo, se erizó.

Capítulo 5

Conseguí mantener a Alberto a raya hasta el domingo. Íbamos a comer todos juntos y decidí que era el momento de contarle todo lo que había sucedido. Sabía que iba a haber tormenta, pero esperaba que, al estar todos, los rayos y truenos se repartirían mejor. Marcos y Ana habían decidido volver a su casa, y Alejandro, de momento, se fue con ellos, ya que era mejor no confiarse demasiado. Iban a venir César, Mark y también Manuel; todos tenían ganas de ver a Joseph, y él a ellos también.

Ana y su tremendo barrigón tropezaban continuamente con María y conmigo en la cocina y le encargamos poner la mesa. María hizo el rico pan de queso, mientras yo preparaba una completa ensalada que iba a acompañar a unos deliciosos solomillos. De postre, y ante la indecisión de Joseph, decidí hacer mi tarta de queso y un bizcocho húmedo de chocolate.

De vez en cuando, asomaba a la terraza; Joseph y Marcos estaban sentados, ambos en silencio, leyendo el periódico y, cada vez que lo veía así, suspiraba feliz. Todo estaba bien, al menos eso es lo que me decía una y otra vez para calmar mis nervios ante la inminente llegada del momento de contárselo todo. Él no había hecho ninguna pregunta y eso me tenía especialmente preocupada. Ni cuando Alberto me volvió a llamar medio histérico, tras la comida con Aranguren, y yo le pedí que esperara a hablarlo el domingo. No decía nada, no preguntaba nada, se quedaba mirándome, en silencio, y yo me limitaba a sonreír y a decirle que todo estaba bien.

Fueron apareciendo todos, felices de verlo tan bien. Lo cierto es que sus dolores de cabeza iban remitiendo y la debilidad muscular fue

desapareciendo a medida que aumentaban los largos que hacía en la piscina. Hablamos y reímos como hacía tiempo que no nos pasaba y vi a Joseph feliz. Un poco ausente por momentos, pero se le notaba contento y bien. A los postres, apareció Alberto y, con solo mirar sus uñas, me di cuenta del estado de nervios en el que estaba. Se sentó con nosotros tras un cariñoso y emocionado saludo a Joseph; habían hablado brevemente por teléfono, pero no se habían visto desde nuestra llegada a casa.

—No os vais a creer lo de Aranguren... Julia, ¡esto está buenísimo!
—farfulló con la boca llena de tarta de queso.

—Gracias, ¿qué pasó? —pregunté intentando que mis nervios no me traicionaran.

María, junto con Ana y Alejandro, decidieron que era un buen momento para irse a la piscina y, de repente, para el resto de los comensales lo más interesante del mundo debía de estar en sus platos de postre porque nadie levantó la cabeza.

—Alguien le ha hecho llegar un montón de información sobre todo lo que os ha estado sucediendo.

Miró a Joseph, que, con calma, posó el tenedor en su plato, los demás intentábamos disimular la alegría que sentimos en este momento al darnos cuenta de que habíamos hecho lo correcto.

—¿Qué tipo de información y de quién? —La voz de Joseph sonó cautelosa cuando nos barría con la mirada.

—De todo tipo —habló excitado—, de la relación existente entre Adolfo Gutiérrez, Esteban Cruz, su mujer y Óscar. De lo que quería hacer Adolfo Gutiérrez con Julia y cómo ellos lo ayudaron y también tengo todo lo referente a lo que te pasó a ti, incluso cómo fue planeado.

—Ya dimos con el que lo hizo y está detenido —interrumpió César—, tenemos las pruebas suficientes contra él, pero no conseguimos

que nos diga quién le pagó por hacerlo.

—Pues quizás ahora no tenga ni que hacerlo —siguió hablando un nervioso Alberto—. Aquí tengo todo. —Señaló el portafolios lleno de papeles que había dejado sobre la mesa—. Me ha dado copia de todo; correos, nombres... y un montón de información que aún no he acabado de estudiar.

Mientras Alberto hablaba, yo no quitaba los ojos de Joseph. Salvo posar el tenedor no había movido un musculo y sus ojos estaban fijos en el mantel. Pero yo sabía que su cabeza estaba atando cabos a mil por hora y tanto silencio no me resultaba nada tranquilizador.

—Por cierto, también comparten unos archivos demoledores —siguió hablando a toda prisa. Los ojos de Joseph dejaron de mirar el mantel y se clavaron en él—. Pornografía infantil —soltó de manera abrupta ante nuestro silencio—, hay auténticas barbaridades.

Miré a Joseph, que había palidecido alarmantemente.

—Ya, Alberto —interrumpí—, no hace falta que des detalles.

—¿Podemos utilizar todo eso? Quiero que todos y cada uno paguen por lo que nos han hecho. —La voz de Joseph resonó dura, seca y fría.

—Claro que podemos —respondió de inmediato—. Aranguren es periodista y como tal no tiene obligación de revelar sus fuentes de información. Además, según me contó, apareció un sobre en su oficina con un USB dentro, lo abrió y...

—¿Y ahora qué? —me atreví a preguntar.

—Ahora les podremos poner la correspondiente denuncia, pero antes iremos a la policía para que, con esta información, se puedan presentar ante un juez y que este expida las correspondientes

órdenes de registros, escuchas telefónicas y lo que sea necesario antes de su detención —explicó Alberto.

—¿Y si la policía o el juez no hacen nada? —volví a preguntar—. En mi país, con alguna gente poderosa, la justicia no es tan ciega como la pintan.

—No creo que en este caso se atrevan —prosiguió hablando con la boca llena de bizcocho—. Esta información la tiene un periodista que está dispuesto a publicarlo y además tenemos una gran ventaja... —Se calló un momento, paladeando el momento y el bizcocho.

»Sabemos a quién tenemos que acudir y a quién no. Hay listas de todo, de jueces, policías, abogados, empresarios, funcionarios, de los que miran para otro lado, en función de la cantidad de dinero que haya en el sobre o de los favores que se intercambien... —Todos mirábamos a Joseph, y yo, especialmente, procuraba no mirar a nadie más. No me atrevía a mirar a la cara de César o Mark y creo que a ellos les pasaba lo mismo, al menos mientras Alberto estuviese delante.

»Quiero que te des cuenta de lo que esto implica —prosiguió Alberto serio—, va a caer mucha gente y alguna es cercana a ti.

Joseph le mantuvo la mirada y ladeó la cabeza de esa manera tan particular.

—¿Cristina? —más que una pregunta fue una afirmación.

—Sí —respondió lacónico—, aunque su participación se reduce a informar a Óscar de tus movimientos...

Con un gesto de su mano, Joseph hizo enmudecer a Alberto. Durante un buen rato estuvo callado, con el ceño fruncido y su mirada de nuevo perdida en el mantel. Todos permanecemos en silencio, expectantes y sin respirar.

—Vamos a ir a por todos y a por todas —empezó a hablar serio tras agarrar mi mano y apretarla suavemente—. Caiga quien caiga y cueste lo que cueste, ¿de acuerdo? —Clavó en mí su mirada esperando una respuesta.

Ambos nos sentíamos igual; responsables de todo lo ocurrido por tanta cobardía.

—Totalmente de acuerdo —respondí con voz firme y segura—, hasta donde haga falta.

—¿Supondrá algún problema que estemos a punto de comprar la revista de Aranguren? —preguntó a Alberto.

—Ninguno, Joseph, además aún no hay nada firmado. Y, aunque así fuera; él, como periodista, puede publicar lo que considere oportuno.

—¿Y el dinero que se le dio a modo de adelanto?

—Dinero que cobró, aunque no el tuyo —atajó Alberto.

—Pero si le hacía falta para pagar las nóminas —objetó Joseph con cara de preocupación.

—Y están pagadas, solo que con el dinero de Julia. —La boca de Joseph se abrió, pero quedó en un mudo gesto de pura perplejidad—. Ella así lo decidió —continuó hablando Alberto tras dirigirme una mirada cómplice—. Me dijo que no quería que se gastara tu dinero hasta que no estuvieras bien. —Su mirada volvió a desviarse hacia Joseph—. A mí me vale esa explicación y no necesito saber más. Solo quiero que sepas —prosiguió tras tragar el último trozo de bizcocho que le quedaba en el plato— que hiciste bien en hacer lo que hiciste, pese a que yo, en aquel momento, me opuse con todas mis fuerzas. Esta mujer me ha demostrado que, aparte de quererte con locura, es endiabladamente lista. —Y, guiñándome un ojo, se levantó.

»Tengo mucho trabajo que hacer. Mañana voy a ir a la policía a presentar todo esto, pero no me olvido de lo tuyo, Julia, tenemos que esperar a que aparezca algún heredero de Adolfo Gutiérrez, si lo hay, para poder pedir una indemnización, pero...

—Olvídate ahora de eso, Alberto —me apresuré a interrumpir ante la cara de agobio de Joseph—, en estos momentos es lo que menos me interesa.

—Si quieres te puedo acompañar yo —interrumpió César, intentando cambiar de tema—, podemos hablar con Moreiras, es un buen policía y con nosotros se ha portado especialmente bien.

—De acuerdo, mañana te llamo.

Y tras comer otro trozo de tarta de queso se fue.

—Por lo menos, mientras come, deja las uñas en paz —comenté intentando relajar el ambiente que se había quedado demasiado silencioso.

—Alguien me va a contar de una vez lo que ha estado pasando aquí —habló de repente Joseph tras fulminarnos a todos con la mirada.

Nadie abrió la boca y todos nos miramos confiando en que alguien se atreviera a empezar a hablar. Yo ya estaba decidida a hacerlo cuando mi móvil empezó a sonar. Mi corazón disparó sus latidos cuando vi que me llamaba un número privado. Sé lo enseñé a Mark y a César para que lo vieran. Mark me vio tan aturdida que me quitó el móvil de la mano y, tras conectar la grabadora, puso el altavoz ante la atónita mirada de Joseph, que no se estaba enterado de nada.

—¡Hola, Julia!, ¿qué tal va todo?

No sé por qué, pero su tono de voz cada vez me parecía más desagradable.

—Hola, Óscar, dime —respondí seca.

Fue oír ese nombre y los ojos de Joseph parecía que se le iban a salir de las órbitas, y tapé su boca con mi mano, justo a tiempo de impedir que soltara un grito.

—Ya me he enterado de que has llevado el pájaro a su casa; tengo que reconocer que me equivoqué al pensar que él era el gavilán y tú la paloma.

—Pues yo sigo pensando que tú eres un buitre de cojones, mira por dónde —respondí con ganas de colgar en el momento.

Esta vez le tocó a Mark y, por no hacer ruido, casi se ahoga, cuando el agua que estaba bebiendo le salió disparada por la nariz. Si no fuera por la furiosa mirada de Joseph clavada en mí, hasta yo me hubiera reído.

—Tan arisca como siempre, chica, ¿tú nunca te diviertes o disfrutas con algo?

Por mi cabeza pasaron, en décimas de segundos, un montón de imágenes que me harían disfrutar un montón y todas tenían que ver con sus huevos.

—Oye, si me llamas para decir estas tonterías creo que nuestra conversación ha terminado —opté por contestar.

—¡No!, espera. Está bien. Te llamo para decirte que yo y mis amigos tenemos una oferta que hacerte y creo que es bastante generosa.

Ahora estuve a punto de decirle que lo primero por lo que tendría que empezar era por saber a hablar, el burro delante...

—Ah, ¿sí? —exclamé fingiendo despreocupación—. Pues espero que sea lo bastante generosa como para superar las ofertas que ya tengo, tanto por la venta de la empresa, como por el porcentaje que me llevaré a cambio de hacerlo. —Tuve que desviar la mirada de

Joseph, pues la expresión de su cara me estaba matando. Su boca se abría y se cerraba envuelto en un claro estupor y me miraba tan lleno de dudas que si lo seguía observando no iba a ser capaz de seguir.

»Además —proseguí—, tiene que ser rápido. No quiero estar aquí más tiempo que el estrictamente necesario.

Emerson, en ese momento, impidió que Joseph lo estropeará todo. Le puso la mano en el brazo y le hizo un ademán para que se tranquilizara. Óscar se quedó en silencio un rato y, por unos instantes, temí que se hubiera olido algo y que me fuera a colgar.

—Si tan mal está, ¿por qué te lo llevaste del hospital? —preguntó al fin.

—Me lo llevé, en primer lugar, porque, dentro de la complicada situación, se ha estabilizado y lo que le hacían en el hospital se lo pueden hacer aquí y, en segundo lugar, porque me ha dado la gana. Para mí, es mejor; más barato y más cómodo, ¿te vale?

Decidí aparentar no darme cuenta de cómo se había enterado de los informes de Joseph, ya que quería que pensara que mi única preocupación era el dinero y, hasta entonces, parecía que lo había conseguido.

—Está bien, Julia —soltó al fin—, lo que pasa es que el papeleo que genera todo esto es muy complicado...

—Yo no he oído ninguna oferta —interrumpí— y te aconsejo que no empieces papeleo ninguno antes de que yo acepte. No quiero que trabajes para nada —rematé con sorna.

Volvió a hacerse el silencio y supuse que estaba a punto de soltarlo ya. Aproveché para beber un sorbo de agua, pues tenía la boca tan seca que temía ser incapaz de articular palabra.

—Quinientos millones de euros por la empresa de los que cincuenta serían para ti, a modo de comisión —soltó de repente.

Por unos instantes miré a Joseph, desesperada. No tenía ni puta idea de si eso era mucho o poco, pero no me atrevía a hacerle semejante pregunta, pues lo más probable era que mi móvil acabara en las aguas de la bahía de Copacabana. Para mi sorpresa, despacio, negó con la cabeza.

—¡Estás de coña!, ¿no? —Me envalentoné ante su gesto—. Te dije que me hicieras una oferta y no que me ofrezcas una limosna. Cualquiera de las ofertas que tengo supera la tuya con creces, así que creo que no tenemos más que hablar.

—¡Espera!, ¡joder!, espera, no tan rápido —sonó irritado—. Pon tú la cantidad y veremos si es posible.

«¡Mierda!, ¿qué le digo yo a este soplapollas?», me dije a mí misma.

Desesperada, lo miré de nuevo, así como a César, pidiendo ayuda. Este, sacando un bolígrafo de su bolsillo, se lo metió en la mano a Joseph, que me estaba mirando entre incrédulo, atónito y perplejo. Enfadado, garabateo algo en una de las servilletas de la mesa y me la tendió; abrí la boca cuando vi las cantidades y lo miré dubitativa. Por toda respuesta asintió levemente, tragué saliva y, como siempre, me lancé.

—Pues, por ejemplo, una que me ofrece mil quinientos millones por la empresa y cien para mí en concepto de comisión. —Cerré los ojos y arrugué el ceño esperando oír cómo colgaba el teléfono, pero para mi sorpresa no ocurrió así; resopló fuerte y tiró de su asquerosa nariz.

—¿Y cómo sé yo que esa oferta existe?, no sé si me puedo fiar —habló al cabo de unos segundos de silencio.

—Créeme, la oferta existe porque la tengo justo delante. —Lo cual era cierto—. Y si me crees o no me da exactamente igual. Lo que sí

te aseguro es que, o tengo una oferta mejor, o tú y tus amigos os podéis despedir de esta empresa.

La que colgué fui yo y le di tantas veces a finalizar llamada que casi hago un agujero en el teléfono con el dedo. Hipnotizada, me quedé mirando a Joseph, mientras esperaba a que mis manos dejaran de temblar. Sin decir palabra, Mark cogió mi teléfono para comprobar que todo había quedado grabado. Emerson y César también lo miraban sin pestañear. Se hizo un espeso y tenso silencio; su cara se había convertido en un muro impenetrable, y yo no me atrevía a decir nada. Con calma, cogió la servilleta que él mismo había escrito y jugueteó con ella entre sus dedos. No miró a nadie, pero de repente su voz, en un tono alarmantemente bajo, sonó como un latigazo.

—Me quiere explicar alguien por qué acabo de hacer una oferta para vender mi empresa, cosa que no pienso hacer, a un tipo al que solamente quiero romperle su estúpida cara —habló, sin quitar la vista de la servilleta, apretando los dientes.

Emanaba tal tensión que agradecí que ya le hubieran quitado todas las grapas, pues, si no, empezarían a saltar por los aires en ese mismo instante. Volví a mirar a César pidiendo ayuda; los nervios me habían atenazado y era incapaz de articular palabra. Lo entendió perfectamente, cogió aire y empezó a hablar.

—Cuando pasó lo tuyo, te puedes imaginar cómo estábamos. No sabíamos qué pensar, podía ser que, de nuevo, fuesen a por Julia o a por Leo, y que todo hubiese sido un error, o cabía la posibilidad de que esta vez fueran a por ti. —Agradecí que el César policía se hubiera hecho cargo de la situación, sabía que en esos momentos se mantendría sereno e iría al grano.

»Leo lo averiguó. Hizo algunas llamadas y volvió con la información de que, esta vez, habían ido a por ti, aunque, por fortuna, les volvió a salir mal —habló esbozando una leve sonrisa que no fue correspondida por Joseph, que seguía mirando y jugando con la puta servilleta—. Pero lo malo es que volvíamos a estar en un

callejón sin salida y teníamos que encontrar la manera de poder demostrar lo que sabíamos. —Paró de hablar para beber y mientras tanto el silencio volvió a ser el protagonista. La cara de Joseph seguía siendo una máscara, y yo me estaba poniendo de los nervios. No había levantado la vista de la condenada servilleta y seguía sin mover un músculo, al igual que Emerson y Mark, que guardaban un mutismo absoluto.

»En fin —prosiguió tras mirar intranquilo a Joseph ante su actitud—, estábamos todos en el hospital, y Alberto le había explicado a Julia el papel que tú habías firmado... —Iba a decir algo, pero, ante la mirada fulminante que me cayó de reojo por parte de Joseph, decidí callar.

»Sabes que desde lo de Julia no se sabía nada de ninguno de ellos, y Mark nos informó del seguimiento que le estabais haciendo a Cristina desde tu empresa. Por lo que se ve, asustada por tu repentina marcha, cometió el error de enviar un correo desde el ordenador de la oficina. No hubo respuesta, pero por la IP Mark descubrió que era el ordenador de Óscar. —César volvió a callar y, nervioso, se frotó la frente. Joseph seguía con la visa clavada en la puñetera servilleta. Mark, Emerson y yo guardábamos un más que prudente silencio. Sabíamos que se acercaba el «momento estelar» del relato y todos nos temíamos la reacción de Joseph.

»Se nos ocurrió que había que buscar una manera de hacerlo salir y, dada la nueva situación legal de Julia, decidimos tenderle una trampa a ver si picaba.

Agradecí el que pluralizara la decisión, pues así el más que probable enfado de Joseph recaería sobre todos.

—Alberto le dijo a Cristina que, bueno..., le dijo muchas cosas. —Evitó el entrar en detalles—. Pero entre ellas el que Julia, al verse dueña de todo, había decidido vender la empresa y largarse cuanto antes. —Contuve la respiración, sin apartar los ojos de Joseph. Su cara seguía siendo una máscara sin expresión, pero sus ojos se cerraban cada vez un poco más. El único gesto que hizo fue

masajearse las sienes; yo sabía que en ese momento era un volcán a punto de estallar y me preocupaba que todo aquello repercutiera negativamente en su salud.

»Funcionó —siguió hablando César, ante el mutismo de todos los demás—, y Óscar no tardó en llamar a Julia. Estaba interesado y quiso hablar con ella. —Por los documentales de animales que había visto sabía que cuando un león estaba a punto de saltar sobre su presa tenía un momento de tensa calma. El gesto de Joseph, recostándose en su silla, me lo hizo recordar.

»Quiero que sepas que siempre estuvo segura —se apresuró a explicar César—. Leo, es justo decirlo, se portó fabulosamente bien y sus hombres la siguieron, tanto antes como después, para asegurarse de que estaba a salvo en todo momento, y Mark, Leo y yo, con la ayuda de su gente, seguimos a Óscar después de su reunión con ella.

Yo ya no tragaba ni saliva y mi labio inferior ya no tenía más piel que morder. Vi cómo sus ojos se volvían dos rayas finas y negras hasta dar la impresión de estar cerrados.

—¿Quedaste con Óscar? —preguntó con demasiada calma y en un tono alarmantemente bajo.

—Sí, quedé con él para cenar en el Alcázar —contesté decidida a no andarme por las ramas.

—¿Sola? —preguntó en el mismo tono.

—Sí, pero vigilada y grabé toda la conversación —me apresuré a explicar.

Su oscura mirada, oculta tras sus largas pestañas, nos barrió como si fuera un lanzallamas, y todos nos movimos, nerviosos, en nuestros asientos.

—Todo salió bien —siguió hablando atropelladamente César—, picó y se lo creyó todo. Cuando Julia se fue, lo seguimos hasta un hotel, y Mark pudo acceder a su ordenador donde descargó un programa por el que tendrá acceso a toda la información, tanto de su ordenador como de los que se comuniquen con él. Eso es a lo que se refería Alberto.

—¿Qué pinta Aranguren en todo esto? —preguntó en tono contenido.

Todos respiramos aliviados, pues parecía que, al final, no íbamos a tener tantos problemas como nos habíamos temido.

—Él habló con Julia a raíz de todo lo sucedido, ya que entendía la posibilidad de que, al final, la compra no se pudiera llevar a cabo, cosa que Julia negó tajantemente —se apresuró a puntualizar— y decidió que era preferible que no se te relacionase con él hasta que tú..., bueno, hasta que estuvieras bien, y ya sabes, lo del cheque.

Al final César estaba poniéndose nervioso y se le notaban las ganas que tenía de acabar con tanta explicación.

—Julia me llamó y me preguntó por lo del secreto profesional y...

—Y alguien le hizo llegar, supongo que de forma anónima, esa documentación —soltó girando la cabeza hacia Mark como si fuera el cañón de un rifle.

El pobre Mark no tuvo necesidad de responder, ni creo que hubiera podido hacerlo, aunque quisiera. Ni mi mejor sofoco podría igualar el color rojo de su cara; hizo que pareciera una cerilla a punto de arder. Un parpadeo lento y unos cuatro segundos de silencio agónico no me hicieron presagiar nada bueno. Volvió a clavar los ojos en la servilleta que yo estaba a punto de arrancar de su mano y cogió aire, el mismo que yo perdí.

—Vamos a ver, que yo me entere. —Su tono hizo que se me erizara hasta el último pelo de mi cuerpo—. Resulta que mientras yo..., se

monta una especie de club de detectives. Mi abogado se presta a una superchería y se le tiende una trampa a un auténtico hijo de puta. —Tan pronto oí ese taco en boca de Joseph me di cuenta de que aquello no iba a acabar nada bien—. Con Julia a modo de cebo. Eso sí, vigilada por los sicarios de un hombre que tiene fama de mafioso y que, a su vez, anda de paseo con mi experto en informática y con un amigo mío que, por cierto, es policía. Marcos se dedica a pedirle a sus colegas que hagan informes falsos sobre mí, y tú, Emerson —continuó y un gesto de dolor le hizo dejar de elevar el tono—, has consentido que Julia se ponga en peligro, andando sola por ahí, ella, que se perdería en una calle de dirección única. ¿El resumen es correcto? —preguntó tras volvernó a fulminar a todos con la mirada. —Iba a decir algo, pero levantó la mano y siguió hablando.

»Y ahora, como consecuencia de todo esto, Julia está negociando la venta de mi empresa con ese grupo de...

—Las tres Marías —interrumpí, lamentándolo al instante.

—Con ese grupo de indeseables, ¿me equivoco? —Y me fulminó con la mirada de nuevo.

Se hizo el silencio una vez más y, pese a su tono de voz contenido, la que estaba a punto de explotar era yo.

—Oye, ¡ya está bien! —estallé indignada—. No me parece justo todo lo que estás diciendo. —Parecía que quería interrumpirme, pero no lo dejé.

»Todo lo que hicimos fue por ti —seguí hablando furiosa apuntándolo con el dedo—. Porque queríamos que las personas que te habían hecho tanto daño lo pagaran, porque nos dolía el alma al ver lo que te habían hecho. —Limpié mis ojos llenos de lágrimas con rabia—. Todos hicieron lo que yo les pedí y, en una cosa tienes razón, todos se arriesgaron al hacerlo. Marcos y César, su trabajo; Mark rompió una antigua promesa; Leo deberá un montón de favores que solo él sabrá cómo los tiene que pagar, y

Emerson estuvo todo el tiempo de los nervios porque sabía cuál sería tu reacción. —Paré de hablar porque me había quedado sin aire mientras mantenía mi dedo apuntando a un boquiabierto Emerson. Ni me miró, seguía con la vista clavada en la puta servilleta.

»Mírame cuando te hablo, ¡joder! —chillé arrancándosela de la mano y poniéndome en pie. Por lo menos conseguí que levantara la vista y me mirara.

»No teníamos nada, no había pruebas de nada, sabes de sobra que la investigación estaba estancada mucho antes de que pasara esto... —Todos estaban en silencio mirándolo a él y luego a mí. Me limpié los ojos con tanta fuerza que hasta me hice daño, pero por lo menos había conseguido que me mirara sin pestañear.

»Pues ahora tenemos pruebas, pruebas más que suficientes para llevarlos ante la justicia y para que todos paguen por el daño que nos han hecho. ¿Me equivoco? —repetí imitando su contenido tono—. Y sí, estoy orgullosa de todo lo que hicimos y conseguimos y sí, volvería a hacerlo sin dudarlo un segundo. —Tuve que volver a parar para respirar de lo alterada que estaba—. Y tú —continué apuntándolo a él con mi dedo— lo único que tendrías que hacer es estar contento de que todo haya salido bien y orgulloso por tener a tanta gente que te quiere y que arriesgaron tanto por ti.

En medio de un sepulcral silencio, lancé la servilleta sobre la mesa y empecé a andar.

—¿A dónde vas? —fue lo único que preguntó.

—A jugar con Alejandro, por lo menos él es un niño de verdad, no como tú. Por cierto. —Me giré antes de subir las escaleras—. No creo que tú seas el más indicado para dar lecciones a nadie sobre cómo reaccionar ante este tipo de situaciones, ¿me equivoco? —Volví a imitar su tono.

Se giró para mirarme y en ese mismo instante me arrepentí de haberlo dicho. Palideció hasta un extremo preocupante y se llevó las manos a la cabeza, no sé si en un gesto de dolor, de sorpresa o de ambos. Tras unos segundos de duda, subí las escaleras y me fui a la piscina con la esperanza de que nadie de los que quedaban abajo se hubiera dado cuenta de lo que realmente querían decir mis palabras. La piscina me vino bien y jugar con Alejandro mucho mejor. Pese a todo, tenía el oído alerta y me alegré al escuchar risas y voces; sea como fuere, lo habían arreglado, lo demás se vería... Marcos y Ana volvían para su casa y, de momento, se llevaban a Alejandro. Joseph había insistido e iban a seguir con protección, al menos hasta que la justicia empezara a funcionar y toda esa mierda estuviera a buen recaudo.

—No sé por qué, pero me da que lo último que le dijiste estuvo de más —me dijo Marcos en un susurro cuando nos estábamos despidiendo.

—Lo sé, Marcos, lo sé —contesté arrepentida—, pero estaba tan enfadada...

—Tranquila, seguro que lo arregláis, bueno... —Su tono se elevó al ver que Joseph se acercaba—. Que controle los dolores de cabeza, se deberían ir espaciando en el tiempo y reduciendo su intensidad.

Junto con Alejandro, que ya se había despedido de sus padres, y Ana, con su barriga y sus lágrimas, se fueron.

—Hablamos —fue la lacónica y enigmática despedida de Manuel hacia Joseph.

—Mañana os cuento —fueron las palabras de César cuando, con Mark, entraba en el ascensor.

Los vi felices y sonreí triste. Salí a la terraza, era noche y había refrescado un poco, pero aun así se estaba bien. Me apoyé en la barandilla y miré al mar; respiré hondo y me dejé invadir por su olor, siempre me había relajado y allí mucho más. Por más veces que la

mirara, esa vista me seguía dejando sin palabras, pues para mí tenía algo distinto, un alma única y especial.

Capítulo 6

—Me voy a acostar, me duele la cabeza. —La voz de Joseph sonó triste y cansada.

Me giré y lo miré, estaba en el umbral de la puerta, pero no se acercó.

—Vale. —Y volví a darle la espalda.

Esperaba sentir sus brazos alrededor de mi cintura, pero eso no sucedió. Esperé unos segundos antes de mirar hacia atrás para comprobar que no estaba y, apesadumbrada, fruncí el ceño. Aunque él se había portado como un gilipollas, tenía que reconocer que me había pasado. Entré en la cocina, corté una buena porción de tarta de queso y la llevé a la habitación. Estaba sentado en la cama; seguía vestido y entre sus manos, igual de doblado, tenía el papel al que yo había hecho referencia en mi descontrolado arrebato. Su vista estaba clavada en el suelo y la levantó al verme entrar. Parecía tan solo en ese momento..., estaba pálido, ojeroso y su barba, tan negra, aumentaba esa sensación de abandono.

—Anda, come algo, no tomes los analgésicos con el estómago vacío —le hablé cariñosa sentándome a su lado y le daba el trozo de tarta.

La cogió sin rechistar y, en silencio, la empezó a comer sin demasiadas ganas. Apoyé mi cabeza en su hombro y suspiré; no podía estar enfada con él, me sentía demasiado sola. El papel estaba sobre la cama, entre los dos, y seguía doblado, intentando mantener oculto lo que en él había escrito.

—No sabes la desesperación que sentí mientras estabas en el quirófano. No sabía lo que podía pasar, nadie me aseguraba nada.

Fue horrible, Joseph —dije con voz estrangulada, tras sentir su cabeza apoyándose en la mía.

—Lo sé, Julia, créeme que lo sé. Te recuerdo que no hace mucho fui yo el que se quedó esperando fuera, también sin saber nada y temiéndome lo peor.

Sonó tremendamente triste, pero, sobre todo, desfallecido.

—Lo siento, Joseph —hablé pese al nudo de mi garganta—, de verdad, lo siento.

Lo besé en el cuello y, dejando escapar un leve gemido, pasó su mano por mi hombro y me abrazó.

—Yo también lo siento y te pido perdón. La verdad es que lo que hicisteis fue increíble, pero sigo creyendo que os arriesgasteis demasiado, sobre todo tú. —Tosecilla, carraspeo. Hacía tiempo que no oía esas señales—. Lo de que no era el más indicado..., leíste el papel, ¿no? —preguntó pese a saber la respuesta.

—La encontré en tu cartera y...

—¿Y qué piensas de eso? —me interrumpió.

—Creo que en momentos difíciles no pensamos con claridad y, a veces, el dolor nos supera y nos ciega —fue mi respuesta tras meditarla bien.

Lo miré y vi cómo torcía el gesto y al mismo tiempo negaba con la cabeza.

—Si a ti te hubiera pasado algo no hubiera podido seguir, no sin ti —habló sereno, con calma y tan seguro que me impresionó y me emocionó a la vez.

—Joseph, la gente sufre y se recupera —conseguí decir tras limpiarme las lágrimas que, para variar, habían hecho acto de presencia—. Cuando mi padre murió, la vida de mi madre se apagó.

Pero siguió adelante, reconstruyó su mundo y volvió a empezar, quizá sin desearlo, quizá desmoronándose en ciertos momentos, pero siguió. —Me callé emocionada y cogí sus manos que estaban heladas—. Y si a mí me hubiera pasado algo, pues... —No pude continuar, se abrazó a mí y empezó a llorar desconsoladamente, sin pausa, con ahogo, con unos sollozos llenos de dolor, de angustia y, por unos instantes, me quedé sin saber qué hacer ni qué decir llamándome bocazas una y otra vez.

»Chssss, tranquilo, mi niño; tranquilo, ya pasó todo —murmuré meciéndolo suavemente—, ya está, fueron momentos difíciles, tanto para ti como para mí. Si te vale de consuelo, a mí también me pasaron muchas cosas por la cabeza. Por favor, para de llorar —supliqué intentando secar sus lágrimas—, no estropees esos ojos tan bonitos —pretendí bromear sin resultado alguno—. Ahora todo pasó y...

Paré de hablar, agarré su cara con mis manos y lo besé, ya que eso era lo que ambos necesitábamos. Lo besé con todo mi amor, con toda mi fuerza y con todas mis ganas hasta que nuestras lágrimas se juntaron sobre nuestros labios para desaparecer en el interior de nuestras bocas. Lo besé hasta que el beso cambió y nos quedamos sin aire y sin dolor.

—Mira la inscripción de tu reloj —soltó de repente una vez que se hubo calmado. Estaba mirándome fijamente, sin apenas pestañear, y yo le devolví la mirada incrédula. Nerviosa, cogí aire y mi corazón aumentó el ritmo de sus latidos; pese a haber esperado tanto tiempo, sentía miedo—. Léela —fue lo único que dijo.

Me quité el reloj y, dudosa, lo volví a mirar. Por toda respuesta, lo cogió de mis manos y, sujetando la correa, me lo acercó para que la pudiera leer.

Miré la inscripción, pese a ser una caligrafía diminuta enseguida reconocí que era su letra.

«Tú tiempo es mi tiempo, ni un segundo más».

No había nada más, no cabía nada más, no podía haber dicho más. Una también diminuta fecha parecía marcar el comienzo de una cuenta atrás: 21/11/2014. Era el día en que me regaló su reloj; lo miré boquiabierto, recordé las palabras de su nota y me quedé sin saber qué decir perdiendo, otra vez, la batalla contra las lágrimas.

—Puse esa fecha, pero, en realidad, podía haber puesto la fecha del día en que te conocí, pues desde ese momento siempre he sentido lo mismo. —Dejó caer los hombros, abatido, y continuó sin apartar los ojos de mí, cansado y triste—. No quiero volver a reconstruir mi mundo, Julia —prosiguió tras, con aire ausente, volver a ponerme el reloj—, ya lo he hecho demasiadas veces. —Paró de hablar, emocionado, bajó la cabeza y tragó saliva, sus ojos empezaron a brillar de emoción.

»Cuando murió Clara, mi madre —consiguió decirlo, pese a que su voz se quebró—, cuando él abusaba de mí y me golpeaba brutalmente; cuando Sara, mi abuela, también se fue; cuando leí su carta y me enteré de la verdad; cuando él se marchó y creí que se había muerto; cuando empecé a pensar que estaba vivo. —Agarró mis manos y me volvió a mirar—. Todas, todas esas veces volví a empezar de nuevo, intentando reconstruir mi mundo. Pero cada vez fue peor, cada vez me costaba más, cada vez perdía algo y solamente me quedaba con más dolor y... cuando te conocí —me explicó y tras su tosecilla, carraspeo continuó— me di cuenta de que se me habían acabado los mundos porque... —Tardó unos segundos en poder hablar—. Tú eres mi último mundo, Julia. —Se quedó mirándome, en silencio, y yo era incapaz de hablar. Me limitaba a mirarlo llorando desconsoladamente. ¿Qué le decías a alguien en un momento así?, ¿qué frase, medianamente inteligente, podías soltar?, yo, ninguna. Metió la mano dentro de su camiseta y me secó la cara con ella, al tiempo que me sonreía triste.

»No te pido que lo entiendas y, mucho menos, que lo compartas —siguió hablando serio—. Ojalá no hubieras encontrado esa nota, pero te pido que lo respetes.

—¿Me lo hubieras dicho? —por fin conseguí hablar.

Levantó un poco su cuello y suspiró.

—No, francamente, no pensaba hacerlo. Simplemente, decidí que si algún día te pasaba algo... Quizás no lo entiendas —continuó al mismo tiempo que acariciaba mi cara—, pero tomar esa decisión me aportó una paz y una tranquilidad que hacía tiempo no sentía.

—¿Te gustaría que yo hiciese lo mismo? —Sabía que no debía hacerle esta pregunta, pero no pude evitarlo.

—¡Julia, por Dios!, ¡no me preguntes eso! —exclamó asustado—. No pretendo que...

—¿Te gustaría? —insistí nerviosa—, y no me mientas.

Volvió la tosecilla y el carraspeo y frunció el ceño acercando mis manos a su boca.

—¿Sabes que cuando estaba dormido oía tu voz?, sentía tu presencia y notaba tus caricias. Esa fue una de las razones que me hizo volver. Para estar a tu lado y poder consolarte, para poder secarte las lágrimas y los mocos, como ahora.

Sonriendo, limpió mi cara con su camiseta y dejó mis mocos en ella, mientras yo lloraba y reía a la vez.

—¿Y la otra razón? —pregunté entre sollozos.

Se volvió a poner serio y suspiró profundamente.

—Solo de pensar que me pudieras olvidar, que algún día te pudieras reír con otra persona como lo haces conmigo, que alguien te pudiera tocar y hacerte sentir lo que sientes conmigo... —Bajó la cabeza, apesadumbrado, y un estremecimiento sacudió su cuerpo—. Me volvía loco y tuve que volver. Te parezco tremendamente egoísta, ¿no? —Me miró asustado.

—No, has sido sincero y muy valiente al decirlo.

Respiró aliviado y me besó. Posó sus labios sobre los míos esperando mi respuesta que no taró en llegar; dejé que su lengua entrara en mi interior cuando se abrazaba a mí con fuerza.

—¿Qué puedo hacer, Joseph?, ¿cómo puedo ayudarte?

No podía dejarlo así, sin más. Tenía la sensación de que un halo de tristeza lo seguía rodeando y me dolía verlo tan desangelado. Ladeó la cabeza de esa manera tan peculiar y me sonrió abiertamente.

—Pues es muy fácil, lo único que tienes que hacer es vivir más que yo —diciendo esto se encogió de hombros y me volvió a besar.

Lo miré perpleja sin fuerza ni ánimos para seguir con aquella conversación.

—De acuerdo, lo intentaré —fue lo único que pude contestar.

—Por cierto, ¿qué les pasa a esos dos? —hizo este comentario cuando nos metíamos en la cama—. No hace mucho parecían querer matarse, cada vez que coincidían y ahora...

No hizo falta que diera nombre ninguno y me eché a reír.

—¡Por favor, Joseph!, ¿cómo se puede ser tan listo para unas cosas y, sin embargo, para otras...?

Lo miré arqueando las cejas y tardó unos segundos en procesar la expresión de mi cara. De repente, sus ojos se abrieron como platos a la par que su boca.

—¡Qué!, ¡no me digas!, ¿César y Mark?

—Puedes cerrar la boca, parpadear y hasta respirar —contesté sonriendo— y sí, César y Mark, ¿acaso te supone eso algún problema?

—No, por supuesto que no —contestó rápido—, solo que..., ¿cómo pasó?, ¿qué me perdí?

—No pasó nada. —Volví a sonreír—. Ambos se habían hecho daño en el pasado; yo solamente les dije que tenían que pedirse perdón, confiar en que el otro se lo daría y que no tuvieran que lamentar no haber dado ese paso. —Me encogí de hombros—. Lo hicieron y funcionó.

—Tú y tus soluciones mágicas —susurró, y yo apoyé la cabeza en su pecho—. Tengo la sensación de que en vez de dormir unos días fueron años.

—Ni días ni años, para mí fue una eternidad. —Levanté la cabeza y lo besé. Lo último que recuerdo fueron sus enormes pestañas cerca de las mías con sus ojos entornados.

Capítulo 7

Me desperté, y él aún dormía. Despacio me levanté y, camino del baño, recogí su nota que estaba tirada en el suelo. Si a mí me dolía la cabeza no quería pensar cómo podía estar la suya. Me senté en la taza del váter y la desdoblé despacio. En silencio, miré su elegante letra pequeña y apretada y la volví a leer:

Tu tiempo es mi tiempo, ni un segundo más.

Antes de nada, quiero decir que esto lo supe desde el momento en que conocí a Julia y que esta decisión no es fruto del terrible momento por el que estoy pasando ni de la locura en la que parezco estar sumergido ni por el dolor tan grande que siento. Ni tan siquiera de las culpas que cargo sobre mí por todo lo que ha sucedido. Es, simplemente, porque no puedo y no quiero vivir sin ella. Porque mi corazón no quiere latir si no puede sentir los latidos del suyo y porque no quiero aire para respirar si no está a mi lado para compartirlo. Ahora solo espero, mientras ella se debate entre la vida y la muerte al otro lado de una puerta, saber mi destino que, inexorablemente, está unido al suyo. Llegado el momento, os pido que nos enterréis juntos, pues donde quiera que ella vaya yo también quiero estar. Me da igual que sea en el cielo o infierno, siempre que esté con ella.

Gracias por todo. Os quiero. Joseph.

Me llevé la mano a la boca para ahogar, de nuevo, mis sollozos. Levanté la vista y no sé por qué, pero lo primero en lo que me fijé fue en la navaja con la que se afeitaba. Una desagradable imagen

vino a mi cabeza y un escalofrío recorrió mi cuerpo; con manos temblorosas, la guardé en un cajón.

—Julia, ¿estás bien?

Su voz desde la cama me hizo reaccionar. Me lavé la cara apresuradamente, tiré de la cisterna y volví junto a él.

—Sí, Joseph, sí, ahora estoy bien —lo tranquilicé al ver su cara de preocupación. Me abracé a él y me refugié en el calor de su pecho desnudo—. Te quiero, mi niño, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, y yo también; por eso estoy aquí.

Nos besamos, de nuevo, en la oscuridad y no pude evitar pensar que hubiera hecho yo si él...

—Yo también estoy aquí por ti —susurré bajito.

Y, por fin, pudimos conciliar un sueño medianamente reparador.

—Te voy a afeitar—le dije al salir de la ducha a la mañana siguiente —. Creo que esa barba, esa media cabeza casi al cero y la otra media, ya sin control, están dejando de favorecerte —bromeé.

—¿Sabrás?, puedo hacerlo yo.

Arqueeé una ceja a modo reprobatorio y me dispuse a hacerlo. Eso sí, con mi cuchilla; el pensar en su navaja aún me ponía nerviosa.

Se dejó hacer y ya solo quedaba la zona del bigote por afeitar.

—Cuidado, no me lleves el labio por delante —farfulló lleno de espuma de afeitar.

—Llevo afeitando los míos mucho tiempo y hasta ahora están intactos —respondí señalando con la cuchilla a qué labios me estaba refiriendo.

Conseguí que se riera y me diera un beso que supo a espuma.

—Hablando de labios —susurró con voz ronca.

—Pues los tuyos, de momento, será mejor que se callen —contesté concentrada en terminar mi trabajo.

»Mucho mejor así; mañana te corto el pelo —sentencié contemplando, satisfecha, el resultado.

Estuvimos toda la mañana pendientes de las noticias que Alberto o César nos pudieran traer. Joseph me confirmó lo que se ya se había dicho. Iban a ir directos a hablar con el inspector Moreiras; aparte de ser su investigación, tal y como había prometido, se estaba guardando la información sobre el padre de Joseph, había evitado en todo momento que yo tuviera que ir a declarar a sitio alguno y ahora esperaba prudentemente a que él se encontrara con fuerzas y bien para tomarle declaración. Todo eso era de agradecer y de tener en cuenta; en eso estábamos todos de acuerdo.

Las ansiadas noticias llegaron al final de la mañana cuando un cansado Alberto nos contó cómo César, Aranguren y él fueron a hablar con el inspector Moreiras, al que entregaron una copia de toda la información que el periodista había puesto en manos de Alberto. Cuando el inspector vio el contenido de la misma, los acompañó de inmediato a la fiscalía. Tanto el inspector como César conocían a la fiscal, Evelyn Figueroa, y el buen trabajo que estaba haciendo y le enseñaron toda la información que tenían en sus manos. Creo que le bastó un rápido vistazo para darse cuenta de la importancia de la misma y los llevó a hablar inmediatamente con un juez. Afortunadamente, el juez que estaba de guardia, un tal Julio Mora, era uno de los jueces en los que se podía confiar; lógicamente, su nombre, al igual que el de la fiscal, no figuraba en ninguno de los listados de Esteban Cruz.

—Aranguren estuvo impresionante —nos explicó Alberto—. Le dijo, tanto al juez como a la fiscal, que desde el principio lo tuvieran muy

claro que se iba a encargar de que toda esta información viera la luz.

Joseph y yo lo escuchábamos sin dar palabra, sentados en el despacho de su apartamento, pero pude ver cómo Joseph se revolvía inquieto cuando se habló de ese tema. Sabía lo que odiaba ver su intimidad expuesta.

—Estate tranquilo —lo intenté calmar—, lo más seguro es que nuestra historia pase desapercibida en medio de tanta mierda que va a salir a la luz.

—Eso es cierto —terció Alberto—, precisamente como hay tanta información, el juez y la fiscal nos pidieron algo de tiempo para poder llevar a cabo una investigación en condiciones que les permita que nada ni nadie se les escape. Daos cuenta de que, aparte de lo vuestro, hay un motón de delitos que investigar y una cantidad importante de personas que, de una manera u otra, están relacionadas.

—¿Cuánto tiempo?

Era la primera vez que Joseph decía algo desde que habíamos empezado aquella conversación. Durante todo ese tiempo había permanecido sentado en su sillón, con la vista clavada en su mesa y el ceño fruncido, mientras sus largos dedos recorrían una y otra vez el borde de la misma. Cuando le hizo esa pregunta a Alberto, levantó los ojos y lo miró con tal intensidad que tuve la sensación de que este pegó un bote en su asiento.

—Hemos acordado esperar un mes —habló nervioso—. Hay mucha gente implicada, en varios países, va a haber seguimientos, escuchas telefónicas... Hay que hacerlo con sumo cuidado para que no haya filtraciones.

—¿Quién va a hacer todo eso? —indagó volviendo a clavar sus ojos en Alberto, que parecía estar pasando un examen.

—Le han dado carta blanca a César y al inspector Moreiras para que ellos, junto con la fiscalía, se encarguen de escoger a gente de su confianza con la que trabajar.

—¿Y Aranguren?

—Aranguren esperará y a cambio le prometieron compartir con él toda la información que pudieran obtener, pero supongo que antes querrá hablar contigo. Mira, es absurdo no publicarlo —explicó ante su gesto serio—. Hay mucha gente implicada, gente conocida, altos cargos y, lo quieras o no, esto se va a saber.

—Joseph, podemos intentar que lo nuestro, al ser un tema privado, salga a relucir lo menos posible —tercié—, pero Alberto tiene razón, de todas maneras, se va a saber y si has comprado la revista es una manera de empezar a conseguir que sea rentable —rematé tocándome disimuladamente la nariz, imitando su conocido gesto.

Al menos conseguí que su semblante serio se dulcificara con una leve sonrisa.

—Está bien, pero no quiero sorpresas ni que nada se nos escape —advirtió a Alberto, que respiró aliviado de haber pasado el examen.

No pude evitarlo y, nerviosa, cogí aire. Me parecía increíble que todo estuviera en marcha y que, sobre todo, fuera gracias a las locuras que todos habíamos cometido. Un mes, había que esperar un mes, aún quedada un mes en el que podían pasar muchas cosas.

Habíamos comido poco y a ambos se nos notaba la tensión de lo hablado por la mañana con Alberto. Joseph estaba serio, pensativo, a ratos ausente y solo sonreía cuando se daba cuenta de que yo lo estaba mirando con cara de preocupación. Lo cierto es que yo hacía lo mismo y cuando me notaba observada por él relajaba conscientemente el gesto tenso de mi cara, cosa que mi mandíbula agradecía. Por la tarde, y tras un breve baño en la piscina, descansábamos envueltos en un agradable silencio y en una más que agradable temperatura. Hasta que el sonido de mi teléfono

interrumpió ese momento de solaz. Respiré aliviada cuando vi que era Ihab; junto con mi amiga Isabel eran las únicas personas de mi vida con las que me apetecía hablar.

—¿Qué piensas hacer, Julia? —preguntó preocupado—. No sé qué le pasa al estúpido de Montes contigo, pero parece que te la tiene jurada y ya he tenido que pararle los pies un par de veces.

Sorprendida, arqueé las cejas; oír un comentario de ese tipo por parte de Ihab era tan sorprendente como oír a Joseph soltar un taco y me di cuenta de que Don Usted No Sabe Con Quién Está Hablando, o sea, el gilipollas de Montes, se lo estaba poniendo difícil a Ihab por su relación conmigo.

—Por favor, Ihab, déjalo, no quiero que te compliques la vida por mi culpa. Era lo que te faltaba, que tú también te quedaras sin trabajo —bufé.

—Pues si quieres que te diga la verdad, cada vez me importa menos —habló enfadado—. Estoy pensando en volver con mi familia e intentar trabajar allá como buenamente pueda.

Me dio pena y me sentí culpable por haberlo dejado tan solo. Desde que había llegado allí, mi vida había dado semejante giro que no me había parado a pensar en cómo se podía sentir él. No era de hacer amigos con facilidad y sabía que las horas que no estaba trabajando eran de auténtica soledad.

—Lo siento, Ihab, me da pena que te sientas así y perdona si yo no me preocupé por ti.

—¡Por favor, Julia!, ¡no digas eso! —me interrumpió—. Bastante tienes con atender lo tuyo. Pero, repito, ¿qué vas a hacer? Aquí, de momento, te has quedado sin trabajo.

—Pues, tan pronto arregle algunos asuntos que tengo pendientes aquí, ya veré lo que hago, aunque supongo que me tendré que ir —mentí, guiñándole un ojo a Joseph ante su cara de susto.

—¿Se lo has dicho a Carlos?

—No, ni pienso, y si no te importa no le comentes nada.

—¿Va a haber juicio por lo tuyo? —Cambió de tema—. Supongo que, al menos, pedirás una indemnización.

—¿A quién denunció? —le respondí al instante—. Los que lo hicieron están muertos y lo del tema económico es lo que menos me preocupa, aunque algunos piensen lo contrario —pinché maliciosamente.

—Venga, olvídate de eso —agregó conciliador—. Ya sabes cómo es Carlos y creo todo su cabreo es más un ataque de celos que otra cosa. Bueno, Julia, ya sabes, para lo que me necesites, aquí estoy. De todas maneras, voy a seguir intentando que Montes te deje volver a trabajar en el laboratorio, me haces mucha falta —confesó emocionado—. Por cierto, ¿qué tal el señor Levi?, por aquí se comenta que no demasiado bien.

—Pues ya sabes tanto como yo; gracias por todo l'hab, nos vemos.

Colgué triste, pues lo cierto era que tenía ganas de recuperar la normalidad en mi vida y una de las partes esenciales para ello era volver a mi trabajo.

—¿Estás bien?

La voz de Joseph sonó preocupada. Se había mantenido en el más absoluto silencio durante mi conversación.

—Sí. —No debió de sonarle muy convincente, pues se levantó de la tumbona y me miró arqueando las cejas—. No, la verdad es que no sé si algún día podremos y sabremos vivir con normalidad —reconocí pensativa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ladeando la cabeza de esa manera tan peculiar.

—Joseph, desde que llegué aquí mi vida parece una novela, tanto para lo bueno como para lo malo y pasamos de una página en la que todo lo que leemos nos parece increíble a otra más increíble aún. —Suspiré fuerte al mismo tiempo que él me miraba fijamente sin cambiar el gesto—. Tengo miedo de que no sepamos vivir con normalidad, Joseph, con tranquilidad, que no sepamos aburrirnos de vez en cuando —rematé.

Por toda respuesta se sentó a mi lado. En su cara apareció esa sonrisa deliciosamente escalofriante y todo mi cuerpo se estremeció. Sin apartar los ojos de mí, cogió mi mano y empezó a besar las puntas de mis dedos; cerré los ojos y tragué saliva rápido.

—¿De verdad te crees que tú y yo nos vamos a aburrir alguna vez?
—murmuró ronco con mis dedos en sus labios.

No pude evitar reírme.

—No, creo que no —susurré acercando mis labios a los suyos.

Cuando quise darme cuenta estaba tumbada con él sobre mí. Nos besamos hasta quedarnos sin aire y pude notar su tremenda erección bajo el bañador mientras la parte de abajo de mi bikini parecía haber salido del agua en ese momento.

—Tenemos que esperar, Joseph, tenemos que esperar —hablé entrecortadamente.

—Esperar, esperar, esperar —protestó débilmente con sus labios deslizándose por mi cuello—. Tú estás bien...

—Ya sabes por lo que es, Joseph, eres tú el que tienes que estar bien —conseguí decir pese a que me estaba constanding controlarme.

—Pues yo creo que estoy perfectamente bien —protestó señalando su bañador al tiempo que se levantaba.

—De esa cabeza no, de la otra —bromeé. Me incorporé y me lancé a la piscina para refrescarme un poco y conseguir igualar la humedad de mi entrepierna con la del agua.

Como habíamos acordado el día anterior, iba a cortarle el pelo y, sentado en el taburete, esperaba confiado su nuevo cambio de imagen, aunque, la verdad, creo que en esos momentos le daba exactamente igual. Es más, si le llego a decir que se deje el pelo a mechones azules y rojos lo habría hecho sin dudarlo un segundo; pero no, no iba a ser ese el caso. Emerson me había dejado su máquina de cortar el pelo y mi idea era dejárselo lo más corto posible para que se fuera igualando un lado con el otro. Nos vi reflejados en el espejo y un amargo recuerdo me vino a la cabeza; la de mi peluquera, haciéndome lo mismo. Con la primera sesión de quimioterapia el pelo se me empezó a caer a puñados y yo fui la que le pedí que me afeitase la cabeza ante la imposibilidad de conseguir un corte de pelo decente. Mientras lo hacía llorábamos las dos y me resultó especialmente duro mirarme en el espejo y ver a alguien que parecía una extraña, me preguntaba, una y otra vez: ¿de verdad esta soy yo?, ¿realmente me está pasando todo esto? Una caricia de su mano me devolvió a la realidad.

—¿Estás bien, Julia?, si lo prefieres, puedo hacerlo yo.

Aún dolorida por el recuerdo sonreí y me puse a ello en el más completo silencio. Yo concentrada en mi tarea, y él con la vista fija al frente, observándome a través del espejo.

—Ya está, listo para lucir una nueva imagen —bromeé mirándolo con la maquinilla en la mano.

Con el pelo casi al cero, sus ojos, si cabía, parecían aún más grandes y pude ver que tenía una cabeza muy bien hecha, perfectamente ovalada.

—Serías un calvo tremendamente atractivo —comenté quitándole los pelos que tenía por la cara.

—¿Te gusto así?

—A mí me gustas de cualquier manera —le contesté besando su recién afeitada cabeza.

Tiró de mí, caí sentada en su regazo y me besó apasionadamente. Su lengua invadió mi boca y sus efectos llegaron hasta los rincones más alejados de mi cuerpo. No pude evitarlo y se me escapó un gemido al sentir su tremenda erección mientras me miraba, a través de sus largas pestañas, con los ojos entornados.

—¡Dioooooooooossss!, qué largo se me va a hacer este mes —susurré sobre sus labios.

Metida en mi nuevo papel de dueña y señora, bajaba de vez en cuando a la oficina y procuraba entrar sin mirar a la uva pasa de su secretaria, pese a que siempre me hacía la misma pregunta.

—¿Cómo va el señor Levi?, ¿alguna novedad? —preguntaba mirándome con cara de cuervo.

Yo pasaba de largo y, con un escueto «todo igual», entraba en el despacho de Joseph y cerraba la puerta.

—Tienes que intentar tranquilizarte —Alberto me hablaba tan bajo que casi no lo oía.

—Para tranquilizarme lo único que necesito es darle una buena hostia con la mano abierta —susurré también en el enorme despacho de Joseph.

—Lo bueno es que ella piensa que lo haces por soberbia; me confesó que nunca le caíste bien y que ella siempre se dio cuenta de lo que realmente eres —cotilleó tendiéndome unos papeles para que le llevara a Joseph. Los cogí con tal aire que, si la llegaba a tener delante, hubiera salido volando por la ventana sin necesidad de escoba.

La verdad es que ni los miraba; me limitaba a llevárselos a Joseph y, después de revisarlos, me decía dónde tenía que firmar.

—Al final me voy a acostumbrar a que hagas mi trabajo —habló burlón viendo cómo estampaba mi firma.

—Ni lo sueñes, no quiero tener a un vago a mi lado —bromeé yo también.

Ya estábamos a sábado, cuatro de abril y por la tarde subió Mark.

—Estate atenta —habló nervioso—. Le han mandado un correo al Tomás Castillo de los huevos porque lo necesitan para poder mover el dinero necesario para superar la oferta que se han creído que tienes. Le dicen que quieren hacer la operación con un dinero que, al parecer, está en una de las empresas fantasmas que ese abogado creó para ellos y que por cierto está cerca de tu país; en Gibraltar. Tan pronto como les conteste ya tendré acceso a su ordenador y, entonces, ese hijo de puta se va a acordar —sentenció serio mirando a Joseph.

«Me cago en todo lo que se menea», pensé.

Vuelta al nudo en el estómago y vuelta a mirar el puto teléfono, una y otra vez. Nos estábamos acostando después de que la visita de Mark nos estropeará la tarde; Joseph se mantuvo taciturno y le aumentó el dolor de cabeza pese a haber atenuado su intensidad los días anteriores.

—Recuérdame que el día que se acabe toda esta historia lo celebremos —dije abrazada a él en la cama.

—Tranquila, te aseguro que lo vamos a celebrar bastante antes —habló sobre mis labios, mientras me besaba dulcemente. Sus ojos me miraron llenos de ternura y de amor, haciendo desaparecer todos mis miedos y todos mis fantasmas, nunca mejor dicho.

Capítulo 8

Tranquilo y relajado, el tiempo fue pasando, salvo los cientos de veces que miré el móvil esperando a que ese imbécil llamara. Los dolores de cabeza de Joseph habían remitido casi por completo y su recuperación física iba por buen camino; había ganado algo del peso perdido y volvía a tener el tipazo con el que lo conocí. Su pelo crecía de manera uniforme y, en poco tiempo, su cicatriz quedaría completamente tapada. Sin poder hacer aún ejercicios bruscos, se volcó en la natación y nos pasábamos horas en la piscina; yo también aprovechaba para darme unas buenas carreras en la cinta a falta de poder salir a la calle. Echaba de menos poder salir juntos a la terraza, para poder disfrutar juntos de esa incomparable vista, pero prefería no arriesgar demasiado. A veces tenía momentos de paranoia en los que, como en una película, me imaginaba ver a un helicóptero acercándose y empezando a disparar al interior de la casa mientras todo empezaba a saltar por los aires; la diferencia era que en la mía los protagonistas morían todos acribillados a balazos. Afortunadamente, solo eran breves los momentos de locura total y una tensa calma flotaba en el aire. Era viernes, diez de abril, cuando mi móvil empezó a sonar; estábamos en la cocina, a punto de comer, junto con Emerson y María que después se iban a ir a casa de Marcos y Ana para poder estar con Alejandro. A Joseph le había costado convencer a Emerson de que podían dejarnos solos y parecía contento y relajado ante esa perspectiva, así que fruncí el ceño cuando vi que la llamada era de un número privado y mi corazón aceleró de cero a cien en medio segundo. Todos se callaron y me miraron expectantes.

—Cógelo —me dijo Joseph tras poner el teléfono a grabar y conectar el altavoz.

—¡Mucho tardas en coger el teléfono! —gritó a modo de educado saludo.

Me mordí el labio con fuerza y mi mala hostia se disparó al mismo ritmo que los latidos de mi corazón. Oír la desagradable voz de Óscar me resultaba cada vez más insoportable, al igual que su falta

de educación. Ojalá que si algún día lo detenían también se le pudiera acusar de eso.

—Y, a este paso, ya estoy tardando en colgarte —fue mi respuesta inmediata—. ¿Vas a decirme algo más interesante o damos por zanjada esta agradable conversación? —rematé en tono irónico.

—Está bien, Julia —habló tras unos segundos de silencio—, francamente, eres insoportable, aunque supongo que ya lo sabes. Pero, antes de nada, ¿cómo va nuestro amigo Joseph?

Oír el nombre de él en su boca ya me ponía nerviosa, pero el calificativo de «amigo» y el tono con el que lo dijo consiguieron que me pusiera al borde de un ataque de nervios y, si no llega a ser por Joseph, que me agarró la mano con suavidad y consiguió calmarme, le hubiera colgado.

—Sin novedad —fue lo único que pude decir—, y sí, tengo mal carácter, sobre todo con la gente que no tiene educación como tú. Mira, tengo hambre, aún no he comido y eso me pone de bastante mala hostia, así que te digo, con toda la educación y la calma del mundo, ¡qué cojones quieres!

Debí de gritar bastante al decirlo porque vi que a Joseph le daba la risa haciendo el ademán de taparse los oídos. Tardó unos segundos en contestarme mientras podía notar sus ganas de estrangularme desde el otro lado del teléfono.

—Hablé con mis amigos y están de acuerdo en mejorar la oferta que tienes —consiguió decir a la vez que tiraba de su asquerosa nariz.

Miré a Joseph con cara de sorpresa, y asintió levemente para que siguiera con la conversación, Emerson y María parecían no respirar.

—Continúa.

—Te ofrecemos mil ochocientos millones por la compra de la empresa y ciento cincuenta millones más para ti.

Se hizo, de nuevo, el silencio. Yo, porque era incapaz de hablar, ya que tuve que taparme la mano con la boca por miedo a soltar una carcajada de lo sorprendida que estaba, y él, porque estaba a la espera de mi reacción.

—¿Y? —pregunté, cauta, cuando recuperé la compostura.

—Que necesitan algo de tiempo para mover tanto dinero. Su abogado les ha dicho que no hay ningún problema, pero que estas cosas, para hacerlas bien, no se pueden hacer de un día para otro.

Volví a mirar a Joseph, que vocalizó un número y asintió.

—Tienes un máximo de quince días. Si en este tiempo no sé nada de vosotros aceptaré la otra oferta que tengo y estas conversaciones se habrán terminado.

—No sé si... —empezó a mascullar.

—Es lo que hay.

Y colgué mirando el teléfono como si, de repente, me fuera a morder.

—Estoy deseando poder acabar con este puto tema de una vez y hacer una vida normal —protesté cuando empezábamos a poner la mesa. Joseph me miró dolido; tal y como lo había dicho parecía que le estaba echando la culpa a él y no era así.

»Perdona —me apresuré a decir cogiéndole las manos—, tú no tienes culpa de nada, Joseph, pero me duele que tengamos que estar aquí encerrados mientras ellos andan por ahí. Solo quiero que podamos dar una vuelta en moto, pasear por la calle tranquilos, volver a mis ensayos, trabajar...

Suspiré abatida; él tomó mis manos y las posó sobre su pecho.

—Lo sé, Julia, créeme, a mí me pasa lo mismo, pero te prometo que volveremos a hacer todas esas cosas y más.

Su mirada cambió con ese «más» y mi abatimiento desapareció como por arte de magia. El miércoles quince de abril tenía su tan ansiada revisión ya que, pese a las numerosas quejas por parte de Marcos, la había conseguido adelantar y nuestros relojes habían iniciado la cuenta atrás. Ese mismo día subieron César y Mark por la tarde, y cuando los vi llegar no lo pude evitar y me puse nerviosa. Una, porque sabía que su visita estaba relacionada con la llamada que había tenido por la mañana y suponía que Mark ya tenía acceso al ordenador del hijo de puta de Castillo y, dos, porque era la primera vez que se iban a ver tras saber Joseph de su relación.

—Me he enterado de lo vuestro —habló con voz solemne posando sus manos en el hombro de cada uno—, Julia me lo ha contado y solamente espero que seáis tan felices como lo somos nosotros dos. —Sonriendo me miró emocionado.

—Gracias, Joseph —contestó César tras respirar aliviado—, por un momento creí que...

Desvió la vista, claramente incómodo, hacia Mark, que, si hubiera sido de noche, habría podido alumbrar todo Copacabana de lo colorado que estaba.

—¿Que no me iba a alegrar de ver a un amigo feliz?, parece que no me conoces, César. —Una sonrisa deslumbrante iluminó su cara al igual que la de todos los demás.

Estábamos en la sala, sentados, tomando un café y esperando a que alguien dijera algo.

—Ya he descryptado varios archivos del cabrón ese. —Por la cara con la que lo dijo Mark, me di cuenta de que no estaba demasiado contento.

—¿Y? —pregunté mirándolo impaciente.

—De momento, tenemos que esperar.

—Estás mintiendo, Mark, ya te dije que de ordenadores sabrás mucho, pero de mentir no tienes ni puta idea —solté enfadada.

Odiaba tanto misterio, odiaba que diera tantas vueltas en vez de ir al grano y odiaba tener que esperar. Tenía esa palabra grabada a fuego en mi cerebro desde que había llegado a ese país.

—No, no es eso —objetó inquieto—. Tengo mucha información acerca de sus muchas actividades ilegales en temas económicos, tanto con Estaban Cruz y su mujer, como con muchos otros clientes más. Hay que reconocer que es un lince para blanquear dinero con la creación de un entramado de empresas fantasmas digno de estudio; pasa ingentes cantidades de dinero de unas empresas a otras y de un país a otro hasta que consigue que todo acabe en paraísos fiscales y...

—Procura no olvidar que Tomas Castillo es un auténtico hijo de puta.

La voz de Joseph restalló en la sala como un latigazo y durante unos segundos todos nos quedamos sin saber qué hacer. Habló sin mirar a Mark, tras posar tranquilamente en la mesa la taza de café que se estaba tomando y limpiarse una mota inexistente en la rodilla de su pantalón. Yo lo miré boquiabierta, sorprendida por el taco empleado, tan impropio en él, pero sobre todo por el tono con el que lo dijo. Si fuera un cuchillo, Mark y toda su verborrea hubieran quedado partidos en dos.

—Tranquilo, no lo olvido —se apuró a decir Mark ante el tono de Joseph y la mirada furibunda de César—, pero lo que me extraña es que hay muy poca información referente a Adolfo Gutiérrez.

—Mi padre, Mark, puedes decir mi padre —interrumpió de nuevo Joseph, que cada vez estaba más pensativo.

—Está bien, tu padre —corrigió dubitativo—. El caso es que solamente se habla de él en tercera persona. Hay correos entre ellos en los que se habla de todo lo referente a ti —continuó tras

señalarme a mí—. Así como los que se intercambiaron con Tomás Castillo cuando él recurrió a ellos y cuando ellos le contestaron que podían ayudar, pero le aconsejaban que recurriera a...

—Mi padre —atajó Joseph.

—Eso, a tu padre, pero no hay ningún correo de...

—Mi padre —volvió a atajar Joseph limpiándose la rodilla del pantalón cada vez con más fuerza.

—Pues no —prosiguió Mark visiblemente nervioso—. No tenemos nada que vincule directamente a tu padre —se apuró a decir ante la mirada fulminante de Joseph.

Nos quedamos todos en silencio observando a Joseph, que, ausente, seguía limpiando la mota de polvo inexistente de su pantalón.

—Vosotros no conocéis a mi padre, yo sí.

Su tono de voz consiguió que lo mirara asustada.

—¿Qué quieres decir? —me atreví a preguntar.

Suspiró, cansado, doblando el cuello y posando su mirada en el techo del salón; los demás lo contemplábamos expectantes sin apenas respirar.

—Joseph, si sabes algo que... —empezó de decir César impaciente ante su silencio.

—A mi padre no le iban los ordenadores, él era más de teléfonos, de cámaras de fotos y de grabarlo todo. —Se puso en pie y empezó a pasear nervioso por el salón; frotaba la frente con su mano mientras repetía una y otra vez—: Tiene que haber algo más, en algún lado, lo sé, lo conozco.

—Joseph, para —lo interrumpí. Había conseguido ponerme nerviosa al verle dar tantas vueltas—. Su casa fue registrada por la policía y no encontraron nada y lo que se habla por teléfono...

—¡Lo conozco, Julia! —gritó furibundo, agitando las manos en el aire—. No se fiaba de nadie y siempre se guardaba un AS en la manga. En algún lado tiene que haber algo más, lo sé, lo conozco.

Siguió paseando y repitiendo lo mismo, hablando más para sí mismo que para los que estábamos a su alrededor.

—Pues envía a alguien que busque mejor. —Se me ocurrió de repente. Y, sin pensarlo, desvíe mi mirada hacia Mark y César, los cuales nos observaban en silencio sentados en el sofá.

—Podemos ir, Joseph —habló César, que de inmediato supo lo que yo quise decir.

—No sé, César, no quiero que te comprometas más, ¿y si sospechan algo?, ¿y si no os dejan entrar?, ¿y si...? —habló dubitativo.

Levanté la mano enfadada.

—Y si..., y si... ¡Joder, Joseph!, ¿y si esperas a que aparezcan los problemas para intentar solucionarlos? —rematé.

—Julia tiene razón, Joseph, podemos ir Mark y yo —César habló eufórico—. Tengo buena relación con el inspector Guzmán y será una visita de cortesía, simplemente para saber de primera mano cómo va la investigación en su país. —Y guardó silencio a la espera de su reacción.

—No sé, César, no me parece una buena idea. Además, llegas ahí, ¿y qué?, la casa ha sido registrada y...

—Tú deja que yo me encargue de eso. —Y, agitando su mano, zanjó el tema.

—Cada día consigues sorprenderme.

Estábamos en nuestra cama, acostados, a oscuras. Me tenía abrazada y mi cabeza descansaba sobre su pecho; yo acariciaba su fino y suave vello y pude notar su sonrisa en mi pelo al decir estas palabras:

—Pues espera que, cuando pueda, aún te voy a sorprender más — diciendo eso tiré levemente de su pelo con los dientes. Pude sentir cómo todo él se aceleraba mientras de su boca salía un ligero gruñido—. Te recuerdo que el miércoles es tu revisión.

Me dormí con su sonrisa en mi pelo.

Dos días después, César y Mark estaban disfrutando de una agradable estancia en Acapulco. Lo malo fue que, fiel a su palabra, el inspector Guzmán seguía con la idea de cocer lentamente a la rana dentro del agua y todas sus pesquisas se encaminaban, de momento, a conseguir pruebas que vinculasen tanto a Esteban Cruz como a Adolfo Gutiérrez con determinados cárteles de México. Lo ocurrido conmigo, había sucedido en otro país y esa era la disculpa para dejar ese tema en un segundo plano. Como consecuencia de todo ello, la rana no se daba cocido y aún seguía viva. Lo bueno fue que no les puso el más mínimo problema para que entraran en una casa que ya había sido convenientemente registrada.

—Joseph, ya estamos dentro.

La voz de César sonó a través del móvil de Joseph. Estábamos comiendo y lo posó en la mesa, conectando el altavoz. Un gesto de Joseph me indicó que le importaba un carajo cómo fuera su casa.

—Vete al grano, César, busca su despacho —cortó serio.

—¡Vaya casa más horrible!, está llena de muebles, pero de un gusto espantoso.

La voz de Mark se oyó de fondo.

—Lo sé, hizo lo mismo en casa de mi..., de Sara, mi abuela. He visto fotos de antes y era una casa preciosa hasta que llegó él y la estropeó —habló pensativo.

—¿Fotos?, ¿dónde están esas fotos? —pregunté en voz baja con cara de sorpresa.

—¿Dónde van a estar? En mi casa, donde está todo —habló molesto.

—¿A qué casa te refieres?, Joseph, esta es tu casa—dije en susurros cuando oíamos a César y a Mark cómo entraban en distintas habitaciones, a cual más fea, según la opinión de Mark.

—Dónde va a ser, donde vivía antes, Julia, mi antigua casa, cerca del centro comercial —respondió ausente, con la mente en otro lugar.

Por unos segundos tuve ganas de apagar su teléfono para poder seguir con aquella conversación que me estaba dejando perpleja.

—Pero ¿aún la tienes?

—Pues claro —respondió serio—. ¿No te lo había dicho?

—Pues no. —Arqueeé tanto las cejas que tuve la sensación de que todo el pelo de mi cabeza se juntaba en mi nuca.

—Cuando desapareciste, fue el primer sitio al que fui a mirar. —Arrugó el ceño al decirlo, concentrado en la conversación que estaba oyendo a través de su móvil.

—¿Y...?

—Está cerrada a cal y canto, como quiero que siga hasta que se caiga sola —sentenció. ¿Qué, César?, ¿cómo vais? —preguntó de nuevo en voz alta, intentando dar el tema por zanjado.

—Bien. Miramos todas las habitaciones por si aparecía algo, pero ahora estamos entrando en su despacho. ¡Dios santo! —Le oímos decir al cabo de unos segundos—. Qué cantidad de muebles y de trastos.

—Ya, César, ya sé que el fuerte de mi padre nunca ha sido la decoración, sigue mirando. —Seguía con el ceño tremendamente fruncido y la mandíbula reflejaba su tensión—. Dime lo que ves —le ordenó mientras, nervioso, se frotaba las sienes.

—Varios sofás, a cual más feo, dos mesitas llenas de figuritas y revistas, cuadros horribles. —La voz de Mark se confundía con el ruido que hacía César abriendo y cerrando cajones.

—Aquí no hay nada —volvió a hablar César—. Todo está vacío, también hay dos cajas fuertes, abiertas y sin nada.

Miré a Joseph, que había cerrado los ojos imaginando el lugar.

—Sigue —ordenó frotándose la frente.

—No hay nada más, Joseph. —Sonó molesto César—. Solamente varias sillas y un mueble-bar bastante grande al fondo lleno de botellas y vasos.

—¡Qué has dicho! —Los ojos de Joseph se abrieron de par en par y pegó semejante grito que di un bote en mi silla.

—Varias sillas y un mueble-bar al fondo —repitió César con voz monótona.

—¿Cómo es ese mueble? —preguntó empezando a pasear nervioso por la cocina.

—Horrible, como todo lo demás —volvimos a oír a Mark—, pero las bebidas son de lo mejor.

—No me refiero a eso, ¡joder! —chilló nervioso golpeando la mesa de la cocina con la mano—. Quiero saber cómo es el mueble.

Lo miré boquiabierta y permanecí en silencio. Si algo había llegado a saber era que si Joseph llegaba a esa situación lo mejor era no hacer nada y esperar.

—Pues... —titubeó Mark, vacilante, y me lo imaginé a punto de soltar el teléfono del susto—, no tiene nada, aparte de vasos y botellas, es un mueble sólido, sin cajones ni nada.

Noté cómo la respiración de Joseph se agitaba. Apoyó las manos a ambos lados del teléfono y descargó su peso sobre la mesa.

—Apartad ese mueble de la pared —ordenó tenso.

Se hizo el silencio al otro lado del teléfono para ser interrumpido por el ruido que hicieron los vasos y las botellas al chocar entre sí.

—Joder, ¡cómo pesa este puto mueble! —bufó César al que aún le costaba respirar tras el esfuerzo.

—Mira su parte de atrás.

El tono de Joseph se había vuelto alarmantemente cortante y sin saber por qué empecé a mordisquearme el labio.

—Igual que la parte de delante, Joseph, nada, no hay cajones ni nada.

—Túmbate en el suelo y mira debajo, como hiciste la otra vez —le pidió—. Y tú deja de mordisquearte el labio.

Pude ver su mirada de reojo y paré al instante. Bebí un sorbo de Coca-Cola *light*, ya que se me estaba quedando la boca seca. Tendió la mano, concentrado de nuevo en el teléfono, y le di mi vaso; bebió sin decir nada y siguió esperando. Un variado surtido de tacos nos indicó que César y Mark estaban haciendo lo que Joseph les había dicho.

—Ya estoy, mejor dicho, ya estamos, ¿y ahora qué? —preguntó César claramente enfadado.

—Pasad la mano por el borde interno del mueble, ¿o es que ya no te acuerdas? —El tono con el que le hizo la pregunta consiguió que hasta yo lo mirara asustada; solo faltó el sonido de una bofetada después. Tenía la cabeza hundida entre sus hombros y todo él emanaba tensión—. ¿Notáis algo?

—Yo no —respondió César al cabo de unos segundos.

—¡Espera! —Oímos de repente a Mark—. Yo sí, hacia esta esquina —hablaba como si lo pudiéramos ver—. ¡Joder, Joseph!, ¡hay una especie de pasador!

Me puse en pie de un salto y me coloqué a su lado.

—Tira de él —ordenó Joseph con voz ronca.

Pudimos oír cómo se movían, arrastrándose por el suelo, lo cual me pareció increíble, ya que tenía miedo de que no pudiéramos enterarnos de lo que estaba pasando por culpa de los latidos tan fuertes que mi corazón estaba dando.

—Joseph, estoy viendo... —César parecía asombrado.

—Lo sé, la parte de atrás se ha abierto, ¿no? —interrumpió Joseph.

—Sí, ¡Joder, Joseph!, esto está lleno de... Te llamo luego.

Colgó, y yo solté de golpe el aire de mis pulmones. Miré incrédula a Joseph y luego al teléfono como si fuera a cobrar vida propia.

—Llama a ese... —solté entre dientes apuntando al teléfono con el dedo.

Negó con la cabeza.

—Déjalo, cuando pueda lo hará.

Se quedó sin moverse, a la espera, observando el teléfono con el ceño fruncido como si de repente fuera un platillo volante y pudiera

salir disparado. Cuando volvió a sonar, lo cogió tan rápido que no llegó a completar el primer tono.

—Esto es increíble, Joseph, tenías razón. Aquí hay de todo; papeles, fotos, teléfonos, dinero, varios CD, documentos, grabadoras, cintas...

—¡Joder, Joseph!, ¿qué hacemos con esto?, ¿nos lo llevamos todo?
—interrumpió, nervioso, Mark.

—Sí —respondió tajante.

—Pues claro que nos lo llevamos —reafirmó César—. Vamos para ahí.

Colgó nuevamente y nos quedamos un rato en silencio. Seguía en la misma postura, con el ceño tremendamente fruncido, tenso y serio.

—Lo sabía, lo sabía, lo conozco —murmuró sacudiendo la cabeza que seguía hundida entre sus hombros.

Para intentar tranquilizarlo, conseguí que me dejara abrazarlo, pese a no saber cuál de los dos estaba más nervioso.

—Vamos, Joseph, tranquilízate, a lo mejor ahí está lo que nos hace falta para acabar con esta historia de una puta vez. —Se sentó, con los ojos cerrados, y la cabeza entre sus manos. Me di cuenta de que volvía a estar en el mismo momento en el que, hacía muchos años, también descubrió lo mismo—. Ya está, Joseph, ya está. Es lo que queríamos, ¿no?

Había conseguido que se apartara de la mesa y volvía a estar abrazado a mí, con su cabeza apoyada en mi pecho.

—Por cierto, tenemos que hablar de lo de tu casa.

Se lo dije tras besarlo en la frente; tenía los ojos cerrados, pero los abrió al instante.

—No hay nada de qué hablar, está cerrada y así va a seguir.

—Pero, Joseph, en esa casa tendrás muchos recuerdos.

—Demasiados —interrumpió—. Mira, Julia. —Continuó mirándome con sus ojos llenos de tristeza—. Me prometí a mí mismo que jamás volvería a pisar ese lugar y también que algún día tiraría con todo para no dejar rastro de él ni de su existencia. Por favor, si no te importa, ¿podríamos dejar este tema? Creo que tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos que de esa maldita casa.

Me callé, pero solo de momento. Sabía que en ese lugar había una parte hermosa de su historia, una parte llena de amor que se había quedado encerrada allí y que debía salir a la luz para ocupar el lugar que se merecía. Esa noche, como era de esperar, dormí agitado y, de nuevo, sus sueños se volvieron a llenar de pesadillas. La diferencia era que se agarraba a mí y se dejaba abrazar. Lo desperté con mis besos y mis caricias, y todo el miedo y la tensión desaparecieron cuando me volvió a besar.

—Ya falta menos para el miércoles —susurró ronco apretándose contra mí para que pudiera notar su erección.

—Yo también lo voy notando

En la oscuridad humedecí un dedo en mi sexo y lo acerqué a su boca. Noté cómo lo olía y rápidamente lo metió en su boca con un gemido largo y profundo.

—Este es el mejor olor y sabor del mundo. —Suspiró satisfecho tras su succulento festín.

Y, abrazados, nos volvimos a dormir, esa vez, sin sobresaltos.

Capítulo 9

César y Mark llegaron el lunes por la tarde. Subía después de hacer mi paseíllo diario por la oficina de Joseph y, cuando los vi, sus caras

denotaban que no habían dormido mucho y que lo que habían visto no era de su agrado. Estaban hablando con Joseph en su despacho y se callaron al verme entrar. Solo tuve que mirar a Joseph para saber que pasaba algo malo. Me sentó en su regazo y me abrazó con cariño. Me recordó las escenas en las que te intentaban preparar antes de darte una mala noticia.

—¿Qué pasa, Joseph? —Los miré preocupada.

Un incómodo silencio hizo que mis nervios aumentaran considerablemente.

—Julia, lo siento —empezó a decir Joseph mientras me abrazaba más fuerte, como temiendo que fuera a salir corriendo.

En ese momento pensé que era algo sobre él. Me acordé de su estilo de vida, de lo de sus putas...

—¡Dios santo, Joseph! —exclamé asustada—. No te habrán grabado cuando ibas de...

No me atreví a acabar la frase y miré de reojo a César y a Mark, que seguían sin mirarme.

—No, no es sobre mí —se apresuró a corregir.

—Julia —intervino César mirándome por primera vez a la cara—, hemos conseguido muchísima información. Tenemos documentos, fotos, grabaciones, de todo, pero...

—Pero tenemos que mirarlo con mucha calma —atajó Mark—, lo poco que he visto pone los pelos de punta a cualquiera. El hijo de puta de tu abogado le mandaba al padre de Joseph vídeos suyos bastante comprometidos. Hay que ser imbécil —masculló—, pero tu padre fue más listo —prosiguió mirando a Joseph, que me mantenía fuertemente agarrada— y los guardó para él. Hay varios con distintas personas, pero hay uno especialmente vomitivo en él que se ve a él y a otro hombre...

—Por el amor de Dios —interrumpí asqueada—. Lo que sea, hay que denunciarlo. Tenemos que conseguir que todo esto se sepa.

No sabía, en realidad, de lo que estaban hablando, sin embargo, me daba igual. Estaba hasta el mismísimo... de guardar secretos, de callar y de tener que relacionarme con esa gentuza, aunque fuera por un buen motivo.

—Todo se hará y se sabrá, Julia. —César sonó firme—. Pero hay que hacerlo bien o lo que tenemos no valdrá para nada.

Mark sacó de su bolsillo un USB y me miró directamente.

—Hice copia de dos de esos vídeos, creo que debes verlos.

—¿Yo? —pregunté con más asco que miedo.

—Si no quieres, no pasa nada, Julia —intervino Joseph—, estás en tu derecho.

Todos me miraron a la espera de mi decisión.

—No, si creéis que debo verlos, los veré —me decidí sin mucha convicción.

Volvimos a quedarnos mudos cuando Mark colocaba el USB en su portátil. No recuerdo haber visto a nadie moverse tan rápido delante del ordenador y, en apenas unos segundos, la pantalla cobró vida. Noté el abrazo de Joseph más fuerte y no sé en qué momento dejé de respirar y empecé a llorar. Solo sé que, histérica, salí disparada a la terraza porque necesitaba coger aire para no ahogarme. Me agarré a la barandilla y mi boca se abrió al máximo para conseguir que entrara algo de oxígeno en mis pulmones que habían dejado de funcionar.

—¡Julia!, ¡por favor!, ¡para! —el grito asustado de Joseph consiguió que volviera a la realidad; sin darme cuenta lo estaba golpeando mientras intentaba abrazarme.

»Mi niña, lo siento —hablaba bajito besando mi cara bañada en lágrimas—. Siento que todo esto haya sucedido y que hayas tenido que pasar por tanto... —me susurró cariñoso cuando me desmoroné en sus brazos.

Me cogió en volandas y entramos de nuevo en su despacho. César y Mark bajaron la cabeza, avergonzados, y Joseph se sentó en su sillón conmigo en el regazo. Nadie dijo nada y, entre sollozos, hundí mi cabeza en su cuello.

—Joseph, yo también siento que hayas tenido que ver esto —balbuceé

Había conseguido tranquilizarme un poco y, ante la perplejidad de César y Mark, me dejé limpiar la cara y los mocos con su camiseta. Estaba tan centrada en mi dolor que no fui consciente del suyo. Entonces la que lo abracé fui yo y pude darme cuenta de que estaba frío como el hielo y a punto de estallar en mil pedazos. Su mandíbula parecía que se iba a romper de un momento a otro y tenía los nudillos blancos de tanto que apretó los puños para poder contenerse.

—Lo siento, mi niño, lo siento. Siento que hayas tenido que ver toda esta mierda—murmuré.

Se hundió en mi cuello; noté su respiración agitada y el parpadeo continuo de sus pestañas mientras hacía ímprobos esfuerzos para no llorar.

—Julia, lo siento, pero necesito que me confirmes algo. —César rompió la burbuja que nos aislaba de todo lo sucedido.

—Sí —respondí sin mirarlo y sin necesidad de preguntar nada más—. ¿Qué vamos a hacer con todo esto? —pregunté una vez que ambos nos calmamos.

—De momento, nada. —La voz de César sonó rotunda—. Esto lo tenemos que manejar con mucho cuidado. En su momento, a

Aranguren le llegará esta información, pero creo que lo mejor es que la justicia empiece por actuar con lo que ya tiene, que no es poco. Esto servirá para rematarlos, sin embargo, opino que debemos ir con calma y dosificar todo.

—Además, hay muchos archivos, grabaciones... —continuó Mark— que me llevará tiempo mirar bien para que no se nos escape nada ni nadie.

—¿Y Alberto?, ¿debe saber...?

—No, por supuesto que no, Julia —me interrumpió Joseph—. Él no puede saber cómo se ha obtenido toda esta información o no nos podría defender. No —insistió, serio—, se enterará cuando sea necesario por medio de Aranguren, como todo lo anterior.

—¿Cuándo acabará todo esto? —pregunté cansada.

No sé las veces que había hecho esa pregunta, pero tenía la sensación de que todo me empezaba a pasar factura; me costaba dormir, tenía un nudo en el estómago que me impedía comer bien y notaba mis nervios a flor de piel. Llevábamos metidos en casa casi dos meses. Primero lo mío, luego lo de Joseph y notaba que mi cuerpo pedía a gritos poder hacer una vida normal; salir, entrar, trabajar, descansar, hacer el amor, volverlo a hacer...

—El juicio puede que tarde algo. —La voz de César me devolvió a la realidad—. Pero las detenciones no pueden esperar. Recuerda que Aranguren dio de plazo un mes antes de que la historia salga a la luz y ya van casi dos semanas.

—¿Cómo lo pensáis hacer? —El tono de Joseph cortó el aire.

—Tenemos que detener a bastante gente a la vez y tiene que estar todo el mundo perfectamente coordinado para que nada falle. Pero no sé...

Sacudió levemente su cabeza mientras sus dedos tamborileaban sobre la mesa.

—¿No sabes qué? —volvió a preguntar Joseph con voz cortante.

—El resto de la gente no me preocupa, pero, últimamente, Las tres Marías no se dejan ver y esta gente se entera de todo, no sé, tengo miedo de que se huelan algo y levanten el vuelo. —Si no fuera porque lo dijo preocupado, me hubiera hecho hasta gracia el ver con qué seriedad se refirió a ellos con el apodo que yo les había puesto.

—¡Era lo que nos faltaba! —exclamó Joseph soltándome a la par que golpeaba los brazos del sillón con las dos manos, por lo que casi me caigo al suelo.

—Pues, de momento, corremos ese riesgo —advirtió César y su tamborileo continuó—. Tienen muchos contactos en muchos sitios y, legalmente, aún no hay nada contra ellos.

—No nos olvidemos de las amistades que Esteban Cruz tiene en México —intervino Mark.

—Entonces recurriré a las amistades que tengo aquí.

La mirada de Joseph se clavó en César cuando dijo esas palabras, pero su tono no dejó lugar a dudas.

—Esa no es la manera de hacer las cosas y lo sabes —contestó César visiblemente molesto.

—Creo que sé lo que podemos hacer o, por lo menos, intentar —solté y, pese a que mi voz sonó alta, clara y firme; lo cierto es que, para variar, no estaba segura de nada.

—Julia, por favor, no. Tú no, otra vez, no.

El tono de Joseph fue suplicante y me abrazó intentando que no siguiera hablando.

—¿Qué estás pensando, Julia? —intervino César pese a la furibunda mirada de Joseph.

Dediqué unos segundos a pensar en cómo exponer una idea que, de pronto, me parecía absurda. Mientras tanto, la Julia sensata estaba intentando estrangular a la Julia chiflada y de ideas descabelladas.

—Vamos a ver —empecé a decir intentando no mirar a Joseph, que estaba visiblemente enfadado—, según dices, hay que detener a todo el mundo a la vez, ¿no? —César asintió y, atento a lo que iba a decir, paró de hacer ese ruidito de los cojones con los dedos.

»Y a ti lo que te preocupa es que Las tres Marías sospechen algo y levanten el vuelo, ¿no?

—Sí o que reciban algún chivatazo —precisó.

Decidí ignorar los bufidos de Joseph con cada frase nuestra, y Mark nos miraba sucesivamente a César y a mí, moviendo la cabeza, como si estuviera en un partido de tenis. Fruncí el ceño, los labios y hasta el cerebro intentando explicar mi idea lo mejor posible evitando que a Joseph le diera un ataque.

—Si yo acepto —dije entrecomillando con un gesto esa palabra— la oferta que me hicieron para comprar tu empresa... —Tragué saliva y me imaginé a todos mandándome a la mierda cuando lo dijera, especialmente, él—. Pues qué mejor sitio para firmar que aquí, en la sede que por fin van a conseguir comprar o eso creen —me apresuré a puntualizar ante la cara que se le iba poniendo Joseph a medida que hablaba.

Cerré los ojos y me encogí preparada para oír el aluvión de gritos; no me equivoqué.

—¡Aquí!, ¡aquí! —bramó Joseph señalando la mesa con su dedo con tal furia que parecía querer taladrarla—. ¡Jamás!, ¡jamás

pondrán los pies en esta casa!, antes muerto —soltó a modo de traca final.

—No dije aquí, Joseph, jamás se me ocurriría —seguí explicando en tono tranquilizador—, me refiero abajo, en cualquier despacho, en el de Alberto, por ejemplo, si lo prefieres.

Eso pareció calmarlo un poco pese a seguir protestando.

—Es igual, Julia, de todas maneras, es una locura y...

—Pues a mí no me parece una idea tan descabellada —interrumpió César.

—Yo también creo que puede funcionar —nos apoyó Mark.

—¡Esto es absurdo!, ¡estáis todos locos!

Las manos de Joseph se alzaron en el aire mientras se echaba hacia atrás en el sillón y, si no fuera porque me agarró a tiempo, hubiera salido disparada de su regazo con tanta sacudida.

—Por favor, Joseph, tranquilízate y escúchame —continué cuando mis posaderas consiguieron estar de nuevo sobre sus piernas—. Vendrán los tres, a una hora concreta.

—Puede salir bien —insistió César—, es un poco arriesgado, pero seguro que pican. Sabes de sobra las ganas que tienen de hacerse con tus empresas y el odio mutuo que os profesáis.

—Cuando me llame Óscar —ahora fui yo la que interrumpí— le digo que quiero que los papeles se firmen aquí, que después de todo lo que me pasó estoy asustada, no sé, ya se me ocurrirá algo —rematé pensativa agitando mi mano en el aire.

—Sigue sin gustarme —rebatí Joseph tirando de mí para sentarme bien en su regazo.

—No voy a estar sola, Alberto puede estar conmigo.

—¿Alberto contigo en la venta de mi empresa?, eso jamás se lo van a creer —bufó indignado.

—Es el abogado de tu empresa —razoné— y, como tal, tendrá que estar para asegurarse de que todo se haga bien y que el dinero de esa venta —dije y volví a entrecomillar la palabra— vaya a donde tiene que ir, que en teoría es a ti.

—Y nosotros estaremos allí, esperando para detenerlos —sentenció César.

—¡Ah, claro!, así de simple —siguió refunfuñando Joseph, que procuraba no moverse para no tirarme.

—Pues sí, así de simple, los dejaremos entrar y que hablen con Julia en lo que Alberto revisa los papeles. Por cierto, el despacho de Alberto está frente al tuyo, ¿no?

—Sí —fue la breve contestación de Joseph.

—Entonces nos meteremos en tu despacho tan pronto entren en el de Alberto y en el momento oportuno...

—Los tendré continuamente vigilados por las cámaras que tenemos puestas. Mientras tanto, podéis esperar en nuestra casa —apuntó Mark.

Pese a la poca gracia que tenía aquella situación no pude evitar sonreír cuando oí lo de «nuestra casa». César bajó la vista azorado, y me di cuenta de que a Joseph tampoco le había pasado desapercibido por la breve mirada de reojo que me lanzó y porque se tapó la media sonrisa de su boca apoyándola en sus manos entrelazadas.

—¿Y *miss* Danvers? —añadí.

—¿Quién es *miss* Danvers? —preguntaron Mark y César a la vez.

—Se refiere a Cristina, mi secretaria —aclaró Joseph, arqueando las cejas—. Ya sabéis la costumbre que tiene Julia de cambiarle el nombre a las personas.

Lo miré, esboqué una sonrisa que fue correspondida y suspiré más tranquila; al menos el cabreo parecía que se le estaba pasando.

—Por la *miss* ... lo que sea —se apuró a contestar César— no te preocupes. Tan pronto entremos dejaré a un hombre con ella para que ni pueda respirar.

—No sé —habló Joseph tras unos segundos de silencio en los que todos lo mirábamos expectantes—, me parece arriesgado, esa gente...

—Esa gente creará que viene a firmar la compra de tu empresa —insistí—. Además, no creo que ellos vayan pegando tiros por ahí, ya tienen quien lo haga por ellos.

—Joseph —habló César con calma—, si podemos evitar hacerlo así, lo haremos, pero sigo creyendo que la idea es buena. Y, si se hace así, te prometo que Julia no va a correr ningún peligro.

Por toda respuesta, Joseph miró a Mark, que asintió mientras lo miraba con los ojos abiertos como platos aguantando la respiración. Por último, los clavó en César, al que apuntó con su largo dedo.

—Como le pase algo a Julia, te juro que te mato.

Todos respiramos aliviados, y César se echó a reír; yo no lo tendría tan claro.

Capítulo 10

Estaba agotada, me había pasado la tarde del martes haciendo deporte, creo que había gastado la cinta de tanto correr y salí de la piscina medio mareada de tantas vueltas que habíamos dado en ella, tanto Joseph como yo. Supongo que ambos intentábamos

calmar nuestros nervios ante tanta tensión, pero, sobre todo, ante su inminente revisión. Acabábamos de cenar y estábamos en la habitación. Joseph ya estaba metido en la cama, pero yo decidí darme una ducha. Asustada, pegué un grito cuando, bajo la cascada de agua, sentí que me abrazan. Me giré y ahí estaba, mirándome sin pestañear acercando lentamente su boca a la mía.

—Joseph, la revisión es mañana y... —Tuve que parar de hablar porque su lengua, entrando con fuerza en mi boca, lo impidió; lo hizo con tal fuerza que acabé contra la pared. No pude evitarlo y se me escapó un largo gemido al sentir su tremenda erección cuando se apretó contra mi cuerpo—. Joseph, deberíamos esperar.

—Por favor —susurró anhelante sobre mi boca. Todo mi cuerpo se aceleró y mi corazón se hundió en las profundidades de mi bajo vientre—. Julia, no puedo más —pronunció ronco besándome—, te quiero, te deseo y creo que voy a explotar de un momento a otro si...

—Yo también, te quiero, te deseo —balbuceé entre jadeos—, pero tu revisión...

—¿No dijo el médico que estuviera atento a las señales? —continuó hablando y volvió a besarme—, pues qué más señal quieres que esta —y, diciendo esto, se apretó aún más contra mí. Cerré los ojos y me rendí; me rendí ante su deseo y el mío e hice al ademán de salir de la ducha; estaba tan nerviosa como en nuestra primera vez, sin saber bien qué hacer ni qué decir.

»De eso nada —gruñó y tiró de mí para quedar, nuevamente, bajo la fina lluvia de agua. Nos abrazamos, nos besamos y nos acariciamos saboreando cada segundo, mientras el agua se deslizaba sobre nuestros enredados cuerpos.

»Puedes hacer pis —susurró, jadeante sobre mis labios esbozando una de sus sonrisas deliciosamente escalofriantes.

—Ahora no tengo tiempo —susurré yo también.

Lo abracé y me levantó en el aire. Lo rodee con mis piernas y su pene se introdujo directamente en mi empapado sexo; todo mi cuerpo tembló al oír su gemido ronco, profundo y visceral, mientras me miraba a través de sus mojadas pestañas. Sus ojos parecían dos carbones ardiendo y el aleteo de sus fosas nasales, intentando coger aire, me hacía ver que él, como yo, estaba a punto de perder el control. Apoyó los brazos contra la pared y separó las piernas ligeramente para no caerse. Yo, abrazada a él con brazos y piernas, comencé a empujar mi cuerpo contra el suyo. Mi cadera se movía rítmicamente sin parar de besarnos. Apuré el ritmo, apuré, apuré, mi corazón no daba latido más rápido, y ambos buscábamos aire como podíamos. Su respiración y la mía se descontrolaron a la vez y, de nuevo, aceleré, aceleré y aceleré mis envites hasta que no pude más y, apretando mi abrazo, estallé sobre él al mismo tiempo que él estallaba en mí. Nuestros gemidos se juntaron en nuestras bocas y nuestros cuerpos mandaban continuas oleadas de placer a modo de un orgasmo eterno, como si ambos quisiéramos y necesitáramos recuperar el tiempo perdido. Acabamos sentados en el suelo, abrazados, y así permanecemos un buen rato, dejando que el agua cayera sobre nosotros calmando nuestros agitados pulsos. No pude evitarlo y lo miré preocupada, con la cabeza levantada y el agua resbalando sobre su cara, tenía los ojos cerrados y respiraba agitado.

—¿Todo bien?

Abrió esos hermosos ojos que parecían ocupar toda su cara y me miró con un amor infinito.

—Más que bien, maravillosamente bien, ¿y tú? —preguntó agarrando mi cara entre sus manos y volviéndome a besar bajo la fina cascada de agua.

—¿Y aún lo preguntas?, fue increíble —respondí—. Vamos, para mear y no echar gota.

Evidentemente, no era la frase más romántica del mundo, pero ya teníamos bastante agua sin la necesidad de que yo contribuyera a

ello con mis lágrimas. Lo logré y, oyendo su maravillosa risa, conseguimos ducharnos.

Estábamos en la cama, tumbados y satisfechos. Joseph tenía su cabeza apoyada en mi pecho, y yo acariciaba su pelo-pincho en silencio, éramos conscientes de que habíamos superado un momento clave para conseguir dejar atrás nuestras dudas y temores.

—¿Te casarás conmigo ahora? —preguntó, de repente, rompiendo el silencio.

—No, Joseph, de momento no —respondí sonriendo.

—Pero tú me quieres, ¿verdad? —Se incorporó para mirarme con una expresión de alarma en sus ojos.

—Tanto que a veces parece que voy a reventar —respondí y acaricié su cara—. Pero quiero que me lo pidas cuando todo esto haya pasado y estés tranquilo y bien. Joseph, por favor, esto ya lo hemos hablado antes —proseguí ante su gesto serio—. Intenta entenderme; por mí lo haríamos mañana mismo, pero no quiero llegar a pensar un día que si todo esto no hubiera pasado a lo mejor no hubieras tomado esta decisión, ¿lo entiendes?, ¿me entiendes?

—No, pero sí —reconoció serio.

—Solo te pido que dejemos que pase todo lo que tiene que pasar, pero... —Paré de hablar y en un impulso lo besé fuertemente—. Prométeme que me lo volverás a pedir.

—Te lo prometo —respondió sobre mi boca—, pero tú prométeme que la próxima vez dirás que sí.

—Sí, te lo prometo —conseguí decir antes de que nuestras lenguas se volvieran a juntar—. Joseph, para, no sigas, acabamos de..., tu revisión... —balbuceé.

—Las señales, mi cuerpo —balbuceó también mientras empezaba a deslizar los labios sobre mi pecho.

Decidí rendirme sin presentar batalla, ya que era fabuloso sentirse así después de todo lo pasado. Solamente él conseguía llenar los vacíos de mi cuerpo; con sus caricias y su constante deseo hacia mí, lograba que olvidara que tenía dos prótesis a modo de pechos y conseguía que mi vientre, en ese instante vacío, se llenara de deseos y sensaciones como si nada hubiera pasado. Volví a jadear de placer cuando su mano llegó a mi sexo ya húmedo y empezó a jugar con mi clítoris, lo seguí haciendo cuando llegó con su boca y volví a jadear cuando lo oía gemir a él. ¡Joder!, en ese momento mi puto teléfono empezó a sonar.

—Déjalo. —Oí su voz entre mis piernas.

—Joseph, es un número privado y...

Levantó su cara y me miró lleno de deseo, su boca estaba húmeda y sus ojos parecían dos soles negros.

—Déjalo —repitió con voz ronca.

Lo silencié acercando su boca a la mía y noté mi propio sabor cuando me penetraba con fuerza. No recuerdo ni cómo me dormí.

A las nueve de la mañana, cuando bajábamos al aparcamiento, los hombres de Leo nos estaban esperando para ir al hospital a su revisión. Todo se hizo como la vez anterior. Cuando llegamos esperamos en el coche hasta que Emerson nos trajo una silla de ruedas para sentar a un más que cabreado Joseph.

—¿Y si nos cruzamos con el imbécil de Montes por el hospital?, ¿qué crees que va a pensar? —le expliqué ante su enfado—. Que enseguida se va a dar cuenta de que aquí hay alguien que no está diciendo la verdad y el primero en tener problemas va a ser el doctor Gunnar por mentir.

—Es cierto, señor Levi —terció Emerson—, sería una pena que ahora se estropeará todo.

—¡Está bien! —bufó, enfadado, sentándose en la silla de mala gana —. No sé cómo te las arreglas, pero siempre te sales con la tuya — protestó, enfurruñado, calándose la capucha del chándal hasta las cejas.

—¿Será porque, casi siempre, tengo razón? —respondí burlona.

Tuve que aguantarme las ganas de reír ante la expresión de su cara.

Así, con Emerson de escolta más los dos hombres de Leo, que nos seguían a distancia, entramos en el hospital. Marcos nos estaba esperando en la entrada principal y la pequeña comitiva nos dirigimos al ascensor que nos iba a llevar a la consulta del doctor Gunnar. Pues me cagué en la maldita ley de Murphy y me volví a cagar una y mil veces más.

Mira que el hospital era grande, había varios ascensores, había varias plantas, había varias salidas, sin contar con que el día tenía veinticuatro horas, con sus correspondientes minutos y segundos. Pues: «¡Hay que joderse y agarrarse bien para no caerse!», nada más abrirse la puerta del ascensor sale el Usted No Sabe Con Quién Está Hablando, Usted No Sabe Quién Soy Yo o más conocido como el ínclito doctor Rafael Montes.

—¡Marcos!, ¡Señor Levi!, ¡no sabe lo que me alegra volver a verle! —ignorándome por completo, estrechó la mano que, de mala gana, le tendió Marcos para después hacer lo mismo con Joseph. Este levantó la vista y lo miró impávido, a él y a su mano, sin hacer movimiento alguno, dejándolo con la mano en el aire totalmente desconcertado.

—El señor Levi viene a ver al doctor Gunnar, no a hacer vida social y menos con usted —solté furiosa ante su hipócrita actitud.

Le hice un gesto a Emerson, que empujó la silla, y entramos todos en el ascensor. Las puertas estaban a punto de cerrarse cuando la mano del gilipollas de Montes con su carísimo reloj de oro lo impidió.

—Por cierto, señorita...

Arqueé las cejas y esboqué una falsa sonrisa; estaba esperando a que yo le diera mi nombre, pero no tenía intención de darle ese gusto.

—Es la señorita Julia Torres, Rafael, lo sabes —habló bastante molesto Marcos—. Y, si no te importa, el doctor Gunnar nos está esperando y...

—Se habrá dado cuenta de que ya no trabaja en este hospital, ¿verdad?, supongo que se lo habrán dicho —interrumpió a Marcos mirándome con cara de desprecio.

Sin apartar la vista de él, posé con suavidad la mano en el hombro de Joseph, que se había revuelto en la silla y notaba que estaba a punto de saltar.

—Pues sí, mi jefe, el doctor Ihab, me lo ha comunicado, pero, por si no se ha dado cuenta, me importa una puta mierda.

Con mi falsa sonrisa aún en mi cara, le di al botón que cerraba la puerta del ascensor con la esperanza de que su mano y su caro reloj de marca quedaran tirados en el suelo del mismo. Lo malo fue que, por la cuenta que le traía, se apresuró a retirar el brazo. Tan pronto las puertas se cerraron, Joseph me miró, Emerson me miró, Marcos me miró y los hombres de Leo también me miraron.

—¡Qué! —solté aún furiosa mirándolos a todos.

No sé quién se empezó a reír primero, pero nuestras carcajadas se tuvieron que oír en todo el hospital y cuando llegamos al despacho del doctor Gunnar aún nos estábamos secando las lágrimas. Una vez dentro, Joseph pasó sin problemas una amplia batería de

pruebas a las que el buen doctor lo sometió. Había cicatrizado bien, los dolores de cabeza habían remitido y había recuperado el tono muscular del lado derecho.

—Bien, esto está francamente bien —soltó, satisfecho, cuando tomábamos un café que Marcos había ido a buscar en lo que el doctor exploraba a Joseph—. Puede empezar a trabajar, a hacer vida normal, pero sin forzar la marcha. Como ya le dije anteriormente, escuche y haga caso a las señales que su cuerpo le irá mandando y no tendrá ningún problema.

—Pues habrá que estar atentos a esas señales, ¿no te parece? —contestó muy serio Joseph mirándome de reojo, mientras yo hundía la cara en mi vaso de café.

—Por cierto, ¿qué puedo poner en mi informe? Me gustaría saberlo.

El doctor Gunnar cruzó las manos sobre la mesa y su mirada se endureció al hablar con Marcos de ese tema.

—Mantén tu anterior informe y le añades que, de momento, sigue teniendo importantes secuelas de las que no ha experimentado ninguna mejoría —soltó Marcos sin necesidad de pensarlo.

—Quiero que sepas que...

—Doctor Gunnar. —La voz profunda de Joseph interrumpió la incipiente queja del doctor—. Me puede creer, si no hubiera necesidad de pedirle este favor el doctor Figueroa no lo hubiera hecho. Pero también créame que yo, para bien o para mal, jamás olvido nada.

—Está bien, no se preocupe, así lo haré y, ya sabe, ante algún problema... —Bajó la cabeza, visiblemente nervioso ante la penetrante mirada de Joseph.

Tenía ganas de saltar, de reír y de abrazar a Joseph cuando salimos de su consulta. Aunque sabía que estaba bien me sentía más

segura una vez que el médico lo había confirmado. En vez de eso tuvimos que conformarnos con salir del hospital de la misma manera que entramos, con Joseph enfurruñado y sentado en la silla de ruedas con la capucha tan encasquetada que casi no se le veía la cara y los demás con cara de circunstancias. Como no iba a ser menos, gracias a la jodida ley de Murphy nos volvimos a cruzar con el imbécil de Montes, que esa vez tuvo la sensatez de no acercarse.

—Supongo que irá corriendo a mirar lo que el doctor Gunnar ha puesto en tu historia —bufé cuando entrábamos en el coche.

—Déjalo que lo haga —habló Joseph una vez dentro—, es tan tonto que no se da cuenta de que sus días en este hospital están contados. —Agarrándome la mano me la besó con suavidad—. Por cierto, ya oíste al médico, tengo que escuchar y hacer caso de las señales que mi cuerpo me vaya mandando —diciendo esto bajó mi mano a su entrepierna que ya había empezado a celebrar su recuperación...

Capítulo 11

Me despertó su movimiento.

—Hola, mi niña, estás preciosa hasta cuando duermes.

Me besó mientras yo, aún soñolienta, intentaba recordar lo sucedido y lo miré dudosa. Seguro que tenía los pelos de punta y notaba algo de saliva pegada en la comisura de mis labios (los de la cara), en fin, todo un derroche de glamur; pero esboqué una sonrisa cuando recordé lo rápido que entramos en casa y lo disparados que subimos a nuestra habitación.

—Hola, mi niño, creo que nos quedamos un poco dormidos, ¿no?

—¿Un poco? —habló feliz estirándose en la cama—. Son las dos y media de la tarde, aún no hemos comido y, créeme, tanto ejercicio me ha abierto el apetito.

Tiró de mí y nos levantamos. Ya en la cocina, estábamos a punto de comer cuando mi teléfono comenzó a vibrar. En ese momento recordé que la noche anterior lo había puesto en silencio y no me había vuelto a acordar del tema. Tenía varias llamadas perdidas a lo largo de la mañana de un número privado.

—Cógelo —me dijo Joseph tras conectar la grabadora y poner el altavoz.

—¿Sí? —pregunté pese a saber quién era.

—¿Se puede saber qué cojones pasa? Te he llamado un montón de veces, ¿quién coño te crees que eres?

Su tono de voz, ya de por sí desagradable, lo era mucho más cuando estaba cabreado. Era agudo, estridente y pese a no tener el teléfono pegado a la oreja no pude evitar apartar mi cara con un gesto de desagrado. Sus gritos fueron tan grandes que Emerson y María entraron asustados en la cocina, y Joseph les indicó, rápido, que se mantuvieran en silencio.

—Pues pasa que no estoy pegada todo el día al puto teléfono, pasa que, como te escondes tras un número privado, aunque quiera no puedo devolverte la llamada y lo que yo crea o no que soy es mi puto problema —grité yo también.

Se calló, como siempre, sorprendido por mi reacción; si algo había aprendido en la vida era que cuando te enfrentabas a ese tipo de gilipollas y les plantabas cara eran los primeros en recular.

—Venga, rubia, ya veo que sigues igual de simpática que siempre.

—Como me vuelvas a llamar rubia —solté imitando su tono— te cuelgo el teléfono ahora mismo.

—¡Espera!, no tengas tanta prisa —exclamó—. Antes de nada, ¿cómo va nuestro amigo Joseph?

Levanté la vista y lo miré alarmada. Sus ojos, de repente, se volvieron fríos y duros mientras parecieron retroceder para ocultarse tras sus largas y espesas pestañas. Agarré su mano para tranquilizarlo, pues sabía que estaba a punto de coger el teléfono, pegarle cuatro gritos y estrellarlo contra la pared; Emerson, temeroso de lo mismo, se sentó a su lado, en silencio y posó una mano en su brazo para calmarlo.

—¿Están los papeles preparados? —fue mi respuesta—. Repito, ¿están los papeles listos? Porque si llamas para pedirme más tiempo, olvídalo, tengo otras ofertas —insistí intentando que no volviera a nombrar a Joseph.

—Tranquila —interrumpió—, ya está todo listo. Lo único que nos llevó algo de tiempo fue arreglar lo tuyo.

—¿Y?

—Creamos dos empresas a tu nombre, una en Gibraltar y otra en España. En la de Gibraltar se te ingresarán los ciento cincuenta millones de tu comisión y los podrás ir pasando a la empresa que tienes en España.

—¿Y de qué son, en teoría, esas empresas?, ¿y de dónde sacasteis mis datos? —Creí que por lo menos eso, aunque solo fuera por aparentar, lo debía preguntar.

—Son de importación y exportación y... —Se calló unos segundos, dubitativo—. Lo demás no te importa, simplemente, tenemos amigos en todas partes. —Torcí el gesto. «¡Qué poco originales!, importación y exportación, ¿de qué? Si fuera de hijos de puta me haría millonaria», pensé—. Supongo que estarás contenta, ¿no?

Miré a Joseph, que seguía con cara de piedra.

—Pues no —solté de inmediato.

—¡No! —gritó a pleno pulmón—. ¡Ahora qué cojones quieres!

—En primer lugar, ¡que no me chilles! —grité también— y, en segundo lugar, mirad bien cómo lo hacéis porque no pienso firmar nada sin que el dinero esté donde tenga que estar. Quiero todo por escrito, bien detallado y, como haya alguna sorpresa, se acabó todo.

—Firmarás un preacuerdo en el cual la venta de la empresa queda hecha y solamente faltará la firma oficial ante un notario; tan pronto firmes el dinero irá a donde tenga que ir. ¿Cuándo quieres firmar? —preguntó tras tirar varias veces de la nariz con evidentes muestras de nerviosismo.

El corazón me saltó en el pecho y miré a Joseph arqueando las cejas, vocalizó rápidamente una palabra. Asentí para que supiera que le había entendido.

—Este viernes —repetí.

—Bien, ¿dónde?

Cogí aire antes de hablar.

—¿Dónde va a ser...?, aquí, por supuesto. Si pensáis que voy a andar por ahí después de lo que me pasó, estáis listos —bufé—. Además, supongo que os gustará hacerlo en vuestra futura empresa.

Contuve la respiración y crucé los dedos. Sabía que su orgullo estaba bailando samba en esos momentos y era con lo que contaba para que picara.

—De acuerdo —soltó al cabo de unos segundos eternos. ¿A qué hora?

—Elige tú —respondí condescendiente.

—A las doce de la mañana en...

—A las doce en el despacho de Alberto —interrumpí ante el temor de que quisiera hacerlo en el despacho de Joseph.

—Bien —soltó satisfecho.

—Bien —repetí también satisfecha, aunque por distintos motivos.

—Por cierto, nosotros vamos a llevar a un abogado —soltó cuando estaba a punto de colgarle.

Fruncí el ceño con desconfianza.

—Por mí como si os acompaña una banda de música —solté indiferente—. Por supuesto, yo también estaré con el mío.

Le colgué antes de que pudiera preguntar nada más y me quedé mirando a Joseph. No me había dado cuenta de lo nerviosa que estaba hasta que intenté coger el vaso para beber. Me temblaban tanto las manos que me lo tuvo que agarrar para conseguir que quedara algo de Coca-Cola *light* para que pudiera beber.

—A veces me asustas, Julia, no eres consciente de lo fuerte y valiente que eres —intentó animarme Joseph y, sonriendo, llamó a César.

En un breve espacio de tiempo César consiguió que el juez autorizara la puesta de una cámara de grabación en el despacho de Alberto, tema del que se iba a encargar Mark. Este, una vez que yo estuviera abajo, avisaría a Joseph para que esperara junto a la policía en su piso y, guiados por lo que vieran a través de la cámara, esperarían el momento oportuno para bajar y meterse en el despacho de Joseph del que saldrían en el momento de la detención. A medida que oía esas explicaciones, mi estómago empezó a dar vueltas y volvía a tener la sensación de estar viviendo una película y de que nada de aquello podía ser real.

—Pero ¡tú, tú..., tú estás loca si piensas que yo voy a participar en algo de esto! —Alberto se paseaba nervioso por la sala tras pedirle que me acompañara en la firma de los papeles de la venta de la empresa—. ¡Joseph!, ¡por el amor de Dios!, ¡tienes que parar todo esto! —prosiguió, incapaz de controlarse, tras intentar morderse

unas uñas que no tenía. Joseph y yo estábamos sentados en el sofá contemplando sus idas y venidas a lo largo del salón. Lo cierto es que me dolía el estómago, la cabeza y no tenía ganas de hablar, ni tan siquiera con él. Joseph, por su parte, escuchaba sin mover una pestaña los exabruptos de Alberto, con las piernas cruzadas y las manos unidas con los dedos entrelazados.

»Lo sabía, lo sabía, ya me parecía a mí que esto..., por un momento creí... —hablaba y paseaba a la vez totalmente fuera de sí mientras que, a falta de uñas, había decidido emprenderla con su poco pelo y parecía haber metido los dedos en un enchufe—. Al final, Cristina va a tener razón y...

Fue decir este nombre y la calma de Joseph se desvaneció. Se plantó delante de él a tal velocidad que Alberto tuvo que frenar en seco para no tropezar con él y, sobre todo, con su dedo, que lo apuntaba amenazadoramente.

—Julia no te está pidiendo que hagas nada, te lo estoy pidiendo yo —empezó a hablar con ese tono alarmantemente bajo con su dedo a escasos centímetros de su cara—. Vas a estar con ella, vas a leer esos..., esos papeles —continuó tras tragarse el taco que yo hubiera soltado—, vas a decir que todo está bien, y Julia hará lo que crea conveniente. —A medida que hablaba fue acercando más su cara a la de Alberto, que se echó hacia atrás asustado con la actitud de Joseph. Este fijó su vista en él sin pestañear y, durante unos segundos, Alberto lo único que hizo fue tragar saliva.

»¿Alguna vez me he equivocado?, ¿alguna vez me has visto hacer alguna estupidez?, ¿alguna vez me has visto hacer alguna locura? —continuó hablando con el mismo tono.

Menos mal que Joseph no me estaba mirando y no pudo ver la expresión de mi cara; respecto a alguna de esas preguntas, yo tenía algo que decir... Cerré los ojos, cogí aire y seguí en silencio. Las largas pestañas de Joseph parecían tocar la cara de un Alberto totalmente desencajado y no pude evitar sentir pena por él. Entendía su reacción dada la ignorancia de lo que realmente estaba

sucediendo y me daba cuenta de que lo único que intentaba era proteger a Joseph.

—No —contestó al fin de mala gana Alberto—, pero...

—Bien —interrumpió Joseph—, pues, ya que ese punto parece estar claro, ahora me gustaría saber si la vas a ayudar o no, mejor dicho, si nos vas a ayudar o no —matizó tocando con el dedo el pecho de Alberto, que volvió a retroceder, creo que por miedo a quedar ensartado.

—Ya sabes que sí, Joseph —protestó débilmente Alberto—, pero, la verdad, no entiendo nada.

—Tú, de momento, límitate a hacer lo que te pido —fue su lacónica explicación.

—Pobre Alberto —comenté tan pronto desapareció cabizbajo en el ascensor—. Es normal que se ponga así, Joseph, no entiende nada, y tú podrías haberle explicado algo.

—Alberto no sabe disimular, Julia, y si sabe lo que va a pasar seguro que se delata.

»¿Me he pasado mucho con él? —preguntó, tras permanecer en silencio, con el ceño fruncido diez minutos.

—Siete pueblos, Joseph, te has pasado siete pueblos —me reafirmé para su mayor agobio apoyando mi cabeza en su hombro—. Pero, no te preocupes, ahí estará.

Pese a que la espera se me hizo eterna, cuando quisimos darnos cuenta era jueves por la tarde. Me había pasado la mañana cocinando y la tarde la pasé haciendo la piscina más grande de lo que la gasté de tanto nadar y si contaba los kilómetros que hice en la cinta creo que podría haber cruzado toda Sudamérica. Necesitaba mantenerme ocupada para conseguir dejar de pensar en lo que iba

a pasar al día siguiente y tenía tal nudo en el estómago que ni veinte litros de Coca-Cola *light* pudieron solucionarlo.

—Julia, no has comido casi nada en todo el día —protestó Joseph cuando me vio marear la cena en mi plato—. Me arrepiento de haber aceptado que te metieras en todo esto —habló mirándome serio—. Voy a hablar con César y le diré que tan pronto aparezcan los detengan, y tú ni te presentas allí.

Me miró esperanzado a que accediera, pero lo miré y sonriendo agarré su mano.

—No, de eso nada. Quiero darme esa satisfacción, creo que me la merezco y tú también. Estoy bien, de verdad —insistí ante su cara de preocupación—, aunque lo cierto es que no sabes las ganas que tengo de que acabe esto.

—Como tú quieras, Julia, se hará todo como tú quieras.

Clavó con fuerza su mirada en mí y mi nudo favorito apareció de nuevo. Sabía que esa frase quería decir mucho más, iba más allá de lo que estábamos hablando, pero me transmitió tal seguridad y confianza que logró calmar mi ansiedad. Al final, conseguí cenar algo, aunque me limité a observar cómo devoraba una buena cantidad de arroz con leche al modo de Julia.

—Esto pasa por ser tan buena cocinera —comentó tras palpar su duro estómago.

Sabía que la noche iba a ser larga, pero me consolaba saber que, a esas horas, al día siguiente todo iba a ser muy distinto. Creo que fue la peor noche que ambos pasamos, sin contar la del hotel y las del hospital; yo apenas dormí, pero me despertó el balbuceo inconexo de una de sus pesadillas. Estaba de espaldas y se la besé despacio; reaccionó con un leve ronroneo de satisfacción, hasta dormido, sabía que era yo y solo yo. A las ocho de la mañana, después de una larga noche, estábamos en pie. Nos duchamos en silencio,

cada uno sumido en sus propios pensamientos y cuando nos secábamos no dejaba de mirarme serio y tenso.

—Estoy bien, Joseph —contesté a su muda pregunta—, solo necesito que esto acabe.

—Si no lo quieres hacer... —volvió a insistir por millonésima vez.

—¿Y perderme el gusto de ver sus caras cuando los detengan? Créeme, va a ser algo impagable, aunque tenga el corazón a punto de salirme por la boca —respondí intentando sonreír.

—Julia, acaban de llegar.

La voz de Joseph hizo que saltara en el sofá donde ambos estábamos sentados esperando y sintiendo cómo caían, uno a uno, cada uno de los minutos que faltaban para que dieran las doce de la mañana; con el teléfono en la oreja frunció el ceño.

—No, de eso nada, Alberto, que esperen en el pasillo a que Julia baje.

Colgó y me miró serio, tenso, preocupado y agobiado.

—Estoy bien, Joseph, tranquilo, no me va a pasar nada —hablé intentando que no notara el temblor en mi voz, pero cuando me puse en pie se dio cuenta de mis pasos vacilantes.

—Julia, por favor, dejémoslo. César y el inspector Moreiras ya están abajo, con Mark, deja que los detengan ellos, por favor —suplicó.

—No.

—Pues voy contigo. —Y, con paso firme, empezó a andar conmigo hacia el ascensor.

—No, Joseph, no —solté poniéndome delante. Sabía lo que iba a pasar si él iba; no se iba a controlar y acabaríamos todos en comisaria—. Vamos a hacerlo bien, como acordamos.

—No me parece justo, Julia, ya te has sacrificado bastante. —
Delante del ascensor me agarró las manos, intentando detenerme
con un abrazo.

Lo silencié con un beso.

—Nos vemos abajo, te quiero. —Antes de que pudiera decirme
nada me solté de su abrazo, pulsé el botón y bajé.

En el ascensor tuve el tiempo justo para repasar mi atuendo;
pantalón vaquero, camisa negra y zapatos de tacón, mi piel estaba
dorada por el sol y con un poco de rímel y mi barra de labios
milagrosa fue suficiente. Solo con recordar todo lo sucedido, la Julia
de la mala hostia fue la que salió del ascensor y tomó el papel
protagonista. Entré en la recepción con paso firme y gesto serio. Allí
estaban Las tres Marías, de pie, junto a un desconocido, y Alberto,
que respiró aliviado al verme.

—A tu despacho.

A modo de saludo fue la orden que di, sin mirar a nadie más que a
él, ya que no quería poner tan pronto a prueba mi recién adquirido
valor. Por el rabillo del ojo vi a una nerviosa *miss* Danvers, que
enterró la cabeza en los papeles para evitar mirarme. Sonreí con el
gesto torcido y entré decidida en el despacho de Alberto. Sin tan
siquiera preguntar, me senté en su sillón. Una, por aparentar cierta
autoridad y, dos, por temor a que mis piernas me jugaran una mala
pasada y acabara cayendo al suelo. Alberto cogió una silla, se sentó
a mi lado y en escasos minutos tenía a los cuatro colocados
enfrente.

Me concedí unos segundos para mirarlos y también para intentar
aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir. A ella no la
había visto desde el incidente con las fotos, al día siguiente de la
cena, y seguía siendo el vivo ejemplo de que el dinero no podía
conseguirlo todo. Venía embutida en un traje de firma tres tallas
menos que la suya y cuyos botones amenazaban con salir
disparados en todas direcciones. Su melena llena de bucles y sus

salchichas a modo de labios tenían el aspecto de haber necesitado una barra de labios entera, pues parecían no poder moverse bajo el peso de la pintura, como todo el resto de su cara. Un leve movimiento de sus ridículos rizos me hizo pensar en una versión desagradable de la cerdita Peggy. Completando el «hermoso» cuadro una profusión de joyas en forma de reloj enorme, por supuesto, de oro y brillantes; pulseras, anillos, collares y pendientes de oro, que no podían estar más alejados del buen gusto y de un mínimo de estética. Su marido, igual de ostentoso que ella y con la misma falta de gusto, también metido en un traje que parecía estar a punto de rajarse de arriba abajo, camisa que hacía daño a la vista con solo mirarla y, cómo no, tremendo reloj de oro que ocupaba toda la muñeca de unas manos casi ocultas por varios y enormes anillos, junto con otros más pequeños en los meñiques. Por si fuera poco, su espantoso atuendo se completaba con una no menos horrorosa cadena de oro que yo, como mucho, la usaría para pasear al perro. Miré a Óscar y vi que desde nuestra «famosa» cena estaba más desmejorado. Pese al traje que llevaba se notaba que había adelgazado y sus ojos vidriosos, así como el continuo tirar de la nariz, indicaban que iba cuesta abajo y sin frenos.

—Antes de nada, un par de preguntas —empezó a hablar el gilipollas de Óscar cuando su nariz se lo permitió—. ¿Qué hace aquí este? —preguntó señalando a Alberto—. Y ¿cómo está nuestro buen-amigo-Joseph? —recalcó cada palabra para ponerme a punto de ebullición—, ¿ya ha recobrado su salud y su natural simpatía?

Me miró esbozando una estúpida sonrisa en su estúpida cara y no pude evitar mirar el abrecartas que tenía Alberto en su mesa. Me lo imaginé con él clavado en la frente y, francamente, esa visión me agradó. Cogí aire, puse mi sonrisa más cínica y posando mis manos en la mesa me incliné hacia delante.

—Mira, Óscar, te voy a decir una cosa —empecé a explicar intentando que mis cejas no se salieran de mi cara—, tienes la fea costumbre de mezclarlo todo y eso me irrita enormemente, pero por esta vez voy a hacer una excepción. Alberto está aquí porque es el

abogado de la empresa de la que en este momento soy dueña y, le gusten o no mis decisiones, su trabajo consiste en asesorarme lo mejor posible. No está aquí por protegerme a mí, viene para evitar que alguna palabra, alguna frase, algún punto o alguna coma fuera de lugar en la documentación que voy a firmar consiga que esta empresa, y no yo —puntualicé elevando el tono—, salga perjudicada con esta venta. —Paré de hablar para coger aire y no pude evitar coger también el abrecartas y apuntarle con él—. Respecto a la salud del señor Levi. —Intenté seguir aparentando calma—. No creo que eso sea asunto tuyo, tú preocúpate de la tuya que creo que bastante falta te hace. —Y rematé este último comentario tirando con fuerza de mi nariz. Nos quedamos mirando unos segundos sin decir nada, yo aún apuntándolo con el abrecartas, y él, seguramente, imaginándose cortándome el cuello con él.

»Bueno, vamos al grano —dije intentando acabar con aquel asunto lo antes posible—. ¿Tienen los papeles? —pregunté mirando a Esteban e ignorando a los demás por completo.

Nadie dijo nada, pero Esteban miró al desconocido que en ningún momento se presentó y que, supuse, sería su abogado, aunque también podría ser de la familia por lo mucho que se parecían. Posó su maletín sobre la mesa y sacó un pequeño fajo de papeles.

—Evidentemente, esto es una copia de lo que se tendrá que firmar, posteriormente, ante un notario —explicó el desconocido tendiéndomelos a mí. Sin decir nada, miré a Alberto, que se apresuró a cogerlos.

Todo se volvió a quedar en silencio mientras Alberto fruncía el ceño, así como sus pequeños labios, totalmente concentrado en lo que estaba leyendo. La verdad es que no debió de quedar punto sin mirar ni coma por repasar pues, impacientes, todos nos revolvimos en nuestros asientos ante su tardanza. Yo aparentaba indiferencia total jugueteando con el dichoso abrecartas, pese a sentir la mirada de los cuatro clavada en mí. Si hubieran podido adivinar mis pensamientos saldrían corriendo sin necesidad de abrir la puerta.

—Aquí hay dos precontratos. —Al fin, la voz de Alberto rompió el silencio separando en dos el fajo de papeles que le habían dado—. Por un lado, está el que se refiere a la compra-venta de..., de esta empresa. —No lo pudo evitar y le tembló la voz al decirlo—. Y, por otro, está el que se refiere a tu comisión.

»La empresa se venderá a una sociedad limitada formada por Esteban e Imelda Cruz, así como Óscar Lafuente y ...

Bla, bla, bla, siguió hablando de un montón de rollos legales, registros, que yo en ese momento tenía capacidad legal para hacerlo y un montón de chorradas más a las que no les presté atención. Lo cierto era que estaba más pendiente de lo que pudiera estar pasando fuera que allí dentro y me preguntaba si Joseph y los demás estarían ya en su despacho. El que los despachos estuvieran tan bien insonorizados era una ventaja para muchas cosas, pero en ese momento me estaba cagando en la puta insonorización.

—¿Todo bien? —fue mi única pregunta.

—Sí, todo bien —habló con un deje de tristeza.

Creo que estaba plenamente seguro de que, al final, había convencido a Joseph para vender todo.

—Pero todo queda a expensas de elevarlo a documento público —me advirtió.

—O sea, ante un notario —traduje.

—Sí, ante un notario

Repitió tras un largo y triste suspiro y continuó; me dio tanta pena que tuve que morderme la lengua, por no decirle en ese momento que nada de aquello iba a pasar.

—Con la firma de estos documentos se entregarán mil millones, y los ochocientos restantes, tras la firma ante notario. Lo mismo

sucedirá con lo tuyo, cien ahora y los cincuenta millones restantes después.

—¿Y los impuestos derivados de esta venta? —me pareció una pregunta medianamente inteligente que hacer.

—Todo correrá por su cuenta —remató un alicaído Alberto, dejando caer los papeles delante de mí.

—Por supuesto, no pensaréis que os voy a dar los papeles firmados sin ver el dinero ingresado antes —hablé recostándome en el sillón. Solo me faltó poner los pies sobre la mesa y tener la voz ronca para estar en una escena de *El Padrino* .

Si las miradas mataran yo habría muerto acribillada a balazos en este momento. Imerda frunció lo más que pudo esas salchichas que tenía por labios y su gesto me recordó al culo de un mandril. Rezumaba odio e ira contenida por todos los poros de su piel y se le notaba que estaba esperando a que yo firmara para poder volcarlo sobre mí. Ante un gesto de Esteban, Óscar sacó su portátil y empezó a teclear con toda su fuerza.

—Dame un número de cuenta —pidió a Alberto.

—Bien —añadí cuando terminó de teclear los números que Alberto le dio—. Firmaré los papeles, pero no los entregaré hasta que Alberto compruebe que el dinero está donde tiene que estar.

En este momento estaba echando mano de todo el repertorio que había visto en las películas y todo lo leído en los libros mientras intentaba no mirar hacia la puerta por miedo a que se olieran algo. Seguía pendiente de lo que podía estar sucediendo fuera y no conseguir enterarme de nada era lo que, realmente, me estaba poniendo de los nervios.

Pese a todo, sonreí satisfecha; si algo había quedado claro era que estaban deseando cerrar ese negocio y estaban poniendo toda la

carne en el asador. Miré los papeles en silencio, pero mi mente y mi corazón estaban del otro lado de la puerta.

—¿Firmas o qué? —La desagradable voz de Óscar resonó impaciente.

Sin dejar de mirar los papeles, extendí mi mano hacia Alberto. Este cogió un bolígrafo con el logo de la empresa de Joseph y cuando me lo dio pude notar el temblor de su mano. Lo tomé con calma y levanté la vista hacia los cuatro, que me miraban sin pestañear. Suspiré fuerte intentando calmar los latidos de mi corazón que iba a cien y tragué la poca saliva que tenía en la boca. Vi que la puerta comenzaba a abrirse y, muy despacio, dejé el bolígrafo sobre los papeles y los empujé hacia ellos.

—Pues va a ser que no —solté y me los quedé mirando con una enorme sonrisa de satisfacción.

—¡Qué! —gritaron los tres casi al unísono.

Sus caras eran un poema. Imerda abría y cerraba sus salchichas y pasó de ser un culo de mandril a un pez globo, Esteban Cruz desvió una mirada llena de odio hacia Óscar en la que se podía leer muy claramente: «Esto es culpa tuya y te vas a enterar». Con respecto a Óscar, había perdido el poco color que tenía y sus ojos vidriosos no sabían a quién mirar. En silencio, la puerta se terminó de abrir y entró César, el inspector Moreiras, otro hombre que no conocía y, por último, Emerson y Joseph, que me buscó como un loco con la mirada.

—Como pueden comprobar —solté a punto de reventar de satisfacción— tengo una oferta muchísimo mejor. —Y dirigí mi mirada hacia Joseph, que se plantó a mi lado.

Volví a tener la sensación de estar viviendo una película solo que ahora me encantaba el papel que estaba protagonizando. Cuando lo vieron de frente, y a mi lado, por un segundo sus caras expresaron

lo que realmente sentían. Imerda me sorprendió, sus ojos reflejaron una gran alegría y se emocionó al verlo.

—Joseph, no sabes lo feliz que estoy de verte bien. —Sin pensarlo se levantó con intención de acercarse a él.

—Ni se te ocurra acercarte —cortó en seco Joseph apuntándola con su dedo.

La mirada fría y de odio de Esteban Cruz se posó en ella. Creo que él, como yo, se dio cuenta de los verdaderos sentimientos de su mujer hacia él.

En cuanto al resto de las miradas, la de Óscar hacia mí podría ser constitutiva de delito y, preso de la rabia, intentó agarrarme a través de la mesa mientras gritaba «¡Hija de puta!» lo más fuerte que pudo. Solo me dio tiempo a chillar y a encogerme en el sillón, pero no por su gesto, sino porque, antes de que nadie pudiera reaccionar, Joseph tenía la cabeza de Óscar aplastada contra la mesa y con la otra mano había clavado el abrecartas a menos de un centímetro de su estúpida cara.

—No me tientes —le habló con una extraña calma—, no me tientes —repitió apretando los dientes.

—Señores, quedan todos detenidos. —La voz tranquila del inspector Moreiras y el brazo de Joseph sobre mi hombro me devolvieron a la realidad—. Se les considera cómplices en el secuestro e intento de asesinato de la señorita Julia Torres y también en el secuestro que acabó en violación y asesinato del menor Oswaldo Lima, del intento de asesinato del señor Joseph Levi, de pertenencia a banda armada, tráfico de drogas, trata y explotación sexual de seres humanos, varios delitos de pederastia que incluyen secuestro y venta de menores, así como delitos de violación y distribución de pornografía infantil; delitos contra la Hacienda Pública, fraude fiscal, blanqueo de dinero y algo más que seguro que se me olvida. —Su habitual tono pausado se fue elevando cada vez más cuando procedía a ponerle las esposas a un colérico Esteban Cruz—. Como

saben, tienen derecho a llamar a un abogado —soltó mirando al que ellos habían traído y que no sabía dónde meterse— y también a guardar silencio, cosa que yo agradecería especialmente —puntualizó ante el coro de protestas y amenazas que los tres empezaron a proferir.

Mientras hablaba, César y el otro policía habían esposado a los otros dos y los sacaron, junto a su atónito abogado, a empujones del despacho de Alberto envueltos en una nube de gritos, insultos y amenazas. Con ellos se cruzó una sollozante Cristina.

—Señor Marshall, por favor, deje que me explique —suplicó con su cara de uva pasa. Joseph la miró sin pestañear, pero su mandíbula se cuadró de lo tensa que se puso. César volvió a entrar y la agarró del brazo—. Señor Marshall, por favor —insistió suplicante mirando a Joseph.

Fruncí el ceño irritada por su empeño de seguir llamándolo así.

—Señor Levi —corrigió Joseph adivinando mis pensamientos.

—Señor Levi —se apresuró a corregir—, si deja que me explique...

Se quedó muda cuando Joseph me hizo levantar y ambos nos acercamos a ella.

—Tu padre era una bellísima persona y un mejor empleado —empezó a hablar con tono cálido— y ¿sabes qué?, cuando enfermó, acudió a mí a pedir que te ayudara. Así lo hice, ¿verdad? —le preguntó ladeando la cabeza con ese gesto tan suyo.

Cristina asintió esperanzada y se podía notar que el tono con el que Joseph le había hablado le infundió ánimos.

—Lo sé, señor Levi, y no sabe cuánto lamento.

—Pues tú, a cambio de todo esto, vendiste información sobre mi prometida, mi empresa y sobre mí —al decir todo esto acercó su

cara a la suya, su tono cambió y resultó estremecedor—. No esperes nada de mí —prosiguió hablando, y los demás contuvimos la respiración— y procura no volver a cruzarte en mi camino.

Esas últimas palabras sonaron como una salva de disparos. César agarró, de nuevo, a una derrotada Cristina, y todos salieron del despacho. De repente, sentí un pitido en mis oídos, las piernas me dejaron de sostener y solo tuve el tiempo justo de agarrarme a Joseph para no caer. En cuestión de segundos, me encontraba en su despacho, tumbada en su sofá viendo su cara de preocupación. Estaba sudando copiosamente y aún me costaba trabajo respirar.

Capítulo 12

—¡Julia!, ¡por Dios! —suplicaba asustado—. ¿Qué tienes?, ¿qué te pasa?, ¿vamos al hospital? —hacía pregunta tras pregunta sin saber qué hacer y yo intentaba poder hablar.

—Tráeme algo de beber —conseguí balbucear respirando fatigosamente—, solo es un bajón de tensión, no pasa nada. No tuvo que hacer nada más que mirar a un Emerson también alarmado por mi estado para que este saliera disparado. Joseph, asustado, mantenía mis manos entre las suyas con tal fuerza que estaban empezando a dolerme—. Tranquilo —conseguí decir ya más recuperada—, ya estoy mejor.

Emerson apareció con un vaso de agua y me limité a darle un par de sorbos.

—Ya está, ya pasó —insistí notando cómo el color volvía a mis mejillas.

Me senté y me abrazó envolviéndome con su calor.

—Qué susto me has dado —habló preocupado—, no lo vuelvas a hacer, por favor.

—¿Qué quieres? —bromeé—, estas son las consecuencias de vivir situaciones tan delirantes.

—Gracias por haberme hecho sentir como un completo idiota.

Alberto había entrado y nos miraba con los brazos cruzados muy enfadado.

—¿Tú crees que ahora es el momento para que te pongas así? —habló Joseph irritado.

—Alberto, si lo llegas a saber, ahora, en vez de manos, tendrías dos muñones. Por eso no se te dijo nada, porque no sabes disimular y era vital que nadie pudiera darse cuenta de lo que aquí iba a pasar —intercedí.

Me miró y torció levemente su pequeña boca; sabía que yo tenía razón y también sabía de quién estaba hablando.

—Está bien, pero nunca más.

La entrada de César y el inspector Moreiras lo interrumpió. Ambos entraron exultantes y nos dimos cuenta de que no solo era por lo sucedido allí.

—Queremos que sepáis que todo ha salido a la perfección —habló César—, aparte de los aquí detenidos se han arrestado a veintidós personas en esta ciudad y nos tememos que esto aún acaba de empezar. Hay varios empresarios, algunos altos cargos públicos, un par de banqueros, tres jueces, varios policías..., en fin, de todo y para todos los gustos y en este momento se están registrando sus viviendas, oficinas, empresas... Sin pensárselo dos veces, se acercó y me dio un gran abrazo.

—Gracias, Julia, lo tuyo ha sido brillante —comentó mirándome orgulloso—, si no fuera porque este me mataría te daría un beso enorme —bromeó y me guiñó un ojo.

—Pues procura que hoy acabe el día sin tener que hacerlo —le advirtió Joseph no muy contento con la broma que me acababa de gastar.

—Señor Levi —interrumpió el inspector Moreiras con su habitual calma—, si no le importa, podríamos aprovechar este momento para que haga y firme su declaración, ya que ahora parece estar plenamente recuperado.

—Por supuesto —soltó de mala gana Joseph. Sabía que estaba deseando poder quedarse conmigo a solas.

Le relató con precisión lo ocurrido aquel día, mi revisión en el hospital, de nuestros planes para irnos de viaje, de nuestro encuentro con Leo y su madre y de cómo nos paramos a hablar fuera.

—Vi cómo la cara de Julia palidecía y su cambio de expresión me alertó. Miré hacia donde estaba lo que había llamado su atención y solo pude ver una mano con una pistola que parecía apuntarla. — Nervioso con solo recordarlo, tragó saliva y le di la mano, estaba fría —. Solo sé que intenté protegerla y... —Fijó su mirada en las fotos con mi cara de su despacho y fue incapaz de seguir hablando.

—Está bien, señor Levi —cortó el inspector Moreiras—, creo que con esto es suficiente. Lo ocurrido después ya está perfectamente recogido en las declaraciones del resto de los allí presentes.

—Y, ahora, ¿qué va a pasar? —pregunté mirando al inspector.

—Lo que va a pasar es que todos van a ser juzgados lo más rápido posible —siguió hablando con voz pausada—. La fiscalía y el juez ya han estado trabajando en ello y el primer juicio se va a marcar teniendo en cuenta el tiempo que el señor Aranguren nos ha dado de plazo antes de hacerlo público. Los temas económicos y otros asuntos serán tratados más adelante y en otros juicios, al igual que las causas contra los demás detenidos, salvo, claro está, el de las... —Se quedó callado mirándome.

—Las tres Marías —apunté.

—Eso, salvo el juicio de Las tres Marías. —Le entró la risa floja—. Ese es el primero que se va a celebrar y en él se tratará únicamente lo sucedido con ustedes dos.

—Aranguren piensa hacerlo público dentro de quince días —apuntó Alberto— y no creo que los abogados de ellos acepten tan poco tiempo de margen para preparar un primer juicio y que las causas de mis defendidos vayan unidas. Yo no lo aceptaría —remató.

—Usted no tiene a sus clientes agarrados por los huevos —respondió Moreiras—. Créanme, sé cómo funciona toda esta gente —continuó explicándose ante la expresión de recelo de nuestras caras—. A estas alturas saben que tenemos información más que suficiente respecto a todo lo sucedido y lo único que intentarán será conseguir un acuerdo que evite que sus clientes pasen el resto de su vida en la cárcel.

—¿Y cómo cree que piensan conseguir ese acuerdo?

El tono con el que Joseph hizo la pregunta evidenciaba que no le estaba gustando lo que estaba oyendo.

—Pues colaborando, ¿cómo? —hizo él mismo la pregunta—. Pues muy fácil, como hacen todos, vendiéndose los unos a los otros.

—¿Y? —preguntamos al unísono Joseph y yo.

—Nada, simplemente les haremos creer en esa posibilidad si, a cambio, dejan que este tema se zanje cuanto antes.

—Sigo sin entender la lógica de todo esto —insistí preocupada al igual que Joseph, que, pensativo, negaba con la cabeza una y otra vez.

—Es muy fácil, Julia —habló Alberto, que debió de darse cuenta de algo que a nosotros se nos escapaba, pues su cara se iluminó con una sonrisa—. En lo que te sucedió a ti fueron meros colaboradores y no tienen más implicación que mandar a uno de sus hombres a modo de ayuda, el mismo hombre que ayudó a secuestrar al niño que posteriormente acabó... —La mirada de Joseph impidió que volviera a entrar en detalles de un suceso que era mejor no recordar.

»Y te recuerdo que este hombre, en estos momentos, está muerto, al igual que el que te quería...

Una nueva mirada de Joseph lo volvió a callar de nuevo.

—¿Y lo que le hicieron a Joseph?, ¿es que tener al hombre al que pagaron para que lo..., no vale de nada? —pregunté enfadada al ver cómo todo lo que habían hecho al final parecía no tener importancia ninguna.

—No ha confesado —intervino César, que se había mantenido en silencio tras la broma gastada—, ni lo hará, es un alcohólico, un drogadicto, está enfermo y es un hombre de Esteban Cruz. Por lo tanto, cargaré con todo con tal de que dejen en paz a su familia y, como comprenderás, no le dieron la orden por escrito y firmada por los tres —remató.

—¿Me queréis decir que no van a pagar por todo lo que han hecho?, porque si es así quiero saberlo para...

—Claro que lo van a pagar, Joseph —le cortó Alberto antes de que dijera algo parecido a «entonces me voy a tomar la justicia por la mano» delante del inspector—, pero van a caer por todo lo demás. ¿Me equivoco? —Miró esperanzado a Moreiras.

—Efectivamente —respondió satisfecho el inspector—. Miren, ellos se creen muy listos y seguro que cuentan con poder recurrir a la ayuda de sus muchas amistades ya que malditas las ganas que tienen de estar entre rejas, pero nosotros les vamos a demostrar que lo somos más. No se preocupen, les prometo que se hará justicia y a todos ellos les caerá la pena máxima —concluyó confiado.

—¿Qué aquí es? —pregunté más animada.

—Treinta años —respondió de inmediato.

—Pues me parece poco —bufé.

—Ya, y a mí también, pero, créame, treinta años en una cárcel no son fáciles de pasar. Y esa es la ley —sentenció el inspector.

—Tiene razón. —El tono ausente y a la vez duro de Joseph nos sorprendió a todos—. Treinta años en una cárcel no son fáciles de pasar.

Todos lo miramos sorprendidos y extrañados por la forma en que lo dijo y a todos nos dio la impresión de que detrás de esas palabras había algo más.

—Tendré que denunciar al cabrón de Tomás Castillo, ¿no? —Más que una pregunta fue un pensamiento que verbalicé tan pronto el inspector se fue, acompañado por César.

—De momento vamos a esperar —contestó Joseph tras meditarlo unos instantes.

—Pero, Joseph, no pretenderás...

—Julia, lo he hablado con Alberto y créeme cuando te digo que va a pagar por todo lo que ha hecho. —Miró a este, que asintió confirmando sus palabras—. Pero creemos que lo mejor es empezar por ver cómo resultan aquí las cosas primero y para eso debemos esperar a que se admitan las pruebas que presentemos.

—Quiero que sepas —continuó Alberto mirándome— que sigo sin estar de acuerdo con la decisión que has tomado de no reclamar ninguna indemnización por lo sucedido con Adolfo Gutiérrez...

—Para ya, Alberto —interrumpí enfadada levantando la mano en el aire—, no sé cuántas veces hemos hablado de esto y siempre te he dicho lo mismo.

—Julia, jamás lo va a hacer —interrumpió Joseph nuevamente ausente.

—Pues, francamente, no lo entiendo, Joseph, si ese hombre tiene herederos... —siguió insistiendo con la mirada puesta en Joseph, que, nervioso, se levantó del sofá.

Miré a Emerson pidiendo ayuda para ver si podíamos salir de ese espinoso asunto de alguna manera. Este miró a Joseph y, para mi sorpresa, lo único que hizo fue cerrar la puerta del despacho y mirarnos, con los brazos cruzados, a modo de guardaespaldas. Abrí la boca para preguntarle si se había vuelto idiota, cuando la voz de Joseph me interrumpió.

—Julia... Jamás lo va a hacer, Alberto, porque ese hombre, Adolfo Gutiérrez, en realidad, era mi padre.

Mientras Joseph decía estas palabras se sentó en su sillón y cuando acabó de hablar lo miró fijamente, serio, recostado, con sus largas manos apoyadas en el borde de la mesa y sin pestañear, al igual que yo, salvo por el pequeño detalle de que yo, sentada en el sofá, dejé de respirar a la espera de su reacción. Se hizo el silencio más absoluto y, levantándome, me acerqué a Alberto para asegurarme de que no se había quedado muerto de un infarto, inmóvil, de pie y con la boca abierta. Estaba tan estupefacto por lo que acabada de oír que, cuando le toqué en el brazo para asegurarme de que estaba bien, dio un bote del susto que le di.

—Joseph, ¿qué acabas de decir? —habló sentándose frente a él con expresión dolida.

—Lo has oído perfectamente, Alberto, no hay necesidad de repetir nada.

Joseph seguía con gesto serio y, francamente, Alberto me dio un poco de pena. Seguía sin poder dar crédito a lo que acababa de oír, pero creo que lo que más le dolía era que Joseph no hubiera confiado en él lo suficiente para contárselo.

—Joseph lo supo cuando vio las fotos de los hombres que me secuestraron —intervine para intentar paliar el malestar más que evidente de Alberto.

—¿Por qué no me lo dijiste?, la policía debe saber...

—La policía lo sabe —volví a hablar ante el silencio de Joseph—, mejor dicho, el inspector Moreiras lo sabe, pero consideró que, al menos de momento, ese dato no era relevante en cuanto a lo sucedido.

—Y a mí, tu abogado, no me lo cuentas —replicó Alberto. Miró a Joseph con dolor; este había girado su sillón y miraba hacia fuera por los grandes ventanales—. Pensé que confiabas más en mí. Creo que, a partir de ahora, debes buscarte un abogado en el que sí puedas confiar —diciendo esto se levantó dispuesto a irse.

—Alberto, no, espera —dije reteniéndolo del brazo—. ¡Joseph!, di algo —grité mirándolo enfadada ante su aparente falta de interés.

—Siéntate. —Alberto paró en seco y se giró. Joseph lo estaba mirando con gesto serio y tenso, pasando las manos una y otra vez por el borde de su mesa; su carraspeo y su tosecilla me indicaron que el tema iba a ser especialmente incómodo y doloroso para él—. No lo voy a repetir más, siéntate —le ordenó.

—Alberto, por favor —susurré.

Tenía muy claro que, si él se mantenía en sus trece y se iba, Joseph no iba a ir detrás de él. Conseguí que, no muy convencido, volviera a sentarse. Joseph respiró profundo y me miró; solo tuve que asentir. Creo que ya iba siendo hora de que la verdad saliera al aire y respirar.

—Mi padre era un maltratador y un pederasta. Abusó de mí desde pequeño y de la que creía que era mi hermana, Clara, de la que, en realidad, soy hijo. Mató a mi madre y convirtió mi vida y la de mi abuela Sara en un infierno. —Por unos instantes, en los que el silencio fue total, bajó la vista y frunció el ceño, completamente ensimismado y lejos, muy lejos, de todos nosotros. Alberto abrió la boca varias veces intentando decir algo, pero volvía a cerrarla al no conseguirlo y un gesto de tristeza torció mi boca sabedora de lo que era tener esa sensación. La de querer decir algo y no poder, la de querer ofrecerle una solución mágica que no sabías que no existía.

»Crees que, ahora que sabes esto —continuó volviendo a mirar a Alberto, al que le tocaba estar con la boca abierta de nuevo—, ¿podrás seguir siendo mi abogado?, ¿querrás seguir siendo mi abogado?

Parpadeó ligeramente al hacerle esa pregunta y me di cuenta de que ese era su temor, que Alberto lo viera bajo otra perspectiva y que hubiera dejado de ser merecedor de su respeto. Todos lo miramos, hasta Emerson, que había decidido dejar de montar guardia en la puerta y, a mi lado, lo observaba expectante. Pese a estar de perfil, veía cómo sus pequeños ojillos parpadeaban continuamente mientras fruncía los labios y miraba sus ausentes uñas. Creo que en ese momento no sé lo que hubiera dado por disponer de todas ellas para lanzarse a comérselas. Mordí el labio intentando controlarme, esperando a que alguien dijera o hiciera algo, pero nadie parecía estar por la labor. Emerson continuaba a mi lado, impávido, con las manos cruzadas, y Joseph seguía con la mirada en Alberto, cada vez más tenso.

—Di algo, ¡joder! —Al igual que pensé en voz alta, me moví sin pensar y, mordiendo la punta de la lengua entre los dientes, le di a Alberto una pequeña colleja.

—Pero ¿qué haces?, tú..., tú estás loca —farfulló un indignado Alberto.

Abrí los ojos como platos sorprendida por mi propia reacción, pero los demás no se quedaron atrás. Joseph se quedó atónito al igual que Emerson, que se acercó a mí supuse que por temor a que Alberto me la devolviera. Este me miró con ojillos furibundos pasándose la mano por su nuca recién agredida, al tiempo que a mi cabeza venía la imagen de una conocida e hilarante serie de mi país.

—Alberto, yo...

Intenté ponerme seria, pero me fue imposible y, sin poderlo evitar, empecé a reír sin parar. Entonces sí que agradecí que los

despachos estuvieran insonorizados pues, de lo contrario, todo el personal del edificio habría oído mis carcajadas. Me retorcí buscando aire mientras mis ojos se llenaban de lágrimas, Joseph enterró su cara entre las manos, pero por el movimiento de sus hombros me di cuenta de que también se estaba riendo y por primera vez vi reír a Emerson a mandíbula batiente.

—Os parecerá muy gracioso, pero a mí no me lo parece —bufó Alberto sin poder evitar sonreír—. Tú me ocultas cosas —dijo apuntando a Joseph con su pequeño dedo sin uña—, tú me pegas —continuó y me apuntó a mí que seguía riéndome—, y tú..., tú —añadió señalando a Emerson, que hacía muecas imposibles por no reírse.

Al final no pudo evitarlo y, para alivio de todos, también empezó a reírse; asunto zanjado.

—Si vieras la cara que tenías cuando le diste la colleja a Alberto, parecías un tomate rabioso. —Joseph aún se reía acordándose de lo ocurrido. Al final a Alberto se le fue la tontería y junto con Emerson se fueron y nos dejaron a solas en el despacho. Yo me había sentado en su regazo y estaba más que satisfecha de lo conseguido esa mañana. Tres hijos de puta estaban a buen recaudo, y Joseph seguía teniendo a su abogado. Eso sí, me amenazó con denunciarme si «volvía a intentar romperle el cuello»—. Me sorprendes continuamente, ¿cómo se te ocurren hacer estas cosas? —preguntó tras darme un dulce beso.

—Es que soy una chica con muchos recursos —contesté balanceando las piernas, sentada en su regazo—. ¡Dios, Joseph! —continué feliz—. Creí que iba a tener un orgasmo del placer que sentí al ver la cara de esos tres cuando les dije que no iba a firmar y cuando entraste y te vieron...

Cerré los ojos recordando esa escena y volví a sentir el subidón de adrenalina como el que tuve en ese momento.

—No tendrías otro orgasmo.

La voz ronca de Joseph me hizo abrir los ojos y vi su boca a escasos centímetros de la mía y sus ojos entornados.

—Pues no, pero estamos a tiempo. —Lo miré con esa mirada que a él tanto le gustaba y, con un gruñido salvaje, hundió su lengua en mi boca.

—Joseph, tu mesa está llena de papeles, y yo..., el sofá..., no quiero —balbuceaba estas palabras mientras él me desnudaba a toda prisa.

Me dejó de pie, apoyada en la mesa y en dos zancadas cerró la puerta por dentro. Rápidamente, barrió de un plumazo todos los papeles que salieron volando y se esparcieron por el suelo del despacho. Sin tiempo a más, me tumbó en la mesa y comenzó a besarme empezando por las puntas de los pies. Cuando acabó con mis piernas y llegó a mi sexo yo ya no estaba para más preámbulos y, sentándome en la mesa, lo empecé a desnudar a toda prisa paladeando mi propio sabor con sus besos. Rodeé su cintura con mis piernas y, de un golpe, su pene llegó a lo más profundo de mi interior. En cinco minutos estábamos los dos a punto de explotar... y así sucedió. Me dejé caer sobre la mesa, con él sobre mí, nuestras oleadas de placer se unían en un baile perfectamente sincronizado.

—Si supieras cuánto te quiero.

Fue lo primero que dijo cuándo su agitada respiración se lo permitió. Aún estábamos sobre su mesa, y yo acariciaba su espalda con suavidad. Pese a que al principio la había costado ya recibía mis caricias, feliz y relajado. Levanté su cara, vi sus hermosos ojos a través de esas largas pestañas y volví a quedarme sin habla ante la intensidad de su mirada.

—Lo sé, Joseph, lo sé. —Y nuestras bocas se volvieron a juntar en un dulce y reconfortante beso.

Nos vestimos, recogimos los papeles que habían caído por el suelo sin orden ni concierto y, cuando salimos, intentamos que nuestras

caras no reflejaran lo que acababa de pasar. La pobre Gloria aún no había recuperado el color y estaba nerviosa y aturdida.

—¿Tenemos algún tema pendiente?, ¿está todo en orden? —Solo fue capaz de asentir ante las preguntas que un serio Joseph le estaba formulando—. Bien, pues si no hay nada que no pueda esperar hasta el lunes, creo que por hoy ya hemos tenido bastante. Vete y descansa; el lunes tenemos mucho que hacer y quiero aquí a todo el mundo trabajando al cien por cien.

Lo miré orgullosa. El jefe había vuelto; su voz volvió a sonar fuerte, autoritaria y su gesto cambió. Me pareció más alto, más firme y sin fisuras, como una roca.

Capítulo 13

¡Por fin tuvimos nuestro tan ansiado fin de semana normal!, paseamos en moto, comimos fuera... Tenía la sensación de que volvíamos a respirar y, sobre todo, a vivir.

—Julia, ¿qué te pasa?

La voz de Joseph me devolvió a la realidad; estábamos cenando en casa, era domingo, habíamos pasado el mejor fin de semana desde hacía mucho tiempo y, sin embargo, me sentía triste e irritada. Al día siguiente, lunes, él empezaría a trabajar y, aunque iría gradualmente como me había prometido, la que no sabía entonces qué hacer con mi tiempo era yo.

—Nada, simplemente, que no sé qué voy a hacer con mi vida — solté con la cabeza apoyada en mi mano sin muchas ganas de hablar y sin muchas ganas de cenar.

—¿Cómo que no sabes lo que vas a hacer con tu vida?, ¿qué quieres decir con eso?, ¿no estarás pensando en...?

No pudo ni tuvo necesidad de acabar la frase para saber de qué estaba hablando. Todo el color había desaparecido de su cara y me

miraba con ojos asustados; al verlo así, mi momento de bajón desapareció, cogí su mano y lo miré sonriendo.

—No, Joseph, no, no he cambiado de idea y no pienso irme. Pero si sé qué quiero y necesito trabajar, no quiero quedarme aquí de brazos cruzados y ya sabes que Montes se ha encargado de que yo no pueda volver a trabajar en el hospital.

—¿Cuándo quieres volver? —habló ya más tranquilo

—Pero, Joseph, te recuerdo que Montes anuló...

—¿Cuándo quieres volver? —insistió—, a Montes déjalo de mi cuenta, procuraré que el que se quede sin trabajo sea el menor de sus problemas.

Siguió comiendo con el ceño fruncido y la mirada dura.

—Déjalo estar hasta que pase el juicio —contesté—, no sería capaz de concentrarme en mi trabajo y tengo que estar pendiente de que sigas escuchando los mensajes que te manda tu cuerpo para que no empieces a trabajar como un loco.

Me miró como solo él sabía hacerlo y, ladeando la cabeza de esa manera tan especial, esbozó una de sus sonrisas escalofriantemente deliciosas.

—¿Vas a estar pendiente de todas las señales? Y, cuando digo de todas, quiero decir de tooodas.

Lo miré entornando los ojos y sonreí maliciosamente.

—De todas y cada una de ellas.

Se levantó y rodeó la mesa.

—Pues vamos a empezar por atender a las que mi cuerpo me está mandando ahora.

Me besó con calma, con deleite, con pasión, al parar nos miramos y todo lo demás desapareció. Cuando con la punta de su lengua rozó mis labios no pude pensar en nada más, cerré los ojos y me dejé llevar, escuchando las señales que mi cuerpo me estaba enviando.

Eran las doce de la mañana del lunes, Joseph llevaba en su oficina casi dos horas y ya no sabía qué hacer. El ejercicio físico volvía a ser mi válvula de escape y tras varios kilómetros de cinta, y acabar arrugada de tanta agua, había decidido tomar el sol. Sonó mi móvil interrumpiendo mi momento de solaz y esboqué una sonrisa antes de mirarlo, pues ya sabía quién era. Sonaba la canción *Amor perfeito*, de Roberto Carlos, y su cara apareció en la pantalla. La miré unos segundos antes de coger, ¡qué guapo estaba!, mirándome, con su cabeza ladeada y su cara iluminada por una gran sonrisa. Sentí un agradable cosquilleo al oír esa música y ver esa foto, ya que era otro de los muchos momentos cotidianos que había recuperado y que creía perdidos.

—Hola, mi niño, ¿has terminado ya?, aquí, en la piscina, me siento un poco sola sin ti —hablé mimosa.

Sentí un leve suspiro, pero un fuerte carraspeo me indicó que no estaba solo.

—Hola, Julia, ¿puedes bajar un momento a la sala de juntas?, hay algo que creo debes saber.

No había que ser un lince para darse cuenta de que algo pasaba y me quedé mirando el teléfono con el ceño fruncido una vez que hube colgado. En cinco minutos estaba vestida y mis labios untados con la barra milagrosa. Cuando llegué a su oficina, Emerson me estaba esperando y me condujo a la sala de juntas, que quedaba al lado del despacho de Alberto. Nunca había estado en ella y me encontré con un salón enorme, totalmente acristalado que abarcaba toda la esquina del edificio. En el centro, una gran mesa ovalada rodeada por unas cómodas sillas. En un lateral, un mueble con tazas, vasos y jarras, una de ellas con agua. Puntos de luz en el techo, que eran innecesarios ante la claridad que entraba por la

enorme cristalera, y nada más. Tuve la misma sensación que cuando vi su casa por primera vez, parecía que nadie había estado allí nunca. En uno de los extremos de la mesa estaba Joseph. A su lado, frente a la puerta, estaba sentado Aranguren y, del otro lado, Alberto. Todos se levantaron al verme, y Joseph colocó una silla entre él y Aranguren en la que, tras los típicos saludos, me senté. No lo había vuelto a ver desde su visita en el hospital, pero lo noté cansado y tenso.

—Antes de nada, quiero que veas algo.

Ya estábamos todos sentados, y Joseph me dio lo que tenía en sus manos. Lo miré y abrí los ojos sorprendida. Era la maqueta del primer ejemplar de la revista que se iba a publicar bajo la dirección de Aranguren. Habían decidido llamarlo *Voz y verdad* y, aunque tengo que reconocer que en un principio ese nombre no me convenció demasiado, el diseño de la portada me pareció impactante. Múltiples fotos en color relativas a temas como: la prostitución, drogas, dinero, asesinatos..., todas ellas conformando una especie de tela de araña a modo de muestrario de la pura y dura maldad. Sobre toda esa amalgama de horrores, varias fotos en blanco y negro de unos personajes que, por desgracia, me resultaban conocidos. Imerda, Esteban Cruz, Óscar, fotos de otras personas desconocidas para mí y dos especialmente desagradables. Eran las fotos que la policía había hecho a dos personas muertas; el hombre que me secuestró y el padre de Joseph. Lo miré asustada; la portada era impactante, pero ahí estaba: la foto de su padre con un agujero de bala en la cabeza. Sobre todas ellas dos recuadros más, solo que esos estaban en blanco

—A mí me gusta —respondió serio a mi muda pregunta— y esos dos recuadros van a quedar así, en blanco, sin fotos. —Respiré aliviada. No quería que nuestras caras aparecieran en medio de tanta mierda bajo ningún concepto—. Léelo, por favor —me pidió cuando, solícito, me servía un café con leche.

En un silencio total, tomé un sorbo y empecé a leer. Era nuestra más reciente historia, sin ambigüedades, tal cual, en un lenguaje claro y conciso, sin florituras innecesarias. Desgranaba lo sucedido de principio a fin, por un estricto orden cronológico y me di cuenta de que Mark aún no le había mandado toda la información. Volví a tomar un poco de café, todos seguían con sus ojos clavados en mí y en mi posible reacción, sobre todo, Joseph, que, nervioso, movía su pierna continuamente. Leí página tras página, hasta acabar con el último de los doce folios que conformaban esa historia. Sin frases grandilocuentes, y sin dejarse nada en el tintero, aparecían muchos nombres completos y algunas iniciales; se explicaba que, por tratarse de menores, esos nombres jamás serían revelados. Sin embargo, se hacía la promesa de que los demás se irían conociendo en sucesivas publicaciones, en la medida que no entorpecieran posteriores investigaciones policiales.

Suspiré sin dejar de mirar lo que tenía entre mis manos. No pude evitar recordar cuando estudiaba mi inconclusa carrera de Periodismo, soñaba con ver mi nombre firmando algún reportaje impactante o algún artículo desgarrador; me veía como una intrépida reportera husmeando y sacando a la luz sórdidas conspiraciones y artimañas de personajes, en apariencia impolutos, para acceder al Olimpo del poder. Pero jamás había soñado con algo así; nunca imaginé ver mi nombre como uno de los protagonistas de una de esas historias truculentas que tanto deseaba descubrir y, mucho menos, una tan dura y dolorosa como lo que nos tocó vivir.

—¿Le gusta, señorita Torres? —La potente voz de Aranguren arrancó mis recuerdos—. Quiero que sepa que esto es una prueba y, como ya le dije al señor Levi, si hay algo con lo que no esté de acuerdo, no tiene más que decirlo. Si no hay ningún problema se mandará a la imprenta y, coincidiendo con el día del juicio, saldrá a la calle. De entrada, se va a hacer una tirada inicial de cincuenta mil ejemplares, pero dada la repercusión que todo aquello iba a tener creía que la íbamos a tener que ampliar.

Una sensación de vértigo inundó mi pecho. Lo único que no me gustaba era que Joseph y yo éramos los protagonistas y, como tal, nuestros nombres aparecían en numerosas ocasiones y lo miré temerosa.

—Tú, que siempre has odiado que tu vida sea del dominio público. Si yo...

Un deje de tristeza tiñó mis palabras y no pude evitar volverme a sentir culpable. Joseph se dio cuenta de mi estado de ánimo y agarrando mi mano me la apretó suavemente.

—No, Julia, no vuelvas a pensar eso. Mírame, por favor —me pidió, pues, abatida, había bajado la cabeza—. Claro que tienes razón en decir que odio tanto como tú hacer público cualquier aspecto de mi vida privada. —Suspiró y se quedó en silencio, pensativo, unos segundos antes de volver a mirarme—. Pero creo firmemente que esta vez debemos hacerlo para conseguir que toda esa gente pague por lo que nos han hecho a nosotros y a mucha gente más.

—Lo sé, Joseph, pero... —protesté débilmente.

—No te preocupes, Julia —habló cariñoso—, todo esto pasará. Durante un tiempo habrá un gran revuelo, pero al final esto no será más que un escándalo dentro de muchos otros. La gente se olvidará de esta historia y espero que nosotros también.

Cogí aire y lo miré decidida.

—Pues, por mí, si tú estás de acuerdo, adelante.

Me relajé y mi intención era levantarme cuando un gesto de Joseph me lo impidió.

—Hay otro problema —habló serio, y lo miré intrigada—. El señor Aranguren exige nuevas condiciones para la venta de su editorial.

—¡Qué!, ¡qué!, ¡qué! —grité, una y otra vez, hasta quedarme sin aire mientras me ponía en pie de un salto. —Una oleada de indignación me subió a la cabeza que me parecía a punto de estallar y lo miré furibunda ante su apacible expresión.

»No, no, no me mire así —empecé a hablar atropelladamente—. Eso no es lo que habíamos acordado. Le prometí en el hospital que las condiciones que hubiera pactado con Jos..., con el señor Levi serían respetadas, el señor Levi le dio su palabra, yo le di la mía, ¿me puede decir dónde cojones está la suya? —Paré de hablar porque tenía la sensación de que el corazón se me iba a salir por la boca, pero cogí la revista que había dejado sobre la mesa y lo apunté con ella.

»Claro, ahora que cree tener un filón en sus manos todo cambia, ¿no? —seguí gritándole—. Pues eso no es así y usted tiene que cumplir su palabra. —Miré a Joseph y a Alberto, que estaban extrañamente callados.

»¿Y tú? —bufé, apuntando a Joseph—. ¿Cómo puedes dejar que te haga esto? ¿Y tú? —proseguí apuntando a Alberto—. ¿Cuándo vas a defender a Joseph? —Estuve a punto de decirle que cuándo iba a sacar las uñas por él, pero eso era imposible. De nuevo sin aire, me callé y los miré perpleja; los tres me miraban sonriendo.

»Pues maldita la gracia que le veis a todo esto —farfullé lanzando la revista que recorrió media mesa antes de pararse.

—No sé si te acuerdas, pero creo que fuiste tú la que puso el dinero para que Aranguren hiciera frente a unos pagos que le urgía realizar.

Joseph empezó a hablar muy tranquilo y con un gesto me indicó que me sentara. Así lo hice, aunque lo miré enfadada.

—Sí, ¿y qué?, eso es algo entre tú y yo y no tiene nada que ver para que ahora te la quiera jugar.

—Bien —prosiguió ignorando mi comentario—, pues el señor Aranguren sugirió, y a mí me parece una idea estupenda, que, a cambio de eso, tengas parte en esta empresa.

—¡Qué!, ¡qué! —repetí de nuevo—. No hombre, no —respondí negando con la cabeza—, si es por lo del dinero, Joseph, de verdad, no hace falta, además no tengo ni idea de...

—Tengo entendido que usted empezó la carrera de Periodismo —me interrumpió Aranguren mirando de reojo a Joseph, que me observaba sonriendo.

—Sí, pero no la pude acabar y...

—Pues hágalo, lo demás corre de mi cuenta —siguió hablando con su potente voz—. Le enseñaré todo lo que hay que saber de este trabajo, empezando desde abajo y, si vale para ello, algún día acabará dirigiendo la editorial.

Miré a Joseph y a Alberto, que sonreían abiertamente al tiempo que yo abría y cerraba la boca como un pez sin saber qué decir.

—Di que sí, por favor —susurró Joseph, nervioso, apretándome la mano con fuerza, las suyas estaban frías.

Me di cuenta de que ese momento podía marcar un punto de inflexión en mi vida y, por tanto, en la de ambos.

—Quiero seguir trabajando, Joseph —intenté argumentar con poca firmeza.

—Pues sigue haciéndolo y, mientras tanto, estudia. Yo lo hice. —Paró de hablar y me miró fijamente—. Por favor —repitió alterado—, di que sí.

Mi cabeza era un torbellino de conversaciones entre las distintas Julias; la decidida batía manos y pies en un claro apoyo, la temeraria se estaba echando las manos a la cabeza, la dubitativa

estaba sopesando todas las opciones leyéndome una lista interminable de «y si...».

—De acuerdo —solté de repente ignorándolas a todas—, pero quiero hacerlo bien y, como dice usted, empezando desde abajo.

Miré a Joseph asustada de mi propia decisión, y él, sin poder evitarlo, me dio un abrazo tan fuerte que casi me parte en dos.

—Pues ahí va mi primera lección. —La atronadora voz de Aranguren puso fin a la explosiva reacción de Joseph—. Nunca se adelante a los acontecimientos y evite hacer juicios de valor antes de tener toda la información en sus manos.

—Lo siento, es que yo pensé... —Lo cierto es que me sentía avergonzada por mi anterior reacción y menos mal que fui bastante comedida y no solté los calificativos que tenía en mente.

—Disculpas aceptadas, eso es lo que tiene estar tan enamorada —bromeó, sacudiendo las manos en el aire, quitando hierro al asunto—. Tengo que advertirles una cosa. —Volvió a ponerse serio—. En estos momentos hay mucha gente nerviosa y vamos a tener que hacer frente a muchas presiones, ya estoy recibiendo llamadas misteriosas que cuelgan tan pronto descuelgo, eso es una clara amenaza —explicó ante mi interrogante mirada.

—Por eso se van a trasladar de inmediato a este edificio —intervino Joseph—. Hay espacio de sobra y tenemos buenas medidas de seguridad que, en caso de hacer falta, reforzaremos. Emerson le ayudará en todo lo que haga falta, usted solo tendrá que decirle lo que necesite, y él se encargará de todo —siguió hablando decidido dirigiendo su mirada a Emerson, que asintió con la cabeza—. Cuanto antes se instalen aquí, mejor. Tenemos una imprenta con la que trabajamos habitualmente y tiene firmado con nosotros un acuerdo de confidencialidad, ¿le vale? —preguntó directamente al señor Aranguren.

—Ahora es el jefe —contestó sonriendo—, pero por mí de acuerdo.

Se hizo el silencio, a la vez que leía unos papeles que Alberto le había dado; los leyó rápidamente y, sin dudarlos, los firmó. Acto seguido fue Joseph el que estampó su firma en ellos. Cuando Alberto los cogió Joseph le tendió su mano.

—Esto es más importante que cualquier firma —dijo mirándolo orgulloso.

Creo que no solo se me puso a mí el nudo en la garganta, pues los ojos de Aranguren brillaron de emoción, cuando le estrechaba la mano con firmeza.

Se levantó y con un breve «hasta pronto» salió acompañado de Emerson. Lo miré mientras se iba y una sensación de tristeza me invadió. Llevaba un buen traje que había conocido tiempos mejores en un intento de aparentar algo que, en esos momentos, estaba muy lejos de ser y sentí pena por él. ¿Cómo se sentiría?, ¿contento?, ¿triste?, ¿aliviado? Suspiré y miré a Joseph al mismo tiempo que cogía unos papeles que me tendía Alberto.

—Esta es mi manera de defender a Joseph —apuntilló molesto por mi anterior comentario—. Es por el dinero que has puesto —me explicó.

Sin mirar los papeles, apoyé mis manos en ellos y los miré a ambos.

—Esto sobra —solté enfadada—. Joseph —añadí, seria, dirigiéndome a él—, no es necesario ningún papel. Puse mi dinero porque me dio la gana, no me hace falta, nadie me obligó a ello y lo volvería a hacer, pero nada más —seguí hablando pese al intento de Joseph por decir algo—. Quiero trabajar, acabar mi carrera y me conformo con poder trabajar algún día como periodista, pero nada más.

—Firma, por favor, firma —insistió Joseph con dulzura.

Cogí los papeles, resignada, y los firmé.

—No los has leído, mal hecho —objetó Alberto, cogiendo los documentos tras la firma de Joseph—, pero quiero que sepas que te has convertido en la dueña del cincuenta por ciento de la nueva revista, el otro cincuenta por ciento es de Joseph.

Me puse en pie de un salto e intenté arrebatarme los papeles a Alberto con intención de romperlos; no lo conseguí y se apresuró a guardarlos en su maletín.

—Joseph, por favor, esto es ridículo —le pedí con ojos suplicantes—. Ten un poco de sentido común, por favor —insistí—. Me conformo con poder cobrar un sueldo algún día si...

Me agarró la cara y me besó con fuerza impidiéndome seguir hablando. Cuando paró, Alberto se había ido y nos habíamos quedado solos en la enorme sala. Estaba seria y me sentía incómoda.

—Acabas de convertirte en la dueña del cincuenta por ciento de una empresa y parece que te acaban de robar la cartera —Joseph habló en tono cariñoso sentándose en el borde de la mesa y rodeándome con sus brazos.

—Soy yo la que tengo la sensación de habértela robado a ti —protesté molesta.

—Usted a mí no necesita robarme nada, señorita Torres, porque todo lo que tengo y todo lo que soy se lo doy gustosamente —sentenció sonriente y me besó la punta de la nariz. Tuve que reírme; me resultó gracioso oír cómo se refería a mí.

»Además —prosiguió—, sepa que, de una manera u otra, ya va a empezar a trabajar en la revista conmigo —precisó tras besarme en la frente; lo dijo de tal manera que algo se movió en mi vientre.

—Y, si usted, señor Levi, y yo no estamos de acuerdo en algo; ¿cómo lo resolveremos?

Cerró los ojos y suspiró satisfecho.

—Soy muy buen negociante, señorita Torres, por eso acabo de conseguir que me dé un sí.

—Pues, señor Levi, yo también debo ser una buena negociante cuando le ha salido tan caro. —Lo miré entornando los ojos.

—Usted lo vale todo, señorita Torres. —Su tono ronco y su mirada ardiente me dejaron sin aire y sin corazón, que corrió a refugiarse en una zona muy concreta de mi vientre.

Mientras hablaba deslizó su boca hasta la mía, que se entreabrió ansiosa para recibirlo. Un gemido salió de mi garganta y fue el pistoletazo de salida para un beso largo, apasionado y lleno de deseo.

—Creo que al final tendremos que celebrar el éxito de esta negociación, señor Levi —murmuré entrecortadamente.

—Soy de la misma opinión, señorita Torres —susurró sobre mis labios— y que sepa que estoy deseando poder llamarla señora Levi.

No sé por qué, pero en ese momento me parecieron las palabras más hermosas del mundo.

—Señora Levi —repetí mentalmente siendo consciente de que lo deseaba tanto como él—. Yo también lo estoy deseando, Joseph —ronroneé mimosa—, pero quiero que sepas algo. —Lo miré sonriendo, al tiempo que él me miraba con expresión interrogante—. Si me lo hubieras pedido el primer día en tu casa, cuando te conocí, ya te hubiera dicho que sí.

Sus ojos y su boca se abrieron a la par y una de sus sonrisas deliciosamente escalofriantes iluminó su cara. Me levantó en el aire en volandas mientras nos volvíamos a besar con fuerza.

—Pues entonces, señorita Torres, tendremos que celebrarlo por partida doble —ronroneó sobre mi boca.

—Totalmente de acuerdo, señor Levi —respondí de igual forma.

Capítulo 14

Joseph, con su dulce voz, me preguntaba cuando estaba a punto de quedarme dormida:

—¿Qué te apetece hacer mañana?

El día había sido agotador en todos los sentidos pues, fieles a nuestra palabra, lo habíamos celebrado por partida doble y, en esos momentos, estábamos abrazados, desnudos, exhaustos y sudorosos tras la «doble celebración» porque, exactamente, así lo había sido.

—Lo que tú quieras —respondí adormilada.

—¿Qué te parece si vamos a ver a mi Dama y a tu Golfo y después comemos donde nos apetezca? —susurró cariñoso besando el tatuaje de mi nuca.

—De acuerdo —conseguí decir a duras penas.

Sentí su beso en mi pelo y cómo tiraba de la inmaculada sábana blanca para taparnos a ambos y, feliz, me apreté contra él.

Hasta ese momento, el juez había decretado el secreto del sumario y apenas teníamos noticias de cómo iba todo, pero nos bastaba ver la cara de agotamiento de Alberto para darnos cuenta de que estaba poniendo toda la carne en el asador. Al final, el juicio que se iba a celebrar a últimos de abril quedó marcado para el dieciocho de mayo y tuvimos que convencer a un enfadado Aranguren para que pospusiera la publicación unos días más. Y, aunque en principio esa decisión no nos gustó, en realidad solamente habían ganado unos pocos días de margen. Tras serles denegada su puesta en libertad

bajo fianza, sus abogados habían insistido en que necesitaban algo más de tiempo para preparar el juicio, pero se conformaron con ese margen pues, tal como predijo el inspector Moreiras, malditas las ganas que tenían de estar en la cárcel y seguían confiados en que sus muchos contactos y amistades conseguirían que todo aquello quedara en nada.

—Mejor así a que después soliciten que el juicio sea declarado nulo —nos explicó Alberto ante nuestras caras de escepticismo.

Miré a Joseph, él no dijo nada, pero, por la expresión de su cara, vi que no estaba para nada de acuerdo. Faltaban quince días para el juicio e intentaba que no tuviera tiempo de pensar manteniéndome ocupada todo el tiempo. Alegando una ayuda que nunca había necesitado, insistía en que bajara con él a su despacho.

—Vamos, Joseph, nunca me has necesitado para hacer tu trabajo —protesté cuando me arrastraba hacia el ascensor.

—¿No te preocupa mi salud?, te recuerdo que el médico me dijo que debía empezar poco a poco —argumentaba intentando parecer serio.

Pese a mis protestas, empecé a bajar todos los días con él y al final agradecí haberlo hecho. Consiguió que el tiempo no se me hiciera tan largo y me enteraba de muchas cosas sobre su empresa que desconocía por completo.

—¿Por qué no llevas la fabricación de la ropa a otros países que tienen una mano de obra más barata? —pregunté tras ver la cantidad de dinero que destinaba al pago de las nóminas—. Tendrías más margen de beneficios. En mi país... —comencé a razonar.

—Ya sé lo que me vas a decir —interrumpió mirando a Alberto, que estaba con nosotros, el cual puso los ojos en blanco, sabedor de lo que iba a oír—, pero yo no hago las cosas así. En los países a los que te refieres, los sueldos solo mantienen a la gente en algo menos

que la miseria y trabajan casi como esclavos, por no hablar de los que emplean mano de obra infantil.

—Pero eso será mejor que nada —objeté— y esos niños es mejor que ganen algo a que anden tirados por ahí rodeados de miseria.

—No, Julia, no, eso es pura demagogia —rebatí. Firmó varios papeles que le tendía Alberto, cuyos ojos parecían haberse quedado definitivamente del revés—. Eso es querer lavar la conciencia mientras te aprovechas de la miseria de los demás para multiplicar tus ganancias. —Levantó la cabeza de los papeles y me miró serio—. Yo soy de los que creo que, en el país que sea, hay que pagar sueldos dignos, que las familias puedan vivir de su trabajo y que sus hijos puedan ir a la escuela y vivir como niños en vez de como adultos.

—Eso es una utopía, Joseph, y tú lo sabes —refuté.

—Por desgracia, claro que lo sé —prosiguió hablando sin dejar de revisar informe tras informe—. Pero también sé que si todos hiciéramos las cosas de otra manera esto no sucedería y no habría tanta gente nadando en la opulencia mientras otros intentan no ahogarse en la miseria. —Suspiró y me miró frunciendo el ceño—. Como al que más me gusta el dinero, Julia; soy empresario y quiero ganar, pero no a cualquier precio. —Esa frase me sonaba y miré a Alberto, cuyos ojos habían vuelto a su sitio, y vi que lo observaba sonriendo con una mezcla de orgullo y admiración.

»Prefiero ganar menos dinero —prosiguió con su disertación—, pero poder mirarme en el espejo sin sentir vergüenza. Yo soy de los que prefiero, en vez de dar limosnas, dar trabajo y pagarlo, así de simple.

Volvió a concentrarse en sus papeles y me quedé mirándolo un buen rato. Yo nunca había analizado ese tema desde aquella perspectiva, pero tenía razón. Las grandes empresas, muchas veces, te vendían la moto con grandes donativos a ONG, a obras sociales, a los más necesitados... Cuando lo cierto era que tenían

esos grandes beneficios a costa de lo que presumían combatir. Así iba y estaba el mundo; como una auténtica mierda.

—He estado pensando en lo que estuvimos hablando esta mañana —comenté ya metidos en la cama.

Tenía mi cabeza apoyada en su pecho y oía relajada los latidos de su corazón.

—¿A qué te refieres? —preguntó acariciando el tatuaje de mi nuca con sus largos dedos.

—A lo de dar trabajo y no dar limosnas.

—¿Y?

—Pues que creo que tienes razón y ojalá todo el mundo fuera como tú —respondí, tras lo cual besé su cuello con suavidad.

En cuestión de décimas de segundo estaba sobre mí, mirándome con esa sonrisa que me hacía estremecer.

—¿He oído bien?, ¿has dicho que tengo razón? —preguntó abriendo aún más sus grandes ojos.

—Pues sí, muy de tarde en tarde, pero la tienes —bromeé entre risas.

—Pues esto creo que se merece una celebración —murmuró ronco sobre mis labios.

Miré sus ojos entornados y cerré los míos dejando entrar su lengua en mi boca y su cuerpo en el mío.

El tiempo fue transcurriendo lento, agónico, y lo llevábamos lo mejor que podíamos. Intentábamos aparentar una calma que no sentíamos, pero, a veces, densos y tensos silencios evidenciaban nuestro estado de ánimo.

Como pensábamos, con tantas detenciones, la prensa al principio armó un gran revuelo, pero, poco a poco, todo se había apaciguado a la espera del juicio. Lo cierto es que se había llevado todo con tal sigilo que lo poco que trascendió a la luz fue debido a las filtraciones de sus propios abogados y que, por supuesto, nada tenían que ver con la realidad.

El juez que dirigía la instrucción del caso trabajaba en colaboración con la policía judicial y, gracias a eso, las pocas noticias que nos llegaban eran gracias a César y al inspector Moreiras. Según ellos, se estaba haciendo un trabajo impecable gracias a que, entre todos, habían conseguido formar un buen equipo. Creo que ambos se lo habían tomado como algo personal para demostrar que también había policías honrados y que sabían hacer su trabajo.

Lo cierto es que habían acertado con la elección de la gente. Lo malo es que a todos nos estaba pasando factura ese tema. Ninguno de los dos descansábamos bien por las noches y nuestro desasosiego aumentaba a medida que se acercaba el día. La cara de Alberto evidenciaba el enorme cansancio que tanto trabajo le suponía y hasta llegué a recomendarle que se pusiera unas uñas postizas para poder comérselas; me mandó a la mierda. Los dientes de Joseph tuvieron que desgastarse de lo tensa que tenía siempre la mandíbula y sus manos estaban permanentemente frías.

Tenía en mi mente, grabado a fuego, los consejos que Alberto nos había dado para los interrogatorios y que nos repetía, una y otra vez, pese a que no podían ser más fáciles: decir la verdad de manera concisa y breve, ante cualquier duda, un prudente «no me acuerdo» o «¿me puede repetir la pregunta?», contestar estrictamente lo que se nos preguntase, hablar despacio, sin prisas y con calma, pensándolo bien.

—Así de fácil —decía él.

«¡Y una puta mierda!», pensaba yo. Aranguren y su gente, ya totalmente instalados en el edificio de Joseph, también aguardaban tensos y expectantes el momento de sacar la revista a la luz.

Aprovechaban la información que a este le seguía llegando para ir perfilando las siguientes publicaciones. Eso sí, tras compartir la información con la policía que, a cambio, lo mantenían informado de los pasos que esa gente, desde rejas, estaba intentando dar. Toda esta información constituía una amalgama de lo que, por desgracia, sobraba en este mundo: una total falta de respeto hacia los demás, ausencia de la más mínima honradez y una total falta de escrúpulos. Todo esto, y mucho más, se juntaba en unas personas que serían incapaces de encontrar en el diccionario el significado de la palabra conciencia.

Yo revoloteaba de un lugar a otro intentando tener la mente ocupada, cosa que cada vez me costaba más conseguir, y admiraba la capacidad de Joseph para abstraerse de todo aquello. Tan pronto cruzaba el umbral de su oficina, su cara y su gesto cambiaban y nadie se daba cuenta de lo que realmente estaba pasando. Nadie, excepto los que lo conocíamos, sobre todo yo. Varias veces había visto cómo, mientras aparentaba leer concentrado algún informe, su mandíbula se cuadraba de repente o sus ojos empezaban a brillar de pura rabia. Me limitaba a acercarme a él y lo abrazaba en silencio y así estábamos hasta que la calma volvía y podía seguir con su trabajo.

Por lo que respecta al mío, pese a la insistencia de Ihab, Montes se mantuvo en sus trece y no había admitido mi vuelta al trabajo, y Carlos se cansó de llamar cuando supo que había renunciado a mi plaza. Suponía que hasta el último momento mantuvo la esperanza de que yo acabaría volviendo y, de una forma u otra, regresaría a mi vida. Decidí que lo mejor era no volver a hablar con él, por lo menos hasta que todo pasara. La implicación de su amigo en todo aquello así lo aconsejaba y Alberto casi me hizo jurar por escrito mantener la promesa de no comunicarme con él.

La semana anterior al juicio fue especialmente dura. El juez había levantado el secreto del sumario y todas nuestras pruebas estaban también en manos de ellos. Me hubiera gustado poder soltarle todo en el juicio, sin que lo supieran antes, para ver la cara que se les

quedaba, pero un profesional Alberto me habló del estado de derecho, del derecho de saber de qué se te acusaba, del derecho a conocer las pruebas que tenían contra ti...

—¡Joder con tanto derecho! —Recuerdo haberle gritado un día.

Al final, en vista de las discusiones interminables porque nuestras posturas no coincidían, y viendo nuestro nerviosismo, decidió no darnos más detalles. Eso sí, no sin antes advertirnos de que en el juicio se iban a tocar temas muy duros y que teníamos que estar preparados. Prácticamente no podía comer y mucho menos dormir. A Joseph le pasaba lo mismo y ni tan siquiera teníamos ánimos para el sexo. Pedía y suplicaba para que todo aquello acabara, pero también me aterraba la llegada del lunes siguiente y, pese a sus intentos, el fin de semana fue una lenta agonía a la espera del temido y, a la vez, ansiado momento. Creía que era algo que ambos íbamos a disfrutar, pero, de momento, solo nos había aportado inquietud, agobio y ansiedad.

—Todo pasará, tranquila, todo pasará —me decía Joseph cuando me veía a punto de estallar—. Piensa que, de una manera u otra, el próximo fin de semana todo será distinto.

Veía cómo me sonreía, pero también veía las ojeras en su cara, y él, al igual que yo, había vuelto a adelgazar.

—Me sigues queriendo, ¿verdad? —me preguntaba una y otra vez temeroso de que todo aquello pudiera acabar influyendo en mis sentimientos hacia él.

—Eso siempre, mi niño, pase lo que pase —contestaba sobre sus labios.

No sé si por fin o pese a todo, el lunes dieciocho de mayo llegó. El juicio empezaba a las diez de la mañana y desde las siete Joseph y yo parecíamos dos leones enjaulados dando vueltas por toda la casa. Apenas habíamos conseguido dormir algo y, si no fuera

porque estaba algo morena, volvería a parecer un mapache huesudo.

Había decidido llevar un traje chaqueta negro entallado, combinando con un jersey de punto muy fino, en color blanco y, aunque lo había comprado hacía poco, ya me quedaba flojo. Unos zapatos negros, de cuña, corte salón y con pulsera en el tobillo, nada de maquillaje y un aire de secador a un pelo que ya me tapaba la nuca, intentando evitar que las puntas me salieran disparadas. Joseph también de negro, con camisa blanca y corbata negra con finas rayas blancas, estaba elegantísimo y, si no fuera porque no tenía el cuerpo para fiestas, no saldría de la habitación; zapatos negros y brillantes no, lo siguiente.

Así como yo tenía la manía de cocinar cuando estaba nerviosa, a Joseph le daba por limpiar los zapatos y, aunque lo hacía habitualmente, ese fin de semana se empleó tan a fondo que se podrían hacer señales luminosas con ellos para comunicarnos con otras galaxias. Contuve la respiración cuando lo vi afeitarse con su navaja. Con lo que me temblaban las manos, si hubiera tenido que afeitarme, me rebanaría el cuello yo solita. Emerson y María no estaban mejor. La pobre se afanó en prepararnos un estupendo desayuno que se quedó en la mesa de la cocina y, a duras penas, tomamos un poco de zumo y un par de sorbos de café con leche. En eso estábamos cuando llegó Alberto y, junto con Emerson, nos fuimos los cuatro, dejándola al borde de un ataque de nervios.

—Por favor, tenedme al corriente de todo —pidió antes de que las puertas del ascensor se cerraran.

Camino del juzgado iba repasando todo lo sucedido, como si en algún momento se me pudiera olvidar.

—Si te provocan, no respondas y deja que yo me encargue de todo.
—Parecía ser la máxima de Alberto mientras nos dirigíamos a los juzgados—. No insultes, controla tu genio... —decía, girándose una y otra vez desde el asiento de delante.

Me estaba poniendo tan nerviosa que tuve que aguantar las ganas de darle un sopapo para que se callara.

—Si descubren lo de mi padre, y te preguntan, por favor, no mientas —fue lo único que me pidió Joseph durante el trayecto. Lo miré agobiada, con la sensación de que mi nudo del estómago se iba a ver desde fuera de lo grande que era. Emerson llevó el coche hasta el garaje que comunicaba con el edificio, y Alberto enseñó un pase a un guardia que, levantando una barrera, nos dejó entrar—. Te quiero, mi niña, recuérdalo.

Su voz sonó tensa y, con un beso a modo de respuesta, salimos del coche. Asió mi mano y, en silencio, recorrimos un largo pasillo que terminaba en un arco de seguridad. Su mano estaba fría, como la mía, y me apuré a intentar tranquilizarlo con nuestro lenguaje secreto: dos apretones, pausa y tres apretones más. Pese a la tensión de su mandíbula, sonrió débilmente, mientras nos daban unas tarjetas de identificación y pasábamos al interior.

Desembocamos en un gran *hall* desde el que se veían todas las plantas y allí nos encontramos con Aranguren, que acababa de entrar, y tras un: «La revista ya está preparada para salir la calle» a modo de breve saludo, consiguió que el nudo del estómago aumentara aún más. Subimos hasta la tercera planta y, tan pronto salimos del ascensor, pudimos ver, esperando en el pasillo, a César con el inspector Moreiras, a Marcos y a Leo con su madre, que se levantó tan pronto nos vio y se fundió en un cariñoso abrazo con Joseph. Sin tiempo a más, entramos en la sala que nos indicó Alberto; en ella había dos grupos de sillas separadas por un pasillo. Nos sentamos en el lado más cercano a la pared.

—Delante —le indicó a Joseph, conocedor de su manía de sentarse siempre atrás.

Ambos nos colocamos en el centro y los demás se repartieron a ambos lados. Alberto abandonó la sala y, por unos instantes, nos quedamos solos. Mi corazón latía tan fuerte que parecía a punto de infartar y me dolía la mandíbula de apretar los dientes. Notaba mi

cuerpo tenso como un arco y miré a Joseph de reojo; no soltaba mi mano, pero estaba pálido, con el cuello tenso y echado hacia delante, como un toro a punto de embestir. Entraron varias personas que se sentaron en el otro lado, pero decidí no mirar, y Joseph debió de decidir lo mismo pues, con aire ausente, no movió un músculo.

Recordé lo que nos había contado Alberto sobre cómo iba a transcurrir el juicio y, en realidad, iba a ser más simple de lo que yo me había figurado. Primeramente, iba a llamar a declarar a los testigos —entre ellos, yo— que estaban con Joseph en el momento en que le dispararon. Luego iba a declarar el inspector Moreiras en calidad del policía que, oficialmente, había llevado a cabo la investigación. Seguiría con la declaración del que le había disparado a Joseph ya que, aunque se había reconocido como autor material del hecho, se negaba a señalar de dónde había partido esa orden y, después declararían Joseph; a mí había decidido dejarme para el final. Todo ello, por supuesto, con los correspondientes interrogatorios de la parte contraria. Alberto abrigaba la esperanza de que ese juez, fiel a su manera de proceder, celebrara el juicio íntegro a lo largo del día, ya que allí solo se iba a tratar lo ocurrido a Joseph y a mí. El resto de las acusaciones, en base a las pruebas presentadas, se irían tratando en juicios sucesivos en los que por fortuna nosotros ya no tendríamos nada que ver. Moví el cuello y cogí aire intentando serenarme, mientras ponía un poco de orden en mi caótica cabeza diciéndome a mí misma que, con un poco de suerte, esa noche, todo aquello habría pasado. Unos minutos más tarde apareció Alberto vestido con su toga de abogado y noté un gran cambio en él. Su aparente fragilidad y timidez habían desaparecido. Se veía seguro y calmado.

—Estad tranquilos, todo va a salir bien.

Nos habló despacio, sonriente y consiguió apaciguar algo mi agitado ánimo. Sin embargo, Joseph pareció ni oírlo pues, serio y concentrado, ni lo miró. En nuestro lateral había una mesa en la que se sentó y sobre la que empezó a poner un montón de papeles que sacó de su cartera.

Y llegó el circo a la ciudad. Las tres Marías y una legión de abogados hicieron su entrada. Calculé, me salían a dos por cabeza y por un instante, aún más si era posible, se me encogió el corazón. Tras ellos, una llorosa *miss* Danvers y, finalmente, llegó un hombre delgado, mal afeitado, pelo largo y despeinado, vestía pantalón de chándal con un gastado jersey. Me fijé en sus manos de uñas largas y llenas de mierda. No lo pude evitar y fruncí el ceño en una mezcla de asco e intriga, y miré a César, que me entendió al instante.

—El que disparó a Joseph —vocalizó.

Capítulo 15

Abrí los ojos, asustada, y lo miré. ¿Qué se sentía cuando tenías delante a la persona que intentó acabar con tu vida? Él tenía la vista clavada al frente y no había movido un músculo desde que nos sentamos. Así como yo no paraba quieta en la silla, y me movía continuamente, él parecía una estatua de piedra.

—Estate tranquila, todo va a salir bien —inclinándose hacia mí, repitió las palabras de Alberto mientras apretaba mi mano.

Volví a mirar a ese hombre y tuve muy claro que, pese a su aspecto, era de la misma calaña que el resto, solo que perteneciente a otro escalafón. No tuve tiempo de fijarme en nadie más porque hizo su entrada el juez con varias personas. Lo distinguí porque su toga, en sus mangas, estaba adornada por una gran puntilla blanca. Menudo, bajito y completamente calvo, sin mirar a nadie, se sentó en el centro de una larga mesa que teníamos enfrente y empezó a sacar sus papeles, que puso sobre la mesa ordenados con geométrica precisión. Volví a mirar a César, que fijaba su vista en una mujer que también se estaba sentando.

—La fiscal —me susurró.

Era todo lo contrario al juez. Bastante más alta que él, rubicunda, de curvas generosas, pelo oscuro y ensortijado recogido en una larga

cola, ojos oscuros y penetrantes, con rasgos faciales muy marcados. Iba levemente maquillada y nos barrió a todos con la mirada.

—Antes de nada —el juez comenzó a hablar de inmediato—, voy a proceder a explicar el porqué de este juicio y los motivos que me llevaron a unir en uno dos acontecimientos diferentes. Lo ocurrido al señor Joseph Levi Marshall y a la señorita Julia Torres Rey. Les recuerdo que se consultó a todas las partes y todas estuvieron de acuerdo en ello. —Hizo una breve pausa y miró a ambos lados para asegurarse de que nadie ponía ninguna objeción de última hora. Tras comprobar que así era siguió hablando con su voz bien modulada y con un ritmo pausado.

»Empezaremos por el caso más reciente que es el acontecido con el señor Levi para acabar con el de la señorita Torres. Según su abogado y la Fiscalía ambos hechos, pese a haber acontecido en momentos diferentes y ser llevados a cabo por personas diferentes, tienen en común haber tenido, en mayor o menor grado y forma, la participación de los aquí acusados que son: la señora Imelda Müller Diesti, el señor Esteban Cruz Ramírez, ambos marido y mujer. El señor Óscar Lafuente Ramos, la señorita Cristina Alonso Freitas y, por último, el señor Aurelio Pires Fontao. —Acostumbrada a referirme a ellos como Las tres Marías o *miss* Danvers tenía la sensación de que estaba hablando de otras personas completamente desconocidas para mí. Paró de hablar y levantó la vista del papel mirándolos a todos ellos.

»¿Cómo se declaran los acusados?

Sus abogados respondieron por ellos y todos declararon que sus clientes eran inocentes. Todos menos el abogado del cabrón que había disparado a Joseph.

—Mi cliente reconoce su culpabilidad y espera que su colaboración y sus muchas adicciones sirvan para que su señoría lo tenga en cuenta a la hora de dictar sentencia —soltó con voz monótona.

Me revolví inquieta en la silla. Odiaba todas esas putas disculpas. Que si bebe, que si se droga, que si hostias. A nadie le ponían una pistola en la cabeza para que bebieses o te drogases y, mucho menos, para que le jodieses la vida a alguien. En la mayoría de los casos, es gente mala y cobarde que se esconde tras esos pretextos por hacer algo que no les importó hacer.

A continuación, empezaron a hablar los abogados. Alberto fue el primero y con pocas palabras, pero claras y concisas, aseguró que, pese a la implicación directa de terceras personas, iba a demostrar que los allí presentes prestaron su ayuda y orquestaron la mayor parte de las actuaciones. Todos los de ellos basaron su defensa en el odio y la envidia, tanto a nivel personal, empresarial y social que Joseph sentía hacia ellos y que, celoso de sus éxitos, intentaba destruirlos metiéndolos en una delirante conspiración de la que no habían formado parte. La abogada de Óscar apuntilló el hecho de que su defendido había sido despedido de manera fulminante de la empresa de Joseph sin causa justificada por lo que tuvo que pagarle una generosa indemnización, ya que, según ella: «El despido no tuvo más causa que la manía que el señor Levi profesa a mi defendido», soltó lanzando una mirada de desprecio a Joseph, que parecía estar en otro planeta.

El abogado de *miss* Danvers se escudó en que no había pruebas contra su clienta y que el único problema era la relación de amistad que mantenía con el señor Óscar Lafuente. Moví la cabeza y mascullé para mis adentros. Me parecía increíble que la gente pudiese tener la cara tan dura y montar semejante película para intentar volver blanco lo negro. Aún no habíamos empezado y ya me dolía la cabeza, la mandíbula y hasta los ovarios que no tenía; menos mal que no poseía una pistola porque, sin dudarlo, me hubiera liado a tiros con todos ellos. Un nuevo apretón de mano por parte de Joseph me hizo volver a recuperar la cordura mental y decidí tranquilizarme o, al menos, intentarlo. El juez, mientras tanto, había colocado varios folios sobre su mesa y parecía estarlos comparando antes de comenzar a hablar.

—He estado leyendo las declaraciones de los testigos presentes en el caso del señor Levi y, dado que todos dicen prácticamente lo mismo, veo absurdo y una pérdida de tiempo el que repitan la misma historia una y otra vez. Si están de acuerdo, mi ayudante las irá leyendo de una en una y si la persona aludida tiene algo que objetar lo dirá en ese momento. Si, por el contrario, ratifica todo lo dicho, salvo que alguien le quiera hacer alguna pregunta, pasaremos a la siguiente declaración. De todas maneras, a todos se les tomará el juramento correspondiente en el momento previo a la lectura de su declaración. ¿Están todos de acuerdo?

El juez se calló y espero tranquilo a que ambas partes respondieran. Alberto miró a Joseph, que asintió con la cabeza. En el lado contrario empezó un pequeño revuelo de idas y venidas de los abogados para hablar con sus defendidos.

—Por nuestra parte, estamos de acuerdo —se adelantó a hablar Alberto.

Un carraspeo por parte del juez indicó que ya había esperado el tiempo suficiente y, uno tras otro, los abogados de toda la tropa accedieron. Noté cómo Joseph respiraba aliviado; sabía que maldita la gracia le hacía causar el más mínimo problema a alguien, especialmente sabía que estaba pensando en la madre de Leo; Celeste. Empezaron por Marcos, que, tras prestar juramento, oyó por boca de una de las personas que compartían mesa con el juez su declaración completa. Estaba de pie, al lado de Joseph, escuchando atentamente y, cuando la secretaria del juzgado acabó de leerla, asintió conforme con lo oído. Había contado todo tal cual sucedió, solo que desde su perspectiva.

En ese momento me enteré de que había caído al suelo, arrollado por Joseph, cuando este se lanzó sobre mí. Ni Alberto ni ninguno de los otros abogados tuvieron ninguna pregunta que hacerle y en poco tiempo estaba sentado de nuevo. Yo también respiré aliviada, aunque aquello no había hecho más que empezar, por lo menos parecía haber empezado bien. Después me tocó a mí. Noté cómo me temblaban las piernas al tener que levantarme y cómo Joseph

alzaba la vista y la mantuvo clavada en mí. Presté el juramento de rigor y escuché el relato de algo que en la vida sería capaz de olvidar.

—Quiero recordar que la señorita Torres será llamada posteriormente para ampliar su declaración, ya que esta se refiere estrictamente a ese determinado momento.

El juez se adelantó con esa puntualización a las claras intenciones de los otros abogados de empezar a interrogarme. Con un escueto «sí» manifesté mi total acuerdo con lo allí leído y no hubo ninguna pregunta. Cuando me senté estaba de los nervios. Una, porque haber oído todo lo sucedido tal y como yo lo viví, había removido también los sentimientos que tuve en ese momento y el agobio, la angustia y el dolor volvieron a hacerse patentes. Y, dos, porque sentía vergüenza al hablar de un tema tan doloroso para mí delante de unos completos desconocidos. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando noté la mano de Joseph apretando la mía, en un claro intento por reconfortarme. Seguidamente le toco a él. Se puso en pie, tieso como una vara y, tras el debido juramento, escuchó sin pestañear su propia declaración. Tras un rotundo «sí» a la pregunta de si estaba de acuerdo con lo leído, giró la cabeza y durante unos segundos barrió con la vista a la tropa de abogados que Imerda y compañía habían traído. Ninguno preguntó nada y se sentó, cruzando las piernas, aparentemente tranquilo.

—Señor juez, si no le importa, le ruego encarecidamente que permita que mi madre no se levante para declarar, no se encuentra demasiado bien.

La profunda voz de Leo resonó en la sala cuando nombraron a su madre. El juez levantó la vista y miró a todas las partes. Nadie se opuso.

—De acuerdo.

Más de lo mismo. Tras prestar juramento, Celeste escuchó su propio relato y así fue como me enteré de dónde procedía el agua que me

cayó en la cara. Era la primera vez que oía las declaraciones de los que presenciamos ese infausto momento y me parecía volver a vivirlo solo que desde distintos ángulos. Leo fue el último, de pie, con su calva reluciente, traje azul oscuro, camisa blanca y corbata casi en el mismo tono que sus increíbles ojos, escuchó con calma su propia declaración. Metió las manos en el bolsillo y también soltó un escueto «sí» cuando le preguntaron si estaba de acuerdo con lo leído.

Iba a sentarse cuando el abogado del marido de Imerda, que parecía una fotocopia de su cliente, pidió hacerle una pregunta. Me revolví inquieta en la silla. Hasta entonces no le habían preguntado nada a nadie y me inquietaba ese repentino cambio. Si Joseph se puso nervioso no lo manifestó y siguió con las piernas cruzadas y sus manos apoyadas en ellas.

—Me gustaría saber—empezó a hablar con una voz de pito que me desagradó enormemente— de qué se conocen ustedes, ya que dudo mucho que pueda haber una amistad entre una persona como usted y un hombre como el señor Levi.

Sin contar la voz de pito, también me desagradó profundamente el tono con el que se había referido a ambos. Levanté la vista y miré a Leo, que estaba mandando callar a Alberto con la mirada.

—Si mal no recuerdo —respondió sin quitar las manos de los bolsillos— estoy aquí porque fui testigo de cómo un hombre intentaba matar al señor Levi. —Durante unos segundos miró al juez que, en silencio, lo dejó continuar—. Y creo que eso es lo único de lo que aquí tengo que hablar. De todas maneras —prosiguió con voz serena—, sepa que la relación que yo pueda tener con el señor Levi es algo que ni a usted ni a nadie le importa, pero lo que sí le voy a decir es que se equivoca en lo de considerar al señor Levi como mi amigo. —Hasta Joseph giró perplejo la cabeza por lo que acaba de oír.

»No tengo amigos y, por lo tanto, no considero al señor Levi uno de ellos —continuó hablando ante la cara de asombro por parte nuestra

y la de felicidad por la parte de ellos—. Lo considero, con todas las consecuencias, como de mi familia; no sé si lo entiende —remató mirándolo con sus ojos azules, peligrosamente fríos, mientras dejaba ver sus blanquísimos dientes en una sonrisa que era de todo menos tranquilizadora.

La sala quedó envuelta en un incómodo silencio, Leo seguía con la vista fija en el abogado que se limitó a tragar saliva y creo que no se dio una bofetada a sí mismo de milagro. Yo, por mi parte, tenía ganas de soltar un «¡JA! ¡JA! ¡JA!» tan alto que se pudiera oír en todo Río, pero me conformé con mirar a Joseph y ver cómo sonreía ligeramente con cara de satisfacción.

Miré mi reloj, eran casi las once de la mañana, pero tenía la sensación de que llevábamos allí metidos un día entero. Afortunadamente, para la gente que nos importaba, aquello había acabado y podían respirar tranquilos, pero me daba cuenta de que lo fuerte empezaría en ese momento con la declaración del inspector Moreiras. Este, con su habitual calma y su gran profesionalidad, relató las circunstancias de la actuación policial. Cómo, una vez en el hospital, nos tomó declaración a los allí presentes y cómo fue testigo de la llegada del abogado del señor Levi; el señor Alberto Gómez. Asimismo, se enteró del resultado del seguimiento realizado a la secretaria del señor Levi debido a que tenían sospechas de que estaba pasando información acerca de la empresa y de la vida personal, tanto de su dueño como de la señorita Torres. Habló de las llamadas perdidas y del correo enviado a toda prisa desde el ordenador de la empresa al acusado Óscar Lafuente.

—Protesto —intervino a voz en grito su abogado que, pese a ser bastante gordo, tenía una expresión de amargado parecida a la de *miss Danvers*—. Es una clara vulneración del derecho a la intimidad de mi representada.

El inspector Moreiras ni se inmutó y Alberto, con su tranquilidad habitual, pidió permiso para hablar.

—El señor Levi ha intervenido los teléfonos y ordenadores de su empresa y creemos que no hay nada ilegal ni se vulnera derecho alguno al no ser de uso personal.

—Protesta rechazada —contestó, sin más dilación, el juez.

—Nos pareció muy extraño que las personas de las que se desconfió desde lo ocurrido con la señorita Torres parecieran haber desaparecido de la faz de la tierra y que, justamente unos días antes de lo que le sucedió al señor Levi, fuera enviado ese correo por parte de su secretaria.

—Protesto. —Esa vez fue el abogado de Imerda el que abrió la boca —. Mi cliente tiene cómo demostrar que...

Se calló cuando el juez levantó su mano con gesto impaciente.

—¿Por qué no esperamos a que el inspector Moreiras acabe su declaración? Le recuerdo que, cuando tenga que declarar su clienta, tendrá sobrada ocasión para hablar de todo. Por favor, inspector, siga.

—Yo estaba presente —añadió el inspector sin inmutarse por la interrupción— cuando el abogado del señor Levi informó a la señorita Torres de que, en caso de muerte o incapacidad, este la había nombrado heredera de todos sus bienes y le otorgaba pleno derecho legal a decidir sobre él mismo y su patrimonio. —Fruncí el ceño y miré de reojo a Joseph, que sonreía ligeramente, seguro que imaginándose la escena.

»Yo expresé mi desconfianza de no haber podido localizar a ninguno de ellos y no se podía pedir una orden de busca y captura —prosiguió con la mirada puesta en el juez—. En primer lugar porque no había motivo para ello y en segundo lugar, en caso de poder emitirla, sabíamos que nos enfrentábamos a un riesgo de fuga muy alto. Tras dejar a la señorita Torres que se recuperara del impacto que le provocó la noticia comunicada por el abogado del señor Levi —explicó en tono levemente burlón— se pensó que una

buena forma de dar con ellos era ofrecerle lo que tanto les interesaba; la empresa. Se acordó que, aparentemente, la señorita Torres, viéndose dueña de todo, había decidido poner la empresa en venta con la intención de irse de aquí.

Incliné ligeramente mirando sorprendida a César. Con su declaración, Moreiras había implicado a la policía, al menos, en una parte del enredo que habíamos montado.

—¿Cuál fue el resultado? —preguntó Alberto.

—Pues, francamente, el esperado. El acusado, Óscar Lafuente, se puso en contacto con la señorita Torres y empezaron unas negociaciones —habló entrecomillando con los dedos la palabra— que finalmente nos facilitó la detención de todos ellos a la vez, que era lo que pretendíamos desde el primer momento. Durante ese período nos fueron facilitadas una gran cantidad de pruebas que no hicieron más que confirmar nuestras sospechas y nos dimos cuenta de que, por desgracia, todo esto no era más que la punta del iceberg. Fechas, personas y datos concretos, todo consta en mi informe —subrayó.

Cada vez el inspector Moreiras me caía mejor. Había conseguido dar un matiz legal a la delirante idea que a mí se me había ocurrido, seguía manteniendo su palabra respecto a la identidad del padre de Joseph y me di cuenta de que quería dejar a Alberto la presentación de pruebas tan abrumadoras que obraban en su poder contra todos los acusados. No supe si el juez pensó lo mismo, pero se limitó a echar un vistazo al informe policial que tenía delante y a asentir levemente con la cabeza.

—¿Algo más? —preguntó el juez dirigiendo su mirada a Alberto.

—No —fue su breve respuesta.

—¿Alguno de ustedes desea hacer alguna pregunta al inspector? —preguntó el juez dirigiendo la mirada a los abogados de «la tropa».

El primero en levantarse fue el abogado del tal Aurelio Pires, el cabrón que había disparado a Joseph.

—¿Cómo consiguieron detener a mi defendido?

Mi pulso se aceleró y conseguí frenar el impulso de mirar a Leo; había pedido mantenerse al margen de aquel suceso, pero no se lo habían asegurado.

—Tuvimos un soplo anónimo —contestó de inmediato el inspector—, alguien llamó a la comisaria y nos relató que un hombre en un bar, con evidentes muestras de embriaguez, había amenazado al dueño que pretendía echarlo. Oyó cómo el acusado decía a gritos que tenía mucho dinero por haberle pegado un tiro a un hombre y que ahora le iba a pegar uno a él. Suponemos —prosiguió con voz tranquila— que alguien de los allí presentes fue quien nos llamó. Cuando llegamos al local ya se había ido, pero, tras identificarlo, nos dirigimos a su casa y allí estaba el acusado, que reaccionó violentamente al vernos. Fue detenido y en su coche encontramos el arma. Posteriormente, balística comprobó que era la misma con la que se la había disparado al señor Levi y estaba llena de sus huellas dactilares. En el registro de su casa también se encontró una buena cantidad de dinero, así como varias bolsitas con pequeñas cantidades de heroína y cocaína.

—Pero mi cliente colaboró posteriormente con la policía, ¿cierto?

—No, nos mintió —respondió un rotundo Moreiras—. Salvo en reconocer la autoría de los hechos, en el resto nos engañó. Nos contó que en su puerta encontró una caja con un teléfono, dinero, un arma y algo de droga. Que alguien, por medio de ese teléfono, se puso en contacto con él y le dijo que si mataba al señor Levi tendría más dinero y toda la droga que quisiese; pero que, si no lo hacía, irían a por él. Lo cierto es que —se apresuró a corregir— trabaja para el acusado, Esteban Cruz, desde hace bastante tiempo y colaboró en muchos delitos; como el secuestro del niño Oswaldo Lima que posteriormente fue hallado muerto. Si a eso se le puede

llamar colaboración, pues entonces sí, su cliente colaboró con la policía —remató enfadado.

No sabía si la llamada en cuestión existió o no o si fue hecha por César, pero lo cierto es que respiré aliviada al no ver metido a Leo en el asunto.

El abogado en cuestión se batió en retirada y todos los demás se limitaron a preguntar lo mismo, uno tras otro, si en algún momento el detenido había dado el nombre de su defendido. A todos les contestó lo mismo y con la misma calma: «No. No. No». Solamente la fotocopia que Esteban Cruz tenía como abogado pidió hacer una pregunta más.

—¿Estaba el abogado del señor Levi presente cuando se decidió llevar a cabo esta superchería? —la pregunta tenía mucha mala baba, pues estaba intentando inhabilitar a Alberto como nuestro abogado.

—No —contestó de inmediato—, lo cierto es que fue totalmente ajeno a todo esto y solo siguió las órdenes que la señorita Torres le dio para que contara en la empresa lo que tenía pensado hacer sin darle más explicaciones.

Cuando bajó del estrado el inspector, fue llamado a declarar el matón que había intentado matar a Joseph. Me fijé en que, en ese intervalo, Leo se inclinó un poco hacia delante y miró a César, que, sin girar la cabeza, esbozó un leve gesto a modo de sonrisa. Cuando el hombre en cuestión se levantó, todos pudimos ver que estaba mal, enfermo. Le costaba trabajo respirar y arrastraba los pies al andar. Si no fuera por el hecho de que había intentado matar a Joseph, hasta me hubiera dado lástima. Daba la sensación de haber estado siempre en un callejón sin salida en el que solamente había intentado sobrevivir.

—¿Disparó usted al señor Levi? —preguntó sin más dilación Alberto.

—Sí.

—¿Su intención era matarlo?

—Sí.

—¿Recibió órdenes explícitas al respecto?

—No, no entiendo —balbuceó con dificultad.

—Si se le ordenó claramente matar al señor Levi —explicó pacientemente Alberto.

—Ahh, era eso, pues sí.

—¿Quién se lo ordenó?

—Me llamaron por teléfono y solo oí una voz. Siempre es así.

Le costó terminar la frase, pues le costaba respirar y parecía estar sumamente fatigado y agobiado, aun así, a nadie se le escapó la temerosa mirada que lanzó hacia Esteban Cruz.

—¿Qué le dijo esa voz? —preguntó Alberto con tono cortante.

—Pues que cogiera el dinero y la droga y que cuando lo matara tendría más.

Ese hombre debía tener un problema pulmonar pues, pese a estar sentado, parecía que venía de correr una maratón, sudaba copiosamente y se oía un sonido sibilante cada vez que cogía aire.

—¿Esa voz le dijo fecha, día, hora...?

El hombre tardó unos segundos en poder responder y, por un momento, pensé que se iba a morir asfixiado en nuestras propias narices.

—Me dijo que tendría que ser el lunes, dieciséis de marzo, por la mañana. Tenía que esperarlo delante del hospital y tan pronto se me presentara una oportunidad...

No fue capaz de seguir hablando, pero no por vergüenza o por ningún tipo de remordimiento, sino porque se había quedado sin aire. Miró a Joseph como quien mira a una piedra y, toda la pena y la compasión que por un momento sentí por él, se esfumo tan rápido como lo hacía el aire en sus pulmones. Pese a no tener frío, un estremecimiento me sacudió levemente y me encogí en la silla.

—¿Estás bien? —La voz de Joseph, apenas audible, sonó preocupada.

—Sí —susurré no muy convencida.

—Pues que ellos lo vean.

Tenía razón. Notaba las miradas de reojo de la tropa de sus abogados y decidí que no les iba a dar motivos para que disfrutaran conmigo. Al igual que Joseph, me senté lo más erguida que pude y seguí escuchando con expresión aparentemente relajada.

—Gracias —volvió a susurrar.

—Siga —ordenó seco Alberto.

—Pues estuve allí desde las nueve de la mañana y esperé, pero pensé que vendrían en coche; al venir en moto, y por culpa del tráfico, no me dio tiempo a llegar y tuve que esperar a que salieran.

Un nuevo escalofrío recorrió mi cuerpo mientras él paraba de hablar buscando aire. Miré de reojo a Joseph, que parecía estar totalmente ausente. Y, si no fuera porque notaba su mandíbula a punto de estallar, juraría que no se estaba enterando de nada. Me acerqué a él y busqué su calor.

—Usted dice que siempre se hace así, un teléfono, un dinero..., ¿qué otras veces hubo? —continuó preguntando Alberto.

El hombre bajó la vista y se calló pensativo.

—Señor Pires, le recuerdo que usted está bajo juramento —le recordó el juez.

Miró de reojo a su abogado, al que parecía darle igual lo que contara su defendido.

—La vez anterior fue para..., para conseguir un niño.

—¿Cómo? —preguntó Alberto casi a voz de grito inclinándose hacia delante en su mesa—. ¿Qué está diciendo?, ¿conseguir un niño?, ¿le he entendido bien?

Alberto hizo las preguntas, una tras otra, poniéndose cada vez más nervioso y, por un momento, pensé que el que se iba a quedar sin aire iba a ser él. En la sala, de repente, el silencio era atronador.

—Sí, a primeros de año, no recuerdo la fecha.

—¿Y le pidieron... un niño? —volvió a preguntar un incrédulo Alberto.

—Sí, un niño, un niño —repitió, de repente, alterado—. Querían un niño con unas características determinadas. —Tanto Joseph como yo saltamos a la vez en nuestras sillas al oír esa frase y su cuello se tensó tanto que sus venas parecían a punto de estallar—. Tenía que tener como mucho diez años, delgado, con pelo y ojos oscuros y de piel muy blanca. Lo localicé y, con la ayuda del Lento, lo cogimos. Ya le dije que no recuerdo el día, pero sí donde lo dejamos.

No sé en qué momento dejé de respirar, pero reaccioné cuando noté la mano helada de Joseph buscando la mía.

—¿Dónde? —preguntó Alberto mientras mi corazón se ponía a cien.

—En el puerto, en el antiguo edificio de las oficinas portuarias, uno que parece que...

Un leve gemido se le escapó a Joseph, que parpadeó nervioso a punto de estallar, y entonces fui yo la que apreté su mano y tapaba mi boca, intentando ahogar mi propio grito. El estómago se me revolvió de asco y de dolor por todo lo que eso implicaba; un niño determinado, aquel sitio...

—¿El hombre que le ayudó se llama Nelson Amarantes? —preguntó Alberto rebuscando entre sus papeles.

—No sé, yo lo conozco como el Lento —contestó, indiferente, encogiéndose de hombros.

—¿Es este hombre?

Alberto se levantó y le enseñó lo que estaba buscando.

—Sí, este es el Lento.

Alberto miró al juez y, enseñando la foto de la ficha policial de ese hombre, puntualizó la confirmación de su identidad.

—¿Y sabe para quién trabajaba el Lento, como usted lo llama? —preguntó Alberto dirigiéndose de nuevo a su mesa.

—Pues claro —contestó de inmediato. Un nuevo y atronador silencio reinó en la sala y temí que se pudieran oír los latidos de mi corazón, que parecía un tambor. Hasta Joseph se inclinó hacia delante a la espera de sus palabras—. Para el señor Cruz, claro, el señor Estaban Cruz —soltó alto y claro sin percatarse de lo que, en realidad, sus palabras querían decir.

—No hay más preguntas —culminó un más que satisfecho Alberto en medio de una oleada de murmullos y protestas en la bancada opuesta.

—Creo que a todos nos vendría bien un breve descanso—habló el juez interrumpiendo las protestas—. Son las doce de la mañana, seguiremos dentro de media hora. —Sin dar más opción, él, la fiscal y todos sus ayudantes abandonaron la sala.

Capítulo 16

Sin perder tiempo nos dirigimos hacia la salida sin cruzar la mirada con nadie. Joseph llevaba su brazo sobre mi hombro, y todos los demás venían a nuestro alrededor. De la bancada contraria vimos salir, presuroso, a una figura que reconocí al instante.

—Joseph —hablé bajito intentando disimular—, es Montes.

—Lo sé, lo he visto —me contestó sin inmutarse.

El imbécil de Montes se plantó delante de nosotros con su asquerosa melena engominada; su impecable traje de marca, a juego con su reloj; sus gafas, y su intenso bronceado. Intercambió su frío saludo con Marcos; a mí, como siempre, me ignoró, y tendió la mano a Joseph.

—Me han llamado como testigo y no he tenido más remedio que venir —se apresuró a explicar, nervioso, a Joseph—. No sabe lo que me alegró saber su sorprendente recuperación.

Su mano seguía en el aire y todos nos paramos pendientes de la reacción de Joseph. Lo miró fijamente unos segundos antes de darle su mano y empezar a hablar con ese tono alarmantemente bajo.

—Y más se va a alegrar cuando mi abogado convoque una reunión de la junta del hospital para formalizar su cese inmediato como director del mismo. Puesto que, desde ahora mismo, va a ser desempeñado por el doctor Figueroa, Marcos Figueroa —le recalcó, por si no le había quedado lo suficientemente claro.

La cara del imbécil de Montes había quedado muy cerca de la de Joseph, ya que este, en vez de darle la mano, había tirado de él y, durante unos eternos segundos, los ojos de Joseph permanecieron fijos en su cara mientras su maravilloso bronceado de solárium perdía intensidad.

—¿Puedes hacer eso? —me atreví a preguntar cuando dejamos atrás a un estupefacto Montes, que se quedó en medio del pasillo sin saber qué rumbo tomar.

—Puedo —fue su lacónica respuesta antes de comenzar a hablar con un boquiabierto Marcos, que también se acababa de enterar de su nuevo cargo—. ¿Quieres ese puesto o no? —impaciente, Joseph cortó en seco las protestas de Marcos por lo que acababa de suceder.

—Pues claro que sí —respondió satisfecho—. Pero quiero que estés convencido de que estoy capacitado para ello.

—Me conoces, Marcos, y sabes que si tuviera la más mínima duda no lo habría hecho. Así que deja de dar la lata y ponte a trabajar —bromeó con él cuando entramos en la cafetería más cercana.

Todo el mundo se puso a hacer algo. Marcos hablaba por teléfono con Ana y le contaba su repentino e inesperado ascenso, al igual que Emerson intentando tranquilizar a María, Aranguren nos comentó que, ante la expectación levantada, aconsejaba aumentar la tirada en otros cincuenta mil ejemplares y, dado que estábamos todos de acuerdo, estaba llamando a la imprenta para dar las órdenes oportunas.

César hablaba con Moreiras, y ambos parecían preocupados, Alberto ponía sus papeles en orden una y otra vez, Leo había decidido quedar con su madre en la sala ya que se encontraba un poco cansada y, de repente, Joseph y yo nos quedamos aislados por completo de todos, envueltos en un incómodo silencio, intentando saborear nuestros cafés.

—Déjalo, Joseph, no pienses más en ello.

No hacía falta decir nada más. Sus ojos permanecieron inmóviles, mirando el fondo de su taza, mientras apesadumbrado movía su cabeza.

—Julia —empezó a hablar con voz lúgubre—, te has dado cuenta..., ese niño..., lo eligieron porque se parecía a mí. —Volvió a sumirse en el silencio, pero su cara expresaba la angustia que todo aquello le producía y con un gesto de dolor se llevó la mano a la cabeza.

—Joseph, por favor, claro que me di cuenta.

—Es repugnante, Julia, me siento...

—No tienes la culpa, Joseph —lo interrumpí en voz baja para que nadie se diera cuenta—, quítate eso de la cabeza. —Me acerqué más a él y posé mi mano en su brazo—. Fue su manera mezquina y cobarde de vengarse de ti. En un momento dado le hiciste frente y no pudo contigo, entonces buscó un niño al que sí podía hacer daño y verlo sufrir.

—¿Todavía me quieres? —Levantó la vista y me miró, angustiado y temeroso de que todo aquel despropósito acabara con mis fuerzas y decidiera claudicar.

—Tanto que a veces tengo miedo de reventar. —Besé su mejilla y acaricié su cara. Cerró los ojos unos segundos y dejó escapar un suspiro de satisfacción—. Ya queda poco, Joseph, pero tenemos que aguantar. —Intenté subir sus ánimos, pese a que yo tenía los míos por los suelos. El tiempo no daba para más y tuvimos que volver—. Alberto, por favor, habla con el juez y dile que no se encuentra bien —le pedí tan pronto entramos en la sala.

La cara de la madre de Leo me tenía preocupada. Estaba aguantando a duras penas y no veía la necesidad de que siguiera allí, puesto que ya había dicho todo lo que tenía que decir. Había

bebido un poco del zumo que yo le había llevado y, con los ojos cerrados, descansaba sobre el hombro de su hijo.

Así lo hizo y, afortunadamente, este no puso ningún problema cuando Alberto se lo pidió, al entrar en la sala. Un agradecido Leo llamó a uno de sus hombres que, al instante, se presentó y se la llevó. Tras ocupar nuestros sitios de nuevo, Aurelio Pires volvió a subirse al estrado para seguir declarando.

—Le recuerdo que sigue bajo juramento —le avisó el juez antes de empezar.

Que si conoce de algo a mi defendido, que si alguna vez le encargó hacer algún trabajo. Los abogados de Imerda, *miss* Danvers y del estúpido de Óscar prácticamente hicieron las mismas preguntas para acabar de la misma forma: todos sus defendidos tenían unas coartadas perfectas cuando sucedieron los distintos hechos y todos tenían numerosos testigos, algunos de los cuáles se encontraban presentes en la sala. No se me escapó la mirada que me lanzó la abogada de Óscar y en ese momento me di cuenta de que su objetivo a batir era yo.

—Según usted, ¿desde cuándo conoce a mi cliente, el señor Esteban Cruz?

La fotocopia del susodicho empezó a hablar con su voz de pito mientras sacudía su toga al pasear de un lado a otro de la sala.

—Pues no sabría decirle exactamente, pero desde hace bastante tiempo, supongo que desde que se vino a vivir aquí. —Pese a acabar de empezar a hablar, ya estaba fatigado y tuvo que parar varias veces para poder coger aire.

—Mi cliente lleva diez años residiendo en este país —apuntilló con su tono de voz tan desagradable.

—Pues más o menos desde ahí —insistió el tal Aurelio.

—¿Y cómo, según usted, empezó a trabajar para el señor Cruz?

—Por medio del Lento. Trabajaba para él y me lo presentó; lo llamábamos así porque hacía todo muy despacio y...

—Señoría, quiero recordar que el señor Aurelio Pires ya identificó a ese hombre como Nelson Amarantes, su cómplice en el secuestro del menor Oswaldo Lima. El mismo hombre que fue identificado por la señorita Torres como el culpable directo de su secuestro y que, posteriormente, fue hallado muerto en el lugar donde mi clienta estaba retenida —interrumpió Alberto.

Un leve murmullo recorrió la sala y a la fotocopia de Esteban Cruz se le agrió la cara. Durante unos segundos se limitó a pasear, pensativo, agitando su toga.

—¿Puede usted aportar algún papel que demuestre su relación con el señor Cruz?, ¿algún contrato?, ¿alguna nómina? —preguntó, de repente, con aire triunfal.

Casi me da la risa al ver la cara de asombro con la que el fatigado Aurelio miró al abogado. Era como si le pidiesen a alguien que presentase una foto de una fiesta familiar en Venus para demostrar que había vida extraterrestre.

—Pues claro que no. —Solo le faltó decir un sonoro «imbécil»—. Nosotros no firmamos contratos ni nóminas ni nada de eso..., eso queda para ustedes.

Hasta el juez bajó la cabeza disimulando una leve sonrisa. Pero lo cierto es que tenía razón. Algunas personas te atracaban a punta de pistola y otras lo hacían con un papel.

Le tocó el turno a *miss* Danvers y, con la cabeza baja, respondió, incómoda, a las preguntas de Alberto. Declaró que llevaba trabajando cuatro años para Joseph, que lo de las llamadas no era cierto y que, simplemente, tenía una relación de amistad con Óscar y que si por su amistad le había hecho algún comentario nunca lo

hizo con la intención de causar ningún daño «... y, mucho menos, al señor Levi al que tanto le debo». Miró a Joseph con su cara de uva pasa, con la esperanza de que esa bonita frase hubiera hecho algún efecto en él. Este, con los brazos cruzados, ni se inmutó.

Su abogado siguió en la misma línea. Creía que el derecho a la intimidad de su clienta había sido violado y que todo se debía a un problema de tipo personal.

—Problema personal —bufé para mis adentros. Personal era la hostia que quería darle a la Cristina de los cojones.

El circo empezó a declarar. Imerda fue la primera, su marido el segundo y Óscar el último. Sus declaraciones, cómo no, fueron delirantes. Evidentemente, todos tenían coartada y, según ellos, los habíamos sentado en el banquillo por un abanico de motivos, a cual más estúpido. Según Imerda, todo era un tema personal entre Joseph y ella motivado por haberlo rechazado en el pasado. A las preguntas de Alberto declaró no saber nada. Tenía coartada para ambos días con numerosos testigos. No conocía los negocios de su marido y, si hacíamos caso, poco menos que ni conocía a su marido; ella simplemente pasaba por ahí. Dijo no saber nada de ningún correo electrónico y que nunca había visto a su marido mandar ninguno.

—No creo ni que sepa hacerlo —se limitó a decir frunciendo sus morros como si fueran una ventosa.

Según su marido, todo era fruto de la envidia que Joseph le profesaba por tener un mayor éxito en los negocios y haber conseguido a la mujer que este amaba. Miré a Joseph, que tenía la misma expresión que una vaca viendo pasar un tren ante lo delirante de la situación. Por unos instantes, tuve miedo de empezar a reír.

A las preguntas de Alberto, más de lo mismo. Él también tenía coartada y confirmó la declaración de su mujer:

—Si apenas sé usar mi móvil —habló intentando hacer una gracia.

Los correos presentados, lógicamente, no habían sido enviados por él y todo era fruto de una conspiración a nivel mundial con gente metiendo «esas cosas» en su ordenador. Por parte de Óscar, más de lo mismo. Envidia y celos, solo que esa vez tenía yo la culpa. No pude evitarlo y, negando con la cabeza, puse los ojos en blanco mientras me cagaba en todo lo cagable. Vuelta con la puta coartada y de los *e-mails* no quiso ni hablar.

—Simplemente son falsos —fue su única explicación.

Todos se habían recreado en intentar demostrar lo buenas personas que eran, y a Joseph lo pintaron como un ser ruin y vengativo en manos de una experta manipuladora que, en ese caso, era yo y que, aprovechando los desgraciados acontecimientos por los que habíamos pasado, intentábamos perjudicarlos y sacar beneficio. Por si fuera poco, todos amenazaron con emprender acciones legales contra nosotros por el enorme daño que les habíamos causado. «¡Hay que joderse!», creí pensar, pero un leve codazo de Joseph y su media sonrisa me indicaron que, o bien me leía el pensamiento, o algo había oído. Todas estas «delirantes» declaraciones fueron seguidas por un indiferente Alberto.

—No hay más preguntas. —Los despachó a todos sin darles mayor importancia. Señoría —habló seguidamente cogiendo un informe y llevándolo ante el juez, una vez que Óscar había vuelto a su sitio—, solicito que incluya entre las pruebas presentadas este informe que un experto perito informático ha realizado previa petición. Certifica, como podrá comprobar, que los *e-mails*, así como el resto de la información, son auténticos y que no hay rastro de manipulación alguna. Ha comprobado las claves de acceso de los distintos ordenadores y no se ha registrado ninguna entrada que no haya sido con dichas claves. Asimismo, ha comprobado las IP y todas se corresponden con los ordenadores del señor Esteban Cruz y del señor Óscar Lafuente. —Una oleada de protestas invadió la sala, ya que ninguno de los abogados de la tropa estaba al tanto de la prueba.

»Señoría —se apuró a explicar—, este informe hasta ayer por la noche no llegó a mi poder. Está realizado ante un juez que certifica que dichos informes son auténticos y verdaderos.

Miré a Joseph sorprendida y, por la expresión de su cara, me di cuenta de que él tampoco sabía nada. Alberto, siempre tan previsor, lo había mandado a hacer sabedor de lo que iban a alegar. El juez lo leyó con detenimiento y noté cómo Alberto suspiraba aliviado al ver que el juez lo admitía como prueba, pese a las airadas protestas del resto de la tropa. Cuando oí el nombre de Joseph tuve la sensación de que el corazón se me iba a salir por la boca y, por un momento, temí desplomarme en la silla. Apreté su mano y le susurré un rápido «Te quiero» con un igual de rápido «Yo más» a modo de respuesta. Seguro, y con paso firme, se levantó y se dirigió al estrado. Se sentó y prestó juramento con voz tranquila, cruzó las piernas y, con aparente calma, posó sus manos sobre ellas.

—Por favor, señor Levi, podría contarnos lo sucedido el lunes, dieciséis de marzo —le pidió Alberto, que esa vez sí se había puesto en pie.

Yo no apartaba los ojos de él y pude notar la tensión de su cara que, junto con su carraspeo y tosecilla, me indicaron que no lo estaba pasando nada bien. Clavó su mirada en mí, respiró hondo y empezó a hablar.

—Mi prometida, la señorita Torres, y yo habíamos decidido tomarnos unos días de descanso si la revisión, por lo que a ella le había acontecido previamente, nos decía que estaba todo bien. Afortunadamente, así fue y cuando salíamos del hospital nos encontramos con el señor Bonnasera y su madre. Junto con mi amigo, el doctor Figueroa, salimos todos del hospital y nos quedamos fuera hablando un momento.

—¿Y qué pasó entonces? —le preguntó Alberto ante su silencio.

Lo miró y frunció el ceño, irritado, pero, volviendo a coger aire, prosiguió:

—Vi que Ju..., la señorita Torres miraba, con una expresión extraña, algo que quedaba a mi espalda, me giré y lo vi.

—¿Y usted qué vio, señor Levi? —continuó con suavidad.

—Vi a una persona que, desde una furgoneta, nos apuntaba con un arma. Creí que su intención era dispararle a la señorita Torres y mi reacción fue agarrarla y tirarla al suelo, haciéndola caer sobre mí. No recuerdo nada más hasta que desperté varios días después en el hospital.

—Julia, por favor, así no lo estás ayudando. —La voz de César, susurrando a mi oído, hizo que reaccionara y paré de llorar. Me di cuenta de que por eso Joseph había desviado su mirada de mí y la había fijado en Alberto, cosa que, por cierto, nos había recomendado.

—¿Por qué pensó que el disparo iba dirigido a la señorita Torres? —lo siguió interrogando, tras darle unos segundos de descanso.

—Por lo que le había sucedido un mes antes. Creí que, como afortunadamente aquello no había salido bien, lo estaban intentando de nuevo.

Con cada palabra de Joseph, la tensión en el ambiente aumentaba de manera considerable y también la mía en particular.

—¿A qué personas se estaba refiriendo cuando dice que lo estaban intentando? —continuó Alberto, repitiendo sus palabras.

—A esos tres —contestó con un gesto de cabeza y en tono despectivo.

—¿Se refiere a Esteban Cruz, su esposa Imelda y Óscar Lafuente? —puntualizó rápidamente Alberto, para no darles tiempo a que protestaran por su manera de referirse a ellos.

—Sí.

—¿Y por qué pensaba que detrás de lo sucedido a la señorita Torres se encontraban ellos? —Alberto preguntaba tranquilo sin dejar de mirar a Joseph, que cada vez se notaba más tenso.

Permaneció callado unos eternos segundos y volvió a posar sus ojos en mí. Esa vez no lloré y lo animé a seguir con un leve asentimiento de cabeza.

—Cuando Ju..., la señorita Torres apareció, su estado de salud era... —Paró de hablar cuando notó que su voz empezaba a temblar y lo disimuló con un leve carraspeo—. Tuvo que ser operada de urgencias. Cuando despertó y pudo hablar fue cuando me di cuenta de que ellos podían ser esas personas a las que, supuestamente, yo les iba a entregar la empresa a cambio de mantener con vida a mi prometida.

Todo su malestar por hablar de mí desapareció, en su cara apareció el odio que sentía hacia esa gente y noté cómo Alberto respiraba aliviado al haberlo sacado de un terreno que sabía que le resultaba especialmente doloroso.

—¿Por qué ellos? ¿Por qué no podían ser otras personas?

—Nunca me han gustado —respondió secamente—, y Esteban Cruz siempre que podía me manifestaba su interés por entrar en mi empresa, a lo que siempre me he negado.

—¿Y qué motivos aduce para esa negativa? —siguió Alberto ante el silencio de todos los presentes.

—Como ya dije, nunca me han gustado y, básicamente, porque la empresa es mía y quiero que lo siga siendo en su totalidad. Esa ha sido desde el principio mi manera de trabajar. —Juntó las yemas de los dedos y se miró las manos unos segundos antes de seguir hablando—. La familia que te toca no se puede elegir —dijo estas palabras mirando fríamente hacia donde estaba Imerda—, pero todo lo demás sí y ninguno de ellos figurarán jamás entre los que yo elegiría para que formaran parte de mi vida en ningún aspecto.

Sus palabras sonaron como una bofetada con la mano abierta y el silencio volvió a reinar por unos instantes.

—Señor Levi —prosiguió Alberto—, ¿cómo vivió usted lo que le sucedió a la señorita Torres?

Si las miradas mataran, Alberto hubiera caído fulminado en ese momento por dos pares de ojos. «¿Para qué cojones le hace esa pregunta?», pensé enfadada.

Sabía lo que odiaba Joseph hablar de sus sentimientos y más en público. Me llevé la mano a la boca y todo pareció quedar flotando en el aire a la espera de su respuesta.

—Sin duda alguna, como el peor momento de toda mi vida —respondió serio clavando sus ojos en mí, brillantes de la emoción.

Pese a haber pasado, su voz reflejaba la angustia de todo lo vivido en ese momento. En la sala reinaba un silencio absoluto y sus palabras parecían resonar una y otra vez, como si rebotasen en las paredes. Mi querido nudo apareció de nuevo y tragué saliva intentando no llorar. Sabía lo que esas palabras realmente significaban viniendo de él, de una persona que tantos malos momentos había tenido que afrontar en su vida, por lo tanto, ni pestañeé cuando dos lagrimones cayeron de mis ojos.

Para darle tiempo a recuperarse, Alberto hizo una breve referencia a mi declaración. Leyó de forma sucinta varios párrafos de la misma en la que se hacía referencia al favor que el señor Adolfo Gutiérrez le iba a hacer a varios amigos al conseguir quitarle la empresa al señor Levi a cambio de...

Bajé la cabeza y cerré los ojos, negándome a escuchar el resto, ya me llegaba con haberlo vivido. Cuando Alberto acabó su lectura, los abrí de nuevo y pude ver cómo se quitaba las gafas frotándose la nariz en silencio. Yo ya ni recordaba la última vez que había respirado de lo concentrada que estaba en la expresión de la cara

de Joseph, que había palidecido tras haberse llevado la mano a la cabeza con un gesto de dolor.

—En ningún momento se da ningún nombre concreto, ¿cierto? —le preguntó Alberto agitando en el aire el informe que acababa de leer.

—Cierto, pero la policía me preguntó si tenía enemigos que pudieran estar detrás de esas personas a las que se hacía referencia e, inmediatamente, pensé en ellos —respondió de inmediato frotándose la frente.

—Señor Levi, ¿por qué intervino los teléfonos y ordenadores de su empresa? —preguntó Alberto dirigiéndose hacia su mesa para coger otro papel.

—Porque llevaba tiempo desconfiando de que alguien estaba filtrando información sobre mis actividades y las de mi empresa.

Con el listado de llamadas en la mano, Alberto se lanzó a explicar varias que siempre seguían la misma pauta. Dos llamadas seguidas a un determinado número de móvil que no se volvían a repetir y de las que nunca había respuesta. Explicó también que dicho proceso siempre coincidía unos días antes de algún hecho especialmente relevante en la empresa o algún viaje del señor Levi.

—Al final, ¿pudo saber de dónde salían dichas llamadas?

—Sí, del teléfono de mi secretaria. —Su tono de voz sonó como un latigazo que se mezcló con el gemido ahogado de *miss* Danvers, a la que ni siquiera miró—. Y cuando decidí marcharme, prácticamente sin avisar, fue cuando mandó un correo desde el ordenador de la empresa.

—Y ¿qué hizo?

—Yo, nada, despertarme en el hospital y enterarme de que me habían pegado un tiro en la cabeza —soltó enfadado tocándose la cabeza de nuevo con otro gesto de dolor. Fruncí el ceño hasta que

se me hizo un nudo y miré a Marcos alarmada. Por su cara también vi que no le estaba gustando lo que estaba viendo, pues le estaba haciendo señas a Alberto, que parecía ser el único que no se daba cuenta.

»Nadie me dijo nada hasta que estuve en casa y fue cuando me explicaron lo que había sucedido durante el tiempo que..., que tardé en despertar. —Se removió inquieto en su silla y se volvió a tocar la cabeza.

«¡Jooderr!», aquello ya me estaba poniendo de los nervios y la que carraspeé fuerte fui yo. Conseguí que Alberto me mirara y me entendiera sin darle otra colleja, que era lo que tenía ganas de hacerle.

—Señor Levi, ¿se encuentra bien? —le preguntó al fin.

—Sí —contestó molesto por la pregunta. Sabía que no quería dar imagen de debilidad, pero a mí, en esos momentos, me importaba una mierda.

Me entraron ganas de darle una colleja a Joseph en esa ocasión al ver que me miraba con una leve sonrisa y fui consciente de que me estaba mordiendo la lengua cuando ya estaba a punto de cortármela. Alberto aprovechó esa pausa para enseñar el correo electrónico que *miss Danvers*, con las prisas, había mandado desde el ordenador de la empresa y comentó que se había enviado al del gilipollas de Óscar.

—Bien, afortunadamente, se recuperó y volvió a casa —resumió Alberto intentando abreviar lo más que podía.

—Sí, volví a casa —repitió ausente, y, de repente, me encuentro poniendo precio a mi empresa.

—¿Puede explicarse un poco mejor? —insistió Alberto ante el hostil silencio de Joseph.

—Habían venido mis amigos, acabábamos de comer y a mi prometida le sonó el móvil. Todos oímos la conversación y, pese a no entender nada, escribí en una servilleta un precio por la supuesta venta de mi empresa.

Recordando aquel tenso momento, logré sonreír. Lo había dicho y lo había hecho, se la di a Manuel y la servilleta lucía enmarcada a modo de precioso cuadro.

—¿Pudo reconocer con quién hablaba en ese momento la señorita Torres?

—Perfectamente, con Óscar, mi expleado. —Otra bofetada sin manos; ni señor ni apellidos ni hostias, solo su expleado. Volví a sonreír y me costó no mirar pues la cara del imbécil debía de ser digna de una foto—. Fue cuando se me explicó todo lo sucedido — siguió hablando Joseph antes de que Alberto le preguntara nada. Se veía cansado y con ganas de acabar.

—¿Qué se le explicó?

Otro gesto de dolor, ¡joder!, aquello ya me estaba empezando a preocupar.

—Pues básicamente lo que ha contado el inspector Moreiras. Que, a petición de la policía, mi prometida se había prestado a colaborar y para ello habían decidido simular la venta de mi empresa. También me enteré de que ya se habían mantenido ciertas conversaciones con mi expleado al respecto. Por lo que parece, se pensó que esa era una manera de dar con ellos, pues desde lo ocurrido con mi prometida habían perdido su pista e ignoraban dónde se encontraban.

—¿Y la idea le pareció bien?, ¿estuvo de acuerdo con ella?

Arqueé las cejas sin saber a qué venía esa pregunta.

—No —respondió contundente como un mazazo—, de hecho, me enfadé bastante cuando lo supe. Me pareció que la señorita Torres había corrido un tremendo riesgo teniendo en cuenta lo que ya había pasado. —Volvió a parar de hablar y movió ligeramente la cabeza con un nuevo gesto de dolor. «¡Mierda!», volví a protestar en silencio. «Con lo que aún le falta a esto...».

»Bueno —prosiguió cansado—, lo hecho, hecho estaba, y la policía nos pidió seguir adelante para poder facilitar su detención, y así lo hicimos.

—Señor Levi, ¿se encuentra bien?

Esa vez no tuve que hacer nada para que Alberto se diera cuenta de que Joseph no estaba bien.

—Sí, solamente me duele la cabeza.

Me moví preocupada; para quejarse le tenía que estar explotando.

—Señor abogado —interrumpió el juez dirigiéndose a Alberto—, ¿ha terminado usted con las preguntas a su cliente?

—Sí, su señoría, por mí hemos terminado.

—Bien, entonces creo que es el momento de que paremos y nos vayamos a comer. Son casi las dos y media de la tarde. Nos veremos aquí a las cuatro y media —puntualizó el juez recogiendo sus papeles—. Entonces, el señor Levi contestará a las preguntas de los abogados de la parte contraria.

Respiré aliviada y, entre un revuelo de togas y de gente, abandonamos la sala.

Capítulo 17

Cuando nos dimos cuenta, César y el inspector Moreiras habían salido disparados, y Leo fue el siguiente en marcharse. Se le notaba

preocupado desde la marcha de su madre y, cuando lo vi alejarse escoltado por dos de sus hombres, no pude evitar el esbozar una sonrisa. Al final, de una manera u otra, por muy fuertes y duros que aparentásemos ser, todos teníamos nuestro talón de Aquiles particular. Marcos, algo preocupado por Joseph, se fue a su casa.

—Que se tome un analgésico y, si no se le pasa, me avisas y nos acercamos hasta el hospital para que le echen un vistazo —me pidió cuando bajábamos en el ascensor hasta el vestíbulo principal.

—¿Les importaría llevarme en su coche? —preguntó Aranguren al llegar abajo—. Seguro que fuera está lleno de periodistas y no quiero que me vean. Necesito asegurarme de que no vamos a tener problemas con la salida de la revista y tengo que trabajar mientras como algo.

—Sin problema —respondió Joseph con gesto cansado—. Por cierto, ¿se sienten cómodos en su nuevo lugar de trabajo?, ¿tienen todo lo que necesitan?

A Aranguren le entró la risa floja cuando, en el coche, Joseph le hizo esa pregunta.

—¡Por favor!, tendría que ver donde trabajamos antes...

—Por cierto, prepárense para el revuelo que se va a armar con la salida de la revista —musitó Aranguren y consultó algo en su móvil.

Cerré los ojos sin querer pensar en ello. De momento necesitaba todas mis energías para afrontar lo que nos quedaba por delante y me conformaba con salir viva de ello. Mientras un serio Emerson conducía, apoyé mi cabeza en el hombro de Joseph, que me rodeó con su brazo y, tras dejar a Alberto y Aranguren en las oficinas, en silencio entramos en casa. Joseph se tomó un analgésico, y yo fui derecha a la terraza. Necesitaba respirar aire puro, limpio, y fresco, que consiguiera llevarse toda la mierda que volvía a sentir dentro. El día estaba nublado, pero no hacía frío y tuve envidia de la gente que veía en la playa y en la calle; parecían llevar una vida normal y feliz.

Miré al mar con la esperanza de que la imagen de esa hermosa playa tuviera en mí un efecto tranquilizante y renovador, cosa que en esos momentos, con el ánimo por los suelos, buena falta me hacía.

—¿Estás bien? —Su voz y sus largas manos sobre mis hombros me devolvieron a la realidad.

—No —contesté incapaz de mentir recostándome contra su pecho y me dejaba envolver en su abrazo—, ¿y tú?

—Yo tampoco, no dejo de pensar en lo de ese niño...

Noté que un peso más había caído sobre sus ya cargados hombros.

—Te quiero —fue lo único que pude decir.

Suspiró aliviado mientras besaba mi pelo y, tras una silenciosa comida en la que pese a los ímprobos esfuerzos de María apenas probamos bocado, el tiempo se nos echó encima y tuvimos que volver al juzgado. En el coche, me sentía agotada y solo deseaba que llegara la noche y que todo hubiera pasado. El dolor de cabeza de Joseph había remitido, pero su cara denotaba el enorme cansancio que sentía.

—Si por lo menos no tuvieras que declarar —masculló de repente rompiendo el silencio reinante en el coche.

—Tranquilo, no pasa nada. Podré hacerlo —intenté tranquilizarlo.

—Son gente mala, Julia, tú lo sabes. —Se calló moviendo la cabeza, dubitativo—. No quiero que te hagan más daño —habló con voz lúgubre.

—Que se atrevan —dije mordiéndome la punta de la lengua como hice con Alberto antes de darle la colleja.

Aunque nos costó, conseguimos reírnos un poco y, la verdad, nos sentó bien.

Al que no pareció sentarles bien el descanso fue al juez y a la fiscal. Tan pronto entraron en la sala, todos nos dimos cuenta de que algo había pasado. Más serios que nunca, se sentaron en sus respectivos sitios, y el juez empezó a colocar sus papeles en la mesa con tal fuerza que no se rompió la mano de puro milagro. Antes de llamar de nuevo a Joseph al estrado, apoyando sus puños cerrados sobre sus papeles, se levantó y se encaró con todos los presentes.

—Quiero que sepan que tanto la fiscal como yo venimos de poner las correspondientes denuncias. —El silencio de la sala fue absoluto. Alberto paró de mover sus papeles y lo miró con la misma cara que debía de tener yo; perplejo, boquiabierto y sin saber de qué estaba hablando. Miré a César con expresión interrogante, que junto con Moreiras eran los únicos que parecían saber qué estaba pasando.

»Cuando llegamos a nuestros respectivos domicilios nos encontramos con la policía en ellos —empezó a explicar tremendamente serio. Volví a mirar a César y entendí por qué tanto él como Moreiras se fueron tan rápido.

»Tanto la fiscal como yo —prosiguió con firmeza fijando sus ojos en el grupo de Las tres Marías— no vamos a consentir, tolerar o aceptar ningún tipo de amenaza hacia nosotros y mucho menos a nuestras familias. No sé si se han dado cuenta, pero estamos en pleno siglo veintiuno, creo que las cosas se solucionan de otra manera y cuando se trata de delitos se deben solucionar AQUÍ. —Elevó su tono de voz golpeando con su puño la mesa sobre la que se apoyaba—. En el juzgado y únicamente con las armas que la ley pone a nuestra disposición. Todas las amenazas que hemos recibido, tanto la fiscal como yo, están siendo investigadas. —Cogió aire y se inclinó hacia delante en su mesa antes de seguir.

»Les prometo que, si alguien de esta sala está detrás de todo esto, lo vamos a averiguar y solamente conseguirá que sus problemas aumenten. —Tenía la costumbre de fijarme mucho en las reacciones que la gente tenía cuando no sabía que alguien los estaba

observando, ya que creía firmemente que eran esos segundos los que muchas veces nos delataban y nos revelaban lo que verdaderamente éramos. Joseph me miró con cara de asombro para después observar a Leo, frunciendo el ceño. Este hizo lo mismo y asintió levemente. Me di cuenta de que con ese breve gesto le había dicho dos cosas a Joseph: que él tampoco sabía nada, pero que lo iba a averiguar. Nadie miró a César ni a Moreiras pues sabían que, como buenos policías que eran, no iban a decir nada. Mi mirada siguió su rápido repaso y me fije en los abogados de la tropa. El de Cristina había perdido su expresión de apatía y tenía la misma cara de perplejidad que Alberto. El abogado del que había disparado a Joseph desvió rápidamente la vista hacia los abogados de Las tres Marías que fueron los únicos que ni parpadearon; hasta en eso eran idiotas.

»Señor Levi, ¿se encuentra bien para volver al estrado?

La pregunta del juez disparó mis pulsaciones de cero a cien en décimas de segundo y lo miré preocupada. Aunque el dolor de cabeza parecía haber remitido temía que tanta tensión le acabara pasando factura.

—Sí, sin problema —respondió seguro— y se volvió a sentar en el estrado fijando su mirada en mí.

—Bien, que le quede claro a todo el mundo que tengo el firme propósito de dejar zanjado hoy este tema. Así que les aviso de que, si se quieren ir a dormir a su casa, tengan a bien no perder el tiempo repitiendo las mismas preguntas una y otra vez —aclaró el juez mientras se sentaba, claramente enfadado.

Era evidente que las amenazas habían hecho el efecto contrario al esperado y, aunque estaba nerviosa, respiré satisfecha. Por lo menos habíamos dado con alguien valiente y decidido a hacer su trabajo y me animé a mí misma pensando en que al día siguiente todo aquello, de una manera u otra, habría acabado, y todos ellos perderían su impunidad.

De momento, se intentaban defender de la única manera que sabían; mediante la amenaza y el chantaje, lo cual me indicaba que estaban preocupados y asustados, y eso era un buen síntoma.

Empezó el abogado del que le disparó y la cosa fue bien. No tenía muchas opciones y se limitó a preguntar si su defendido lo había amenazado con anterioridad, si lo conocía de algo...

—No, no, no —las contestaciones de Joseph fueron simples monosílabos.

Después siguió el interrogatorio del abogado de la reseca de su secretaria. Preguntó cuánto tiempo llevaba trabajando para él, cómo empezó a trabajar en su empresa, qué tipo de relación les unía... Igual que antes, Joseph respondió prácticamente con monosílabos.

—Cuatro años. Era hija de un empleado. Relación estrictamente profesional.

—¿Por qué de repente usted decidió controlar sus llamadas?

Contuve la respiración a la espera de su respuesta.

—Que quede claro que yo no controlé sus llamadas —recalcó en tono seco—. Me limité a intervenir las llamadas y los correos electrónicos enviados desde mi empresa. —Permaneció unos segundos en silencio pensativo mientras yo seguía sin respirar—. Creo que tengo el derecho a saber si el uso de los mismos, por parte de mis empleados, es el correcto —puntualizó seco.

Sonreí para mis adentros. Adelantó esa respuesta para intentar zanjar el tema y le dio resultado; no hizo más preguntas.

Llegó el turno del abogado de Imerda y noté cómo Joseph se ponía a la defensiva, su mandíbula se tensó y cruzó los brazos. Este tenía una barriga prominente que la toga no lograba ocultar, así como una papada que le temblaba al hablar. Además, tenía la manía de

ponerse en las puntas de los pies y balancearse continuamente; me recordó a un tentetieso.

—¿Desde cuándo conoce usted a mi clienta? —empezó a preguntar con voz ligeramente engolada, indicándole claramente a Joseph por dónde iban a ir los tiros.

Tosecilla, carraspeo, fruncí el ceño.

«¡Joder!, mal asunto», pensé.

—Desde pequeños —respondió desabrido.

—Creo que sus madres eran muy amigas, ¿cierto?

—¡Protesto! —La voz de Alberto resonó en la sala—. Señoría, no creo que esto sea relevante en el tema que nos ocupa.

El juez se limitó a mirar al tentetieso con expresión interrogante.

—Señoría, pretendo demostrar que tras todo este tema únicamente subyace una venganza personal por parte del señor Levi hacia mi cliente.

El juez se lo pensó unos segundos, y yo volví a contener la respiración. A ese paso me iba a acostumbrar a no respirar.

—Prosiga, pero vaya con cuidado —le advirtió.

—¿Le tengo que repetir la pregunta? —habló bamboleándose, satisfecho.

—No y no —fue la respuesta de un Joseph cada vez más tenso.

—¿Qué quiere decir con ese «no y no»? —repitió desdeñosamente.

—No, a que no hace falta que me repita la pregunta y no a que fueran amigas.

Tras esta respuesta se quedó mirándolo fijamente mientras, descolocado, paró de hacer el tentetieso. Sonreí tranquila, Joseph había optado por contestar la verdad a lo que le preguntaran.

—Pues tengo entendido que su madre y... —balbuceó nervioso mirando furtivamente a Imerda.

Sin pensarlo, Joseph levantó la mano para que se callara y por un momento pensé que se iba a levantar y meterle a ese imbécil una hostia como un mundo.

—Cuando mi... —Se calló brevemente y noté su nudo en la garganta— cuando... mi madre —soltó al fin— se estaba muriendo, su madre se estaba acostando con mi padre. Si eso es ser una buena amiga, entonces sí, era la mejor amiga del mundo.

Un murmullo recorrió la sala ante esas palabras que sonaron como un latigazo. Hasta yo me quedé impactada, pues sabía lo que le costaba hablar de esos temas y, por lo tanto, me daba cuenta de lo mal que lo estaba pasando, pese a su apariencia de calma total. Hasta el tentetieso paró en seco de balancearse y miró a Imerda estupefacto. Tras unos instantes, volvió al balanceo y se dispuso a seguir preguntando.

—Pero usted y mi defendida sí eran muy amigos.

Respiré hondo y me mordí el labio; me estaba sentando a mí peor que a Joseph el hecho de que lo intentaran atacar de esa manera.

—Tampoco —fue su breve y rápida respuesta.

—¿No es cierto que usted siempre se sintió atraído por mi clienta y que, debido al rechazo por parte de ella, usted se está intentando vengar aprovechando esos desgraciados sucesos?

Eso de hablar sin respirar y balancearse a la vez tuvo como consecuencia que acabó sin aire y totalmente congestionado por el esfuerzo.

Sin poder evitarlo solté un bufido y, sacudiendo la cabeza, cerré los ojos.

«¡Para mear y no echar gota!, ¿ese puto tentetieso le habrá visto bien la cara a la Imerda de los cojones o es que veía billetes cada vez que la miraba?», pensé cabreada.

Miré a Joseph, que ni había parpadeado, pero la expresión de su cara se congeló. Se inclinó hacia delante y, si las miradas matasen, en ese momento Imerda se habría quedado sin abogado.

—No, nada de eso es cierto, jamás la soporté, y ella a mí tampoco.

Volvió a quedarse tieso con la respuesta de Joseph y me figuré que la bruja de Imerda le habría contado una película que no tenía nada que ver con lo que estaba oyendo.

—Pero entre ustedes dos se habló incluso de boda —insistió con el puto tema.

Miré al juez, que seguía el interrogatorio con expresión torva, mientras Joseph, sin dejar de mirar al tentetieso, con un leve gesto contuvo a Alberto, que iba a protestar.

—Sí, se habló de boda, pero entre ella y mi padre. Su madre murió repentinamente —continuó tras otra oleada de murmullos—, un poco antes que la mía, y ella —habló con desdén sin mirarla en ningún momento— ocupó su lugar en la cama de mi padre y sí, se apresuró a hablar de boda tan pronto mi..., mi madre murió.

Todo el banquillo de ellos se removió inquieto en contraste con Joseph, que no había movido ni un solo músculo y, aunque no la estaba mirando, la cara de ella debía de ser un poema. Otra vez el abogado suspendió su bamboleo hasta recuperarse de ese nuevo batacazo.

—Supongo que tiene pruebas para demostrar todo lo que está diciendo —soltó ufano.

—Pues sí —contestó un relajado Joseph—, mi padre era muy aficionado a la fotografía...

Ahora sí que desvió su mirada unos segundos hacia donde estaba Imerda y un sordo gemido se oyó en la sala.

—Señor abogado —interrumpió el juez—, le he permitido este interrogatorio porque usted aseguró que detrás de todo este asunto había una venganza personal. ¿Puede conseguir, además de sacar los trapos sucios de su defendida a la luz, demostrar algo de lo que usted dijo? Si no es así y no tiene más que preguntar...

No acabó la frase ni falta que hacía. Al tentetieso se le pasaron las ganas de balancearse y masculló:

—No, no hay más preguntas.

Le tocaba el turno al abogado del señor de Imerda. Me moví en la silla y suspiré agotada. Si yo estaba así no quería pensar en cómo se sentiría él. Noté su mirada y vi su ceño fruncido, preocupado por mí. Un rápido guiño y una leve sonrisa lo tranquilizaron de inmediato. La fotocopia de Esteban Cruz empezó su interrogatorio repitiendo prácticamente las mismas preguntas: «¿Cuánto tiempo hace que se conocen?, ¿cómo es su relación?, ¿quiso que el señor Cruz entrara a formar parte de su empresa?».

—No, nunca, pese a sus numerosas ofertas —volvió a repetir Joseph, con voz cansada.

—¿Por qué?

No pudo evitar el poner un gesto de fastidio ya que en su primera declaración lo había dejado suficientemente explicado.

—Porque no necesito ni quiero a nadie, en concreto, al señor Cruz mucho menos. No me gusta su forma de hacer negocios y no me gusta nada de lo que le rodea.

Supuse que tenía ganas de decir algo más, pero decidió callarse. La fotocopia de Esteban con su voz de pito no sabía por dónde salir y le volvió a preguntar sobre lo mismo.

—Señor letrado —interrumpió enfadado el juez—, aquí no se trata de echar en cara las filias o las fobias de los unos respecto de los otros, sino la de demostrar o no una posible participación en la comisión de una serie de delitos. El señor Levi es muy libre de llevar los asuntos de su empresa como quiera y con quien quiera. Hasta donde yo sé, eso no es constitutivo de delito y creo que este tema ya ha quedado más que claro.

No dijo más, pero se quedó mirando al abogado con gesto impaciente.

—No hay más preguntas —fue su respuesta, agachando la cabeza.

Volví a respirar aliviada; una porque Joseph había encarado el interrogatorio de una manera fenomenal y otra porque ya le quedaba menos.

Era el turno de la abogada del imbécil de Óscar.

Parecía una modelo. Alta, delgada, de piel muy blanca, con una ondulada melena rubia, ojos azules en una cara perfectamente maquillada y con unas manos cuidadas, de largas uñas, pintadas con un color rojo sangre, a juego con el color de sus labios. Bajo la toga se veían unos impresionantes zapatos de tacón. Se levantó y se paseó por la sala lucíéndose como un pavo real. Me la imaginé andando por una pasarela, con una banda cruzándole el pecho y, automáticamente, la bauticé como *miss Abogacía*.

—¿Desde cuándo conoce al señor Lafuente?

Me froté la frente, irritada. Joder con la originalidad...

—Desde que empezó a trabajar para mí, en mi empresa, creo recordar que hace cinco años —contestó Joseph con gesto de

hastío.

—¿Qué puesto desempeñaba en la misma? —continuó al mismo tiempo que movía su ondulante melena.

—Encargado general de la fábrica que tengo en Sao Paulo.

—¿Fábrica de qué?

—De todo lo relacionado con la línea propia que la empresa tiene de ropa y complementos.

—Creo que mi cliente fue despedido de manera fulminante a finales del año pasado, ¿cierto?

—Cierto.

—Según tengo entendido, mi cliente fue despedido cuando la producción de la fábrica incrementó de manera espectacular, si eso es cierto, ¿nos puede explicar el porqué de tal decisión?

Se paseó por la sala satisfecha con su pregunta y, para demostrarlo, sacudió su melena con tal fuerza que no se rompió el cuello de puto milagro.

—Sí, es cierto —contestó tranquilamente Joseph—, pero también es cierto que se incrementaron espectacularmente los despidos y las bajas entre los empleados. Eso fue lo que me alertó de que algo no se estaba haciendo bien.

—¿Y qué hizo al respecto? —preguntó *miss* Abogacía.

—Coger un avión e ir a hablar, personalmente, con cada uno de mis empleados.

—No me dirá que habló con todos ellos. —Dejó caer las palabras con tono de incredulidad y miraba sus uñas a juego con sus labios levemente fruncidos.

—Pues sí, sin excepción alguna. Incluso fui a las casas de los que habían sido despedidos o estaban de baja. —Joseph se la quedó mirando desafiante mientras ella arqueaba sus cejas estupendamente depiladas en una nueva señal de incredulidad—. Mi abogado tiene las declaraciones de todos y cada uno de ellos si hace falta —se adelantó mirando directamente al juez.

Recordé aquel viaje interrumpido por mi ataque de dignidad ofendida y los buenos resultados que salieron de todo aquello y no pude evitar el sonreír; marcó el comienzo de nuestra relación en base a una confianza mutua y un respeto total por los tiempos que cada uno decidiera marcar.

—¿Y puede decirnos qué ponían en todas esas declaraciones? — La modulada voz de *miss* Abogacía me devolvió a la realidad.

Joseph respiró cansado y durante unos segundos se quedó en silencio ordenando sus pensamientos.

—Pues, resumiendo, Óscar había convertido a mis empleados en poco menos que esclavos. Se me habló de horarios imposibles, faltas de respeto, abuso de autoridad hasta extremos intolerables, por no hablar de ciertos «favores» que exigía a los empleados a cambio de mantenerlos en su puesto de trabajo, a las mujeres, por supuesto.

El tono de voz de Joseph se fue endureciendo a medida que relataba lo ocurrido en ese lugar y su cara demostraba el enfado que sentía al recordar todo aquello.

—Usted está hablando de hechos que podrían ser constitutivos de delitos, señor Levi, sin embargo, el señor Lafuente nunca fue denunciado y, de hecho, cuando se le despide se le indemniza generosamente. ¿Me lo puede explicar? —preguntó volviendo a extender sus cuidadas manos.

Joseph volvió a respirar cansado, y lo miré preocupada, temía que todo aquello al final le pasara factura.

—Como ya dije, mi abogado y yo hablamos con todos y cada uno de los empleados. Los despedidos fueron readmitidos y sí, los que quisieron pusieron denuncias para que quedara constancia de los hechos, pero la empresa se encargó de indemnizar a todos y cada uno de los damnificados por la actitud de esa persona. De hecho, también despedí a los que, sabedores de esta situación, no habían hecho nada por impedirlo. —Miss Abogacía abrió su boca, perfectamente pintada, en señal de clara sorpresa. Si tenían algo en común toda esa tropa de abogados es que ninguno de sus clientes les había dicho la verdad.

»Contraté a este hombre —siguió hablando— porque su padre fue uno de mis primeros empleados y trabajó para mí, de una manera ejemplar, hasta que se jubiló. Era un hombre extraordinario y creí que su hijo sería digno sucesor de él. —Sumirada se endureció—. Me equivoqué y por el respeto que me merecía ese hombre no fui más allá con su hijo. —Sus ojos se entrecerraron hasta quedar casi ocultos tras sus largas pestañas—. Me volví a equivocar, pero no me volverá a pasar nunca más.

—Señor Levi —prosiguió tras un leve carraspeo de sus perfectas cuerdas vocales—, según mi cliente, usted tiene fama de..., digamos, loco y cree que entre él y su prometida hubo algo más...

Abrí los ojos como platos y miré a Joseph, que se había echado hacia delante en la silla y parecía a punto de saltar sobre ella. De la fina línea en que se habían convertido sus ojos parecían saltar chispas.

—¡Protesto! —gritó Alberto poniéndose en pie.

El juez paró a un iracundo Alberto con su mano.

—Señora letrada, ¿me quiere explicar a qué viene todo esto? —intervino enfadado y visiblemente harto.

—Quiero demostrar que el señor Levi odia a mi cliente y...

—El señor Levi —interrumpió el juez— presentó toda la documentación relativa al despido del señor Lafuente, ¿tiene usted algo referente a este tema que diga lo contrario?

—No, pero la señorita Torres fue a cenar con mi cliente y...

—¿En esa cena estaba presente el señor Levi? —la cortó nuevamente.

—No, pero supongo que no le debió de gustar y...

—Señora letrada —volvió a interrumpir el juez elevando considerablemente el tono de su voz—, debería saber que a un juzgado no se viene con un «creo que», «me parece que», «supongo que», «opino que». A un juzgado se viene con papeles, con pruebas y no con teorías. Respecto a esa cena —prosiguió tras coger aire—, tendrá que interrogar a las personas presentes en ellas y, respecto a lo demás, estoy cansado de que lo único de lo que pueden hablar es de temas personales, pasados o presentes. Creo que a estas alturas a todos nos ha quedado bastante claro que tanto su cliente como todos los demás no son del agrado del señor Levi, pero, como ya he dicho, eso no es constitutivo de delito, cosa que sí lo es el secuestro e intento de asesinato. Créame, para hacer terapia de grupo hay otros lugares más apropiados que un juzgado. —A medida que el juez hablaba tenía la sensación de que su perfecto maquillaje y su impecable melena se venían abajo y cuando se hizo de nuevo el silencio la imagen que tenía delante era la de una mujer desgredada y de cara emborronada.

»¿Tiene algo concreto que aportar de su cliente respecto a los temas que verdaderamente nos ocupan? —insistió el juez.

—Mi cliente tiene coartada para esos momentos —consiguió decir cuando se recuperó del chorro que le acababa de caer.

—Pues preséntela —bufó el juez claramente enfadado.

—Señor Levi, desea decir alguna cosa —le preguntó el juez al ver el gesto de Joseph pidiendo la palabra.

—Sí, por favor.

—Adelante —autorizó.

Joseph me miró fijamente y cogió aire antes de hablar; la misma cantidad que se me escapó a mí.

—Según la abogada, su cliente ha dicho que parece ser que yo tengo fama de loco.

—Señor Levi, no tiene que... —le interrumpió el juez.

Creo que toda la sala contuvo el aliento, al igual que yo, y Alberto se levantó preocupado por lo que pudiera decir. Joseph, con el ceño fruncido, se calló unos segundos, mientras, con sus manos, limpiaba una mota imaginaria de su impoluto pantalón.

—Entre sinvergüenzas y asesinos, prefiero ser el loco —soltó rotundo cuando los barría a todos con la mirada.

Si llego a poder, me hubiera puesto en pie y empezado a aplaudir. Con los ojos anegados en lágrimas, miré a Leo de reojo, que esbozaba una amplia sonrisa. Alberto volvió a sentarse mirándolo con cara de satisfacción.

Miss Abogacía explicó la coartada de su cliente que, por cierto, no era otra que el estar con el matrimonio Cruz y creo que el juez decidió hacer un pequeño descanso, más por tranquilizarse él que por otra cosa.

Capítulo 18

Teníamos media hora y salimos disparados a la cafetería que había enfrente. Afortunadamente, los periodistas que por allí andaban ni se fijaron en nosotros intentado hablar con los amigos tan

importantes que les servían de coartada a Las tres Marías y tomamos el café en silencio. Faltaba la declaración de Aranguren y la mía. Alberto había decidido que él iba a ser el último en declarar y, por lo tanto, a la vuelta me tocaba a mí. Por lo menos, el interrogatorio de Joseph había salido redondo y me alegraba enormemente de que él ya hubiera pasado ese mal trago.

—Siento que tengas que pasar por todo esto. —Entrábamos de nuevo en los juzgados y me miró con cara de preocupación. Intenté sonreír, pero lo cierto es que mi corazón ya estaba a mil por hora y mi estómago parecía de nuevo una lavadora en plena fase de centrifugado—. ¿Estás bien? —preguntó rodeando mi hombro con su brazo.

—Pues claro que sí —mentí abrazándome a él.

—No sabes las ganas que tengo de estar en casa —susurró con sus labios en mi pelo.

—Yo también —murmuré y le di un beso en la mano que tenía sobre mi hombro.

Cuando quise darme cuenta estaba sentada frente a todo el mundo y me parecía estar en una nube. Era una situación desconcertante para mí ya que, la gran mayoría, me eran unos completos extraños y algunos odiosos. Miré a Joseph, que estaba hecho un manojo de nervios. Sus brazos no descansaban en los reposabrazos de la silla, se aferraban a ellos y tenía el cuello echado hacia delante. No sé por qué, pero me vino a la cabeza la imagen de una silla eléctrica. Ni allí, en el estrado, él lo había pasado tan mal como lo estaba pasando al verme a mí en él.

Tras el consabido juramento, que muchos de los allí presentes se pasaban por donde yo me sé, empezó mi declaración.

—Antes de nada, voy a leer la declaración íntegra de lo sucedido a mi cliente el jueves dos de febrero. Si en alguna cosa no está de acuerdo, o tiene alguna duda, hágamelo saber. Lo hago así porque,

como después quedará probado, ambos hechos están unidos y uno es consecuencia del otro —explicó Alberto con mi declaración en su mano.

Con calma, pero sin pausa, fue desgranando ante toda esa caterva de impresentables los momentos tan duros que me habían tocado vivir. Miré hacia el suelo, incómoda, con la sensación de que mi intimidad estaba siendo violada al contar unos hechos ante unas personas que, según yo consideraba, no tenían derecho a saber nada. Sentía vergüenza cuando oía relatar los sórdidos planes que Adolfo Gutiérrez tenía para mí y los soeces comentarios que hacía sobre mi persona. Me encendí por dentro cuando vi la cara de satisfacción que tenía la Imerda de los cojones mientras oía a Alberto y deseé, fervientemente, que sus morros de pato se le quedaran pegados para el resto de su puta vida. Mi declaración empezaba con mi salida de los vestuarios del hospital, y terminaba con la llegada de César y Marcos al lugar de los hechos.

—¿Es esta su declaración? —me preguntó.

—Sí.

—¿Desea cambiar alguna cosa?, ¿añadir o quitar algo?

—No.

Volví a mirar a Joseph, que, intranquilo, me buscaba con la mirada. Suspiré y me tranquilicé.

—Por favor, ahora, si no le importa, le voy a hacer un breve resumen de su declaración de lo ocurrido el lunes, dieciséis de marzo, con el señor Levi.

Asentí y bajé la cabeza a medida que iba escuchando, sus palabras. Sin pretenderlo estaba ahí y volví a ese momento de felicidad que nos embargaba a la salida del hospital antes de sentir cómo todo mi interior se desgarraba por el dolor. Me di cuenta de que estaba llorando cuando noté mis manos mojadas. Miré a Joseph y vi cómo

entre César y Leo lo estaban convenciendo para que no se levantara. Cogí el pañuelo de papel que Alberto me tendió y, tras una muy poco femenina sonada, le sonreí. Volví a centrarme en escucharlo y, más por Joseph que por mí, me intenté tranquilizar. Me recordó también todo lo sucedido después y volvió a repetir lo que ya constaba en mi declaración: no pude ver al hombre que le disparó, fue todo muy rápido, pero, a mi entender, parecía que lo apuntaba a él. Me limité a asentir, conforme con todo lo oído. Cuando acabó de leer mi declaración me sentía exhausta y vacía, sobre todo vacía.

—Gracias, señorita Torres, no hay más preguntas.

Bebí un sorbo de agua y me di cuenta de que me dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes.

Empezó el abogado del que había disparado a Joseph.

—¿Vio en algún momento a mi cliente?

Antes de que yo pudiera contestar, y Alberto protestar, el juez habló de nuevo, considerablemente alto.

—Señor letrado —soltó visiblemente enojado—, le recuerdo que su cliente ha sido detenido con el arma con la que efectuó el disparo, se encontró la ranchera y se comprobó que era suya, sus huellas estaban en el arma, balística demostró que la bala que le quitaron de la cabeza al señor Levi salió de esa arma. Por si no tuviéramos bastante —prosiguió al mismo tiempo que agitaba los papeles que tenía en su mano—, su cliente confesó la autoría del hecho y así lo declaró ante la policía y, esta mañana, ante mí. —Paró de hablar un momento para calmarse, pues su tono de voz había ido *in crescendo* en todo momento.

»No pretendo decirle cómo tiene que hacer usted su trabajo, pero, si la señorita Torres ya-ha-reconocido-que-no-lo-vio —repitió con calma mis palabras—, ¿para qué se lo vuelve a preguntar? —El

abogado del tal Pires se puso escarlata y, bajando la cabeza, empezó a dar vueltas por la sala.

»¿Alguna pregunta más? —volvió a hablar el juez mientras ordenaba los papeles de su mesa visiblemente irritado.

—No, no hay más preguntas —masculló al fin, antes de sentarse.

No sé si por prudencia o por miedo el abogado de la estúpida de *miss* Danvers decidió pasar de hacerme pregunta alguna. Respiré hondo y pensé: «dos menos». Este razonamiento me llevó a recordar mis sesiones de quimio; cada vez que salía de una recordaba decir a las enfermeras: «una menos», nunca dije «una más». Mis pensamientos se desvanecieron y mi mala hostia reapareció en cuanto vi aproximarse a mí al tentetioso del abogado de Imerda.

—¿Cuándo conoció a la señora de Esteban Cruz? —preguntó haciendo ya de balancín.

Si no fuera porque me daba exactamente igual empezaría por decirle que su clienta tenía nombre propio.

—No, no la conozco y nunca fuimos presentadas —contesté airada.

La Julia valiente había hecho su entrada en la sala, había recogido su ya media melena detrás de las orejas y se había remangado hasta los codos.

—Bueno, quiero decir que en alguna ocasión se han visto, ¿o no?
—se apresuró a corregir con su voz engolada.

—Sí, eso sí.

Me quedé mirándolo en silencio recordando los consejos de Alberto: si quieren saber algo que te lo pregunten y aumentó su balanceo, y yo lo miraba sin inmutarme.

—¿Puede contarnos en cuántas ocasiones se han visto? —No le quedó más remedio que preguntar ante mi pertinaz silencio.

—La primera vez fue en un club de hípica al que fui con el señor Levi, a finales del año pasado, y después la volví a ver en una cena benéfica en enero de este año.

—¡Ahí quiero llegar! —me interrumpió satisfecho—. ¿Es cierto que esa noche coincidieron en el baño y usted la insultó?

«Ojalá te caigas de morros y te rompas todos tus putos dientes», pensé, contemplando su irritante balanceo.

—No, no es cierto —respondí intentando que no se reflejara en mi cara lo que estaba pensando.

—Recuerde que está bajo juramento —me advirtió con cara de satisfacción.

—Repito, no es cierto.

—Pues tengo entendido que usted insultó a mi defendida llamándola... puta —y se apresuró a pedirle disculpas al juez por tener que usar tan «desagradable» término.

—No es cierto —insistí—. Ella me dijo que yo debía de cobrarle muy poco al señor Levi para poder andar tanto con él. Lógicamente, le pregunté si me estaba llamando puta y, cuando me respondió que sí, lo único que hice fue explicarle que mi profesión era otra, pero que si algún día me dedicaba a esa seguro que podría cobrar bastante más que ella. Por lo cual —proseguí arqueando las cejas —, considero que, estrictamente, yo no se lo llamé, pero ella a mí sí —rematé más que satisfecho mirando al tentetieso unos segundos con cara de inocente.

Lo cierto es que, viendo el cuadro que tenía delante, casi estallo en carcajadas. Joseph me sonrió abiertamente mientras vi tres cabezas bajarse con rapidez intentando disimular, cada uno como podía, la

risa. Leo frotaba su calva reluciente con ambas manos como si le fuera la vida en ello, al mismo tiempo que las cabezas de César y de Moreiras, al girarse, casi chocan entre sí. Del otro lado, Imerda movía, nerviosa, sus morros de pato, que parecía que echaría a volar de un momento a otro. Su marido y el imbécil de Óscar me miraban furibundos. Decidí mantener la compostura y, muy digna, esperé a la siguiente pregunta.

—¿Y no es cierto también —prosiguió tras quedarse unos segundos parado— que al día siguiente el señor Levi la amenazó, estando usted delante, por algo referente a unas fotos?

—Al día siguiente —respondí con total seguridad—, como usted dice, la señora de Esteban Cruz colgó en su Facebook una foto en la que salíamos el señor Levi y yo. Foto que colgó sin nuestro permiso y con un comentario claramente ofensivo hacia mi persona. —Miré hacia el juez para dirigir a él mi explicación.

»Decía, más o menos, que con la crisis el señor Levi había tenido que bajar el caché de sus acompañantes y para demostrarlo comparó esa foto con otras del señor Levi hechas en distintos años.

—Y entonces fue cuando decidió ir a amenazarla, ¿no? —insistió bamboleándose.

—No —volví a responder tajante—. El señor Levi le pidió que retirase esa foto y el correspondiente comentario, y le rogó encarecidamente que me dejara en paz y que no se buscara problemas.

—¿Problemas?, ¿qué tipo de problemas?, a mí eso me parece una clara amenaza.

Me había dado cuenta de que el bamboleo de ese hombre aumentaba con su grado de satisfacción y debía de estar en su máximo apogeo pues, de lo que se inclinaba, parecía estar en la cubierta del Titanic momentos antes de hundirse.

—El señor Levi se refería, sin duda, a que puede ser un hecho denunciante el que alguien publique una foto tuya sin tu consentimiento y que, además, te injurie de una manera pública

Me la estaba jugando, pero, por la cara de la Imerda, vi que no me había equivocado. Ella jamás hablaría de la foto que Joseph le enseñó.

—Mi defendida dice que ella no borró esa foto ni el comentario y, sin embargo, todo desapareció de su Facebook.

—Entonces, tendré que hablar con mi abogado para ver si la puedo denunciar igualmente.

Debía de tener algún poder mental que todavía desconocía porque el Titanic paró de hundirse mientras yo lo miraba fijamente. No estaba dispuesta a amilanarme, ya que no me estaba defendiendo a mí, estaba defendiendo a Joseph.

—En algún momento, durante su desafortunado incidente...

—Si por desafortunado incidente usted entiende el haber sido secuestrada, brutalmente golpeada, amenazada, drogada y disparada... —interrumpí visiblemente enfadada.

—Sí, bueno —continuó de manera embarazosa—, en ese momento, ¿alguien nombró a mi clienta?, ¿en algún momento su nombre salió a relucir?

—No —solté enfadada y cansada—, ya lo dije en mi declaración. Esa persona solamente hizo referencia a «unos amigos», pero nunca dio ningún nombre en concreto.

Miré de reojo al juez que, con gesto enfadado, movía la cabeza. Afortunadamente, el tentetioso decidió acabar con su «magistral» interrogatorio y, tras decir que su defendida tenía coartada para ambos sucesos, se sentó.

A este le siguió la fotocopia de Esteban Cruz. Lo bueno fue que solo tuve que oír, con su voz de pito, dos preguntas: «¿Conocía a mi cliente?, ¿su nombre fue pronunciado en algún momento?». Tras dos escuetos «no», recordó, con su irritante tono de voz, que su cliente tenía coartada y señaló a la legión de testigos que habían traído. Me notaba más tranquila. Solo me quedaba un asalto, pero creía que de los otros había salido bien parada. Miré a Alberto, buscando su confirmación, y este asintió levemente con la cabeza. Suspiré satisfecha y me preparé para la batalla contra *miss* Abogacía.

—¿Desde cuándo se conocen usted y mi cliente, el señor Óscar Lafuente? —empezó a preguntar, tras una sacudida tan fuerte de su melena que no sabía cómo sus cervicales no salieron disparadas de su cuello.

—Lo conocí al poco de llegar aquí, en la oficina del señor Levi. Creo recordar que fue cuando lo estaba despidiendo —puntalicé irónica.

—¿Se vieron alguna vez más?

—Sí; estaba en el club de hípica con el matrimonio Cruz, en la cena de la gala benéfica que hubo en el mes de enero y también el día que quedamos para cenar, después de lo sucedido a Jos..., al señor Levi.

—¿No es cierto que usted desde que conoció al señor Lafuente ha estado coqueteando descaradamente con él y que esto ha sido lo que provocó que...?

Miré asustada a Joseph. No porque temiera que la fuera a creer, sino por miedo a que se levantara y le metiera un sopapo a *miss* Abogacía para, posteriormente, estrangular al imbécil de Óscar al que ya se le notaba la falta de su dosis. A la vez, un sonoro «Protesto» salió de la boca de Alberto.

—Señora letrada —resonó por encima la voz del juez—, vuelvo a insistir en lo mismo y ya me estoy cansando de estar siempre con el

mismo tema. Ya ha quedado patente que no son amigos los unos de los otros.

—Perdón que le interrumpa, su señoría —habló *miss Abogacía*—, pero en este caso quiero demostrar que fue el despecho, al verse rechazada, lo que motivó a la señorita Torres para intentar involucrar a mi cliente en esta absurda historia tendiéndole una trampa.

El juez volvió a sacudir la cabeza más que harto.

—Señoría, ¿puedo hablar? —pregunté.

—Por supuesto, señorita Torres —me contestó el juez.

—No tengo ningún problema en contestar a sus preguntas, sean las que sean —hablé tras desviar unos segundos la mirada hacia ella.

—Está bien —el juez cedió al fin—, pero, abogada, tenga mucho cuidado con lo que pregunta.

Miss Abogacía me miró furiosa mientras yo esperaba tranquilamente su interrogatorio. Le había arrebatado parte de su posible triunfo al haberme ofrecido a contestar sus preguntas sin necesidad de que nadie me obligara y menos ella.

—No, todo lo que usted ha dicho no es cierto. Él nunca me cayó bien —señalé con la cabeza a Óscar, en un gesto claramente despectivo, que se revolvió inquieto en su silla—. Ya en las oficinas del señor Levi me pareció un hombre con muchos problemas, un maleducado y un soberbio. En el club de hípica, más de lo mismo, y en la cena benéfica las únicas palabras que crucé con él fueron para decirle que me parecía un buitre de cojones —me apresuré a pedir perdón al juez, que abrió los ojos como platos al oír mi fina expresión.

—Hablando de cenas, ¿qué pasó en la otra cena que tuvieron usted y mi defendido? —preguntó sonriendo maliciosamente, tras otro quiebro imposible con el cuello.

Me limité a coger aire y, mirando a Joseph, empecé a hablar.

—Tal y como se había acordado con la policía, le hablé de mi nueva situación legal debido a los poderes notariales que había firmado el señor Levi y le trasladé mi intención de vender la empresa e irme de allí. Él me contestó que tenía unos amigos que estaban interesados en comprarla, le dije que me hicieran una oferta que me compensara, quedó en llamarme cuando tuviera algo más concreto y me fui.

Me callé satisfecha con el resumen que había hecho de tan desagradable momento.

—¿No hubo nada más?, ¿no se fueron después a un hotel? —Su voz sonó especialmente modulada al hacerme esas preguntas mientras la expresión de su cara había cambiado y, en vez de *miss* Abogacía, debería llamarse *miss* Arpía.

—Nada más lejos de la realidad —contesté tajante—. Del restaurante me fui directamente al edificio donde tiene sus oficinas el señor Levi. Allí me estaba esperando el señor Da Silva que me llevó de nuevo al hospital.

—Pues el señor Lafuente dice...

—Pues el señor Lafuente mi-en-te —interrumpí, deletreando cada sílaba.

—¡Protesto, señoría! —intervino Alberto—, quiero recordar que al señor Lafuente esa noche lo siguió la policía y, aunque logró despistarlos, pudieron comprobar que en ningún momento la señorita Torres se fue con él. Además, existen otras pruebas que serán presentadas en su debido momento.

Todos nos quedamos en silencio mirando al juez, que movió la cabeza reprobadoramente.

—Señora letrada —apoyándose en los brazos que tenía cruzados sobre la mesa, comenzó a hablar—, ¿tiene más preguntas interesantes que hacer?, ¿tiene alguna prueba que demuestre algo de lo que nos acaba de contar?, ¿algo tangible?, ¿algo real, para variar? Y, por favor, ya sabemos la coartada que el señor Lafuente tiene para esos días. —Bufó antes de que pudiera soltar el mismo rollo que habíamos oído con los demás.

Otra vez el maquillaje al suelo y el peinado a tomar por el culo; intenté no sonreír con la imagen que, en esos momentos, se estaba formado en mi cabeza.

—No hay más preguntas.

Tras un nuevo quiebro imposible de cuello se fue taconeando a su asiento. Cuando se sentó, su cara era un poema, pero la de Óscar no lo era menos. Claramente desmejorado y nervioso, se notaba que llevaba demasiado tiempo sin usar su larga y asquerosa uña. No me di cuenta de lo tensa que estaba hasta que tuve que levantarme. Estaba tan agarrotada que, por un momento, temí no ser capaz de andar. Cuando llegué a mi silla, me desplomé literalmente sobre ella y suspiré agotada. Un aliviado Joseph agarró mi mano con suavidad; dos apretones, pausa, tres apretones. Lo miré y sonreí cansada, contesté igual.

Llegó el turno de Aranguren. Cuando fue hacia el estrado me di cuenta de que había adelgazado y su aire de fragilidad parecía haber aumentado. Su melena canosa y ondulada, junto con la barba que entonces lucía, le daban un toque de respetabilidad. Ya en el estrado, cuando oímos su potente voz para hacer el consabido juramento, tuve la sensación de que a todo el mundo le causó la misma sorpresa que a mí cuando lo oí hablar por primera vez.

—¿Puede decirnos desde cuándo conoce al señor Levi y por qué?
—fue la primera pregunta que le hizo Alberto desde su mesa.

—Lo conocí en la cena benéfica de este año. Sabía de la trayectoria empresarial del señor Levi y me gustaba su manera de trabajar. Mi

empresa tenía serios problemas económicos que me impedían seguir adelante y me presenté a él al final de la cena. Le hice un breve resumen de mi situación y, tras darme el teléfono de su oficina, quedé en ponerme en contacto con su secretaria para concertar una cita en la que poder hablar del tema con más calma.

—¿Y de qué hablaron en esa reunión?

—Le expliqué por qué quería vender mi revista; llevaba tiempo con problemas económicos y llegó un momento en que no vi otra solución. Tanto a nivel personal como laboral lo tenía muy complicado y, de repente, me encontré sin dinero, solo, sin casa y con una revista que no podía pagar ni la nómina de los pocos empleados que me quedaban. Hablamos mucho tiempo; bueno, mejor dicho, hablé yo —corrigió mirando a Joseph sonriente—. De mis ilusiones, de mi manera de trabajar y de lo que me hubiera gustado poder hacer. Me escuchó en silencio y cuando acabé estuvo un buen rato pensando. Tanto que creí que estaba buscando la forma más correcta y educada para decirme que no. —Volvió a mirar a Joseph sonriendo mientras parecía estar de nuevo en su despacho hablando con él.

»Hasta que, de repente, comenzó a hablar —continuó Aranguren con su estentórea voz —y me explicó que hacía unos meses no le hubiera interesado para nada mi oferta, pero que, gracias a una persona, sus intereses habían cambiado —diciendo esto desvió su mirada hacia mí. Miré a Joseph, que escuchaba impertérrito y cuando notó mi mirada sonrió levemente.

»Al final me dijo que sí, que estaba interesado en comprar la revista y quedamos para, en una próxima reunión, llevarle toda la documentación que necesitaba para poder concretar el precio de venta y ver, con su abogado, la manera de llevarlo a cabo. Así lo hice y a primeros de febrero le entregué toda la información que me había pedido. Quedó en estudiarla con sumo cuidado para poder hacerme una oferta definitiva en un breve plazo de tiempo.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Alberto, que no se había movido de su asiento.

Pasó la mano por su espléndida melena y bebió, con calma, un poco de agua.

—De repente —prosiguió— dejé de tener noticias e intenté concertar una reunión por medio de su secretaria, pero no había manera. Llegué a pensar que se había echado atrás y que no sabía cómo decírmelo, hasta que a finales de febrero me llamó pidiéndole disculpas: «Un grave problema personal que afortunadamente se había solucionado bien», fue su única explicación. También me comentó que se iba a ir unos días de viaje y que antes, si me interesaba la oferta que me tenía pensado hacer, quería dejar solucionado nuestro tema. Nos reunimos, la oferta me pareció francamente buena y no lo dudé.

—Continué, por favor —le apremió Alberto.

—Pendientes de la firma ante notario, por medio de un cheque me adelantó una cantidad de dinero que necesitaba para poder hacer frente a determinadas deudas que me preocupaban especialmente. El lunes, cuando iba a cobrarlo, fue cuando me enteré de lo que había sucedido con el señor Levi. —Volvió a echar su melena hacia atrás y frunció tanto el ceño que sus pobladas cejas se juntaron. Me recordó a un león viejo y cansado, pero un león, al fin y al cabo.

»Por supuesto que no lo cobré —prosiguió sin necesidad de que Alberto lo azuzara—, esperé unos días para ponerme en contacto con su abogado, o sea, usted —puntualizó señalando a Alberto— y me llevó hasta el hospital donde estaba ingresado el señor Levi. Allí conocí a la señorita Torres, y usted —dijo volviendo a dirigirse a Alberto— me explicó la nueva situación legal de la empresa. Para mi sorpresa, la señorita Torres me aseguró que todo lo prometido por el señor Levi se iba a respetar y cumplir, punto por punto, y lo único que hizo fue extender un cheque con la misma cantidad que el que me había dado el señor Levi para que yo pudiera hacer frente a esos pagos. Lo cobré sin problemas y quedé a la espera de noticias

que, afortunadamente, fueron las mejores. En ese intervalo de tiempo, a mis manos llegó un USB, lo abrí y...

—Señoría —interrumpió Alberto dirigiéndose al juez—, si no tiene inconveniente en mi alegato final explicaré todo lo referente a este tema.

—En principio, de acuerdo. Siga, señor Aranguren.

—La verdad, al principio no entendía nada hasta que, poco a poco, me di cuenta de lo que se trataba.

—¿Y usted qué hizo? —atajó Alberto.

—Me puse en contacto con usted y nos fuimos a la policía con todo lo que teníamos.

Esbocé una leve sonrisa. Me estaba dando cuenta de que Aranguren intentaba, por todos los medios, no desvelar información alguna hasta que Alberto lo hiciera.

—Ese USB, ¿nos puede decir quién se lo envió?

—Lo siento, como periodista que soy me ampara el secreto profesional y no estoy obligado a revelar mis fuentes de información; aun así, en este caso, me llegó de forma anónima.

Un leve murmullo de desaprobación se levantó al otro lado de la sala.

—No hay más preguntas.

Alberto dio por zanjado el tema a la espera de explicar todo lo concerniente a esa información. La mayoría de las preguntas del resto de los abogados quedaron a la espera de lo que Alberto revelara, y todos se reservaron la opción de preguntar en función de lo que, en ese momento, se dijera.

—Supongo que aún tiene en su poder toda esa información... o lo que le haya llegado en ese USB.

La fotocopia de Esteban Cruz acababa de hacerle esta pregunta a Aranguren con su voz de pito.

—Por supuesto —respondió de inmediato.

—Usted es periodista; dígame, qué piensa hacer con todo lo que dice tener —habló con un tono claramente amenazante, pese a su ridícula voz.

—Eso no creo que sea asunto suyo —respondió desafiante. Aranguren le respondió al instante y se quedó mirándolo unos segundos—. Pero, en algo tiene razón, soy periodista y si quiere comprobarlo compre la revista *Voz y Verdad* que salió hoy —remató con su potente voz.

Le había devuelto su amenaza. Todos en la sala nos quedamos observando el cruce de miradas que hubo entre ambos. Aranguren no apartó la suya hasta que el abogado la bajó y, revolviendo entre sus papeles, masculló:

—No hay más preguntas.

Habíamos sido testigos de varios tipos de batalla entre ellos dos. De miradas, de carácter, de fuerza, hasta de voz y no cabe duda de que Aranguren salió vencedor en todos ellos. Le tocó el turno a *miss* Abogacía, que ya repuesta, volvió al ataque.

—Resulta muy extraño que a usted le llegue una supuesta información sobre lo sucedido cuando está intentando que el señor Levi le compre lo que sea que tenga usted —soltó con tono despectivo agitando, indiferente, su mano en el aire.

—Lo que sea —repitió con su atronadora voz Aranguren— es mi empresa y, por si no lo sabe, es una revista. En cuanto a lo otro, no es cierto. Repito lo que ya dije; fui yo el que abordé al señor Levi en

la gala benéfica a primeros de año y antes de que todo esto pasara ya se había llegado a un acuerdo, aunque fuera de manera verbal.

—¿Y por qué el cheque que usted dice haber recibido del señor Levi fue sustituido por otro extendido por la señorita Torres?, ¿no se estará encubriendo un pago a cambio de algún favor?

Miss Abogacía se quedó tan satisfecha con su pregunta que solo le faltó darse un beso a sí misma.

—La señorita Torres consideró que, dadas las circunstancias, no quería gastar el dinero del señor Levi mientras pudiera evitarlo. Todo eso ocurrió, como ya he dicho, mucho antes de que a mí me llegara...

—Sin embargo... —le interrumpió, sacudiendo su melena.

—¡Protesto! —intervino Alberto—. El testigo ya ha contestado a la pregunta. Además, aunque el señor Aranguren hubiera cobrado el cheque del señor Levi no estaría cometiendo delito alguno. Fue entregado como una de las condiciones de un acuerdo perfectamente legal y que, debido a lo ocurrido, no se pudo materializar en la fecha prevista.

Por increíble que me pudiera parecer ya solo quedaban los alegatos finales de los abogados y de la fiscal. Eran ya las siete de la tarde y ya no sabía qué era mejor. Por un lado, estaba agotada y quería salir de allí cuanto antes, pero, por otro lado, prefería acabar con todo aquello de una puñetera vez.

—Son las siete de la tarde —el juez empezó a hablar como si me hubiese leído el pensamiento— y todos estamos un poco cansados, pero quiero dejar este tema zanjado cuanto antes. Por lo tanto, les pido a los abogados... —Miró hacia el grupo de Las tres Marías—. Que sean lo más concisos posibles. Estoy harto de oír «me parece que», «tengo entendido que»; quiero pruebas sólidas y concluyentes sobre los delitos que aquí se han venido a juzgar.

Capítulo 19

Joseph me apretó la mano. Lo miré y pude notar que estaba contento. Él también quería irse a casa con aquel trago pasado. No sé si por temor al juez o porque empezaban a darse cuenta de que no había mucho que ellos pudieran hacer, fueron rápidos y concisos, y todos quedaron pendientes de poder volver a preguntar en base a la exposición de Alberto. El abogado de Aurelio Pires se limitó a pedir que se tuvieran como atenuantes las múltiples adicciones de su cliente, así como su precario estado de salud. El abogado de *miss* Danvers se amparó en que su defendida se limitaba a «contarle cosas a un amigo».

—Todo el mundo hablamos de nuestro trabajo en nuestra casa, con nuestra familia o con nuestros amigos y conocidos. Fue imprudente, pero incauta —remató.

«¡Y un huevo!», chillé en mi interior.

Los de Las tres Marías vinieron a decir lo mismo. Expusieron las coartadas que sus clientes tenían para ambos momentos e hicieron desfilar a la recua de amigos, poderosos e influyentes que se habían traído para ello, entre ellos un descolorido Montes.

—Señoría, no tengo ninguna pregunta que hacerles —manifestó Alberto, que apenas prestó interés por lo que todos dijeron—, aunque me gustaría poder tener ese derecho si, a la luz de lo que yo exponga, lo considero necesario.

—Por supuesto que lo tiene, al igual que los demás —puntualizó el juez visiblemente aliviado de que Alberto decidiera no interrogar a cada uno.

Por lo que a mí respectaba, todos estuvieron de acuerdo en poner en duda mi declaración.

—Solo tenemos su palabra acerca de una supuesta conversación que no nos merece la más mínima credibilidad. Por lo demás, ¿acaso es ilegal el intentar comprar una empresa aprovechando que tiene algún problema?, eso es lo que lleva haciendo el señor Levi toda la vida —fue el razonamiento de la fotocopia de Esteban Cruz.

—Mi cliente fue engañado y metido en toda esta historia por las palabras de una mujer despechada y llena de odio al no ver sus sentimientos correspondidos —volvió a repetir con su modulada voz *miss* Abogacía, tras otro de sus quiebros imposibles de cuello.

Sacudí la cabeza indignada. «¡Hay que joderse! Para que mis sentimientos se vieran correspondidos su cliente tendría que estar sin cabeza y sin huevos».

Afortunadamente, el tentetieso de Imerda, tras reafirmarse en todo lo dicho por los anteriores compañeros, decidió reservar su derecho a preguntar tras el alegato final de Alberto y optó por callarse. Yo y su centro de gravedad lo agradecemos enormemente.

Por fin, llegó el ansiado turno de Alberto. No lo pude evitar, pero mi corazón volvió a ponerse a cien y mis manos empezaron a sudar frío. Nerviosa, miré a Joseph y vi que él también lo estaba. Se movió inquieto en su silla y su tosecilla y su leve carraspeo así me lo indicaron. Cuando su mano apretó por unos instantes la mía estaba como el hielo. Nos hablamos en nuestro lenguaje secreto y nos dispusimos a escuchar. Ninguno de los dos habíamos querido saber lo que Alberto iba a desvelar ni cómo iba a hacerlo, simplemente confiamos en él. Sin levantarse de su silla, terminó de poner en orden una serie de papeles y, tras limpiar las gafas, empezó.

—Antes de nada, quiero dejar claro —habló pausado y tranquilo como era él— que toda la información que aquí se va a desvelar, previamente, ha sido puesta a disposición de la policía y posteriormente de la Fiscalía, que ha comprobado su autenticidad y veracidad. También les digo que aquí solo me voy a hacer eco de lo que afecta únicamente a este doble caso que nos ocupa.

El silencio en la sala era atronador y tenía la sensación de que todos habíamos dejado de respirar, mientras Alberto, con su calma habitual, apoyó los brazos sobre la mesa y miró al juez a la espera de que le concediera el permiso para hablar.

—Puede empezar, abogado.

—Voy a comenzar leyendo una serie de correos electrónicos tal cual fueron escritos por un tal Fantasma —advirtió Alberto.

Una oleada de protestas invadió de repente la sala. Alberto levantó la vista de los papeles y miró directamente al juez que, levantando la mano, los había hecho callar.

—¿Fantasma? —fue la única pregunta que le hizo, agitando un folio que tenía en la mano.

—Si me permite, señoría, el final quedará todo explicado.

—Está bien, adelante —autorizó un más que sorprendido juez.

—El primero es del veintisiete de diciembre del dos mil catorce, correo electrónico enviado por el Fantasma a Esteban Cruz —comenzó Alberto.

Asunto: Un favor

¡Hola amigo!, ¿cómo va todo? Por aquí todo en orden y funcionando bien. Te he mandado hace unos días el estado de alguna de tus numerosas cuentas y creo que estarás más que satisfecho con mi trabajo. Pero ahora quiero hablar de otro tema.

Alberto hizo una breve pausa y miró brevemente para mí. Tragué la poca saliva que me quedaba en la boca y respiré nerviosa; sabía que el tema iba a ser yo.

Me he enterado, por medio de un amigo, que está viviendo en vuestra ciudad una vieja amiga por la que tengo un interés especial. Es una zorra de mucho cuidado y la última vez que nos vimos no me dejó precisamente un buen recuerdo y quiero que lo pague caro. Por eso, quiero que la hagas desaparecer y que me la traigas, yo aquí ya sabré qué hacer con ella. Te lo pido como un favor especial. Espero que no me falles.

Re:

Hola amigo, por aquí todos satisfechos y mucho más desde tu último informe. Me alegra saber que nuestro dinero está en tan buenas manos. Por lo de tu vieja amiga, no hay problema. Sabes que somos expertos en hacer que la gente desaparezca, ¿verdad?, ja, ja, ja. Solo necesito que me des los datos para dar con esa puta y te la mandaremos lo antes posible. Para eso están los amigos.

28 de diciembre 2014

Asunto:

Gracias, amigo, no esperaba menos de ti. El nombre de esa zorra es Julia Torres Rey. De momento, no he podido averiguar dónde vive, pero sí dónde trabaja; en un edificio anexo al hospital del que depende. El hospital es el Santa Ana. El edificio tiene el nombre del empresario que pone la pasta, un tal Joseph Levi Marshall. Hazlo lo antes posible. La zorra, en cuestión, solo va a estar en Río unos meses y prefiero que todo pase ahí para que no se me pueda relacionar con lo sucedido de ninguna manera. Ya sabes, otra mujer más que a nadie le importa y que desaparece sin dejar rastro, ja, ja, ja.

Re:

Estate tranquilo que todo se hará tal y como tú deseas. De momento, voy a hablar con Montes, para que me facilite todos los datos de esa puta. Ya te contaré.

Alberto hizo otra breve parada y miró fijamente hacia donde estaba Montes. Supongo que intentó decir algo porque vi cómo el juez levantaba la mano en señal de que guardara silencio. Ninguno de nosotros miró hacia atrás.

—Tendrá tiempo de explicarse, no se preocupe.

Por el tono con que se lo dijo y la expresión de su cara, Montes tenía sobrados motivos para estar preocupado.

—Veintiocho de diciembre del dos mil catorce —continuó Alberto—, correo electrónico del Fantasma a Esteban Cruz:

Asunto: Una duda

Ese Montes, ¿es de fiar?

Re: No, pero es un hijo de la gran puta que, por dinero, vendería a su madre.

Una nueva oleada de protestas salió de la fotocopia de Esteban al que el juez mandó a callar de inmediato. Ninguno de nosotros miró hacia atrás.

— Uno de enero de dos mil quince, correo electrónico de Esteban Cruz al Fantasma —Alberto prosiguió ignorando las protestas.

Asunto: Un problema

Tenemos un problema. Según Montes, a esa zorra parece que se la está tirando el hijo de puta de Marshall, el dueño del edificio donde trabaja. Es un puto judío al que, tanto yo como mi mujer, odiamos, y él nos tiene también en su punto de mira.

Re: ¿Acaso tienes miedo?

Re: ¿Miedo de ese puto tarado?, parece que no me conoces. Solo digo que hay que hacerlo muy bien para que no nos pueda llegar a relacionar. Sugiero traer a alguien de fuera.

Re: ¿En quién estás pensando?

Re: Pues llama a Adolfo el Mexicano o Compadre. Aunque está completamente loco, si se lo pides y le das algo a cambio, no creo que se niegue.

—Tres de enero de dos mil quince , correo electrónico entre el Fantasma y Esteban Cruz.

Asunto: El Mexicano

Ya está. Lo va a hacer. Al principio no quería saber del tema, pero, cuando le expliqué por qué queráis manteneros al margen, cambió de idea por completo.

Re: Ya te lo dije. ¿Qué hay que hacer?

Re: Solamente necesita un sitio seguro donde estar, él solo necesita la ayuda de un hombre, pero, antes, que un par cojan a un niño.

Re: ¿Solo un niño?

Re: Ya sabes sus gustos. Cuanto más tiernos, mejor, ja, ja, ja. Pero este lo quiere a la carta. Que tenga sobre diez años, moreno, delgado, de ojos oscuros y de piel muy blanca.

Re: ¡Joder con el puto viejo!, ¡cuántos caprichos! Dile que no hay problema, no sea que la polla no se le levante. Ja, ja, ja. Por cierto, saludos de mi mujer.

No tuve más remedio que bajar la cabeza, abochornada por lo que allí se estaba escuchando. Miré a Joseph, que intentaba no romperse delante de todos esos impresentables, pero su mandíbula estaba a punto de estallar y su frente, pese a estar inmóvil, estaba bañada en sudor.

—Abrázame, por favor —le susurré, suplicante, para poder seguir escuchando la lúgubre canción de Alberto. Ausente, me rodeó con su brazo.

— Cinco de enero de dos mil quince , correo entre el Fantasma y Esteban Cruz —continuó Alberto tras un leve suspiro.

Asunto: He hablado con el Compadre. Que lo esperes a mediados de enero y que tengas al niño buscado.

Re:

Sin problema, ¿necesita ayuda para llevarse a la zorra esa?

—Siete de enero de dos mil quince, correo del Fantasma a Esteban Cruz.

No, de eso se encarga él. Pero ha tenido una idea para que podáis joder al judío que se la está tirando.

Re: Por nosotros, que haga lo que sea, siempre que sea seguro. Si hablas con él dile que mi mujer está deseando conocerlo.

— Nueve de enero de dos mil quince, correo del Fantasma a Esteban Cruz.

Dice que, de momento, mejor no verse. Manda a uno de tus hombres a recogerlo al aeropuerto, llega el quince de enero. Cuando tenga la fecha buscada para coger a esa zorra me lo dirá, y vosotros buscad una buena coartada. Dile a tu perrito faldero que nos mantenga informados de lo que pasa, no sea que esos hijos de puta nos la jueguen.

Re: Tranquilo, Óscar tiene información de primera mano. La secretaria le cuenta todo a cambio de un polvo de vez en cuando y algo de dinero. Óscar me dice que lo que más le cuesta es tener que echarle un polvo, si al menos no fuera tan fea. Ja, ja, ja.

No tuve que mirar para saber de dónde venía el gemido de dolor que todos escuchamos. No me dio pena. Me limité a apoyar la cabeza en el hombro de Joseph, que esa vez me abrazó con fuerza.

—Veintidós de enero de dos mil quince, correo entre Esteban Cruz y el Fantasma.

Tengo al Lento cabreado. Lo del niño salió como la mierda y lo han encontrado; ya me temía que el putito loco del Mexicano la podía cagar. Habla con él. Para colmo, tengo a mi mujer muy cabreada. La puta esa la insultó, y el judío de mierda se atrevió a amenazarla.

—Veinticinco de enero de dos mil quince, correo entre el Fantasma y Esteban Cruz.

Dice el Compadre que no te quejes tanto. Gracias a él todos vamos a salir beneficiados y que le digas a tu mujer que ya tendrá tiempo para reírse de ellos.

—Treinta de enero de dos mil quince, correo entre Esteban Cruz y el Fantasma.

¿Vamos a tener que esperar a que se mueran de viejos? Nos hemos enterado de que esos dos se van a largar de vacaciones durante los carnavales. Dile al loco del Mexicano que haga algo de una puta vez, y Óscar dice que lo de darle dinero a su secretaria no le importa, pero, que eso de tener que tirársela..., quiere que le demos dinero a él, ja, ja, ja.

—Dos de febrero de dos mil quince, correo del Fantasma a Esteban Cruz.

Tened coartada para el día doce de febrero.

Re: ¡Por fin!, mi mujer está como loca de la alegría. Para celebrarlo vamos a dar una fiesta ese día, ¿necesita más gente?

Re: No, nadie más, con el Lento tiene bastante. Cuanta menos gente esté metida mejor. Cuando él me lo diga ya os avisaré e id pensando en tomar posesión de vuestras nuevas empresas, ja, ja, ja, no os podréis quejar.

Meneé la cabeza enfadada, tanto «ja, ja, ja», me estaba empezando a inflar los huevos que no tenía. Si en ese momento llego a tener una ametralladora los hubiera dejado a todos como un colador.

—Dieciséis de febrero de dos mil quince, correo de Esteban Cruz al Fantasma.

¡Vaya puta mierda!, ¡qué cojones ha pasado! Mi hombre muerto, Adolfo muerto, esa puta sigue aquí y ahora seguro que ese judío malnacido se va a poner a husmear.

—Veinte de febrero de dos mil quince, nuevo correo de Esteban Cruz al Fantasma. —La voz de Alberto sonó cansada.

¿Dónde cojones estás?, en vez de desaparecer esa zorra desapareces tú. Por cierto, es dura de cojones, según Montes recibió una paliza tan grande que no sé cómo está viva, aunque me temo que no le va a poder dar un bastardo a ese animal, ja, ja, ja.

No sé el tiempo que llevaba aguantando, pero no pude más y, sin poder evitarlo, empecé a llorar desconsoladamente. No quería hacerlo, especialmente por Joseph, porque sabía que solo iba a conseguir que se sintiera peor de lo que ya estaba, y tampoco quería darle el gusto a esa pandilla de hijos de puta de verme llorar. Pero por un momento tuve la impresión de que me iba a ahogar y mi llanto fue la válvula de escape que mi organismo necesitó para no colapsar de dolor, de asco y de vergüenza. Ajeno a todo lo demás, me rodeó con sus brazos y me envolvió en ellos.

—Mi niña, no llores, por favor, no llores —me susurraba bajito—, por favor, por favor...

Noté su voz a punto de quebrarse y eso me hizo reaccionar. Me daba igual cómo me vieran a mí, pero no estaba dispuesta a que vieran a un Joseph roto y destrozado. Leo se levantó y, solícito, me trajo un vaso de agua. Me temblaban tanto las manos que fui incapaz de cogerlo y me tuvo que dar de beber Joseph como si fuera una niña pequeña. Alberto me miraba desde su mesa con cara de pena, sabedor de que aún tenía que seguir. César y Marcos estaban preocupados, y Moreiras, tremendamente serio. Tenía la sensación de que a todos nos abrumaba la misma sensación de náuseas.

—¿Mejor? —preguntó el juez tras darme un momento para recuperarme.

—Sí, lo siento —me apresuré a disculparme.

—Por favor, más siento yo que tengan que escuchar esto.

Y, tras dirigir una mirada furibunda al grupo de hijos de puta, le pidió a Alberto que, por favor, prosiguiera.

—Diez de marzo de dos mil quince, correo de Esteban Cruz al Fantasma —siguió hablando sin mirarnos.

Contéstame de una puta vez si no quieres tener problemas. La culpa de todo ha sido tuya. Tú tuviste la idea y tú llamaste a ese loco. Menos mal que no le ha dado ningún nombre, pero no me fío. El mierda del judío y su amigo policía sospechan de nosotros. Como siempre, tendremos que hacer las cosas a mí manera.

Re: Siento lo sucedido y tienes razón. Pero no podemos quedar así, tenemos que hacer algo.

—Catorce de marzo de dos mil quince, correo de Esteban Cruz al Fantasma.

Creo que traman algo. Gracias a un nuevo polvo de Óscar, y más dinero, nos hemos enterado que este lunes piensan levantar el vuelo. Pero el espantapájaros de su secretaria está asustada, el puto judío de los huevos no abre la boca y tiene la sensación de que desconfía de ella. Apenas lo ve y está todo el día con la zorra esa. Como dice mi mujer, estará celebrando el no tener que gastar en condones, ja, ja, ja.

Noté cómo la mano de Joseph se crispaba sobre mi hombro unos segundos antes de retirar su brazo y, pese a estar de perfil, pude notar su mirada cargada de un odio irracional. Asustada por lo que sabía que podía pasar, agarré con fuerza su mano y se la besé con suavidad. Parpadeó confuso y el odio de sus ojos se paralizó cuando vio mi expresión de angustia. Me sonrió levemente y entonces estos me miraron llenos de amor; respiré aliviada.

Re: Hay que hacer algo. Esa puta lo tiene bien agarrado y piensa quedarse. Eso nos va a traer problemas.

Re: Óscar tiene razón. Le pegamos un puto tiro a Marshall, y esa zorra se largará con viento fresco. Aquí nos quedamos tranquilos y ya verás tú cómo encargarte de ella.

Re: Estupendo, por fin una buena solución. ¿Tienes quien lo haga?

Re: Mi gente, el mismo que ayudó al Lento a coger al puto niño de los huevos.

Re: ¿Cuándo?

Re: Este lunes. Montes nos dijo que la zorra esa tiene que ir al hospital. Allí será.

Un nuevo gemido se oyó procedente del aludido. Nadie se giró.

—Diecisiete de marzo de dos mil quince, correo de Esteban Cruz al Fantasma.

Salió mal. Mi hombre le disparó, pero no lo mató y está en coma. Pero, no te lo pierdas, ahora la puta esa es la dueña de todo y parece que quiere vender y largarse de aquí.

Re: ¡Joder!, ¿tan difícil es volarle la cabeza a un tío? Pero estoy pensando que, si ella vende, vosotros podréis comprar, ¿no?

Re: Vuelta a pensar.

Tienes razón, ya pensamos en ello y Óscar se va a encargar de eso. Piensa que de paso se la podrá tirar y ver si su coño vale tanto. Además, tenemos buenas noticias; según Montes hay muchas posibilidades de que el cabrón ese jamás despierte o de que se quede mal. Como dice mi mujer, él una lechuga, y ella un montón de mierda seca ja, ja, ja... Ya te contaré.

—Lo siento. —Alberto no se pudo contener y, mirándonos con los ojos húmedos, nos pidió disculpas.

Yo estaba llorando de nuevo, y Joseph, abrazado a mí, apoyaba su cabeza en la mía. Si no fuera por eso, supuse que se hubiera levantado, y ninguno de ellos tendría la cabeza sobre los hombros. Nadie dijo nada.

—Veinte de marzo de dos mil quince, correo de Esteban Cruz al Fantasma.

Óscar cenó con la puta esa y es una zorra de mucho cuidado. Quiere vender y se quiere largar lo antes posible, así que le vamos a hacer una oferta. Lo malo es que no consiguió tirársela, ja, ja, ja.

Re: Intentad cerrar el trato lo antes posible. La quiero aquí cuando antes.

—Veintisiete de marzo del dos mil quince, correo de Esteban cruz al Fantasma.

¡La puta zorra de los cojones se lo ha llevado! Montes está alucinado. Va hecho una mierda, pero la fulana esa pidió el alta voluntaria, pese a que prácticamente no puede hablar, tiene un lado del cuerpo tocado y creo que su memoria es como la de un pez.

Re: Dentro de lo malo, son buenas noticias. Por lo tanto, dejad de perder el tiempo en tonterías y asegurad la compra de una puta vez.

Re: Tranquilo, falta poco, Óscar la va a llamar este domingo.

—Veintinueve de marzo de dos mil quince, nuevo correo entre ambos. —Se notaba que Alberto estaba deseando acabar con tanta mierda y habló rápido.

Es lista de cojones. Quiere más dinero y tiene prisa.

4 de abril 2015

Vamos a aceptar lo que nos pide. Empieza a mover el dinero necesario. Nos sale en mil ochocientos millones, más ciento cincuenta que hay que darle a la puta esa. Óscar aún tiene que hablar con ella.

Re: No hay problema. Dame unos días para hacer las gestiones necesarias.

15 de abril 2015

Espero que tengas todo listo porque quedamos en firmar dentro de dos días. Al final, mi mujer tenía razón, es una puta, solo había que negociar el precio. Seguro que cuando venda la empresa lo mete en una clínica y se larga con viento fresco. Mi mujer está pensando en que sería bueno que, como buenos amigos, de vez en cuando le hiciéramos una visita, ¿te imaginas? Ja, ja, ja.

Me revolví en la silla y, si no llega a ser por Joseph, que me abrazaba, la que me hubiera levantado hubiera sido yo. Solo quería meterle una hostia tan grande como el mundo en esos morros de pato y ver cómo escupía sus dientes, mientras le decía en su puta cara: «¡JA! ¡JA! ¡JA!».

Re: Estoy deseando que llegue ese día. Llámame tan pronto esté hecho. Tenemos que celebrarlo. Cuando tenga a esa zorra a buen recaudo, dile a Óscar que nos la tiremos entre los dos a la salud de ese tal Marshall.

Alberto levantó la mirada de los papeles que acaba de leer. El silencio en la sala era estremecedor y se podría escuchar la caída de un pelo. Se quitó las gafas y se frotó los ojos, cansado y repentinamente envejecido. El juez, la fiscal, sus ayudantes, nosotros, ellos... Todos, absolutamente todos, habíamos enmudecido ante aquel rosario de horrores, ante la obscena manifestación del más absoluto desprecio por todo lo que no fuera conseguir sus propósitos. Por poder comprobar que existían personas así; sin el más mínimo escrúpulo, sin conciencia, sin vergüenza, por darnos cuenta de que había personas que pese a su dinero, a sus carreras, a sus estudios, a sus joyas, a sus marcas y a su posición social, simplemente, no eran nada más que mierda. Un montón de mierda.

—Este es el último de los correos que se intercambiaron estas dos personas, pero, por supuesto, tenemos más. Como los enviados por el señor Óscar Lafuente al señor Esteban Cruz cada vez que la secretaria del señor Levi le facilitaba alguna información. También serán presentados como prueba y, créanme, no tienen desperdicio, pero, si su señoría está de acuerdo, creo que con lo ahora leído tenemos más que suficiente. Asimismo, con estos correos también se enviaba numerosa documentación acerca de los cuantiosos negocios y movimientos bancarios que esta persona les estaba gestionando desde su país. Todo esto, como todo lo demás, está en posesión de la Fiscalía, pero, al no tener nada que ver con este caso, no se consideró necesario hacerlo público aquí y ahora.

Alberto hablaba con voz pausada, tranquilo, sin moverse de su silla mientras todos los demás escuchábamos sin mover un músculo.

—Completamente de acuerdo, esto ya ha sido demasiado desagradable y, repito, lo único que siento es que la señorita Torres y el señor Levi hayan tenido que pasar por este trance.

El juez, claramente enfadado, sacudió los papeles que tenía en la mano y los dejó caer en la mesa con un gesto de profundo asco.

—Como acabo de decir, esto es solo una parte —continuó Alberto tras el permiso del juez— de la numerosa documentación que llegó a nuestro poder y que, inmediatamente, pusimos a disposición de la policía y de la Fiscalía, es la que atañe única y exclusivamente a mis dos clientes; la señorita Torres y el señor Levi. Creo que queda suficientemente claro y demostrado la participación de todas estas personas en esta cruel trama. También hemos conseguido identificar a la persona a la que se refieren como el Fantasma y, por supuesto, será también llevado ante los tribunales, por lo que a mis clientes se refiere. Se trata del abogado Tomás Castillo, residente en España, y antiguo abogado de la señorita Torres. —Se levantó despacio y se puso frente a ellos.

»Todos, y digo todos —continuó hablando elevando el tono de voz mientras clavaba la vista hacia donde estaba Montes—, los que de una manera u otra han participado, ayudado, colaborado de cualquier forma en toda esta historia serán denunciados de igual forma e intentaremos que paguen por el sufrimiento causado a mis clientes. Por el daño físico sufrido, en algunos casos con secuelas permanentes, por el daño psíquico padecido, por el estrés causado y por el daño moral infligido, sin más motivo que el haber tenido la mala suerte de conocer a toda esta gente. Pediremos para todos —anunció en voz alta— las penas máximas de privación de libertad, así como las correspondientes indemnizaciones. —Paró de hablar unos instantes, se quitó de nuevo las gafas y nos señaló con ellas.

»Créanme porque lo he vivido en primera persona. El sufrimiento por el que han pasado mis clientes ha sido enorme. Tanto el señor Levi, como la señorita Torres, han padecido un auténtico calvario. Calvario orquestado por una serie de personas sin escrúpulos que creen que con el dinero, las amenazas y la extorsión se arregla todo. Espero que el Ministerio Fiscal tenga todo esto en cuenta y consiga que ninguno de ellos escape al poder de la justicia porque creo, francamente, que tanto a ambos se lo debemos.

Alberto se sentó, visiblemente emocionado, en medio de un atronador silencio mientras Joseph me mantenía abrazada con

fuerza. Hundí mi cabeza en su cuello y, sin apenas pestañear, empecé a llorar en silencio. Por todo lo sufrido, por todo lo padecido, por mis heridas y por las de Joseph, por el sufrimiento de ambos, por la angustia que padecimos y por el dolor que soportamos. Por todo eso y más, lloré y, cuando mis lágrimas dejaron de caer, me di cuenta de que respiraba con más libertad.

Tras el permiso del juez, la fiscal Evelyn Figueroa se levantó rápidamente y se plantó en el medio de la sala con un contundente taconeo. Irradiaba energía, fuerza, firmeza y, sobre todo, una mala hostia tremenda. Los recorrió a todos con la mirada y en mi cerebro se volvió a formar la imagen de un lanzallamas en acción.

—Antes de nada —empezó a hablar con voz firme—, quiero que sepan lo mucho que lamento lo que les ha sucedido a ustedes dos. —Nos miró muy seria—. Vayan por delante mis disculpas, mi felicitación y mis gracias. Felicitación, por haber conseguido superar unas situaciones tan difíciles, gracias porque si no fuera por su ayuda y su colaboración probablemente no estaríamos hoy aquí y disculpas porque si el estado de derecho hubiera actuado como debió haberlo hecho, probablemente todo esto no hubiera pasado. El señor Esteban Cruz —agregó con tono endurecido y lo enfilo con la mirada— hace mucho tiempo que está en el punto de mira de la justicia. Justicia de la que se lleva riendo muchos años. Varias veces, esta Fiscalía ha intentado saber el verdadero origen de su fortuna, sus negocios, sus actividades..., pero, por diversas causas, estas investigaciones nunca llegaron a buen puerto. Siempre había algo o alguien que con su firma o su sello daba el tema por zanjado y nos quedábamos con las manos vacías. —Cogió aire agitando unos papeles que tenía en la mano y que me parecieron los mismos que tenía Alberto.

»Pues, bien, gracias a esta información ahora vamos a llegar hasta donde deberíamos haberlo hecho desde hace tiempo. Estos papeles —prosiguió agitándolos de nuevo— nos han abierto las puertas a sus cuentas bancarias, sus correos, sus contactos y, en definitiva, nos han permitido sentarlos aquí. Hoy no hemos hecho más que

empezar y les aseguro que vamos a llegar hasta el final. —Volvió a enfiar con la mirada a Esteban Cruz que parecía encogerse por momentos—. Sus auténticos negocios, sus múltiples y execrables delitos —indicó con cara de asco—, sus necesarios colaboradores, todo, todo está aquí pese a que alguien llamó a su residencia el día de su detención y ordenó borrar toda la información de su ordenador. —Por unos segundos volvió el silencio y sus ojos se desplazaban a la fotocopia de su abogado que sí se encogió en su asiento.

»Todo está aquí y por todo van a pagar. Empezando por lo que les hicieron a estas dos personas y siguiendo por delitos como el tráfico de seres humanos para la explotación sexual, tráfico de drogas, blanqueo y delitos contra la Hacienda Pública y, por si fuera poco, venta de pornografía infantil, así como tráfico de menores, los cuales eran vendidos o regalados a sus amigos como si fueran simples objetos. Asimismo, las escuchas telefónicas y los cruces de numerosos wasaps nos han permitido saber los planes que tenían, en caso de que hiciera falta, para eliminar determinados «cabos sueltos». —E hizo el gesto de comillas con una mano—. Entre los que tengo la «gran suerte»... —Volvió a repetir el gesto—. De estar yo, su señoría. —Señaló al juez con los papeles—. Y, por supuesto, no podían faltar la señorita Torres y el señor Levi.

Abrí los ojos, asustada, una espantosa náusea subía por mi garganta y noté cómo el abrazo de Joseph se volvía a hacer más fuerte.

—Como ya saben, en el momento de su detención se produjo la de más gente. Quiero que sepan que no van a ser los últimos y a algunos de los aquí presentes, al final de este juicio, le serán entregadas las citaciones correspondientes y le serán explicados los cargos que se van a presentar contra ellos. —Un murmullo recorrió la sala y varios se removieron inquietos en sus asientos.

»De cada hilo que se va tirando aparecen más personas que de una manera u otra, de forma fija o puntual, han colaborado con el señor Cruz y su esposa aquí y en otros países. Varias personas en

México, así como una firma de abogados de España. Nos pondremos en contacto con la justicia de esos países para que ellos abran las oportunas investigaciones. Al abogado del señor Levi y la señorita Torres le será facilitada toda la información que esté relacionada con ellos para que puedan proceder a poner las correspondientes denuncias. —Volvió a callar y se paró en seco. Su larga cola se posó en su hombro, la agarró con la mano y, con rabia, la echó hacia atrás. Parecía que la temperatura de la sala había descendido y me apreté contra Joseph, tenía frío, estaba agotada y no veía el momento de verme en casa.

»En la información que se ha recabado —prosiguió tras un corto paseo por la sala— se habla de muchas personas, sobre todo, de mujeres que han sido llevadas con engaños a otros países, incluso algunas literalmente secuestradas, como se intentó hacer con la señorita Torres. Se habla de seres humanos, degradándolos hasta convertirlos en simple mercancía, con un total desprecio y ausencia de humanidad. No les importan para nada las vidas que han destrozado, nunca se han parado a pensar que cada una de esas personas tenía una vida, un futuro, una esperanza que, puede que no fuera buena, pero, desde luego, siempre hubiera sido mejor que lo que encontraron. En su afán de riqueza no les importó destrozarse la vida incluso de menores a los que han tratado sin el más mínimo atisbo de humanidad. —Giró la cabeza hacia Imerda y la enfiló con la mirada.

»Usted ha dicho, a modo de burla, que la señorita Torres se había quedado como la mierda seca, creo recordar que empleó esta expresión. —Noté cómo cogía aire y su mirada lanzallamas se encendía de nuevo—. Mire, señora de Esteban Cruz, si hay algo más estúpido que un hombre machista es una mujer machista, y ese tipo de comentarios solo demuestran su ignorancia y su falta de respeto hacia usted misma. La valía de una mujer no se demuestra por tener hijos o no, sino, como con cualquier hombre, por sus actos, su conducta y sus logros. Creo que en cualquiera de estos ámbitos usted no es quién para darle lecciones a nadie. Por cierto, veo que usted no tiene hijos, ¿verdad? —Se quedó mirando sin

pestañear para ella mientras volvía a echar su cola hacia atrás a modo de látigo—. Va a haber muchos juicios —añadió, dándole la espalda—, va a haber mucho trabajo, pero les prometo que la Fiscalía no va a dejar piedra sin remover para que todo el mundo pague por lo que tenga que pagar. Respecto al tema que hoy nos ocupa, esta Fiscalía les acusa de conspiración en el secuestro de la señorita Torres para un posterior intento de chantaje al señor Levi, del intento de asesinato que ambos sufrieron, también se les acusa de evasión y fraude fiscal por la trama organizada para la compra de la empresa del señor Levi. Así como también, se les acusa de conspiración en el secuestro, violación y asesinato del menor Oswaldo Lima. —Volvió a parar para coger aire antes de seguir—. La Fiscalía pedirá para todos y cada uno de los acusados aquí presentes las penas máximas por todos estos crímenes, independientemente de las que se pedirán en los posteriores juicios que se irán llevando a cabo por los restantes delitos.

—Gracias, señoría.

Y con su firme taconeo volvió a su asiento.

Todos miramos al juez, expectantes, y este nos devolvió la mirada a todos. En silencio, tras un breve repaso, colocó sus papeles y, en perfecto orden, los puso a un lado. El silencio volvía a ser ensordecedor y ni yo ni nadie nos atrevíamos a parpadear.

—Dentro de un máximo de quince días tendré que emitir una sentencia. —Sus manos reposaban tranquilas sobre la mesa salvo un leve tamborileo que me recordó a César—. Pese a que con las pruebas aquí presentadas podría dictar ahora mismo. Pero les voy a dar a ustedes la oportunidad que no han tenido ninguna de sus víctimas, que es la de ser tratados con justicia y respetar sus derechos, los mismos que no han tenido los que tuvieron la desgracia de cruzarse en su camino, como la señorita Torres y el señor Levi que, gracias a ustedes, han tenido que pasar por un auténtico infierno. Prefiero no expresar mi opinión sobre su catadura moral, pues, por desgracia, los hechos hablan por sí mismos. —

Paró de hablar mientras se ponía de pie y, rodeando la mesa de brazos cruzados, se encaró con todos ellos.

»Lo que sí les prometo es que ahora la justicia va a funcionar, pese a quien pese y, al igual que el ministerio fiscal, yo también pondré todo mi empeño en llegar hasta el último peón de este macabro juego. Como ya dije, se investigarán las amenazas llegadas a la fiscal y a mi persona y, si se comprueba su autoría, será otro de los delitos por los que tendrán que responder. Además, agradezco personalmente la colaboración de la señorita Torres y el señor Levi, y al señor Aranguren el que haya puesto a nuestra disposición toda la información que le fue dada. Han demostrado honradez y valentía, a este gesto solo nos queda responder de la misma manera. Se levanta la sesión.

Capítulo 20

«Se levanta la sesión». Estas palabras pronunciadas de manera brusca y cortante sonaron como música celestial en mis oídos. Cerré los ojos y suspiré profundamente, y Joseph me envolvía en un cálido abrazo. Sentí sus labios sobre los míos y, cuando los abrí, me encontré con los suyos, llenos de amor y de orgullo.

—Se acabó todo, Julia, por fin.

—Aún falta la sentencia —aduje cansada.

—Todo va a salir bien, tendrán su merecido —insistió confiado.

—¡Ehhh!, Cruz. —La voz de Leo me devolvió a la realidad y lo miré sorprendida. Estaba de pie, a nuestro lado, señalando descaradamente con su dedo a Estaban Cruz que, custodiado por la policía, se disponía a abandonar la sala. Este se paró y lo miró aturdido. En ese momento fui consciente de que todo el mundo, menos Joseph y yo, se habían levantado—. Son-mi-familia, procura no olvidarlo.

Pronunció muy despacio esas palabras que, pese a ir envueltas en una sonrisa deslumbrante, sonaron como una clara amenaza, mientras, con la otra mano, nos señalaba a Joseph y a mí. La cara de Esteban Cruz perdió el poco color que le quedaba y, junto con una iracunda Imerda, una llorosa *miss* Danvers, un atónito Óscar y un apático Aurelio Pires; abandonaron la sala escoltados por la policía para volver a prisión. Por mí, los hubiera encerrado y tirado la llave.

—Señor Levi, señorita Torres, por favor.

Quien tan humildemente nos hablaba no era otro que el ínclito y todopoderoso doctor Rafael Montes que, increíblemente, había descendido de su Olimpo. Con su traje de marca, sus zapatos de marca, su reloj, sus gafas y su pluma de marca, junto con la marca

de imbécil en su cara, intentaba acercarse a nosotros dejando atrás todo su bronceado. El inspector Moreiras se lo impidió y se lo llevó, junto con dos importantes empresarios para que les leyeran sus derechos.

Alberto se acercó a nosotros irradiando satisfacción.

—Esperad un momento, el juez quiere hablar con vosotros —nos dijo tras recibir un más que merecido abrazo por mi parte y un contenido apretón de manos por parte de Joseph.

Pese a estar deseando marcharme no me importó esperar un poco más y nos quedamos a solas en la sala. No tenía ganas de ver a nadie y, mucho menos, volver a cruzarme con alguno de esos impresentables. Cuando apareció, sin su toga, parecía una persona completamente diferente.

—Lamento que acabáramos tan tarde, pero consideré oportuno intentar hacerlo todo en una sesión —se apresuró a decir al ver nuestras caras de cansancio.

—No tiene que disculparse —terció Joseph levantándose para saludarlo—. Para nosotros también es mejor así.

—Les vengo a avisar de que, al menos de momento, extremen las medidas de seguridad. Yo de ustedes...

—Gracias por el aviso, pero no se preocupe —interrumpió cortés Joseph—, en mi empresa hace tiempo que se han aumentado, al igual que en nuestra casa. Por lo demás, tengo a gente que se puede encargar.

No podía estar más de acuerdo con las palabras de Joseph. A su izquierda estaba César, pendiente de todo lo que nos rodeaba y a mi derecha se encontraba Leo, al que vi retirarse discretamente para llamar por teléfono. Sonreí para mis adentros, segura de que íbamos a estar más vigilados que el presidente de los Estados Unidos.

—Bien, pues cuídense. —Nos sonrió satisfecho—. Quiero que sepan que, pese a las circunstancias, ha sido un placer conocerlos.

Y, tras estrecharnos las manos, se fue.

—No os preocupéis, de eso nos encargaremos nosotros, ¿verdad?

Nos sorprendió que César se dirigiera tan cordialmente a Leo, al que se quedó mirando cómo este colgaba el teléfono.

—Tú, no sé; yo ya he empezado a hacerlo —le contestó con gesto burlón.

—No esperaba menos de ti —bromeó César.

—Deben de ser los efectos del cansancio. —La burlona voz de Joseph, susurrando a mi oído esas palabras, consiguió que mi boca se cerrara.

Estábamos todos tan cansados que durante el camino a casa nadie dijo nada, y Alberto se caía de puro agotamiento, al igual que nosotros. Solo Aranguren y Emerson intercambiaron unas pocas palabras durante el trayecto. Yo estaba tan agotada que entré en casa como una autómatas y, sin darme cuenta, me vi sentada en el sofá del salón, mental y físicamente exhausta.

—Julia, ¿estás bien? —preguntó Joseph, preocupado, y no pude evitar el sentirme mal. Él también había pasado por lo mismo y, sin embargo, allí estaba, pendiente de mí; no era justo.

—Sí, estoy bien, de verdad. —Sonreí poniéndome en pie y abrazándolo—. Contenta de que todo esto haya pasado, ¿tú estás bien? —le pregunté tras besarle con suavidad.

—Si tú estás bien, yo también; aunque esté muerto de hambre —apostillo sonriendo cuando su estómago hizo acto de presencia con una leve protesta.

Yo también recordé que tenía un estómago que llevaba sin comer casi todo el día, y ya pasaban de las doce de la noche.

—Lo siento, no hice nada. Estaba tan nerviosa que lo único que hice fue limpiar... —La cara de María era un poema. Acabábamos de entrar en la cocina donde estaba hablando animadamente con Emerson. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que en ella se podría realizar una operación a corazón abierto; resplandecía de lo brillante que estaba—. De todas maneras, hay comida en la nevera —se apresuró a decir, colorada como un tomate y bajando los ojos avergonzada.

Joseph, levantando una ceja, la miró serio mientras deslizaba sus largos dedos por la encimera, que brillaba como un espejo, para después frotarse las yemas con gesto desaprobador. En unos segundos, los cuatro reíamos a carcajadas altas, fuertes y liberadoras.

—Deja —conseguí decir cuando paré de reír—, prefiero cocinar yo. Tú te relajas limpiando, y yo cocinando —expliqué secando mis ojos tras llorar de la risa.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Joseph cuando salía con Emerson de la cocina.

—Una cena reconstituyente.

Y sonriente, con la ayuda de aún una colorada María, me puse a ello. Cuando lo fui a buscar, estaba en su despacho, delante de su enorme ordenador, serio y concentrado, escribiendo a una velocidad increíble. Sus largos dedos se deslizaban sobre las teclas que pulsaba sin mirar y por un momento me pareció verlo, delante de un gran piano. Tan pronto me vio lo cerró rápidamente.

—Tienes razón, una cena reconstituyente —soltó frotándose las manos.

Huevos fritos con patatas y salsa de tomate; de postre, arroz con leche a la manera de Julia, vamos, para cargar las pilas varias veces.

—¿Mañana vas a ir a trabajar? —le pregunté mientras se servía el segundo cuenco de arroz con leche.

—Tenía pensado ir, pero lo cierto es que no creía que todo esto resultara tan agotador. Además, seguro que sin mí te vas a aburrir —soltó inflándose como un pavo lamiendo la cuchara.

—Venga, creo que por lo menos nos merecemos un día de descanso. Piensa, tú ahí abajo, trabajando, y yo aquí arriba, sola, tomando el sol después de un relajante baño en la piscina. No sería justo —ronroneé mimosa sentándome en su regazo y besando la punta de su nariz.

—Tienes toda la razón, como siempre —respondió tras fingir que se lo pensaba.

Estábamos en la terraza, disfrutando como siempre del incomparable paisaje que Copacabana nos proporcionaba. Eran las dos de la madrugada, hacía bochorno y no iba a tardar en llover. Joseph me tenía rodeada con sus brazos y creo que hasta nuestros corazones latían a la vez. Cerré los ojos y cogí aire notando cómo posaba sus labios en mi pelo.

—Tanta belleza deja a uno sin palabras —susurró tras unos segundos de reconfortante silencio.

Me giré y lo miré sonriendo. A mi cabeza vino nuestra primera vez en esta terraza cuando, a mi espalda, oí esas mismas palabras. Tenía la certeza de que en ese momento mi vida cambió.

—Tienes toda la razón —contesté sin dejar de mirarlo.

—¿Que tengo razón? —Sonriendo fue acercando su boca a la mía —. Esto hay que celebrarlo. —Entornando sus insondables ojos me

besó.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás y gemí quedamente. Sin esfuerzo, como siempre, me cogió en brazos, me refugié en su pecho y me dejé envolver por su olor y su calor. Sé que me desnudó, sé que se desnudó, y ambos nos metimos en la cama sin que nuestros labios se separaran un segundo.

Agotados, y con la cabeza sobre su pecho, podía sentir la suavidad de su piel y los rítmicos latidos de su corazón. Escuché un «buenas noches, mi niña», pero no sé si conseguí contestar.

Desperté sonriendo. Unos suaves besos acariciaban mi nuca y mi tatuaje. Notaba su cuerpo que, a modo de molde, se acoplaba al mío. Ronroneé apretándome contra él.

—Buenos días, mi niña —susurró ronco a mi espalda.

—Buenos días, mi niño —respondí soñolienta.

Sus besos fueron descendiendo por mi hombro y, cuando noté el roce de sus dientes en él, todo mi cuerpo reaccionó al instante. Estiré mis piernas y me pegué más, dejándome abrazar. Una mano se paró a acariciar mi pecho mientras la otra seguía su camino. Notaba su erección y su respiración agitada sobre mi nuca. Su hálito caliente y cargado de deseo penetraba por todos los poros de mi piel inundando mi cuerpo con ese calor húmedo, denso, intenso...

—No sé cuál de ellas me gusta más —murmuró excitado cuando su otra mano acarició el otro tatuaje con las yemas de sus dedos.

—No tienes por qué escoger, te puedes quedar con las dos —hablé entrecortadamente.

Mi respiración se aceleraba con cada segundo, pero cuando introdujo sus dedos en mi sexo, húmedo y caliente, el aire escapó de mis pulmones. Arquee mi cuerpo y me dejé acariciar. Sus dedos entraban y salían adaptándose a mis movimientos. Subió su mano y

me acarició los labios con ella, olía a mí. Cuando los abrí apartó sus dedos para llevárselos, rápidamente, a su boca.

—Esto es para mí. No hay mejor olor y sabor en el mundo que tú. —
Le oí decir jadeante.

Sin moverme, de espaldas, le acaricié su miembro, y de su garganta escapó un sonido primitivo, profundo y visceral y, de un golpe, me penetró. Sus embistes eran rápidos e intensos hasta que paró esperando mi respuesta. Entonces fui yo la que empecé a moverme con suavidad, despacio, balanceando lentamente mi cintura hasta casi hacerlo salir de mí. Y, de repente, estalló, aceleré el ritmo y lo hice yo también.

Nos despertó el sonido del móvil de Joseph.

—Es César —explicó con el ceño fruncido y aún medio dormido—. Dime. —Lo miré expectante. Estaba boca arriba y se sentó rápidamente, escuchando serio—. ¿Le ha pasado algo a alguien? —preguntaba tenso y, nervioso, se mesaba el pelo cada vez más largo. Yo me había sentado a su lado y lo miraba preocupada, sin saber el porqué. Durante unos minutos se limitó a escuchar mientras su gesto se endurecía por momentos.

»Bien —soltó tras respirar aliviado—, dile a Alberto que lo ayude a poner la correspondiente denuncia. Noté que me estaba mordiendo el labio cuando me dolió y comenzó a sangrar. Me miró y frunció el ceño en señal de desaprobación.

»Imbéciles —masculló desdeñosamente—, dile que me llame si necesita algo. —Colgó el teléfono y lo lanzó con tal rabia contra la cama que si no llegó a agarrarlo a tiempo hubiera salido disparado para estrellarse contra la pared. Me miró con el ceño aún fruncido.

»No te muerdas el labio —protestó limpiándome la sangre con su dedo.

—No jodas, Joseph, déjate de tonterías y dime qué pasa.

—Esta noche entraron en la sede de la antigua editorial de Aranguren. Le prendieron fuego y en la fachada había varias pintadas.

Sacudió la cabeza, apesadumbrado, pero guardó silencio.

—Pero allí no quedaba nada, ¿no?

—Ya, pero quien lo hizo no lo sabía. —Se volvió a quedar callado.

—Entonces, ¿le pasó algo a alguien? —pregunté extrañada por su seriedad.

—No —respondió abstraído.

—¡Dios, Joseph!, entonces, ¿qué pasa? —Apoyé mi mano en su brazo—. ¿Qué ponían esas pintadas? —Por la expresión de su cara vi que había dado en el clavo. Me miró serio, triste, herido, abatido—. Joseph, por favor —insistí con suavidad.

—Esto es lo que hay que hacer con los judíos y con sus amigos, entre otras burradas más —repitió con dolor las palabras que seguramente le había dicho César.

Me puse delante de él y lo abracé. Apoyó su cabeza en mi hombro y dejó escapar un largo suspiro. Estuvimos así un buen rato, esperando a que mi puto nudo se fuera y me dejara hablar.

—Pues, ¿ves?, esto es lo que les pasa a algunos amigos de los judíos —conseguí decir al fin. Me miró sin comprender—. Que son las personas más felices del mundo, como yo —rematé y lo besé suavemente.

Se abrazó a mí, como un niño pequeño, buscando refugio.

—Gracias, gracias —repitió aferrado a mí.

—De nada, ya sabes; por ti, lo que haga falta y más —respondí besando su nariz.

—¿Qué quieres hacer hoy?

Hizo esta pregunta mientras íbamos hacia la ducha. Me miraba con la cabeza ladeada de esa manera tan suya, con su sonrisa deliciosamente escalofriante y no tuve que pensarlo.

—Me gustaría ir en moto a ver a Dama y a Golfo, después podríamos ir a comer al Alcázar. —Hablaba rápido y feliz. De repente, tenía ganas de hacer un motón de cosas y todas a la vez —. ¿Te apetece? —pregunté parando en seco.

—Por supuesto, además, tus deseos son órdenes para mí —bromeó llevándose la mano a la frente haciendo el típico saludo militar.

Me tuve que reír. Desnudo, en medio del baño y haciendo ese gesto, estaba cómico.

—Pues, venga, mi deseo es que te duches conmigo —bromeé yo también abriendo el agua.

Su teléfono volvió a sonar y se fue a cogerlo rápidamente. Volvió a los pocos minutos.

—Manuel —respondió a mi muda pregunta—. Nada, cosas suyas —prosiguió enigmático.

Nos duchamos rápido. Creo que a ambos nos apetecía pasar un día totalmente relajado y feliz, como a cualquier pareja; nos íbamos a vestir cuando me acordé.

—Cierra los ojos —le pedí.

Me miró sorprendido, pero no dijo nada. Estaba desnudo delante de mí, ladeó la cabeza y, confiado, me hizo caso. Cogí su mano y metí su dedo corazón en mi recién duchado sexo. Su boca se entreabrió ligeramente y el aire escapó de sus pulmones con una leve exhalación.

—No-perdamos-las-buenas-costumbres —hablé despacio con su dedo en mi interior.

Aún tenía los ojos cerrados cuando, tras quitarlo, se lo acerqué a su nariz. Aspiró con fuerza y sonrió, feliz. Cuando abrió los ojos la que exhalé todo el aire fui yo.

—¿Estás segura de querer salir de esta habitación?

—En estos momentos no estoy segura de nada... —susurré—, pero lo vamos a hacer.

Cuando bajamos a desayunar había más de un ejemplar de la revista sobre la mesa de la sala. Ambos fruncimos el ceño y ninguno hicimos ademán de querer leerla. Ya nos llegaba con haberlo vivido.

En media hora estábamos en el garaje, nos pusimos nuestras cazadoras de cuero, los cascos y volví a disfrutar oyendo el singular ruido de la preciosa moto. Había llovido por la noche y olía a limpio, a fresco, a tierra mojada, por lo que disfruté del tranquilo viaje, pese al coche que nos seguía a una prudencial distancia.

Ellos ya me conocían a mí también, pero me seguía conmoviendo cómo Dama reconocía a Joseph. Sacudía la cabeza lentamente y se acercaba a él piafando brevemente a modo de saludo. Sus patas rozaban el suelo con suavidad y su mirada cambiaba cuando Joseph la acariciaba. Eso mismo le empezaba a suceder a Golfo. Me saludaba con su movimiento de cabeza y se quedaba quieto y tranquilo mientras lo abrazaba. Es bien cierto que los animales nos daban lecciones a las personas y, desde su aparente silencio, te decían que jamás te fallarían, te harían daño o te abandonarían. Me enteré de que la política del club era que cada socio, si él así lo quería, tenía un caballo asignado. Mientras tú no venías, lo paseaban y lo cuidaban, pero nadie más lo montaba. Será que me estaba volviendo egoísta, pero me gustó esa idea. Notaba que cada ocasión la disfrutaba más y eso que, cada vez que veníamos, tenía miedo de haber olvidado lo poco que había aprendido en las anteriores ocasiones y me veía botando de nuevo como una pelota.

Pero no, aunque seguía lejos de la destreza de Joseph, pasamos un buen rato paseando y me atreví a dejar que el caballo apurara algo el trote. Aunque todavía me quedaba sin aliento cuando veía salir a Joseph disparado sobre Dama. Se tumbaba sobre su cuello y parecía fusionarse con el animal. Se le veía radiante, relajado y feliz, con una amplia sonrisa en su cara y me gustaba verlo así.

Estábamos tomando algo en la terraza del club, en silencio, con el sol asomando entre las nubes. Él con su agua, yo con mi Coca-Cola *light* a la que, como siempre, dio un sorbo arrugando su nariz. En resumen, un momento perfecto.

—Te está sonando el móvil.

Me estaba quedando adormilada entre sus brazos y ni lo había oído.

—Es Ihab, ayer me olvidé de llamarlo —expliqué descolgándolo rápidamente—. Hola, Ihab, tienes que perdonarme. Ayer todo terminó muy tarde y, la verdad, hoy me olvidé —reconocí.

—Tranquila, es que estaba preocupado, ¿salió todo bien?

—Aparentemente, sí, pero tenemos que esperar a que salga la sentencia —le respondí con algo de desgana.

—Te noto cansada.

—Pues un poco sí. Lo de ayer fue agotador, pero por lo menos ya se acabó.

—No sabes lo que me alegro, por cierto... —Se calló dubitativo.

—Dime, Ihab.

—Me llamó Carlos.

Fue oír su nombre y la expresión de mi cara debió de cambiar tanto que Joseph se apresuró a dejar el vaso en la mesa antes de beber.

—¿Y? —pregunté tensa.

—Yo no sé qué os pasa, Julia, pero sí sé que está muy enfadado contigo.

Me froté la frente, cansada de ese tema, y si no fuera porque era lhab lo hubiera mandado a la mierda.

—¿Y se puede saber por qué? —le pregunté intentando mantener la calma.

—¿Te acuerdas de esa discusión que tuvisteis cuando vino aquí?

—Claro que me acuerdo, lhab —respondí molesta.

—Pues me dijo que desde esa vez no le cogías el teléfono y que no sabía nada de ti. Que le parece mentira que lo trates así, después de lo que se ha preocupado siempre por ti.

—¿No te contó que después de esa discusión aún tuvimos alguna más? —interrumpí para no oír lo que ya sabía.

—No. Lo único que me dijo es que eres una desagradecida y que a su amigo, el abogado, con lo bien que se había portado contigo, le estabas intentando fastidiar la vida y que te va a denunciar.

La única mención de ese impresentable hizo que me levantara tan rápido que casi tiré todo. Fruncí el ceño y empecé a pasearme nerviosa, y Joseph me miraba serio. Estaba hasta los huevos, que no tenía, de aquel puto tema.

—¿Y tú qué piensas?, ¿lo crees? —volví a interrumpir.

—Lo que le dije a él fue que la Julia que yo conozco no es así —respondió de inmediato.

—Pues eso es lo que me importa, lhab, lo demás ya se verá. Solo te digo que si quieres ir sabiendo algo compra una revista que se llama *Voz y Verdad*.

—¿Qué es eso de una revista?, Julia, por favor —bufó—, no entiendo nada. Por cierto, ya se me olvidaba, ¿qué pasó con Montes? Aquí hay un revuelo impresionante. Vino por aquí el doctor Figueroa para decir que todo estaba bien, pero nadie parece saber nada —comentó ofuscado.

—Tranquilo, ¡hab, no va a pasar nada. Hazme caso y compra la revista. Cuando te vea ya te explicaré algo más.

Colgué el teléfono con la sensación de que ya se me había jodido el día. Me senté de nuevo al lado de Joseph y me refugié en sus brazos.

—¿Cuándo quieres empezar a trabajar? —fue su única pregunta.

—Mañana mismo —respondí alterada por la conversación que acababa de tener.

—Pues olvídate de todo lo demás, Alberto se ocupará de todo.

Me levantó la cara y me miró sonriendo como solo él sabía hacerlo. Lo besé con ternura, decidida a que nada me estropeará el día, apoyé la cabeza en su hombro y me dejé envolver por el silencio y la paz que nos rodeaba en ese momento. Camino del Alcázar, dimos un paseo en moto. Pasamos por calles, avenidas y plazas, pero me di cuenta de que evitaba los lugares que ambos teníamos marcados a fuego en el alma.

Al final, el edificio del puerto había sido derribado por completo e iba a ser sustituido por un bello edificio en el que el acero y el cristal parecían unirse con el mar que tan cerca estaba. También el entorno iba a cambiar y, por lo que había visto, una serie de jardines y fuentes harían irreconocible el lugar. De todas maneras, ni él ni yo teníamos ganas de pasar por ahí. Lo mismo me sucedía con la entrada del hospital, aún no era capaz de pasar por ahí sin sentir angustia. José María se alegró tanto de vernos como nosotros a él. Nuestra mesa del fondo estaba libre y en unos minutos ya me

estaba poniendo morada de tanto pan de queso mientras llegaba nuestra comida.

—Tengo que aprender a hacerlos —conseguí hablar después del cuarto pan que devoraba—. Calientes son una delicia.

—Si quieres que dentro de poco no quepa en ningún pantalón, de acuerdo. Pero no sé lo que será de mí, si, con lo bien que cocinas, también haces esto. —Y, poniendo cara de pena, se metió otro pan en la boca.

La comida estaba deliciosa y en eso estábamos cuando sonó su móvil. «¡Mierda!», pensé temerosa de que algo nos estropeará tan delicioso día.

—Hola, Aranguren. No, tranquilo, estamos comiendo, dime. Por cierto, siento lo que pasó. —Joseph se calló y asintió varias veces en silencio, escuchando, hasta que esbozó una sonrisa—. ¡No me digas!, ¡estupendo! Sí, sí, ordena otra tirada. ¡Enhorabuena!, no, el mérito es tuyo. Sí, se lo diré. —Me miró contento.

—¡Quééé! —exclamé impaciente ante su silencio.

—La revista ha sido un éxito, ya se han agotado los cien mil ejemplares que se pusieron a la venta y, probablemente, con esta nueva tirada aún nos quedaremos cortos.

Agarró mi mano satisfecho mientras con la otra se tocaba su nariz.

—Enhorabuena. —Levanté mi vaso a modo de brindis—. Por lo menos que algo bueno salga de toda esa mierda.

—Aranguren te manda un saludo y te recuerda que tienes que empezar a trabajar. Yo te recuerdo que tú formas parte de la empresa, o sea, que enhorabuena a ti también.

Y, levantando su vaso, brindó también. Lo celebramos pidiendo un helado tan grande que cuando lo acabamos mi cuerpo estaba a

punto de entrar en hipotermia. A la vuelta dimos otro paseo en moto y pasamos delante de la antigua editorial de Aranguren; un edificio pequeño en una calle estrecha. Aún se veían los destrozos y de las ventanas se apreciaban las marcas que el fuego, a modo de lenguas negras, había dejado. Las pintadas habían desaparecido, bajo una capa de pintura blanca que resaltaba entre todo lo demás. No bajamos de la moto, no dijo nada, solo miramos y volvimos a arrancar. Pasamos cerca de su centro comercial y llegamos a una calle ancha, llena de hermosos edificios, pero paramos delante de una verja cerrada que no impedía ver una casa también cerrada a cal y canto. Era evidente que no vivía nadie, pero no daba la impresión de estar abandonada. La finca circundante parecía cuidada y no había basura ni nada parecido. Aparqué la moto y, sin bajar, se quitó el casco y se quedó mirando. Yo hice lo mismo y, aunque lo sabía, tuve que preguntárselo.

—Tu casa, ¿no?

Asintió, aunque creo que ya no estaba conmigo. Había entrado y estaba en esa casa en algún momento de su dolorosa infancia. Podía ver parte de su cara y tenía expresión ausente.

—Me gustaría verla —empecé a decir, pero la expresión de su cara me lo impidió. Había girado su cabeza levemente.

—Juré que jamás volvería a poner un pie en esa maldita casa —habló iracundo.

—Pero, Joseph...

—No me pidas eso, Julia, por favor, si me quieres no me lo pidas. —Más que un ruego era una súplica y su voz se quebró al final de la frase—. Pídeme cualquier cosa, pero esto no, por favor —insistió nervioso.

—Chsss, chsss, sabes que jamás te pediré hacer nada que te haga sufrir. Te quiero demasiado —contesté abrazándome con más

fuerza a él. Noté cómo su cuerpo se relajaba y, girando la cabeza, me besó—. Vamos para casa —le pedí.

El día había sido estupendo, pero unas nubes negras presagiaban que la lluvia no iba a tardar en volver; tampoco quería nubarrones en nuestro ánimo.

No me lo podía creer. Cuando, al día siguiente, nuestra vida volvió a su rutina. Yo fui a mi trabajo, y él al suyo; eso sí, a partir de entonces me iba a cambiar en el mismo laboratorio. A la hora del café decidí que era un buen momento para hablar con Ihab. Cuanto antes lo hiciera, mejor. Afortunadamente, había comprado la revista y necesitó pocas explicaciones. Cuando supo a quién correspondía el apodo quedó horrorizado.

—No entiendo a Carlos. ¿Cómo puede defender a semejante miserable? Si es cierto lo que me dijo, creo que ese sinvergüenza te denunció por injurias y calumnias o algo parecido, no lo sé — balbuceó, nervioso, tirando a la papelera una servilleta empapada en el café que, con los nervios, había derramado.

Jamás había visto a Ihab así. Tenía una calma habitual que nunca se rompía por nada. Hasta ese día.

—Que haga lo que le dé la gana —contesté, indiferente, moviendo los hombros, cuando paladeaba el primer café de mi nueva vuelta al trabajo. Como consecuencia de todo lo vivido, pocas cosas me podían sorprender y desde luego esta no era una de ellas.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Pues defenderme, pero tú tranquilo, que de eso se encarga mi abogado —respondí con la misma indiferencia—. Y no digas que tenía que haberlo denunciado si no quieres que me levante y me largue —me adelanté a avisarlo—. Yo, en ese momento...

Me callé cansada de volver al mismo tema, una y otra vez.

—Lo siento, Julia, yo también debí hacer algo más... —Bajó la cabeza, apesadumbrado.

—No entiendo, ¿de qué me estás hablando? —Durante unos segundos me miró entre dubitativo y temeroso—. Venga, ¡hab, di lo que sea —lo animé.

—Siempre tuve la certeza de que Víctor te maltrataba, pero nunca me atreví a decir o a hacer nada.

Entonces, la que bajé la cabeza fui yo, incapaz de mirarlo, avergonzada, mientras notaba cómo me ardía la cara sin necesidad de la ayuda de ningún sofoco; me sentía ridícula pensando en las veces que había «bromeado» con él cuando llegaba con alguna marca visible al trabajo. Cuando conseguí enfrentarlo, volvió a esquivar mi mirada.

—¿Por qué no lo dijiste? —pregunté sin el menor enfado.

—Porque tenía miedo de que nadie me creyera. Tú ponías absurdas excusas; yo vengo de otro país, con otra cultura, tu pareja era una persona influyente, con dinero, con poder, bien relacionado...

—¿Y no te das cuenta de que a mí me pasaba lo mismo? Víctor consiguió hacerme sentir como una mierda y con, bueno, con ese hijo de puta, pensé y razoné prácticamente lo mismo que tú. Adinerado, guapo, con amistades importantes, ¿quién iba a hacerme caso?, nadie. Hasta que llegué aquí no fui capaz...

—De darte cuenta de lo que realmente vales, ¿no? —interrumpió.

—¡hab, en realidad no sé lo que valgo, solo sé...

—Que ahora encontraste a una persona que te hace sentir así — volvió a resumir.

Como siempre, sus palabras eran pocas, pero acertadas, y no pude evitar sonreír.

—Pues sí, nunca nadie me ha hecho tan feliz. Además, no me puedes negar que a ti te cae bien —bromeé intentando evitar el que esa conversación acabara en lágrimas.

—Pues sí, no lo puedo negar. —Asintió con la cabeza.

—Paradojas de la vida —continué hablando, y nos levantábamos de la mesa—. Tú, palestino y, sin embargo, aquí estás, trabajando y haciendo lo que te gusta gracias al dinero de un judío que, para colmo, te cae bien —seguí bromeando mientras fingía darle un codazo—. Vamos, para mear y no echar gota.

—Julia, cuenta conmigo para lo que necesites —habló serio ignorando mi «delicado» comentario.

El tiempo volvió a transcurrir a su ritmo normal y ambos soñábamos de nuevo con el fin de semana para descansar; lo cierto es que nos hacía falta. Mis mañanas transcurrían de nuevo en el hospital y, por las tardes, Aranguren no me daba respiro. En cuanto a Joseph, volvió a la carga como si nada hubiera pasado, solo que, aunque no me decía nada, lo notaba preocupado.

—Ya sabes el motivo, Alberto. Nos están haciendo pagar por todo lo que salió a la luz.

Era viernes y el ansiado fin de semana parecía estar a punto de estropearse. Íbamos a cenar y antes estábamos disfrutando de un momento de relax en las tumbonas de la piscina, después de un reconfortante baño. Eso fue antes de que le sonara el móvil; con ceño fruncido, escuchaba concentrado lo que Alberto le debía de estar diciendo.

—No, de eso nada. Diles que nos retiramos, nosotros no trabajamos así. —Colgó enfadado y se quedó pensativo.

—¿Algún problema?

—No —mintió.

—Joseph, no es por nada, pero mientes fatal. Venga, por favor, dime qué pasa —insistí sentándome frente a él.

—No te voy a mentir, Julia; estoy pensando en vender la empresa constructora.

Frunció sus bonitos labios en un gesto que decía lo lejos que estaba de querer hacerlo.

—Pero ¿por qué?, me dijiste que tenías muchos y muy buenos proyectos concedidos y ahora con las Olimpiadas viene una buena época para la construcción y...

—Lo sé, lo sé —interrumpió con voz cansada—, ese no es el problema.

—Es por la revista, ¿no?, ¿ha puesto a alguien nervioso? —pregunté pese a saber la respuesta.

—¿A alguien?, a muchos, Julia. Muchos se están poniendo nerviosos ya que por cada nombre que aparece detrás aparecen muchos más.

—Y ¿qué están haciendo?, ¿qué esperan conseguir?

—Pues que escoja el dinero y me calle. —Ladeó la cabeza de esa manera tan particular y me sonrió triste—. No te olvides de que soy judío. ¿Qué están haciendo?, pues poner trabas de todo tipo, burocráticas, presupuestarias... Ahora alegan que nuestros costes son demasiado elevados, cuando no es cierto. Mi empresa ganó los concursos, precisamente, por ser la más económica —habló entre indignado y hastiado.

—Joseph, si es por la revista...

—Ni lo pienses —me interrumpió—, no la vamos a dejar bajo ningún concepto.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—La verdad, no lo sé, por mí mandaba todo a la...

—A la mierda —apunté.

—Pues sí, si no fuera porque mucha gente depende de ella. —Se calló mientras, nervioso, frotaba la frente con su mano.

—Ya —suspiré—, pero lo malo es que ahora el problema eres tú.

No supe por qué, pero su mirada se iluminó y me besó con tal rapidez e ímpetu que casi acabamos de nuevo en la piscina.

—Te quiero, lo sabes, ¿verdad? —dijo sonriendo de oreja a oreja.

Lo miré boquiabierto sin entender nada.

—Yo más —fue lo único que acerté a decir.

Capítulo 21

—Echo de menos el collar.

Pensé en voz alta, en la oscuridad, medio adormilados, después de hacer el amor. El fin de semana había sido perfecto, pero se había acabado y al día siguiente volveríamos al ajetreo que entonces presidía nuestras vidas durante la semana. Acababa de darme cuenta de que, desde la famosa cena, no me lo había vuelto a poner. Sentí sus labios en mi nuca.

—Pues, cuando quieras, ya sabes; tú también decides —susurró entre mi pelo.

—De acuerdo, buenas noches, mi niño.

—Buenas noches, mi niña.

—Julia, despierta. Marcos me acaba de llamar, están en el hospital.

Me levanté medio aturdida y vi que Joseph ya estaba en pie. Eran las seis de la mañana del martes veintiséis de mayo. Nos vestimos a cien y, con la misma prisa, nos fuimos al hospital. Por el camino ninguno de los dos dijimos nada; ambos teníamos miedo de saber lo que estaba pensando el otro.

Odiaba las salas de espera. Quizás por todo lo que nos pasó, pero me ponía nerviosa con solo entrar en ellas; deberían cambiarles de nombre y poner «salas de desespera».

Joseph no soltaba mi mano y lo notaba tenso, temeroso y preocupado de que sucediera algo que pudiera romper mi aparente tranquilidad. Me miraba cada dos minutos y cada dos minutos me preguntaba si estaba bien.

—Joseph, de verdad, estoy bien, no es necesario que andes conmigo como con los huevos —le hablé irritada.

—Perdona, solo pretendía...

Decidió callarse y se levantó, dolido por mi reacción. Lo miré, de espaldas, observando a través de la ventana, con las manos en los bolsillos, y me sentí mal. Era lo único por lo que realmente se preocupaba y aún me costaba creerlo.

—Lo siento, Joseph. —Me acerqué a él y, despacio, lo abracé por detrás. Aún se sobresalta, pero cada vez menos.

Se volvió, mirándome con sus hermosos ojos llenos de amor y me desarmó. Mi puto nudo hizo acto de presencia y fui incapaz de decir nada más.

—Te quiero, Julia, yo no necesito más, de verdad, ¿y tú? —me preguntó temeroso de que mis antiguos miedos volvieran a resurgir.

—Yo también te quiero, Joseph, y para mí también es suficiente.

Cogí su cara entre mis manos y lo besé con dulzura.

—¿Y yo qué?

A mi espalda sonó la voz de un pletórico Marcos y, antes de poder reaccionar, se fundió en un enorme abrazo con Joseph. Vi la cara de felicidad de ambos y no pude menos que emocionarme. No se dijeron nada, pero, cuando se separaron, los ojos de Marcos estaban llenos de lágrimas, y Joseph carraspeó, tragando saliva varias veces, intentando mantener a raya sus emociones.

—Es una niña, preciosa y rubita, como tú predijiste —consiguió hablar, tras abrazarse a mí—. Y, lo más importante, es que todo está bien. —Suspiró satisfecho.

—No sabes lo que me alegro, Marcos, y Ana, ¿cómo está?

—Pues, tras una llorera monumental —nos comentó, feliz, camino de su habitación—, de maravilla, deseando veros.

Una llorosa, pero inmensamente feliz Ana nos recibió con los brazos abiertos. Su cara resplandecía de tal manera que parecía imposible que acabara de parir. Ni rastro de dolor ni de cansancio. Toda ella era luz, como lo era la cosita tan pequeña y bonita que tenía a su lado, en una cuna. Una auténtica preciosidad, rubita, preciosa, pequeña, perfecta.

—Se llama Clara.

Ambos la mirábamos embobados cuando oímos estas palabras en boca de Marcos y mi nudo, ya familiar, apareció de repente. Miré a Joseph y pude ver cómo sus ojos brillaban de emoción.

—Precioso, un nombre precioso, gracias, muchas gracias —fue lo único que acertó a decir a punto de llorar.

Ni yo me había dado cuenta de lo que temía ese momento y, mirando la cara de Joseph, sentí un pellizco de tristeza en mi corazón. La verdad es que nunca me imaginé como madre, pero no pude evitar el pensar en que todo había sido tremendamente injusto,

sobre todo para él, al que sí lo veía como padre; un padre bueno, protector y cariñoso, a la par que firme y exigente. Suspiré, y a nadie pareció pasarle desapercibido mi deje de tristeza. Era un momento de felicidad que Joseph y yo nunca podríamos tener y, pese a alegrarme por ellos, no pude evitar sentir en el fondo algo de envidia sana. Me hubiera gustado poder ver la cara de Joseph cogiendo a su hijo en brazos y darle la oportunidad de poder crear un nuevo mundo. Solo que esa vez basado en la felicidad.

—¿Puedo? —pregunté mirando a la diminuta Clara, que se revolvía inquieta en su cuna.

—Por supuesto —contestaron al unísono.

La cogí con suavidad. ¡No pesaba nada! Y tenía el temor de que se me fuera a caer de un momento a otro. Miré a Joseph, que, a duras penas, podía contener la emoción. Tocó su diminuta mano con uno de sus largos dedos, y Clara se lo cogió. Mis ojos se llenaron de lágrimas y se me encogió el corazón. No sabía lo que hubiera dado por poder regalarle a Joseph ese aluvión de sentimientos y emociones que suponía, en la mayoría de los casos, la llegada de un hijo.

—Nos gustaría que fueseis sus padrinos —habló una emocionada Ana.

Joseph me miró y su cara de satisfacción debía de ser como la mía.

—Encantados, para nosotros será un honor.

La voz de Joseph sonó cargada de emoción y tendió protocolariamente la mano a Marcos para acabar fundidos en otro gran abrazo. Mientras, yo había decidido que no era bueno que Ana llorase sola y, abrazadas, lo hacíamos las dos.

Hicieron su entrada Emerson y María junto con Alejandro. Nuevas lágrimas y más abrazos. Alejandro, algo celoso, se acercó a nosotros y se puso en medio de los dos. Le acerqué a Clara, que

aún estaba en mis brazos, y mirándola fijamente le acarició la cabecita. En ese momento Clara abrió los ojos y lo miró con unos hermosos ojos de color azul grisáceo. Miré a Alejandro y vi que contenía la respiración. Una imagen apareció en mi cabeza y una enorme sonrisa se dibujó en mi cara.

—Estos dos se van a querer toda la vida —le susurré a Joseph dejándola, de nuevo, en su cuna.

La pequeña empezó a reclamar la atención debida y los dejamos solos, con Clara al pecho de su orgullosa madre, que aún seguía llorando para variar. Afortunadamente, el día y su rutina habitual disiparon la niebla que se estaba formando en mi interior.

La primera semana de junio estaba llegando a su fin, los quince días habían pasado y aún no sabíamos nada de la sentencia. Llegó un momento en que decidí dejar de preguntar todos los días y a todas las horas y me limitaba a esperar, con ansia mal contenida, a que llegara ese momento. A medida que pasaba el tiempo, mi inquietud aumentaba y empezaba a temer que las amenazas y presiones hubieran hecho mella en el juez. A Joseph le pasaba lo mismo y no sabría decir las veces que le escuché a Alberto: «Calma, es normal que les lleve su tiempo, todo saldrá bien». Hasta Aranguren sacudía su leonina melena cada vez más dubitativo. Era viernes, cinco de junio, y después de comer estábamos tomando un café, en la terraza, disfrutando del maravilloso paisaje que teníamos la suerte de poder disfrutar. Joseph acababa de hablar con Marcos y habíamos quedado en ir a su casa al día siguiente a comer. Nos íbamos a juntar todos, de nuevo. Desde la comida que habíamos hecho allí, en casa, para celebrar la salida de Joseph del hospital, no nos habíamos vuelto a reunir. y había que celebrar la llegada de Clara a nuestras vidas. Tan pronto colgó su teléfono volvió a sonar.

—Hola, Alberto, dime.

Mientras hablaba se puso de pie y se apoyó en la barandilla. Me quedé sentada, disfrutando del reconfortante café. Apenas habló, se

limitó a escuchar, pero pude ver cómo suspiraba antes de girarse para mirarme.

—Se lo diré, gracias, Alberto, hablamos. —Colgó, me miró emocionado, y yo a él, expectante. Se sentó a mi lado y tomó mis manos.

»Ya salió la sentencia. —Se me paró el corazón y de repente todo quedó congelado. No me podía mover y me limité a clavar mis ojos en su cara, sin poder respirar—. Hemos ganado, Julia, hemos ganado. Van a pagar por todo lo que nos han hecho. Hemos ganado, hemos ganado —repitió con voz contenida hasta que se le rompió de la emoción.

Todo el aire escapó de mis pulmones y no me di cuenta de cuándo empecé a llorar, pero, de repente, me vi entre sus brazos; riendo y llorando a la vez. Lo besé y me besó, una y otra vez, sin poder parar, hasta quedarnos sin aire. En este momento fui consciente de lo mucho que ambos necesitábamos ese momento. En mi cabeza se oyó el ruido de una puerta que se cerraba y tuve la certeza de que no se iba a abrir jamás.

—Aún pueden recurrir —explicó cuando ambos nos hubimos calmado—, pero tanto la Fiscalía como el juez han sido muy rotundos. Piden las penas máximas de cárcel sin posibilidad de reducción de condena e incluso les imponen unas indemnizaciones mayores que las que nosotros pedimos. Sin contar los juicios que tienen pendientes por los demás delitos.

Asentí feliz. Lo del dinero era lo de menos. Lo que quería, lo que queríamos y nos importaba, era que los metieran en la cárcel y que no salieran de ella en mucho tiempo. Un exultante Emerson y una feliz María hicieron su entrada en la terraza. Desde lo de Joseph, no había vuelto a ver a Emerson llorar de la emoción, pero viéndolo abrazado a él, sin poder contener las lágrimas, fue superior a nuestras fuerzas, y Joseph me miró, emocionado, María y yo llorábamos abrazadas la una a la otra. Supuse que agradeció como nunca que su teléfono volviera a sonar y, tras carraspear varias

veces, al fin pudo hablar. Era Aranguren y no hizo falta que pusiera el manos libres para poder oírlo. Su ya potente voz resonaba por el móvil sin necesidad de altavoz.

—¡Enhorabuena!, ¡enhorabuena a los dos!

A Joseph no le quedó otro remedio que apartar el teléfono de la oreja por temor a quedar sordo mientras me miraba, sonriendo pletórico. Casi a la vez, sonó mi móvil.

—¡Felicidades, Julia!, ¡felicidades a los dos!

La voz de Leo también resonó por mi teléfono y, al igual que Joseph, lo aparté de mi oreja riéndome.

—Hola, Leo. Gracias, gracias por todo. Por tu ayuda, por estar ahí...

—Déjate de tonterías —me cortó emocionado—, para eso está la familia, ¿no? y, por cierto, felicidades también de parte de mi madre; no puede hablarte porque está llorando de la emoción —dijo burlón, sentía protestar a su madre entre sollozos—. Por cierto, la revista, de lo mejor, pero supongo que la historia no acaba aquí...

—Ya sabes que no. Oye, Leo, tú conoces a la familia del niño que..., bueno, ya sabes.

—Sí, claro, ya lo sabes, ¿por?

—Aunque ya sé que ha pasado un tiempo, nos gustaría que los gastos de su entierro corrieran por nuestra cuenta. —Miré a Joseph, que se estaba enterando en este momento de mi idea, pero el cual asintió rápidamente—. Ya sé que cobrarán una buena indemnización por lo sucedido, pero creo que el dinero les va a hacer falta; hace tiempo que quería decírtelo.

—La verdad es que en eso no había pensado y, aunque creo que soy yo quien debería hacerlo, se lo diré y seguro que os lo agradecerán. ¿Está el señor Levi?

—Sí, está aquí, a mi lado.

—¿Puedo hablar con él?

—Por supuesto, gracias de nuevo, Leo. Te estaré eternamente agradecida.

—Hola, Leo, gracias —dijo un sonriente Joseph cuando la pasé mi móvil—, sé que te alegras de verdad y, al igual que Julia, yo también te estaré eternamente agradecido. —No podía oír lo que Leo le decía, pero vi cómo los ojos de Joseph volvieron a brillar de la emoción.

»Ya sabes lo mucho que quiero a tu madre, Leo, no insistas, sabes que lo voy a seguir haciendo. —Sonreí. Siempre hablaban del mismo tema, pese a saber que en nada iba a cambiar. Para Leo era una manera de confirmar que la relación con Joseph iba a continuar igual ya que para él éramos su familia.

»No me des explicaciones, Leo, no me hacen falta —habló poniéndose serio—. Sí, toda esa información saldrá en el próximo número de la revista. Gracias, nos vemos.

Cuando colgó y me devolvió el teléfono tenía el ceño fruncido y se le veía pensativo.

—¿Qué pasa, Joseph?, ¿qué te dijo Leo?

Distraído, acarició mi mano, antes de besar las puntas de mis dedos.

—Solo quería saber si vamos a hacer público en qué cárceles están.

—¿Por? —pregunté frunciendo el ceño igual que él.

—No lo sé ni lo quiero saber —soltó sacudiendo su mano como si de repente se desprendiera de algo.

—Oye, ya sé que no te había dicho nada de lo del niño, pero me pareció una buena idea.

—Y lo es, Julia, lo es —se apresuró a decir ya más relajado—. Es lo menos que puedo hacer.

Suspiró triste y su mirada se oscureció.

—No, Joseph, no, es lo menos que podemos hacer —puntualicé.

—Saldremos a cenar para celebrarlo, ¿te parece?

Estábamos abrazados, de nuevo, mirando el inconfundible paisaje que se abría a nuestros pies. Me miró contento, feliz, con una mirada cargada de ilusión y, por primera vez en mucho tiempo, sin ningún claroscuro. Asentí completamente alegre.

—Voy a llamar a José María para que nos reserve una mesa en Le Coin.

Nos habíamos duchado, y yo estaba envuelta en una toalla sin saber qué ponerme. Él ya se había vestido; vaqueros negros, camisa de cuello color azul claro y una cazadora negra... Guapísimo, como siempre. Tenía una elegancia natural que me dejaba sin palabras. Desde un chándal hasta un esmoquin; todo le quedaba bien, todo parecía hecho para él.

—Ponte el collar —me susurró, ronco, al oído, su aliento acariciaba mi nuca.

Un escalofrío de placer recorrió mi cuerpo al oír sus palabras, me giré y lo miré. Sin decir nada, inclinó su cabeza y, entornando sus larguísimas pestañas, me besó. Lento, suave, dulce, intenso, su lengua recorrió el interior de mi boca, deleitándose en ella, acariciando mis labios, acariciando todo mi interior, enredándose en lo más íntimo de mi ser hasta que tuvimos que parar para respirar.

—Si seguimos así tendré que llevar bragas —murmuré sobre su boca, mirándolo desafiante.

Abrió sus ojos y me miró con tal intensidad que tuve la sensación de que me inundaba una ola de calor.

—Me vuelves loco, ¿lo sabes? —susurró con su cabeza apoyada en mi frente.

—Lo sé y me encanta —respondí mimosa.

Al final opté por un vestido en rosa palo. Había recuperado el moreno y resultaba especialmente favorecedor. Entallado, de manga corta y con un escote de vértigo en la espalda. Un aire de secador, rímel, mi barra mágica de labios, zapatos de tacón y poco más. Me miré al espejo, satisfecha con la imagen que tenía delante. Me brillaban los ojos, estaba pletórica, excitada, mientras en mi cabeza seguían sonando sus palabras: «Ponte el collar».

Fui a nuestro escondite secreto, saqué la caja y la abrí. Encima de todo, como una llave maestra, allí estaba. Lo cogí, nerviosa, y me lo puse. Miré rápidamente el resto de compartimentos, las muñequeras, las cadenas, la U mágica..., un pequeño surtido para todo un mundo de sensaciones. Cuando bajé me temblaban las piernas. Estaba hablando con Emerson y María, pero, tan pronto me vieron, los tres se quedaron en silencio, mirándome. Sonreí nerviosa notando cómo sus hermosos ojos recorrían mi cuerpo de arriba abajo y tuve la sensación de que el vestido se me iba a caer con esa mirada.

—Julia, ¡qué guapa estás! —se adelantó María.

—Gracias —respondí tímidamente.

—Además, llevas ese collar, deberías ponértelo más a menudo; es precioso y te sienta muy bien.

—¿Verdad que sí? —interrumpió en la conversación Joseph con tono burlón—. Eso le digo yo también, que debería ponérselo más a menudo.

Agradecí estar morena para que no se me notara cómo me ardía la cara. Me estaba mirando con esa sonrisa deliciosamente escalofriante y, de llevar ropa interior, hubiese ardido por combustión espontánea.

—Estás preciosa —susurró bajito en el ascensor llevando las puntas de mis dedos a sus labios sin dejar de mirarme.

—Sabes el efecto que tiene en mí que hagas esto —murmuré acercándome más a él—. Te advierto que como sigas así no vamos a salir del ascensor —lo amenacé entornando los ojos.

Pero no, en eso las puertas se abrieron y me quedé con las ganas. Nos dirigimos a su coche, que pocas veces usaba. Es más, desde la noche de la cena no lo había vuelto a utilizar.

—Esta noche quiero que sea especial —explicó ante mi gesto interrogante mientras, galantemente, me abría la puerta.

Íbamos en silencio, relajados, yo al menos; su continuo toqueteo con los dedos en el volante me decía que algo pasaba.

—¿Estás bien?, pareces nervioso.

—Sí, estoy bien, solo quiero que esta noche sea perfecta —respondió tras unos segundos de silencio.

—Pues para mí ya lo es.

Y así lo estaba siendo. La cena fue magnífica, el bacalao con camarones estaba espectacular y, sobre todo, Joseph estaba radiante. Hablamos de todo; de la sentencia, de los problemas de su empresa, de mis planes...

—Tengo que pedir mi expediente académico para poder seguir estudiando aquí —comenté entre bocado y bocado—, pero no sé lo que tardará.

—Ya lo está tramitando Mark, le pedí yo que lo hiciera —se excusó al ver cómo lo miraba arqueando mis cejas.

—Oye, Joseph, si no te importa, me gustaría seguir decidiendo sobre mi vida.

—Por favor, no te enfades, lo habíamos hablado y le pregunté si podía hacerlo y me dijo que sí y, bueno, me pareció una buena idea. Quería darte una sorpresa.

Hablaba cada vez más nervioso ante mi mirada seria y me contemplaba con los ojos muy abiertos, balbuceando excusas, como un niño pequeño.

No pude aguantar más y empecé a reír.

—Perdona —entonces fui yo la que pedí perdón secándome las lágrimas de tanto reír al ver su cara de ofendido—. Tranquilo, no me importa que lo hayas hecho.

—¿Acaso te estás riendo de mí? —preguntó con esa sonrisa suya que me dejaba sin habla.

—Pues sí y, francamente, me estoy divirtiendo.

—Pues te recuerdo que, el que ríe el último, ríe mejor, y no olvides que llevas puesto el collar. —Su tono de voz fue bajando en volumen, pero no en intensidad.

Mi vientre se fue alborotando con cada palabra suya y cuando acabó era como si mi interior estuviera lleno de un montón de células, corriendo de un lado para otro, excitadas y chocando entre sí. Tragué saliva y, a duras penas, conseguí sostener su intensa mirada.

—Por culpa de esta conversación voy a tener que ir al baño... —
Provocativamente, me levanté despacio ante su atenta mirada.

En el baño me sequé bien, confirmando, una vez más, que no tenía problemas de lubricación. Un poco más y el vestido se me hubiera quedado pegado.

—¿No tomamos postre? —pregunté cuando al salir del baño lo vi de pie esperándome.

—¿Crees que tengo ganas de perder aquí más tiempo por un postre? El postre vas a ser tú. —Cogiéndome de la mano salimos al exterior. Solté un gemido ahogado y casi tuve que volver al baño.

De vuelta a casa, más de lo mismo; ese tamborileo nervioso sobre el volante no cesó ni un segundo. Cuando llegamos, nos envolvió el tenue y relajante olor que despedían los centros de rosas, pero me daba cuenta de que Joseph estaba de todo menos relajado. Lo notaba tenso, expectante, nervioso; pero me figuré que era por el collar, ya que yo también lo estaba. Parecía haber pasado una eternidad desde la última y única vez.

Entramos en silencio, abrazados y, para mí sorpresa, en vez de subir las escaleras nos dirigimos hacia la terraza. y, agarrando el mando del hilo musical, salimos a ella.

Mi siguiente sorpresa fue ver que la mesa de la terraza estaba adornada con un precioso centro de rosas y dos velitas misteriosamente encendidas. Una Coca-Cola *light* y dos vasos esperaban impacientes.

—Tú y yo no bebemos champán —se disculpó encogiéndose de hombros.

Me quedé quieta, completamente descolocada. Pulsó el botón del mando y la canción de *Melodía encadenada* empezó a sonar. Me abrazó y suavemente empezamos a bailar. Estaba tan emocionada que decidí no abrir la boca para no romper ese mágico momento.

Copacabana estaba a nuestros pies, pero yo estaba en el paraíso. Paraíso de paisaje, de sensaciones, de olores, de sonidos... Me dejé envolver por sus brazos y apoyé mi cabeza en su pecho. Notaba «mi/su» perfume, cerré los ojos y me dejé llevar, en silencio, oyendo su respiración y los latidos de su corazón. A esa canción le siguió la de *She* y, nuevamente, no pude articular palabra. No se me ocurría una frase digna del momento y las que se me ocurrían me parecían tan cursis que preferí seguir en silencio, como él. Nos besamos lenta, suave, dulce e intensamente, envueltos en la penumbra, débilmente iluminados por la luz proveniente del interior de la casa, como aquella vez, como la primera vez.

—Esto es precioso, Joseph —conseguí decir cuando la música paró.

—Ya te dije que iba a ser una noche especial —musitó deslizando sus labios sobre mi cuello. Abrazados, nos giramos, mirando hacia la playa. Se había quedado una noche preciosa, acorde con el momento—. ¿Te acuerdas de nuestra primera noche aquí?, ¿recuerdas lo que te dije? —me preguntó con sus brazos rodeando mi cuerpo.

—Claro que sí —respondí de inmediato—. «A veces, tanta belleza deja a uno sin palabras». Jamás olvidaré esa noche, Joseph, ni ninguna otra —rematé.

—Pensaste que me refería a esto, ¿no? —Y señaló con su mano el hermoso paisaje que teníamos a nuestros pies.

—Sí, claro.

—Pues no, me refería a ti y a lo que a mí me pasó contigo. Me dejaste sin palabras, Julia, sin aire, sin nada. Hasta que conseguí traerte aquí —habló emocionado y me apretó con fuerza, yo tragaba saliva intentando no llorar.

—A mí me pasó lo mismo, Joseph, desde que te «reconocí» aquí por primera vez.

Me giró y me miró. Sin decir nada, me llevó hacia la luz y pude ver el brillo de sus increíbles ojos, refulgiendo como dos estrellas negras. Tosecilla, carraspeo. Me agarró las manos con fuerza, las sombras del claroscuro dibujaban un nuevo rostro en su cara, dándole una fuerza e intensidad tal que parecía absorber hasta el aire de nuestro alrededor. Sería por eso que dejé de respirar viendo que ponía su rodilla en tierra mientras mantenía mis manos entre las suyas.

—Julia Torres Rey, por favor, ¿me harías el honor de convertirme en tu esposo?, ¿quieres casarte conmigo?

Más que una pregunta era una súplica. Mis esfuerzos por no llorar se batieron en franca retirada y unos lagrimones rodaron por mi cara. Lo miré. Estaba hermoso. Sí, sin lugar a dudas, esa era la palabra. Hermoso en su expresión, en su gesto, en su anhelo, pero, sobre todo, en su mirada. Como suspendido en el aire, no parpadeaba y contenía la respiración. Sus ojos me miraban húmedos de emoción y brillantes pese a la semioscuridad.

—Sí, quiero —me sorprendí a mí misma al escuchar mi propia voz—. Sí, quiero, Joseph Levi, quiero casarme contigo y lo quiero desde el primer día que, aquí, te conocí.

Mi voz sonó firme y segura. Pese a mi pulso acelerado y tener la boca seca, lo cierto es que jamás había estado tan segura de algo en toda mi vida. De repente, me vi abrazada mientras lo abrazaba yo a él. Juntos reímos y lloramos, me levantó en el aire y empezó a dar vueltas, girando conmigo, como un loco, pero un loco tremendamente feliz. Así, dando vueltas, recorrimos la terraza y por unos instantes temí el salir volando de ella.

—Espera, hay que hacer las cosas bien. —Paramos de dar vueltas y mis pies volvieron a tocar el suelo en todos los sentidos. Metió una mano en su bolsillo y se puso, de nuevo, de rodillas. Me volvió a mirar con tal expresión de felicidad que tuve pena de no poder hacerle una foto en ese momento. Su cara irradiaba semejante luz que no hubiera hecho falta *flash*. De una pequeña cajita extrajo una

alianza preciosa, simple, de oro blanco con unas piedras rojas. La miró y me la colocó en el dedo.

»Julia Torres Rey, te deseo desde el primer día en que te vi —pronunció emocionado esas palabras. —Me mantuvo la mano agarrada sacando otra igual, solo que con unas piedras verdes—. Julia Torres Rey, te quiero más que a nada de este mundo —pronunció de igual forma colocándola también en mi dedo. Una tercera se unió a las anteriores, solo que esta tenía unas piedras blancas.

»Julia Torres Rey, te amo más que a mi vida —susurró esta vez mirándome intensamente.

—Esto es..., son preciosas, Joseph, pero no hacía falta —balbuceé entre lágrimas.

Se levantó y me miró orgulloso. Nos movimos hacia la luz para poder ver mejor.

—El diseño es mío —se apresuró a explicarme lleno de satisfacción.

Me fijé y abrí la boca incapaz de articular palabra. La primera alianza tenía unos pequeños rubís, dos juntos, separados de otros cinco; la segunda eran esmeraldas, dos juntas, separadas de seis, y la tercera, igual que las anteriores, solo que con diamantes, dos juntos separados de otros tres. ¡Era nuestro código secreto!: «Te deseo, te quiero, te amo», así lo escribíamos como puntos y espacios o como simples apretones. Las tres juntas, entonces en mi mano, hacían un precioso conjunto de luz, de color y de sentimientos.

—Gracias, Joseph —conseguí decir—, eres lo mejor que me ha pasado en la vida y quiero que sepas que desde que te conozco soy la persona más feliz y afortunada del mundo.

Besó mis manos y me miró como solamente él sabía hacerlo. Sabía lo que había detrás de mis palabras. Pese a todo lo pasado, pese a

todo lo sufrido, todo había valido la pena porque nos había llevado hasta ahí. Vertió la Coca-Cola *light* en los dos vasos y me tendió uno.

—Quiero que brindemos —habló solemnemente—, por ti, por mí, por nuestro futuro juntos. Gracias, Julia —continuó tras una breve pausa—, gracias por haberme convertido en una persona mejor, más completa y, sobre todo, inmensamente feliz, como nunca creí poder llegar a serlo.

Bebimos un pequeño sorbo y arrugó levemente su nariz, como siempre.

—De nada, mi amor; por ti, lo que haga falta y más.

Su mirada cambió y, agarrándome con suavidad de la barbilla, se inclinó sobre mí.

Capítulo 22

—Me falta el postre y te recuerdo que llevas puesto el collar. Algo habrá que hacer al respecto, ¿no? —anunció con voz ronca rozando mis labios.

—Lo dicho; por ti, lo que haga falta y más —respondí desafiante pese al temblor de mi voz.

Inspiró con fuerza y sus fosas nasales aletearon levemente. Sin más preámbulos, me cogió en brazos y comenzó a andar hacia las escaleras.

—No sé si te das cuenta, pero voy sin bragas —susurré entornando los ojos.

—Créeme, lo sé.

En ese momento sentí cómo sus dedos acariciaban lentamente mi sexo. Dejé caer mi cabeza hacia atrás, disfrutando de sus caricias.

Mi respiración no daba para más. Atada a la cama, boca arriba y con mi fular alrededor de los ojos, sentía sus labios bajar por mi cuello, tras mordisquear el lóbulo de mi oreja, consiguiendo que mi cuerpo se estremeciera de placer. Siguió descendiendo hasta llegar a mis pechos y deslizó su lengua sobre ellos mientras su mano seguía su camino hacia mi sexo. Cuando introdujo sus dedos en él, un ronco gemido salió de mi garganta. Oí cómo andaba con la caja que estaba sobre la cama y no pude evitar tensarme cuando metió algo en mi interior.

—Chssss, tranquila, mi niña —susurró jadeante—, es la U mágica, como tú la llamas.

Efectivamente noté la presión en mi interior, así como en el clítoris. Cuando lo puso a funcionar y percibí cómo se puso a vibrar o a hacer magia, como decía yo. Todo mi cuerpo empezó a temblar preso de una sensación indescriptible que conseguía que pareciera que, de un momento a otro, te ibas a partir en dos de placer.

—¿Quieres más, mi niña?, ¿quieres más? —murmuró.

—¡Sííí!, por favor —jadeé.

Sin poder moverme ni ver, noté cómo se movía sobre mí y sus dedos deslizarse en mi interior, al mismo tiempo que la U mágica me hacía gritar.

—Abre la boca —susurró jadeante entre mis piernas.

No hizo falta que me lo repitiera, pues la tenía abierta para poder respirar. Su miembro se deslizó entre mis labios, buscando un hueco en mi boca y, sin más preámbulos, lo dejé entrar hasta el fondo de mi garganta. Entraba y salía de mi boca, pese a mis intentos por retenerlo, pero estaba en tal estado de excitación que mis neuronas solo estaban pendientes de lo que ocurría por debajo de mi cintura. Su dedo acariciaba el exterior de mi sexo con suavidad. Y el calor húmedo de su boca se juntó con el de todo mi interior.

—Relájate, relájate.

Solo podía escuchar su voz que, desde mi sexo y resonando como una campana, parecía llegar a todos los rincones de mi cuerpo. Acompasé mis movimientos a los de él en mi boca y entre la U mágica, el movimiento de sus dedos en mi interior y la excitación por la propia situación me dejé llevar. De repente, todo pareció multiplicarse por cien. Notó que estaba a punto de llegar y salió de mi boca.

—No puedo más, Joseph, no puedo más —balbuceé jadeante.

—De acuerdo, como tú digas —volvió a susurrar acariciándome con su nariz mi vello púbico.

Se movió sobre mí y paladeé el sabor salado de mi sexo, a la vez que su miembro entraba en mi interior de un solo golpe, fuerte y brutal. Mis gemidos quedaron ahogados por sus labios y un segundo embiste fue suficiente para que mi sexo tomara el control de mi cuerpo en un orgasmo sin fin. A una oleada le siguió otra y otra...

—Joseph, para, por favor, para —conseguí decir, al mismo tiempo que mi cuerpo se convulsionaba una y otra vez.

Me desató y mis ojos parpadearon deslumbrados por la luz. Su respiración era agitada y, gruñendo de placer, me besó con fuerza. Rodeé su cintura con mis piernas y no hizo falta más que un leve movimiento para que su pene llegara al fondo de mi vientre. Lo abracé y acaricié su espalda, despacio, con suavidad. Aún gemía cuando lo tocaba, pero ya no era por miedo o por vergüenza, sino por amor. Apreté mis piernas con fuerza cuando noté que se iba a romper en mi interior. Sus embistes precedieron a los míos y nuestros cuerpos volvieron a unirse en una sintonía total de movimientos. Nos quedamos cansados, sudorosos, felices, y Joseph besaba las alianzas que lucían en mi mano, pero yo era incapaz de mantener los ojos abiertos y el sueño me vencía, con mi

cabeza apoyada en su pecho, oyendo cómo se calmaba su agitado corazón.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó ilusionado.

—Cuando quieras —conseguí decir.

—¿Dentro de un año?

—Mmmm.

—¿Dentro de un mes?

—Mmmm.

—¿Mañana?

—Mmmm. —Noté su sonrisa en mi pelo—. Hasta mañana, mi niña, te quiero.

—Hasta mañana, mi niño, yo también —logré contestarle antes de caer en un profundo sueño.

Tumbada al sol, después de un refrescante baño en la piscina, recordaba todo lo pasado y todo lo que me quedaba por hacer. Estaba acabando el mes de junio y seguía a la espera de mis papeles para poder matricularme en la universidad. Tenía la posibilidad de seguir trabajando en el laboratorio y había decidido aprovecharla, pese al esfuerzo que implicaba el compatibilizar estudios y trabajo. De repente, parecía que todo en mi vida se había echado a correr y me sorprendía la facilidad con que tomaba una decisión tras otra. No hacía mucho tiempo me hubiera quedado paralizada por el vértigo, el miedo, las dudas y un montón de «¿y si me equivoco?» que habían sido sustituidos por «y si me equivoco, ¿qué?». Era viernes y Joseph se había pasado la tarde trabajando. Después de comer, bajó de nuevo a su oficina, subió y se encerró en su despacho, hablando por teléfono sin parar. Decidí que ya

había holgazaneado bastante y fui a su encuentro. Seguía en su despacho mirando unas fotos.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Me senté en sus rodillas y, tras un cariñoso beso, me enseñó lo que tenía sobre la mesa. Había una serie de fotos de una enorme extensión de terreno hechas desde distintos ángulos. Pero lo que más me llamó la atención eran las vistas tan impresionantes que tenían. El terreno estaba sobre una colina no demasiado alta que se deslizaba hasta llegar hasta el mismo mar.

—Tiene unas vistas preciosas —comenté—. ¿Qué es esto?

—Esto es un proyecto que tenía ya la empresa constructora cuando la compré. Pensaban construir aquí una urbanización, no demasiado grande, de casas con su correspondiente terreno y... —me explicaba y con su dedo me señalaba una de las fotos.

—Casas de lujo, por supuesto —apostillé.

—Pues sí, el terreno costó mucho dinero, pero, aunque es muy grande, prefiero construir menos casas y...

—Que valgan más —volví a apostillar

—Pues sí —repitió algo irritado—, de eso se trata, de hacer negocio.

Moví la cabeza mientras torcía el gesto.

—Pues asegúrate de que, al menos, quien compre ahí aprecie la belleza del lugar y no solo se preocupe de quién compra la casa más cara.

—Ya, claro, eso es muy fácil de decir. Entonces, ¿tú qué harías ahí? —soltó molesto dejando caer la foto que tenía entre manos.

Volví a mover la cabeza sin saber bien por qué esa conversación nos estaba empezando a incomodar a ambos. La puerta del

despacho estaba abierta y se veía parte del cuadro que yo había elegido y él había pagado.

—Un campo de amapolas —bromeé—, eso quedaría precioso en ese lugar, pero, claro, yo no tengo tu nariz para los negocios. —Y se la besé sonriendo.

—No, ya veo que no —también bromeó devolviéndome el beso en la mía—. Además, ten en cuenta que este va a ser mi último negocio con la empresa constructora.

—¡Qué!, ¿en serio? —pregunté aliviada al ver que la tensión había desaparecido.

—Totalmente. Te hice caso y, como siempre, tenías razón.

Me abrazó con fuerza y me miró sonriendo.

—¿Yo tenía razón?, ¿en qué? —Lo cierto es que no tenía ni puñetera idea de lo que estaba hablando.

—¿No me dijiste, no hace mucho, que el problema de la empresa es que el dueño fuera yo?

—Sí, bueno, pero...

—Pues problema resuelto, la empresa ya no es mía.

—Pero, Joseph, hablé por hablar y toda esa gente, no puedes dejarlos así. Tú no —insistí.

—No, claro que no los voy a dejar así —me contestó tras darme un beso—. Los he animado y han creado una cooperativa. Así yo desaparezco, y ellos pueden seguir adelante con los proyectos que nos habían concedido.

—Pero ¿no pierdes dinero? —pregunté volviendo a ojear las fotos.

—Algo sí, pero no demasiado. —Suspiró resignado—. Por eso me voy a quedar con este proyecto. El terreno lo pagué al comprar la empresa y con el dinero que pueda conseguir con la venta de unas cuantas casas me conformo.

—Lo siento, Joseph, trabajaste tanto para comprar esa empresa, tanto esfuerzo, tantos proyectos.

Estaba triste y me sentía en cierto modo responsable.

—Pues yo no —habló contento dándome un sonoro beso en la frente—, así tengo más tiempo para dedicártelo a ti. Aunque nos tengamos que conformar con ver el campo de amapolas en un cuadro —bromeó.

—Pues, entonces, cóbrales bien a los que quieran una casa ahí. Y nada de campo de amapolas para ellos —advertí apuntándolo con el dedo.

Me lo agarró y le dio un pequeño mordisco al que le siguieron muchos más. Y sobre la mesa de su despacho disfrutamos en nuestro pequeño e imaginario campo de amapolas...

—Te dije que jamás volvería a poner un pie en esta casa. —Era un sábado de mediados de julio y, de brazos cruzados en el asiento de atrás del coche, Joseph parecía un niño enfurruñado. Estábamos delante de su antigua casa y volvíamos a tener la misma discusión que en otras ocasiones.

»Si tantas ganas tienes de ir, que te acompañe Emerson —soltó enfadado. Lo cierto es que tenía razón. Desde que sabía de la existencia de esa casa tenía verdadera obsesión por verla. Quería entrar, ver su mundo, andar por donde él lo había hecho hacía muchos años y jugueteé nerviosa con las alianzas. No me las había vuelto a quitar, como los pendientes, ya formaban parte de mí.

»De verdad, lo siento, Julia, pero ya te dije que me trae demasiados, y malos, recuerdos —insistió con la voz llena de dolor.

Lo miré triste porque me daba cuenta de que, pese a no decirme nada, no entendía mi obsesión por ver esa casa.

—Si no te gusta, lo dejamos —respondí mirando avergonzada los anillos; hasta a mí me estaba resultando un poco morboso tanto interés.

—No, lo entiendo —pese a decirlo, no sonó muy convincente—, pero que te acompañe Emerson. —Miré a Emerson, que, discreto, había salido del coche para dejarnos hablar y volví a mirar a Joseph dubitativa—. Espero aquí, estoy bien, no te preocupes. —Intentó sonreír sin conseguirlo.

Tras un triste beso, bajé del coche y me acerqué a Emerson, el cual, con las manos en los bolsillos, miraba la casa con aire pensativo.

—Emerson, si a ti te incomoda... —empecé a decir abriendo la verja.

—No —dudó—, lo mío, lo nuestro pasó en la caseta de la piscina. Además, he estado viniendo aquí de vez en cuando.

Indiscutiblemente, alguien había mantenido a raya el paso del tiempo. La hierba del camino estaba cortada, los árboles podados, no había maleza, hasta se podría pensar que vivía alguien allí. Ambos nos acercamos a la casa en silencio y notaba cómo se aceleraban los latidos de mi corazón con cada paso que daba. Me parecía que iba a entrar en un mundo que, pese a lo que me había comentado Joseph, me era totalmente desconocido. Cuando llegamos al final del camino, vi la casa y la miré impresionada. Elegante, grande, de estilo colonial, con un gran porche rodeado por esbeltas columnas de piedra al igual que toda su barandilla. Abundantes ventanas se abrían paso en una delicada combinación de piedra y madera, ambas finamente trabajadas y las más grandes tenían unas coloridas vidrieras en la parte superior.

—Hola, señor Da Silva.

Una voz a mi espalda me hizo dar un respingo cuando estaba a punto de preguntarle a Emerson cómo todo estaba tan bien cuidado.

—Hola, Manuel —saludó cortésmente—, te presento a la prometida del señor Levi, la señorita Julia Torres.

Sonreí abiertamente estrechando su mano. No me había acostumbrado a que me llamaran así, ya que fuera de nuestro pequeño círculo nadie más lo sabía. Aún recordaba los fuertes abrazos y las lágrimas, sobre todo de Ana (lo de sus hormonas no tenía solución), cuando al día siguiente en su casa se lo dijimos mientras yo enseñaba orgullosa a todos mis anillos de compromiso. Recordaba también el guiño cómplice de Manuel a Joseph. Sin embargo, este Manuel no tenía nada que ver con el nuestro; era bajito regordete y medio calvo. Pero parecía feliz y me cayó bien al momento.

—Encantado. —Estrechó mi mano inclinando levemente la cabeza—. Ya vi al señor Levi en el coche. —Miró a Emerson y un silencioso «como siempre» quedó flotando en el aire.

Nos abrió la impresionante puerta de la casa y, prudentemente, se retiró. Era una puerta de madera, grande, maciza y bellamente trabajada.

—Vive aquí, en la otra casa, vigilando esto —me explicó Emerson tan pronto desapareció de nuestra vista.

Capítulo 23

Una leve nube de polvo se levantó al abrir la puerta y al entrar la luz pudimos ver cómo un pequeño ejército de motas parecía efectuar un baile para darnos la bienvenida. Mi corazón ya iba por su cuenta, tenía la boca seca, mi nudo habitual, pero no tenía a Joseph a mi lado para que me abrazara. En el interior reinaba la penumbra y Emerson se apuró a abrir las contras de madera de los ventanales más próximos; la luz inundó la casa y yo me quedé sin habla. Un

gran *hall* apareció ante mis ojos, rodeado por dos escaleras de madera, amplias, elegantes y con una preciosa balaustrada también en madera. El suelo era de mármol blanco con pequeñas incrustaciones en negro. A ambos lados, dos mesitas auxiliares flanqueadas por sendos butacones. Una gran lámpara de cristales colgaba del techo y pese a estar tapada, como todo lo demás, pude admirar parte de su bella y estilizada estructura. Miraba con la boca abierta para todos lados y por un momento quise imaginar a un niño bajar corriendo esas escaleras, despidiéndose con apuro por llegar tarde al colegio mientras comía algo apresuradamente. Pero no, solamente pude ver descender por ellas a un niño triste y cabizbajo, bajándolas en silencio, arrastrando los pies y sin un ápice de alegría.

Emerson me fue guiando por la casa. Hacia la derecha entramos en una gran estancia. Cuando abrió las contras de madera un gran salón apareció ante mis ojos. Me llamó la atención el artesonado del techo, todo de madera bellamente trabajada, formando una serie de cuadrados perfectos. Dos grandes lámparas colgaban, también tapadas y había profusión de muebles. La estancia estaba dividida en dos ambientes: el del comedor y la sala de estar. Un gran sillón de cuero con dos sofás de orejeras, rodeando una bonita mesa de cristal, daba la bienvenida y marcaban el comienzo de la sala de estar. En la pared, un mueble aparador de madera, también finamente tallado, permitía ver en su interior una bonita colección de tazas de fina porcelana. Unos pocos cuadros colgaban de una pared, también de madera, finamente adornada con la presencia de estilizadas columnas rematadas por elegantes volutas. Yo seguía a Emerson, que iba levantando las sábanas que cubrían todo para que lo pudiera ver. Al fondo de la estancia, haciendo esquina, se encontraba el comedor con una gran mesa central, también de madera, de finas patas bellamente trabajadas, al igual que la docena de sillas que la rodeaban. Otra lámpara presidía la zona y, en un lateral, un gran mueble a modo de aparador cuyos cristales dejaban ver en su interior una bonita vajilla y una impresionante cristalería con copas de varios colores. Todo tapado, oculto y parado en el tiempo. Separando ambas zonas un enorme piano igualmente

tapado que también permanecía mudo desde hacía mucho tiempo. No me atrevía a tocar nada. Tenía la sensación de estar en un sueño y, en el momento en el que tocara algo, todo se desmoronaría y desaparecería. En todo ese tiempo, ni Emerson ni yo habíamos dicho una palabra. En mi cabeza intentaba que se formaran imágenes de una familia feliz en esa bonita casa, pero era incapaz. Me imaginaba a Joseph y a su abuela sentados ante aquel piano, intentando esconder su dolor tras unas melancólicas notas, así como sus caras en una comida en torno a la mesa. Nadie miraba a nadie y veía a Joseph, con la cabeza gacha, intentando tragar la comida, al igual que su propia vergüenza. Lo que sí era cierto era que la casa rezumaba buen gusto, lo cual me indicaba que su padre no había tenido nada que ver en ello. De vuelta en el *hall*, Emerson me enseñó un espacioso baño con una porcelana en un color azul clarito y fuera, a su lado, un enorme perchero completaba esta parte de la casa. Justo enfrente había una gran cocina, un dormitorio y un baño de dimensiones más reducidas y deduje que sería para el personal de la casa. Me impresionó el tamaño de la cocina y lo bien equipada que estaba. Toda de madera, con una encimera de piedra de color blanco. No faltaba de nada y, salvo los electrodomésticos, no envidiaba para nada el diseño de alguna cocina en la actualidad. Un mueble bajo la separaba de la zona donde la familia comería a diario y en la que había una gran mesa, también de madera, con media docena de sillas. Pude ver que no había mota de polvo sobre ningún mueble y supuse que el tal Manuel tendría algo que ver en ello, como también en que en la casa no se notaba el olor a cerrado, que hubiera sido lo normal. En medio de un sepulcral silencio, subimos las escaleras hasta el primer piso y noté cómo me empezaban a temblar las piernas. Sabía que allí estaban sus dormitorios; el de Clara, el de Sara, el de su padre, el de Joseph..., y deseé como nunca que él estuviera ahí, a mi lado.

—El dormitorio de sus padres —anunció Emerson abriendo una puerta que se encontraba a nuestra izquierda.

Me quedé en la entrada, esperando a que la luz hiciera su aparición. Una gran cama salió de la oscuridad con un baúl a sus pies, un

delicado mueble de tocador con una silla al frente, un galán de noche, un enorme armario que cubría casi por completo un lateral y dos sofás a ambos lados de la entrada. Al fondo, un espacioso cuarto de baño en color melocotón. Miré hacia la cama y, a modo de holograma, apareció la imagen de una bella mujer sentada, sola, llorando en silencio; con total nitidez estaba viendo a Sara, la abuela de Joseph. Salimos de allí y pasamos por delante de una mesa circular con un par de butacones. Sobre ellos, otra gran lámpara.

—La habitación de Clara. —Fue la siguiente frase.

Suspiré resignada y triste. Era duro tener tantas parcelas de la vida que no pudieras compartir. Si no fuera porque sabía lo que había ocurrido entre esas paredes, me parecería una habitación «normal», de una niña «normal», que había tenido una vida «normal». Pero no, me encontraba en la habitación de una niña que había sido violada, maltratada, había tenido un hijo del que no pudo disfrutar como madre, con una infancia robada y que acabó allí su vida, intentando proteger al hijo que tenía y al que venía en camino. No pude reprimir una oleada de indignación, pero también de enorme cariño y compasión, pese a no haberla conocido. Una cama pequeña, un tocador vacío, al igual que su armario, un cuarto de baño en rosa pálido... Una sensación de angustia y soledad me invadió de repente y las lágrimas empezaron a caer, en silencio, por mi cara. Emerson no me miraba, y yo evitaba mirarlo a él. Callados, envueltos en un atronador e insoportable silencio, nos dirigimos a la siguiente habitación. No hizo falta que me dijera nada, sabía de cuál se trataba y empecé a respirar agitadamente, como si acabara de correr una maratón. La mano de Emerson se acercó, despacio, para abrir la puerta y por unos segundos quedó suspendida en el aire. Supuse que ambos dudábamos de la necesidad de abrirla.

—Esta era mi habitación.

Su voz sonó de repente, lúgubre y vacía, como saliendo de la nada a nuestras espaldas. Solté un grito tan grande que hasta Emerson se asustó. Mi mente me jugó una mala pasada y creí que el cabrón de su padre había vuelto. Me volví, asustada, con la mano en el

pecho, intentando controlar la respiración. Pese a haber jurado que no volvería a poner un pie en esa casa, allí estaba Joseph; pálido, sudando frío y tenso.

—Joseph, has venido —balbuceé abrazándome a él—, no hace falta. Si quieres nos vamos.

Sin decir nada, me abrazó y me besó el pelo mientras Emerson, prudente como siempre, dio un paso atrás y espero a una distancia considerable.

—No, tengo que hacerlo, Julia —habló mirándome a los ojos—. Por mí porque recuerdo que me dijiste que para poder cerrar una puerta antes tienes que abrirla. —Suspiró fuerte y carraspeó nervioso—. Y ya va siendo hora de que cierre esta puerta.

Sin dar tiempo a más, abrió la puerta de su habitación. Se quedó en el umbral, clavado, rígido, con la mirada y el gesto de un animal herido que vuelve al lugar de su sufrimiento. Me limité a quedarme a su lado, tan rígida como él. Estaba tan absorto que pegó un pequeño respingo cuando agarré su mano. En silencio, Emerson entró y abrió las contras para que pudiera entrar la luz y, con el mismo sigilo, salió de la habitación dejándonos a solas. Una cama pequeña al fondo de la habitación pegada a la pared, un escritorio, un armario, un cuarto de baño de un color azul intenso. Vi cómo recorría toda la habitación con la mirada, inmóvil como una estatua.

—Pegó la cama a la pared porque así le era más fácil. —Ni me miró al decirlo. En ese momento no estaba conmigo, se había ido en el tiempo y el Joseph niño le estaba explicando lo sucedido al Joseph adulto—. No me podía escapar con tanta facilidad. —Un escalofrío recorrió mi cuerpo y, cerrando los ojos, me abracé a él. No me gustaba la escena que se estaba formando en mi cabeza.

»Me hizo tanto daño —siguió hablando para sí mismo. Me mantenía abrazada, pero su mente estaba lejos, muy lejos...

»Nos hizo tanto daño —rectificó ausente—, a ellas, a mí. Lo odio y lo odiaré el resto de mi vida. Me alegro de que esté muerto y solo lamento no haberlo hecho yo con mis propias manos. Te odio, lo odio.

Escupió sus palabras con rabia, con inquina y su respiración se empezó a acelerar, y yo contemplaba atónita cómo empezaba a confundir el pasado con el presente. Me asusté más cuando se apoyó en una de las patas de la cama, lívido, con la boca abierta, buscando aire, incapaz de respirar, repitiendo una y otra vez: «te odio, lo odio» en una locura total de tiempos y de momentos.

—Joseph, ¡para! —grité histérica apretándolo contra mí—. Ahora está muerto y ya no va a hacer más daño a nadie.

Fui incapaz de seguir hablando. Ante mis ojos, literalmente, se desplomó. Se dejó caer de rodillas y, sepultando la cara entre sus manos, empezó a llorar. Se dobló sobre sí mismo y sus hombros se empezaron a sacudir mientras unos alaridos salieron de lo más profundo de sus entrañas, antiguos, silentes, pero que en este momento se cobraban el precio de una niñez devastada, de una vida disfrazada y de unos sentimientos robados. Emerson apareció, alarmado, pero ante mi gesto se retiró. Me arrodillé frente a él y en silencio lo abracé. Dejó caer su cabeza sobre mi hombro, y yo lo mecía suavemente.

—Chssss, tranquilo, mi niño, tranquilo —conseguí decir.

Me estaba costando mantener alejado mi puto nudo de los cojones de esta escena. Mis ojos estaban llenos de lágrimas, pero si algo tenía claro era que lo único que necesitaba Joseph era un hombro sobre el que llorar, como tantas veces había hecho yo en el suyo. Me limité a dejar que se desahogara acariciando su pelo con suavidad, vaciando todo el dolor acumulado durante tantos años, dejando que saldara la deuda que tenía pendiente con su pasado hasta que, poco a poco, se fue tranquilizando y nos pusimos en pie. Agarró mi cara y me besó con todas sus fuerzas, dejando ir en ese beso las últimas gotas de rabia que le quedaban y me miró serio,

con sus preciosos ojos aún llenos de lágrimas y sus enormes pestañas mojadas.

—Perdona —se disculpó—, no debí entrar.

—Ni se te ocurra lamentarlo —interrumpí secando su cara con mi mano—, es lo mejor que has podido hacer. ¿Te sientes mejor?

—Sí, la verdad es que sí —contestó tras pensárselo unos segundos, después soltó un profundo suspiro.

—Oye, ¿no queda ningún recuerdo? —pregunté cuando me di cuenta de ello—. ¿No hay fotos?, ¿ropa?, ¿nada?

Por toda respuesta miró a Emerson, que se mantenía a una distancia prudencial.

—Todo lo que había lo guardé aquí. —Señaló una última habitación respondiendo a su muda pregunta—. Pero no quedaba mucho.

—¿Entramos? —Me dirigí de nuevo a Joseph.

—Entramos. —Emerson abrió las contras y nos encontramos una habitación más o menos como las anteriores. Una gran cama, sobre la que había varias cajas, un armario, un tocador, un cuarto de baño en un lateral y, en el otro, una puerta—. El cuarto de invitados —explicó serio sin moverse—. En realidad, era donde dormía mi padre y no siempre solo. Por esa puerta se va a su despacho. —La señaló sin moverse del sitio.

Abrí la puerta y la luz proveniente de la habitación entró también en esa. Ya, a primera vista, se notaba el cambio de mano a la hora de decorar. La habitación estaba llena de muebles, a cuál más recargado, pero carentes del más elemental sentido del gusto y ya no digamos de la estética.

Tenía la sensación de encontrarme en un mercadillo. Una pesada mesa presidía la estancia con un gran sillón que más bien parecía

un trono. Detrás, en la pared, un gran cuadro tapado. Levanté le tela y, sin poder evitarlo, di un paso hacia atrás asustada. Era un retrato del padre de Joseph sentado en su trono, en el centro del universo, como el rey que creía ser. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al volver a ver esa dura y fría mirada azul. Afortunadamente, no sonreía y tenía la barbilla levemente levantada, en una clara actitud desafiante. De traje, con una espantosa camisa de cuadros y con un florido pañuelo saliendo del bolsillo de su chaqueta que hacía juego con una corbata que merecía que le hubieran prendido fuego, el pelo engominado y peinado estilo militar. Podía haber sido guapo si no fuera por ese gesto hostil y altanero que desdibujaba sus facciones y me volví a dar cuenta de lo mucho que Joseph se parecía a él, pese a ser completamente diferente. Una náusea ascendió hasta mi boca cuando vi el anillo en su mano y, con rabia, volví a taparlo. No merecía ni estar iluminado por la luz del sol. Joseph ni lo miraba y mantenía la vista clavada en un mueble pegado a la pared.

—¿Fue ahí donde encontraste todo? —indagué agarrando su mano.

Solamente asintió, se soltó de mi mano y con cara de asco volvió a la otra habitación. Rápidamente eché un último vistazo. Poco más, una habitación sin gusto, de un hombre sin el más mínimo sentido de la estética, el decoro y la elegancia en ninguno de los aspectos de su vida. Cuando volví a su lado, estaba mirando lo que ponía por fuera en las cajas. Ropa, calzado, libros, papeles, fotos... Tenía el ceño fruncido y se notaba que estaba irritado, nervioso y deseando irse.

Sacudí ligeramente la cabeza sin poder evitar sentir pena. Pena por él, por ellas, hasta pena por la casa. Entre aquellas paredes deberían resonar los ecos de unos niños riendo y jugando al volver del colegio; por las escaleras deberían resonar sus pasos apresurados, deseosos por dejar sus mochilas e irse al jardín a jugar o a bañarse en la piscina, y en sus habitaciones solo deberían quedar los agradables recuerdos de jugar en la bañera, los aburridos momentos de hacer los deberes y los bonitos sueños que

deben tener todos los niños pensando en que de mayores van a ser bomberos, médicos, superhéroes... Pero no, entre esas paredes solo había un silencio contenido, un dolor agazapado en cada uno de los rincones de aquel lugar, un atroz cortejo de sollozos, una sombra que lo invadía todo y que la luz no conseguía vencer.

—¿No te dije que quemaras todo esto? —La voz enfadada de Joseph me devolvió a la realidad.

—Bueno, pensé que en algún momento... —se excusó Emerson visiblemente incómodo.

—Pues pensaste mal —atajó Joseph—, llama a Manuel y que ahora mismo se deshaga de todo. Quema ese cuadro, quema todo lo de esa habitación, no quiero que quede ni el más mínimo rastro de nada.

Su respiración se fue alterando a medida que hablaba y temí que se iba a repetir lo ocurrido en su dormitorio. Pero no, paró de hablar y, quizás temiendo lo mismo, pasó su mano por mi hombro y me abrazó. Me miró asustado y nervioso, con pequeñas gotas de sudor en su frente y sus manos frías y sudorosas. Le di un reconfortante beso y, aparentemente, se tranquilizó.

—¿Puedo? —pregunté señalando una pequeña caja en la que estaba escrito «fotos».

—Son fotos —recalcó.

—Ya, Joseph, te recuerdo que sé leer —intenté bromear.

—Te espero fuera. —Fue su manera de autorizarme—, pero quiero que todo se quede aquí y que se queme —sentenció apuntando a la caja con su dedo.

Dio media vuelta y se fue. Suspiré resignada. Entendía perfectamente sus reacciones. Me senté en una silla y abrí la caja. No había demasiadas fotos y la mayoría estaban estropeadas. La

humedad, el calor y los años habían hecho estragos en ellas; pese a todo, parte de la historia familiar de Joseph apareció ante mis ojos. Por desgracia, de su familia materna no quedaba ni rastro, pues su padre se había encargado de deshacerse de todas las fotos. Una lástima, eran las únicas personas dignas de ser recordadas. Una rubia pareja —de mirada orgullosa, él; de mirada bovina, ella— me observaba desde el pasado. Vi los mismos ojos azules y fríos en el hombre al igual que su gesto. Aunque con más años que los de las fotos que Joseph me había enseñado. Eran, sin duda, sus abuelos paternos. Había varias fotos de ellos en las que aparecía su padre, Otto, en distintas edades. Vi cómo un niño regordete y sonriente, siempre en brazos de su padre, se iba convirtiendo en uno serio, un adolescente de mirada hosca y desafiante, para acabar transformándose en un adulto psicópata, pederasta, maltratador y asesino. Me di cuenta de que apenas había fotos de la vida familiar de Joseph. Supuse que a nadie le apetecía hacerse fotos y las que su padre prefería eran de otro estilo. Las que vi eran parecidas a las que ya me había enseñado; a Sara ni tocarla, y Otto con Clara en sus brazos. Cuando entraba Joseph en escena se repetía prácticamente la misma foto, solamente que entonces era él quien estaba en brazos de su padre.

—¿Bajas?

Oí chillar a Joseph desde la otra planta. Más que una pregunta fue una orden. En un impulso cogí apresuradamente unas cuantas fotos y me las guardé en el bolso. Cuando bajé, le estaba dando órdenes a un Manuel sorprendido por verlo, por primera vez, en la casa.

—¿Tu abuela no tenía joyas?, sería lo más lógico...

Me acordé de eso al pasar frente a su centro comercial. No había dicho palabra desde que abandonamos la casa y, con la cabeza apoyada en su mano, miraba por la ventanilla del coche con expresión ausente.

—Sara —masculló, aún le costaba llamarla abuela— tenía unas joyas bellísimas. Las diseñaba ella y tenía un gusto exquisito. —Su

mirada se suavizó y besó mis alianzas con gesto distraído—. Eran simples, sencillas, delicadas, con una elegancia natural, como ella. —«Y como tú», pensé arqueando mis cejas. Parpadeó y volvió a la realidad.

»Cuando mi padre desapareció no reparé en ello. Sabía que ella las guardaba en la caja fuerte de la joyería y creí que allí seguirían. Cuando me quedé solo y lo recordé fui a mirar. No había ninguna. — Suspiró, resignado, volviendo a besar mis anillos—. No sé si mi padre las fue vendiendo, pues estábamos casi sin dinero, o si en el momento de su huida se las llevó consigo, aunque me inclino a pensar que pasó un poco de todo y que se debió de llevar lo poco que quedaba de ellas.

—¿No piensas hacer nada con esa casa? —Opté por cambiar de tema ante su nuevo silencio.

—Sí, dejar que se pudra —respondió tajante.

—Pero, Joseph, esa casa ahí debe de valer mucho dinero, tiene una finca enorme. ¿Dónde está tu sentido empresarial? —bromeé acercándome y besando su nariz.

—Prefiero dejar mis sentidos para otras cosas... —susurró olfateando mi cuello mientras lo rozaba con sus dientes.

Reprimí un grito mirando de reojo a Emerson, que parecía no haberse enterado de nada, salvo por su leve sonrisa. Dejé que el tema se zanjara, al menos, por el momento.

Capítulo 24

Fijamos la fecha de la boda para el veintisiete de septiembre, justo cuando se cumplía el año de mi llegada allí, y mientras tanto nuestras vidas siguieron con su deseada rutina. Conseguí matricularme en la universidad y, como habíamos acordado, compaginaba mis estudios con el trabajo del laboratorio, mis

ensayos en el coro y mi aprendizaje en la revista. Joseph tampoco paraba. Pese a haberse desprendido de la empresa constructora, ese último proyecto le daba auténticos quebraderos de cabeza. Permisos, licencias, siempre surgía un problema en el último momento que lo retrasaba todo y ambos pensábamos lo mismo; que detrás de todo aquello seguían estando Las tres Marías. Lo bueno es que el resto de sus empresas iban de maravilla, la cercanía de las Olimpiadas tenía a mucha gente viajando de un lado para otro y, para eso, necesitaban coches, aviones, helicópteros... Todo suministrado por la empresa de Joseph, su centro comercial también estaba funcionando bien; con tanto visitante, regalos, fiestas y reuniones estaba siempre abarrotado y las ventas se habían incrementado espectacularmente.

Habíamos decidido que nos casara un juez de paz; dada la situación, era lo más honesto. Joseph se había criado en un caos religioso y como él bien decía: «Dios no pasó nunca por mi casa ni se le esperaba». Con ascendientes judíos y alemanes y, lo que es peor, con semejante padre, nunca esperó nada de nadie y mucho menos de ningún dios. Yo, por mi parte, siempre había envidiado a la gente que tenía fe, como mi abuela. Ella estaba segura de que cuando muriese se iba a reunir con sus seres queridos, en especial, con su marido, al que amó toda su vida, pese a quedarse viuda muy joven. Era una suerte el tener esa fe porque era algo a lo que agarrarse en los momentos difíciles. No afrontabas de la misma manera la muerte de un ser querido si pensabas que todo acaba aquí o si, por el contrario, creías que en otro lugar te estaban esperando. ¡Ojalá hubiera tenido yo esa fe!, no tendría la menor duda de con quién estar el resto de la eternidad. Quizás por eso me aterraba tanto pensar en la muerte y todo lo que ello implicaba.

—¿Qué es eso de ir a un triste juzgado para ese día tan importante?
—imploró Ana con los ojos llorosos—. De eso nada, ya tuvisteis bastante juzgado —remató.

Estábamos a primeros de agosto, comiendo con ellos, y los dos nos miraban enfadados por no considerar la posibilidad de celebrar la

ceremonia en su casa. Joseph y yo nos miramos y no hubo más que decir. Rápidamente, llamó a José María y le pidió que se encargara de todo, con la condición de asistir también como invitado. Se quedó encantado.

—No os preocupéis por nada, me encargo yo —fue lo único que dijo eufórico .

«Estupendo —pensé—. Un tema menos».

Otro jaleo, tema económico.

—Julia, no insistas —masculló Joseph—, no voy a romper ese papel, tanto si te gusta como si no. Además, ¿a qué viene tanto problema?, ¿no vamos a compartirlo todo?, pues yo quiero compartir mi dinero contigo.

La cena ya se me estaba atragantando, como me ocurría siempre que tocábamos el tema.

—Joseph, no quiero que... —intenté empezar a hablar.

—¡Joder, Julia!, basta ya. —Abrí los ojos como los platos que teníamos delante y que él acababa de empujar, enfadado. Mal asunto, tenía que estar muy cabreado para soltar un taco—. Por favor, no te estoy intentando comprar. —Respiró hondo para contenerse—. Me parece infantil tu postura. Vamos, Julia —habló mimoso cogiéndome la mano y empezando a besármela—, quiero que seas feliz, quiero ser feliz. Déjalo ya, por favor. —Ladeó la cabeza de esa forma tan especial mientras me miraba suplicante.

Lo miré y suspiré resignada.

—Está bien —accedí—, pero con una condición.

—Dimeeee —respondió besando mi mano.

—Si yo comparto tu dinero, tú compartes el mío.

—Piénsalo bien —dijo sonriendo—, mira que estás ganando mucho con la editorial. Te recuerdo que todo lo que hasta la fecha se ha publicado ha sido un éxito de ventas.

—Pues mejor me lo pintas. —Con los brazos cruzados, lo observé desafiante.

—Está bien —cedió al fin levantando las manos—, si así lo quieres, así será, ¿contenta?

—Contenta —repetí satisfecha—, y deja ya de hablar de dinero que se me quitan las ganas de comer —bromeé.

Una servilleta voló en mi dirección y otra voló en la suya.

—¿Conque tenemos ganas de guerra?, pues no lo vas a conseguir —soltó comiéndose el último trozo de mi lasaña de verduras—. Te recuerdo que tenemos de postre la tarta que hiciste de galletas y chocolate —relamiéndose señaló la nevera.

La Julia seductora dejó de comer y se puso a trabajar. Me levanté, contoneándome, y abrí la nevera. Con suavidad, pasé el dedo por un lateral de la tarta llenándolo de chocolate, mientras él me miraba expectante. Me acerqué lentamente y me senté en su regazo.

—¿No te gustaría otro tipo de postre? —susurré en su oído haciendo el amago de darle a chupar mi dedo. Abrió la boca, pero lo metí rápidamente en la mía y cerré los ojos con deleite—. Mmm, está buenísimo —susurré acercando mis labios a su boca entreabierta.

Lo besé con mi boca de chocolate que su lengua paladeó, al igual que pareció hacerlo con todo mi cuerpo. Cerró los ojos y gimió quedamente. Cuando los abrió, eran dos bolas de fuego negro capaces de derretir todo con su mirada. Me agarró y se levantó conmigo en brazos.

—Tienes razón, prefiero otro tipo de postre —susurró ronco cuando subíamos las escaleras.

Estábamos desnudos, tumbados en la cama, sudando. Dobló el brazo y, apoyando su cabeza en él, me miró.

—¿Cómo va a ser tu vestido? —me preguntó visiblemente ilusionado.

—No sé, Joseph, algo sencillo, va a ser una ceremonia civil y...

—Pues a mí me gustaría que fueses de novia, con velo y todo —soltó sonriendo.

—¿Estás seguro? —cuestioné extrañada.

—Sí. —Se tumbó mirando al techo—. Tengo una imagen en mi cabeza que me gustaría que se hiciera realidad. Ver cómo te acercas, vestida de novia, por un largo pasillo y al llegar a mi lado te levantó el velo y contemplo tu preciosa cara. —Nos quedamos en silencio, yo sorprendida, y él supongo que esperando oír mi voz. Lo cierto es que apenas había tenido tiempo para pensar en ello, pero no había ido más allá de imaginarme con un bonito traje, pero para nada de novia y, mucho menos, con velo.

»Me haría mucha ilusión. —Seguía mirando al techo con las manos detrás de la cabeza—. No sabes cuánta. —Ante mi silencio, volvió a insistir frunciendo su hermosa boca y mirándome con cara de pena.

Me eché a reír.

—Está bien, si esa es tu ilusión...

Se volvió rápidamente y me besó feliz.

—Gracias.

—De nada —contesté—; por ti, lo que haga falta y más.

Con la disculpa de bajar a por un trozo de tarta, llamé a Manuel desesperada.

—Tranquila, hay tiempo de sobra. Cuando tenga algo ya te llamaré.

Y, con su calma habitual, me dejó hecha un manojo de nervios.

—Siento mucho que tu amiga no pueda venir a nuestra boda. Sé que le hacía mucha ilusión y me hubiera gustado conocerla.

Joseph intentaba consolarme en vano. Acababa de hablar con ella por la *webcam* y me sentía triste.

—Yo..., yo también me alegro de que les vaya todo tan bien —solté resignada.

El motivo por el que no podían venir es que estaban inmersos en la reforma de su restaurante, así como en la apertura de una pequeña casa de turismo rural. Cuando se habían conocido, en Galicia, John paraba en una de esas y quedó encantado. En esos momentos, abrían su propia casa allí, en Canarias, y entre todo eso más un niño pequeño era normal que se les hiciera imposible un viaje tan largo.

Rememoré nuestra conversación.

—Además, tienes que venir aquí, así que de cualquier forma nos veremos —alegó con voz cantarina para paliar mi decepción.

—No es lo mismo —protesté—, cuando vaya ahí no será por un motivo agradable.

—Ya lo sé, Julia. Y, créeme, lo siento. Sabes que si pudiera iríamos de buena gana, pero creo que te arreglarás muy bien sin nosotros. Me acordaré de ti en ese día.

Las lágrimas volvieron a mis ojos al recordar la conversación que acabábamos de tener. Lo cierto es que estaba algo enfadada conmigo y no le sobraban motivos para ello. Apenas habíamos

hablado en todo ese tiempo y la culpa había sido mía. Todo lo sucedido me había desbordado y, sin darme cuenta, la había dejado al margen por completo. Sus muchas llamadas, correos y wasaps habían tenido una breve y escasa respuesta. A veces, por falta de tiempo, pero tenía que reconocer que, la mayoría, por falta de ganas. Me dejé abrazar por Joseph mientras a mi cabeza venían un montón de recuerdos.

Nos habíamos conocido en el colegio, pero entre nosotras nunca hubo más que un «hola» y un «hasta luego». Después, nuestras respectivas carreras nos llevaron por rumbos diferentes y no supe más de ella. Hasta el día en que empecé a trabajar como técnico en el hospital, yo y mi impresionante sentido de la orientación andábamos dando vueltas como locos, buscando el sitio donde tenía que recoger mi uniforme. Vi a una enfermera saliendo de un vestuario y la llamé. Cuando se giró, y nos vimos, me quedé un poco cortada dada nuestra nula relación. Ella no, pareció alegrarse y me acompañó a todo cuanto sitio me hacía falta ir; desde aquella vez nos hicimos inseparables. Yo tenía siempre turno de mañana y, cuando coincidía con el suyo, subíamos juntas a la cafetería y quedábamos para salir. Siempre contenta, siempre segura de sí misma. Era algo gordita, pero nunca le importó. De hecho, cuando íbamos de compras siempre era yo la que daba más vueltas para encontrar algo que me gustara un poco. Ella no, a la primera de cambio encontraba algo que le quedaba de maravilla. Tenía muy claro que, si cuando conocí a Víctor ella estuviera, me hubiera ayudado a ver la realidad y no habría pasado por todo lo que pasé.

—No me gusta, lo siento. —Fueron sus primeras palabras cuando nos reencontramos en Canarias, el día del examen—. Además, no te veo feliz.

Un beso de Joseph me trajo de vuelta a la realidad y lo miré sonriendo. Estaba completamente segura de que cuando lo pudiera conocer le iba a gustar porque me iba a ver feliz de verdad.

Agosto tocaba a su fin y seguía sin saber nada de Manuel y hasta estaba empezando a pensar en morderme las uñas, como Alberto.

Tocaba esperar, él era así. A veces le pedías algo y ya estaba hecho al día siguiente. Otras veces parecía haberse olvidado por completo de lo que le habías pedido. Manuel y su mundo.

Mi beca se había acabado, septiembre había llegado y un leve desasosiego se apoderó de mí. Estaba viendo zarpar el último barco a sabiendas de que no iba a subir a él. En el laboratorio se había trabajado mucho y bien, y el doctor Ihab había conseguido formar un buen equipo preparado para detectar el HPV desde el primer momento.

Tanto a él como a mí se nos ofreció seguir trabajando como parte del personal del hospital (me daba a mí que Marcos tuvo algo que ver en ello). Por mi parte acepté, al menos hasta terminar mi carrera. Ihab pidió ir a su país para poder hablarlo con su familia, pero le agradecí que pospusiera su viaje hasta después de mi boda. Carlos le había comunicado que su contrato de trabajo con el hospital no iba a ser renovado y, aunque no había sacado el tema, no hacía falta ser un lumbreras para saber que si no se hubiera posicionado a mi favor su contrato sería renovado sin ningún problema, pues su valía profesional estaba fuera de toda duda y era lo que nos había traído hasta allí.

Otro tema que me quitaba el sueño era la ceremonia. Creí que al ser civil se reduciría a oír a un juez recitar tus derechos y deberes legales para con tu futuro cónyuge y poco más. Pues había que joderse, no. También estaba lo de los famosos votos. Se suponía que tenías que decir algo maravilloso, soltar frases para la historia que consiguieran emocionar a tu pareja sin parecer una cursi. Pues no había manera, cada vez que leía lo que acababa de escribir me parecía más ridículo que lo anterior.

«Se supone que voy a ser periodista, ¡joder!», pensé, enfadada, tirándome de los pelos por no ser capaz de escribir cuatro frases.

—Manuel, dime que tienes algo, por favor. —Ni hola le dije cuando me llamó a primeros de septiembre. Estaba de los nervios, y Joseph, pese a intentar disimularlo, no lo estaba menos.

—Tranquila, pasad por mi estudio —respondió con su habitual calma—, ya os tengo todo listo. —Suspiré aliviada. Por todo listo quería suponer que se refería a un alfiler de corbata que le había encargado, las alianzas y, sobre todo, a mi traje de novia—. Y no te preocupes por Joseph, no te va a ver.

Volví a suspirar, más por saber que tenía traje que por otra cosa y, tan pronto avisé a Joseph, subió disparado. Tenía un montón de trabajo y, al final, me alegré de que hubiera dejado la empresa constructora, si no sería una auténtica locura. Desde la comida que habíamos tenido en casa de Marcos y Ana para celebrar el nacimiento de la pequeña Clara, no lo habíamos vuelto a ver. Estaba como siempre; alegre, histriónico, charlatán, pero tuve la sensación de que algo no iba bien. Las alianzas eran una preciosidad, sencillas, de oro blanco, al igual que las de compromiso, pero pulidas de tal manera que reflejaban la luz de una forma espectacular. El alfiler de corbata no era menos. Dos «J» entrelazadas, en ónix, una negra y la otra verde, rodeadas por un fino borde de oro blanco.

—Quise el mismo diseño que el de mis tatuajes y el collar. Elegí esos colores por el de tus ojos y los míos y la piedra por sus propiedades protectoras, para que te proteja y te aparte de todo mal.

Así se lo expliqué a Joseph mirándolo expectante para ver su reacción. Lo cogió con delicadeza entre sus largas manos y lo acarició con sus dedos.

—Gracias, Julia, es precioso, como tú —habló con los ojos brillantes de la emoción y, olvidándose de la presencia de Manuel, me dio un apasionado beso.

—Tengo otro regalo pensado, pero ese me va a llevar más tiempo —le comenté sonriendo cuando, ante los bufidos de Manuel, paramos de besarnos.

Ladeó la cabeza de esa manera suya y me miró como solamente él sabía hacerlo.

—¡Ya basta!, sois empalagosos —bromeó Manuel arrastrándome hasta su despacho y dejando a Joseph atrás.

«Despacho», por llamarlo algo. Era la habitación más desordenada y más llena de cosas que había visto en mi vida. Dibujos, cajas, cuerdas, esquemas, anotaciones, fotos, telas, todo mezclado y apilado sobre su mesa, sillas, suelo. No sabía cómo lo lograba, pero, pese a todo, sabía dónde estaba cada cosa. En el centro, en medio de todo ese caos y como suspendido en el aire, emergía con fuerza la figura de un maniquí tapado por una tela blanca. Mi corazón se aceleró y a mi cabeza acudían en tropel un montón de «¿y si?». ¿Y si no me gustaba?, ¿y si no le gustaba a Joseph?, ¿y si me quedaba mal?

Sin decir palabra, tiró de la tela, descubrió su obra y todos mis «¿y si?» desaparecieron de un plumazo. Me quedé mirándolo incapaz de articular palabra y me llevé las manos a la boca abriendo los ojos como platos.

—Deduzco que a primera vista te gusta —comentó Manuel hinchando el pecho, orgulloso como un pavo.

—Manuel..., es realmente precioso, es sencillo, es impresionante —fue lo único que pude decir antes de abrazarlo emocionada.

Realmente lo era o al menos así me lo parecía. La tela era mikado de seda, una seda natural gruesa y con una textura algo granulada, con cuerpo y volumen; de color blanco, pero con un brillo mate que le aportaba una gran elegancia. De cuello redondo, con media manga que acababa con una abertura adornada con un pequeño lazo, entallado, y un poco más abajo de la cadera un lazo igual, solo que un poco más grande, marcaba el comienzo de una larga cola. De un volumen espectacular y de una extrema sencillez. Una larga hilera de diminutos botones a modo de perlas recorría mi espalda y unas pequeñas «J» entrelazadas, bordadas y salpicadas por ella constituían el único adorno. Se complementaba con un gran velo rematado por la misma tela del traje. Estaba tan atónita mirándolo que no me enteré de la entrada de una señora que resultó ser la que

había confeccionado el vestido. Tan alta como ancha, con un moño espectacular, Carmen, que así se llamaba, resultó ser un prodigio de buen hacer y mejor aconsejar.

—Gracias, me parece precioso —acerté a decir cuando, tras un biombo, me ayudaba a ponérmelo.

—Una vez que se tiene claro lo que se quiere, no es tan complicado —consiguió contestar, pese a tener la boca llena de alfileres que iba poniendo por la tela para ajustarlo definitivamente—. Has adelgazado o las medidas que me dieron no eran las correctas —continuó hablando pese a la sarta de alfileres—. Pues no sigas, sino no se te va a ver —me aconsejó acertadamente sacando una caja de un bolso tan grande que me recordó al de Mary Poppins.

»Tome, espero que le sienten bien. Nunca los había hecho para un pie tan pequeño. —Abrí la caja y me volví a quedar sin habla. Dentro, unos zapatos preciosos forrados con la misma tela que el traje, de punta redonda, de cuña y una pulsera en el tobillo. En la parte de atrás, cerrando la pulsera, un diminuto lazo y en la parte delantera un único bordado con el mismo motivo que el traje, dos pequeñas «J» entrelazadas. Me ayudó a ponérmelos, me quedaban como un guante y me sentí como se debió de sentir Cenicienta.

»Perfecto —comentó satisfecha—. Ahora el último toque, ¿cómo vas a ir peinada? —Sin darme tiempo a contestar agarró mi media melena y me la levantó sopesando su largura.

»Te da para hacer un falso recogido, es lo que te aconsejo para darte un poco de altura y que te luzca mejor el velo. —Asentí, superada por la situación, viendo cómo revolvía de nuevo en su inmenso bolso. Sacó de él una fina diadema que me puso en la cabeza sujetando el velo. Y, de repente, todo apareció ante mi vista difuminado y matizado, como en un sueño. Como el sueño que estaba viviendo. Se apartó y me miró con cara de satisfacción mientras recolocaba su moño que, con tanto movimiento, parecía que se iba a caer de un momento a otro.

»Ya está —confirmó y, como quien saca un conejo de su chistera, sacó de su bolso un pequeño ramo de flores secas.

»Para ver el efecto —me explicó—. Te recomiendo un ramo pequeño, sencillo y todo de flor blanca —sugirió con su impresionante seguridad.

Volví a asentir, agarré temblorosa el ramo y salimos de detrás del biombo. Manuel estaba esperando, sentado en su mesa llena de papeles, bocetos y cachivaches. Me quedé plantada, ante él, en silencio, expectante.

—Estás increíble, Julia. Joseph se va a volver loco cuando te vea.
—Se recostó satisfecho en su sillón con las manos detrás de la cabeza.

—¿Puedo verme? —conseguí decir ante tanta emoción.

—No, de eso nada —soltó de inmediato levantándose y acercándose para dar un último vistazo—, quiero que guardes ese momento para el día de tu boda. Cíñeselo bien, seguro que adelgaza un poco más, y ajusta bien el largo por delante, quiero que se vean esos preciosos zapatos —le comentó a Carmen cuya boca parecía un puerco espín. Me levantó el velo, me miró sonriendo y posó sus brazos sobre mis hombros.

»Estate tranquila, vas a estar preciosa, te lo aseguro, ¿confías en mí? —Asentí sin poder hablar de la emoción—. Bien, entonces ya está —Besó mi frente cariñosamente.

—Manuel, ¿estás bien? —le pregunté ya con su mano en la puerta para salir de la oficina.

—Sí, por supuesto —contestó esbozando una sonrisa que a mí se me antojó un poco forzada—. ¿Por qué me lo preguntas?

—No sé, me parece que te veo triste.

—¡Qué va!, eso sí, estoy cansado, pero la culpa es vuestra por hacerme trabajar tanto —bromeó abandonando la habitación.

Volví al biombo, pensativa, para quitarme el precioso traje que no me había visto puesto. Pese a su respuesta, seguía pensando lo mismo. Cuando salí estaba hablando con Joseph, que me miró expectante.

—Todo perfecto —se adelantó a decir Manuel—, ya la verás, va a estar preciosa.

Sus ojos se iluminaron, al igual que su cara, con su preciosa sonrisa.

—Para mí, siempre lo está. —Agarrándome las manos me las besó.

—¡Por favor!, lo dicho, no se puede ser más empalagoso —bufó Manuel poniendo los ojos en blanco.

—¿Te vas a encargar tú de todo? —le pregunté ya saliendo. Me miró sin entender.

—Decoración, ramo, fotos...

—Ahhh, sí, tranquila —contestó agitando sus manos en el aire—, cuando tenga todo listo lo mandaré directamente a casa de Marcos y ya hablaré con él del tema de la decoración.

—Gracias, Manuel, de parte de los dos. Y, si necesitas algo, ya sabes dónde estamos.

—No necesito nada, Julia, pero gracias de todos modos. —Intentó sonreír, pero no pudo evitar un cierto halo de tristeza en su expresión.

Joseph me miró, intrigado, pero ante mi gesto guardó un prudente silencio.

Capítulo 25

—¿Se puede saber qué te pasa? —me preguntó tan pronto entramos en el coche.

—A mí, nada, pero ¿no te has dado cuenta de que a Manuel le pasa algo? No lo veo bien.

—Pues no, no le noté nada, ¿te dijo algo?

—No, pero... —Negué con la cabeza pensativa.

—Tienes una idea —remató mi frase inconclusa.

—Pues sí, creo que es porque se sintió un poco al margen de todo lo que nos pasó —hablé segura. Me miró frunciendo el ceño sin entender nada—. Cuando pasó, lo mío, lo tuyo... Todos, de una manera u otra, estuvieron involucrados. Marcos, César, Mark, hasta Ana y María estuvieron ahí, menos él.

—Julia, eso es una tontería —me rebatió cariñoso—. Él estuvo en el hospital tanto por ti como por mí y, si entonces no tuvo que hacer nada, fíjate ahora lo importante que es para nosotros.

—Ya, ¿y se lo has dicho?, no, claro que no —contesté yo ante su silencio—, pues hazlo porque creo que lo necesita.

—Está bien —cedió, como siempre—, lo haré, pero sigo pensando que es una tontería. Lo más probable es que se haya dejado con su novia número, ni se sabe —comentó agitando su larga mano en el aire— y a eso se reduzca todo. Te aseguro que tan pronto encuentre a otra tatuada de pies a cabeza se le pasará todo. —Arqueé las cejas, dubitativa, y arrancando el coche volvimos para casa.

»Por cierto, ¿y la noche de bodas?, ¿y nuestra luna de miel? —preguntó tras unos instantes de relajante silencio.

Abrí los ojos, sorprendida por no haber ni pensado en ello. Era tan feliz allí que podría pasarla sin salir de nuestra casa.

—Es verdad... —lo pensé unos segundos antes decirlo—. ¿Puedo ser sincera?

—No, por supuesto que no, miénteme descaradamente —bromeó serio y entramos en el garaje.

—No sé lo que te parecerá, pero nuestra primera noche como casados me gustaría pasarla aquí.

—¿Aquí?, ¿en el coche?, ¿en el garaje? —preguntó intentando no reírse.

—Estás tú muy bromista. —Y besé la punta de su nariz—. No, claro que no. Me refiero a en casa, no sé, fue aquí donde todo empezó y me gustaría que fuese aquí donde todo siga, pero si tú prefieres otro sitio... —me apresuré a decir. Aparcó el coche en silencio y nos quedamos dentro, mirándonos. Ladeó la cabeza de esa forma tan suya y me observó fijamente hasta conseguir ponerme nerviosa.

»¿Quéééé?, di algo, si te parece mal... —Hice ademán de abrir la puerta del coche.

—Espera, Julia.

Fue lo único que dijo. Solemnemente, agarró mi cara con sus largas manos, entrecerró los ojos y, muy despacio, acercó sus labios a los míos y me besó.

—Parece que te ha gustado mi idea —susurré aún sobre su boca.

—Pues sí, no puede ser mejor, aunque no lo creas, yo había pensado lo mismo.

—Yo elegí la noche de bodas —comenté cuando subíamos abrazados en el ascensor—, tú elige el viaje, pero recuerda lo que te dijo Marcos; de momento, nada de viajes largos.

Me callé por no recordarle que él odiaba viajar. Una, por su claustrofobia y otra porque, como me había confesado tras la visita a su antigua casa, le agobiaba mucho el estar en un sitio del que no veía por dónde escapar; por lo que, si ir en barco lo ponía nervioso, no digamos nada de ir en avión. Tenía la certeza de que todo lo vivido durante su infancia lo había marcado más que las cicatrices que tenía en su espalda.

—De acuerdo, creo que sé a dónde podemos ir. Además, no tenemos demasiado tiempo —soltó tras pensárselo solamente unos segundos. Un nubarrón apareció sobre mi cabeza que tenía razón. Por medio de mi amiga, habíamos contactado con una abogada que iba a llevar lo mío en Canarias por culpa del hijo de puta de Tomás Castillo. Evidentemente, lo habíamos denunciado y, como predijo Alberto, él también me denunció a mí. Injurias, calumnias, falsedad testifical, no sabía qué de daños a su honor... «¡Hay que joderse y agarrarse bien para no caerse!». Cómo podía hablar semejante impresentable de honor.

»Ya contaba con eso —recuerdo las explicaciones que Alberto me dio intentando tranquilizarme—. No es lo mismo que te acusen de intento de secuestro para una posterior explotación sexual, de intento de extorsión y chantaje o de intento de asesinato, entre otras muchas cosas, a que todo quede en temas económicos. Seguro que su defensa se va a basar en intentar demostrar que su relación con todos ellos era meramente profesional y que, lógicamente, se limitaba a defender los intereses de sus clientes, pero de manera totalmente legal. Dirá que todo lo tuyo no es más que la venganza de una mujer despechada y desequilibrada y, básicamente, va a intentar demostrar que tú mientes.

Con todo lo de la boda había olvidado que esa abogada, en cuestión, iba a viajar hasta Río, pues quería hablar conmigo antes de aceptar el caso y, por razones de su trabajo, habíamos tenido que fijar su visita veinte días después de nuestra boda.

—Hay que joderse —murmuré fastidiada, pensando en voz alta.

—No te preocupes, te prometo que ya haremos un viaje en condiciones.

Me abrazó, me besó cariñosamente; el nubarrón desapareció y volvió a salir el sol. Faltaban tres días para la boda y agradecí haberme tomado unas vacaciones y no estar trabajando en el laboratorio, ya que los últimos días habían sido felizmente extenuantes.

Nos encontrábamos sentados en la terraza de la piscina del impresionante hotel Copa, como se le conocía allí, y no pude evitar recordar que allí habíamos estado bailando la noche de la famosa cena. Lo que no conseguía entender es lo que hacíamos ahí, sentados, tomando algo tranquilamente, cuando lo cierto era que no podía estar quieta ni cinco segundos.

—¿Qué hacemos aquí, Joseph? —no pude evitar protestar impaciente—. Con la cantidad de cosas que tenemos que hacer.

Me miró y me sonrió de esa manera deliciosamente escalofriante mientras levantó su mirada.

—Pensé en darte la sorpresa el día de la boda, pero...

—Pero no era el mejor momento para que nos echáramos a llorar...

La voz que oí a mis espaldas hizo que me pusiera en pie de un salto. Me giré y ahí estaban; Isabel y su marido John. Era ella la que me acababa de hablar, con su voz cantarina, y me miraba sonriendo de oreja a oreja con los brazos extendidos hacia mí.

No fui capaz de decir nada. Solamente nos fundimos en un largo y apretado abrazo, ambas reíamos y llorábamos a la vez.

—No me lo puedo creer —conseguí decir al cabo de un rato—, pero si me dijiste que no podías venir...

—Ya, de eso se trataba, de darte una sorpresa —interrumpió Joseph guiñándome un ojo, feliz.

Abracé a John, con su eterna sonrisa y sus anchas manos. Cada uno de sus dedos abarcaban tanto como tres de los míos.

—Y, Juan, ¿dónde está? —pregunté, ya todos más tranquilos, una vez que les hube presentado a Joseph, al que conocían vía *webcam*.

—En casa de los abuelos —respondió de inmediato Isabel—, no veas las ganas que teníamos de descansar unos días y tener tiempo para nosotros. Esto de la maternidad creo que está un poco sobrevalorado —protestó suavemente—. La verdad es que es muy agotador y, de vez en cuando, viene bien tomarse un respiro.

Sacudí la cabeza, suspirando, hasta en eso éramos muy parecidas. Nunca tuvimos lo que las demás amigas llamaban «instinto maternal», cuando veían que no nos volvíamos locas al ver a un bebé. Pese a todo, en el fondo, me invadió una sensación agri dulce.

—No os preocupéis, cuando vayáis a Canarias ya lo conoceréis —habló un contento John, que ya estaba estudiando los canapés que tenía delante. Sabía que se estaba quedando con todo para tener nuevas ideas que llevar a su restaurante.

Hablamos un montón de tiempo y les volví a contar todo lo que nos había sucedido. Ambos abrieron los ojos como platos, incrédulos.

—Nosotros sin saber nada y agobiados con tanto pañal —dejó caer Isabel con un deje de enfado. Cenamos en el hotel y después dimos un agradable paseo por Copacabana. No supe hasta ese momento lo que la echaba de menos.

»Esto es fantástico, Julia —me comentó cuando paseábamos las dos del brazo. Joseph y John iban detrás, hablando de negocios. Pese a saber que varios hombres de Leo nos estarían vigilando,

Joseph aún tenía miedo de que me volviera a pasar algo y quería tenerme siempre al alcance de su vista.

»Me gusta, Julia, es un buen hombre y, literalmente, te adora —me susurró mientras paseábamos.

La miré sonriendo de oreja a oreja, pues si algo tenía era que siempre decía lo que pensaba, tanto si gustaba como si no. Fueron pocos, pero intensos días. Hicimos un poco de turismo con ellos y nos juntamos todos a comer en el Alcázar. Quería presentarle a mi nueva familia y quería que ellos formaran parte de ella. Vi a Joseph hablando con Manuel y, aunque no le pregunté lo que le había dicho, desde ese momento lo vi más animado y sonriente.

Todo lo que tardaba en llegar, llegaba de repente.

Estaba atacada de los nervios. La ceremonia estaba prevista para las seis de la tarde, pero desde las cuatro que habíamos llegado la casa de Marcos era una locura. Todo el mundo ya estaba allí y mi habitación me volvía a recordar el camarote de los hermanos Marx, con todos entrando y saliendo. Ya había pasado el revoloteo de manos de mi amiga Gladys por mi cara y por mi pelo y, por su gesto, debía de estar más que satisfecha.

Miraba agobiada al vestido que aguardaba colgado en una esquina de la habitación que, en esos momentos, parecía una leonera y, a punto de un ataque de nervios, pedí a todo el mundo que me dejaran sola. Necesitaba un minuto para respirar, quería tener un momento para pensar en mis seres queridos y por primera vez deseé que estuvieran en un lugar desde donde me pudieran estar viendo y les pudiera llegar mi inmensa felicidad. Miré mis alianzas que brillaban en mi mano, de uñas perfectamente pintadas en color porcelana y suspiré feliz. «Te deseo, te quiero, te amo», tecleé rápido en el móvil con nuestro código secreto y se lo envíe. En menos de un segundo me llegó su respuesta: «Yo más», también escrito en forma de puntos y repetido tres veces. Una sonrisa partió mi cara en dos y me lo imaginé en la habitación de al lado, tan nervioso o más que yo.

—Julia, hay que ir terminando.

La voz de Gladys, al otro lado de la puerta, puso fin a ese momento de recuerdos y nos pusimos a ello. Llevaba un conjunto de ropa interior precioso (creí que no era el momento adecuado para ir sin nada), en blanco y rosa palo, de seda, con un encaje que parecía una filigrana. Medias con encaje hasta el muslo en ese mismo tono. Me ayudó a ponerme el traje y juró hasta en arameo mientras se peleaba con los diminutos botones de mi espalda. Me disponía a ponerme los zapatos en el mismo instante en que entró un elegante Manuel y el clic de su cámara empezó a sonar.

Cuando faltaba solo el velo, Manuel me puso delante del espejo y me pude ver por primera vez, quedándome boquiabierto. Era yo, sin lugar a dudas, a la que veía en el espejo, pero no me lo podía creer. Ahí estaban todas: la Julia tímida, la dulce, la sensata, la osada, la insegura, la feliz, la radiante..., pero, sobre todo, la Julia enamorada. Todas me miraban y todas me sonreían felices. Se solía decir que no había una novia fea y debía de ser cierto porque por primera vez en mi vida me vi guapísima. Un estupendo maquillaje que no parecía tener, un traje precioso que me quedaba como un guante, un peinado increíble, pues Gladys me había hecho un falso moño alto que despejaba mi cara y mi cuello. Sin más joyas que mis pendientes y mis anillos de compromiso, me miraba en silencio una y otra vez sin poder creérmelo, mientras Manuel no paraba de hacerme fotos y Gladys sonreía emocionada.

—Ponte el velo. —La voz de Manuel sonó tras su cámara. Mi corazón empezó a latir desbocado, deseando que Joseph me viera. Con seguridad, Gladys me lo sujetó con una fina diadema que, con el velo puesto, pasaba desapercibida. Me vi con él, con la cara aún destapada, elegante y sencillo, cayendo en cascada sobre la larga cola de mi vestido, seguía escuchando, de fondo, el ruido de su cámara.

»El ramo —volvió a sonar la voz de Manuel.

Un precioso y sencillo ramo de flores blancas apareció ante mí. Unas diminutas rosas blancas salpicadas entre un delicado muguet, todo atado por un coqueto lazo hecho con la misma tela que el traje. La cámara de Manuel no paraba de sonar y de repente todo se difuminó al tener que ver a través del velo. Todo adquirió una pátina de dulce sueño, de una leve intensidad, de una maravillosa visión. Fue oír «vámonos» y mi corazón quiso salir por mi boca.

—Estás preciosa, Julia, que seas muy feliz. —Fueron las palabras emocionadas de Gladys tras apretarme las manos.

Manuel me abrió cortésmente la puerta.

—Adelante, Joseph te espera —pronunció con voz solemne.

También me estaban esperando Marcos y Alejandro al pie de las escaleras, los dos de oscuro y muy elegantes. Alejandro, tremendamente serio, portaba nuestras alianzas en un espejo a modo de bandeja. Ambos se quedaron boquiabiertos tan pronto me vieron; Marcos me ofreció su brazo, y Alejandro se situó unos pasos por delante.

—¿Preparada? —me preguntó visiblemente emocionado. Solo pude asentir—. Tranquila, Julia, te vas a casar con un hombre que te adora, rodeada de gente que te quiere. Nada os va a salir mal, ya no —recalcó tras varios carraspeos.

—Gracias, Marcos, tienes razón, nada va a salir mal —conseguí decir y lo más increíble era que lo creía de verdad.

Respiré hondo y conseguí tranquilizarme. Era nuestro día y lo iba a disfrutar sí o sí. Salimos por la parte de atrás de la casa y una alfombra blanca marcaba el camino hacia una gran carpa que yo no había visto. Se veía la mano de Manuel en todo. En el suelo, velas blancas enmarcaban el camino salpicado de pétalos multicolores. Dos grandes centros de flores repletos de colorido, con un gran velón en el centro, flanqueaban la entrada. Nos paramos dos segundos antes de entrar. Marcos me miró, tragué saliva y respiré

profundo. Era la mujer más feliz del mundo y eso se tenía que notar. La entrada de Alejandro, serio y circunspecto, marcó el comienzo de todo.

La gente se puso en pie y todo mi pelo se erizó cuando oí una preciosa voz de alguien que hacía mucho tiempo que no cantaba. La canción de *She* empezó a sonar en boca del director de mi coro, acompañado por el resto de compañeros. Su asombrosa voz la llenó de matices y sonaba dulce, ensoñadora, como nunca la había oído. Vi a Joseph de pie, esperando, de espaldas. Cuando oyó la música, se giró y me miró... Yo lo miré también a él, y el mundo se paró; todos se bajaron de él excepto nosotros dos. Su boca se abrió levemente y, nervioso, se llevó la mano al pelo.

Para variar, estaba guapísimo. Un traje negro con una chaqueta, tipo levita, chaleco negro adornado con el mismo motivo que mi traje, dos pequeñas «J» entrelazadas bordadas también en negro. Camisa blanca y corbata oscura en la que destacaba el alfiler de corbata que le había regalado. Me fijé en sus zapatos y vi que brillaban tanto que podían reflejar los rayos del sol. Sonreí, al menos estaba tan nervioso como yo. Me emocionó ver en la solapa de su traje una sencilla amapola. Iba a su encuentro envuelta en un mar de miradas, de sonidos y de sensaciones, pero no podía apartar los ojos de él.

Su mirada me llegó cargada de un amor infinito y tragué saliva, nerviosa e intentando hacer descender a mi conocido nudo. Marcos me dejó a su lado y pude oír, desde la primera fila, los primeros sollozos de Ana. Creo que durante el breve recorrido no parpadeé y sin dejar de mirarnos me cogió las manos y, emocionado, me besó los anillos.

—Tanta belleza deja a uno sin palabras —acertó a decir antes de que la ceremonia diera comienzo.

El juez de paz habló, entre otras cosas, de los derechos y de los deberes que las leyes otorgaban a los hombres y mujeres que contraían matrimonio, pero lo cierto era que no lo escuchaba

demasiado. En mi cabeza repetía una y otra vez lo que iba a decir. Después de lo que me había costado, no quería que se me olvidara ni una coma. De repente, casi sin darme cuenta, vi cómo Joseph levantaba mi velo y descubría mi rostro. Me agarró la mano y empezó a ponerme el anillo. Me miró emocionado y, sin apenas parpadear, empezó a hablar con voz firme y serena.

—Yo, Joseph Levi, te tomo a ti, Julia Torres Rey, como mi legítima esposa. Prometo amarte, respetarte y desearte todos los días de mi vida. Te seré siempre fiel, te protegeré y te cuidaré más que a mí mismo. Lloraré y reiré contigo. —Su voz se quebró por la emoción, yo sentí caer unas lágrimas por mi cara, y él tuvo que carraspear varias veces para poder seguir—. Tus sueños serán mis sueños y estaré siempre a tu lado. —Tosecilla, carraspeo—. Tu tiempo será mi tiempo, ni un segundo más.

Cuando acabó, el anillo ya estaba en su sitio y me quedé mirándolo incapaz de hablar. Lo besó con reverencia y con sus largos dedos acarició mi cara con suavidad y secó mis lágrimas. Cogí aire, tragué saliva nerviosa, tomé el anillo y agarré su larga y bonita mano.

—Yo, Julia Torres Rey, te tomo a ti, Joseph Levi, como mi legítimo esposo. Prometo hacer de ti el hombre más feliz del mundo; cuidándote, queriéndote y deseándote todos los días de mi vida. Prometo serte fiel y leal en todo momento. Apartaré de ti el sufrimiento y te protegeré de todo mal. Siempre estaremos juntos y prometo no separarme jamás de ti, en esta vida o en otra, si la hubiere.

Me costó acabar sin romper a llorar y besé el anillo que ya estaba en su dedo. Cuando levanté la vista y vi sus preciosos ojos que me miraban, brillantes y resplandecientes por la emoción, a través de sus largas pestañas. Todo el aire escapó de mis pulmones.

—Por el poder que me otorga la ley, os declaro marido y mujer. Pueden besarse.

La voz del juez nos hizo volver a ambos a la realidad. Me agarró la cara con dulzura y se inclinó para besarme.

—Te deseo, te quiero, te amo —musitó sobre mis labios mientras me besaba.

—Yo más —conseguí responder presa de la emoción.

Se oyó una explosión de júbilo a nuestras espaldas. Me había olvidado por completo de todos los demás, pero ahí estaban, de pie, aplaudiendo y me llevé la mano a la boca, felizmente sorprendida. Tanto los hombres como las mujeres tenían una amapola prendida en su traje.

—Tu campo de amapolas —volvió a susurrarme agarrándome la cara.

La suya irradiaba felicidad y esa vez la que lo besé fui yo. Quería transmitirle en un beso toda la felicidad que yo sentía gracias a él. Todo el mundo nos rodeó y un montón de besos y abrazos cayeron sobre nosotros.

Ana reía y lloraba a la vez, al igual que María e Isabel. Leo y su madre, John, José María y su familia, César y Mark, Emerson, Alberto, Aranguren, Manuel y su cámara, todo mi coro al completo, hasta el comedido Ihab. Todos, todos sin excepción, estaban, además de elegantísimos, exultantes de alegría. Alejandro acariciaba a Clara que, ajena a todo, dormía plácidamente en su silla. Miré a Joseph y le guiñé un ojo cómplice. Lo miró y me sonrió, con esa sonrisa suya deliciosamente escalofriante. Todo el mundo era feliz, pero no tanto como nosotros dos.

—Tenéis que firmar los papeles.

Oímos la voz de Alberto detrás de nosotros. Ni cuenta nos habíamos dado de que el juez de paz esperaba pacientemente. Firmamos ante la atenta mirada del otro.

—Señora Levi —pronunció orgulloso cuando firmaba.

—Señor Levi —pronuncié yo también.

Nos fundimos en un largo abrazo y, sonriendo de oreja a oreja, me levantó en el aire como a una pluma.

—Señor y señora Levi, suena bien —murmuró a mi oído feliz.

—Suena más que bien —musité yo.

Todo salió a la perfección, la cena fue fabulosa, la tarta espectacular, el ambiente inmejorable, bailamos, reímos..., pero, sobre todo, disfruté viendo a Joseph tan feliz.

Por fin todo había quedado atrás, salvo el pequeño escollo de mi juicio en España que quedaba por saldar, todo parecía haber sido superado y olvidado, al menos por nosotros. Me costó despedirme de Isabel y de John, aunque ellos se iban a quedar unos días más.

—Hay que aprovechar la generosidad de tu marido. Y, dentro de poco, nos vemos allá —soltó siempre tan pragmática mi amiga Isabel sin darle más importancia al asunto.

Asentí emocionada. Estábamos delante del coche, eran las cuatro de la madrugada, y Emerson nos iba a llevar a casa para después volver y seguir con la fiesta.

Al día siguiente, por la tarde, nos iba a llevar al aeropuerto para ir aún no sabía a dónde. De espaldas, tiré el ramo simbólicamente, pues Manuel me lo había pedido para hacer algo con él, aunque tampoco sabía el qué. Desde que había hablado con Joseph lo encontraba mejor y más animado. Una estallido de carcajadas me hizo girar y vi César, con cara de póker, con el ramo en la mano.

Nos metimos en el coche aún riéndonos y me senté envuelta en una nube de sed y tul, pero también de felicidad.

—¿Feliz? —me preguntó Joseph por el camino.

—Más, imposible, ¿y tú? —respondí mirándole emocionada.

—Nunca creí poder sentirme así, gracias, señora Levi, gracias — repitió tras un breve beso.

—De nada, señor Levi; por ti, lo que haga falta y más.

Capítulo 26

—Menos mal que no peso mucho —bromeé mientras me cogía en brazos nada más salir del coche.

No respondió y me pareció notarlo un poco tenso.

«Quizás sea el cansancio», pensé. Lo cierto es que yo me notaba rendida.

—Cierra los ojos —me pidió con voz solemne antes de salir del ascensor.

Intrigada, así lo hice. Entró conmigo en brazos en nuestra casa, envueltos en la misma nube de felicidad que parecía acompañarnos a todas partes. Olí el perfume de las flores, así como «su/mi» perfume. Noté cómo me sentaba en un asiento, y él lo hizo a mi lado. Lo palpé con mis manos y no lo reconocí.

—Por ti, dedicado a ti. Espero que te guste.

Oír ese sonido y abrir los ojos como platos fue instantáneo. Me quedé boquiabierta, el salón estaba inundado de flores, las mismas que las de mi ramo, pero sobre todo porque estábamos sentados delante de un precioso y enorme piano de cola y los largos dedos de Joseph se deslizaban por sus teclas como si nunca hubiera dejado de tocarlas, como si no llevara casi veinte años sin hacerlo. Las notas de *Melodía encadenada* sonaban dulces, suaves, románticas, acariciadoras, ensoñadoras... e, incapaz de decir nada, empecé a llorar, despacio, con suavidad, como la música que estaba oyendo.

Miré su perfil y vi cómo cerraba los ojos dejándose llevar por su propia emoción, por sus propios recuerdos. Sabía lo que aquello significaba, otra puerta que abría para poder cerrarla. Apoyé mi cabeza en su hombro y lo dejé tocar. A esa siguió *Amor Perfecto* , *Dindi* y, cómo no, *She* . Tocaba lento, sin parar y lo miré embelesada.

El sonido del piano lo invadía todo y tenía la sensación de que todo Copacabana, todo Río, todo el mundo estaba parado escuchando aquella música. Con la última nota de *She* se hizo el silencio y durante unos instantes se quedó quieto, callado, absorto, mirando sus manos que aún descansaban sobre el teclado. Supuse que ni él mismo creía lo que acababa de hacer.

—Tocas de maravilla, Joseph, gracias por este regalo, ha sido el mejor.

Apoyé mi mano sobre las suyas, una discordante nota lo trajo de vuelta y me miró sorprendido.

—¿Te ha gustado?

Lo miré sonriendo abiertamente. De lo absorto que estaba ni me había escuchado.

—Tocas de maravilla, Joseph, gracias por este regalo, ha sido el mejor —repetí.

Me besó repentinamente. Un gruñido salvaje se escapó de su garganta y se deslizó en la mía, nuestras lenguas se unieron para bailar el universal baile del amor, el deseo y la pasión ya desatada. Me vi de nuevo en sus brazos, subiendo las escaleras que conducían a nuestro dormitorio. Allí me esperaba otra sorpresa. La cama estaba salpicada por pequeñas amapolas como la que aún lucía en su traje.

—Quiero que hagamos el amor en tu campo de amapolas —susurró besándome de nuevo.

—Gracias por todo, Joseph —alcancé a decir y sentí recorrer sus labios por mi nuca y mi espalda a medida que iba desatando los botones—, gracias por estos regalos, gracias por ser así.

—Tú eres mi mejor regalo, lo único que quiero y deseo —pese a hablar bajito su voz resonaba por todo mi cuerpo y cuando el vestido cayó a mis pies contuve la respiración, nerviosa, como si fuera esta nuestra primera vez, como si no hubieran existido infinidad de momentos maravillosos, pero nunca como ese. Me giró lentamente y levantando mi barbilla me miró fijamente a los ojos—. Eres lo más bonito que he visto en mi vida, ¿lo sabes?

Negué con la cabeza y mis ojos se llenaron de lágrimas por la emoción. Miró, mejor dicho, admiró mi ropa interior, mientras yo lo empezaba a desnudar. Se dejó hacer sin quitarme los ojos de encima. Le desabroché lentamente la chaqueta y, al mismo tiempo que él se quitaba el alfiler que le había regalado y la corbata, yo continuaba desabotonando su chaleco y la camisa.

—Estabas guapísimo con esto, pero así lo estás más.

En bloque, retiré todas las prendas juntas, dejando su bien torneado torso al desnudo. Pasé por su pecho las puntas de mis dedos y fui bajando despacio hasta su cintura. Con cada centímetro que descendía, su respiración se aceleraba a la par. Cuando llegué a su cintura, metí la mano por dentro del cinturón y resopló con fuerza con los dientes apretados. Ninguno decía nada, simplemente con mirarnos sabíamos la necesidad que ambos teníamos el uno del otro. Sin apartar mis ojos de él, desabroché su cinturón e hice lo mismo con su pantalón que cayó a sus pies. Llevaba un *boxer* negro, con sus iniciales en la parte central de la cintura, y lo acaricié con la punta de mis dedos. Cerró los ojos y un suspiro de satisfacción escapó de entre sus labios mientras todo su cuerpo reaccionaba a mi caricia. Se lo bajé también y me agaché a acariciar y besar su miembro. Lo introduje en mi boca y se lo empecé a chupar. Oí un leve gemido al mismo tiempo que buscaba apoyo en la cama, pues sus piernas temblaban cada vez que mi boca acariciaba su pene con mis labios o con mis dientes. Su respiración

se agitaba por momentos, así como su excitación y la mía. Me notaba húmeda y tremendamente excitada, como me sentía cada vez que lo hacía perder el control. Quiso apartarse, pero no lo dejé. Lo agarré por su cintura y apuré mis caricias, tanto con mi boca como con mis manos, hasta que no pudo aguantar más y se corrió. Oía sus gemidos con cada embestida hasta que, finalmente, paró. Me levanté, satisfecha, relamiéndome golosa y lo miré entornado los ojos.

—Esos ojitos —susurró tras un beso—, esos ojitos me vuelven loco.

Repitió deslizando sus labios por mi cuello. Desabrochó mi sujetador y lo dejó caer. Cerré los ojos al sentir sus dientes en mi hombro. ¡Cuánto había echado de menos esa marca! Noté cómo su mano se introducía en mi pequeña braguita de encaje y entonces fui yo la que exhalé un largo gemido. Con sus ojos clavados en mí, sin parpadear, introdujo su dedo en mi mojado sexo, lo sacó y lo paladeó con deleite.

—Qué bien sabes —jadeó—, este es el mejor sabor del mundo.

Y me besó. En mi boca se mezcló el sabor de su sexo y del mío mientras mis bragas seguían el mismo camino que el resto de mi ropa y acabaron a mis pies. Se descalzó y, completamente desnudo, me cogió en brazos y me depositó con suavidad en la cama, en nuestro campo de amapolas.

—Preciosa, eres preciosa —susurró ronco, sus labios rozaban el tatuaje que marcaba el comienzo de mi sexo. Notaba su cabeza apoyada en mi vientre y, pese a todas mis cicatrices, pese a todo lo que no tenía, pese a todo lo que me faltaba me sentía querida y deseada, como siempre me había sentido desde que lo conocía. Con sus ojos, con sus caricias, con sus palabras había conseguido que, finalmente, me viera como la mujer que realmente era.

—Por favor, bésame —le pedí con urgencia.

Levantó la cabeza y me miró con sus hermosos ojos llenos de sinceridad, de ternura y de amor. Lo besé con tanto ímpetu que nuestros dientes chocaron y su lengua invadió, salvaje, no solo mi boca, sino todo mi cuerpo. Volvió a descender besando cada centímetro de mi cuerpo y deslizó mis medias con calma, sintiendo su aliento rozar mi piel. Se arrodilló para desabrochar mis zapatos y noté su caricia en mis pies, apenas rozaba mi empeine, pero conseguía llenarme de sensaciones y de deseos. Cuando, tras ascender lentamente por mis piernas, su boca llegó a mi sexo, creí morirme de gusto.

—¡Qué mojadita estás! —Le oí decir con voz agitada mientras introducía sus dedos en mi interior.

Mi punto G debía de estar alerta porque capturó sus dedos nada más entrar, adueñándose de ellos. No pude aguantar más, entre su boca en mi clítoris y sus dedos en mi interior, mi cuerpo perdió el control, arqueé mi pelvis y convulsioné una y otra vez, con cada descarga de placer que llegaba a modo de oleadas, una tras otra, en una lenta y deliciosa agonía que paró cuando me besó de nuevo, con su sabor a mí en su boca. Se tumbó a mi lado, sudando los dos, había sido un día caluroso y la noche no lo era menos.

—¿Tienes sed? —preguntó.

—Pues sí, la verdad, tengo la boca seca y pegajosa y no sé de qué... —bromeé.

Desnudo, tal cual estaba, se levantó y al poco volvió con dos vasos, uno de agua y otro con Coca-Cola *light*. Antes de dármele bebió un sorbo, como de costumbre. Estaba sentado en la cama, bebiendo, y pude ver su espalda con claridad. Aunque ya no le afectaba tanto aún se ponía nervioso si la miraba fijamente. Sin pensarlo, alargué mi mano y empecé a acariciarla con las puntas de mis dedos. Noté cómo se tensaba un poco, pero no sé movió. En silencio, me acerqué despacio, apoyé mis manos en sus hombros y, con mucha suavidad, empecé a besar toda y cada una de sus cicatrices. Quería que mis besos fueran mágicos y que, tras cada uno, su piel luciera

inmaculada, que todo resto de dolor desapareciera y que no quedara nada que le recordara todo lo padecido. Pese a todas sus cicatrices, a mí me parecía la espalda más bella del mundo, la más digna de merecer todos mis besos y mis caricias y, quizás sin ellas y todo lo que significan, él no sería así; tan maravilloso, tan auténtico, tan bueno, tan perfecto... Al menos para mí.

Se dejó hacer y con cada beso un leve gemido salía de su boca, como un eco lastimero de un dolor cada vez más lejano y profundo que con cada caricia dejaba salir. Lo abracé y mi cuerpo se unió al suyo, al igual que nuestras huellas de dolor. Giró su cabeza, su boca buscó la mía y, cuando la encontró, nos enredamos el uno en el otro y parecimos fundirnos hasta tal extremo que no sabíamos dónde empezaba uno y dónde acababa otro.

Tiró de mí y me sentó sobre él, de frente. Despacio, acarició mi cara recorriendo con sus manos cada milímetro de mi rostro, con calma, sin pestañear. Su dedo recorrió mis labios, los entreabrí y se lo besé, primero con suavidad, para después retenerlo entre mis dientes.

—Gracias, señora Levi, gracias por todo. —Su voz me acarició como lo hacía una leve brisa, cálida y húmeda, sin apartar los ojos de mí.

—De nada, señor Levi; por usted, lo que haga falta y más —ronroneé tierna y le devolví sus caricias.

Sin más palabras me tumbó en la cama y, colocándose sobre mí, me penetró lentamente; con sus codos apoyados a ambos lados de mi cara, besándonos continuamente, hasta tener que parar para respirar. Sus lentos movimientos circulares conseguían que su pene llegara a todos los rincones de mi vientre y sus fuertes embestidas parecían llegar hasta la última célula de mi cuerpo. Suspendidos en el aire y en el tiempo, solamente nuestros gemidos rompían el silencio que nos rodeaba. Su respiración, al igual que la mía, era cada vez más errática, mi pulso se aceleró y noté cómo me ardían

las mejillas. Las aletas de su nariz se movían, al tiempo que yo entreabría mis labios en busca de aire.

Su mirada cambió, entrecerró los ojos, casi desapareciendo tras sus largas pestañas, y descargó todo su amor, con toda su fuerza, sobre mí. Me aferré a su espalda y todo mi cuerpo se preparó para recibirlo y acompañarlo. Creo que así, y en ese mismo instante, nos quedamos dormidos.

Y me sumergí en uno de mis sueños; de esos que sabía que se iban a hacer realidad.

—Ya me dirás qué estabas soñando. —Le oí decir mientras sentía sus besos en mi nuca.

—¿Por? —pregunté estirándome perezosa.

—Porque por tu cara debía de ser fabuloso.

Lo miré, sonriendo, llena de felicidad.

—Pues sí, aunque no entendí muchas cosas, creo que soñé algo maravilloso. Pero ya te lo contaré cuando llegue el momento —expliqué enigmática mientras besaba su nariz.

—Pues hay que levantarse. Son casi las cuatro de la tarde y Emerson nos vendrá a buscar dentro de una hora.

Mientras nos duchábamos pensé, de nuevo, en mi sueño. No le mentí, había muchas cosas que no entendía, pero lo que sí sabía era que me había proporcionado felicidad y, sobre todo, paz y tranquilidad. Estábamos reponiendo fuerzas con un buen y tardío desayuno cuando llegó Emerson.

—Buenos días, señores, ¿todo bien? —preguntó mirando de reojo al piano.

—Todo estupendo, gracias por todo, Emerson, y dáselas también a María de mi parte —me apresuré a decir a la vez que tragaba el

último trozo de tostada.

—Así es, gracias por todo —apostilló Joseph mirando también al piano.

Por el camino, Joseph le fue dando las últimas instrucciones a Emerson que eran muy simples. Si había algún problema, llamar. Si no, nos veríamos en dieciocho días. César había insistido hasta la saciedad en que lleváramos algún guardaespaldas, temeroso de que Las tres Marías intentaran algo, pero Joseph se negó en redondo. No quería a nadie a nuestro lado en la luna de miel.

—No te preocupes, César. —Le había escuchado hablar por teléfono—. A donde vamos nadie puede entrar sin estar alojado y ya les pedí que nos proporcionen una persona de seguridad que nos acompañe en nuestros desplazamientos, que no van a ser muchos.

Tenía una enorme curiosidad, pues seguía sin saber a dónde íbamos. Nos dirigimos directamente a un hangar del aeropuerto y allí un avión de la empresa nos estaba esperando. Me pareció demasiado grande y fruncí el ceño. Me parecía un exceso, pero también sabía que, debido a su claustrofobia, eso se lo ponía más fácil.

—Aprovechamos para recoger a un cliente allá donde vamos —me explicó, entendiendo mi gesto—, ya sabes... —bromeó tocándose la nariz.

Salimos a las seis de la tarde y, aunque el vuelo no fue demasiado largo, él lo pasó francamente mal y eso que el avión era muy espacioso. La zona central tenía una serie de sillones de cuero increíblemente cómodos y grandes que se abatían para estar en una confortable cama. Tenían un sistema por el cual podías cambiar su posición y tanto podían estar uno al lado del otro como ponerlos enfrente de una elegante mesa que presidía el centro de la nave. Parecía un despacho, solo que a miles de kilómetros de altura. Tenía también un lujoso baño, pero del que vi salir a Joseph sudando copiosamente, visiblemente agobiado. Me llamó la

atención la presencia de un dormitorio, y sus dimensiones, teniendo en cuenta que estábamos en un avión.

—Nunca lo utilicé, sería incapaz de dormir aquí —hablaba, nervioso, señalándomelo con la mano y sin poder ni entrar.

—¿México? —pregunté extrañada, sentados en el comfortable coche que nos estaba esperando a nuestra llegada—. ¿No pretenderás...?

No tuve necesidad de terminar la pregunta. Supuse que el arqueo de mis cejas y el tono con el que hice la pregunta demostraron la poca gracia que me hacía lo que estaba pensando.

—¡Quééé!, ¡por favor, Julia! —exclamó horrorizado al darse cuenta de lo que me refería—. Tengo el mismo interés en ir a su casa como el meterme en ese dormitorio. —Con un estremecimiento, señaló el avión del que acabábamos de bajar—. Marcos insistió en un viaje no demasiado largo y aquí también hay unas playas preciosas.

«Ya, también frente a nuestra casa, no te jode —protesté en mi interior un poco desilusionada, además, él tampoco era muy amigo de las playas, salvo que no hubiera gente en ella, cosa hartó difícil—. Bueno —seguí pensando—, seguro que lo hizo con la mejor intención». Pese a todo, recordé mi maravillosa sugerencia de ir a Egipto que, en seguida, descartó.

—Tal como anda el país, lo único que nos faltaba era vernos metidos en una revuelta popular —había argumentado soltando un claro bufido.

Suspiré recordando ese momento mientras me dejaba llevar a... ni puta idea. Si en un sitio conocido mi sentido de la orientación era prácticamente inexistente, en un lugar desconocido, literalmente, brillaba por su ausencia. Para colmo, llegamos de noche y solo pude ver alguna dirección que me indicaba que estábamos cerca de un lugar llamado Playa del Carmen. Oswlado, que así se llamaba nuestro chófer, enseñó un pase en una garita que marcaba la entrada del complejo hotelero donde íbamos a estar, y un

uniformado guardia nos flanqueó el paso abriendo una enorme verja que se volvió a cerrar detrás de nosotros. Al poco tiempo, tras recorrer un sendero rodeado de una cuidada y abundante vegetación, así como numerosos puntos de luz que, provenientes del suelo, le daban al conjunto una envolvente, pero cálida y tenue oscuridad; nos encontramos ante la fachada de un hotel impresionante.

Un *resort* de lujo inspirado en una gran hacienda mexicana con su arquitectura típica, así como la distribución y mobiliario típico del México más exclusivo. En el edificio central se encontraba el hotel, pero también tenían varias villas completamente independientes. Un pequeño ejército de recepcionistas nos atendió con la máxima celeridad y, en menos de cinco minutos, Oswaldo nos llevaba personalmente a la que íbamos a ocupar, por supuesto, la más alejada. Íbamos en uno de esos cochecitos parecidos a los que se ven en los campos de golf, mientras yo pensaba que lo ideal sería poder pasear por aquellos jardines tan exuberantes. Por el camino nos fue explicando las maravillas del lugar y que, cualquier cosa que deseáramos, solo tendríamos que pedirla. Creo que ninguno de los dos le hizo mucho caso. Nos limitábamos a disfrutar, abrazados, de ese entorno de paz, rodeados por jardines tropicales salpicados por pequeños lagos. Nuestra villa era impresionante; una gran sala comunicaba con un más amplio dormitorio, decorado acorde con el estilo del lugar, pero con gran elegancia y refinamiento. Según nos explicó Oswaldo, los cuadros que la decoraban eran pinturas al óleo de famosos pintores mexicanos y el mármol presente, tanto en la habitación como en el cuarto de baño, venía directamente de las mejores canteras de Italia. Además de todo esto, una gran terraza comunicaba con el exterior en el que había una bonita piscina privada, así como acceso directo a la playa.

Por fin, tras un cantarín: «Hasta mañana, señores», el locuaz Oswaldo nos dejó a solas.

Nos descalzamos y abrazados en silencio salimos a la terraza en la que había dispuesta una mesa elegantemente decorada con cena

para dos. Pero lo que más me gustó fue la vista que teníamos delante. Una hermosa playa, un mar que parecía un plato y una luna brillando en todo lo alto, mirándonos sonriente para no perder detalle. Joseph me tenía abrazada, y yo descansaba sobre su pecho. Notaba sus labios en mi pelo y respiré hondo. Hacía calor, pero una suave brisa llegaba del mar, inundándolo todo con su olor, y solamente se oía el murmullo de las pequeñas olas rompiendo en la orilla.

—Esto es precioso, Joseph —acerté a decir—, gracias por todo esto.

Me giró con suavidad y con su mano apartó un mechón de mi cara. Pese a la oscuridad, sus ojos brillaban como dos faros de rutilante luz negra.

—Esto es precioso porque estás tú. —Y cerrando sus hermosos ojos me besó.

Cenamos en esa bella terraza, a la luz de las velas, aislados de todo y de todos, con una gran sensación de paz y, sobre todo, con una gran felicidad. La cena era una degustación de la típica comida mexicana y, aunque no era mucho de picantes, tenía que reconocer que me encantó.

—A dormir, tienes cara de cansada —comentó Joseph tras una reconfortante ducha, que por el tamaño más bien se podría calificar de catarata.

—Cansada, ¿yo? —bromeé tirando de él, que aún estaba envuelto en la toalla.

—Cansada, tú; cansado, yo. —Y cogiéndome en brazos me llevó a la cama.

—Traje el collar. —Y me quedé mirándolo arqueando una ceja.

—Lo sé, yo te lo recordé —susurró mientras besaba mi nuca—, pero ahora vamos a dormir, si no mañana no te vas a levantar.

La verdad es que tenía razón, estaba cansada y creo que me quedé dormida tan rápido que ni recuerdo haberle dado las buenas noches.

Capítulo 27

—Venga, a la ducha, dormilona.

Cuando me lo dijo por segunda vez me di cuenta de que no estaba soñando y que realmente Joseph estaba tirando de mí para sacarme de la cama.

—Pero, Joseph, ¡si aún no son las cinco de la mañana!, ¡por favor!
—exclamé mientras me desplomaba de nuevo en la cama.

Sin más preámbulos, me cogió en brazos y así, conmigo, nos metimos bajo la catarata que teníamos por ducha. Cuando empezaba a despertarme, una bandeja con un oloroso café nos estaba esperando en la sala.

—A mí, bien cargado —le pedí medio dormida.

No sabía qué pasaba, pero él estaba eufórico. Miró el reloj y yo también.

—Las cinco y media, nos tenemos que ir.

Casi en volandas salimos de la habitación para encontrarnos con Oswlado, que nos esperaba en uno de esos cochecitos para conducirnos de nuevo al hotel, que estaba en el más absoluto silencio.

—Pero, ¿a dónde vamos? —pregunté soñolienta tan pronto entramos en el coche—. Todavía tengo sueño, el café debía haber estado más cargado —pensé en voz alta.

—Duerme —me habló bajito rodeándome con su brazo—. Ya te despertaré cuando lleguemos.

—Me mandas a la cama, me levantas a las cinco de la mañana, ahora me mandas dormir... Joseph, esto no hay quien lo entienda.
—Eso fue lo último que dije antes de dormirme.

Me desperté cuando noté su beso en mi pelo.

—Cierra los ojos —ordenó.

—¡Joder! —protesté sin conseguir enterarme de nada.

—Protestona —refunfuño cariñoso tras besarme de nuevo en la frente. —Por el ruido me daba cuenta de que pisaba hojas y que alguien nos acompañaba. Salvo eso, solamente se oía de vez en cuando el canto de algún pájaro.

»Te voy a poner en el suelo, pero no abras los ojos —me advirtió. Pese a no ver nada podía notar la emoción en su voz y, sin saber por qué, consiguió ponerme nerviosa—. Ya —dijo con voz temblorosa.

Abrí los ojos, abrí la boca, abrí las manos... Era tan grande la emoción que no pude reaccionar durante varios segundos. Miré a Joseph y su sonrisa lo decía todo. Me llevé las manos a la cara, la emoción me pudo y empecé a llorar. Nunca había visto nada tan bello, tan impresionante, con tanta fuerza. Reinaba un silencio ensordecedor y, pese a que el sol la empezaba a iluminar, resplandecía con luz propia. Estábamos en el medio de la explanada de la famosa ciudad de Chichén Itzá y ante mí tenía la impresionante pirámide de Kukulcán con su templo en la cima.

—Tú querías ver pirámides —soltó un radiante Joseph encogiéndose de hombros cuando lo volví a mirar incrédula por enésima vez.

Lo abracé emocionada y feliz.

—Gracias, gracias, gracias —repetí, una y otra vez, entre beso y beso.

Me miró con una sonrisa radiante, al igual que la mía, mientras yo seguía sin poder creer lo que estaba viendo. Soberbia, impactante, orgullosa, parecía mirarte ausente unos segundos para, acto seguido, desviar su mirada ignorándote por completo, ajena e indiferente a las miradas de admiración que despertaba. Y yo, la pequeña Julia, me sentía insignificante en tan grandioso lugar.

—¿Puedo? —pregunté a nuestro guía y extendí mi mano a la espera de su permiso.

Estaba rodeada por una cinta de seguridad y estaba prohibido subir por ella. Una, para evitar accidentes y, otra, para evitar los actos, que solamente se podían calificar de vandalismo, como eran el intentar llevarse una piedra de recuerdo o dejar una estúpida pintada que recordase a los demás que un imbécil estuvo ahí. No me podía creer lo que estaba oyendo. «¿Necesitas llevarte algo de un lugar así para recordarlo?». Afortunadamente, tras mirar a su alrededor y comprobar que no había nadie, accedió. Mis manos temblaban levemente cuando la toqué o más bien la acaricié. Serían imaginaciones mías, pero pude notar una fuerza y una energía no solo provenientes de la propia pirámide, sino de todo el lugar. Me costaba respirar y, pese a estar solos, parecía sentirme rodeada por los infinitos espíritus de la gente que allí vivió y murió.

—Tenemos una hora antes de que se abra al público —nos avisó al ver que mis manos parecían haberse quedado pegadas a esas piedras milenarias.

Joseph me rodeó el hombro con su brazo, y yo le rodeé su cintura con el mío. Y así empezamos el recorrido por un lugar de ensueño. El grupo de las Mil Columnas, el Observatorio o Caracol, el Juego de Pelota, el Cenote Sagrado... El guía nos fue explicando todo con sumo detalle y, tanto Joseph como yo, lo bombardeamos con cientos de preguntas. Lo disfruté como nunca y hubiéramos necesitado varios días para poder ver todo con el detalle que se

merecía una civilización tan misteriosa como avanzada para su época. Sus conocimientos sobre astronomía eran impresionantes, así como las múltiples influencias de aquellos sobre su arquitectura. Me impactó especialmente el fenómeno acústico, por el cual si dabas una palmada en un lugar concreto del centro de la explanada la reverberación del sonido lo convertía en el grito de un águila. El sol pegaba ya fuerte cuando abandonamos el lugar y una larga cola de turistas nos miró intrigados cuando nos vieron salir mientras ellos esperaban pacientemente para poder entrar.

—Gracias, gracias, gracias —era lo único que le podía decir a Joseph una vez de vuelta en el coche. —Me tenía la mano agarrada y me miraba sonriendo de oreja a oreja, como yo—. Un comienzo perfecto para una luna de miel —comenté mientras me dejaba llevar por el paisaje.

—¿Tú crees?, aún falta algo. —Y me observó, divertido, ladeando la cabeza de esa manera tan especial.

—Hombre, claro, bañarnos desnudos en el mar, en la piscina, pasear por la playa, hacer el amor en la arena... —susurraba a su oído todo eso. No era plan que Oswaldo nos oyera y, con los nervios, perdiera el control del coche.

—¿Tan solo eso? —me respondió de la misma forma—. Señora Levi, me temo que está perdiendo imaginación.

Un escalofrío de placer recorrió mi cuerpo; una, por sus palabras y, otra, por sentir su aliento sobre mi cuello.

—Entonces, ¿qué propone, señor Levi? —susurré coqueta con un aleteo de pestañas.

—Mmmm, no lo sé, pero por lo de pronto... —pronunció inclinándose y acercando, de nuevo, sus labios a mi oído— esta noche ponte el collar.

Fue un murmullo ronco, pero, como siempre, sus palabras parecieron resonar en todo el planeta, especialmente en el «planeta Julia». Consiguió que todas las alarmas se encendieran a la vez y cerebro, corazón, pulmones, sangre, piel... Todo se aceleraba y pasaban de cero a cien en el breve intervalo de tiempo que le llevaba pronunciarlas.

Desayunamos al borde de nuestra piscina y, tras un largo baño, estábamos tumbados al sol; lo miraba relajada. Estaba espléndido, con los ojos cerrados, tranquilo, las gotas de agua se deslizaban sobre su blanca piel y su negro pelo. Cogí mi crema de H.R. de protección cincuenta y se la empecé a extender. Abrió los ojos y me sonrió perezoso.

—No quiero que te pongas como un camarón, estás tan blanco, tú sí que pareces un carioca —bromeé aludiendo al término que empleaban los indígenas de su país cuando se referían al color tan blanco de la piel de los extranjeros—. Además, si te quemas no podré tocarte y no estoy dispuesta a correr ese riesgo —continué cuando terminaba de untar su pecho de crema.

—Egoísta, te empiezas a parecer a mí —habló feliz con los ojos cerrados.

—¿Tú crees? —ronroneé mimosa introduciendo mi mano dentro de su mojado bañador. Acaricié fugazmente su miembro y la retiré—. El mejor olor y sabor del mundo. —Lo imité haciendo su gesto, tan habitual.

Se levantó de la tumbona y me besó con fuerza hasta quedarme sin aire. Sin decir nada, su dedo empezó a recorrer mi cuello.

—Estoy deseando ver aquí ese collar —susurró a pocos centímetros de mi cara.

Hice ademán de levantarme, pero me lo impidió.

—A la noche, a la noche —repitió a la par que me besaba. Y, sin darme tiempo a reaccionar, me levantó, y juntos saltamos a la piscina.

Fuimos al comedor del hotel a cenar y, cuando entramos, todos los allí presentes se volvieron al vernos pasar.

—Estás guapísima —comentó orgulloso.

La verdad es que me encontraba muy favorecida con el mono ajustado en color azul Klein que llevaba. Sin mangas, con un fino cinturón que marcaba mi pequeña cintura, zapatos de tacón negros con la punta en color nude... Mi moreno relucía, con mi pelo bicolor más claro que nunca, un poco de rímel, mi cacao milagroso, el collar puesto... y nada más. Salvo que irradiaba felicidad por todos los poros de mi piel. Él, como siempre, guapísimo con un elegante pantalón negro y un fino jersey de algodón del mismo color, de cuello en pico, de manga larga, ligeramente remangado y sus zapatos, brillantes e impecables. Supuse que las miradas iban más por él que por mí y, al igual que yo, emanaba felicidad. Nuestra mesa estaba preparada en la terraza, en una esquina, y se sentó, como siempre, de frente al resto del local. Con las manos agarradas esperamos en silencio admirando la inmejorable vista que disfrutábamos. El sol se estaba poniendo y las gamas de rojos y anaranjados sobre el mar eran de una belleza absoluta. Olía a flores, a mar, a noche..., a felicidad. Una música suave, de fondo, amenizaba la velada. Nuestro primer día había sido perfecto. Empezando por la magnífica sorpresa de la mañana y siguiendo por todo lo demás. Sin teléfono, sin nadie, sin angustias, sin miedo...

—Ven.

Habíamos terminado de cenar, me tendió la mano y bajamos a la playa por unas escaleras de madera que había en la parte central de la terraza. Paró antes del último escalón, se descalzó y me ayudó para que yo también lo hiciera. En silencio, y de la mano, hundimos nuestros pies en la fina arena y, en ese mismo instante, empezaron

a sonar las melodías que ya conformaban la banda sonora de nuestra propia película.

Me rodeó con sus brazos y me dejé llevar. Apoyé mi cabeza en su pecho y me mecí al ritmo de la música y de los latidos de su corazón. A las notas de *Melodía Encadenada* , le siguieron las de *She* . Cerré los ojos, queriendo atrapar ese momento para siempre en mi memoria. No podía estar más feliz, tranquila, segura, plena... y todo gracias a él, al hombre que en ese momento con sus labios en mi pelo me decía que me amaba, me rodeaba con sus brazos y me susurraba las más dulces palabras de amor que se podían imaginar y que se intercalaban con la envolvente música.

—Te quiero —dijimos casi al unísono.

Nos besamos y seguimos bailando ajenos a que la música ya había dejado de sonar. Cogimos nuestros zapatos y, antes de poder subir el primer escalón, ya me había cogido en brazos. Subió las escaleras y se paró al llegar arriba.

—No te atreverás —lo reté mirándolo desafiante ya que en el comedor aún había bastante gente.

—¿Me estás provocando? —me contestó devolviéndome la mirada. Acercó su cara a la mía y me miró con tal intensidad que el aire escapó de mis pulmones—. Mal hecho y te recuerdo que tienes puesto el collar —remató sonriendo de esa manera deliciosamente escalofriante.

El aire que se escapó de mis pulmones se refugió en mi entrepierna y se me escapó un pequeño grito cuando noté uno de sus dedos acariciando mi sexo por encima del pantalón.

—Y yo a ti te recuerdo que no llevo nada por debajo —hablé entrecortadamente.

—Chsss. —Sus labios volvieron a sellar otro pequeño grito que se me escapó cuando aumentó la intensidad de la caricia.

Y así cruzó el comedor; conmigo en brazos, descalzos y con los zapatos en la mano. La vergüenza del momento fue aprovechada por un puto sofoco y creí que mi cara iba a arder de un momento a otro. Enterré mi cabeza en su cuello y cerré los ojos. Pude oír las risas de la gente e incluso algunos aplausos. «¡Qué vergüenza!».

—Te estás volviendo muy descarado —hablé bajito camino de nuestra villa.

—Todo se contagia, señora Levi, todo se contagia.

Y, en medio de un prolongado beso, un silencioso Oswaldo nos dejó ante nuestra puerta.

Sin haber tocado el suelo entramos y me dejó de pie delante de la cama. Me rodeó con su brazo, lentamente desabrochó el cinturón y bajó la cremallera de mi bonito mono que cayó a mis pies.

—No sé si me atrevo a mandarlo a la tintorería —comenté jocosa enarcando las cejas.

Un gruñido de satisfacción fue su respuesta mientras me besaba. Me miró con los ojos encendidos como brasas y rozó mi cuerpo desnudo con la punta de sus dedos. Tragué saliva y mi pulso se aceleró, mi pulso y todo lo demás...

—Siéntate en la cama —ordenó.

Así lo hice y, deliberadamente, dejé mis piernas un poco separadas. Se arrodilló y empezó a acariciar mis pies, limpiando la arena que aún tenían, despacio y con suavidad.

Lo contemplaba, excitada y extasiada, sintiendo cada caricia suya en el interior de mi cuerpo. Casi con reverencia, besó mis dedos y el empeine para ir subiendo poco a poco por mis piernas.

El silencio era absoluto y lo único que se oía era el ritmo agitado de mi respiración. Aún de rodillas, agarró mis manos y besó todos y

cada uno de mis dedos, parándose especialmente en las alianzas que besó repetidamente.

Cuando levantó la vista y me miró a través de sus enormes pestañas creí empezar a arder.

—Túmbate —prosiguió con voz profunda. Hice el ademán de quitarme el collar—. Aún no —me impidió enigmático.

Sonreí golosa e intenté tocarlo, pero se apartó y se tumbó a mi lado, con la cara apoyada en su brazo doblado, mirándome. Su agitada respiración, su breve aleteo nasal pero, sobre todo, su tremenda erección eran claros indicios de que su grado de excitación no era menor que el mío. Tardó unos segundos en hablar, segundos que aprovechó para recorrer mi cuerpo con la punta de su dedo, pero teniendo cuidado de rodear mi zona «cero». Sin decir nada, agarró mi mano y me la puso ahí. Lo miré sorprendida.

—Hazlo para mí —fue su respuesta a mi muda pregunta. En mi cuerpo, un camión de bomberos empezó a correr de un lado para otro de tantos fuegos que empezaron a arder a la vez, el primero de ellos, en mi cara—. Me lo debes —musitó ronco sobre mis labios.

—Pero... —empecé a protestar.

—Te levantaste protestando, te dormiste en el viaje, me provocas en la playa, llevas el collar... y te lo estoy pidiendo.

Su voz siguió murmurando sobre mis labios y su mano guiaba a la mía hacia mi propio interior. Di un respingo cuando introdujo mis dedos en el interior de mi sexo y, de repente, todo mi cuerpo se relajó y los fuegos existentes se convirtieron en brasas que parecían quemarme por dentro. Sin apartar los ojos de él, moví un poco los dedos en mi interior. Estaba muy mojada, los saqué y los acerqué a su boca.

—Ayúdame —le pedí excitada.

Los chupó con deleite y con su saliva en ellos empecé a masajear mi clítoris que estaba a punto de estallar. Joseph me miraba sin pestañear, pero cerré los ojos y me dejé llevar de la mano de mi propia excitación. Mi dedo empezó a entrar y salir de mi sexo hacia mi clítoris, una y otra vez. De vez en cuando, se lo volvía a acercar a su boca para que me lo lubricara con su saliva. Lo movía cada vez más rápido, al mismo ritmo que mi pulso, mis caderas buscaban un contacto cada vez más intenso. Sin tiempo a más, una aguda sensación de placer inundó mi sexo provocando que mi cuerpo se sacudiera una y otra vez por los espasmos del orgasmo. Entreabrí los labios para respirar y su lengua aprovechó para entrar en mi boca. Abrí los ojos y lo miré. Estaba desnudo, sobre mí, jadeante y, sin más preámbulos, introdujo su pene con toda su fuerza en mi interior. Fue tal la embestida que nuestras voces se juntaron en el interior de nuestras bocas, aún selladas con un beso, y sentí su aliento en mi garganta como él sintió el mío. Yo gemía y él gemía, me besaba la boca, el cuello, sentí sus dientes en mi hombro y el collar moviéndose a nuestro ritmo, a modo de catalizador. Apoyó su frente en él y, con un ronco y prolongado gemido, su cuerpo se rompió sobre el mío que recibió, gustoso, sus espasmos. Nos quedamos el uno sobre el otro, intentando acompasar nuestra agitada respiración y esperando que el pulso recobrar su ritmo habitual. Se levantó, tiró de mí con suavidad y me quitó el collar.

—Gracias —me dijo mientras lo guardaba.

Me llevó hasta la piscina y, pese a estar ya medio dormida, agradecí la frescura del agua. Nos apoyamos en el borde mirando al mar que parecía poderse tocar. Podría haberme quedado dormida de lo bien que estaba y volví a admirar su perfil. Parpadeaba lento y relajado, al igual que su respiración. Noté cómo aspiraba profundo y todo él emanaba paz, tranquilidad, felicidad.

—Ha sido un día maravilloso, Joseph. Perfecto y maravilloso —hablé emocionada.

Me miró con la mejor y más tierna de sus sonrisas.

—Pues te prometo que así van a ser todos los días de nuestra vida.

Suspiré satisfecha cuando nos acostábamos. Tenía la completa seguridad de que iba a hacer todo lo posible por no faltar a su promesa.

Capítulo 28

¡Qué rápido pasaba el tiempo cuando se estaba disfrutando! Los días pasaron volando y consiguió que cada uno de ellos fuera especial. La visita a Tulum me encantó, la Pirámide del Sol en Teotihuacán, espectacular... Pero, sobre todo, estar solos, lejos de todo, felices, tranquilos, cómplices. Nos entendíamos sin necesidad de palabras y con una mirada nos bastaba para saber lo que el otro necesitaba en ese momento... Como esa mañana en la playa.

Decidimos (mejor dicho, había decidido) darnos un baño en la playa, temprano, cuando el sol aún se estaba levantando y no había absolutamente nadie en ella; me parecía el momento perfecto y así era. El agua, de una transparencia total, estaba buenísima, sin una ola y ambos nadábamos y jugábamos en el agua como dos adolescentes. Nos dábamos besos con sabor a mar y abrazos de sal. Por increíble que parezca, el moreno que había adquirido su piel parecía acentuar el negro de sus ojos. Sus risas se mezclaban con las mías cada vez que uno se zambullía tras salpicar al otro. De repente, se paró y la expresión relajada de su cara desapareció. Miré hacia la orilla y un grupo de tres parejas, algo mayores, nos observaban sonrientes. Habíamos dejado las toallas sobre una tumbona que se encontraba casi al lado de donde se habían sentado. No hizo falta más. A modo de juego, me abracé a su espalda y rodeé su cintura con mis piernas.

—¿Nos vamos? —pregunté besando su hombro salado por el mar.

Giró su cabeza y solo sonrió. En ese momento me acordé de la foto que ambos teníamos de salvapantallas, la que Manuel nos hizo en la cena de gala, casi en la misma postura y, seguro que si hubiera

estado allí, ya estaríamos inmortalizados. Salimos así del agua; yo con mi cuerpo tapando su espalda. Las parejas nos miraron y nos saludaron sonrientes.

—Gracias.

Estábamos de nuevo en el agua, pero la de nuestra piscina. Me tenía abrazada y su boca aún tenía sabor a mar.

—De nada; por ti, lo que haga falta y más.

Me desperté con una leve caricia en mi sexo. Completamente desnuda me había quedado dormida en la tumbona unos instantes. Nunca lo había hecho ni tan siquiera toples, pero allí, en total intimidad, me permitía ese lujo por breves momentos.

—Estás guapísima —me decía mientras su nariz jugueteaba con mi vello púbico—, casi no se te notan las marcas del bikini, pero tienes que tener cuidado, ya sabes...

Levantó mi cabeza y miró directamente a mis pechos. Ese tema lo tenía especialmente preocupado y estaba siempre pendiente de que no me pasara con el sol. Se levantó y empezó a untármelos de crema; perezosa, me dejé hacer. Teníamos ciertas parcelas de nuestra intimidad que solo compartíamos el uno con el otro. Yo jamás enseñaría mis pechos ni él su espalda, que solo yo veía y tocaba. Sabía que sonaba algo egoísta, pero lo cierto es que me gustaba que ambos tuviéramos un terreno en el otro de «uso exclusivo». Con premeditación y alevosía siguió untándome de crema dedicando especial atención a unas zonas más que a otras.

—Joseph, dudo que ahí entre el sol —comenté entre risas al notar su dedo en el interior de mi sexo, húmedo y resbaladizo.

—Mmmm, nunca se sabe, toda precaución es poca —respondió divertido y, concentrado, seguía con su labor.

—Y por ahí tampoco creo que vaya a entrar un rayo de sol. —Me volví a reír cuando noté su dedo envuelto en crema por los alrededores de mi ano.

—Nunca te fíes del sol ni de mi mano —susurró besando mi vientre entretanto la crema desaparecía en los lugares más oscuros de mi cuerpo.

—Ahora me toca a mí —interrumpí su labor a punto de correrme.

Obediente, se quitó el bañador, se tumbó boca arriba y cruzando los brazos por detrás de su cabeza se dejó hacer. Con calma, yo también lo fui untando de crema, bajando poco a poco hasta llegar a su miembro que, ya hacía un buen rato, había levantado la bandera (y no la de la paz, precisamente). A él me dediqué con movimientos envolventes y lentos, muy lentos, que contrastaban con la respiración de él que cada vez era más agitada. Seguí llevando la crema hasta sus testículos, sentía sus gemidos entrecortados y notaba cómo tensaba su cuerpo cuando mi mano extendía la crema con más ímpetu del necesario para esos menesteres. Yo, entre la crema y mi excitación, tenía la sensación de que si me sentaba encima de él me deslizaría como por una superficie encerada. Pero decidí arriesgarme y así lo hice. Nuestros cuerpos resbalaban el uno sobre el otro hasta que su miembro entró en mi interior y nos unimos por los anclajes más antiguos de la historia de la humanidad; el amor y el deseo. Me movía mientras veía cómo dejaba escapar el aire entre sus apretados dientes cada vez que mis movimientos se volvían más intensos. Se incorporó, agarró mi cara y me besó con fuerza. Nuestros gemidos de placer se juntaron con los movimientos convulsos de nuestros cuerpos hasta que ambos nos dejamos caer, yo aún sobre él, pringosos, sudorosos y felices.

Dicen que lo bueno, si breve, dos veces bueno. Pues ese viaje pareció durar solamente dos horas de lo rápido que se me pasó. Estábamos de vuelta, en el avión, y creo que a los dos nos sentaba igual de mal. Apenas había habido llamadas y las que hubo fueron muy breves.

—¿Todo bien por ahí? Por aquí, disfrutando —habló al segundó día con Emerson.

»A la vuelta hablamos —Le oí decirle a Alberto. Lo mismo con Manuel y poco más.

Tenía miedo de dejar el oasis de paz y felicidad en el que habíamos estado. Parecía que la burbuja en la que habíamos estado metidos estaba a punto de estallar con la vuelta a la cruda realidad. Un beso en mi alianza me devolvió al presente.

—¿Todo bien? —me preguntó preocupado.

—Sí —respondí no muy convencida.

—¿Dónde está el problema? —insistió apretándome la mano.

—Que me gustaría poder seguir así, en este paraíso, sin problemas, Joseph, sin nada ni nadie que nos moleste o nos haga daño...

Bajé la cabeza desanimada y mis ojos se llenaron de lágrimas. Sabía que a la vuelta tenía que enfrentarme, de nuevo, con un pasado que pensaba haber olvidado. Pero no, simplemente, se había quedado agazapado, esperándome en un rincón y de repente se había puesto en pie y me sonreía malévolamente. Levanté los ojos y lo miré desvalida. Me sonrió con ternura y me besó con suavidad.

—A mí también me gustaría. —Frunció su ceño y me miró serio—. ¿Recuerdas que hace tiempo te prometí que, si tú querías, lo dejábamos todo y nos íbamos los dos solos a algún lugar a vivir? Si todavía así lo quieres no tienes más que decírmelo.

La Julia sensata también se había puesto en pie y enfadada me miraba, brazos en jarra.

«Tienes a tu lado a un hombre maravilloso que te adora. Vas a acabar tu carrera, tienes trabajo, vienes de hacer un viaje

inolvidable... ¡Joder! —me riñó—. ¡Disfruta de una vez de lo que tienes en vez de seguir lamentándote como una niña pequeña!», siguió gritándome desde mi interior mientras me daba una colleja mental.

—¿Sabes? —pensé en voz alta sonriéndole—. Me acabo de dar cuenta de que estoy tremendamente equivocada.

Ladeó la cabeza de esa manera tan suya y me miró intrigado.

—No dejo atrás ningún paraíso; mi paraíso está donde tú estés.

Una sonrisa electrizante iluminó su cara.

—Pues lo vas a tener fácil, no pienso separarme de ti ni para mear.
—Me guiñó un ojo cómplice.

Consiguió, como siempre, hacerme reír y hacerme feliz.

Estaba nerviosa. Habíamos llegado hacía dos días y, tras la típica euforia del reencuentro, la cotidianeidad había vuelto a nuestras vidas. Pero eso no era lo que me tenía nerviosa. A mi vuelta me había encontrado con una citación judicial para comparecer en mi país. El hijo de puta de Tomás Castillo me había denunciado por delitos contra su honor, injurias, calumnias... Dejé caer el papel sobre la mesa del despacho de Joseph y, descorazonada, me llevé las manos a la cabeza.

—Ya contábamos con ello, Julia.

Joseph intentaba animarme, sentándome en su regazo ante la atenta mirada de Alberto. Eran las diez de la mañana del sábado y me parecía que desde nuestra luna de miel habían pasado dos años.

—Lo sé, lo sé. —Suspiré cansada—. Pero tengo tantas ganas de poder dejar todo esto atrás. —Fui incapaz de seguir hablando, el

puto nudo y las putas lágrimas pugnaban por ser los primeros en salir y decidieron ponerse de acuerdo y salir los dos a la vez.

Joseph me abrazó rápidamente. Cerré los ojos y, llorando, dejé que me envolviera su calor y su olor.

—Chss, chss. —Sentía sus labios en mi pelo—. Venga, Julia, tienes que ser fuerte, tenemos que ser fuertes. Puedes y tienes que hacerlo.

Pese a todo, no me quedó otro remedio que asentir. Tenía razón. Aún me faltaba cerrar esa puerta, pero para eso antes tenía que abrirla. Miré a Alberto, que permanecía en silencio.

—La abogada que va a llevar esto en tu país ya está aquí. Me ha llamado y vendrá esta tarde para hablar contigo. —Asentí ya más tranquila.

»No te preocupes —prosiguió—, si no te gusta o, por lo que sea, las cosas no salen bien, aún tenemos tiempo para buscar a otra persona que me ayude desde allá. Pero, por lo que pude hablar con tu amiga Isabel y lo que Mark ha averiguado desde aquí, me parece una abogada muy competente y muy honrada.

—Está bien, ¿a qué hora quedamos? —pregunté deseando dejar de hablar de ese tema.

—A las seis de la tarde en mi despacho —apuntó Alberto. Volví a asentir. Mejor así. No empezaba a trabajar en el hospital hasta el siguiente lunes y era un tema menos que tener dando vueltas en mi cabeza.

»Por cierto —continuó mirando a Joseph—, Las tres Marías no se han estado quietas. —A los dos nos cambió la cara y sin esperar ninguna pregunta continuó—. Por un lado, ahora les ha entrado a todas las ganas de colaborar...

—Ya —interrumpió Joseph enfadado—, pero supongo que intentan conseguir algo a cambio.

—Por supuesto. Creo que a estas alturas lo ven todo perdido y cada uno intenta que carguen con las culpas los demás. Imerda sigue diciendo que ella solamente pasaba por ahí —intentó bromear Alberto—. Óscar se desmorona por momentos y está dispuesto a admitir lo que sea si eso le favorece y por lo que respecta a Esteban Cruz...

Joseph arqueó las cejas ante el silencio de Alberto y lo miró fijamente.

—¿Qué pasa con Esteban Cruz? —preguntó extrañamente tranquilo.

—Solo pide cumplir la condena en su país. Pero... —continuó parando a Joseph con un gesto de su pequeña mano— hasta eso lo han hecho mal. En primer lugar, no es necesario que cuenten lo que ya se sabe y, en segundo lugar, se ha descubierto que desde la cárcel consiguieron llegar a un juez que les estaba pasando información sobre la investigación de los procesos judiciales que hay abiertos contra ellos. Con lo cual, otro problema más para ellos —remató satisfecho.

—¡Joder! —solté—. Si son más imbéciles no nacen.

—Pues mejor para todos —soltó un malhumorado y pensativo Joseph—. Todo lo demás supongo que bien, ¿no? —preguntó cambiando de tema.

—Bien. La revista va de maravilla y aún tenemos un número pendiente referente a toda esta trama. Aranguren sabe hacer muy bien su trabajo y hay varios temas a la espera.

—¿Cómo cuáles? —curioseé.

—Parece que ahora hay problemas con varias obras para las próximas Olimpiadas. —Aunque se calló, miró significativamente a Joseph.

—¿Qué pasa? —insistí ante esa mirada.

—Que algunos presupuestos se han multiplicado por diez —explicó Joseph—. Lo malo es que eso no implica que sean mejores en ningún aspecto.

Me di cuenta de que se estaba refiriendo a las obras que su empresa de construcción tenía adjudicadas y que, al final, se habían perdido.

—¿Y no podemos reclamar? —añadí, todavía sentada en su regazo.

—Sí. —Sonrió—. Pero, francamente, no me interesa. Me deshice de la constructora y ahora no quiero saber nada de ese tema —argumentó mirando sin mucho interés unos papeles—. Pero otra cosa es que nuestra editorial esté en posición de hacer públicas ciertas informaciones. Eso sí nos interesa —puntualizó tocándose su nariz.

—En cuanto al tema de tu padre...

Ahora fue la mano alzada de Joseph la que interrumpió a Alberto.

—Este tema ya está hablado y zanjado —cortó en seco.

Alberto me miró pidiendo ayuda y, con un gesto, le di a entender que ya me encargaría yo de eso. Únicamente tenía que encontrar el momento oportuno para hablar del tema.

—¡Ni lo sueñes, Julia!, parece mentira que me estés diciendo esto.

Un enfadado Joseph se paseaba por el dormitorio dando vueltas sin parar mientras yo lo miraba tranquilamente sentada en nuestra cama. Habíamos subido después de comer y, aprovechando el

sopor de la siesta, había decidido que era buen momento para volver a sacar el tema. Hacía tan solo un minuto estábamos los dos tranquilamente acostados y en ese momento...

—No quiero nada de él; ni su recuerdo y, mucho menos, su dinero. Además —prosiguió sin parar de moverse con su pelo alborotando de tanto mesarlo—, mi padre está oficialmente muerto desde hace mucho tiempo, ¿no?, pues que siga así.

Afortunadamente, al parar de hablar, también paró de moverse porque ya me estaba mareando solo con mirar para él.

—¿Ahora me vas a escuchar? —pregunté despacio y sin gritar, tras suspirar varias veces. Le tendí la mano, la cogió y se sentó a mi lado desinflándose.

»Vamos a ver, Joseph —empecé a hablar al mismo tiempo que ponía en orden su pelo con mis manos—. En primer lugar, aunque tu padre lleva oficialmente muchos años muerto, sabes que no fue así. Tú lo sabes, yo lo sé, lo sabe más gente y tarde o temprano se sabrá. No olvides que el inspector Moreiras también tiene conocimiento de ello y no te prometió el silencio eterno. —Agarré sus manos y vi que, pese a tener el ceño fruncido, me estaba escuchando—. Joseph, sabes que esto va a pesar sobre ti como la espada de Damocles. Nadie te está pidiendo que lo publiques en los periódicos. Una orden judicial, una prueba de ADN y punto. —Lo miré esperanzada, pero vi que seguía con el ceño fruncido y no me miraba. Signos inequívocos que me indicaban que seguía sin estar convencido.

»Ya sé que no es muy fino lo que te voy a decir —proseguí tras pensar cómo hacerlo durante un buen rato—. Imagínate aquí, en nuestra casa, un motón de mierda que no agrada ni a la vista ni al olfato ni a nada, y vas tú y lo tapas con una preciosa alfombra. —Apreté sus manos, y él me miraba asombrado—. Pues ese montón de mierda es tu padre, Joseph, y esa preciosa alfombra es nuestra vida. ¿Entiendes lo que te quiero decir? —La verdad es que ni yo

misma estaba segura de lo que estaba diciendo y, cada vez, me parecía peor idea esa escatológica comparación.

»Va a estar siempre ahí —continué hablando ante su silencio— agazapado, escondido. La mierda —me decidí a seguir con esta comparación— al aire se seca y acaba desapareciendo, pero, si la tapas, le estás creando un caldo de cultivo en el que seguirá manteniéndose viva. ¿Me entiendes, Joseph? —pregunté acariciándolo con la mirada.

Tardó un rato en contestar, pero pude ver un cambio de expresión en su cara.

—Sí, claro que te entiendo, Julia, tu ejemplo ha sido muy esclarecedor —soltó irónico.

—Ya, perdona, fue lo primero que se me ocurrió. Fue pensar en tu padre y..., lo siento —fue lo único que pude decir apoyando la cabeza en su hombro.

—Tienes razón, Julia, como siempre —admitió esbozando una leve sonrisa—, pero por lo que respecta al dinero...

—Tú déjame eso a mí —solté para su sorpresa haciendo el mismo gesto que hacía él cuando se tocaba la nariz.

Me miró como si le acabara de decir que venía de comprar en Marte y, de repente, empezó a reír

—No me puedo creer lo que acabo de oír —soltó asombrado.

—Será que me estoy contagiando de tus buenas costumbres —bromeé—, pero si tú no quieres...

Pasó su brazo por encima de mi hombro y me abrazó cariñoso.

—Lo que tú hagas y decidas para mí estará bien.

Me besó, lo besé, y cambiamos de tema.

Capítulo 29

A las seis en punto de la tarde, Asunción Rueda entró en el despacho de Alberto y me gustó al instante. Más o menos de mi edad, algo más alta, morena, media melena ondulada y rebelde, ojos castaños y almendrados, no muy grandes, pero con una mirada firme y transparente. De cuerpo menudo, pero generosa en curvas en la zona de las caderas y muslos. Ahí se concentraba todo lo que comía y aportaba a sus andares una fuerza y seguridad más que evidentes. Sin maquillar, al natural, como yo, con un simple vaquero y una camiseta, sin artificios ni cuento. Nos presentamos formalmente y los cuatro nos sentamos alrededor de la mesa redonda que Alberto tenía en un lateral de su despacho. Como buen previsor que era, me fijé en que habían desaparecido los montones de papeles que solía tener repartidos entre la mesa y las sillas que la rodeaban. Joseph estaba serio y notaba cómo la estaba evaluando.

—Bueno, como ya saben, estoy aquí porque Isabel y John me hablaron de usted y, aunque no suelo andar volando de un lado para otro tras un cliente, en este caso he decidido hacer una excepción. —Tenía una voz dulce, pero contundente, y se notaba bien que tenía muy claro lo que quería decir.

»Antes de nada, quiero aclarar algo —continuó seria—. Si me miente, si me oculta algo, si no sigue mis recomendaciones doy media vuelta y se busca a otra persona que la represente. —Sonrió ante el silencio reinante. Tenía una bonita sonrisa que la daba un aire aniñado.

»Entiéndame bien, usted necesita confiar en mí, pero yo tengo que confiar en usted, ¿ha quedado claro? —añadió, recostándose en su asiento.

—Sí, soy de la misma opinión —puntualicé rápidamente.

—Bien, pues empecemos —respondió aparentemente satisfecha. Sacó de su cartera un motón de folios y los agitó en el aire—. Esta es la declaración del señor Tomás Castillo y le voy a hacer un resumen. Sobre los temas bancarios, financieros y económicos, aunque a nosotros no nos compete, alega que no tiene la culpa de las actividades de sus clientes ni de lo que hagan con su dinero. Según su declaración, él únicamente los asesora sobre las cuestiones legales que le plantean, pero nada más. —Levantó los ojos del papel y me miró fijamente—. Pero la cuestión que me trajo aquí no son esos temas. El señor Castillo —continuó volviendo a mirar los papeles —declara que toda su imputación en el penoso asunto que a usted le ocurrió aquí no es más que el fruto de la sarta de mentiras que usted ha urdido para vengarse de él. —Abrí la boca para protestar, pero, sin mirarme, movió su mano y siguió hablando.

»Él ha declarado que usted malinterpretó la relación que entre ambos existía, que no era más que la de abogado-cliente. —Volví a intentar hablar, y me volvió a frenar.

»Declara que usted fue a su despacho con el propósito de, a cambio de ciertos favores, no pagar por los servicios legales que le fueron prestados. Que usted —prosiguió elevando el tono de voz— le confesó sentirse atraída por él y que creía que a él le ocurría lo mismo. —Levantó la vista y me volvió a mirar—. Que, ante su negativa, usted se marchó poco menos que echando espuma por la boca y amenazándolo —prosiguió mirando el papel y agitó una mano en el aire para indicar que el repertorio de lindezas aún seguía.

Al parar de habla me observó seria y pensativa. Yo no sabía si empezar a reír por toda esa sarta de mentiras o a llorar.

—Señorita Rueda. —La voz de Joseph hablando en castellano, con su acento cadencioso, me hizo volver a recordar nuestro primer encuentro—. Le puedo asegurar que todo eso es mentira.

—¿Usted qué tiene que decir a todo esto? —preguntó ignorando por completo a Joseph y a su afirmación—. ¿El señor Castillo miente o

dice la verdad?

—Miente —contesté desde lo más profundo de mis tripas devolviéndole la mirada.

—Bien —respondió con una sonrisa tras unos segundos de tenso silencio—, ahora quiero que me cuente lo que realmente pasó.

Recostándose de nuevo en su silla se dispuso a escucharme. Cogí aire, suspiré, carraspeé, tragué saliva, y Joseph cogió mi mano para tranquilizarme. Empecé mi relato intentando contarle todo con calma y desde el principio. El accidente de Víctor, el problema con los seguros...

—¿Conocía usted previamente al señor Castillo? —me interrumpió mientras tomaba notas.

—No, me lo recomendó mi antiguo jefe, el doctor Carlos Sánchez. Es amigo suyo.

—¿Qué relación le une con ese hombre?

Joseph se removió inquieto en la silla.

—Era mi jefe y un buen amigo, pero nada más —afirmé rotunda. Miré a Joseph de reojo, pero permaneció en silencio; volví a coger aire y proseguí con mi relato—. Tengo que reconocer —expliqué— que como abogado resultó de lo mejor. Lo que no había conseguido en más de seis meses, él lo consiguió en la mitad de tiempo. Antes de que se celebrara el juicio, la empresa reconsideró su actitud y aceptaron pagar la indemnización que se le exigía. La víspera de lo sucedido fue cuando firmaron el acuerdo.

Guardé silencio, nerviosa. No tenía ganas de seguir hablando; acababa de empezar y ya me sentía agotada y sin fuerzas. Dejó sus anotaciones y me miró.

—Siga.

Entonces fui yo la que me removí inquieta en la silla y, por un momento, estuve tentada a levantarme e irme. Joseph se dio cuenta porque me apretó la mano con fuerza y, de mala gana, seguí con el resto de la historia. Su llamada queriendo verme, mi enfado creyendo que no se fiaba o que quería cobrar más, su conversación telefónica cuando llegué, las explicaciones que me dio por su llamada, las disculpas de un viaje, las preguntas sobre mi vida personal, la invitación a cenar, el asco que me produjo su ataque, el pánico que sentí, cómo me defendí, cómo salí huyendo. Cuando paré de hablar, respiraba entrecortadamente y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No sé ni cómo llegué a casa —hablaba alterada—, solo sé que de repente me vi en la ducha, sentada y vestida bajo el agua, intentando quitarme la ropa llena de jabón. Recuerdo —añadí entre lágrimas— que hasta me lavé la boca con gel de ducha y aun así no era capaz de dejar de notar su aliento en ella y sus manos intentando sobar mi cuerpo.

No fui capaz de seguir hablando. Gruesos lagrimones corrían por mi cara, me costaba trabajo respirar. y, asustada, incluso pegué un bote al notar el abrazo de Joseph.

—¿No es suficiente? —preguntó nervioso por la situación.

Ni tan siquiera lo miró. Seguía escribiendo y, tras acabar, lo volvió a repasar con el ceño fruncido.

—¿Está segura de qué lado de la cara le arañó?

Asentí secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—Sí, el izquierdo —confirmé segura.

Tras unos segundos, levantó la vista de sus notas y me escrutó fijamente.

—¿Por qué no lo denunció de inmediato?

Se hizo un espeso silencio. Había hecho la pregunta del millón, la que tantas veces me había hecho, lo que tanto me había pesado.

—No lo sé —confesé abatida— o quizás sí. Por miedo a pasar la vergüenza de contarlo y que nadie me creyera, que todo el mundo se enterara, por sus amenazas.

—¿Por qué pensaba que nadie la iba a creer? —indagó con la mirada clavada en mí.

—Venía de pasar una mala racha en mi vida —empecé a hablar tras unos segundos de silencio—. Mi pareja de entonces era un maltratador a todos los niveles —conseguí decirlo tras coger aire, retorciendo mis manos, nerviosa—. Para colmo, mi madre falleció, yo enfermé, la convivencia se complicó aún más y tuve un deterioro físico más que evidente.

—¿Me puede decir de qué enfermó? —me interrumpió suavemente.

—Cáncer de mama. —Bajé la cabeza y noté cómo rodaban mis lágrimas de nuevo—. ¿Quién me iba a creer? —Hice en voz alta la pregunta que martilleaba mi cabeza desde aquel entonces—. Un hombre de éxito, con carrera, guapo, importante, con dinero, con amistades. ¿Alguien iba a creer que un hombre así se había fijado en mí?, ¿en una persona como yo? —puntalicé señalándome a mí misma de manera desdeñosa.

—¿Como usted? —repitió intrigada.

—Sí, ¡joder!, como yo —solté exasperada y harta ya de ese puto tema—. Una simple técnica de un hospital, una persona enferma, que se veía horrible en ese momento, que solo quería poder seguir adelante, vivir tranquila —hablé entre sollozos— sin que nada ni nadie que me hiciera llorar y sin fuerzas para nada. —Mi voz se fue apagando al igual que mi energía—. Solo quería olvidarlo todo, poder dejar todo atrás, poder vivir de nuevo.

No pude seguir hablando y me refugié en el hombro de Joseph, que me envolvió en un cálido abrazo. Cerré los ojos, deseando que al abrirlos todo el mundo, menos Joseph y yo, se hubiera desvanecido. Pero no, ahí seguían todos, en silencio. Alberto evitaba mirarme, incómodo, y solamente ella permaneció con los ojos clavados en mí, solo que entonces me sonreía.

—Pues me alegra ver que lo ha conseguido. —Observó a Joseph, que limpiaba mi cara—. Bien, pues por mí de acuerdo —soltó segura apoyando las manos sobre sus papeles recorriéndonos a los tres con la mirada—. Vamos a ir a por ese hijo de puta, vamos a hacer que lamente ese día el resto de la suya y vamos a demostrar a todo el mundo cómo realmente es, ¿qué me dice? —remató desafiante.

—Adelante, con todas las consecuencias.

Ocupada como estaba en sorber mis mocos, fue la voz rotunda y segura de Joseph la que respondió por mí. Yo solo pude asentir.

—Me gustaría repasar ahora algunas cosas sobre sus declaraciones —habló señalando el fajo de papeles que Alberto le había dado.

—No hace falta que os quedéis, yo puedo hacerlo —habló un hasta el momento silencioso Alberto.

Pese a todo conseguí sonreír y miré sus manos, que mantenía tapadas la una con la otra.

—Gracias, Alberto —conseguí decir ya más tranquila—, te agradecería mucho que te encargaras de esto.

—Sí, sí, encantado —se apresuró a responder—, si necesitamos algo os llamo.

—¿Cuándo se va? —pregunté mientras nos levantábamos.

—Mañana al mediodía sale mi avión. Por motivos de trabajo no me es posible quedarme aquí más tiempo —soltó ya enfrascada en leer la documentación que Alberto le acababa de poner delante.

—Bien, pues, entonces, buen viaje —me despedí con voz cansada.

—Por cierto. —Joseph se volvió ya en la puerta—. Como puede ver todo este tema a mi mujer aún le afecta demasiado. Por lo tanto, si ella está de acuerdo, les pediría que la molestaran lo menos posible. Yo confío en su criterio y...

—Yo también estoy de acuerdo —interrumpí.

Sabía por dónde iba en realidad, pero también tenía razón en lo que había dicho. Si de algo no tenía ganas era de estar hablando de ello.

—Por mí, de entrada, no hay ningún problema, pero de cualquier manera seguiremos en contacto. —Estaba tomando notas con un lápiz y se lo puso en la oreja para seguir hablando—. Creo que este juicio no va a tardar en celebrarse porque, entre otras cosas, al señor Castillo le está entrando prisa para que a usted no le dé tiempo a conseguir una buena defensa.

Pese al nudo de mi estómago, y ante su imagen con el lápiz en la oreja, sonreí.

—Pues creo que no lo consiguió —sentenció Joseph estrechando su mano.

—Me causó buena impresión.

—A mí también —fue la respuesta de Joseph cenando tranquilamente en casa.

—Y a Alberto no digamos —dejé caer entre bocado y bocado.

Algo en mi tono debió de llamarle la atención pues se quedó con el tenedor en el aire.

—Venga, Julia, por favor, ¿de dónde sacas...?

Fruncí los labios y asentí firmemente convencida.

—Se tapó las manos —fue mi única explicación.

Entonces el que frunció los labios fue él.

—O sea que porque no enseñó las manos deduces que ella le interesa. La verdad, no sé de dónde sacas esos razonamientos. — Tras sacudir la cabeza, divertido, siguió comiendo.

—Te digo que sí, ya verás cómo tengo razón. ¿Apostamos algo? — lo reté.

Me llevé un dedo a la boca y lo chupé desafiante, es lo que tenía comer pollo frito con las manos. Ladeó la cabeza y me sonrió de esa manera deliciosamente escalofriante.

—Si tú tienes razón —concretó encantado— te pones el collar, pero, si la tengo yo y no pasa nada, el collar te lo pongo yo.

Bajó su tono de tal manera que consiguió ponerme la piel de gallina. Tras chuparse su dedo, tendió su larga mano con mirada desafiante. Entorné los ojos y lo miré; con calma tendí mi mano y estreché la suya.

—Hecho, el que ponga el collar, manda —acepté segura.

Capítulo 30

Nuestra vida volvió a esa especie de calma tensa que ya habíamos experimentado con el anterior juicio. Fiel a los deseos de Joseph, Alberto apenas sacó el tema, pero las veces que lo veía mi corazón se encogía esperando oír la fecha del juicio. Por un lado, al igual que la vez anterior, estaba deseando que todo pasara, pero, por otro lado, no quería que llegara ese momento. Estábamos casi a mediados de noviembre. Joseph y César, pese a mis protestas, acababan de tener su primera sesión de krav magá tras todo lo ocurrido y, junto con Mark, estábamos tomando algo para celebrar su reincorporación al mundo de los golpes, volteretas y demás...

—Es la falta de práctica —se excusó Joseph por el agotamiento con el que acabó al ver mi cara de preocupación.

—Está aquí Alberto —anunció Emerson.

Miré a Joseph, extrañada y nerviosa. Eran casi las nueve de la noche y deduje que algo había pasado lo suficientemente importante como para que viniera a casa a esas horas.

—¿Ya tenemos fecha para el juicio? —me adelanté a preguntar impaciente.

—No, Julia, no. No es eso —me contestó tras un breve saludo—. Vengo porque a Asun le llegó cierta información y cree que debes estar enterada; quiere hablar contigo. —Fruncí el ceño y no pude evitar darme cuenta de que Joseph, César y Mark, tras intercambiar unas furtivas miradas, se habían convertido en tres gatos de escayola que me miraban inexpresivos y sin parpadear.

»Ya sé que quedamos en molestarte lo menos posible, pero hemos considerado que...

Alberto se lanzó a darme una serie de explicaciones que yo no escuchaba, absorta como estaba mirando a las tres nuevas figuras

decorativas que habían aparecido en el salón. César y Mark hicieron el ademán de levantarse, pero al ver mi cara da mala hostia, unido a que mis ojos se habían convertido en una fina raya, desistieron del intento.

—Ponme con ella —lo interrumpí sin haberme enterado de nada.

Alberto abrió su ordenador y en pocos segundos la cara de Aun apareció en la pantalla. Se la veía seria y preocupada.

—Hola, Julia, ¿cómo está?

Aún no había conseguido que me tuteara. Según ella porque como cliente le merecía el máximo de los respetos, pero sobre todo porque le ayudaba a mantener la objetividad.

—Intrigada, habíamos hablado de que vosotros os encargarais de todo, pero ahora Alberto...

—Espera un momento —me interrumpió seria—, si hablamos esto contigo es porque lo consideramos necesario. Tengo aquí a un periodista en mi despacho que me ofrece una información que cree que nos puede interesar.

—¿Y?

Pregunté mirando de nuevo a los tres gatos de escayola que, aparte de no parpadear, habían dejado de respirar y hasta de moverse. Mark, desde el intento de fuga, tenía un vaso en la mano que parecía estar pegado a ella.

—De momento, no sé nada más. Se ha limitado a venir con un sobre que le ha llegado y al leer la nota que venía adjunta vino a mi despacho. Solo quiero que me des tu permiso para poder ver de qué se trata.

—Pues, adelante —autoricé.

—Vale, te veo en un momento.

La comunicación se cortó y el silencio en la sala era tan atronador que si se me hubiera ocurrido pegar un grito, al menos tres personas iban a acabar incrustadas en el techo. Los barrí con la mirada y tuve que contener las ganas que me entraron de reír ante semejante cuadro. Mark seguía aferrado a su vaso como si la vida le fuera en ello, Joseph me miraba con los ojos como platos e intentaba poner una cara de inocente más falsa que una moneda de madera, y César había decidido que mirando al suelo se había vuelto invisible. Ambos volvieron a mirarse de reojo e intentaron largarse de nuevo.

—De eso nada, de aquí no se mueve nadie —solté en voz baja para que Alberto no se enterara.

Alberto estaba hablando con Joseph sin darse cuenta de que no le estaba haciendo ni puto caso. Me puse a pasear nerviosa intentando tranquilizarme y, como me había aconsejado Aranguren, evitando sacar conclusiones precipitadas.

—Julia —me llamó Alberto con la cara de Asun, de nuevo, en el centro de la pantalla.

Su cara me confirmó lo que sospechaba. Sabía que nadie salía especialmente favorecido en esas pantallas, pero la palidez de su cara no indicaba nada bueno.

—Esto es tremendo, Julia. —Por primera vez la noté nerviosa—. He mirado todo por encima, pero tengo aquí una serie de archivos que demuestran claramente el blanqueo que Castillo realizaba para sus clientes, así como el dinero que a cambio recibía por ello. Por supuesto, tengo que mirarlo con calma y ver si se puede autenticar toda esta información.

—Pues estupendo, ¿no? —interrumpí intentando no mirar a nadie—. Si se puede demostrar que mintió en este tema, también podremos demostrar que mintió en lo demás —razoné ya algo más tranquila esperando que no hubiera nada más.

—Sí, tiene razón —contestó rápidamente—, pero eso no es lo que me preocupa. Hay algo más...

—¿Hay más? —volví a interrumpir con tono sarcástico con la mirada clavada en el ordenador.

—Sí, Julia, hay algo más, pero no sé si...

Pese a mi enfado, agradecí que el gato de escayola en que se había convertido Joseph decidiera moverse y se sentara a mi lado.

—Hay aquí unos vídeos —habló vacilante.

—Ponlos —le pedí con voz neutra.

Aguanté, dada la presencia de Alberto, el tener que ver toda esa mierda de nuevo. Pese a la mala hostia que tenía, agarré la mano que, en silencio, me tendió Joseph. La suya ya estaba fría.

—¡Para! —le pedí casi a voz de grito tras unos interminables segundos.

Asun apareció al instante en la pantalla.

—Julia, lo siento —habló más tranquila—, pero creo que tenía que ver esto. Necesito su permiso para poderlo enseñar en el juicio, aunque, como supongo que ya sabe, la Fiscalía tendrá que estar al corriente y, si el juez nos lo admite como prueba, la parte contraria también tendrá que ser informada. Lo entiende, ¿verdad?

Bajé la cabeza, avergonzada, humillada, enfadada y empecé a llorar.

—De acuerdo —accedí, tras tragar saliva varias veces.

—Tranquila. —La pequeña mano de Alberto se posó en mi brazo—. De eso ya nos encargaremos nosotros.

Con la excusa de que quería concretar más cosas con Asun, agarró su portátil y se marchó.

—¿Os parece bien lo que habéis hecho? —bramé furibunda tan pronto Alberto desapareció en el ascensor.

El silencio fue la única respuesta mientras los tres se miraban para ver quién se atrevía a empezar a hablar.

—Julia, te recuerdo que cuando hablamos con Asunción la primera vez le pedí que te molestaran lo menos posible y...

—Y tú pensaste que eso incluía el que vosotros decidierais por mí, ¿no?

Me levanté enfadada y me acerqué al enorme ventanal que rodeaba el salón. Me crucé de brazos y guardé silencio. Intentaba que el paisaje que tenía delante consiguiera tranquilizarme y no dijera nada que más tarde tuviera que lamentar. Joseph se puso a mi lado, pero no intentó tocarme.

—Julia, siento que te haya sentado mal, pero, créeme, lo hicimos con la mejor intención.

—¿Hicisteis qué? —pregunté sin mirarlo.

—Como las otras veces, se le hizo llegar a Aranguren, y este nos comentó que conocía a un periodista que vivía en otra de las islas, no recuerdo.

—¿Tenerife?, ¿Lanzarote?

—Sí, creo que me dijo Lanzarote.

—Claro, y ya está —interrumpí otra vez—, tuvisteis que decidir por mí. Como si yo no supiera hacerlo. Aquí, D'Artagnan y los tres mosqueteros —ironicé girándome y señalándolos a los tres— al rescate de la indefensa dama que no puede hacer nada por sí misma. Pues creo que esta indefensa dama se ganó ese derecho

hace mucho tiempo. —Cruzando los brazos de nuevo me volví a girar.

—Y lo has hecho, Julia, eres tú la que has tenido la última palabra. Solamente pretendí que mientras no llegara ese momento estuvieras lo más tranquila posible.

Joseph me hablaba despacio, cariñoso, cauteloso y sabía que estaba deseando que yo hiciera algún gesto que le indicara que mi enfado ya había pasado.

—¿Y ahora qué? —pregunté volviéndolos a mirar.

—Pues, ahora, supongo que intentarán hacer lo mismo que Alberto hizo en el anterior juicio. Conseguir que en tu país la Fiscalía y el juez, tras estudiar la documentación, lo admitan como prueba y para que no haya dudas recurrir a un experto en informática que verifique la autenticidad de lo presentado.

—Como al que recurrió la vez anterior y que yo recomendé —se atrevió a hablar Mark, que por fin había soltado el vaso.

—Y, ese periodista, ¿es de fiar?

—Según Aranguren, sí. Y, de momento, parece que no se ha equivocado —entonces el que metió baza fue el mosquetero César.

—¡Estupendo! —exclamé levantando mis manos al cielo—. Cuántos más lo sepan, mejor.

—Te advierto que a mí tampoco me hizo gracia ninguna —protestó Joseph.

—¿Y no sabe quién...? —seguí preguntando, ignorando sus protestas.

—No, de momento no; pero Aranguren nos dijo que, si hacía falta, no tenía inconveniente en que se supiera que la información le había llegado a él.

De brazos cruzados los observé un rato en silencio y ellos se volvían a convertir en tres gatos de escayola.

—No se os vuelva a ocurrir hacerme esto jamás —hablé intentando mantenerme serio apuntándolos con mi dedo—. No soy idiota, no me gusta que me traten como tal y, mucho menos, que decidan por mí. Ahora no —precisé—. ¿Os ha quedado claro?

—Lo sentimos, Julia..., lo hicimos con la mejor intención..., no volverá a suceder...

De repente, los tres gatos de escayola cobraron vida y farfullaban todos a la vez. César y Mark se atrevieron a levantarse, y Joseph me rodeó los hombros con su brazo y, para su alivio, me dejé besar.

—Lo sé, lo sé, pero así, nunca más. ¿Vale?

Entre bromas, ya más relajados, los despedimos delante del ascensor. Aún me seguía impresionando el cambio tan grande experimentado por César. Su gesto, su cara, su voz, todo parecía distinto en él. Se veía relajado, como si se hubiera quitado un gran peso de encima y, pese a seguir siendo poco hablador, parte de su hermetismo había desaparecido y su gesto no se tensaba con la facilidad de antes.

—¿Conque los tres Mosqueteros? —La voz de Joseph interrumpió mis pensamientos. Con las manos en los bolsillos y gesto burlón me miraba—. ¿Y quién sería yo?

—D'Artagnan, por supuesto —contesté totalmente en serio.

—Pero D'Artagnan no era un mosquetero —protestó mientras me abrazaba en la relajante terraza; la vista que disfrutábamos desde aquel lugar tenía un efecto terapéutico sobre mí. La incomparable bahía de Copacabana parecía observarnos en silencio.

—Ya, al principio, pero acabó siendo el mejor.

Me miró, lo miré, y ambos nos empezamos a reír de ese diálogo a todas luces absurdo.

—Lo siento, Julia, de verdad —insistió y entramos de nuevo en casa.

—Lo sé, Joseph, ya está, simplemente cuenta conmigo.

—Te lo prometo. —Lo rubricó con un beso.

Lo miré y entorné los ojos.

—¿Me lo prometes mucho, mucho, mucho? —repetí besándolo cada vez.

Ladeó la cabeza de esa forma tan suya, me sonrió con la mejor de sus deliciosamente escalofriantes sonrisas, me levantó en brazos y se encaminó hacia nuestra habitación.

—Por favor, no te enfades nunca conmigo.

Estábamos abrazados, desnudos, exhaustos y felices. Sonreí medio adormilada y suspiré satisfecha. Por lo menos había conseguido que, ante un error, se limitara a pedir disculpas, liberado ya de la compulsión por hacerse daño.

—No me des motivos.

—Lo siento —repitió por enésima vez.

—Te quiero, Joseph y de eso se trata, no tener que decir nunca lo siento.

Sentí sus labios en mi pelo y, satisfecha, me amoldé a su cuerpo.

—Buenas noches, mi niña.

—Buenas noches, mi niño.

El tiempo fue pasando marcando su propio ritmo y tras ese desagradable asunto agradecí la falta de noticias tanto de Asun como de Alberto. Podría parecer una actitud cobarde, pero no quería que aquel asqueroso asunto ocupara en mi cabeza más tiempo del estrictamente necesario. Afortunadamente, el juicio quedó fijado para el viernes dieciocho de diciembre. Y «afortunadamente» porque quería dejar ese asunto zanjado lo antes posible y no me apetecían unas Navidades pensando en aquello. Lo que me preocupaba eran dos temas: por un lado, estaba preocupada por Joseph, por su claustrofobia y cómo le podía afectar el hecho de tener que hacer un viaje tan largo. Sin embargo, casi le dio una vuelta cuando le sugerí que podía viajar yo sola con Alberto.

—Vaaale, lo siento, Joseph —entonces me tocó a mí decirlo—, pero te lo digo porque sé lo mal que lo pasas y son muchas horas de viaje.

—Es mi problema —respondió sin mirarme—, salvo, claro está, que no quieras que vaya por otros motivos.

Me acerqué y me senté a su lado. Estaba tocando el piano y casi saltan las teclas disparadas de lo fuerte que las golpeó cuando oyó mi sugerencia. Apoyé mi cabeza en su hombro y suspiré tranquila mientras mis ojos casi se ponen del revés.

—No digas tonterías, Joseph, claro que quiero que vengas conmigo. Sabes que no puedo dormir si no estás a mi lado —continué hablando acariciando su larga mano que descansaba sobre el teclado, consiguiendo que un tímido sonido se atreviera a salir—, pero son muchas horas de avión y sé cómo lo pasas. —Suspiré de nuevo y me quedé en silencio, con mi mano todavía apoyada en la suya. Pesé a todo, notaba cómo a medida que acariciaba su mano su enfado iba desapareciendo.

—Te recuerdo que gracias a un viaje así fue como te conocí. Y, si antes lo aguanté, ahora me será mucho más fácil.

—Entonces, estupendo, por mí encantada; así te podré enseñar el apartamento donde vivía. —Levanté la cabeza hacia él y me besó —. Ahora sigue tocando, me gusta —le pedí melosa.

— *Para Elisa* , de Beethoven —explicó.

—No, para Julia, de Joseph —repliqué mimosa.

El otro tema que me preocupaba especialmente era que me seguía dando pavor acudir a un juzgado. La única vez que lo había hecho lo pasé francamente mal. Me seguía pareciendo humillante tener que hablar de temas delicados e íntimos delante de unos completos desconocidos y quedar a expensas de que te pudieran creer o no o de que tu abogado fuera mejor que el suyo o, simplemente, que una de las partes supiera mentir bien. Tantos posibles «o», pese a estar en posesión de la verdad, me producían una sensación de vértigo e inseguridad tremendos. Desde luego, lo que no me creía era cuando veía en los periódicos o en la televisión a algún político, empresario o famoso decir la mítica frase: «Estoy deseando ir al juzgado y poder declarar». ¡Una puta mierda! Si ya antes me costaba creerlo, entonces estaba completamente segura de que todo era puro teatro.

Por lo demás, nuestros días pasaban volando. Compatibilizaba mi trabajo en el hospital con mis estudios de Periodismo, eso sí, sin dejar mi coro. Joseph conciliaba todo eso con su agenda de trabajo y andaba conmigo, de un lado para otro. Seguía dándome rabia que él o Emerson tuvieran que llevarme a todas partes, pero, si ya antes para él era impensable, tras todo lo ocurrido, mucho menos. Todos seguían en estado de alerta, y Leo, al igual que César, nos mantenía vigilados. En cuanto a mis estudios, todo iba bien, salvo la gramática del portugués. Se parecía tanto a la del gallego que las confundía muy a menudo. Nunca pensé que me resultara más fácil aprender la de un idioma tan distinto como es el inglés que la de un idioma tan parecido al mío. Además, tenía un profesor muy severo que me imponía «duros castigos» cada vez que me equivocaba; Joseph. Sonreía cuando lo veía disfrutando como un niño mientras corregía mis escritos. Lo que él no sabía es que ya llevaba un tiempo cometiendo errores a propósito...

En cuanto a la revista, seguía funcionando muy bien. Con la reputación de Aranguren, y el bombazo que habían supuesto los primeros números, teníamos la editorial llena de posibles temas de corrupción a todos los niveles. Nuestro correo se saturaba de tanta información que, desde distintos puntos, nos hacían llegar, confiados en que nosotros, tras la correspondiente investigación, lo haríamos público. En más de una ocasión tuvimos que ir a la policía dada la gravedad de algunos asuntos y Mark fue una gran ayuda. Aranguren tenía a su gente viajando como loca por todo el país; confirmando, descartando o intentando recabar más información de la infinidad de temas que ya se amontonaban sobre las mesas.

—Hay que saber dosificar los tiempos, Julia —me decía Aranguren cuando nos juntábamos para hablar de esos temas—. La noticia tiene que madurar, no podemos lanzarnos, sin más, con lo primero que nos cuenten —me explicaba una y otra vez ante mi impaciencia por sacar todos los temas a la luz lo antes posible.

Yo estudiaba Periodismo, él me enseñaba a ser periodista y entonces me limitaba a escuchar. Hasta que terminara la carrera no iba a trabajar como tal, pero como parte que era de la empresa nos teníamos que juntar para tratar los temas que se iban a publicar y él aprovechaba para darme una clase magistral sobre cada uno en cuestión. Joseph también estaba presente en nuestras reuniones y aguantaba feliz los interrogatorios a los que yo lo sometía. Cómo desarrollar una noticia, cómo enfocarla, la conveniencia de tomar partido o no, conflictos con la ética profesional... Suponía que el pobre salía extenuado de cada reunión. Por lo demás, Joseph venía con las cuentas claras y la parte económica era lo que menos tiempo nos llevaba, para contento de todos.

Por si todo eso fuera poco, llevaba otro asunto entre manos que era bastante más complicado. Era un «regalo» que me había propuesto hacerle a Joseph, pero, a veces, me asaltaban las dudas y tenía miedo de que resultara ser un caramelo envenado. Todo lo demás era pura felicidad. Cada mañana, cuando abría los ojos y lo veía a mi lado, tenía la sensación de que realmente era cuando empezaba

a soñar; cuando me miraba y veía cómo su cara se transformaba y se iluminaba, tenía miedo de que tanta felicidad no pudiera ser real.

Lo que sí era real era que en esos momentos nos encontrábamos en el avión que nos llevaba a mi país. Habíamos salido con un par de días de antelación para poder repasar todo con calma, había insistido un impaciente Alberto, al que, significativamente, le habían vuelto a crecer sus uñas. Miré a Joseph y, guiñándole un ojo, se las señalé. Quería que se relajara un poco, pero todo quedó en un amago de sonrisa. Estaba tenso, serio y, pese a acabar de despegar, miraba continuamente el reloj. El vuelo era directo e íbamos en uno de los aviones de su empresa, pero su agobio era palpable.

—Intenta dormir algo —le sugerí tras un breve refrigerio.

El vuelo era de noche y, tras mucho insistir, Alberto se había ido a descansar al dormitorio. Los dos insistieron en que fuera yo, pero me negué en redondo. Sabía que me sería imposible dormir sabiendo lo mal que lo estaría pasando Joseph a escasos metros. Me miró y, con gesto triste, volvió a intentar sonreír. Me levanté de mi asiento y me senté con él. Lo bueno de ser pequeña y menuda es que cabía en cualquier sitio. Se ladeó como pudo, y me acurruqué a su lado. Me abrazó, y lo abracé.

—¿Mejor? —pregunté con mi cara hundida en su cuello.

—Sí, ahora sí.

Suspiró relajado y, tras un reconfortante beso, nos dormimos los dos. Nos despertó la voz del piloto avisando de nuestra cercanía a Canarias. No lo pude evitar y mi corazón se encogió. Ni en mis sueños más remotos había contemplado la posibilidad de volver así, con una vida totalmente diferente, con una Julia completamente distinta y, mucho menos, por semejante motivo. Aterrizamos en el sur de la isla y, tras bajar de nuestro coche, nos dirigimos al hotel. Nuestra idea era alojarnos en la casa de turismo rural de Isabel y John, pero aún no estaba terminada. Eran las ocho de la mañana

cuando llegamos al hotel que, por cierto, era impresionante. Situado al borde de un acantilado con una bajada a una preciosa playa pequeña y tranquila de fina arena blanca. Desde la terraza de nuestra *suite*, hacia un lateral, teníamos una vista preciosa de esa playa y, al frente, la inmensidad del mar Atlántico. Nos dimos una ducha rápida, nos cambiamos y bajamos al comedor principal donde estaban sirviendo el desayuno. Alberto y Asun ya nos estaban esperando, y los pude observar en la distancia; sus gestos, sus miradas, sus sonrisas...

—Mucho me temo que vas a perder la apuesta. Prepárate —susurré a Joseph y lo amenazaba sonriente mientras nos dirigíamos hacia su mesa.

Por toda respuesta me pasó la mano por el hombro y me abrazó con fuerza. Asun estaba distinta. Su rostro se había dulcificado y parecía aún más niña que antes. Había engordado algo y todo había ido a parar a sus caderas. Lo cual parecía no importarle porque, al igual que Alberto, se metió tal desayuno entre pecho y espalda que yo hubiera sido incapaz de comer algo más durante un mes. Pese a nuestros nervios, tanto por el viaje como por su motivo, lo cierto era que Joseph y yo también conseguimos disfrutar de un buen desayuno y de un aromático café. Con la tercera taza en la mano, salimos a la impresionante terraza que rodeaba prácticamente todo el comedor. Era una pena no estar lo suficientemente relajada para poder disfrutar de aquel paisaje, pero mi cabeza había entrado en modo torbellino y sabía que hasta que todo aquello pasara iba a estar así. El día estaba nublado, pero no hacía frío, aunque nada que ver con las temperaturas que habíamos dejado atrás. Sentada en esa terraza, mi cabeza se iba continuamente a la de nuestra casa, que era donde deseaba estar, contemplando mi querida y admirada playa de Copacabana. No podía negar que Río tenía playas espectaculares; Ipanema, Leblon, Barra de Tijuca, Botafogo, Vermelha, Arpoador..., pero, para mí, Copacabana seguía siendo algo único, especial, con una magia y energía particular. Saboreando el rico café cerré los ojos y me dejé llevar hasta mi tan querido lugar.

Capítulo 31

—Estese tranquila. —La voz de Asun me sacó de mi añorada terraza y me volvió a sentar en la del hotel—. Todo va a salir bien, recuerde que la verdad está de nuestra parte. Solo procure contar todo con calma y por orden. —Asentí poco convencida y sin mucho ánimo—. No se preocupe, si veo que se olvida de algo, se lo recordaré con alguna pregunta.

—¿Quién es su abogado? —preguntó Joseph, que llevaba todo el tiempo muy callado.

—Un compañero de su bufete —contestó Asun torciendo el gesto, otro estúpido machista como él. Lo bueno es que su defensa es más que previsible. Intentará destruir la credibilidad del testimonio de su mujer atacándola por la vía personal. Francamente, es algo que odio y me cabrea especialmente, y yo cabreada soy peligrosa —nos advirtió terminando de limpiar con el dedo el poco helado que quedaba en su copa. Mi mirada se desvió hacia Alberto, vi cómo él la miraba, y ya no tuve dudas.

—Además, creo que Asun está embarazada —sentencié con gesto firme en el ascensor.

—¿No te estarás pasando? —respondió Joseph arqueando sus cejas—. Yo, de momento, solamente he visto a dos compañeros de trabajo que se llevan bien.

—Ya, pero tú para estos temas estás más ciego que un topo —bromeé abrazándome a él.

—No te quiero recordar quién era la cegata cuando nos conocimos —habló sonriendo camino de nuestra habitación.

—¿Estuviste aquí la vez anterior?

Llevaba rato preguntándome si esa no sería la causa de que se desenvolviera tan bien por el hotel.

—Sí, aquí es donde localicé a Mark, pero solamente estuve una noche —argumentó cerrando la puerta de nuestra habitación. Me agarró y me abrazó con fuerza—. La noche del día que cambió mi vida —lo susurró cerca de mi boca, cariñoso, muy bajito, como si alguien pudiera oírnos, pero el sonido de su voz lo inundó todo; la habitación, la isla y mi cuerpo.

También fue fuerte el abrazo que recibimos, nada más entrar en D'Juan, que así se llamaba el nuevo restaurante de Isabel y John. Una eufórica Isabel y un sonriente John nos esperaban impacientes. Alberto y Asun prefirieron quedarse en el hotel.

—Para volver a repasar todo con calma —volvió a alegar Alberto.

—Mucho tienen que repasar —recuerdo haberle dicho a Joseph con sorna cuando amablemente rechazaron nuestra invitación—. Vete asumiendo que has perdido la apuesta —bromeé.

La verdad es que se estaban perdiendo un lugar completamente distinto a todo lo conocido y me quedé gratamente sorprendida por los grandes y acertados cambios realizados.

—Por fin conseguimos tener el restaurante que queríamos. Compramos el local de al lado y nos decidimos a cambiarlo todo —nos explicó Isabel, que rezumaba orgullo por todos los poros de la piel.

John nos miraba sonriente. Me gustaba su sonrisa. Sus ojos algo achinados, desaparecían por completo cuando se reía y, si hubiera tenido una larga coleta, podrías pensar que tenías delante a un auténtico oriental.

Tenía razón, afortunadamente, nada que ver con el típico restaurante de antes, cuando acudía allí con... «Bueno, mejor no pensar en eso», me dije a mí misma y más cuando tenía a Joseph, quizás temeroso de lo mismo, sin sacarme la vista de encima. El lugar era precioso. La barra seguía estando entrando a mano izquierda, pero era lo único que se mantenía en su lugar. El resto de

la entrada al local estaba ocupada por cómodos sofás y elegantes sillas a las que se adaptaban distintos tipos de mesas. Pequeños apliques ponían una tenue nota de luz en cada mesa.

—Esta es la parte de cafetería —nos explicó John. Un amplio, pero no muy largo, pasillo conducía a la parte del comedor. En él un elegante mueble con revistas y periódicos, iluminado por una sencilla lámpara. Justo enfrente, los baños. El comedor, sencillamente espectacular. Combinaba también distintos tipos de mesas con diferentes sillas e incluso había un banco pegado a la pared. En el centro, una mesa ocupada por un surtido de tartas a cual más apetecible cubiertas por delicadas copas de cristal. Velas y flores completaban la decoración y se conjuntaban con las del resto de las mesas.

»Cada cierto tiempo cambiamos de tema. La semana pasada tuvimos una selección de diferentes tipos de panes y aceites —siguió explicándonos a modo de cicerone.

Una chimenea, rodeada por mullidos sofás; dos lámparas, no demasiado grandes, de blanco cristal, y la combinación en paredes y tapicerías del color gris y oro viejo la daban al local un cálido y relajante ambiente. Hasta la música que sonaba parecía formar parte de la decoración y, lo mejor de todo —al menos para mí—, sin televisión. Como colofón, una amplia terraza con una única mesa presagiaba una velada íntima y relajada.

—Hoy es para nosotros solos —puntualizó Isabel.

—Increíble, está precioso, lo habéis dejado irreconocible —comenté admirada.

Joseph asintió.

—Julia tiene razón, no sé cómo estaba antes, pero os aseguro que ahora tenéis un local precioso y diferente a todo —puntualizó mientras miraba con detenimiento a su alrededor.

Un pequeño torbellino de pelos rizados irrumpió en el local y se abrazó a Isabel que, orgullosa, lo cogió en brazos.

—Este es Juan, nuestro hijo.

No pude evitar volver a sentir un pellizco en el corazón, como cuando vimos a Clara por primera vez, pero tuve que sonreír a unos grandes ojos marrones que me miraban entre unos bucles de pelo rubio.

—Hola, Juan, me llamo Julia.

Por toda respuesta escondió la cabeza en el cuello de su madre.

—Esperad cinco minutos y no os lo quitaréis de encima —nos advirtió John que volvía a parecer un chino de la sonrisa tan grande que tenía.

Así fue. Al poco tiempo jugaba con Joseph y conmigo como si nos conociera de toda la vida. Veía cómo se reía con Joseph mientras, sentado en su regazo, le hablaba en su idioma y este fingía no entenderlo. Otro pellizquito llegó a mi corazón.

—Que sepas que la maternidad no es tan ideal como la pintan. —La voz cantarina de Isabel me sacó de mi nubarrón, el mismo que en esos momentos estaba tapando el sol. Me conocía bien y sabía lo que estaba pasando por mi cabeza—. Noches sin dormir, pechos caídos, estrías, kilos de más que no se dan ido... y todo esto para que cuando sea mayor me entren ganas de estrangularlo —bromeó.

Consiguió hacerme reír y que de nuevo saliera el sol en todos los sentidos. La comida fue fabulosa. Me seguía pareciendo mentira que de esas manazas pudieran salir platos tan delicados y con una esmerada presentación. Crema de calabacín, zamburiñas a la plancha, arroz meloso con berberechos y setas de temporada, y gallo de corral en escabeche de cítricos. Para reventar de gusto. Lo malo era que aún faltaban los postres y cuando nos trajeron un variado con todas las tartas que tenían tuve la sensación de que los

botones de mi vaquero pedían auxilio. Todas buenísimas, pero jamás olvidaré la de zanahoria con queso mascarpone y la de chocolate con frutos rojos. Menos mal que tenía enchufe y conseguí hacerme con las recetas, eso sí, bajo la promesa de no dedicarme jamás a la hostelería.

—Lo siento, Julia, siento no haberme dado cuenta de lo que te sucedía y no estar a la altura de las circunstancias.

Isabel lo soltó de repente, cuando estábamos a punto de irnos. La miré perpleja cuando vi sus ojos húmedos de emoción.

—Tú no tienes la culpa de nada. En tal caso, la culpa ha sido mía porque, siempre que me preguntabas cómo iba todo, yo te mentía una y otra vez.

—No lo vuelvas a hacer, ¿de acuerdo?, cuando tengas algún problema ya sabes que puedes contar conmigo. —Nos abrazamos las dos emocionadas.

—Lo sé, lo sé, perdóname por tanta mentira. —Miré a Joseph, que permanecía atento y en silencio—. Pero ahora no te miento cuando te digo que soy la persona más feliz del mundo y lo seré aún mucho más mañana cuando haya pasado todo.

Por toda respuesta Joseph tomó mi mano y me habló en nuestro código secreto. Dos apretones, pausa, tres apretones más. Sonreí débilmente y le respondí de igual forma.

—Por favor, mañana en cuanto sepáis algo...

Isabel no tuvo que acabar la frase, no hacía falta. Lo único que esperaba era que con un día fuese suficiente.

—Esperemos que todo acabe mañana —apostilló como si me hubiera leído el pensamiento.

—Sí, seguro que sí. —Fueron las palabras rotundas de Joseph.

De vuelta al hotel íbamos en el más completo de los silencios. No hacía frío, pero estaba nublado y unas finas gotas de lluvia salpicaron el parabrisas. De repente, mi ánimo también se oscureció y a mi cabeza volvieron los malos recuerdos que algunos lugares, por los que habíamos pasado, habían despertado. Pasamos cerca de donde habíamos vivido Víctor y yo, y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Tentada estuve de pedirle que acelerara, por un momento tuve miedo de que saliera de algún lugar y me llevara con él. Crucé los brazos y me abracé a mi cintura, mientras apoyaba la cabeza en la ventanilla del coche. Estaba tan ensimismada que tardé algo en darme cuenta de que había parado. Habíamos salido de la autopista, estábamos en medio de una carretera secundaria y, salvo una árida extensión de terreno, no había nada más. Apoyado en el volante me estaba mirando.

—¿Estás bien? —pregunté alarmada.

—¿Y tú? —me devolvió la pregunta con una tristeza infinita—. Tenías que haber visto la expresión de dolor en tu cara.

Sin más empezaron a rodar las lágrimas por mis mejillas.

—Porque aquí casi acaban conmigo, Joseph. —Empecé a llorar—. No sabes cómo me llegué a sentir aquí; hundida, desesperada.

—Y allá, con todo lo que te pasó, ¿no? —preguntó con más miedo que cautela.

—No, por favor, Joseph, nada que ver —me apuré a responder pese a mis lloros—. Tú estabas ahí, tú estás conmigo, y eso fue lo que me dio fuerzas para poder con todo. Aquí no estabas tú, Joseph, no tenía a nadie, solo dolor y un vacío enorme. —Con lo alto que era, no sabía cómo lo hizo, pero, de repente, me encontré con él sentado en mi asiento y yo en su regazo. Como siempre, su abrazo me reconfortó y, como siempre, secó mis lágrimas con sus besos y con su camisa.

»Si no fuera por ti —musité entre lágrimas.

—Si no fuera por ti —repitió sobre mis labios.

Dejé que su lengua entrara en mi boca y barriera el sabor amargo de mis recuerdos. Sabía a café, a amor y a entrega. La mía hizo lo mismo con la suya y un leve gemido escapó de su garganta.

—Vamos para el hotel —pedí anhelante.

—Si me lo pides con esos ojitos —susurró aún sobre mi boca.

—¡Mierda! —exclamé en el *hall* del hotel.

En una mesa, al fondo, Alberto y Asún departían amigablemente. Joseph sonrió.

—Tranquila, no me olvido de esa mirada —me susurró al oído mientras nos acercábamos.

Seguían repasando la documentación y había que decir que habían hecho un buen trabajo. Asun hasta había ido a mi antiguo apartamento a buscar papeles que creía podían hacer falta. Los dueños ya no vivían allí, se habían ido a vivir a la península con su hija, ¡lástima!, me hubiera gustado que conocieran a Joseph. Lo bueno es que tenía lo poco que había dejado en casa de una vecina que también me apreciaba mucho. Hablamos un buen rato y, poco a poco, me fui empezando a poner nerviosa.

—Julia, tranquilícese. No va a mentir. Va a contar simplemente la verdad y, de una manera u otra, lo vamos a demostrar —subrayó Asun con un montón de papeles sobre sus rodillas—. Al abogado de él contéstele de la manera más breve y concisa posible —continuó apuntándome con un lápiz que se acababa de quitar de la oreja— y si no entiende algo hágalo saber. Del resto me encargo yo —finalizó segura.

Sonreí con poco ánimo, pese a que sus palabras eran prácticamente las mismas que Alberto, machaconamente, nos había repetido hasta la saciedad en el anterior juicio. Afortunadamente,

Joseph no se olvidó de mi mirada. Y, gracias a ello, ambos conseguimos dormir bastante bien. Pese a todo, a las siete de la mañana parecíamos dos fieras enjauladas. Desayunamos más bien poco, a pesar de lo apetecible que era todo y, con un par de cafés, volvimos a salir a la espléndida terraza que rodeaba el comedor. Lo miré con pena. Debería estar ocupado llevando sus negocios, preocupándose por la evolución del mercado de valores o por conseguir nuevos y succulentos contratos, pero no, estaba allí, preocupado por mí. Con mi cara hundida en mi taza de café pude ver su gesto tenso y sus hermosos ojos cansados.

—Lo siento, Josep —pensé en voz alta—, siento que tengas que pasar por todo esto y siento ser la causante de todos tus problemas.

Me quedé nuevamente en silencio, cabizbaja, contemplando un hermoso amanecer y con un inmenso mar delante que, si hubiera podido, lo habría cruzado a nado.

—Por favor, Julia, no empecemos otra vez con lo mismo —habló levemente enojado—. El problema no eres tú, el problema es que exista gente que porque tiene dinero y poder se crea con derecho a pisar a todo el mundo. —Dejó la taza de mala gana sobre la mesa y me miró frotándose la frente. Su mirada se suavizó cuando vio que estaba a punto de llorar. Abrió los brazos y me refugié en ellos.

»Ya sabes que, aunque estuvieras en el mismísimo infierno, querría estar a tu lado, créeme. —Levantó mi cara con su mano y me miró fijamente—. Y ahora, señora Levi —me habló cariñoso mientras colocaba un mechón de pelo detrás de mi oreja—, vas a demostrarle a ese cabrón que contigo no va a poder y va a pagar por todo lo que nos ha hecho sufrir, ¿de acuerdo? —remató esbozando una leve sonrisa.

—De acuerdo —respondí más animada.

Cuando llegamos al *hall* del hotel, Asun y Alberto estaban sentados charlando. Los vi contentos y relajados y eso me dio algo más de seguridad.

—Buenos días —saludamos Joseph y yo a la vez.

Asun me miró, evaluando mi aspecto físico. Había secado mi pelo que ya era una media melena que me llegaba a los hombros y me había puesto el traje chaqueta que había llevado en el juicio anterior, ya que parecía haberme dado buena suerte. La única diferencia era que en ese momento lo combinaba con una camisa entallada en color azul. Mis zapatos de cuña, con tira en el tobillo, mi milagrosa barra de labios, sin gota de maquillaje y con un montón de nervios.

—Bien, Julia, me gusta su aspecto. Y también el suyo —remató tras escrutar a Joseph.

Él llevaba un fino jersey de punto negro, con cuello en pico, combinado con un traje negro y, por supuesto, unos relucientes zapatos de cordón negros. Para mí, de diez.

—Venga, nos vamos —soltó un impaciente Alberto.

Ellos se fueron en el coche de ella, y nosotros, en el nuestro.

—Te digo que entre esos dos hay tema —intenté bromear.

El silencio en el coche era atronador. Sabía que cuando estaba nervioso o preocupado le gustaba conducir en el más absoluto mutismo y entonces conducía tenso y con el ceño fruncido. Llegamos prácticamente a la vez. Eran las ocho y media y el juicio empezaba a las nueve. No había tiempo para nada más. Pasamos los correspondientes arcos de seguridad y entramos. Mi corazón empezó a latir con fuerza, Joseph me llevaba agarrada de una mano que estaba tan fría como la mía. Asun y Alberto iban hablando delante y me volví a fijar en que sus caderas se habían ensanchado ligeramente. En silencio, entramos en el ascensor, el juicio era en la segunda planta. Mi estómago había entrado en la fase de centrifugado y, quizás porque tenía la boca completamente seca, mi corazón no se había salido por ella. Cuando salimos al pasillo frené en seco. Al fondo estaba Carlos, la doctora Rayos y Centellas, que, en ese momento, los empezó a descargar sobre mí, y el hijo de puta

de Tomás Castillo hablando con ellos. Gesticulaba y reía como si todo aquello fuera una fiesta. Noté cómo le cambiaba la cara a Carlos, que hizo el ademán de acercarse a mí.

—Ni se te ocurra —fueron las únicas palabras que Joseph le lanzó a través del pasillo, mientras lo apuntaba amenazadoramente con su dedo.

—Tranquilo, estoy bien —lo tranquilicé.

Afortunadamente, no tuvimos ni tiempo para sentarnos, pues nos empezaron a llamar. «¿Qué cojones está haciendo aquí Carlos?», me pregunté. En realidad, apenas sabía cómo iba a ser el juicio, pues, cumpliendo fielmente nuestra petición, apenas nos habían informado de nada.

—Viene como testigo —me susurró Alberto dándose cuenta de mi expresión interrogante.

Lo miré boquiabierto. «¿Testigo de qué?, ¿de que tiene a un hijo de puta como amigo?». Pude ver a Asun hablando con un hombre. Parecía pasar algo de los cuarenta, no demasiado alto, delgado, pelo algo largo, de color castaño, al igual que su barba e igual que sus ojos. Todo él destilaba un aire bohemio, tenía la voz ronca de fumador empedernido y, para confirmarlo, apestaba a tabaco. Me sonrió cuando Asun nos presentó.

Era José Conde, el periodista que se puso en contacto con ella. Tras un breve e incómodo saludo, supongo que por el material que había llegado a sus manos, me hicieron gracia sus dientes de delante, algo grandes y separados. Joseph apenas prestó atención. Estaba concentrado mirando al imbécil de Castillo. De pie, lo siguió con la vista por toda la sala, serio, sin parpadear y daba la sensación que hasta sin respirar. Miré al otro. Ya no reía, no gesticulaba tanto, pero me miró con su aire de chulería al máximo. Una náusea de asco ascendió desde mi estómago por toda mi garganta. Su mirada despertó en mí, hizo que la sangre se agolpara en mi desbocado corazón y, por unos instantes, creía que me iba a

desmayar. De repente, me encontré sentada y vi a Joseph, que de rodillas me miraba preocupado, al igual que Asun y Alberto.

—¿Estás bien?

Respiré intentando tranquilizarme y conseguí decir un débil «sí», con mano temblorosa, agarré una botella de agua que Alberto me tendió. Di un par de pequeños sorbos y me encontré mejor. Me alarmé al ver a Asun muy seria, parando a Joseph, que, puesto en pie, se encaraba con Castillo.

—Señor Levi, o se controla, o le tendré que pedir que espere fuera —le advirtió agarrándolo por el brazo, él seguía con los ojos fijos en Castillo con una mirada cargada de odio.

—Por favor, Joseph, estoy bien, tranquilízate —hablé rápido ante el temor de que Asun decidiera mandarlo salir.

Los testigos tenían que esperar fuera y lo que menos hacía falta en ese momento era un colérico Joseph compartiendo pasillo con Carlos, al igual que José Conde. Por suerte, al haberme negado en redondo a que Joseph tuviera que testificar de manera alguna podía estar dentro conmigo y eso era lo único que necesitaba. Al final conseguimos que se sentara a mi lado y pareciera tranquilizarse. Y digo pareciera porque estaba de todo menos sereno. El continuo movimiento de su pierna, sus manos heladas, al igual que las mías y su respiración agitada demostraban, a las claras, todo lo contrario. Pero lo que más me preocupaba era su mirada. Con sus ojos convertidos en dos finas líneas seguía sin apartar los ojos del imbécil de Castillo, que, a todas luces, se empezaba a sentir incómodo con la situación. Este se encontraba hablando con el que supuse era su abogado. Recordaba haberlo visto por su despacho alguna vez. Me había llamado la atención por dos cosas: una porque, pese a tenerle miedo, parecía admirarlo mucho y se traducía en que intentaba parecerse en todo lo posible a él y, otra, porque las veces que lo vi en su despacho siempre andaba trotando a mi alrededor y, más de una vez, un molesto Castillo lo había

mandado a marcharse. Evitaba mirarme y se notaba que estaba claramente incómodo con la situación que estábamos viviendo.

—Intentó llegar a un acuerdo.

La voz de Alberto sentado a mi lado fue apenas un susurro. Lo miré arrugando el ceño.

—Al principio Castillo se negó, después los que nos negamos fuimos nosotros —me explicó a modo de resumen.

—¿Qué acuerdo quería? —pregunté bajito.

—Económico, una indemnización y que te olvidaras de todo —habló de manera escueta inclinando su cabeza hacia mí.

—Bien —fue mi respuesta—. ¿Joseph se enteró de esto? —susurré mirándolo de reojo comprobando que seguía con la vista en Castillo.

Alberto se removió violento en su silla.

—Sí, lo sabía. Yo fui el que me negué.

La voz proveniente de mi izquierda confirmó mis sospechas y también me confirmó que, pese a parecer totalmente concentrado en matar a Castillo con la mirada, Joseph había oído todo.

—Bien —volví a repetir.

Pese a haber tenido una discusión con tres gatos de escayola por haber decidido hacer ciertas cosas sin contar conmigo, en eso estaba plenamente de acuerdo, en su decisión como de no habérmelo consultado; no hacía falta. Miré con desgana el resto de la sala y vi que, más o menos, se distribuía igual que allá. Varias filas de asientos separados por un pasillo. Una larga mesa de frente y otras dos más pequeñas a los laterales. La diferencia es que allá declarabas frente a todo el mundo, en un lateral de la sala y, en España, para ello había una pequeña mesa con su correspondiente silla en el centro del espacio que quedaba libre entre la mesa

principal y las filas de asientos. Lo malo era que le tendría que dar la espalda a Joseph. Eso me intranquilizó, tanto por él como por mí. Mi corazón volvió a latir a mil por hora y si hubiera podido correría y no pararía hasta llegar a Río. Tenía el estómago revuelto y mi ánimo por los suelos.

—Venga, Julia, ya falta menos —me intentó animar un pálido Joseph apretándome la mano y hablándome, a la vez, en nuestro lenguaje secreto.

—Yo también, Joseph, yo también —respondí segura al «te amo» que sentí en mi mano. En esos momentos era lo único que tenía totalmente claro.

El cabrón de Castillo, aprovechando que los abogados habían salido de la sala para ponerse sus togas, volvió a mirarme con cara de asco, pero apartó la vista rápidamente cuando se encontró, de nuevo, con la mirada hostil de Joseph. Entraron los abogados ya con las togas pertinentes y tras ellos apareció la jueza. Bajita, como yo, muy delgada y con una larga y lisa melena. Una cara afilada, de serios ojos marrones, al igual que su gesto. Todo lo demás era toga y nos fue barriando a todos con su mirada escrutadora. Detrás de ella, el Ministerio Fiscal, también representado por una mujer, algo más corpulenta que la jueza y con un bonito pelo rubio y corto, dos personas más completaban el desfile; dos hombres que supuse serían los secretarios judiciales. Tras unos momentos de espera, en los que todo el mundo ocupó su lugar, la jueza ordenó el comienzo del juicio.

—Julia Torres Rey, el señor Tomás Castillo la acusa de perjurio, falso testimonio, injurias y calumnias hacia su persona y, como resultado de todo ello, haber ocasionado un grave menoscabo en su honor; tanto a nivel personal como profesional. ¿Cómo se declara de todas estas acusaciones?

La atiplada voz de la jueza rompió el silencio de la sala. Habló sin leer, mirándome directamente a los ojos, igual que yo a ella. Cuando

terminó de hablar apoyó los codos en la mesa y cruzó las manos a la espera de mi respuesta.

—Inocente, señoría, completamente inocente.

Para mi propia sorpresa mi voz sonó alta, clara y sin atisbo de duda.

—Bien —prosiguió—. El señor Castillo declara que él no tuvo nada que ver en una serie de desgraciados acontecimientos que les ocurrieron recientemente a usted y a su esposo. Que la relación que le unía con las personas responsables de dichos sucesos no es más que la estrictamente profesional y que usted, de manera consciente y deliberada, mintió y lo acusó sin más motivo que la venganza y el ánimo de causarle el mayor daño posible. El señor Castillo jura que, como reputado abogado que es, siempre ha respetado y defendido la ley en todos los órdenes de su vida. ¿Cierto?

Ahora tenía los ojos fijos en el cabrón de Tomás que parecía no haberla escuchado al estar muy ocupado colocando bien los puños de su camisa.

—Por supuesto, lo juro —se apresuró a decir al darse cuenta de que la jueza estaba esperando su respuesta.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al volver a oír esa voz. Impecable en el tono, pero algo afeminada, salvo cuando se enfadaba... La jueza frunció el ceño, supuse que irritada por el tono condescendiente con el que le contestó y se quedó un momento en silencio mientras, pensativa, se quitaba el reloj y lo ponía sobre la mesa.

—Quiero que todo quede bien claro —continuó—. El señor Castillo está ya imputado por una serie de delitos por los que está en libertad con cargos y de los que tendrá sobrada ocasión de defenderse en otro momento. Aquí el tema a tratar está bien definido y es bien concreto. Quiero también aclarar que, como sobre el señor Castillo también pesa la denuncia que usted, Julia Torres Rey, ha interpuesto contra él por intento de violación, secuestro y

posterior participación en todo lo que aquello derivó; entenderán que lo que aquí se resuelva tendrá consecuencias en ese posterior juicio, tanto en un sentido como en otro. —Miró a ambos abogados y el silencio fue la única respuesta.

»No quiero circos. Aquí dentro, lo exijo; desearía que ambas partes sepan comportarse y, aunque respeto la libertad de expresión que en este país todo el mundo tiene, creo que el señor Castillo se está haciendo un flaco favor hablando en todos los medios de comunicación para quejarse de la persecución a la que se está viendo sometido por ser una persona de éxito. No sé en otros juzgados —continuó visiblemente irritada—, pero en mi sala lo único que persigo es hacer justicia sin tener en cuenta, ni para bien ni para mal, el nivel social de nadie. —Sonreí para mis adentros. «Muy propio de él —pensé—, muy propio de todos los que son como él: yo no soy un auténtico hijo de puta, gilipollas y cabrón, no, faltaría más. Es el resto del mundo que, envidioso de mi éxito, conspira contra mí».

»Ahora me dirijo al abogado del señor Castillo. —La voz de la jueza cortó mi momento filosófico—. Usted y su cliente han protestado por la presencia del abogado que la señora Torres ha traído desde su actual país de residencia. —Contuve la respiración y miré a Joseph alarmada. Nadie me había dicho nada, pero, por su expresión de calma aparente, creo que él ya era sabedor del problema.

»La señora Torres contrajo matrimonio en Brasil con el señor Joseph Levi Marshall y, por lo tanto, ahora tiene doble nacionalidad. El abogado que la acompaña velará únicamente para que sus derechos como ciudadana brasileña no sean vulnerados en ningún momento. Esa será su única función y esa es, básicamente, la razón por la que su queja ha sido rechazada. ¿Algún problema más? —remató mirando al intento de copia de Tomás.

—No, señoría, ninguno —replicó molesto.

—Estupendo, pues entonces empecemos. Doy la palabra al abogado del señor Castillo.

El intento de copia de Castillo se levantó y, con aire ya triunfal, empezó a pasear por la sala. De pelo ondulado, rubio y de facciones delicadas, no era un chico feo y las pocas veces que lo vi me pareció bastante inteligente. De tener un buen maestro, podría haber llegado a ser un buen abogado, pero una vez empezó a hablar, me cagué en todo.

—Como muy bien ha explicado su señoría —comenzó adulando a la jueza—, el prestigioso abogado, señor Tomás Castillo, se ha visto envuelto, muy a su pesar, en ciertos temas relacionados con algunas actividades ilegales que, parece ser, realizaban algunos de sus clientes y de las que él era totalmente desconocedor y para nada responsable. —Paró de hablar haciendo una breve pausa en la que miró a Castillo en busca de su aprobación. La cual dio en forma de una de sus sonrisas con las que parecía haberte salvado la vida.

»Y, vuelvo a repetir —continuó más que satisfecho—, como muy bien ha explicado su señoría; de los diferentes delitos que pesan sobre mi cliente tendremos sobradas ocasiones de defendernos en sucesivos juicios de los que, estoy seguro, el señor Tomás Castillo saldrá impune. Dicho lo cual —se apresuró a añadir ante la cara de mosqueo de la jueza—, voy a hablar de lo que aquí nos ocupa. —Paseó unos segundos en silencio volviendo a mirar a Castillo, que, regalándole otra de sus condescendientes sonrisas, consiguió que se hinchara como un pavo.

»Vaya por delante que el señor Tomás Castillo siente por todo lo que la señora Julia Torres y su recientemente estrenado marido —soltó con un tono levemente despectivo—, el señor Joseph Levi Marshall, han tenido que pasar. Pero, aun así, mi cliente se ha visto obligado a defenderse de las acusaciones realizadas por esta persona en las cuáles lo vincula directamente con los, sin duda, trágicos sucesos vividos; tanto por ella, como por su esposo. —Vuelta a su parada y vuelta a la sonrisa condescendiente del cabrón de Castillo.

»La señora Torres declara haber sido la víctima de una novelesca trama motivada por un inexistente deseo de venganza por parte del

señor Castillo. Deseo de venganza, según ella dice, motivado por la negativa de la señora Torres a mantener una relación con mi cliente y negativa que, según ella, llegó a un punto en que tuvo que defenderse de mi cliente causándole una serie de heridas en la cara. —Paró de hablar, otra vez, y señaló la cara de imbécil de Castillo, que la movió hacia los lados, mientras, con su mano, nos indicaba que no había marca ninguna en su impoluta cara de hijo de puta. Cada vez que la giró, en mi cabeza se formó la agradable imagen de mí misma partiéndosela de una hostia. Debí de sonreír porque noté el codo de Joseph en mi brazo a modo de aviso.

»Demostraremos —continuó cuando consideró que ya nos había fijado lo suficiente en cara del imbécil— que, sin dudar de todo lo que les ha acontecido, la señora Torres aprovechando las desafortunadas circunstancias, y entendemos que psicológicamente afectada, al salir a relucir el nombre del señor Castillo, como abogado que era de algunas de las personas que sí estuvieron directamente implicadas en todo lo que le sucedió, ha buscado un chivo expiatorio y lo ha encontrado en mi cliente. Que la señora Torres ha metido al señor Castillo en esta truculenta historia por no haber manifestado ningún interés por ella y por no haber aceptado ningún encuentro sexual como el que ella le propuso a cambio de su minuta como abogado. —La mano de Joseph se crispó sobre la mía, a la vez que yo abría la boca para protestar. Una mirada de Asun me hizo desistir.

»Demostraremos que no existió la supuesta agresión que la señora Torres dice haber infligido al señor Castillo, a modo de defensa, porque no fue necesario en ningún momento. Mi cliente rechazó, educadamente, su propuesta, y ella se marchó, por lo que se ve; humillada, ofendida y enfadada. Hasta tal punto que, aprovechando esos desagradables sucesos y una desafortunada coincidencia, no dudó, por venganza, en poner en la picota el buen nombre y la reputación de mi cliente acusándolo de una serie de delitos a todas luces muy graves. —Volvió a mirar a Castillo, con la respectiva nueva aprobación. Como lo volviera a hacer era capaz de pedirle a la jueza que pusiera un biombo entre ellos dos...

—De todas maneras, mi cliente entiende que todo puede ser una consecuencia de lo que, por desgracia, la señora Torres ha tenido que pasar. Creemos que su equilibrio psicológico y emocional debía de estar completamente destruido y entendemos que su mente no estaba lo suficientemente lúcida como para darse cuenta de las consecuencias que una acusación tan seria puede conllevar. Por todo ello, mi cliente está dispuesto a retirar la denuncia interpuesta contra ella si la señora Torres hace lo mismo con la suya. Creemos que seguir adelante con todo esto solo va a añadir más sufrimiento y dolor a unas personas que ya han tenido bastante, como son el señor Levi y la señora Torres, y a un hombre que no se lo merece, que es el señor Castillo.

Sonreí para mis adentros. «¡Cómo se puede tener tanta cara! Intenta hacernos ver que nos está haciendo un favor. ¡Hay que joderse y agarrarse bien para no caerse!», pensé. Miré de reojo a Joseph y su cara era un muro impenetrable. Si no fuera porque veía cómo se movían las aletas de su nariz, pensaría que estaba tranquilo. Yo, increíblemente, estaba harta. Sí, harta y aburrida. Tenía otra vez sensación de *déjà vu* y sabía lo que me esperaba; vuelta a las desacreditaciones y acusaciones personales de tipo clasista, machista y algún «ista» más que seguramente cabría ahí. Asun sí que estaba serena. Sin inmutarse y sin interrumpir, escuchó las tonterías que dijo el intento de copia de Castillo y esperaba pacientemente a que la jueza le diera la palabra. Cuando lo hizo, sin levantarse del asiento, sacó el lápiz que había puesto en su oreja y empezó a hablar con toda la tranquilidad del mundo.

—Señoría, estamos aquí reunidos, como bien dice mi compañero letrado, porque el señor Castillo denunció a mi clienta por perjurio, falso testimonio, injurias y calumnias, ¿cierto? —preguntó dirigiendo la mejor de sus sonrisas al abogado de Castillo.

—Cierto.

—Mi estimado compañero dice que el señor Castillo lamenta profundamente todo lo sucedido a mi cliente y a su esposo, ¿cierto?

—Cierto.

—Mi estimado compañero dice que entienden que mi clienta efectuó determinadas acusaciones en un momento de quiebra psicológica y que debido a ello no supo medir las graves consecuencias de las mismas, ¿cierto?

—Cierto.

—Mi estimado compañero entiende que es normal que mi cliente se sintiera atraída por su cliente y que, humillada y ofendida, se batiera en retirada esperando encontrar un mejor campo de batalla, ¿cierto?

—Cierto —contestó cada vez más incómodo el abogado.

El tono de Asun empezó a subir paulatinamente, y los allí reunidos intuimos que era la calma que precedía a la tempestad.

—Mi estimado compañero ve así mismo normal que, en los momentos en que tanto la vida de mi cliente como la de su marido corrieron grave peligro, la señora Torres solo tuviera en mente vengarse del señor Castillo por no haber conseguido tener un revolcón con él a cambio de su minuta, ¿cierto? —siguió preguntando con la mejor de sus sonrisas.

—Bueno, cierto —balbuceó.

—Mi estimado compañero, en un alarde de generosidad, afirma que están dispuestos a retirar todos los cargos contra mi clienta a cambio de que ella retire la denuncia que tiene interpuesta contra su cliente, ¿cierto?

—Cierto.

Durante unos segundos guardó silencio y tuve la sensación de que el resto de la sala, al igual que yo, conteníamos la respiración a la espera de la traca final. Y supe que así iba a ser cuando vi de nuevo el lápiz en su oreja.

—Pues bien —continuó en un tono totalmente diferente al anterior —, me alegra saber que mi compañero y su cliente sean tan comprensivos. Yo no lo voy a ser. —Se echó hacia delante en su mesa y se encaró directamente con Castillo y su intento de copia que, cada vez, estaban más pálidos.

»Vamos a demostrar que mi clienta no cometió ninguno de los delitos que se le imputan y vamos a demostrar que el señor Castillo intentó agredir sexualmente a mi clienta. Que fue él el que le ofreció no cobrar su minuta si ella accedía a sus pretensiones, que ella se defendió con uñas y dientes, nunca mejor dicho —apostilló en tono irónico— y que, como resultado de ello, lesionó en la cara al señor Castillo, lesiones de las que yo, particularmente, no me alegro de que se haya recuperado.

—¡Protesto! —exclamó indignado la sombra de Castillo.

—Se acepta la protesta, por favor, señora letrada... —avisó la jueza a una Asun, que sonreía tranquila sabedora de lo que iba a pasar.

—Que el señor Castillo —prosiguió sin inmutarse— recurrió a varios de sus más estimados y selectos clientes, con el ánimo de perpetrar su venganza y que eso fue el desencadenante de toda una serie de trágicos sucesos que, tanto mi clienta como su marido, tuvieron que padecer. Sucesos que casi acaban con la vida de ambos y que, en caso de mi defendida, la han acarreado secuelas permanentes en la suya. Sucesos tras los cuales está usted y solo usted —insistió apuntándolo con el lápiz que rabiosa se volvió a quitar de la oreja—. Sucesos que ahora dice tanto lamentar. —Paró para coger aire y me dio la sensación de que todos aprovechamos para hacer lo mismo. Todos los presentes en la sala parecíamos estatuas; inmóviles, sin parpadear y sin mover nadie un músculo.

»Pues más lo va a lamentar —prosiguió tras conseguir respirar de nuevo— porque voy a conseguir que pague, y bien, por todo el daño causado, tanto a mi clienta como a su esposo. —Respiró hondo y, con la misma mala hostia con la que se había puesto el lápiz en la oreja, se lo volvió a quitar. Se hizo el silencio y pude ver cómo a

Alberto solo le faltaba que se le cayera la baba de lo orgulloso que se sentía de ella en esos momentos. Yo lo único que hice fue apoyar mi cabeza en el hombro de Joseph y suspirar aliviada. Estaba segura de que todo iba a salir bien. Unos conocidos apretones en mi mano así me lo confirmaron y lo miré sonriendo.

»Por cierto, señorita —volvió a hablar para sorpresa de todos—, aunque ninguna de las partes hemos solicitado la comparecencia del señor Levi quiero que sepan que no tiene el menor inconveniente en hacerlo si, en algún momento, se considera necesario.

Miré a Joseph nuevamente sorprendida, que me observó de reojo y sonrió cuando vio mi expresión de enfado. Sonrió todavía más cuando la que le pegué un pequeño codazo fui yo.

—Pues, bien, aclaradas ambas posturas... —pronunció la jueza haciéndome reaccionar—, podemos empezar el juicio.

Capítulo 32

—Llamo a declarar al señor doctor don Carlos Sánchez —llamó, con gran pompa y boato, el abogado de Castillo.

Desde luego, más apelativos no le pudo poner. No pude evitarlo, me sentí incómoda y el corazón se volvió a desbocar. Me resultaba muy desagradable el tener que volver a encontrarme en esas circunstancias a una persona que me hubiera gustado tener como amigo durante toda mi vida. Aunque lo había visto fugazmente en el pasillo, cuando entró lo pude ver mejor. Apenas había cambiado físicamente, salvo por el hecho de que había engordado algo más. Desplazó su enorme cuerpo hasta la silla central que pareció encogerse ante lo que se le venía encima. Al pasar me miró de reojo unos segundos y noté cómo la mano de Joseph se deslizó por mi cintura y me apretó contra su cuerpo. Tras el típico juramento al que mucha gente parecía no darle importancia, empezó su declaración.

—Por favor, ¿puede decirnos de qué conoce a la señora Torres?

Aunque estaba de espaldas, lo conocía bien y noté que estaba incómodo. Se movía continuamente como si su culo no consiguiera encontrar el punto exacto donde aposentarse.

—Trabaja..., quiero decir, trabajaba en el laboratorio del hospital del cual soy su director.

—¿Cuánto tiempo trabajó en dicho laboratorio?

—Iba a hacer cinco años cuando lo dejó —contestó con prontitud.

Me sorprendió a mí misma su exactitud. Pero tenía razón, había empezado un mes de septiembre, aunque tenía la sensación de que había transcurrido mucho más tiempo.

—¿Cómo definiría su relación con la señora Torres?

Volví a notar su incomodidad pues la silla empezó a balancearse levemente.

—Bien, buena, estrictamente profesional —balbuceó.

No pude evitar esbozar una amarga sonrisa. Ya empezaban las mentiras. Aún recordaba su inoportuna declaración al poco de morir Víctor y las muchas que le siguieron hasta que conseguí que dejase de intentarlo.

—¿Estrictamente profesional? —preguntó con evidente malicia el «aspirante» a Castillo.

—Sí, al menos conmigo.

Entonces la que me removí inquieta fui yo. ¿Qué coño había querido decir con eso?

—¿Qué quiere decir con eso? —Oí repetir mi pensamiento en voz alta.

—Bueno... —masculló moviéndose inquieto en su silla—, por mi parte nunca hubo nada, pero con el doctor Ihab...

—¡Protesto! —La voz de Asun sonó fuerte y clara—. Aquí no se ha venido a hablar de la vida sentimental de mi clienta.

La jueza miró con cara de pocos amigos al abogado de Castillo.

—Señoría, si me permite, trataremos de explicar el comportamiento de esta señora con los hombres para poder entender lo sucedido con mi cliente.

—Señor letrado —habló con gesto serio la jueza—, no me está gustando nada por donde va y, pese a que de momento deniego la protesta, tenga mucho cuidado con lo que dice.

Fruncí el ceño. No me gustó cómo sonó lo de «esta señora», no me gustó que la queja de Asun cayera en saco roto, pero mucho menos me gustó ver a Ihab metido en toda esa mierda. Miré a Joseph, que seguía impertérrito, salvo leves apretones en mi mano.

—Pues eso —continuó, un cada vez más azorado Carlos—, enseguida intentó un acercamiento hacia mí y supongo que al no conseguirlo hizo lo mismo con el doctor Ihab. Todos pensamos que al final lo consiguió. —Abrí la boca de pura perplejidad, sin poder creer lo que estaba oyendo. Miré a Asun, que, con gesto indiferente, parecía no darle importancia—. De hecho, al final se fueron juntos —concluyó con toda la mala baba de la que fue capaz.

Sacudí la cabeza y algo debí mascullar porque noté el codo de Joseph en mi brazo. Lo miré se reojo y vi que intentaba disimular una sonrisa.

—¿Cómo conoció la señora Torres al señor Castillo? —siguió preguntando el «aspirante» a tal.

—Se lo presenté yo. Lo conozco desde el colegio, estudiamos juntos y, aunque elegimos carreras diferentes, seguimos

manteniendo una buena amistad.

—¿Cree conocer bien al señor Castillo?

Miré a Asun, que tomaba notas en un papel.

—Sí, a él y a toda su familia. Son gente de gran prestigio social y con un gran éxito en todos los ámbitos de su vida.

—Diría que es un hombre al que le sobran las mujeres.

—¡Protesto, señoría! —La voz de Asun volvió a sonar a la vez que lanzaba el lápiz con fuerza sobre la mesa.

La jueza volvió a mirar con cara de pocos amigos al abogado en espera de una explicación.

—Señoría, intento demostrar que un hombre de éxito, como dice su amigo desde la infancia, no necesita forzar a nadie y menos a cambio de algo.

—Esta es la última que se lo permito —soltó la jueza visiblemente enfadada—. Prosiga.

—¿Por qué puso en contacto al señor Castillo con la señora Torres?
—preguntó el «aspirante» a Castillo, optando por cambiar de tema.

—Por motivos profesionales —respondió raudo—. Su anterior pareja había fallecido en un accidente de tráfico y, lo que al principio parecía estar claro, se fue enredando hasta que necesitó a un abogado. Ella me lo comentó, y yo le dije que tenía un amigo que la podía ayudar. Aceptó, y se lo presenté.

Me removí en el asiento, cansada. Era la primera verdad que había oído hasta el momento.

—Y ¿qué pasó?

—Pues que todo salió perfecto. Mi amigo, el señor Castillo, se portó muy bien con ella, a mi entender. Por deferencia hacia mí, llevó su caso personalmente y lo apuró al máximo. Fue especialmente amable con ella e incluso nos invitó a comer, a los dos, un día a su casa —soltó con retintín—. En poco tiempo logró solucionar el problema con el que llevaba peleando más de seis meses y creo que le consiguió una buena indemnización.

El «aspirante» a Castillo miró satisfecho a su alrededor. Carlos iba respondiendo a sus preguntas tal y como ellos querían, y yo seguía sin poder dar crédito a lo que estaba sucediendo.

—Hablemos ahora de ese famoso día en el que, según la señora Torres, el señor Castillo intentó agredirla sexualmente hasta el punto de, en defensa propia, causarle lesiones a mi cliente. ¿Se acuerda de ese día?, ¿por qué?

—Sí, lo recuerdo perfectamente —se apresuró a contestar— porque el día anterior, que era viernes, la propia Julia —dijo temblándole la voz— me dijo que ya se había llegado a un acuerdo sin necesidad de ir a juicio.

—¿Cómo recibió la noticia la señora Torres?

—Estaba en el laboratorio cuando recibió la noticia. Supongo que fue el propio Tomás quien la llamó. Se alegró mucho, tanto por acabar de una vez con el tema como por la indemnización conseguida.

Carlos se calló a la espera de que le siguiera preguntando, pero noté cómo se volvía a mover inquieto en su silla.

—Ese fin de semana, ¿sucedió algo más?

—Pues sí —consiguió contestar tras unos segundos de vacilación—. El sábado, hacia la noche, me llamó Tomás y lo noté bastante molesto. Quedamos para cenar, , el domingo se iba de viaje, y me contó lo sucedido.

—¿Qué le contó? —le animó a seguir el aspirante a Castillo.

—Pues, más o menos, que Julia se había presentado el sábado por la tarde en su despacho con la excusa de saber cuánto le debía. — A medida que hablaba el meneo de la silla iba en aumento—. Creo que él le dijo que no había prisa ninguna y que esos temas los llevaba su secretaria.

Se calló nervioso y la silla crujió peligrosamente de lo que se movió sobre ella.

—Siga, por favor —lo animó a continuar.

—Pues creo que ella le empezó a contar lo mal que lo había pasado, que se sentía sola, que le estaba muy agradecida... — Volvió a callarse y, pese a estar de espaldas, pude ver cómo bajaba la cabeza. Creo que sentía vergüenza por lo que estaba haciendo. Se mantuvo en silencio una vez más, supuse que incapaz de seguir mintiendo. Me equivoqué.

»Me dijo que prácticamente la tuvo que echar de su despacho, que al salir intentó besarla mientras empezaba a desnudarse. Él se soltó como pudo y fue cuando ella le propuso..., a cambio de no tener que pagarle.

Pese a haberlo oído me negaba a creerlo. Si un termómetro pudiera medir el volumen de una mentira, creo que el mercurio hubiera salido disparado. Pero, si pudiera medir el de mi mala hostia, el techo de la sala habría desaparecido en ese momento, igual que si hubiera habido una explosión nuclear. Abrí de nuevo la boca, como un pez, y miré a Asun, que seguía tomando notas sin parecer importarle mucho la sarta de mentiras que Carlos estaba soltando. Alberto, a su lado, tenía el mismo aire ausente y se limitaba a leer lo que ella estaba escribiendo. Miré a Joseph, había palidecido y sus labios se habían convertido en una fina línea que aportaban intensidad a su expresión de cólera. Asustada, cogí su mano, que estaba tan fría como la mía. Parpadeó y, al ver que lo estaba mirando, intentó sonreír. Respiré varias veces intentando calmarme.

Si me dejaba llevar por las ganas, en ese momento me hubiera levantado y reventado la cara a Carlos de una hostia. Me parecía increíble que se tratara de la misma persona que no hacía mucho me recordaba a Papá Noel. En ese instante me parecía un ser mezquino, ruin y despreciable; como su amigo del alma.

—Le propuso tener sexo a cambio de no tener que pagar sus honorarios, ¿no es así? —especificó el abogado de Castillo, por si no había quedado lo suficientemente claro.

—Sí.

—El sábado, cuando quedaron para cenar, tuvo ocasión de verlo bien, ¿no? —siguió preguntando con aire triunfal el aspirante a Castillo.

—Pues sí, claro —respondió vacilante.

—Y ¿pudo ver, en ese momento, alguna marca o señal de alguna clase en el señor Castillo que ahora le haga sospechar que pudo ser cierto ese forcejeo entre él y la señora Torres?

—No —dijo tras unos segundos. Contestó seco y sin dar más explicaciones, pero la silla volvió a crujir peligrosamente.

—¿Cuándo volvió a ver al señor Castillo?

—Tardé bastante en verlo, pero creo que la siguiente vez fue por las Navidades, aunque no sabría concretar la fecha.

Bueno, pensé, al menos una verdad. Seguramente lo vio para preguntarle por lo que yo le había contado.

—¿Volvieron a hablar de este tema?, ¿en algún momento el señor Castillo le preguntó o se interesó por algo relacionado con la señora Torres?

—No.

Volvió a ser demasiado tajante y la silla volvió a crujir, pidiendo auxilio.

—¿Le comentó algo de esto a la señora Torres?, ¿le dio alguna explicación?

—No, Tomás dijo que era mejor dejar pasar el tema, que en el fondo le daba pena y como al poco tiempo ella se fue... —Vi cómo movía sus hombros al igual que el resto del cuerpo.

—Gracias, señor Sánchez, no hay más preguntas.

Con estas palabras, acabó el turno de mentiras que era lo que había sido su interrogatorio. Después, tras el permiso de la jueza, empezaba en turno de Asun.

—Usted da a entender que a mi clienta, la señora Levi, el tema monetario parecía importarle mucho, ¿he entendido bien?

Asun empezó a hablar con voz suave, sacudiendo el lápiz entre los dedos. Miraba a Carlos, desde su mesa, con expresión sonriente y más cuando se refirió a mí como la señora Levi...

—Sí, bueno no hay más que verlo —consiguió arrancar a hablar un más que nervioso Carlos—. Su primera pareja era un hombre con un gran poder adquisitivo, mi amigo Tomás, igual, y ahora...

—Ahora, el señor Levi también parece ser un hombre económicamente fuerte, ¿no? —le ayudó a seguir Asun—. Vamos, por comparar, ninguno se parece en eso a usted —prosiguió rápido.

—Pues sí, evidentemente, sí —respondió algo molesto revolviéndose en la silla.

—Entonces, ¿me pude explicar cómo encaja en todo esto el que la señora Levi —volvió a pronunciar despacio— una vez conseguida esa buena indemnización, como usted bien ha dicho, se la enviara a la madre del fallecido en su totalidad, salvo lo descontado para

pagar la minuta del abogado? —Con la misma se volvió hacia la jueza y levantó en el aire unos papeles que sostenía en su mano—. Se aporta, como prueba, la transferencia bancaria realizada y una carta enviada, a petición propia, por la beneficiada en la que reconoce y agradece nuevamente el envío de esa cantidad por parte de la señora Levi. Y digo nuevamente porque en su momento le envió una carta parecida a mi clienta, carta que mi clienta no conservó.

Asun habló sin respirar y sin pestañear, el lápiz describía un círculo en el aire de la fuerza con que lo giraba entre sus dedos. Mientras, la silla de Carlos parecía desaparecer por momentos.

—No tengo ni idea —respondió de mala gana.

—¿No tiene ni idea de lo sucedido?, ¿no tiene ni idea de cómo encaja esto? o, simplemente, ¿no tiene ni idea de por qué ha dicho todo eso? —le hizo pregunta tras pregunta blandiendo en su otra mano los papeles a los que se había referido. Carlos abrió la boca con ganas de protestar, pero Asun continuó sin darle tiempo a reaccionar.

»¿Está usted seguro de que todo lo que aquí ha declarado se ha producido tal cual lo ha contado y en las fechas a las que ha hecho referencia?, ¿completamente seguro? —insistió tras darle unos segundos para que se lo pensara mejor.

Agradecí la oportunidad que le estaba dando a Carlos. Tampoco se me escapó la mirada furtiva que le lanzó a Joseph antes de hacerla y el leve asentimiento de este con la cabeza. Esos eran los detalles que, para mí, marcaban la diferencia de Joseph con el resto de la humanidad.

—Completamente seguro —ratificó Carlos, para mi sorpresa.

Esperaba y deseaba que hubiera aprovechado esa oportunidad que se le había brindado, pero el muy imbécil seguía cavando su propia tumba. Asun suspiró brevemente, sacudió la cabeza con expresión

de lástima y volvió a mirar de reojo a Alberto y a Joseph, que, esa vez, no movió un músculo.

—Si su señoría me concede la oportunidad de volver a interrogar al testigo más adelante, por ahora, no tengo más preguntas —soltó de repente.

La jueza se quedó sorprendida, como yo, pues creía que todos teníamos la sensación de que la declaración de Carlos no se sostenía de manera ninguna y, con un poco que lo siguiera apretando, se hubiera desmoronado.

—Por mí no hay inconveniente —respondió aún perpleja.

Un aliviado Carlos hizo el ademán de levantarse cuando un gesto de Asun lo hizo quedar a medio camino.

—Perdón, señoría, si me lo permite, aún me queda una pregunta por hacer, ¿puedo? —preguntó con voz suave.

La jueza la miró unos segundos intentando entender a qué venía todo aquello.

—¿Sigue queriendo interrogarlo después? —le preguntó con gesto serio a Asun.

—Sí, por supuesto, pero esta pregunta quería hacérsela ahora, simplemente se me olvidó —argumentó con la mejor de sus sonrisas mientras el lápiz seguía moviéndose entre sus dedos sin parar.

El aspirante a Castillo iba a protestar, y Carlos se había quedado a medio camino entre sentarse de nuevo o levantarse, lo cual, dado su peso, le debía de resultar francamente incómodo.

—Por esta vez vale, señora abogada, pero procure no volver a tener esos olvidos —accedió la jueza tras lo cual recogió su larga melena en una cola.

—Gracias, señorita, y perdón por lo sucedido. —La voz de Asun no pudo sonar más empalagosa y más falsa. No acababa de entender por qué lo había hecho, pero tenía claro que, de olvido, nada. La sonrisa que Alberto tapó con su mano de recién estrenadas uñas me lo confirmó. Mientras tanto, Carlos seguía a medio levantarse, como una imagen congelada en el aire.

—¿Puede usted darme el nombre del restaurante donde se produjo esa famosa cena entre usted y el señor Castillo?, ¿quién pagó?, ¿cómo se pagó? —volvió a hacerle una sarta de preguntas con una sonrisa que era de todo menos amistosa. Carlos se quedó aún más perplejo que antes e, instintivamente, su cabeza se giró hacia Tomás y su aspirante.

»Estoy aquí, señor Sánchez, ¿le importaría mirarme? —pidió Asun desde su asiento.

La postura de Carlos seguía siendo cómica. Con las manos apoyadas en la silla y su enorme culo a medio camino.

—No..., no me acuerdo, lo... lo siento —balbuceó dejándose caer de nuevo sobre la aterrorizada silla.

Asun arqueó las cejas y miró a la jueza, que entendió perfectamente y asintió con la cabeza.

—¿No recuerda dónde fue la cena?, ¿no recuerda quién pagó?, ¿ni cómo? Pero sí se acuerda con pelos y señales de una conversación que, supuestamente, mantuvo hace más de un año. Interesante... —remató enigmática al mismo tiempo que el lápiz volvía a su oreja —. Su señorita, por ahora, no tengo más preguntas y, repito, disculpe mi olvido.

—Disculpas aceptadas —respondió la jueza—. ¿Tiene usted algún otro testigo? —preguntó. Un cabizbajo y avergonzado Carlos se perdía en el fondo de la sala.

—Mi único testigo es mi clienta, señoría, pero he solicitado que se le tome declaración a una persona para dejar claro el origen de algunas pruebas que vamos a presentar.

—De acuerdo.

Al minuto, José Conde entraba en la sala. Me volví a fijar en él y en su aspecto ligeramente desaliñado. Me extrañó que Asun no me hubiera dicho nada al respecto, pero me estaba llevando muchas sorpresas con ella y, hasta entonces, todas habían sido satisfactorias.

Capítulo 33

Tras la identificación, y posterior juramento de José Conde, Asun empezó a preguntarle:

—¿Actualmente trabaja?

—No, estoy en el paro.

—¿Cuándo trabajó por última vez?

—Me despidieron, va a hacer dos años, del periódico *El independiente* de Canarias —lo nombró con evidente sorna.

—¿Hubo algún motivo?

—Pues sí, creo que a alguien no le gustó un artículo que publiqué sobre la corrupción.

—¿Corrupción?, ¿qué tipo de corrupción?

—Sobre la corrupción descarada, oficializada y que, pese a ser de dominio público, siempre queda totalmente impune.

—¿Acusaba a alguien en particular?, ¿algún nombre?

—No, no fui tan valiente. —En su voz apareció un deje de tristeza—. Solamente me limité a hacer una serie de observaciones sobre la suerte —dijo haciendo el gesto de entrecomillado con los dedos— que tienen determinados empresarios y algunas empresas. La velocidad a la que prosperan algunos negocios, cómo el dinero de algunos parece multiplicarse y cómo se consiguen auténticos chollos.

—¿A qué se refiere? —insistió Asun.

—Pues es muy simple. Hoy compro unos terrenos por una miseria, pues no tienen valor alguno y, de repente, ¡milagro! —exclamó alzando las manos—, una recalificación y fortuna al canto. Empresas que todo el mundo sabe las trampas que hacen y nunca les pasa nada, ni una inspección ni nada; gente que aparece, de repente, con grandes fortunas salidas de la nada...

—¿Cree que alguien estuvo detrás de su despido?, ¿tiene alguna prueba?

—No, por supuesto que no —habló con gesto de cansancio—. Cuando pedí explicaciones, no se me dieron, pero yo no creo en las coincidencias, aunque no pueda demostrar nada —concluyó con gesto de derrota.

Noté cómo su cabeza giraba y vi cómo su perfil se encaraba con Castillo, que permanecía recostado en su silla pareciendo disfrutar con todo aquello.

—Referente a los hechos que nos ocupan, ¿qué nos puede contar?
—Asun se decidió a ir el tema de una vez.

—Hace más o menos un mes apareció en mi buzón un pequeño paquete. Sin sello, sin remitente, sin nada y tentado estuve de tirarlo a la basura tal cual. Me habían amenazado varias veces por medio de una carta y pensé que podía ser algo así de nuevo.

—¿Y qué hizo?

—Pues lo estuve mirando un buen rato —empezó a hablar tras sonreír al pensar en ello—, lo acerqué a la oreja por si oía un tic-tac, lo oí, lo sacudí ligeramente..., bueno, afortunadamente, la curiosidad venció a la prudencia y lo abrí.

—¿Y qué había?

—Un *pendrive* y un papel con una dirección.

—¿Qué dirección?

—La suya.

—¿Y qué hizo?

—Pues ponerme en contacto con usted. El resto ya lo sabe.

Asun miró directamente a la jueza.

—Como bien sabe la Fiscalía, pusimos de inmediato a su disposición toda esta información. Se comprobó que no estuviera manipulada de modo alguno, como así ha sido y, junto con la que nos ha sido enviada desde la Fiscalía de Río de Janeiro, se va a presentar aquí como prueba.

—Me consta —admitió la jueza.

—¿Supo en algún momento quién le envió esta información?

—No, pero, aunque así fuese, estoy en mi derecho, salvo decisión judicial motivada, a no revelar mis fuentes de información.

Sonreí para mis adentros. Esa frase ya la había oído. Asun dio por acabado su interrogatorio y había llegado el turno del aspirante a Castillo, que, con su habitual aire de prepotencia, empezó a interrogarlo.

—Usted dice que lo despidieron tras la publicación de determinado artículo, ¿es así?

—Sí.

—¿Tiene usted pruebas de ello?

—No —bufó.

—Pero usted insiste en...

—Sí —interrumpió sin dejarlo terminar.

—¿No es más cierto que los problemas que tenía o tiene con el alcohol y con su estilo de vida influyeron en su trabajo y fueron la causa de su despido?

Si ya estaba tenso desde que lo empezó a interrogar el abogado de Castillo, con esa pregunta su nivel de tensión se disparó. Vi cómo sus manos se aferraban a la silla y toda su espalda pareció estirarse.

—No. Mi estilo de vida y mis problemas, o no, con el alcohol eran los mismos que cuando empecé a trabajar en ese periódico, seis años antes.

—Entonces su teoría es pura especulación.

José Conde levantó las manos en un claro gesto de impotencia.

—Pues claro que sí, no me lo han puesto por escrito, claro está —bufó de nuevo—, pero dos más dos siempre dan cuatro. Bueno..., a algunos no.

—¿Qué ha obtenido a cambio de todo esto? —prosiguió el aspirante a Castillo ignorando la indirecta.

—De momento, esperar que se haga justicia y después, como periodista que soy, créame, pienso publicarlo.

Su voz ronca se apagó, pero su cara volvió a enfilar al imbécil de Castillo, que había dejado de sonreír y lo estaba mirando

amenazadoramente. A ninguno se nos escapaba que ambos se odiaban y que Conde lo hacía responsable de su situación. Por lo que podía ver, no solo yo iba a conseguir que Castillo pagase por tanto daño hecho y la Julia vengativa se recostó en la última silla, tranquila, con las manos apoyadas en su barriga, disfrutando del espectáculo.

—Entiendo que sabe a lo que se expone en caso de que al final, como va a ser, podamos demostrar que mi cliente es inocente de todo lo que se le acusa.

—¡Prooootestooo! —exclamó visiblemente enfadada Asun—. Le recuerdo al señor abogado que aquí, de momento, la única acusada que hay es mi clienta. También quiero protestar por el tono de las palabras del letrado. En ellas subyace una clara amenaza y eso no lo voy a consentir.

La jueza levantó la mano intentando relajar el ambiente que, de repente, se había caldeado.

—Protesta aceptada —declaró—. Señor abogado, no toleraré ningún tipo de amenaza en esta sala. Si usted cree que los derechos de su cliente son vulnerados tiene medios de sobra para poder defenderlo.

—A eso me refería, señorita —rectificó dulcificando el tono de voz—. Solo quería hacerle ver las posibles consecuencias de un falso testimonio o la presentación de pruebas falsas o manipuladas.

«¡Esto es para mear y no echar gota!, ¡no se puede tener más cara! Esto es lo único que están haciendo desde que empezó este juicio». La Julia vengativa estaba empezando a cargar la recortada cuando un suave apretón en mi mano por parte de Joseph consiguió calmarme.

—Tranquila, Julia, tranquila —susurró dulcemente a mi oído.

Sabía lo que estaba pensando, yo y todos. Hasta Alberto, enfadado, meneó la cabeza, por lo que acaba de oír.

—Señor letrado —volvió a hablar la jueza—, le recuerdo que para demostrar o no la veracidad de las pruebas que se presentan en un juzgado tenemos un cuerpo de profesionales que se encargan de ello. ¿Alguna pregunta más? —preguntó zanjando el tema.

—No, he acabado con él —soltó en tono de mofa.

La jueza miró su reloj, eran las once y media.

—Haremos un receso hasta las doce. —Inmediatamente se levantó.

Nos dirigimos a la cafetería más cercana. Joseph me pidió una Coca-Cola *light* sabedor de cómo estaría mi estómago y, como siempre, le dio un pequeño sorbo, arrugando la nariz, antes de tenderme el vaso. Nos sentamos en una mesa al fondo con Joseph frente a todos, y yo a su lado. Casi se me para el corazón cuando vi entrar a Carlos y su tropa y dirigirse hacia nosotros.

—Hola, Julia, te veo bien —fue su manera de presentarse ante todos.

La mandíbula de Joseph se cuadró tanto que temí que la atravesase la piel. Agarré su mano para tranquilizarlo y no se me escapó el gesto de desagrado de Carlos.

—Pues yo a ti no —fue mi educada contestación.

Asun permanecía de espaldas a él, en silencio, pero expectante, como todos los demás. Desde su mesa, la doctora Rayos y Centellas descargaba toda su furia sobre mí y el estúpido de Tomás haciendo, como siempre, el imbécil.

—Julia —farfulló nervioso—, siento todo lo que está pasando, pero si tú reconsideras...

—Señor Sánchez... —Asun se había puesto en pie y se encaró directamente con él—. Usted es un mentiroso y lo sabe. Ha cometido usted perjurio y lo sabe. Pero si cree —continuó tras coger aire— que puede venir aquí e intentar manipular de modo alguno a mi clienta en favor de su amigo, le aseguro que no lo va a conseguir. Haga el favor y no empeore más su situación con un intento de coacción. Deje tranquila a la señora Levi.

Lo volvió a pronunciar con más intensidad de la necesaria. Lo hacía para cabrearlo y, por supuesto, lo consiguió.

—Sí, claro, ahora es la señora Levi —soltó con desprecio.

Sin poder evitarlo y, en medio segundo, Joseph se puso en pie y se plantó delante de él con su cara casi pegada a la de Carlos.

—¿Algún problema con la señora Levi? —le preguntó en voz baja, pero en un tono claramente amenazante.

Carlos, de manera instintiva, no pudo evitar el dar un paso hacia atrás pero ese mismo paso lo dio Joseph de nuevo hacia delante.

—Repito, ¿algún problema con la señora Levi? —repitió en el mismo tono.

Creo que ni había pestañeado y no apartó la vista de su cara en ningún momento. Carlos desvió la vista y la fijó en mí. Me levanté y me coloqué al lado de Joseph.

—La señora Levi te dice que no quiere volver a verte nunca más en toda su vida. —Para mi propia sorpresa mi voz sonó muy tranquila—. Y Julia Torres Rey te lo dice también —rematé tras unos segundos de silencio.

Joseph inclinó su cuello y se acercó aún más a él. Me recordó a una pantera negra a punto de saltar sobre su presa.

—¿No ha oído a mi esposa? —volvió a susurrar atronador—. ¡Lárguese!

Me chocaba oírlo discutir en mi idioma. Su ritmo, al ser un poco más pausado, confería a sus palabras un plus de autenticidad. Carlos no pudo aguantar más y, completamente avergonzado, dio media vuelta. Se sentó en su mesa que era un campo tan hostil como la nuestra. Creo que al final lo único que había conseguido era quedar mal con todo el mundo. Pese a mi aparente calma, a nadie se le escapó el temblor de mis manos cuando cogí mi vaso para beber un poco de Coca-Cola *light*.

—Julia, tan pronto entremos la voy a llamar a declarar. —Una tranquila Asun recuperó la voz cantante como si nada hubiera pasado mientras Joseph volvía a sentarse con cara de pocos amigos.

»Después la interrogará el abogado de la parte contraria. No se ponga nerviosa. —Su consejo llegó un poco tarde, pues yo volvía a ser un manojo de nervios—. Usted no mienta, diga siempre la verdad y, si de algo no se acuerda o tiene alguna duda, dígalo, pero no se invente nada sobre la marcha. No se olvide de que yo estaré también para impedir que su interrogatorio esté fuera de lugar. Piense que, dentro de poco, esto no será más que un desagradable recuerdo, ¿vale? ¿De acuerdo? —insistió ante mi silencio.

Asentí nerviosa y, con sus calientes manos, agarró las mías que estaban heladas, me miraba con una sonrisa confiada. Sin tiempo para más salimos de la cafetería y no sabía si por los nervios o porque el día estaba particularmente desapacible empecé a temblar. De repente me vi envuelta por el calor y el olor de la chaqueta de Joseph, que, caballerosamente, me puso sobre los hombros. Me abrazó cariñosamente y me tranquilicé. Pude observar cómo, ya en la sala, una empleada del juzgado entregaba a Asun un sobre. Lo abrió con expresión interrogante y vi que, tras leerlo, se lo enseñó a Alberto, que le echó un vistazo, la miró y asintió. Yo no me enteraba de nada y menos cuando vi que se dirigía hacia la jueza, que acababa de sentarse. Solo pude ver que le entregaba el papel en

cuestión, y que esta lo leía con detenimiento. Se lo pasó a la fiscal que a su vez hizo lo mismo. Miré a Joseph, desconcertada, y vi cómo miraba a Alberto con el ceño fruncido. Él tampoco sabía nada del tema. Con algún gesto, que a mí se me debió de escapar, Alberto pareció tranquilizarlo. Finalmente, la voz de la jueza reclamó mi presencia en el centro de la sala y, con el corazón en un puño, hacia allí me dirigí. Por un lado, prefería no ver la cara de Joseph mientras declaraba, pero el no poder verlo también me intranquilizaba. Identificación y juramento. Para mi desgracia, todo aquello me resultaba familiar.

—Antes de nada —empezó hablando Asun, que esa vez sí se había puesto de pie—, como ustedes saben, estamos aquí porque el señor Castillo denunció a mi clienta por un montón de cosas; injurias, calumnias... —Con ademán indiferente, agitó su mano en el aire—. Bien —prosiguió tras ponerse el lápiz en la oreja—, este asunto se remonta a un acontecimiento que le sucedió a mi clienta en febrero de este año y del que todos ustedes tienen copia de su declaración. Si su señoría me lo permite, haré un breve resumen del mismo, pues es un tema del que, como comprenderán, mi clienta prefiere no hablar. —Tras un asentimiento de cabeza por parte de la jueza, Asun prosiguió.

»En dicha declaración, mi clienta relata cómo fue secuestrada en su trabajo por un hombre que fue hallado muerto en el mismo lugar donde fue encontrada. Allí estaba el hombre que planeó dicho secuestro, el señor Adolfo Gutiérrez Contreras, cuyas intenciones eran drogarla y llevarla, no se sabe a dónde, con claras intenciones de explotación sexual y aquí cito textualmente la declaración de mi clienta: «Convertirme en una puta drogadicta antes de entregarme al amigo que le había pedido este favor». —Me estremecí de nuevo al oír esas palabras. Mi mente me llevó otra vez a ese lugar y en mi cabeza resonó le voz del padre de Joseph pronunciándolas, lleno de odio y rencor. Por unos segundos entré en pánico y me agarré a la silla, temerosa de que apareciera para llevarme con él.

»Señora Levi, ¿se encuentra bien? —La voz preocupada de Asun me devolvió a la realidad.

—Sí —conseguí musitar.

—Bien, entonces prosigo. Como consecuencia de todo esto mi clienta fue drogada, brutalmente golpeada, recibió un disparo y su vida corrió un grave peligro. —No tuve necesidad de volverme para mirar a Joseph. Me bastó con oír su tosecilla y su carraspeo.

»Aunque, afortunadamente lo superó, le han quedado lesiones permanentes y tuvo que superar un fuerte estrés postraumático por los daños soportados, tanto físicos como psicológicos. Sin extendernos en algo que todo el mundo puede leer —prosiguió intentando zanjar aquel doloroso tema— me han quedado claras unas cuantas cosas. Una —empezó a relatar levantando un dedo—, que el señor Adolfo Gutiérrez Contreras actuó, previa petición de un amigo que adujo tener una cuenta pendiente con mi clienta. Dos, que ese amigo pagaría muy bien ese favor. Tres, aprovechando que el Pisurga pasa por Valladolid, y que Dios los cría y ellos se juntan —prosiguió echando mano del refranero popular—, conseguir arrebatarse la empresa al señor Levi para dársela a otros amigos comunes. Cuatro, al fracasar el secuestro de mi clienta, todos esos amigos decidieron que lo mejor era hacer desaparecer al señor Levi, contratando a un sicario que le metió una bala en la cabeza. —Me volví a estremecer y me giré para mirarlo. Joseph tenía la vista clavada en el imbécil de Tomás que, aparentando una total indiferencia, miraba sus cuidadas manos.

»Quinto, al fallar también en esta ocasión, intentaron conseguir, pese a todo, hacerse con la empresa del señor Levi—. ¿El resumen ha sido correcto? —me preguntó con los cinco dedos de su mano extendidos.

—Sí, básicamente, sí.

—¿En algún momento usted dio el nombre del señor Castillo como inductor y origen de todos los problemas que ustedes han tenido?

—No, nunca.

—¿Por?

—Porque en primer lugar el hombre que me secuestró no dio ningún nombre. Solo hablaba de buenos amigos y, en segundo lugar, ni se me pasó por la cabeza que él pudiera estar detrás de todo esto — hablé segura señalando a Castillo con la cabeza.

—¿Está completamente segura de no haber dado nunca su nombre? —insistió Asun.

—Completamente segura, lo cierto es que no me acordé de él para nada.

—Bien, señora Levi, volvamos al tema que nos ocupa. Usted recibió una llamada el viernes veintidós de agosto del dos mil catorce en su trabajo. Dicha llamada fue hecha por el señor Castillo para comunicarle que había conseguido un acuerdo antes de ir a juicio y que ya había sido entregado un cheque con una sustanciosa cantidad de dinero, ¿correcto?

—Sí.

—¿Puede explicarnos el porqué de todo eso?

Suspiré cansada. Odiaba recordar todo lo relacionado con Víctor. Odiaba recordar que él había estado en mi vida y también odiaba en lo que había conseguido convertirme.

—Era un sábado y habíamos quedado para comer en el restaurante de unos amigos. Él y yo..., bueno, yo había decidido dejarlo, pero acordamos que yo seguiría viviendo en casa mientras no encontrara un apartamento. Él prefería que, al menos de momento, nadie se diera cuenta de nada.

Bajé la vista avergonzada. «Que nadie se diera cuenta de nada», había sido el lema de mi vida con Víctor. Que nadie se diera cuenta

de que me pegaba, que nadie se diera cuenta de que era un hijo de puta, machista, egoísta y estúpido...

—Por favor, siga —me animó Asun ante mi silencio.

—Quedamos como siempre que yo tenía guardia. A él no le hacía mucha gracia, pero, bueno... —Volví a suspirar—. El caso es que me llamó para decirme que se iba a retrasar un poco y que empezáramos a comer sin él. Me dijo que se había encontrado con una de las chicas que trabajaban en su oficina y que la iba a llevar a su casa. Cuando nos dimos cuenta habíamos acabado de comer, y él aún no había aparecido. En esto, recibí una llamada del hospital por la que se me comunicó que había tenido un accidente de tráfico y que estaba ahí. Mis amigos me acompañaron y fue cuando me enteré de que un camión de una empresa se había saltado un *stop* y se llevó al coche de Víctor por delante. Como consecuencia, él falleció en el acto, pero su acompañante tuvo mejor fortuna, un brazo roto y algunas heridas que no revestían mayor importancia.

Me callé, abatida, y bebí un poco de agua. Me tembló la mano cuando cogí el vaso.

—Pues parece un asunto muy claro, ¿dónde estuvo el problema? —continuó Asun, ayudándome a hilar la historia.

—El problema lo plantearon los seguros. En un principio el camionero parecía ser el único culpable, pero dio positivo en alcohol y drogas y su seguro se negó a pagar. La empresa tampoco quería hacerlo y así estuvimos casi seis meses.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que por sugerencia de mi jefe, el doctor Carlos Sánchez, fuimos a consultar el tema con su amigo, el abogado Tomás Castillo. —Volví a beber porque la saliva se negaba a aparecer en mi boca. Parecía un corcho seco y los labios me dolían de tanto que me los había mordido—. Quedó en llevar personalmente el caso por su

amistad con Carlos —continué tras humedecer mis maltrechos labios.

—¿Y así lo hizo? —preguntó Asun ante mi nuevo silencio.

—Pues sí y, la verdad, pronto. El problema lo tenía la empresa, pues al conductor no le tocaba trabajar ese día y se pasó la noche de juerga. Cuando lo llamaron para trabajar hizo saber que no estaba en condiciones, pero en la empresa le dijeron que les daba igual y, si quería conservar su puesto, que se tomara un café bien cargado y que fuera a trabajar. Lo bueno es que hubo testigos de esa conversación.

—¿Cómo se solucionó? —atajó Asun.

—La empresa tuvo miedo de ir a juicio por la publicidad...

—Y ese viernes llegaron a un acuerdo antes de entrar en la sala, ¿no? —abrevió de nuevo.

—Sí, me llamó para decirme que ya tenía el cheque y que estaba todo arreglado.

—¿Se alegró?

—Pues claro que sí —contesté de inmediato—, llevábamos bastante tiempo con este tema y lo único que quería era pasar página.

—¿En algún momento pensó en quedarse con todo ese dinero?

—No, nunca. Desde el principio dejé muy claro que iba a ser para su madre.

—Pero usted era su pareja desde hacía tiempo —objetó.

—Me daba igual. —Negué con la cabeza—. Había decidido dejarlo, y su madre dependía económicamente de él. Yo tenía mi trabajo, algo de dinero y no necesitaba nada más.

Volví a callarme, cansada y preocupada por Joseph. No lo podía ver, pero estaba segura de su incomodidad por verme hablar de esos temas.

—¿Cómo se hizo ese trámite?

—Se acordó enviárselo mediante transferencia bancaria, descontando la parte correspondiente a la minuta del abogado. Quedé a la espera de cobrar el cheque y, tras saber lo que le tenía que pagar al abogado, mandarle todo lo demás a su madre.

—¿Y qué pasó el sábado veintitrés de agosto? —preguntó seria.

—El señor Tomás Castillo me llamó el sábado por la tarde. Recuerdo que estaba a punto de salir para ir a la playa. Me dijo que ya tenía el cálculo hecho y que si podía pasar por su oficina para darme la factura. «¿Ahora?», recuerdo que le pregunté, extrañada —expliqué volviendo al pasado—. Me dijo que sí, que se iba de viaje el domingo y quería dejar arreglado el asunto.

—¿Y fue?

—Claro que sí, y bastante cabreada. Me parecía una falta de respeto pedir el dinero con tanta urgencia y tuve la sensación de que, en realidad, tenía miedo de que no le fuera a pagar. Cabreada, en chándal, tal como estaba vestida para ir a la playa, cogí mi mochila y metí dentro mi chequera para poder pagarle ya en el momento.

Me desinflé callándome de nuevo. No quería seguir hablando, quería abrazarme a Joseph y marcharme de allí. Olvidarlo todo. No quería pasar la vergüenza de contar ante unos extraños una situación tan íntima y tan desagradable. Giré la cabeza y lo miré buscando algo de fuerza. Esa vez me estaba mirando. Ladeó la cabeza con ese gesto tan suyo y me guiñó un ojo, cómplice, esbozando una tranquilizadora sonrisa. Suspiré aliviada, estaba bien, entonces yo también.

—Siga, por favor —apremió Asun.

No miré ni una sola vez a Castillo, tenía miedo de bloquearme y no ser capaz de seguir, pero notaba sus ojos clavados en mi nuca. Recogí mi entonces real melena por detrás de mis orejas y empecé:

—Llegué a su despacho, llamé y me abrió la puerta. Estaba hablando por teléfono, con un vaso de *whisky* en la mano, y entré.

—¿Pudo oír lo que hablaba?

—Habló poco y solamente le oí decir que el lunes ya se verían. Mientras tanto, nos dirigimos a su despacho y no sé por qué, pero empecé a sentirme incómoda.

—¿Por qué se sintió así?

—En realidad no lo sé. Él estaba demasiado contento, y yo demasiado enfadada.

—¿Se lo hizo saber?

—Sí, me notó seria y le dije el porqué, que me parecía una falta de respeto tanto apuro y que si tenía miedo de que no le fuera a pagar en ese mismo momento le extendía un cheque.

—¿Y el señor Castillo qué hizo?

—Se empezó a disculpar por el malentendido causado. Me dijo que más que por darme el importe de la minuta que, como se iba una semana fuera, quería verme para ver si lo podíamos celebrar cenando juntos. Le dije que muchas gracias, pero no, entonces fue cuando empecé a sentirme incómoda de verdad.

—¿Por? —siguió preguntando Asun ya con el lápiz en la mano, agitándolo de nuevo entre los dedos, sin parar.

—Empezó a preguntarme sobre mi vida personal, que sentía mucho lo que me había pasado, que me debía de sentir muy sola, que qué

tipo de relación me unía con Carlos...

Me revolví incómoda en la silla y volví a agarrar el vaso con manos temblorosas.

—¿Dónde estaban sentados?

—Él en su mesa, y yo del otro lado en una silla.

—Siga.

—Le hice evidente mi malestar ante ese tipo de preguntas y le pedí la factura, pues me quería ir. Me la dio, la cogí y me levanté mientras él se deshacía en un mar de disculpas y halagos. En fin...

—Respiré nerviosa—. Le di las gracias, le dije que el lunes le ingresaría el dinero, le deseé un feliz viaje y me di la vuelta para salir de su despacho.

Inconscientemente, metí las manos debajo de la mesa y agaché la cabeza. Si por ganas fuera, me hubiera metido yo toda debajo de ella. El silencio en la sala era total y tenía la sensación de que, de repente, mis palabras resonaban por todo el edificio. Supuse que era por eso que cada vez hablaba más bajo.

—Por favor, Julia. —La voz de Asun me hizo reaccionar.

—Iba hacia la puerta de su despacho cuando sentí su brazo alrededor de mi cuello y me empujó hacia un sofá que había entrando a la izquierda. Cuando me quise dar cuenta, estaba tumbada y lo tenía encima —hablaba tan bajo que hasta la jueza echó su melena para atrás, supuse que para poder oír bien. No pude evitarlo, pero empecé a llorar. Todo el mundo permaneció en silencio, y Asun me dio mi tiempo.

»Intenté gritar —volví a decir tras secarme las lágrimas con un pañuelo de papel que Asun me dio—, pero me tapó la boca con su mano. No decía más que estupideces, que le había impresionado mucho, que me deseaba, que desde que me conoció no pensaba

más que en mí, no sé..., era bobada tras bobada —conseguí añadir pese a mi agitada respiración—. Yo solo quería irme, que no me manoseara más, no seguir sintiendo su asqueroso aliento en mi cara, pero era incapaz de moverme, pesaba bastante más que yo y... —Tuve que parar de narrar porque entre los lloros y lo nerviosa que estaba era incapaz de respirar.

—¿Cuánto tiempo duró ese ataque?

—No lo sé, pero a mí me pareció una eternidad. Notaba su mano dentro de mi ropa y estaba aterrorizada. Se movía frenético sobre mí sin dejar de decir tonterías; estate quieta, lo estás deseando, si te portas bien rompemos la factura...

Me invadió otra oleada de angustia y fui incapaz de seguir hablando. Sin poder evitarlo, me giré y miré angustiada a Joseph en una muda petición de socorro. Quería que me llevara de allí, que me cogiera en sus brazos y dejar todo aquello atrás. Tan pronto lo miré se levantó, pálido y desenchajado.

—Por favor, señor Levi, ya sé que esto es duro, pero siéntese. —La voz de la jueza sonó suave, pero firme, en toda la sala—. Señora Levi, si lo desea podemos hacer un descanso.

Miré a Asun, que negó con la cabeza. Tenía razón, cuanto más lo dilatara iba a ser peor.

—Mi clienta va a continuar —ordenó tajante.

Tras unos segundos más en los que me intenté serenar un poco proseguí.

—No podía moverme. Mi brazo izquierdo estaba aprisionado por el respaldo del sofá y el derecho me lo tenía inmovilizado. Aún no sé cómo, pero conseguí liberarlo un poco, lo suficiente para llegar a su cara y clavar mis uñas en ella con toda la fuerza que tenía en ese momento.

—¿Y? —Era evidente que Asun tenía tantas ganas de acabar como yo.

—Se levantó chillando como un loco, agarrándose la cara. Yo aproveché para coger mi mochila y echar a correr. No esperé ni por el ascensor. Bajé las escaleras corriendo como una loca y aún no sé cómo no me maté. Pegaba un salto cada vez que oía sus gritos pensando que venía detrás de mí.

—¿Qué le decía?

—De todo; insultos, amenazas... Yo solo quería largarme de allí, y corrí y corrí hasta que me vi en casa, bajo la ducha, hecha un ovillo en el suelo de la bañera, vestida y con el agua cayendo sobre mí. Me pasé el fin de semana encerrada en casa, muerta de miedo y llorando.

—¿Muerta de miedo? —repitió Asun.

—Tenía miedo de que apareciera en mi casa y que intentara hacerme daño, que me fuera a denunciar, no sé ni lo que pensé, esa es la verdad —rematé apoyándome en la mesa completamente exhausta.

—¿Por qué no fue a la policía y lo denunció? —me preguntó tras unos segundos de incómodo silencio.

Cerré los ojos al volver a oír la pregunta del millón.

—Porque pensé que nadie me iba a creer. Era mi palabra contra la de un hombre de éxito, conocido y con importantes amistades. Yo no tenía ni un rasguño, es más, durante un tiempo temí que el que me denunciara fuera él. —Dejé caer los hombros derrotada—. Yo había pasado por demasiadas cosas y solo quería dejar de llorar. —Mi voz se quebró de la emoción—. Quería poder respirar de nuevo... ¿quién iba a creerme?, ¿a mí? —hice la pregunta para mí misma más que para los demás.

Asun se quedó mirándome un rato antes de seguir.

—Una última pregunta —añadió e hizo una leve pausa, sin dejar de mirarme, poniéndose el lápiz de nuevo en la oreja—, hoy en día, ¿volvería a hacer lo mismo?

—Ni muerta —respondí al instante—, tal y como soy ahora, lo denunciaría y lucharía para que pagara por lo que había hecho sin importarme las consecuencias.

Me giré para mirar a Joseph, que me obsequió con una sonrisa de orgullo en su cara. Sabía que con ese «tal y como soy ahora» me refería a lo mucho que había cambiado desde que lo conocí a él.

—No hay más preguntas. —Nuevamente, Asun interrumpió mis pensamientos.

Capítulo 34

Volví a suspirar, nerviosa. Ya tenía delante al aspirante a Castillo, que me miraba con cara de satisfacción antes de empezar.

—Señora Torres, antes de conocer al señor Levi y casarse con él tuvo otra pareja, ¿no?

Miré a Asun, que, con un gesto de hombros, me indicó que volviera a contestar otra vez lo que ya se sabía.

—Sí —contesté con voz cansada—, Víctor Márquez.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Sobre cinco años —respondí conteniendo mis ganas de mandarlo a la mierda.

—Él, creo saber, tenía una buena posición económica y social, así como un importante puesto en su empresa, ¿no? —Me miró como si

de verdad se pudiera sentir orgulloso de hacer preguntas tan estúpidas, una y otra vez.

—Sí y sí —respondí mecánicamente.

—¿Qué quiere decir con sí y sí? —repitió imitando mi tono.

—Pues que sí tenía una buena posición económica y social y que sí tenía un puesto importante en su empresa.

—Y, si tenía tan buena posición social y económica y un cargo importante en su empresa, ¿cómo es que no se casó con él?

De todas las preguntas estúpidas que se podían hacer creo que aquella se llevaba la palma. Miré a la jueza, y ella tenía las cejas aún más arqueadas que yo ante tamaña imbecilidad.

—¡Protesto!, aquí no se viene a juzgar el pasado sentimental o económico de mi clienta.

—Protesta aceptada —respondió la jueza sin darle ni tiempo a abrir boca al abogado de Castillo—. Por favor, señor letrado, recuerde el motivo por el que estamos aquí.

—¿Usted conocía a mi cliente, el señor Tomás Castillo?

Tuve que morderme la lengua por no decirle que era una pena haber estudiado una carrera para eso, pero la expresión de la cara de Asun hizo que me centrara y volviera a repetir lo que tantas veces había dicho.

—No, ya lo dije en varias ocasiones. Me lo presentó el doctor Carlos Sánchez.

—¿Está segura?, mi cliente es un hombre muy conocido en las islas y su bufete es uno de los más importantes de este país. Representa y asesora a grandes multinacionales, a un gran número de empresas, así como a cientos de particulares.

—Pues muy bien —respondí algo cabreada con tanta insistencia—, pero le repito lo de antes; no.

—Su anterior pareja también era un hombre importante, ¿no pueden haber coincidido en alguna fiesta?

Fruncí el ceño mientras me empezaba a cagar en su puta madre que, seguramente, no tenía culpa de tener un hijo tan estúpido.

—Fui a pocas fiestas y si coincidimos en alguna no me enteré.

—Está mintiendo —soltó con tono triunfal—. El señor Castillo estuvo en la inauguración oficial de la nueva sede de la empresa que su anterior pareja abrió en la isla y, es más, lo asesoró en algunos temas.

Lo miré entre perpleja, incrédula e indiferente.

—Pues me acabo de enterar. Ni mi anterior pareja me comentó nunca nada ni recuerdo que fuésemos presentados ni nada. Lo que me extraña es que el señor Castillo nunca me dijera nada al respecto —añadí por mi propia cuenta.

Miré a Asun, arrepentida por hablar más de la cuenta, pero ella estaba tomando notas con cara de satisfacción.

—A usted le atraen los hombres poderosos, ¿no es cierto?

—¡Protesto! —exclamó Asun sin levantar la vista del papel.

—Señor letrado, es la última vez que intenta hurgar en la vida sentimental de la señora Levi, ¿entendido? —le advirtió la jueza—. ¿Entendido? —le repitió ante su obstinado silencio.

—Entendido, señoría —respondió al fin de mala gana—, intento demostrar que no pasó nada de lo que esta señora ha dicho.

—Pues hágalo de otra manera —sentenció la jueza.

—Usted ha contado como, en todo momento, mi cliente fue cortés, educado y que se interesó de manera especial por su caso, ¿cierto?

—Sí, hasta ese momento —precisé.

—Hasta ese momento —repitió—, un momento en el que no hay testigos y en el que, según usted, sucede lo que se podría considerar un intento de violación.

—Pues sí —contesté con rotundidad.

Volvió a dar unos pasos y se acercó un poco más a mí.

—Usted dice que le arañó la cara, para ser exactos, su mejilla izquierda, ¿es así?

—Sí.

—Según usted, eso pasó más o menos alrededor de las seis de la tarde...

—Sí.

—¿Le causó mucho daño?

—No lo sé, él se llevó la mano a la cara y me pareció ver sangre, pero, como comprenderá, no me quedé para comprobarlo —puntalicé enfadada.

—Si lo arañó con tanta fuerza, le quedarían restos de piel bajo las uñas, ¿no?

—Seguramente, pero cuando llegué a casa me metí bajo la ducha vestida y todo.

—Ya, ya, una pena —soltó con tono condescendiente—. Entonces, ¿cómo puede ser que unas pocas horas después estuviera cenando con el doctor Carlos Sánchez y él no viera marca ninguna? Tendría,

al menos una tirita, digo yo. —Intentó hacerse el gracioso, extendiendo las manos y abriendo los ojos como platos.

—Pues que mienten —solté de inmediato.

—¿Mienten los dos? ¿Un reputado médico y un famoso abogado mienten? —repitió mirándome con cara de asco.

—Pues sí, ese reputado médico y ese famoso abogado mienten —me reafirmé rotunda. Pude oír a Carlos removiéndose en su silla.

—Ya, porque usted lo dice. No hay más preguntas.

Por un lado, respiré satisfecha, pero por otro lado me hubiera gustado llamarles unas cuantas cosas a varias personas. Miré a Asun y pude ver que estaba contenta. Me di cuenta de lo agarrotada que estaba cuando intenté levantarme de la silla. Me tuve que apoyar en la mesa hasta que, de repente, noté los brazos de Joseph que me sostenían y me llevaban de nuevo a mi asiento.

—Ya está, mi niña, ya está. Has estado magnífica —susurró cariñoso a mi oído mientras me sentaba. Agarró mi mano y con su dedo acarició mis anillos de compromiso.

Logré sonreír, lo miré y susurré bajito:

—Yo más —sin importarme el resto, le di un fugaz beso en su hombro.

Por fin, le tocó el turno al imbécil de Castillo. Como siempre, se había vestido para la ocasión. Traje azul marino, camisa azul, corbata de finas rayas, pelo rubio, liso y engominado, todo un repertorio de marcas y un buen bronceado que no conseguía disimular que, bajo todo eso, lo único que había era un montón de mierda. Se sentó con calma, con su habitual aire de superioridad, tras dirigirme una mirada de asco al pasar. Miré a Joseph, que, impasible, volvió a clavar la vista en él. Tras el protocolo habitual su aspirante empezó a hablar.

—¿Es cierto que usted tiene varios bufetes de abogados repartidos por toda la geografía de España y de Europa, que emplea a más de cien personas y que representa a varias multinacionales, numerosas empresas de menor tamaño, así como a cientos de particulares, como en su momento fue la señora Torres? —la pregunta fue tan larga que, cuando acabó de hacerla, casi estaba azul por la falta de oxígeno.

—Sí, completamente cierto —respondió un empachado Castillo, con su habitual tono de *gentleman*. De paso, supongo que, en un intento de impresionar, tiró de los puños de su camisa dejando ver unos impresionantes gemelos de oro y diamantes. Ese gesto me recordó al que hacía otro hijo de puta. Estaba visto que la estupidez era patrimonio de la humanidad.

—¿En alguna ocasión alguno de sus clientes se ha quejado de dejadez en sus funciones, de no haber sido correctamente defendidos o de haberlo hecho de manera ilegal?

—En ningún momento.

«No te jode mayo con sus flores —pensé—, ¿acaso se va a quejar el que le llevas el dinero a un paraíso fiscal?, ¿se te va a quejar un cliente al que blanqueas su dinero?».

—Al contrario —prosiguió en modo triunfal—, hemos recibido muchas cartas de agradecimiento por la calidad de nuestros servicios.

—Bien —prosiguió satisfecho el aspirante a Castillo—, como ya sabemos, la señora Torres acudió a usted por medio de su amigo, el doctor Carlos Sánchez, ¿cierto?

Arqueé las cejas, puse los ojos en blanco y no hice el pino puente de milagro. Si lo sabíamos es que sería cierto, ¿no?

—Cierto.

—¿Es cierto que, debido a la gran amistad que le une con el doctor Sánchez y solo por eso, aceptó el caso y lo llevó personalmente?

—Totalmente cierto.

—¿Es cierto también que, gracias a su gran labor, resolvió su problema en poco tiempo y de una manera más que satisfactoria?

—Cierto, totalmente cierto.

Me revolví inquieta en la silla y bufé. Sí oía una vez más la palabra «cierto» iba a empezar a gritar.

—¿Es cierto que la indemnización conseguida, gracias a sus esfuerzos, fue mucho más de la que la señora Torres pretendía en un primer momento?

—Cierto, completamente cierto —repitió, como una cotorra, otra vez.

Pues es cierto y completamente cierto que me gustaría arrancarle la cabeza de una hostia. Sacudí la cabeza como un perro y, algo debí de mascullar, pues vi cómo Asun me mandaba callar con el dedo.

—¿Es cierto que el sábado veintitrés de agosto del dos mil catorce usted llamó a la señora Torres para que fuera a su despacho con la intención de mantener relaciones sexuales con ella?

Mis ojos estaban de nuevo a punto de quedarse definitivamente en blanco esperando el próximo «completamente cierto».

—Falso, falso, totalmente falso. —Su cambio de discurso nos sorprendió a todos y a más de uno le cambió la expresión de aburrimiento que semejante interrogatorio producía—. La señora Torres me llamó a mí —pronunció con énfasis esas dos palabras— para decirme lo contenta que estaba con el resultado obtenido y fue ella la que se empeñó —volvió a enfatizar— en pasar por mi despacho con la disculpa de que le dijera lo que me debía.

—Entonces, ¿no fue usted el que llamó a la señora Torres por el tema de sus honorarios? —preguntó el aspirante a Castillo con aire sorprendido.

—No, por favor —respondió ofendido—, pero, por educación, accedí de mala gana a recibirla en mi despacho. Al día siguiente yo me iba de viaje y quería dejar varios temas resueltos por lo que, su visita lo único que iba a conseguir era retrasarme más —se reafirmó en su declaración estirando el cuello. En ese momento, deseé que se lo rompiera.

Mi indignación me debía de salir por los poros de la piel porque Joseph apretó mi mano en un vano intento por tranquilizarme. Miré a Asun y a Alberto. Ambos tenían la misma expresión de aburrimiento.

—¿Cómo llegó la señora Torres a su despacho?, me refiero a su ropa —aclaró en tono sarcástico.

—De su ropa, en concreto, no me acuerdo, pero sí que venía vestida de manera muy provocadora. Francamente, no me gustó la imagen que daba —comentó con cara de asco.

Volví a gruñir en mi interior. Miré a Asun, que, mientras tomaba nota, me hizo un gesto con la mano para que me contuviera, pero Julia, la loca, ya estaba sacando varias pistolas y numerosos cuchillos de sus bolsillos.

—¿Y qué pasó una vez en el interior de su despacho?

—Pues nada, le dije que, lamentándolo mucho, no podía atenderla porque al día siguiente me iba de viaje y tenía aún mucho trabajo pendiente. Le expliqué que se pasara durante la semana, sin prisa, para hablar con mi secretaria y que ella le daría el importe de la minuta.

—¿Y la señora Torres qué hizo?, ¿cómo reaccionó?

—Pues se sentó en el sofá y me dijo que por lo menos nos tomáramos una copa para celebrarlo.

Empezando por Joseph, y terminando por Alberto, a todos nos dio la risa. ¡Julia pidiendo una copa!

—¿Y usted qué hizo?

—¡Qué iba a hacer! —exclamó en tono condescendiente—. Era amiga de Carlos y, aunque la situación me estaba resultando algo incómoda, no quería ser grosero así que, de mala gana, serví un par de *whiskies* con la esperanza de que se largara de una vez —remató despectivo.

—¿Y eso fue lo que pasó?

—Pues no —contestó enfadado—, empezó a decir muchas tonterías a las que yo intentaba responder de la mejor manera posible, en fin —explicó agitando su mano en el aire—, lo que uno intenta hacer cuando, con educación, quiere echar a alguien de su despacho.

El aspirante a Castillo sonrió de oreja a oreja ante la frase tan ingeniosa que su «musa» acababa de soltar y solo le faltó hacerle la ola para celebrarlo.

—¿Lo consiguió? —preguntó burlón.

—Lamentablemente, no. Supongo que no entendió mi sutileza y, sin más, intentó besarme.

—¿Queeé? —no pude evitar el chillar en voz alta.

—Señora Torres, guarde silencio, por favor —me advirtió la jueza.

Noté la mirada asesina de Asun clavada en mi cara.

—Tranquila, Julia, tranquila, no entres en su juego —me susurró un tranquilo Joseph.

«Ni tranquila ni hostias», pensé iracunda. Tenía ganas de levantarme, romperle los dientes y volver a sentarme con toda la calma del mundo.

—¿Qué más pasó? —preguntó el aspirante a gilipollas visiblemente satisfecho del resultado obtenido.

—Intenté apartarla y se me echó literalmente encima. Yo estaba muy violento, nunca me había visto en una situación así. —Se calló como si de verdad lo estuviera—. Siguió diciendo tonterías, que se había sentido atraída por mí desde el principio, que creía que yo sentía lo mismo por ella..., no sé, fue todo tan desagradable... —volvió a rematar con cara de asco.

—¿Cómo acabó todo?

—Pues al final la tuve que echar. Lo sentí de verdad, sobre todo por Carlos, pero la situación me resultó patética. Se fue bastante cabreada, insultándome y amenazándome. Cuando me tranquilicé, llamé a Carlos y quedé con él para contarle lo sucedido. Quedamos para cenar y así lo hice.

—¿El doctor Sánchez cómo se lo tomó?

—Lógicamente mal, bastante mal. La intentó disculpar alegando por todo lo que había pasado, que andaba en manos de psicólogos... Bueno, el caso es que me pidió que lo olvidara y ahí quedó todo.

—¿Supo o intentó saber algo más de la señora Torres?

—¡No, por Dios! —exclamó—. Esperaba tener la suerte de no volver a cruzarme con ella ni en la calle.

—Entonces, ¿niega rotundamente la versión dada por la señora Torres acerca de lo sucedido el sábado veintitrés de agosto del dos mil catorce en su despacho, así como su participación en todo lo que posteriormente le sucedió?

—Lo niego rotundamente —soltó con voz firme pese a no parar de mentir.

Le tocaba el turno a Asun y tanto Joseph como yo lo estábamos deseando. Sin moverse de la mesa, nos recorrió a todos con la mirada y me pareció que a Alberto lo obsequiaba con una leve sonrisa.

—Señor Casillo —empezó a hablar apoyándose en los papeles que tenía sobre la mesa—, aquí estamos oyendo dos versiones de un suceso completamente distintas, con lo cual, es fácil llegar a una conclusión. Alguien miente, ¿no?

—Así es, y no soy yo —respondió retador.

Asun incrustó el lápiz en la oreja y me di cuenta de que la batalla iba a empezar.

—Pues yo digo lo contrario. Yo digo que usted miente descaradamente, así como su amigo, el doctor Sánchez, que no entiendo cómo se ha metido en todo este berenjenal. —Hizo una pausa y miró brevemente sus papeles—. Pero voy a hacer algo más que decirlo. Voy a ir más allá de enfrentar la palabra de mi clienta con la suya y esperar que suene con mayor sinceridad. Voy a demostrar con pruebas, con pruebas reales y tangibles, que usted es el que miente.

—Pues dudo que lo consiga —retó el imbécil de Castillo.

—Pues vamos a empezar. —Asun cargó todo el peso sobre sus manos para ponerse en pie y, por un momento, tuve la sensación de que Castillo se encogió en su silla—. En primer lugar, usted dice que ese famoso sábado fue mi clienta la que lo llamó por teléfono para ir a verlo a su despacho, ¿cierto?

—Cierto —contestó ya sin atisbo de humor.

—Bien, pues, aunque el señor Castillo ha cambiado de número de teléfono y de móvil y el de mi clienta fue destrozado durante su secuestro, la compañía telefónica me ha facilitado un listado de las llamadas de mi cliente durante ese periodo y, justamente, ese sábado recibió una llamada sobre las cuatro y media desde su teléfono al de mi clienta. Repito, re-ci-bió —deletreó las palabras a medida que se acercaba a él y con su dedo apuntaba el papel que contenía dicho listado. Supuse que iba abrir la boca para protestar, pero Asun no le dio tiempo.

»Usted dice que mi clienta llegó, ¿cómo fueron sus palabras...? Provocadoramente vestida, por favor, ¿me puede explicar ese término?

—Pues... —contestó algo confuso—, ya me entiende, cuando una mujer se viste para intentar ligar.

—Y ¿cómo, según usted, se viste una mujer para intentar ligar?

—Venga —contestó enfadado—, eso lo sabe todo el mundo.

—Pues yo no.

Asun se quedó mirándolo retadora y me imaginé su lápiz saliendo disparado de su oreja para acabar clavado en mitad de la frente de Castillo. Sonreí.

—Escotes —empezó a hablar con gesto agrio—, minifaldas, tacones, maquillaje...

Se mantuvo en silencio más que molesto. Asun recorrió con la vista a varias mujeres presentes en la sala y se paró en la jueza, que, con gesto serio, miraba a Castillo.

—Su señoría, bajo la toga, va vestida con ropa ajustada y va maquillada, la secretaria va con una falda considerablemente corta y unos tacones altos, yo misma voy con un escote bastante generoso. —Se calló y lo miró directamente al igual que varios pares de ojos

maquillados—. Entonces, según usted, ¿estamos todas intentando ligar?, porque le aseguro que todas estamos aquí trabajando.

—Oiga, yo... —intentó protestar débilmente Castillo.

Su aspirante parecía haber decidido que era un buen momento para cambiar de modelo a seguir.

—Pero le voy a decir algo más —prosiguió Asun cortando su protesta—. Mi clienta, como le dijo su buen amigo, no estaba bien y había tenido que recurrir a un psicólogo. Eso es cierto, pero ahora le voy a decir por qué no estaba bien. —Paró de hablar un momento mientras cogió otro papel que estaba sobre su mesa. Reconocí el membrete del hospital donde trabajaba.

»Evidentemente, tengo permiso de mi clienta para enseñar este informe y si es necesario, que no lo creo, el facultativo que lo expidió está dispuesto a declarar.

Suspiré de nuevo y bajé la cabeza, avergonzada. Odiaba exponer mi vida en público. Me seguía pareciendo otra forma de violación. Era el informe de Alfonso, el psicólogo al que yo había acudido.

—El doctor Alfonso Nieto conoció a la señora Levi cuando trabajaba en el hospital. Comenzó a sospechar que, tras los numerosos accidentes que le parecían ocurrir, se ocultaba un caso de malos tratos. Intentó hablar con ella en varias ocasiones, pero ella siempre lo esquivó. Tras un breve encuentro en la calle, que derivó en una discusión con su pareja, fue casualmente despedido. Un año después se encontró a la señora Levi en la calle, acababa de morir su pareja y se ofreció a ayudarla. Al día siguiente fue a su consulta. Posteriormente, el doctor Nieto fue readmitido en el hospital donde la siguió atendiendo. —Guardó un breve silencio al acabar aquel pequeño resumen. Silencio que todos acompañamos. Mi nudo volvió a aparecer y bajé la cabeza con los ojos llenos de lágrimas. Joseph se dio cuenta, pasó su brazo por mis hombros y me apoyé en su cuerpo. Asun blandió en el aire el informe que tenía en la mano.

»No voy a extenderme en términos médicos. Simplemente les diré que la señora Levi fue una mujer maltratada, física y psicológicamente, por su pareja. Presentaba un cuadro de ansiedad, depresión, ausencia total de autoestima y llena de complejos que habían sido creados y fomentados por su anterior pareja y que una grave enfermedad contribuyó a agudizar. Estaba totalmente sometida en todos los aspectos de su vida por su pareja, sobre todo, el de su vestimenta. Aquí también pone que su paciente le confesó que llevaba casi cinco años sin ponerse una falda, prácticamente, desde que conoció a su anterior pareja. El doctor Nieto reconoce que fue incapaz de conseguir que lo hiciera. —Asun paró de leer y lo miró fijamente. Yo, por mi parte, con cada palabra suya me hundía cada vez más en el cuerpo de Joseph intentando desaparecer.

»¿Sigue sin recordar la ropa tan provocativa que, según usted, ese día vestía mi clienta?

—Sí —respondió de mala gana.

—Usted dice que en su despacho se tomaron unos *whiskies* , ¿cierto?

—Cierto.

Asún suspiró brevemente y frunció los labios antes de seguir leyendo el dichoso informe.

—El doctor Nieto refleja en su informe que su paciente le habló de numerosas discusiones entre ellos causadas por diversos aspectos de la vida social. Su anterior pareja le reprochaba su poca conversación, su falta de interés en sus amistades y su negativa a beber cualquier bebida alcohólica. Él lo tomaba como una afrenta personal y le parecía mal que cuando acudían a alguna fiesta no bebiera más que agua, Coca-Cola *light* y café con leche. —Se hizo de nuevo el silencio y Asun volvió a clavar su mirada en él. Su bonito bronceado parecía haber perdido algo de intensidad y ya no se preocupaba tanto por los puños de su camisa. Asun miró a la jueza, que cada vez tenía el gesto más tenso.

»¿Puedo hacer una pregunta al doctor Sánchez? —La jueza asintió no sin antes recordarle que seguía bajo juramento—. Doctor Sánchez —habló dirigiéndose a Carlos que se había sentado al fondo de la sala—, supongo que en los años en que usted y la señora Levi trabajaron juntos habrán coincidido en alguna cena alguna comida o algún tipo de celebración, ¿no?

—La verdad es que Julia —le volvió a temblar la voz al decir mi nombre— no era muy dada a asistir a ese tipo de celebraciones.

—Entre otras cosas porque su anterior pareja se lo prohibía —interrumpió Asun—, pero, en todo caso, usted ha visto a la señora Levi beber alguna vez algún tipo de bebida alcohólica.

Ni me giré para mirarlo, al igual que Joseph, que me mantenía abrazada. Podía notar sus nervios que se traducían en los «quejidos» de la silla en la que estaba sentado, debido a su constante meneo. Recordaba las veces que nos había comparado a Ihab y a mí por no beber alcohol.

—Pues, no sé..., no recuerdo —balbuceó nervioso.

—Señor Sánchez. —La voz de Asun sonó irritada—. Deduzco que dado que es médico habrá tenido que estudiar, aunque solo sea para pasar los exámenes, ¿no? —prosiguió elevando el tono cada vez más—. Supongo, por lo tanto, que algo de memoria tendrá. ¿Nos quiere hacer creer que no sabe decir ni recordar si vio o no beber alguna vez a la señora Levi?

Paró para coger aire. Entre la parrafada que le soltó y lo enfadada que estaba, terminó de hablar casi jadeando.

—No —fue la seca respuesta de Carlos.

—¿No qué?, ¿no tiene memoria?, ¿no lo recuerda?, ¿no qué? —repitió claramente enfadada levantando las manos en el aire.

—No, no recuerdo haberla visto nunca beber alcohol —reconoció al fin.

—Gracias, señor Sánchez, gracias por el esfuerzo realizado. —Con un bufido se giró y se encaró nuevamente con Castillo—. Bien, señor Castillo, aclarado este punto vamos a proseguir —dejó, por fin y para mi tranquilidad, el informe médico sobre la mesa y cogió unos papeles que le tendió Alberto—. Aquí ha salido demasiadas veces el tema del dinero a relucir y sigo sin explicarme el porqué. Mi clienta renunció desde el principio a quedarse con la indemnización, fuese cual fuese. Como ya he dicho antes, aquí tengo la documentación de la transferencia realizada a la madre del fallecido, una vez descontado el importe de su minuta. Supongo que usted lo sabía, ¿o no? ¿Nos quiere hacer creer que una persona que desde el primer momento renuncia a una indemnización le ofrece echar un polvo a cambio de no pagar su minuta que iba a ser descontada de dicha cantidad?

La imagen de Asun, con los brazos en jarra, el lápiz en la oreja y mirándolo furibunda me hizo sonreír y bendecí a Isabel porque, gracias a ella, la tenía como abogada.

—Si lo dijo no lo recuerdo —bufó el mamón de Castillo ignorando el último comentario.

—Lo de la mala memoria debe de ser contagioso, pero le recuerdo que todos los trámites referentes a ese asunto se hicieron desde su despacho. —Tiró con rabia los papeles encima de la mesa y, con los brazos cruzados, se apoyó en ella—. Volvamos al famoso sábado —continuó hablando tras unos segundos de silencio—, señor Casillo, ¿usted sigue manteniendo que todo sucedió tal y como nos ha contado?

—Así es.

Miró a la jueza.

—¿Puedo? —preguntó señalando a Carlos.

—¿Usted también sigue manteniendo todo lo dicho? —le preguntó tras el permiso de la jueza—, le recuerdo que sigue bajo juramento.

—Sí, claro —soltó en un tono cada vez menos creíble.

Capítulo 35

Suspiré cansada y triste. Pese a todo, no pude evitar el sentir pena por él. Asun le había vuelto a poner en bandeja de plata salir medianamente bien del lío en que se había metido y había vuelto a dejar escapar esa oportunidad. Idiota, imbécil, estúpido. La cara de Asun cambió por completo. Se puso tensa, seria y miró a Joseph, que asintió levemente. Desvió su mirada hacia Alberto y solamente tuvo que extender su mano. Alberto depositó en ella un USB. Sin decir palabra se dirigió hacia la secretaria y se lo dio. Mi corazón se puso a cien, al igual que mi pulso, cerré los ojos con fuerza y me apreté a Joseph, esperando así poder desaparecer. Los labios de él en mi pelo y sus palabras consiguieron que recobrar medianamente la calma y la Julia aterrorizada, que se había acurrucado llorando en una esquina de la sala, consiguió levantar la cabeza.

—Hemos podido con todo. También vamos a poder con esto. Solo piensa en lo mucho que te quiero —susurró bajito con sus labios en mi pelo.

—Quiero explicar... —La voz de la fiscal se oyó por primera vez en la sala—. Que las pruebas que ahora nos va a mostrar la abogada de la señora Levi fueron entregadas por ella misma en esta Fiscalía. Que esta Fiscalía las envió a nuestra policía científica y esta comprobó la autenticidad de las mismas y la ausencia total de manipulación. Así mismo, la abogada de la señora Levi encargó un informe a un reconocido experto cuyos resultados coincidieron plenamente con los dados por los nuestros. A su vez, esta Fiscalía solicitó algún informe más que explicaré en el momento adecuado.

Se hizo el silencio de nuevo y Asun miró a la jueza esperando su aprobación. Sentí cómo Joseph me apretaba con fuerza, y yo sepulté mi cabeza en su cuello. Noté cómo su respiración se aceleraba y, aunque aparentaba calma, sus manos heladas me decían lo contrario.

—Por favor. —La voz de Asun resonó en el silencio de la sala—. Si se puede me gustaría que se bajase un poco la luz.

Así se hizo. La tensión se podía cortar con un cuchillo y volví a tener frío. Cerré los ojos intentando tragar una saliva que había desaparecido de mi boca.

—Te quiero —habló, en un susurro apenas audible, Joseph.

—Yo más —acerté a decir pese a mi boca seca.

—Aunque la calidad de las imágenes no es excelente —advirtió Asun—, como van a comprobar, son lo suficientemente nítidas. —Miró a la jueza, que, nerviosa, intentaba recoger el pelo en una coleta asintiendo y dándole permiso. Oí el crepitar de la silla de Carlos, la tosecilla y carraspeo de Joseph, el ruido del tambor en el que se había convertido mi corazón y hasta me parecía oír el sonido que hacían las gotas de sudor que empezaban a caerle al hijo de puta de Castillo. En la penumbra de la sala, la pantalla de un gran ordenador se iluminó.

»Adelante —volvió a resonar, lúgubre, la voz de Asun.

Tras unos segundos de tenso silencio, la pantalla cobró vida y, sin poder evitarlo, abrí los ojos como platos. Ahí estaba yo, entrando en el despacho del hijo de puta de Castillo, con mi chándal, mi mochila y mi cara de cabreo. Entonces agradecí haber visto ya aquellas imágenes, si no, en ese momento me estaría dando un paro cardíaco. Creí oír a mis espaldas una exclamación ahogada... Ahí estaba todo; la tensa conversación, sus absurdas disculpas, sus incómodas preguntas. Cómo me ofrecía un *whisky* que yo rechacé. Mi cara, seria, tensa y claramente incómoda. Sentada frente a él con

mi mochila sobre mis piernas. Cómo, enfadada, dando media vuelta y metiendo su factura en mi mochila me dirigí hacia la puerta de su despacho para irme de allí. Su cara de odio a mis espaldas y cómo, con rabia, me agarraba del cuello y me lanzaba en el sofá. Oía mis intentos por gritar y mis ojos, entre lágrimas, se quedaron fijos en la pantalla pese a no querer ver todo aquello. Cómo forcejeaba mientras él, sobre mí, intentaba meter su mano dentro de mi ropa. Mi cara moverse aterrorizada, intentando apartar su aliento de mi boca. Mis cada vez más débiles protestas mientras él empezaba a intentar desabrochar su pantalón. Mi cara aterrorizada hasta que, por fin, mi mano derecha llegó a su cara clavando mis uñas en ella.

Creo que todo ese tiempo estuve sin respirar y se me volvió a hacer tan eterno como en aquel momento. Notaba mi respiración agitada. Joseph acariciaba mi cara con su mano en un intento de mantener mi mente en su correcto lugar. El vídeo continuó su curso, con él levantándose y tocándose la cara con la mano y cómo, al ver sangre en ella, empezó a chillar como un loco. Cómo me levantaba con la cara descompuesta y, llorando histérica, cogía la mochila y echaba a correr. Mi imagen desapareció de la pantalla, la suya, por unos segundos, también, pero se seguía oyendo su voz, sus gritos, sus amenazas... Al poco tiempo se le volvía a ver entrar, fuera de sí. Golpeando todo y tirando lo que encontraba a su paso mientras se limpiaba la sangre que tenía en la cara.

Pegué un grito y me levanté en un intento de huida, cuando vi su cara, llena de odio, acercarse a la pantalla para desconectar la cámara. Por unos instantes volví a estar ahí. Hasta que oí la voz de Joseph que me llamaba con dulzura. Parpadeé sorprendida, estábamos los dos de pie y todo el mundo nos estaba mirando. Me dejé rodear por sus brazos y llorando mansamente sobre su pecho nos volvimos a sentar. Nadie habló cuando la pantalla enmudeció. La luz volvió a su intensidad normal y nos iluminó a todos de nuevo. Observé el rostro de la jueza, contraído por lo que acaba de ver, como todos los demás.

—Negamos la autenticidad de esas pruebas. No se trata más que de una burda manipulación...

—¡Cállese! —gritó la jueza al abogado de Castillo—. Creo que ya se han reído bastante de este tribunal —prosiguió peleando por recolocar su coleta que, de tanto tirar de ella, estaba medio ladeada.

La figura de Castillo se mantenía rígida, aparentemente sin inmutarse, pero se notaba que, en esos momentos, era simplemente una fachada.

—Pienso que lo que acabamos de ver aquí es lo bastante explícito, ¿no cree?

Una recompuesta Asun volvía la carga y se volvía a encarar con Castillo.

—Eso... eso es un burdo montaje, es una trampa —balbuceó con el mismo razonamiento que su abogado, que lo miraba estupefacto.

—Ni montaje ni manipulación ni trampa ni nada —habló rápido apuntándolo con el lápiz que se había quitado de la oreja—. Esto fue grabado por usted con una cámara que tenía en su despacho. Cámara que, por supuesto, ahora ha desaparecido, así como su ordenador personal. A lo que vamos... —prosiguió cortando en seco otro débil intento de protesta—, aquí vemos cómo su cara, concretamente su mejilla izquierda, sigue más o menos marcada por las uñas de mi cliente en su intento por defenderse de su agresión.

Hizo una pausa y miró a la fiscal que puesta en pie señaló la pantalla del ordenador.

—Como se podrá ver hemos pedido la grabación de las cámaras de seguridad del aeropuerto, en concreto la del domingo veinticuatro de agosto del dos mil catorce, el día en que, según el señor Castillo y su pasaporte así lo demuestra, abandonó el país rumbo a México.

La pantalla del ordenador cobró otra vez vida tras la voz de la fiscal y se iluminó con el ir y venir de gente en el aeropuerto, que lo que menos imaginaban eran ser protagonistas de aquella película. Madres corriendo tras sus hijos que se cruzaban con ejecutivos que hablaban sin parar por el móvil mientras tomaban un rápido café al lado de un animado grupo de amigos que bromeaban entre ellos, felices y despreocupados. Una pareja de enamorados comiéndose a besos, una horda de jubilados intentando no perder de vista a su estresada guía... y, en medio de todos, el imbécil de Castillo con cara de pocos amigos y un apósito cubriendo su mejilla izquierda. Él también hablaba por teléfono y gesticulaba sin parar. La pantalla del ordenador enmudeció de nuevo y todas esas personas recuperaron su anonimato. Un silencio atronador invadió de nuevo la sala. Solamente se oía el crujido incesante de la silla de Carlos y creía que los latidos de mi corazón. La fiscal miró a Asun, que tomó de nuevo el mando.

—Ahora van a ver otra grabación, por favor, intenten no apartar los ojos de la pantalla —habló con voz solemne sentándose de nuevo.

Miré a la temida pantalla que parecía un muro donde cada vez aparecían más impactos de bala. Su luz volvió a rugir con toda su crudeza e indiferencia a lo que en ella aparecía. No pude evitarlo y solté un gemido de dolor mientras las lágrimas rodaban de nuevo por mi cara. Intenté que Joseph me mirara, pero su cara estaba tan rígida y fría como la pantalla que estaba mirando. Agarró mi mano, pero no me miró. Vi cómo parpadeaba intentando controlarse, pero, pese a la tosecilla y el carraspeo, sus ojos se llenaron de lágrimas. No era para menos. Lo que allí se veía era vomitivo. Los débiles gemidos de dos niños —un niño y una niña, para ser exactos— ponían los pelos de punta. Dos pequeños cuerpecitos, tirados en una cama y atados, la niña boca arriba y el niño boca abajo, como dos trapos. Dos hombres abusaban de ellos, golpeándolos brutalmente hasta dejarlos inconscientes, intercambiándose entre sí, en medio de una orgía de locura, risas y alcohol. La brutalidad de ambos y la ausencia total del más mínimo vestigio de humanidad era espeluznante. Uno de ellos tenía tres marcas, como de tres

arañazos en la cara, en su mejilla izquierda, el otro era Adolfo Gutiérrez Contreras, el padre de Joseph. En este momento lo único que tenía ganas de hacer era arrancarle el corazón al hijo de puta de Castillo, aunque solo fuese para comprobar que lo tenía.

—¡Por favor, paren esto! —La voz de la jueza tembló al decir estas palabras.

La luz volvió a la sala para la tranquilidad de todos. Miré a la jueza, que, nerviosa, manoseaba su coleta con los ojos llenos de lágrimas como varias personas más; Alberto, incapaz de mirarnos, tenía la cabeza hundida entre los brazos; Asun, de espaldas, no lo había querido volver a ver, pero se tocaba la barriga a punto de vomitar, como yo. El aspirante a... a nada miraba al hasta entonces su musa, incrédulo y horrorizado de ver cómo realmente era la persona a la que tanto había deseado parecerse y hasta la silla de Carlos dejó de crujir. No así la mandíbula de Joseph que parecía estar a punto de estallar de un momento a otro. Nadie decía nada, nadie tenía nada que decir. Joseph se abrazó a mí y, en silencio, creo que lloró. De rabia, de dolor, de asco, pero sobre todo de vergüenza. Aunque pocos lo sabíamos, ahí, en esa pantalla con expresión de demente, estaba su padre. Asun recobró la compostura y cuando nos vio a todos más tranquilos pidió a la secretaria que volviera a encender la puta pantalla. En ella apareció una imagen congelada de los dos hijos de la gran puta y no pude evitar un brinco al ver sus caras tan de cerca, mirándome.

—¿Puedo? —La voz de Asun sonó temblorosa mientras me señalaba. La jueza asintió incapaz de hablar—. Señora Levi, por favor, un último esfuerzo —rogó ante mi cara descompuesta—. ¿Reconoce a este hombre? —me preguntó cuando señalaba con un puntero al padre de Joseph.

—Sí —solté entre lágrimas, bajando la cabeza incapaz de seguir mirando esa cara.

—¿Este es Adolfo Gutiérrez Contreras?, ¿el hombre que la intentó secuestrar «para hacerle un favor a un amigo»?

—Sí.

—¿El mismo hombre que le dijo que, gracias a usted, también conseguiría arrebatarle las empresas al señor Levi?

—Sí —empecé a contestar medio agobiada.

—¿El hombre que le dijo que iba a hacer de usted una puta drogadicta y que cuando su amigo acabara con usted aún iba a ganar dinero a su costa?

—¡Sí! —chillé, deseando que aquello acabara.

—¿Fue este hombre —prosiguió Asun elevando cada vez más el tono de voz— el que le propinó una brutal paliza que casi acaba con su vida, la intentó drogar y le pegó un tiro? —Ya no pude contestar. Mis sollozos me le impedían y solamente pude asentir. Sin importarle el lugar donde estábamos, Joseph me abrazó con todas sus fuerzas y fundimos el uno en el otro nuestro propio dolor. A nuestro alrededor el silencio era absoluto.

»Señora Levi, ¿reconoce a este otro hombre? —volvió a hablar Asun, señalando de nuevo con el puntero a la pantalla.

La verdad, no parecía la misma persona. Ante los demás, siempre tan educado, cortés y correcto. Sin embargo, en la fría pantalla del ordenador estábamos viendo a un perturbado, a un desequilibrado, esbozando una risa aterradora y cuya mirada no lo era menos.

—Sí —conseguí decir entre gemidos—, es Tomás Castillo.

—¿Ve algo en su cara?

—Sí, en la mejilla izquierda.

—¿Pueden ser las marcas que usted dice haberle causado ese día al defenderse?

—Pienso que sí —contesté un poco más tranquila.

—Señor Castillo —prosiguió Asun dirigiéndose nuevamente a él—, ¿usted se reconoce a sí mismo en todo lo que aquí acabamos de ver? —El silencio y su mirada perdida fueron su única respuesta.

»Usted ha dicho —continuó Asun ignorando su silencio— que solo mantenía relaciones estrictamente profesionales con sus clientes. ¿Cree usted que lo que acabamos de ver se puede incluir en este tipo de relaciones? —Lo mismo, el silencio total fue su única respuesta.

»Por favor —volvió a dirigirse a la secretaria—, ¿puede poner la prueba de audio?

Fruncí el ceño y miré a Joseph. Así como los vídeos anteriores ya los había visto, cuando Mark y César los trajeron de Acapulco, no sabía de la existencia de nada más. Por toda respuesta, Joseph apretó mi mano y con su dedo acarició mis anillos de compromiso.

—¡Hola, compadre! —La voz de un contento Castillo salió del ordenador.

—¿Qué cojones quieres?

Quien tan cortésmente respondía a su saludo no era otro que el padre de Joseph. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al volver a oír su frío tono.

—Feliz Navidad, antes de nada.

—¿Qué mierda es eso de feliz Navidad? —bufó el padre de Joseph—. Aún no sé cómo te atreves a llamarme después de la última que me montaste aquí...

—Bahhh, venga, no fue para tanto —respondió burlón Castillo.

—No, claro, como tú no fuiste quien tuvo que limpiar la mierda...

—Olvídalo ya, además, te recuerdo que el que se pasó con las drogas fuiste tú.

—Y tú te pasaste con la mano —siguió protestando el padre de Joseph—. Los había comprado para sacar beneficio y... ¡cojones!, ahora están en el fondo del mar.

—No te quejes tanto de los beneficios que de eso me preocupo yo, y bastante bien, por cierto. Además, sabes que estaba enfadado.

—No seas fantasma, Castillo, que estás hablando conmigo —le advirtió con tono seco el padre de Joseph—. Te recuerdo que la culpa de tu enfado fue porque una zorra te marcó la cara y quien pagó los platos rotos fui yo.

Mi corazón pegó un brinco cuando me vi metida en la conversación.

—Hablando de esa zorra, te tengo que pedir un favor.

—¿A mí? —preguntó el padre de Joseph extrañado.

—Sí, a ti. Necesito que vayas a Río de Janeiro y que me la traigas.

—Ni lo sueñes, no soy tu puto criado. Además, ya sabes que no me gusta viajar.

—No me vengas con cuentos, Adolfo, que te conozco y sé de tus breves escapadas a Brasil de vez en cuando. —Durante unos segundos la respuesta del padre de Joseph se hizo esperar. Evidentemente, le había cogido por sorpresa el comentario de Castillo—. Oye, no te cabrees, sabes que me importa un huevo lo que tú hagas... —se apresuró a decir ante su inquietante silencio.

—Como tiene que ser —el padre de Joseph sonó ligeramente amenazador—. Pero si quieres algo de Río habla con Esteban, él ...

—Ya hablé con él —interrumpió Castillo—, pero el problema no es la zorra esa. El problema es el cabrón que se la está tirando.

—¿Y qué pasa con ese cabrón?, ¿o es que acaso el matrimonio está ablandando a Esteban?

—Precisamente por eso. De ahí viene el problema. Parecer ser que su mujer y ese tipo se odian desde que se conocen y, por eso mismo, Esteban sabe que si pasa algo va a ser de los que primero desconfíe.

—¿Y eso le preocupa?, ¿a Esteban?

La voz del padre de Joseph sonó incrédula. Seguramente, por saber cómo Esteban se las gastaba.

—No quiere jaleos. Vive muy tranquilo en Río y quiere seguir así. Parece ser que el que se la está tirando es un puto judío, rico, pero con fama de chalado. Es dueño de varias empresas, tras las que lleva tiempo Esteban y, desde que esa zorra lo pescó, anda por ahí, de caballero andante, amenazando a todo el mundo que se atreve a mirarla.

—¿Cómo se llama?

—Julia, Julia Torres Rey y trabaja...

—¡No!, ¡joder!, él..., ¡su puto novio! —chilló impaciente el padre de Joseph.

—Ahhh, espera que lo recuerde, Joseph, espera. Joseph Levi... Marshall. Eso es, Joseph Levi Marshall.

Al suspiró de satisfacción de Castillo le siguieron unos angustiosos segundos de silencio. Como si lo estuviera viviendo en tiempo real, contuve la respiración mientras podía imaginar la cara de satisfacción del padre de Joseph al otro lado del teléfono.

—Joseph Levi Marshall —repitió con deleite el padre de Joseph—. ¿Estás seguro? —se le oyó decir al cabo de unos segundos con voz de serpiente.

—Sí, ¡joder!, sí, aún soy capaz de recordar un puto nombre —bufó Castillo.

—Está bien. Déjame a mí —soltó de repente.

—No sabes lo que me alegra oír eso. Además, seguro que estás tremendamente aburrido y no tienes nada mejor que hacer.

—Aunque no lo creas, tengo un pequeño asunto entre manos.

Y se echó a reír. A nadie se nos escapó el tono con el que pronunció las palabras «pequeño asunto entre manos», entre eso y la risa de hiena que se escuchó tras el comentario no pude evitarlo y, horrorizada, me tapé la cara con las manos. Volvía a tener su sonrisa de mil dientes, en su cara de velociraptor, delante de mis ojos y cuando noté el fuerte abrazo de Joseph me asusté. Por un momento, creí volver a estar en sus manos.

—¿Cómo de pequeño?

La afeminada voz de Castillo sonó más repelente que nunca.

—Eso a ti te importa una mierda. Lo dicho, de lo otro me encargo yo.

—Bien. Habla con Esteban, te ayudará en lo que pueda, pero tiene que quedarse al margen.

—Tanto tú como él me vais a deber un gran favor.

—¿A qué te refieres?

—Ya hablaremos.

Se oyó el ruido de un teléfono al colgarse, pero se siguió oyendo una respiración. Quien hubiera grabado esta conversación mantenía la grabadora encendida.

—Venga, niño, chúpamela con ganas que hoy hay fiesta.

Me dio la sensación de que todos pegamos un bote en nuestras sillas con las últimas palabras que acabábamos de oír, y hasta

Joseph se echó las manos a la cabeza. Derrotado, se dobló y enterró su cabeza entre los brazos. Esas últimas palabras las había dicho su padre, que era el que había grabado toda la conversación. Grabación que seguramente también habían encontrado César y Mark. Sentada a su lado, lo abracé llorando.

—Lo siento, mi niño, lo siento —susurré a su oído—, créeme, lo siento —repetí mientras lo mecía suavemente.

Afortunadamente, en esos momentos nadie estaba para mirar a nadie ni mucho menos para evaluar el porqué de nuestras reacciones y la respuesta de Joseph pasó desapercibida. Miré apenada a Alberto, que se tapaba la boca con sus pequeñas manos, entonces con uñas, mirando a Joseph con los ojos llenos de lágrimas. Solo nosotros dos sabíamos lo que todo eso significaba realmente para él. Por unos instantes no supe cómo sentirme. Por un lado, debería estar contenta, pues aquello no era más que el lazo con el que envolver el macabro regalo que había sido toda esa historia. Pero, por otro, me dolía el alma viendo cómo estaba Joseph. Lo único que me consolaba era que, con cada minuto que pasaba, también pasábamos una hoja del libro de esa etapa que ambos deseábamos no tener que volver a leer nunca más. No supe el tiempo que estuvimos todos en silencio, pero lo cierto es que me olvidé por completo. Seguí abrazando a Joseph hasta que, poco a poco, recobró la compostura. Por su reacción supe que tampoco había escuchado aquello antes. Miré a Asun, que, intentando escapar de la tensión de la situación, tomaba notas con rapidez en un folio. La jueza llevaba sin cerrar la boca más de diez minutos y su lacio pelo parecía haber perdido todo el brillo en este intervalo de tiempo. Un leve carraspeo de Asun consiguió que la mirara y, sin cerrar la boca, asintió y la dejó seguir.

—¿Esto también es una conversación estrictamente profesional? —preguntó Asun cuyo lápiz se había refugiado en su oreja.

»Señor Castillo —prosiguió tras quitarse, de nuevo, el lápiz de la oreja—, usted se cree muy listo, pero yo lo soy más —afirmó contundente mientras lo apuntaba con él— y tuve muy claro desde

el principio el porqué de esta denuncia. Mi clienta y su esposo lo tienen a usted denunciado por la comisión de unos delitos de naturaleza muy grave y creyó que, si conseguía desacreditar a la señora Levi y su testimonio y si salía condenada por un delito de injurias y calumnias, quedarían prácticamente desarmados para la causa que contra usted tienen pendiente. A nadie se nos escapa que no es lo mismo enfrentarse a una posible comisión de delitos de índole económico que a otros de especial gravedad, como el de secuestro, asesinato, extorsión y algunos más que ya se verán en su momento. —Asun se quedó en silencio, su lápiz volvía a balancearse frenéticamente entre sus dedos.

»Francamente, señor Castillo, usted debería hacérselo mirar —soltó de repente—. Creo que tiene un concepto tan elevado de sí mismo que se cree poco menos que un dios. Y en su religión no tiene cabida el que una mujer no se sienta atraída por usted y que le diga que no. Pues con mi clienta pasaron ambas cosas. Es cierto, como dijo su abogado, que usted conocía a su anterior pareja y que se vieron en la inauguración de la nueva sede de la empresa de la que él era el director general. Pero también es cierto, como dijo mi clienta, que no se acordaba para nada de usted. Su expareja no solo no se la presentó, sino que al final de la fiesta, cuando la señora Levi ya se había ido, se enzarzaron en una discusión por los comentarios poco correctos que usted hizo acerca de mi clienta. De hecho, el señor Márquez no volvió a trabajar con usted. Tengo las declaraciones pertinentes de los muchos testigos de dicho incidente —aclaró antes de que el aspirante a... abriera la boca. Se volvió a hacer el silencio mientras Asun bebía un poco de agua. Yo estaba boquiabierta. Víctor jamás me había contado nada, pero recordé que ese día había llegado a casa furioso y, sobre todo, recordé cómo descargó su furia sobre mí...

»Y, de repente, un día la ve entrar por la puerta, ajena a lo anteriormente sucedido, con su pareja muerta y confiando en usted. —Sonó de nuevo, falsamente alegre, la voz de Asun—. Y el juego para usted vuelve a empezar y ese juego para usted, señor Castillo —habló apuntándolo nuevamente con su lápiz a modo de pistola—,

es salirse con la suya, siempre y en todo momento. Hasta ahora. — Lo miró fijamente durante unos segundos, y él seguía buscando con la mirada dónde estaba su mundo, preguntándose seguramente cómo, en cuestión de segundos, podía haber desaparecido todo.

»Por todo ello, señorita —volvió a hablar de repente—, pido la completa declaración de inocencia de mi clienta respecto de los delitos de los que aquí se tratan. Para ello aportó todas las pruebas presentadas más algunos testimonios que, en estos momentos, ya tienen poca relevancia. Como saben, en el receso de esta mañana ha llegado a mis manos una declaración jurada del doctor Ihab, desde Brasil. En ella viene a confirmar todo lo relatado por mi defendida, punto por punto. En dicha declaración relata cómo el doctor Sánchez se enteró, en un viaje que hizo a Río un poco antes de las pasadas Navidades y por boca de mi clienta, de un problema que había existido entre ella y el abogado que él le había recomendado. Cómo el doctor Sánchez le confiesa, en el viaje de vuelta que ambos hicieron juntos, no saber nada del tema y no entiende por qué su amigo no le había comentado nada. El doctor Ihab relata en su declaración cómo, posteriormente, el doctor Sánchez le cuenta una versión de los hechos que no concuerda para nada con lo sucedido y así se lo hace saber. Hay un distanciamiento entre ellos y, más tarde, le comunican por correo electrónico que su contrato con el hospital no será renovado. Esto es, a modo de resumen, la declaración que todas las partes tienen desde el momento que llegó a mis manos —explicó y con rabia volvió a poner el lápiz en su oreja para quitárselo al segundo siguiente—. Por ello también aviso de que el doctor Sánchez será denunciado por un delito de perjurio, así como por faltar al secreto profesional y revelar datos del estado de salud de mi clienta, sin su autorización y consentimiento, al doctor Rafael Montes, mientras este era director en el hospital donde trabaja mi defendida. Todas las pruebas pertinentes serán aportadas en posteriores juicios a los que, espero, no tengan que comparecer tanto el señor como la señora Levi. Creo que ya han sufrido demasiado y una manera de hacer justicia es conseguir que no tengan que pasar por el mismo calvario una y otra vez. Para eso ya estamos sus abogados. —No

se me escapó el uso del plural y el ligero rubor que coloreó la cara de Alberto.

»Como ha sucedido aquí, creo que las pruebas que se van a presentar en los restantes juicios son tan contundentes que todo lo demás resultará innecesario. —Asun se plantó delante de Castillo y, furibunda, lo apuntó tan de cerca con su lápiz que, asustado, se echó algo hacia atrás. Entonces sí que hacía honor a su apodo y parecía un fantasma de lo pálido que estaba.

»Usted y solo usted empezó todo esto. Usted y su caterva de amigos son los culpables de todo esto. De lo que les sucedió a esos dos niños en México, de lo que le sucedió a otro niño en Río de Janeiro, de lo que les sucedió a ellos —habló apuntándonos con su lápiz— y de lo que les sucedió a otros muchos niños y a mucha gente más. Yo no puedo hacer que pague por todo, de eso ya se encargarán otras personas, pero lo que sí le aseguro es que le voy a hacer pagar por todo lo que al señor y a la señora Levi les hizo.

Sin dar más palabras Asun pegó media vuelta, se sentó y, durante unos instantes, todo el mundo se quedó sin saber qué hacer. Hasta la jueza seguía enmudecida y conmocionada. Con rabia tiró de la coleta y dejó que su melena quedara desparramada sobre sus hombros. La fiscal se levantó y esperó pacientemente a que la jueza saliera de su estupor.

—La fiscal tiene la palabra —dijo al fin.

—Señoría y miembros de la sala, creo que ante lo que acabamos de ver poco hay que decir, pero sí mucho que hacer. Tenemos que hacer justicia con muchas personas —hablaba nerviosa paseando por la sala—. En primer lugar, como bien dice la letrada, con esos niños. Sus nombres, porque tienen nombres —habló emocionada— son..., eran Lucinda y Enrique Guzmán, de ocho y diez años, respectivamente. Estos datos nos han sido facilitados por la Fiscalía mexicana cuando les hicimos llegar esta grabación. Niños que habían sido vendidos por su madre drogadicta, con la promesa de que iban a ser adoptados por una familia y llevar una vida mejor. —

Guardó unos segundos de silencio intentando controlar sus emociones—. No debo hablar de las otras causas que usted tiene abiertas, pero sí le diré que tiene muchas cuentas pendientes y mucho por lo que pagar. Tenemos que hacer justicia con Julia Torres Rey para que ella, y muchas mujeres como ella, confíen en que, si acuden a nosotros, serán escuchadas. Tampoco nos vamos a olvidar de aquellos que, con sus mentiras, intentaron defender lo indefendible y negar lo evidente —al decir esto miró directamente hacia donde estaba Carlos cuya silla volvía a crujir de nuevo—. Por todo ello, la Fiscalía pedirá la retirada de los cargos que pesan sobre Julia Torres Rey por los delitos de perjurio, falso testimonio, injurias y calumnias.

Un descabezado abogado que ya había dejado de ser aspirante a... poco pudo decir.

—No reconocemos la valía de las pruebas presentadas, nos negamos a reconocer su valor legal.

—Señor letrado —interrumpió visiblemente nerviosa la jueza—, no quiero que nos haga perder más tiempo con este tema. Durante la fase de instrucción ha tenido tiempo de sobra para comprobar o no la autenticidad de las pruebas que se presentaban contra su cliente. ¿Tiene algún documento, informe o algo que demuestre que tiene razón?

—No, pero...

—Pues nosotros, por nuestra parte, sí —volvió a interrumpirlo—. Como ya se ha dicho, aquí se ha trabajado con la mayor seriedad posible. Las pruebas presentadas han sido escrupulosamente examinadas y todos los informes, tanto internos como externos, coinciden en que no se aprecian signos de manipulación alguna. La voz del señor Castillo está ahí, su imagen también y no es fruto de ninguna conspiración y mucho menos de una manipulación. Evidentemente, su cliente se ha deshecho de todo aquello que le podía perjudicar, como su teléfono móvil y su ordenador, pero eso no invalida la autenticidad de lo aquí expuesto. También le recuerdo

que desde la Fiscalía de Río de Janeiro nos han enviado mucha documentación en la que aparece el señor Castillo como responsable y, en algunos casos, cómplice de una larga serie de delitos. Allí también se ha comprobado la autenticidad de dichas pruebas y estas han sido claves para la detención de algunos de sus más directos y selectos clientes —habló con sorna.

Su nerviosismo era más que evidente y, cada vez que la melena le caía hacia delante, la sacudía con rabia hacia atrás. Miró fijamente a Castillo, que, desprovisto de toda su pompa y boato, no era más que lo que había sido siempre; un completo hijo de la gran puta. Él seguía con la mirada perdida y con gesto ausente. La jueza cruzó las manos y las posó sobre los papeles que tenía sobre la mesa. Tragó saliva y aprovechó para ordenar sus emociones y dejarlas a buen recaudo.

—No tengo palabras que puedan expresar lo que siento ante lo que aquí se acaba de ver y de oír. No tengo palabras para calificarlo a usted, a Adolfo Gutiérrez, a Esteban Cruz y a otros muchos nombres que aparecen en este endiablado y asqueroso asunto. No puedo entender cómo alguien puede cometer semejantes aberraciones y al minuto siguiente estar tomándose una copa o durmiendo tranquilamente. Créame, señor Castillo, usted y sus amigos me han dejado sin palabras. —Paró nuevamente de hablar y miró pensativa a sus manos. Podría asegurar que todos estábamos aguantando la respiración, y yo ya no recordaba la última vez que había parpadeado. Levantó la vista y lo volvió a mirar fijamente. Su expresión se endureció y se recostó en su silla para encararlo mejor.

»Pero —prosiguió con voz firme—, ante la ausencia de palabras tenemos la existencia de leyes. Y, créame, se las voy a aplicar. —Cogió aire y todos nosotros también—. Decreto prisión incondicional y sin fianza para el señor Castillo a la espera de mi veredicto que, respecto al caso que hoy nos ocupa, no tengo la menor duda de cuál va a ser. Asimismo le comunico que será juzgado por varios delitos muy graves que aquí se han conocido gracias a las pruebas presentadas por la abogada de la señora Levi. Le informo que todas

sus cuentas serán embargadas y todos sus bienes confiscados, estén donde estén, para poder hacer frente a las numerosas indemnizaciones aquí, en Brasil y en México. También le informo de los distintos juicios que tendrá que afrontar en esos países por los delitos allí cometidos o por su colaboración en otros. —Volvió a callar y con gesto dubitativo nos miró a Joseph y a mí.

»Algunas veces, a los jueces se nos plantean casos que nos desbordan, tanto a nivel legal como a nivel emocional. Para mí, este es uno de ellos. Como juez, lo único que puedo y debo hacer es aplicar la ley con la mayor justicia posible, sin que mis sentimientos influyan de una manera u otra. Espero que las penas que aquí se impongan, tanto en este juicio como en los que quedan por llegar, les parezcan medianamente justas por el daño recibido, tanto a nivel penal como económico. Siento por lo que han tenido que pasar y espero que algún día, más pronto que tarde, todas estas personas queden completamente fuera de sus vidas. —Noté cómo al abrazo de Joseph se hacía más fuerte mientras yo rompía a llorar.

»Por cierto, señor Sánchez —continuó hablando hacia donde estaba Carlos cuya silla dejó de crujir al instante—, como ya le ha dicho la fiscal, tendrá que enfrentarse a un delito de perjurio y violación del secreto profesional, con todo lo que ello conlleva. Espero que le haya valido la pena, aunque se me escapan las razones para que haya cometido semejante estupidez. Por favor —continuó dirigiéndose hacia los dos policías que aparecieron por la puerta—, llévense al señor Castillo.

No sé si su intención era decir algo más, pero el estruendo de la silla donde estaba sentado Tomás nos sorprendió a todos. Salió disparada hacia atrás y, de repente, todo fue un caos. Lo vi venir hacia mí y me quedé petrificada, pegada a mi silla y, como en otras ocasiones, todo pasó a cámara lenta a una velocidad increíble. Lo vi mover la boca, gritándome, pero era incapaz de enterarme de lo que decía; Asun, con la boca abierta, supuse también que gritando algo a los policías que se acercaban por mi derecha; Alberto levantándose de la mesa y desparramando todo por el suelo... Sin

embargo, yo solo lo veía a él, acercándose a mí con los ojos llenos de odio y expresión de loco... Hasta que Joseph se levantó, me cogió y se interpuso entre él y yo. Oí un crujido y esa vez sí que sentí sus gritos, parpadeé y volví a la realidad. Castillo estaba tirado en el suelo y los policías lo estaban intentando reducir. Con sus brazos hacía enormes aspavientos mientras de su nariz, totalmente torcida, manaba un chorro de sangre.

—¿Estás bien? —me preguntó Joseph, preocupado.

Lo miré sorprendida. Estaba tremendamente pálido y sus rasgos parecían haber cambiado por completo. Su nariz parecía haberse afilado y sus ojos se habían convertido en una fina línea al igual que sus labios. Me fijé en su frente.

—¿Y tú?, ¿estás bien? —le devolví la pregunta alzando la mano para tocársela.

Me la agarró y me besó los dedos suavemente. Su calma volvió y sonrió levemente.

—Ahora perfectamente —susurró rápido.

—Señora Levi, ¿está usted bien?

La llegada de la jueza nos interrumpió.

—Sí, señora, sí —repetí aún en estado de *shock* .

—Tiene que perdonar este fallo de seguridad, pero...

—¡Me ha roto la nariz! ¡Todo el mundo lo ha visto! —Castillo chillaba como un energúmeno, al mismo tiempo que los policías lo sentaban, ya esposado, en una silla. La sangre seguía manando de su nariz y su ropa estaba toda manchada. Había perdido todo su glamur y toda su entereza. Lloraba y chillaba a la vez, impotente, al ver que a ninguno nos importaba.

—Que venga el médico forense —ordenó la jueza a otro policía que entró ante el escándalo que se había montado.

—¡Usted lo ha visto! —volvió a chillar—, él me rompió la nariz.

Miré a Joseph, preocupada, pero él parecía la imagen de la serenidad.

—¡Señor Castillo! —gritó la jueza—, lo que yo he visto es que usted ha intentado agredir nuevamente a la señora Levi en medio de una oleada de insultos. Que el señor Levi, aunque tardó unos segundos en reaccionar, se levantó para defender a su esposa y su frente impactó de manera fortuita en su nariz. —La jueza miró a Joseph y con calma le preguntó—: ¿Fue así, señor Levi? ¿Verdad que el golpe fue totalmente fortuito?

Mis ojos pasaban de uno a otro sin dar crédito a la situación que estaba viviendo. Joseph le devolvió la mirada y con la misma calma replicó:

—Por supuesto, señoría, todo sucedió de manera fortuita y en defensa de mi esposa.

Miré de reojo a Asún que, pasmada, colocaba el lápiz en su oreja y parecía no acertar con el sitio. Alberto bajó la cabeza y sonrió levemente.

—Bien, perfecto —habló satisfecha—, pues así lo haré constar en mi informe. Señor Castillo, que sepa que este intento de agresión a la señora Levi no hace más que agravar su situación. —Él la miró boquiabierto. Su nariz sangraba menos, aun así, seguía resultando patético. Su abogado y exaspirante a... no había abierto la boca desbordado por todo lo ocurrido—. Por cierto, señor Levi —continuó la jueza volviendo a dirigirse a Joseph, mírese usted ese golpe, se está poniendo algo rojo —observó señalando su frente con el dedo—. El forense también lo examinará a usted por si ha sufrido algún daño.

—Gracias, señorita, pero...

—Así se hará —interrumpió Alberto, hablando por primera vez en esa sala—. Mi cliente será examinado aquí por su forense, pero, en cuanto vuelva a su país, ordenaré un nuevo examen. Nos reservamos el derecho de una posterior demanda en caso de que se considere necesario.

—Y harán muy bien.

La jueza se despidió ignorando la furibunda mirada de Joseph hacia Alberto, la cual él también ignoró.

Capítulo 36

—¡Julia!

Una voz familiar y un abrazo inesperado me sacaron de mi estupor. Pese a ser Joseph el que se había llevado el golpe, parecía yo la afectada.

—¡Doctor Suárez! ¡Cuánto tiempo! —exclamé esbozando una sonrisa—. No me diga que, precisamente hoy, le toca hacer guardia.

—Los recortes, Julia, los recortes, ahora hago más guardias que cuando hice la mili —bromeó pese a poner cara de pena. Una vez al corriente de los hechos un sorprendido doctor Suárez examinó a Tomás, que seguía berreando en una sala contigua. Lo despachó en poco tiempo. Vi cómo se alejaba por el pasillo, esposado y pegando gritos. Cerré los ojos unos segundos para intentar borrar su imagen de mi retina. Suspiré y deseé con todas mis fuerzas no volver a saber de él en toda mi vida.

»¡Dios mío!, ¡cuántas cosas han pasado! —observó mirando con detenimiento las pupilas de Joseph para comprobar cómo reaccionaban a la luz de su linterna.

—Pues sí.

Mi voz sonó cansada y, la verdad, lo estaba. Miré «mi/su» reloj, pasaban algo de las tres de la tarde. Mi estómago parecía una lavadora debía de ser por los nervios, por el hambre o por las dos cosas. Lo cierto es que estaba desando largarme de allí. Ojalá pudiera teletransportarnos y aparecer en nuestra casa, en Río. La echaba muchísimo de menos y nada me unía ya a aquel lugar. Salvo mi amiga Isabel y su familia, nada tenía ya ahí.

—Dudo de que te volvamos a ver por aquí —prosiguió mientras obligaba a un impaciente Joseph a seguir el dedo con su mirada.

—Yo también lo dudo —fue mi lacónica respuesta.

De repente, me sentía agotada. Parecía que todo el peso del mundo me había caído encima y no tenía fuerzas ni para hablar. Debió de darse cuenta porque terminó su examen sin volver a decir ni una palabra.

—Aparentemente todo está bien —empezó a decir al mismo tiempo que escribía su informe—, pero, de todas maneras, ya sabes; si tiene mareos, dolor de cabeza, visión borrosa...

—Ya sé, ya sé —interrumpí impaciente por marcharme—, correr a un hospital.

Me miró con simpatía y me hizo sentir mal. Era un buen hombre y no tenía culpa de cómo me sentía.

—Cuídate, Julia, cuidaos. —Se puso en pie y nos miró a ambos—. Pero sobre todo sed felices, eso es lo más importante.

Al final consiguió emocionarme y salí de allí abrazada por Joseph. Alberto y Asun nos estaban esperando y, de repente, la emoción se me cortó. Sentado en un banco, esperando, estaba Carlos. A su lado, la doctora Rayos y Centellas, aunque cuando me miró en sus ojos no había rastro de ninguno de ellos. Noté cómo Joseph se volvía a tensar. Me apretó más fuerte contra él y masculló algo entre dientes. Él se puso en pie y se acercó a nosotros visiblemente

avergonzado. Joseph se interpuso de nuevo, esa vez sin cabezazo de por medio.

—¿Qué quiere? —le preguntó en un tono alarmantemente bajo. Sabía que en él ese tono era más peligroso que el más estridente de mis gritos.

—Hablar con Julia —contestó sin mirarlo.

Eso ya me molestó. Tenía la fea costumbre de hacer como que Joseph no existía.

—¿Qué quieres? —repetí yo, molesta, poniéndome a la altura de Joseph.

—Hablar contigo a solas —especificó.

—De eso nada. Yo no tengo que hablar nada contigo y menos a solas. Si quieres algo, ya sabes... —Hice ademán de empezar a andar ente su silencio.

—Espera —soltó nervioso—, siento lo que pasó, estaba enfadado contigo por cómo me habías tratado y... —Se rascó la cabeza buscando las palabras con las que seguir hablando—. Si no te hubieras ido, si... —continuó mirando de reojo a Joseph—, si este no hubiera aparecido... La culpa fue tuya porque sabías lo que sentía por ti y pese a todo no quisiste...

No sé en qué punto dejé de escucharlo. No sé si fue por el humo que me estaba empezando a salir por las orejas, por la sarta de imbecilidades que estaba oyendo, por referirse a Joseph como «ese» de manera despectiva, pero de repente toda mi mala hostia salió disparada y movió mi mano. Me mordí el labio y con todas mis fuerzas crucé su cara. Fue tan inesperado que, pese a su considerable peso, trastabilló y estuvo a punto de caerse y el ruido debió de oírse en todo el pasillo porque varias personas volvieron la cabeza.

—Sabes —empecé a hablar extrañamente calmada—, cada vez que Víctor me pegaba me decía lo mismo que tú: «La culpa es tuya por contestarme así, tú no me comprendes...», incluso me dijo que me quería después de tirarme por unas escaleras y provocarme un aborto. Bien, pues te acabo de pegar una hostia porque te la mereces, porque creo que eres igual que Víctor o el hijo de puta de tu amigo. —A medida que hablaba me iba enfureciendo cada vez más. Me acerqué a su cara y lo apunté con mi dedo—. Ojalá me hubieras dicho que Castillo te había amenazado, pero, después de todo esto, ¿me vienes hablando de amor? —le solté con rabia—. No tienes ni idea del significado de esa palabra. Yo sí y él también. — Señalé a Joseph, que me miraba orgulloso.

—Julia... —balbuceó con la mano aún en la cara.

—Quítate de delante, no quiero volver a verte en toda mi puta vida.

Hablé casi en un susurro y con mi dedo en su pecho lo empujé ligeramente. Joseph me volvió a abrazar y empezamos a andar entre unos asombrados Alberto y Asun. Me temblaban algo las piernas, pero estaba feliz por lo que había hecho. Respiré libre, profundo y tuve la sensación de que a mi paso todas las puertas con las que nos íbamos cruzando se abrían para volver a cerrarse definitivamente.

—Os voy a tener miedo —bromeó Asun cuando salíamos del juzgado. La miré y le devolví la sonrisa. Se acercó y me habló al oído—: Julia, estoy muy orgullosa de ti y de Joseph también.

«Otro gran paso para la humanidad», pensé. Conseguir que Asun nos empezara a tutear.

Cuando salimos eran casi las cuatro de la tarde y mi estómago ya libre de los nervios empezaba a rugir. Hasta el sol, por fin, había salido y hacía un calor reconfortante. Cuando llegamos al restaurante Isabel nos estaba esperando hecha un manojo de nervios ante la tardanza. La puse rápidamente al corriente y, con la boca abierta por lo sucedido, empezamos a comer. Como siempre,

la comida deliciosa y el postre espectacular y todos la paladeábamos con deleite. Isabel y John se fueron a preparar los cafés y nos quedamos los cuatro en la mesa. Alberto y Asun hablaban entre ellos y se intercambiaban papeles y miradas.

—Te digo que esos dos están liados —susurré lo más bajito que pude para que no me oyeran. Por toda respuesta, Joseph puso los ojos en blanco y torció el gesto—. Voy a ganar yo —insistí desafiante.

Me miró sonriendo, disfrutando del momento. Me lanzó una de sus únicas miradas besando las puntas de mis dedos. Si antes era mi estómago el que rugía entonces le tocó hacerlo a mi vientre y mis labios (y no precisamente los de la boca) empezaron a batir palmas.

—Eso ya lo veremos —susurró él, desafiante—, pero en todo caso creo que lo voy a disfrutar plenamente.

—Por cierto, tenemos que comentaros algo. —La voz de Asun nos sacó de nuestra nube erótica en la que estábamos subidos—. Estoy esperando un hijo de Alberto y vamos a casarnos.

Durante unos instantes solo pudimos atender a Joseph. Su nariz parecía una fuente del agua que salía por ella y tosió tanto que pensé que iba a echar los pulmones por la boca.

—¡Enhorabuena!, ¡qué sorpresa! —exclamé aguantando la risa—. No sabéis lo contenta que estoy.

Los abracé efusivamente mientras Joseph paraba de toser. Alberto lo miraba preocupado, pues su reacción era muy importante para él.

Joseph, ya recuperado de su casi ahogamiento, lo abrazó efusivamente.

—No sabes lo que me alegro por ti, por los dos, bueno, por los tres —corrigió contento.

—Asun se quedará hasta que este tema quede resuelto y después se vendrá para allá y nos casaremos.

Nunca había visto así a Alberto. Estaba radiante, feliz, orgulloso. Los miré sonriendo. Él le tocó la barriga y cuando vio que lo estaba mirando lo noté violento. Le hice un guiño cómplice, tenía tantas cosas buenas en mi vida que ese tema cada vez me importaba menos.

—Aún no sabemos lo que va a ser.

—Niño —solté repente, sin darle tiempo a Asun a reaccionar.

—De momento no lo sabemos —insistió feliz.

—Si Julia dice que es niño, lo será —le aseguró Joseph, que ya había decidido dejar de dudar de mi ojo clínico.

—Pues sí —repetí segura—, será niño.

Confiada, dejé que la deliciosa *mousse* de chocolate en forma de barco se deslizara por mi garganta y endulzara tan bonito momento. Tras lágrimas de despedida con mis amigos y, con la firme promesa de volvernos a ver fuera como fuese, volvimos a nuestro hotel. Habíamos quedado a cenar con Asun y Alberto. Nos íbamos al día siguiente y en mi opinión era mejor dejarlos solos. Por eso me extrañó la insistencia de Joseph en hacer lo contrario. Yo y mi fabuloso sentido de la orientación no nos dimos cuenta de que no íbamos hacia el hotel hasta que vi cómo Joseph se detenía en un precioso pueblo, Puerto de Mogán.

—Pero, Joseph, esto no es el hotel.

—¿No me digas? —preguntó abriendo aún más sus enormes ojos con una sonrisa iluminando su cara.

—¿Qué hacemos aquí?

Estaba cansada y lo único que quería era una ducha reconfortante y poder tumbarnos un rato al sol, pero no, allí estábamos, metiéndonos por calles repletas de turistas hartos de sol y de playa. Mi asombro fue mayor cuando comprobé que nos dirigíamos hacia una iglesia. La de San Antonio, según figuraba en los carteles de señalización. Íbamos cogidos de la mano, en silencio, Joseph con gesto relajado, y yo con cara de no enterarme de nada. En su fachada principal un reloj marcaba el paso del tiempo. Eran casi las seis y media de la tarde. El calor no conseguía atravesar sus muros y dentro se estaba más fresquito. Con la boca abierta admiré el hermoso artesonado de madera labrada de su techo y la belleza de las imágenes de San Antonio de Padua y de la Inmaculada Concepción. Me acordé de mi abuela y no pude evitar emocionarme, le tenía especial devoción a esa Virgen. Nos sentamos en la primera bancada que vimos, envueltos en el más absoluto de los silencios. Joseph, serio, miraba al frente, y yo seguía sin saber qué estábamos haciendo allí. Me agarró de la mano y...

—Yo, Joseph Levi, te tomo a ti, Julia Torres Rey, como mi legítima esposa. Prometo amarte, respetarte y desearte todos los días de mi vida. Te seré siempre fiel, te protegeré y te cuidaré más que a mí mismo. Lloraré y reiré contigo. Tus sueños serán mis sueños y estaré siempre a tu lado. Tu tiempo será mi tiempo, ni un segundo más.

Hablaba en voz baja, serio, sereno y sin vacilación, ¡había repetido sus votos!, en aquella iglesia, ante un Dios que poco se había preocupado por él. Mi conocido nudo se instaló en mi garganta mientras se me llenaban los ojos de lágrimas. Cuando terminó, besó mi alianza y me miró con los ojos llenos de amor. Unos lagrimones consiguieron caer, al fin, y tuve que tragar saliva varias veces para, después de tomar su mano, poder hablar:

—Yo, Julia Torres Rey, te tomo a ti, Joseph Levi, como mi legítimo esposo. Prometo hacer de ti el hombre más feliz del mundo, cuidándote, queriéndote y deseándote todos los días de mi vida. Prometo serte fiel y leal en todo momento. Apartaré de ti el

sufrimiento y te protegeré de todo mal. Siempre estaremos juntos y prometo no separarme de ti, jamás, ni en esta vida ni en otra, si la hubiere.

También hablé firme y sin vacilación, repitiendo, al igual que él, punto por punto y palabra por palabra, lo que no hacía mucho tiempo ambos nos habíamos prometido. Al acabar besé su alianza y, pese al lugar o precisamente porque ese era el lugar, nos besamos dulcemente. Creí estallar de felicidad y todo lo pasado, aún lo más reciente, pasó a estar a miles de años luz de distancia. Salimos de nuevo y el sol se estaba poniendo. Abrazados, en silencio. Todo volvía a ser perfecto.

—Quizás sea ese Dios el culpable de que ahora tú y yo estemos aquí. Tenía que agradecerse.

Estábamos de vuelta en el coche y pese a mi silencio adivinó mi interrogante. No pudo dar mejor explicación. Me abracé a él con tanta fuerza que casi salimos disparados del coche, no quería que me viera llorar más, aunque fuera de felicidad.

Capítulo 37

Estábamos en nuestra habitación del hotel, al llegar, me desnudé y me fui derecha a la ducha. Me apoyé con las manos en la pared, cerré los ojos y dejé que las finas columnas de agua cayeran sobre mi piel y barrieran el más mínimo rastro que pudiera haber quedado de la mierda que habíamos tenido que soportar por la mañana. A los cinco minutos noté a Joseph también bajo el agua, pegado a mí.

—Has tardado mucho —protesté mimosa.

—Tuve que hacer unas llamadas —se excusó abrazándome por detrás. Noté su cálida piel, su corazón latiendo tranquilamente y sus labios deslizarse por mis hombros. Cerré los ojos de nuevo y respiré hondo, satisfecha, relajada.

—¿Ya has...?

No tuvo necesidad de acabar la pregunta. Noté su sonrisa en mi nuca, justo encima de «mi/su» tatuaje.

—Pues sí, eso pasa por tardar tanto —bromeé yo también.

—Le ruego me perdone, señora Levi, le aseguro que no volverá a pasar. —Me giró y, riendo, nos abrazamos bajo el agua. Nuestros labios se unieron bajo la fina lluvia y húmedos, como nuestras lenguas, se negaban a separarse. Me miró a través de sus largas pestañas mojadas y sus ojos volvían a ser ese pozo sin fondo por el que no me importaba caer—. Te quiero, lo sabes, ¿verdad? —preguntó acariciando mi cara mojada.

—Lo sé, pero yo te quiero más, lo sabes también, ¿verdad? —Levanté mis ojos y entre la fina cortina de agua vi sus labios acercándose a los míos—. Gracias por defenderme una vez más —murmuré volviéndolo a besar.

—De nada; por ti, lo que haga falta y más. Su voz cambió de matiz y su cuerpo también.

—Ya. —Para su sorpresa me separé de él—. Pero eso no te exime de que hicimos una apuesta y te recuerdo que la has perdido.

Ladeó la cabeza de esa manera tan suya y su cara exhibió esa sonrisa deliciosamente escalofriante. Apoyó sus brazos en la pared, a ambos lados de mi cara.

—¿Y qué ha discurrido esa cabecita? —murmuró sobre mi boca.

—Aún no lo sé, pero tendré tiempo de pensarlo durante la cena.

Le estampé una sonora palmada en el culo y al final conseguimos salir de la ducha. Perezoso, se tumbó en la cama, boca abajo, mientras yo pensaba qué ponerme. Así podía ver su espalda, algo que solo yo podía hacer. No dejaba de fruncir el ceño cada vez que

veía esas cicatrices porque todas ellas eran, de una forma u otra, fruto de la más pura y simple maldad. Me seguía impresionando cómo, de todo aquello, había podido salir la persona tan maravillosa, que en ese momento dormitaba cerca de mí.

—Deja de mirarme, no creo que sea tan interesante —habló con los ojos cerrados.

El bonito vestido que tenía en la mano salió disparado mientras yo saltaba en la cama y me sentaba a horcajadas sobre su culo. Eso hubiera sido impensable no hacía mucho y, menos aún, que mis labios se deslizaran sobre su espalda como lo estaban haciendo entonces. Un gemido de placer salió de su boca, pero no sé movió. Había descubierto que le encantaba que le besara, mimara y acariciara su espalda, creí que era así para intentar recuperar el tiempo perdido.

—Tú eres siempre interesante, siempre —le dije entre beso y beso — y, hablando de algo interesante, tenemos que bajar a cenar — recordé.

Mi tono de fastidio me delató. Seguía sin entender para qué tanta insistencia en quedar con ellos. Nos íbamos al día siguiente y lo lógico hubiera sido dejarlos tranquilos y solos. Pese a todo me esmeré en arreglarme. La ocasión lo merecía, por ellos y por nosotros. Con lo de ese día, nosotros por fin podíamos dar el ansiado y definitivo carpetazo a un sinfín de personajes que, de una manera u otra, habían condicionado nuestro pasado, pero no lo iban a hacer con nuestro futuro. Ellos, Alberto y Asun, al contrario. A partir de entonces todo su futuro se vería condicionado por la aparición de un nuevo y maravilloso personaje. Me decidí por el mono que había llevado en nuestra luna de miel. Me traía unos recuerdos fabulosos. Un favorecedor bronceado, un poco de rímel y mi media melena que brillaba como nunca hizo el resto. Él, para variar, guapísimo. Se decantó por una camisa de cuello mao en azul que le quedaba de maravilla, con unos pantalones negros. Sus zapatos negros y de cordones, impolutos, como siempre. Yo, con unas bonitas sandalias se cuña y, por supuesto, el collar.

—Después me pintas las uñas. —Levantó una ceja sorprendido—. Es parte de la apuesta que perdiste —expliqué cuando, coqueta, me perfumaba.

Se acercó a mí y me abrazó por detrás. Su nariz se deslizó por mi cuello olisqueando mi piel.

—Será un placer —ronroneó suavemente en mi oído.

Todo mi vello, y digo todo, se erizó.

Al final tenía que reconocer que la cena resultó estupenda. Todos la disfrutamos, relajados y doblemente felices. Asun estaba muy guapa, al igual que Ana, la maternidad le proporcionaba una luz especial que parecía resaltar más que nunca y, como a Ana, le daba por comer por dos. Todo lo que quedaba en mi plato desaparecía en el suyo tras un cortés: «¿Puedo?». En esos momentos estábamos en la terraza del hotel, frente al mar. La noche había quedado espléndida y todos estábamos bien. Me gustaba ver al nuevo Alberto, cariñoso, amable, solícito, pendiente de Asun en todo momento. En una palabra: enamorado.

—¿Tienes aquí mucho trabajo pendiente?

Joseph le hizo la pregunta a Asun, que, en ese momento, tenía la boca llena por los bombones que estaba comiendo sin parar.

—No, la verdad, no mucho —habló cuando consiguió liberar su boca del chocolate—. Cuando supimos... esto... —Se palpó la barriga—. Y ya tomamos la decisión, fui resolviendo los casos que tenía pendientes y lo demás ya se lo fui pasando a una colega amiga mía. En realidad, ahora tengo pendiente lo vuestro más la denuncia que mañana interpondré contra el doctor Sánchez. Vamos, si queréis...

—Por supuesto —atajé—, que se joda, por capullo y por imbécil. —Solo de pensarlo me volvía a cabrear.

—¿Cuánto crees que te puede llevar todo esto? —volvió a preguntar un pensativo Joseph.

—No sé, quince días, veinte a lo sumo. Quiero esperar por la sentencia.

—Bien, pues arregladlo todo de tal manera que no tengamos que volver aquí —pronunció Joseph, irritado, y su mirada se ensombreció por unos segundos.

—Ya lo estuvimos hablando y no hay problema —intervino Alberto—. En todo caso, nos seguirán llegando las notificaciones necesarias y, si hace falta, su colega se encargará aquí de todo. Así no tendréis que volver, por lo menos por estos motivos.

—Estupendo —soltó Joseph—. ¿Y allá? ¿Tenemos algún tema pendiente?

Lo miré intrigada y mosqueada con tanta pregunta.

—¿Judicial o de la empresa? —preguntó un también mosqueado Alberto.

—De todo.

—Pues judicial, nada. Bueno —rectificó—, salvo que decidas hacer lo de las pruebas de ADN.

Joseph levantó la mano pensativo.

—Eso puede esperar, después de tanto tiempo, un poco más no importa —contestó más para sí mismo que para los demás.

—Pues salvo los asuntos de diario... —Alberto se quedó en silencio pensando por si se le escapaba algo.

Joseph también se mantuvo callado unos segundos y frunció el ceño.

—Está pensando —vocalicé a una intrigada Asun, que desde lo del ADN se había quedado completamente descolocada.

—No la dejes sola —fue su lacónica respuesta.

Los tres lo miramos sin acabar de entender, y entonces la que ladeé la cabeza fui yo.

—Espera aquí a que ella acabe y volved juntos los dos —explicó con la cabeza apoyada en su mano.

—Gracias, Joseph —respondió emocionado Alberto cuando reaccionó.

—No me fío de esta gente —razonó serio—. Son todos iguales, estén donde estén. Vendréis para nuestra *suite* hasta que os vayáis y ya solicité al hotel una persona para vuestra seguridad.

Hasta Asun se quedó sin palabras. Se notaba en su cara que no estaba bromeando. La atmósfera relajada desapareció y la tensión volvió a nuestras caras.

—Joseph, la verdad, no creo... —empecé a decir, pero me callé ante su gesto de enfado.

—¿No te acuerdas de lo que pasó hoy?, ¿crees que se van a quedar quietos acatando lo que la justicia decida? —gritó más que preguntó.

—Entonces, ¿esto nunca se va a acabar?, ¿nunca vamos a poder vivir tranquilos? —Mi tono de voz delató la angustia que de pronto sentía y lo hizo reaccionar. Su mirada se dulcificó y agarró mi mano.

—Sí, Julia, sí, claro que vamos a poder vivir tranquilos, te lo aseguro, pero eso llevará un poco más de tiempo. —Antes de poder seguir preguntando una sonrisa iluminó su rostro—. Venga, vamos a dejarnos de tonterías. Tendréis unas vacaciones pagadas, más que merecidas. Y nosotros también.

—¿No volvemos a casa? —pregunté intrigada.

Me miró sonriendo. Le gustaba oírme hablar de nuestra casa.

—Pues, claro, pero antes quiero hacer una parada. —Sorprendida, fruncí el ceño, sabía que odiaba volar, pero su tosecilla y carraspeo me indicaron que lo mejor que podía hacer, en ese momento, era no seguir preguntando—. Quiero ver el lugar... —Su voz se quebró de la emoción.

No me hizo falta preguntar nada más. Lo besé emocionada mientras Alberto y Asun se mantenían en un discreto silencio.

—Venga, vamos a brindar —opté por decir para salir de aquel complicado momento—. Por nosotros, por nuestros seres queridos, para que estén siempre a nuestro lado, y por Alberto junior —rematé.

Nuestras tazas de café entrechocaron ligeramente.

—¿Qué es eso del ADN? —me preguntó Asun, que se notaba que le estaba dando vueltas al tema en su cabeza.

Estábamos saliendo del comedor. La miré y puse los ojos en blanco.

—Que te lo explique Alberto, pero te advierto que os va a llevar toda la noche —bromeé lúgubre.

Y así, dejando a una curiosa Asun acribillando a preguntas a un sufrido Alberto, nos fuimos a nuestra habitación.

Una vez de vuelta, nos abrazamos y nos besamos lenta, dulce y apasionadamente.

—Tengo que pintarte las uñas, ¿no? —preguntó ronco con sus labios sobre mi cuello.

—Joseph, lo de la apuesta es una broma, no hace falta... —Ya no estaba tan segura de lo que quería hacer.

Me silenció con un beso.

—Yo siempre cumplo mis promesas y más cuando son de este tipo —susurró mordisqueando el lóbulo de mi oreja.

—Algún día te vas a tragar mis pendientes —le dije, como en más de una ocasión.

—Tranquila, hay más —era siempre su respuesta.

Me miró a la espera, desafiante. Ladeé mi cabeza y lo miré sonriendo.

—Vale, desnúdame —ordené. Solo un leve parpadeo me indicó su agitación—. Despacio, sin prisa —proseguí.

De pie, miré cómo se quitaba la ropa que en cinco minutos estaba en un montón en el suelo. Totalmente desnudo estaba impresionante. Había vuelto a ganar algo de peso y sus ejercicios de krav magá lo mantenían en una forma estupenda. Me acerqué a él y con la punta de mi dedo índice recorrí los músculos de su pecho y abdomen. Noté cómo su respiración se aceleraba a medida que iba bajando.

—Desnúdame —ordené.

Sonrió e hizo ademán de besarme. Eché mi cabeza hacia atrás.

—Solo desnúdame —repetí mirándolo fijamente.

Lo bueno de llevar el collar puesto era que poca ropa había que quitar y dejando caer el mono a mis pies acabó su faena. Solamente con mis sandalias puestas, me senté en el sofá.

—Píntame las uñas.

Obediente, fue al cuarto de baño y volvió con mi esmalte color porcelana. Lo agitó suavemente entre sus manos, pero me daba la sensación de que, si lo llega a mirar detenidamente, podría prender

fuego el esmalte. Completamente desnudo se arrodilló a mis pies. Despacio desabrochó ambas sandalias y me las quitó. Volví a acordarme de Cenicienta, solo que esa vez el príncipe en vez de probarle el zapato se lo quitaba.

¿Puedo? —preguntó acercando sus labios a ellos.

Iba a decirle que no, pero la Julia odalisca se me adelantó.

—Sí.

Cerró los ojos y, con reverencia, posó sus labios sobre el empeine de cada pie, parándose un momento a respirar, oliendo mi piel. Él no me vio, pero un hormigueo subió por mis piernas directo a mi entrepierna, que ya aguardaba impaciente, y tentada estuve de mandar el puto esmalte a la mierda. Me pintó las uñas en silencio, con calma, concentrado y relajado.

—¿Es de secado rápido? —fue su única pregunta durante el proceso.

Nunca me lo hubiera imaginado haciendo esa pregunta y, mucho menos, en ese contexto.

—Pues claro que sí —respondí aguantando la risa—. Llévame a la cama —pedí más que ordené. Me cogió en brazos y me depositó en ella con suavidad—. Coge esa silla y siéntate.

Así lo hizo. Dejó caer sus brazos en el reposabrazos de la silla y tentada estuve de atarlo, pero dadas sus experiencias no lo consideré oportuno.

Lo miré indecisa. Había empezado un juego que me daba vergüenza proseguir. Pero la Julia odalisca me hizo un regate, se adelantó de nuevo y se hizo con el mando.

Sentada en la cama, frente a él, me empecé a acariciar el cuerpo sin dejar de mirarlo, como me había pedido más de una vez. Abrí un

poco las piernas y mi sexo quedó completamente expuesto.

Vi cómo sus manos se crispaban sobre el reposabrazos y se inclinó hacia delante. Si extendía el brazo podía tocarlo y así lo hice. Extendí mi mano.

—Chupa —ordené acercando mi dedo corazón a su boca. —
Entreabrió su boca y cerró los ojos, mientras su lengua recorría mi dedo corazón, que se comunicó con su homólogo y empezó a aumentar la frecuencia de sus latidos. Un hormigueo se adentró en mi vientre y un leve gemido se escapó de mi garganta. Abrió los ojos rápidamente y parecían dos bolas de fuego negro. Metí el dedo, mojado con su saliva, en mi sexo y me acaricié el clítoris que estaba a punto de reventar.

»Chupa —ordené de nuevo, acercándole el dedo empapado en mi sabor. —Entonces el que gimió fue él y paladeó mi dedo como si le fuera la vida en ello. Estaba tan excitado que su miembro parecía ir a saltar sobre mí en cualquier momento. Volví a acariciar mi clítoris hasta que una descarga de placer me derrumbó sobre la cama. Él no se había movido de la silla, pero todo su cuerpo me llamaba a gritos.

»Ven, tumbate —conseguí decir cuando mi agitada respiración me lo permitió. —Me hubiera podido columpiar en su pene de lo tieso que estaba. Con respiración agitada, se tumbó, y yo me senté a horcajadas sobre él—. No me toques, de momento —advertí.

Se agarró a la colcha con las manos y yo introduje su pene en mi sexo. No me senté del todo, me mantuve a medio camino y me movía despacio aguantando los tiempos.

—Julia, por favor —suplicó entre gemidos. Cuando lo veía a punto de estallar, paraba y eso lo estaba volviendo loco. Además, estaba deseando poder tocarme y se aguantaba a duras penas. Aquella situación me estaba superando y Julia, la odalisca, ya estaba medio inconsciente en la cama, extenuada—. Julia, por favor —volvió a suplicar mientras tensaba su cuerpo.

Tenía blancos los nudillos de tanto que se aferraba a la colcha para no agarrarme. Su cuerpo y su cuello se curvaban con cada movimiento mío, que lo dejaba a medias, y su respiración, como la mía, cada vez era más entrecortada.

—Abrázame —pedí incapaz de aguantar más.

Fue oír esas palabras y se levantó como un resorte. Se abrazó a mí con tal fuerza que parecía querer incrustarse en mi cuerpo. Su miembro se introdujo totalmente, de un golpe seco, en mi interior y de ambos salió un ronco grito que se unió al provocado por las oleadas de placer que a ambos nos sacudían, una y otra vez, en un orgasmo casi doloroso por su intensidad. Mientras, frenético, me besaba boca, cuello, hombros hasta que las olas descargaron toda su furia y nuestros cuerpos recuperaron la calma. Se dejó caer conmigo encima y, con mi cabeza en su pecho, podía oír los fuertes latidos de su corazón que poco a poco iban recuperando la calma. Sus brazos me mantenían abrazada, y yo me sentía segura, feliz y agotada.

—Nos vamos a quedar dormidos así —hablé ya medio adormilada.

Noté su sonrisa en mi pelo y cómo tiraba de la colcha para taparnos. Ni me moví.

—Echo de menos tu pelo alborotado. —Oí a punto de dormirme.

—Yo también. Buenas noches, mi niño —conseguí pronunciar.

—Bien, buenas noches, mi niña.

Besé su pecho, donde latía su corazón y lo sentí suspirar feliz.

Capítulo 38

—Tenemos que comprar ropa de abrigo —fue lo primero que dije al acabar de aterrizar.

El avión de su empresa estaba maniobrando, pero solo con mirar por la ventanilla me di cuenta de que lo íbamos a necesitar con urgencia. Si yo podía estar acostumbrada el frío, desde luego él no. Aún sin salir de él, se estremeció. Había notado que a medida que nos acercábamos a nuestro destino las sombras parecían haberse adueñado en la cara de Joseph y los fantasmas de su pasado volvían a pulular a nuestro alrededor. Habíamos dejado atrás a unos felices Asun y Alberto cómodamente instalados en nuestra *suite* y seguramente, en ese momento, disfrutando de una agradable cena en el amplio comedor envueltos en una cálida atmósfera. Donde nos encontrábamos, de cálida tenía poco. Eran las siete de la tarde, pero parecía noche cerrada, hacía frío y una ligera, pero fría, lluvia contribuía a enfriar aún más nuestro ánimo. En silencio, nos metimos en el coche y debió de ser la primera vez que puso el climatizador a tope para conseguir entrar en calor. Físicamente, el problema se solucionó a los cinco minutos, anímicamente iba a ser imposible. Miré su perfil mientras conducía. Iba serio y concentrado, pero, sobre todo, triste. Sabía Dios el tiempo que llevaba queriendo hacer aquello, pero me gustó tener el privilegio de poder compartir este momento con él.

—Mi última puerta —fue su lacónico comentario al notar mi mirada.

—Creo que aún no. —Suspiré—. Pero, de todas maneras, la cerraremos juntos —respondí acariciando su mano.

Me miró brevemente y frunció el ceño. No sabía lo que había querido decir, pero lo tranquilicé con una leve sonrisa y no preguntó más.

Afortunadamente, el hotel tenía varias tiendas de ropa y, antes de subir a nuestra habitación, nos fuimos de compras. No necesitábamos mucho. Solamente íbamos a estar el tiempo estrictamente necesario y donde vivíamos teníamos muy pocas posibilidades de necesitar ropa de tanto abrigo. Compramos rápido y bien, como a mí me gustaba. Joseph no estaba de humor para elegir y se dejó aconsejar por mí. Me decidí por una trenca de lana en color azul marino, ligera, pero muy abrigada, un jersey negro de cuello subido también de lana, un par de calcetines más gordos, una esponjosa bufanda y unos guantes. Para mí escogí un chaquetón tipo tres cuartos con capucha y todo forrado de piel, sintética, por supuesto. Al igual que él, escogí un jersey negro de cuello subido, guantes, bufanda y calcetines. Ambos completamos nuestro atuendo invernal con unos zapatos tipo botín que valían para el agua, negros y de cordones, prácticamente iguales.

—Parece que vamos al Polo.

Su voz sonó irritada, y yo sabía por qué, como también sabía que prácticamente no iba a cenar, que esa noche apenas dormiría, tendría pesadillas y que su carraspeo y tosecilla iban a estar, mientras estuviéramos allí, en su máximo esplendor. Nos levantamos temprano después de una noche plagada de pesadillas. Ante mi insistencia, tomamos un café. Eran las siete y media de la mañana cuando salimos del hotel, hacía un frío espantoso y caían pequeños copos de nieve. Lo que en otro momento hubiera podido ser un motivo de alegría, sobre todo para él, entonces solo consiguió añadir un toque más de innecesaria realidad. Bajamos del coche y, en el más absoluto de los silencios, nos dirigimos hacia aquel lugar. Apenas podía ver la cara de Joseph. Tapada por la capucha y la bufanda, solo la nariz y los ojos estaban a la vista. Pero el rápido y continuo movimiento de sus largas pestañas me decían cómo se sentía. Me agarraba la mano con fuerza y tenía la certeza de que, incluso con los guantes puestos, sus manos estaban tan heladas como las mías. Enterré mi cabeza en la bufanda; pese a ir bien arrebujados, el frío parecía haberse instalado en el fondo de nuestras entrañas. Abrazados, sin nadie

más a nuestro alrededor, parecíamos dos fantasmas y solo el vaho de nuestros alientos indicaba que bajo el montón de ropa había dos personas. Cuando me vi ante esa puerta me paré en seco, con el corazón a punto de salirme por la boca. Miré a Joseph y vi, a pesar de llevar la capucha puesta, que tenía el ceño tremendamente fruncido. Noté cómo su mano se retorció, inquieta, por un escalofrío que se juntó con el leve suspiro que se le escapó. Quería poder abrazarlo y que nada de lo que nos rodeaba lo pudiese afectar, pero eso era imposible. Tenía que cruzar aquella puerta y enfrentarse a lo que todo lo que eso le supusiera para después poder cerrarla.

Estábamos ante el acceso a la entrada principal del campo de concentración de Dachau, donde una parte de su familia había desaparecido. En ese momento supimos que la puerta de entrada, con la famosa inscripción «El trabajo os hará libres», había sido robada. Noté cómo apretaba mi mano con fuerza, preso de un gran nerviosismo. Un hombre nos franqueó la entrada tras unas breves palabras con Joseph. Hablaron en inglés, pero pude saber que esperaba nuestra visita. Quiso acompañarnos, sin embargo, Joseph insistió en hacer el recorrido a solas. Torció un poco el gesto, aunque, ante la succulenta propina de Joseph, se alejó.

—Si necesitan algo, estoy aquí. —Desapareció en el interior de una pequeña oficina.

Creo que los dos respiramos hondo antes de entrar y cuando lo hicimos fue como si, de repente, hubiéramos retrocedido en el tiempo. Me vi rodeada de cuerpos desnudos, hambrientos, aterrorizados, ateridos de frío e incrédulos ante su destino. Una oleada de pavor inundó mi cuerpo y me llevé la mano a la boca para ahogar el sollozo que pugnaba por salir. Me costaba respirar ante el vago horror que atenazaba mi corazón y, sin poder evitarlo, gruesos lagrimones empezaron a caer por mi cara. Agaché la cabeza avergonzada. Si yo estaba así, ¿cómo estaría Joseph? No tuve necesidad de decir nada. Noté su brazo por mi hombro y rodeé su cintura con el mío. Nos apretamos el uno contra el otro y, en el más respetuoso de los silencios, empezamos a caminar. Pasamos por el

complejo de intendencia donde estaba la cocina, guardarropa, baños... Vimos el bunker o calabozo, también llamado «un lugar de terror», que era el sitio destinado a todo tipo de experimentos y torturas. Anduvimos también por el campo de tiro donde fueron ejecutados miles de prisioneros. Pasamos por donde estaban las fosas comunes donde fueron arrojados miles de cadáveres cuando, por la falta de carbón, no los podían incinerar, los hornos del campo... Caminábamos en silencio, pasando por las distintas secciones, por los distintos lugares que habían quedado como advertencia de lo que el ser humano era capaz de hacer. Joseph se quitó los guantes y rozaba los objetos con la punta de sus dedos. El patio donde se pasaba revista, la sala de ingresos, los barracones donde dormían hacinados, donde trabajaban hasta la extenuación. Pasaba sus largos dedos acariciando esos tablones o esas piedras, queriendo encontrar el rastro de sus seres queridos. Supuse que pensando, como yo, que algunos de aquellos objetos podían haber sido tocados por los suyos. Por momentos, cerraba los ojos y apretaba la mandíbula con fuerza, intentando no llorar. La débil nevada seguía cayendo sobre nosotros, pero no nos enterábamos ni del frío. Acarició con sus dedos las paredes de la cámara de gas, llenas de arañazos y donde probablemente murieron, en los hornos crematorios, no pude aguantar más. Tenía la foto que Joseph me había enseñado grabada en mi cabeza y me parecía verlos en todos los lugares, pero allí no. Tapé mi cara con las manos y su imagen huyó de mi cerebro. No se merecían estar ahí, ni tan siquiera en mi recuerdo. Aquel lugar solo merecía la existencia de ese atronador silencio. Joseph me abrazó, hundí mi cabeza en su pecho y lloré. Noté su respiración agitada, carraspeando continuamente, intentando no llorar. Mantuvo su abrazo, intentando reconfortarme con su poco calor, los dos, de pie, solos, rodeados por los ecos del dolor y por los ecos de su propio pasado. Solo la zona del antiguo campo de las SS estaba cerrada al público. La miró con aprehensión y se volvió hacia mí, asustado, con los ojos llenos de lágrimas.

—Tú no eres así, Joseph, tú nunca serás así.

No fui capaz de decir nada más. Tampoco hizo falta. Me agarró la cara, apoyó su frente en la mía y empezó a llorar. Fue un llanto dulce y a la vez amargo. Lloró por la parte de su sangre allí derramada, por los que en ese lugar sufrieron y murieron. Por su madre, por su abuela que, de alguna manera, también estaban allí, por él, por el sufrimiento acumulado durante toda su vida, pero, sobre todo, por el sufrimiento que la otra parte de su sangre causó. Así estuvimos un buen rato hasta que salió todo el dolor que llevaba dentro. ¿Qué mejor sitio para dejarlo? Vi al guía asomar la cabeza y, discretamente, volvió sobre sus pasos. «Gracias», dije mentalmente. La nevada aumentó su intensidad y de nuevo, en silencio y abrazados, nos dirigimos hacia la salida.

—Tenemos un pequeño museo donde guardamos los objetos personales de los que estuvieron aquí —nos dijo el guía en un perfecto inglés.

Lo seguimos en silencio. En una estancia no muy grande había expuestas las pocas pertenencias personales que no fueron requisadas al entrar, algo de ropa, zapatos, alguna maleta... Lo que sí había eran bastantes fotos y las empezamos a mirar. Había una pared repleta de ellas. Fotos de familias felices, de padres con hijos, de marido y mujer, de fiestas familiares, en resumen; gente feliz, completamente ignorante del atroz destino que les esperaba. Vi que la cara de Joseph cambiaba y miré hacia donde él lo hacía con expresión demudada. Me llevé las manos a la boca para ahogar un grito, un sollozo, lo que fuera que me quería salir. Allí, entre otras muchas fotos, un grupo familiar que me era conocido, el de una boda, con unos niños de rostros sonrientes y casi todos con unos rasgos físicos que me eran tan familiares.

—¿Su familia? —preguntó respetuoso el guía que había reparado en el parecido. Joseph asintió levemente aturdido. ¡Estábamos viendo una copia de la foto que él conservaba!—. Lo siento —le respondió sincero.

Joseph metió la mano en el bolsillo de la trenca y sacó un pequeño grupo de fotos. Abrí los ojos sorprendida. No sabía que las había

traído. Eran las fotos de su abuelo en aquel lugar, así como la foto que el matrimonio tenía haciendo el saludo nazi. Sin decir nada, se las tendió al guía que las cogió desconcertado y las empezó a mirar con la boca abierta. Nadie decía nada mientras los ojos del boquiabierto guía iban de foto en foto, para volver una y otra vez a la cara de Joseph en un bucle sin fin.

—Mi familia —fue su lacónica explicación.

—Lo siento —repitió el guía con voz entrecortada.

—Yo también —fue la cortante respuesta de Joseph—. Vámonos de aquí.

Antes de salir nos dirigimos a la parte central de la calle del campo. Allí, junto con otros edificios religiosos, se encontraba el monumento conmemorativo judío. De basalto negro, descendía como una rampa y tenía una barandilla que era una evocación del alambrado de púas. Ambas simbolizaban el exterminio judío. Entramos en su interior y pudimos ver cómo, en el punto más alto, la luz se filtraba a través del techo. Dada la poca luminosidad de ese día, estábamos envueltos en una tranquila penumbra. Nos quitamos las capuchas y dejamos que la paz del lugar invadiera tanto nuestro cuerpo como nuestra mente y consiguiera alejar la locura de sensaciones y sentimientos que aquel lugar había provocado. Miré a Joseph. Levantó su cabeza hacia el tenue haz de luz que bajaba del techo y cerró sus ojos. Me impresionó la intensidad de la expresión que vi en su cara. En este momento toda su familia estaba en él. La familia por la que tanto había llorado y por la que tanto había sufrido. De repente cogió mi mano y, con los ojos cerrados, empezó a hablar. Su voz era apenas un susurro audible, pero pareció resonar en toda la estancia. Apenas movía los labios, aun así, sus palabras parecían tener especial transcendencia. Sonaban lejanas, antiguas y me quedé contemplándolo boquiabierto sin ni siquiera pestañear. Solo había entendido mi nombre.

—Hebreo, me lo enseñó mi abuela. —Suspiró—. Acabo de repetir mis votos. Quiero agradecerle también a este Dios que ahora tú y yo

estemos aquí.

Su voz se rompió de la emoción y, tras besar mi alianza, me miró con sus preciosos ojos brillantes y llenos de amor. Yo lo miré entre lágrimas, sin saber lo que me había emocionado más. Si oír sus votos en esa lengua y en aquel lugar, si haberse referido a su abuela sin dudar o verlo mostrar agradecimiento a un Dios que parecía llevar demasiado tiempo mirando para otro lado.

—Ayúdame —fue lo único que tuve que decir.

Cogí su mano, levanté la cabeza hacia el tenue haz de luz y cerré los ojos. Repetí mis votos ayudada por él y mi voz tembló cuando dije su nombre en ese lugar. Eran sonidos extraños para mí, pero sabía que los estaba repitiendo palabra por palabra, punto por punto y cuando se quedó en silencio lo miré y besé su alianza. Nunca en mi vida había experimentado una sensación de tanta paz como en aquel lugar y en aquel momento.

—Te quiero, Joseph Levi. Por encima de cualquier Dios —pensé en voz alta.

—Por encima de cualquier Dios, yo también —respondió.

—Vámonos de aquí —entonces fui yo la que lo dije tras permanecer abrazados un instante.

Había una papelera cerca de la entrada. Sin decir nada, volvió a sacar las fotos del bolsillo, las arrugó con rabia y las tiró dentro.

—Es donde se merecen estar, en la basura.

Fue su única explicación. No podía estar más de acuerdo. Cuando la entrada quedó a nuestras espaldas un escalofrío recorrió mi cuerpo. Tenía la sensación de que miles de ojos desesperados se quedaban mirándonos, envidiosos de vernos marchar.

—¿A dónde vamos? —me preguntó tan pronto entramos en el coche.

—A casa —respondí de inmediato mientras intentaba calentar a soplidos mis congeladas manos.

Me miró dubitativo.

—Aún tenemos unos días...

—Pues donde tú quieras, pero lejos de aquí —hablé enfadada, me notaba enfadada. Enfadada con la historia, enfadada con el ser humano, enfadada con el mundo, enfadada con Dios. Les echaba la culpa a todos por haber permitido que todo aquello sucediera.

—¿Podrás esperar hasta mañana? Hay que pedir una serie de permisos, revisar el avión...

—Sí, pero no quiero ni salir del puto hotel.

Crucé los brazos, cabreada hasta con mi propia sombra.

Habíamos comido en la habitación, en silencio, ausentes, cada uno en su propio mundo. Miré cómo limpiaba con su mano una inexistente miga del mantel. Levantó los ojos y clavó en mí su mirada que pareció llenarse de luz. Sin decir nada, me levanté despacio y me acerqué a él. Rodeó mi cintura con sus brazos y me atrajo hacia él. Suspiró profundamente con su cabeza apoyada en mi pecho.

—Vamos a dejar de llorar, Julia, ya lo hemos hecho bastante.

Al decir estas palabras levantó su cara y hasta el aire debió de escapar de mis pulmones absorbido por la intensidad de su mirada.

—Bésame, bésame y hazme el amor —pedí a punto de llorar.

—Lo siento, mi niña, no debí haberte traído —habló triste.

—Chsss —interrumpí poniendo un dedo en sus bonitos labios—, ni lo pienses, donde tú vayas iré yo.

Se levantó, me cogió en brazos y me llevó a la cama. Nos amamos con suavidad, con ternura, despacio, saboreando cada beso, cada abrazo y cada caricia, y cada una de ellas se llevó el malestar, la desazón y la tristeza que ambos sentíamos. Nos envolvimos el uno en el otro y conseguimos volver a nuestro paraíso, pese al infierno en el que acabábamos de estar. Medio adormilada le oí hablar por teléfono.

—Nos vamos mañana por la mañana, temprano —susurró abrazado a mi espalda.

—Bien, cuanto antes mejor y recuérdame que cuando lleguemos a casa me corte el pelo —respondí mientras sentía sus labios en mi nuca.

Me dormí feliz, notando su sonrisa. Soñé con nuestra casa, con nuestra terraza, con nuestro paraíso particular que era Copacabana y, hasta en sueños, sentí su calor.

Capítulo 39

¡Cómo pasaba el tiempo! Íbamos a hacer un año de casados y cumplimos lo que tantas ganas teníamos de hacer. Dejar de llorar. Lo cierto es que fue un periodo fabuloso en el que solo ocurrieron cosas positivas. Yo seguía repartiendo mi tiempo entre el hospital, terminar lo poco que me quedaba de mi carrera y ayudar en lo que buenamente podía en la revista que seguía siendo un éxito. Pasada la conmoción de nuestra historia, afortunadamente ya olvidada, tuvimos muchas más. En el poco tiempo que tenía de vida *Voz y verdad* se había convertido en un referente del buen hacer periodístico. Imparcial, objetiva e implacable. Nos desbordaban los casos que, a veces de manera anónima y otras veces con nombres y apellidos, nos hacían llegar. El último número estuvo relacionado con la venta ilegal de entradas para las Olimpiadas que se

acababan de celebrar y como consecuencia varios altos cargos perdieron su puesto. El chivatazo nos vino desde dentro. Aranguren, con una paciencia acorde con su vozarrón, me enseñó cómo escribir un buen artículo: «Demasiado personal, eso es tu opinión, esto no se sostiene, te enrollas demasiado, aburres...». Muchas veces Joseph tenía que esquivar mis bolas de papel arrugado que, furiosa, intentaba lanzar a la papelera. Eso era lo que pasaba por no tener despacho. Seguía en mi coro y, por encima de todo y gracias a Joseph, seguía feliz. Tanto él como yo nos dedicábamos todo el tiempo que podíamos y procurábamos reservar los fines de semana para nosotros solos. Las empresas de Joseph con las Olimpiadas habían multiplicado el volumen de trabajo y, cuando se quejaba de lo cansado que estaba, era yo la que tocaba su nariz para recordarle los beneficios que aquello le reportaba.

—¡He creado un monstruo! —bromeaba cariñoso cuando se lo recordaba.

Hubo tiempo para muchas cosas más. Tuvimos boda. La de César y Mark. Lo decidieron de un día para otro y creo que fue la mejor decisión que pudieron tomar. Estaban felices, relajados y, sobre todo, muy seguros del paso dado. César tuvo algún problema en su trabajo. Algún compañero y algún jefe pretendieron apartarlo por su condición sexual. La mayoría con el tiempo lo fueron aceptando, para todos los demás... una visita de Alberto o Asun y asunto arreglado. Ellos aún no se habían casado, pero no creía que tardasen mucho y con Alberto junior se les caía la baba. La verdad es que tampoco tenían tiempo. La revista tenía que estar muy bien asesorada a nivel legal para evitar posibles denuncias y, aunque no nos decían nada, también sabía que seguían muy de cerca los movimientos tanto de Las tres Marías como los del impresentable de Castillo. Pero, aunque Joseph no lo sabía, la que les estaba dando más trabajo era yo.

Suspiré feliz. Era viernes, veintitrés de septiembre, y Joseph me llevaba con rumbo desconocido. Íbamos en nuestra Harley y lo notaba excitado. Últimamente le oía hablar mucho por teléfono y no

se me escapó la cantidad de veces que colgó rápido, así como los cambios de conversación o los incómodos silencios ante mi llegada. Por más que presioné a Emerson y a María para que soltaran prenda, ambos insistieron en que eran imaginaciones mías... ¡Y un huevo! Sabía que tramaba algo, pero yo también. Llevábamos ya algo más de cien kilómetros, habíamos comido por el camino y el paseo estaba resultando especialmente agradable. Leí en un colorido cartel «Angra do Reis» y, francamente, ese nombre no me decía nada. Paramos delante de una enorme verja que cerraba un alto muro de piedra.

—¿Recuerdas aquella parcela que me quedé cuando vendí la constructora? —me preguntó mientras tecleaba un código con un mando.

—¡Ah, sí! —recordé de repente—. ¿Esa donde ibas a hacer una urbanización para ver quién la tiene más grande? —bromeé.

—La misma. —Lo oí reír a través de su casco—. Pues ya está acabada y quiero saber tu opinión de lo que he hecho aquí.

Arqueé las cejas y torcí el gesto. «Como si a mí me importara», pensé indiferente. Entramos por un largo sendero asfaltado con grava rodeado por una enorme extensión de terreno. Grandes árboles enmarcaban el camino, sobresaliendo en el verde y cuidado césped que los rodeaba. Elegantes farolas se intercalaban cada cierta distancia. Era un camino bastante largo y acababa con una ligera pendiente. En un lateral se atisbaba, a lo lejos, parte de una casa que pasamos de largo. Al final de la pendiente paró la moto y me quité el casco. Mientras colocaba un poco mi corto pelo alborotado no pude menos que quedarme boquiabierto. La casa que tenía delante destacaba por su impresionante sencillez. Formada por grandes cubos adosados, unos con otros, parecía haber salido directamente de la tierra. Madera, piedra y cristal combinados con una simplicidad pasmosa. Piedra gruesa y sólida en la fachada con inmensos ventanales protegidos por unas celosías de oscura madera que permitían graduar la intensidad de la luz que pasaba al interior.

—Parece que te gusta —comentó un contento Joseph abriendo una impresionante puerta de madera.

No hizo falta que le contestase, la expresión de mi cara lo decía todo. Por dentro era igual de simple. Un luminoso y espacioso *hall* que conducía a una amplia sala que hacia la derecha, sin pared alguna, se comunicaba con un comedor que daba a su vez a una espaciosa cocina. Todas las estancias desembocaban en una gran terraza y que todas las estancias, salvo la cocina, estuvieran unidas por un espacio único le daba a todo una amplitud mayor. Pocos muebles, suelos de brillante madera y un gran baño. En los techos cantidad de puntos de luz.

—Ven, vamos arriba —dijo impaciente.

Sin darme tiempo a más, tiró de mí por una escalera lateral. Fuimos directos a un amplio dormitorio con su correspondiente vestidor y un espacioso baño finamente decorado en suaves tonos azules y grises. Un enorme ventanal, que se abría a los pies de la cama y protegido por el mismo tipo de celosía, daba paso a una impresionante terraza que coronaba la estancia. Me asomé ella y contuve la respiración. La vista era impresionante. El océano, a lo lejos, brillaba como un espejo en el que bailaban miles de reflejos. Se respiraba un dulce aroma a sal y flores. Cerré los ojos y respiré profundo.

—¿Te gusta? —Lo oí preguntar a mis espaldas.

Abrí los ojos, sorprendida, sobre todo por su tono que denotaba un cierto nerviosismo.

—¿Cómo no me va a gustar, Joseph?, quien compre esto... —No me dejó a acabar. Me cogió nuevamente de la mano y, casi corriendo, volvimos a bajar las escaleras—. Pero, Joseph, ¿y el resto de la casa? —conseguí decir intentando seguirle el paso sin caer rodando por las escaleras.

—Ya la veremos —fue su única explicación, ambos, yo casi a rastras, cruzamos la sala y salimos a la terraza que rodeaba toda esa parte. Desde ahí también se disfrutaba de la misma preciosa vista que desde arriba y paramos delante de una gran piscina en la que se había conseguido el efecto óptico de parecer estar al lado del mar.

—Precioso —dije rápidamente antes de que siguiera tirando de mí.

En cada lateral de la piscina había un camino. Nos dirigimos hacia el de la izquierda.

—Cierra los ojos —me pidió parándose en seco.

—Pero, Joseph... —empecé a protestar.

—Por favor —insistió.

Resignada, los cerré. «¿Qué más dará mi opinión? Seguro que esta casa ya está vendida», pensé. Di un pequeño grito cuando noté que me cogía en brazos. Descendimos durante un rato y, finalmente, se paró.

—Ábrelos ya —me pidió sin ponerme en el suelo.

Lo hice y me volví a quedar sin palabras. Con la boca abierta lo miré a él, que irradiaba felicidad. Volví a mirar incrédula aquel arrebatador espectáculo. Delante de mis ojos estaba el campo de amapolas que teníamos en el cuadro. Solo que aquel era de verdad. De una belleza y simplicidad insultantes. Un brillante campo verde salpicado por gotas que parecían sangre y que se mecían agitadas por la leve brisa que en esos momentos venía del mar.

—Tu campo de amapolas, para ti, para nosotros, por nuestro primer aniversario —habló lleno de orgullo y de alegría.

En el aire, en sus brazos, lo abracé incapaz de articular palabra.

—Es precioso, Joseph —le dije cuando la emoción me permitió hablar—. Pero no hacía falta. Yo no necesito nada si te tengo a ti.

Acaricié su cara que resplandecía de felicidad y, tras poder tocar de nuevo el suelo, nos besamos apasionadamente.

—Si no te gusta, la podemos vender por un buen precio —bromeó, tocándose la nariz, mientras disfrutábamos de aquel maravilloso paisaje.

—Ni se te ocurra si no quieres que te mate —bromeé yo también apuntando amenazadora con mi dedo a su nariz—. ¿Y Emerson y María? —me acordé de repente.

Estábamos dentro de la casa, y yo andaba husmeando por la inmensa cocina de muebles de un blanco immaculado.

—¿Te fijaste en una casa que se ve en un lateral?

Asentí.

—Pues es para ellos, si te parece bien.

—Pues claro —respondí de inmediato—, pero, ¿les gustará?

—¿A ellos? —me devolvió la pregunta sonriendo—, a ellos les encanta.

—¿Les encanta? —repetí parándome en seco a punto de abrir un cajón—. ¿Ya conocen esto?

Asintió sonriendo.

—¿Quién crees que se encargó de todo?

De inmediato abrió la amplia nevera de dos puertas y pude ver que estaba repleta de todo. En primera línea mi Coca-Cola *light*. Joseph sacó una lata y fue derecho a un mueble de la cocina. Sacó dos gruesos vasos de cristal de un bonito color verde.

—A juego con tus ojos —comentó vertiendo un poco en cada uno de ellos—. Por nosotros dos, por una felicidad eterna —brindó levantando su vaso.

—Por nosotros dos, por una felicidad eterna —repetí feliz.

—Me gustaría que nos viniéramos a vivir aquí.

Estábamos sentados en unos cómodos sofás al borde de la piscina. Desde ahí se podía contemplar el precioso campo de amapolas silvestres que se extendía a nuestros pies y que parecía saludar al mar. Ni el mejor pintor del mundo hubiera podido plasmar la fuerte vitalidad que transmitían los colores rojos del montón de amapolas que inundaban el verde césped. La verdad, era un sueño, mi sueño hecho realidad. No podía pedir más, no debía pedir más. El sol estaba poniéndose. Respiré hondo y dejé que su calor acariciara mi piel. A nuestro alrededor reinaba una calma y un silencio impresionantes.

—Pero, Joseph, aún tengo que acabar mis estudios, tengo el hospital, tú tienes tu trabajo... —hablé intentando volver a la realidad y que mis pies tocaran tierra firme de nuevo.

—De momento podemos venir los fines de semana —me interrumpió agitando una mano en el aire—. ¿De acuerdo? —preguntó mirándome esperanzado.

—De acuerdo —accedí encantada.

—Perfecto, pues como hoy es viernes...

Me cogió y me sentó en su regazo. Ladeó la cabeza de ese forma tan suya y esbozó su sonrisa deliciosamente escalofriante mientras yo reía abiertamente.

—Y seguro que aquí ya tenemos de todo —rematé la frase por él.

—Pues sí, desde cepillos de dientes hasta nuestra caja de tesoros —explicó deslizando sus labios sobre mi cuello. No pude evitar que se me escapara un gemido. Giré mi cuello y beso «mi/su» tatuaje—. Ponte el collar —susurró.

Otro gemido, esa vez procedente de mi vientre, salió por mi garganta.

—No sé dónde está —respondí con un hilo de voz.

—Yo sí.

Para variar, me cogió en brazos y subió así conmigo las escaleras hasta llegar a nuestro nuevo dormitorio.

—¡Qué original! —comenté irónica cuando lo vi presionar uno de los paneles del vestidor.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó colocando el collar alrededor de mi cuello—. Sabes que eso es peligroso.

—Me encanta el peligro... —murmuré coqueta mirándolo con los ojos entornados.

—Esa mirada, lo estás haciendo a propósito, vas a ver.

Con gesto amenazador sacó de la caja de los tesoros la U mágica, como yo la llamaba. Todo mi cuerpo se puso en estado de alerta, en especial mi sexo, que ya se empezó a humedecer sabedor de lo que le esperaba. Con calma, me desnudó y me tendió en la grande y sencilla cama, de blanco immaculado, rodeada por un dosel de densa madera color wengué.

—Hay que pensar en todo —explicó ante mi seductora sonrisa. Besó y aspiró el aroma de mi sexo y todo mi cuerpo se contrajo. Cuando su lengua rozó mi clítoris pensé que la U mágica se iba que tener que cruzar de brazos y esperar mejor ocasión, pero no.

Cauteloso, paró a tiempo y la introdujo en mi sexo ya húmedo. Pude notar la presión dentro y fuera sobre mi clítoris.

»Quietecita —ordenó besándome la nariz. Asentí obediente mientras veía cómo se desvestía. Se tumbó a mi lado y empezó a besar mi cuerpo, empezando por mi boca y descendiendo lentamente. Aún con sus labios sobre los míos, la U mágica empezó a vibrar en mi sexo y un largo y cálido gemido salió de mi garganta para refugiarse en la suya. Noté cómo sus labios se curvaban en una sonrisa.

»No sabes lo que me gusta verte así —susurró deslizando sus labios por el resto de mi cuerpo. Llegó a mis pechos y los acarició con dulzura. Siempre conseguía que mi mente se olvidara de que, en teoría, no tenía sensibilidad en ellos. Unas inexistentes conexiones nerviosas aparecían y volvían a hacer su función.

»Quietecita —repetía una y otra vez ante mis intentos por agarrarlo y poner fin a esa dulce tortura. Arqueé mi espalda sobre la cama como consecuencia de los fuertes latidos de placer que, en esos momentos, recorrían todo mi cuerpo.

»¿Qué quieres, mi niña? —ronroneó dulcemente sobre mis labios ahogando mis gemidos.

—A ti —conseguí decir pese a mis jadeos— dentro.

Entornó sus hermosos ojos y volvió a sonreír de esa manera suya. Todo el vello de mi cuerpo se erizó de placer.

—Sus deseos son órdenes para mí, señora Levi.

Se puso sobre mí y de un golpe introdujo su pene en mi interior. Con el aparatito funcionando creí enloquecer. Me abracé a él cuando entraba con fuerza una y otra vez en mi cuerpo. Un quejido ronco de placer acompañaba cada uno de sus movimientos hasta que todo mi cuerpo se sacudió por los fuertes latidos del orgasmo que, de repente, pareció abrir mi cuerpo en dos. Me besó con furia y un

sonido gutural, profundo y primitivo salió de su garganta y entró en mi boca directamente. Cerró sus ojos y se dejó llevar. Aún sobre mí, sudorosos, me miró sonriente y con su larga mano acariciaba mi pelo alborotado.

—Nuestra primera vez aquí —susurró acariciando mi boca con sus labios.

—¿Qué te parece si inauguramos la ducha? —contesté.

—Sí, pero ya sabes con qué condición.

—Pero, Joseph, por favor —protesté sin mucho ánimo mientras me dejaba llevar.

—Ya está, queda inaugurado este pantano —volví a decir al acabar de mear sobre nuestros pies dentro de la espaciosa ducha. —Me volvió a mirar extrañado sin entender—. Nada, ya sabes, cosas de la historia de mi país. Algún día te lo explicaré —le prometí riendo ante la expresión de su cara.

Capítulo 40

—Lo cierto es que esto es una maravilla —comenté mientras dormitábamos al sol.

—Mmmm —respondió a mi lado.

Lo miré. Aquí era auténticamente feliz. Era domingo por la mañana y desde que habíamos llegado no se había puesto camiseta ni para dormir. Parecía querer que el aire y el sol llegaran, por fin, a su espalda, como también por fin habían llegado a su pasado. Miré el horizonte. Un mar repleto de tonalidades azules y verdes rompía prácticamente a nuestros pies. Entre ambos el hermoso campo de amapolas que me seguía dejando sin habla.

—Pues sí que podríamos vivir aquí —hablé perezosa estirándome en la tumbona.

—Mmmm —fue su única respuesta.

—Pero, claro, con el trabajo sería un poco complicado.

—Mmmm —volvió a responder.

Lo miré otra vez. Ni caso. Tumbado boca abajo era la viva imagen de la relajación. De puntillas, me levanté y cogí un poco de agua de la piscina en mis manos y la dejé caer sobre su espalda. Antes de poder pestañear lo tenía de pie agarrándome las manos. Se me congeló la risa. Estaba serio y no tenía muy claro que estuviera realmente despierto. Una desagradable imagen del pasado reapareció en mi cabeza. Ladeó la cabeza de esa forma tan suya y sonrió de esa manera deliciosamente escalofriante mientras hacía el amago de clavar sus colmillos en mi cuello. Grité cuando me cogía en volandas y se lanzó conmigo al interior de la piscina. Nuestras carcajadas se debieron de oír en varios kilómetros a la redonda.

Acababa de llegar a la cafetería del hospital, estábamos a primeros de marzo y, como llevábamos haciendo desde hacía seis meses, esperaba impaciente el momento para irnos de fin de semana a nuestro «Campo de amapolas», como al fin se llamaba nuestra casa en Angra dos Reis. Estaba cansada, pero contenta. No tendría que estar trabajando en el hospital. Por fin había acabado mis estudios de Periodismo y me dedicaba a tiempo completo a trabajar en la revista. Sin embargo, esa semana tuve que acudir en ayuda de Ihab que, para alegría de todos, al final había aceptado la oferta del hospital y se trajo con él a su familia. Su mujer, pediatra, tras una conversación de Joseph con Marcos, también trabajaba allí. Un molesto virus había diezariado al personal del laboratorio y, desbordado por el trabajo, me había llamado para que echara una mano en lo que pudiera. Así lo hice. Puse al día todo lo que estaba pendiente de cortar y todas las preparaciones se quedaron tiñendo en la máquina cuando aproveché para hacer una parada. Me dolía el cuello y el brazo por la falta de costumbre y lo moví distraída, mientras llamaba a Joseph dejando que enfriase un poco mi taza de café. La disculpa era preguntar si había alguna novedad, pero lo cierto era que, de estar todo el día con él, lo echaba en falta si

pasaba más de media hora sin verlo. Suponía que a él le pasaba lo mismo porque, justo antes de llamarlo, vi que tenía varias llamadas tuyas del teléfono de su oficina. «¡Qué raro!, suele llamarme siempre desde su móvil», pensé. Me apuré a llamarlo. Pese a que todo había quedado olvidado, seguíamos poniéndonos muy nerviosos si por cualquier cosa no nos localizábamos. Apagado o fuera de cobertura. «¡Qué raro!», volví a pensar. Llamé a su oficina, nadie lo cogía. Volví a intentar llamarlo, mi vista se paraba distraída en una imagen que estaba saliendo en la tele. Tardé unos segundos en darme cuenta de que estaba viendo unas imágenes retransmitidas en directo. Bomberos, policías, ambulancias, columnas de agua, columnas de humo saliendo de la planta de un edificio, el típico montón de curiosos que siempre había en esos casos. Una vez más, miré distraída al mismo tiempo que seguía intentando hablar con Joseph hasta que, de repente, reaccioné. Si hubiera sido capaz de gritar, me habrían oído a varios kilómetros de distancia. Pero no podía porque estaba con la boca abierta y no podía respirar, incapaz de dar crédito a lo que mis ojos estaban viendo. El edificio, la empresa, nuestra casa... ¡Joseph! Todo el mundo se giró a mirarme. Había gritado su nombre. Me levanté como loca y, con manos temblorosas, volvía a llamarlo. No me contestaba. Al salir de la cafetería choqué con Marcos, que, pálido, venía a buscarme.

—¿Sabes algo de Joseph? —pregunté.

Ambos bajamos corriendo las escaleras o más bien saltándolas. A ninguno de los dos se nos ocurrió esperar pacientemente por el ascensor.

—No, Julia, no consigo que nadie me coja el teléfono.

—Yo tampoco.

Hablamos entre salto y salto. Nos metimos en un taxi, sin aire, sin respiración y completamente angustiados. Tentada estuve de tirar al conductor del coche en marcha y ocupar su lugar. Me hubiera gustado que el taxi pudiera volar. Seguía intentando una y otra vez

hablar con él, y Marcos se afana en localizar a Emerson, que tampoco respondía. Ya no recordaba la sensación que producía el tiempo cuando se ponía a jugar en tu contra y tuve la sensación de que el trayecto que, habitualmente lo hacíamos en media hora, nos llevaba al menos cuatro. Mi corazón estaba a punto de explotar y, ante tanto silencio, me empecé a temer lo peor. Ya cerca era todo un caos. Bomberos, policías, curiosos, ambulancias... El taxi no podía acercarse más, y Marcos y yo salimos disparados, corrimos como locos esquivando a un montón de curiosos que, cámara en mano, no tenían mejor idea que ponerse a grabar. A más de uno le tiré el teléfono del empujón que le di para poder pasar. Mejor así, de buena gana se lo hubiera hecho tragar. Cuando llegamos a la entrada principal dos ambulancias salían disparadas y todo era confusión. Había gente que entraba y gente que salía, estaba tan aturdida que no reconocía a nadie. Tropecé con algo y me di cuenta de que la acera estaba llena de trozos de cristales y pequeños cascotes que bomberos y policías se afanaban en retirar. Marcos y yo dimos vueltas buscando su rostro entre la gente, pero no aparecía. Mi mente seguía repitiendo la misma letanía con la que salí del hospital: «Por favor, que esté vivo, por favor que esté vivo».

—¡Julia!, ¡Marcos!

Una voz familiar gritó a nuestras espaldas. Nos volvimos a la vez y vimos que era Emerson el que nos llamaba. Un grito ahogado se quedó en mi garganta. Su ropa estaba rota por varios sitios y sucia de manchas de sangre. Un aparatoso vendaje envolvía su brazo derecho y su cara presentaba pequeñas heridas, algunas de las cuales aún sangraban.

—Emerson, ¿estás bien?, ¿dónde está Joseph? —conseguí decir pese a no ser capaz de respirar.

—Sí, estoy bien —contestó algo aturdido—, pero Joseph...

Creí que en ese momento el corazón se me iba a parar y no supe por qué, pero me vino una frase de mi abuela a la cabeza: «Que Dios no nos mande lo que el cuerpo puede llegar a aguantar». Pues

me estaba empezando a cagar en ese Dios y mi cuerpo estaba a punto de dejar de aguantar.

—Está en esa ambulancia.

Ignoraba si nos iba a decir algo más, pero tanto Marcos como yo dimos media vuelta y nos dirigimos disparados hacia la ambulancia que nos acababa de señalar. No se veía la parte de atrás y tenía la sensación de que mi corazón se quedó en la acera, temeroso de no poder soportar lo que me estaba temiendo. Reconocí su zapato, el otro pie estaba descalzo y ensangrentado, todo lo demás quedaba tapado por tres personas que, en esos momentos, estaban sobre él. Me paré en seco, incapaz de dar un paso más mientras, horrorizada, me llevé las manos a la boca intentando en vano no gritar.

—¡Joseph!

No fue un grito, más bien fue un alarido. Marcos, aún no sé cómo, saltó dentro de la ambulancia y, fuera de sí, empezó a apartar a todo el mundo.

—¡Julia!

Fue el grito más hermoso que he oído en mi vida. Con todo el mundo fuera, Marcos tiró de mí para ayudarme a subir al interior de la ambulancia. Me hacía falta, las fuerzas me habían abandonado, mis piernas no me sostenían y temblaba como una vara verde.

—Estás vivo, estás vivo... —empecé a repetir, arrodillada a su lado, entre angustiosos sollozos. No me atrevía a tocarlo, de pies a cabeza parecía sangrar por todo su cuerpo.

—Tranquila, Julia, estoy bien, ahora estoy bien —consiguió decir con voz entrecortada.

No vi más, no me hacía falta, besé su cara ensangrentada, agarré su mano, también manchada y la apreté con fuerza entre las mías.

Mientras tanto, Marcos, fiel a su profesión, estaba evaluando el estado de salud de su gran amigo. Un poco más tranquila, yo hice lo mismo. Tenía un fuerte golpe a la altura de la cadera derecha, una buena brecha en la frente, sangraba por la nariz y múltiples y pequeños cortes por todo el cuerpo. Las palmas de sus manos presentaban varias rozaduras, así como sus rodillas. Su ropa, salvo el calzoncillo, estaba hecha jirones.

—Cristales.

Fue su breve explicación mientras Marcos hacía las curas de rigor y limpiaba la sangre que seguía brotando de alguna de las heridas. Seguía sangrando por la frente y tenía también un considerable corte en la nariz, el resto de la cara, al igual que el todo el cuerpo, estaba salpicada por pequeños cortes que, salvo por lo escandaloso de la sangre, no parecían revestir mayor gravedad. Lo volví a besar y noté el sabor de su sangre en mi boca.

—Todo está bien. Son heridas superficiales que no tienen mayor importancia. —La voz ya más tranquila de Marcos confirmó lo que yo pensaba.

—Te llamé no sé cuántas veces. Vi la noticia en la televisión y por un momento pensé... —Me callé, envuelta en sollozos, y apoyé la cabeza en su manchado pecho. Quería asegurarme de que su corazón estaba latiendo.

—Lo siento, mi niña, lo siento —habló afectado—, perdí el móvil y fue todo una locura. No pensé que te fueras a enterar tan pronto, lo siento, de verdad —insistió ante mi cara de angustia.

Lo besé de nuevo aún temblando. Yo lo necesitaba incluso más que él. Durante unos angustiosos momentos creía haberlo perdido. Entre Marcos y yo lo ayudamos a sentarse en la camilla y, nervioso, se quitó el zapato que le quedaba puesto y lo tiró con rabia.

—¿Qué ha pasado? —pregunté algo más calmada.

—Un paquete que ha explotado al abrirlo —habló con tono lúgubre.

Apareció Emerson con una bolsa en la que había ropa de Joseph. Él también se había cambiado y deduje que al menos en casa no había pasado nada.

—Emerson, ¿María está bien?

—Sí, bien. Muy nerviosa, pero bien —respondió parco como siempre.

Mientras hablábamos ayudé a que Joseph se vistiera. Pese a los apósitos que Marcos le había puesto, en algunas zonas la ropa se volvió a manchar en seguida de sangre.

—Tan pronto puedas, dúchate, así nos aseguramos de que no te queda alguna pequeña esquirola —aconsejó Marcos ante la negativa de Joseph de acudir al hospital.

—Estoy bien, Marcos —bufó Joseph ignorando las protestas de su amigo—. Vete al hospital, Aranguren y Esteban van para ahí y no sé...

—¿Aranguren?, ¿Esteban?, pero, por el amor de Dios, Joseph, ¿qué ha pasado? —interrumpí.

—Esteban fue el que abrió el paquete y me parece que no está muy bien. Aranguren creo que sufrió un infarto tan pronto conseguimos llegar a la calle. Los daños materiales son lo de menos. —Frunció el ceño pensativo y miró a su alrededor.

De pie, en la acera, me di cuenta de que el resto del personal de la revista estaba siendo atendido por varios sanitarios. Atontada, hablé con todos. Todos presentaban pequeñas heridas. Todas sin importancia, pero estaban tremendamente asustados.

—¿A qué hora pasó? —pregunté intentando poner algo de orden en mis ideas.

—Acabábamos de bajar, sobre las once, después de tratar con Alberto unos temas legales acerca del siguiente reportaje y, tan pronto llegamos, Esteban le comentó a Aranguren que había llegado un paquete. Parece ser que estaba esperando unos papeles y le dijo que lo abriera en lo que nosotros íbamos a tomar un café. —Bajó la cabeza y la sacudió apenado. Mientras tanto, le limpié una gota de sangre que salió de su nariz.

»No me enteré de nada más —prosiguió sombrío—. Alberto y Asun oyeron la explosión, llamaron a la policía y mandaron salir del edificio a todo el mundo. Recuerdo vagamente ver entrar a Alberto junto con la policía y ayudarnos a salir. Cuando llegamos a la calle Aranguren cayó desplomado, creo que se lo llevaron al mismo tiempo que Esteban.

Miré a Marcos, que asintió, seguramente eran las dos ambulancias que vimos salir.

—Voy para allá e, insisto, deberías pasar por el hospital.

—Déjalo ya, Marcos —habló irritado—, estoy bien. Por favor, ve y dime cómo están los dos —insistió.

—El resto de la gente, ¿está todo el mundo bien? —le pregunté y volví a limpiar su nariz.

—Tranquila, salvo ellos dos, estamos todos bien.

Miré la fachada del edificio y no pude evitar un estremecimiento. Todas las ventanas de la planta en la que se encontraba la editorial habían desaparecido y donde antes había un amplio ventanal solo quedaba un agujero negro.

—Por favor, abrázame —le pedí intentando no volver a llorar.

Cariñoso, pasó el brazo por mi hombro y me besó el pelo. Cerré los ojos y sonreí aliviada. Aún no me creía lo que había pasado y mucho menos que estuviera allí, a mi lado.

—No es justo, Joseph —exclamé entre lágrimas—. ¿Quién pudo hacer esto?

—En eso estamos.

Oímos la voz de César y vimos cómo se acercaba tras abrirse paso entre un mar de gente.

—¿Mark?, ¿está bien?

—Está bien —respondió colocando su mano en mi hombro—, no le ha pasado nada grave a nadie más salvo a Aranguren y a ese chico...

—Esteban —apunté.

Al pronunciar su nombre me vino a la cabeza su sonrisa cuando entró a trabajar con nosotros, no hacía mucho, como becario. Tenía toda la ilusión del mundo.

—Los bomberos han comprobado la estructura del edificio y es seguro —continuó hablando—. Me han informado que los daños materiales y sobre todo humanos son relativamente escasos si tenemos en cuenta lo que pudo ocurrir. —Miró de reojo a Joseph, que seguía absorto en sus propios pensamientos—. Eso sí, la redacción del periódico ha desaparecido por completo. Hablé con Marcos —continuó mientras leía su libreta de notas—, Aranguren está estable y, salvo complicaciones, creen que está fuera de peligro. Ese chico...

—Esteban —volví a apuntar.

—Bien, pues lo de Esteban ya es otra cosa. —Su rostro se puso más serio y miró a Joseph, que entonces sí parecía haber dejado sus pensamientos y lo miraba fijamente—. Está muy mal y si sobrevive quedará con unas secuelas tremendas, la cara y las manos han quedado destrozadas.

—Dile a Marcos que hagan todo lo que puedan por él —interrumpió Joseph con voz angustiada—, le empresa se hará cargo de todo, los médicos, operaciones, tratamientos, todo lo que haga falta. Hay que ponerse en contacto con la familia para decirles que van a tener todo el apoyo que necesiten y que sepan que todo lo que se pueda hacer... —A medida que hablaba su agobio se hacía más patente y al final fue incapaz de seguir ante una oleada de tosecillas y carraspeos.

—Estate tranquilo, Joseph, no tienes la culpa de nada y se hará todo como tú quieres —prometí.

—Por cierto, Aranguren quiere hablar contigo —interrumpió César dirigiéndose a mí.

—¿Estáis todos bien? —Otra voz conocida interrumpió de nuevo nuestra conversación. Me giré y ahí estaba Leo, con su impresionante presencia, mirándonos preocupados—. Hola, señora Levi —me saludó dándome un caballeroso beso en la mano.

—Hola, Leo. —Como siempre, le di un par de besos.

—Señor Levi —saludó a Joseph estrechando su mano—, ¿está bien? —volvió a preguntar tras mirar con enfado las heridas que no estaban tapadas por su ropa.

—Sí, Leo, estoy bien. Lo mío no son más que heridas sin importancia.

—¿Podemos hablar en algún sitio? —preguntó tras mirar a su alrededor.

Me di cuenta de que no saludó a César y que este tampoco hizo nada al respecto. Suponía que, salvo la pequeña tregua que había supuesto lo que le había ocurrido a Joseph, cada uno había vuelto a refugiarse en su campo de batalla. La cara de César era un poema. Parecía un niño enfurruñado que acaba de dejar de ser el centro de atención.

—¿Podemos usar el ascensor? —preguntó Joseph a un enmudecido César.

—Sí, pero recomiendan, de momento, usarlo lo menos posible.

—Estupendo, si hay que llamar a los bomberos no hay problema, están cerca —bromeé para intentar aliviar la tensión reinante.

En el *hall* de entrada nos encontramos a Alberto, Asun y a una llorosa Gloria que se abrazó a mí asustada.

—¡Señora Levi!, ¡qué suerte ha tenido!, si llega a estar ahí en ese momento...

La miré sorprendida, un incómodo silencio nos envolvió a todos, como el abrazo que Joseph me dio en ese momento. Ni se me había pasado por la cabeza. Si yo hubiera estado allí... «¡Joder!, lo más probable es que hubiera abierto el paquete», pensé de repente. Intenté disimular lo que me estaba pasando por la cabeza, pero no se le escapó a nadie y mucho menos a Joseph. Noté sus labios en mi pelo.

—No pienses en eso, Julia, afortunadamente, no pasó. —Suspiró aliviado—. Manda a todo el mundo a su casa —ordenó Joseph a Alberto camino del ascensor—. Diles que ya se les avisará cuando puedan volver a trabajar.

—Si subes tendrá que ser como amigo, no como policía —soltó de repente Leo, interponiéndose delante de César en la entrada del ascensor.

Joseph y yo nos volvimos sorprendidos, incluso César, durante unos segundos, no supo qué hacer.

—¿Quééé?, ¿qué has dicho? —le preguntó enfadado.

—Lo-que-has-oído.

Leo miró impertérrito a César son sus increíbles ojos azules fijos en él, sin pestañear. Joseph y yo nos mantuvimos al margen de aquel pequeño duelo sin poder intervenir. Era César el que tenía que decidir.

—Joseph es mi amigo y, como tal, yo también voy —refunfuñó enfadado entrando en el ascensor.

Llegamos a casa sin pronunciar palabra. Allí estaba Emerson hablando por teléfono, y una pálida María limpiaba aturdida la mesa de la sala que brillaba como un espejo, al igual que el resto de la casa.

—¿Alejandro? —pregunté a María mientras me abrazaba.

—En el colegio, no sabe nada. Supongo que después lo iremos a buscar.

—Señor Levi —interrumpió Emerson, que ya había colgado el teléfono—, he llamado a los de su antigua empresa constructora. Mandarán en seguida a la gente que haga falta. Por lo que les he explicado creen que en dos semanas, como mucho, todo estará solucionado.

—Gracias, Emerson —contestó Joseph cuando nos dirigíamos al salón—. Me parece increíble que una planta entera haya desaparecido y aquí todo esté igual. Solamente se nota un cierto olor a humo pese a tener todo abierto.

—Van a por vosotros.

Leo fue directo al grano tan pronto se sentó en uno de los sofás de la sala. Tuve la sensación de que alguien me pegaba un puñetazo en el estómago y todo el aire de mis pulmones desapareció. Miré a Joseph, que no apartaba los ojos de Leo, pero noté que su abrazo se hacía más fuerte.

—¿Quién? —fue su única pregunta.

—Ya sabéis quién —respondió lacónicamente. Pese a no haber dado nadie ningún nombre todo el mundo sabía de quién estaba hablando.

—Están todos en la cárcel —interrumpió César paseando nervioso de un lado para otro.

Leo se giró y clavó sus ojos en él.

—Parece mentira que tú digas eso. ¿Acaso no sabes cómo funciona esa gente?

—Esa es tu opinión —espetó César.

—¿Mi opinión?, ¿mi opinión? —repitió Leo elevando el tono de voz mirándolo desdeñosamente. Se giró en el sofá e, ignorándolo por completo, se dirigió a nosotros—. Que sepáis que todo esto fue tramado por los de siempre, incluido el abogado ese, el de tu país —especificó apuntándome con el dedo— y no van a parar hasta que consigan su propósito que, a estas alturas, sabréis cuál es.

Todos nos quedamos en silencio. Suspiré cansada, y Joseph me apretó la mano con fuerza.

—Por favor, a Julia que no le pase nada —habló con angustia.

—Ni a ti ni a mí ni a nadie —corregí enfadada.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —preguntó César, que había decidido dejar de dar vueltas y sentarse con nosotros.

—Ya sabes cómo lo sé —respondió mirándolo fijamente.

—¿Tienes pruebas?

—Claro que tengo pruebas, César, pero no te las voy a dar. No valdrían para nada. —Se mantuvo en silencio unos segundos sopesando cómo seguir—. Te vuelvo a hacer la misma pregunta de antes. Yo aquí estoy como amigo, ¿y tú?

Las miradas de los tres convergieron en César, que meditó su respuesta unos segundos.

—Te digo lo mismo que antes; como amigo —se reafirmó.

—Bien —prosiguió satisfecho con la respuesta—, pues yo en calidad de amigo os voy a dar dos consejos. En primer lugar, tendréis que tener protección de nuevo y, en segundo lugar, no hagáis nada más.

—La protección...

César cerró la boca ante el gesto de Leo.

—Mis hombres le darán protección, como la otra vez, y de lo demás me voy a encargar yo.

Se volvió a hacer el silencio. Nadie preguntó nada porque todos creíamos saber lo que se ocultaba tras estas palabras.

—Leo, tú ya has hecho bastante —empezó a hablar Joseph— y no quiero que tu posición quede más comprometida. Tenemos hombres...

—Que os venderán a la primera de cambio, como ya hizo alguno —lo interrumpió—. Los míos jamás lo harán.

—¿Por qué estás tan seguro? —siguió refunfuñando César.

—Porque si lo hacen yo personalmente iré a por ellos y sus familias —remató mirando a César con una sonrisa para nada tranquilizadora. Lo miré incrédula. Pese a que ya en alguna otra ocasión había tenido oportunidad de intuir el mundo en que Leo se movía, me seguía impactando la presencia de esas dos caras que parecía tener—. Después ya solucionaré el resto. Ahora os quiero seguros y a salvo.

Se levantó del sofá y se hizo a un lado para hablar por teléfono. Su largo abrigo, de fino cuero negro, se movió ondulante en el aire a

modo de capa. Unos segundos le bastaron para tener todo resuelto.

—¿Me vas a decir quién fue el traidor? —volvió a preguntar César.

—No, pero te lo voy a poner fácil. Mira quién es el encargado aquí de escanear los paquetes que llegan a esta empresa, mira si sigue en su puesto de trabajo y, por si te hace falta, mira también el listado de visitas que algunos tuvieron en la cárcel —respondió sin ni siquiera mirarlo.

César salió disparado y quizás algo abochornado.

—Gracias por todo, Leo, pero, de verdad, no tienes por qué. Te repito que no me debes nada.

Joseph se calló ante la negativa de Leo con la mano.

—Siempre intenté que mi madre permaneciera al margen de ciertos aspectos de mi vida —nos empezó a hablar esbozando una leve sonrisa— y creí que lo había conseguido hasta esta mañana. —Dejó de hablar y suspiró levemente centrando la mirada en sus cuidadas manos—. Estaba con ella en casa desayunando cuando vimos la noticia en la televisión. Antes de poder decir nada me miró fijamente y me dijo: «Hijo, ponlos a salvo y asegúrate de que nadie les vuelva a hacer daño». —Ante nuestro estupor, se levantó y, encogiéndose de hombros, sonrió abiertamente enseñando su deslumbrante dentadura.

»Y ya sabéis que no le puedo negar nada a mi madre. Cuando estéis listos nos vamos —sentenció.

Capítulo 41

—Oye, Leo es un mafioso, ¿verdad? —No sé cuántas veces le había hecho esta pregunta y la respuesta siempre había sido la misma, el más absoluto silencio. Joseph me observaba mientras yo andaba de un lado para otro de la habitación metiendo algo de nuestra ropa en una maleta—. Me has oído perfectamente. —Lo

apunté con el frasco de «su/mi» colonia que tenía en la mano—. ¿Es un mafioso o qué?

—Es un buen amigo y conseguirá mantenerte a salvo—respondió cansado.

Suspiré intentando mantener la calma. La primera parte de la frase me era conocida. La segunda no y no estaba para nada de acuerdo con ella.

—Conseguiré mantenernos a salvo —corregí—, si no es así, no me muevo de aquí.

Me senté en el suelo, de morros y con los brazos cruzados. Por lo menos conseguí que sonriera.

—Siento todo esto, Julia, y solo espero que sea temporalmente. — Con un leve gesto de dolor se agachó y se sentó a mi lado—. Pero sería de agradecer que al menos te cambiaras. A no ser que esto sea una nueva moda, creo que estás con la ropa de trabajo del hospital —habló apoyando su cabeza en la mía.

—Pues claro que es una nueva moda —bromeé—. ¡Joder! — exclamé a continuación—, ni cuenta me di, tengo que ir...

—Ya irán a recoger tus cosas. —Se adelantó—. Sabes que, de momento, no puedes volver allí.

Lo miré resignada. Tenía razón y no era el momento para añadir más problemas.

—Pues de momento lo que tenemos que hacer es, como dijo Marcos, darte una ducha para evitar que se nos quede por ahí algún cristal clavado, y yo me lo pueda tragar —solté seria guiñándole un ojo.

—Tenemos que hablar con Aranguren —le recordé mientras lo ayudaba a secarse tras la terapéutica ducha. Algunas pequeñas

heridas volvieron a sangrar y se las estaba secando con sumo cuidado.

—Déjalo descansar. Mañana iremos a verlos al hospital. De momento, lo único que podemos hacer es reconstruir la redacción. Calculo que en un par de semanas, como mucho, estará todo listo y lo demás ya se verá. La verdad es que en estos momentos es lo que menos me preocupa —habló ausente y con desánimo.

—¿Qué te pasa, Joseph?, ¿te encuentras bien? —pregunté preocupada.

Pensativo, estaba sentado en la cama observando cómo me ponía lo primero que encontré a mano. Un esponjoso chándal y una camiseta, igual que él.

—Podías haber sido tú, si eso llega a pasar, yo...

Extendió los brazos hacia mí con los ojos llenos de lágrimas. A medio vestir me refugié en ellos y dejé que sintiera mi calor.

—No pienses en eso, Joseph, simplemente no pasó.

Me besó con toda la fuerza de la que fue capaz en ese momento. Tenía necesidad de sentirme, como yo a él. Con el ceño fruncido y en silencio salimos de la habitación. Abajo ya estaba todo cerrado. Emerson y María, también en silencio, nos estaban esperando en la sala. Y así, sin saber si íbamos a volver y sin poder despedirme de la casa, bajamos al garaje.

—Marcos va a recoger a Alejandro al colegio. Después lo acercarán hasta la casa.

—Bien —fue la breve respuesta de Joseph.

—De parte de Mark —volvió a hablar Emerson tendiéndole a Joseph un móvil como el que tenía—. Tiene todo lo que había en el otro, los teléfonos, las fotos, las mismas melodías...

Miró para mí de reojo cuando dijo esas palabras. Seguro que Mark se acordó de qué fue lo primero que le pedí que metiera en mi nuevo móvil.

—Bien —repitió guardándolo en el bolsillo de su chándal.

Fueron las únicas palabras que se dijeron en el ascensor y un tenso Emerson fue el que las dijo. Nadie tenía ganas de hablar y cada uno íbamos sumidos en nuestros propios temores. Una vez Joseph estaba bien, lo único que me preocupaba era el estado de salud de Esteban y que esto se pudiera volver a repetir. A medida que el ascensor descendía creí oír que la casa nos llamaba. Cuando llegamos al garaje parecía que había una manifestación. Emerson y María iban en un coche, y Joseph y yo en otro. También había cuatro coches más llenos de gente entre la que se encontraba Leo. No pude evitarlo y volví a tener la misma sensación de miedo que tuve cuando abandonamos el hospital con Joseph. Lo debió de notar porque me abrazó en un intento por reconfortarme. De reojo miré la moto que, un poco más alejada, también parecía estar esperándonos. Respiré hondo y tragué saliva. Un compañero se debatía entre la vida y la muerte, Aranguren se recuperaba de un infarto, Joseph podía haber..., ni pensando fui capaz de decir la palabra. «¡Joder, Julia! —me reñí a mí misma—, no es momento para preocuparse por una moto o por una casa».

—Haré que nos la manden, no te preocupes —susurró a mi oído. Sonreí triste.

Salimos en procesión. Dos coches de los de Leo delante, nosotros en el medio y dos detrás. Viajamos en silencio y se me hizo eterno. Una docena de hombres se iban a turnar en guardias de ocho horas. ¿Tendríamos que vivir siempre así?, ¿vigilados?, ¿con miedo? ¿Valió la pena pasar por todo lo que pasamos para estar de esta manera? Llegué agotada de tanto pensar. Deberíamos tener un botón de encendido y apagado en el cerebro para conseguir desconectar, aunque fuese por un momento.

—Lo siento, María, no sabes lo que lamento que tengáis que estar así.

Tenía que decírselo y no encontré mejor momento que cuando estábamos en la cocina de la casa. Emerson, Joseph y Leo estaban en la sala. Vi cómo Leo le daba a Joseph su número particular, el que yo tenía.

—No digas eso, por favor —me contestó de inmediato agarrándome el brazo—. No tenéis culpa de nada. Además, seguro que pronto se soluciona.

Y, animosa como siempre, empezó a llevar cosas de un lado para otro. En ese momento tenían casa aparte y parecía gustarles. Afortunadamente, Marcos vino con Ana, Clara y Alejandro. Me gustó ver la casa llena de gente para no tener tiempo de pensar. Ni cuenta me había dado, pero no habíamos comido y todos teníamos hambre. Leo se fue, tras dar las últimas instrucciones a sus hombres, y nos dispusimos a cenar. A todos nos vino bien tener a dos niños que atender. Viendo cómo Alejandro miraba a Clara mientras la tenía en su regazo, volví a tener la misma sensación.

—Esos dos ya se quieren —le susurré a Joseph cuando se levantaban para irse.

—¿Nos vamos a la cama? Estoy rendido.

Se acababa de ir todo el mundo cuando me lo dijo. Lo miré y, efectivamente, tenía cara de cansado. Nos acostamos y nos abrazamos más fuerte que nunca. Teníamos la completa seguridad de que ese día ambos habíamos tenido una gran suerte.

—Buenas noches, mi niño —susurré ya a oscuras tras un largo beso.

—Buenas noches, mi niña —me respondió aferrándose a mí.

Al final debí de encontrar el botón ese y mi cerebro se desconectó hasta las nueve de la mañana del sábado.

Joseph ya se había levantado y lo oí abajo, hablando por teléfono. Me vestí rápidamente y bajé. Tan pronto me vio, tendió su mano para que me acercara. Al ver las marcas en su frente y en su nariz volví a ser consciente de lo que había pasado el día anterior.

—Es Aranguren, quiere hablar contigo.

—Hola, Hércules, ¿cómo vas?

—Mejor, aunque un poco cansado.

Aún sin verlo, notaba la pérdida de fuerza en su potente voz.

—Julia, quiero que mientras yo no pueda volver a trabajar seas tú la que te encargues de la revista.

Negué con la cabeza y empecé a pasear nerviosa por el amplio salón, haciendo honor al significado de teléfono móvil.

—Por favor, Hércules, yo aún acabo prácticamente de terminar mi carrera y...

—Déjate de tonterías, Julia —protestó con voz cansada—. Sabes de sobra cómo funciona todo y sabes que tendrás toda la ayuda que necesites, tanto por mi parte como por parte de los demás. Además, ahora que de momento estamos con una persona menos.

Me quedé en silencio. Sabía a quién se refería.

Joseph vocalizó el nombre de Esteban y se llevó el dedo a la boca para indicarme que no sacara a relucir el tema que tenía en mente. Me fijé en su cara y me di cuenta de que algo grave pasaba.

—Está bien, cuenta conmigo —respondí apresuradamente—. Nos vemos, descansa.

Colgué y me quedé mirándolo sin querer preguntar. Volvió a tenderme la mano, la agarró y me abrazó.

—Esteban —carraspeó emocionado—, me acaba de llamar Marcos, ha muerto.

Hundí mi cabeza en su pecho y, abrazada él, comencé a llorar. Se movió conmigo y se sentó en el sillón más cercano acomodándose en su regazo. Lloré con dolor por Esteban, pero también lloré con angustia porque en ese momento fui consciente de que esa noticia nos la podían estar dando a mí o a él.

—No es justo, Joseph, solo tenía veintitrés años. —No me respondió; sabía lo absurdo de mi observación. Como si el ser joven te mantuviera a salvo de morir. Una oleada de ira recorrió mi cuerpo—. Ojalá lo paguen —solté con rabia.

—También hablé con César —prosiguió cambiando de tema—, ya han detenido al empleado que dejó entrar el paquete en la redacción. ¿Sabes? —Me miró dolido—. Lo conozco, llevaba más de tres años trabajando en la empresa.

Su tono denotó sorpresa, pero sobre todo decepción y su mirada se perdió, seguramente, en alguna de las muchas veces que ambos intercambiaron alguna palabra.

—Oye, no ha sido culpa tuya. —Desvió la cabeza evitando el mirarme. Agarré su cara entre mis manos—. Mírame, Joseph, por favor, mírame —insistí ante su negativa a hacerlo—. Tú tratas bien a tus empleados, pero eso no los convierte en buenas personas si no lo son. Él fue el que falló, no tú —rematé.

—Ya he hablado con Alberto —añadió ya más calmado—. Salvo sus padres no tenía familia. Le he dicho que acelere lo de la indemnización y que les asegure una paga el resto de su vida. Los gastos del entierro correrán a cargo de la empresa.

Bajó la cabeza, de nuevo abatido, sabía que para él nunca nada de lo que hiciese iba a ser suficiente.

—Eso está bien, Joseph, muy bien. —Tomé su cara en mis manos y lo besé. Cerró los ojos y suspiró aliviado. Pero también tendremos que ir a su entierro y decirles todo eso personalmente a sus padres.

—De acuerdo.

—Y ahora nos vamos a volver a acostar —ordené suavemente—. Quiero que me despiertes, de nuevo, como todos los días. —Sonreí entornando los ojos y lo volví a besar. Su beso cambió, al igual que su mirada, y subimos a despertarnos de nuevo.

Capítulo 42

Otros seis meses habían pasado. Otros seis meses que habían pasado volando. Nuestra vida se había adaptado a otra rutina diferente y conseguimos olvidar que estábamos permanentemente vigilados. César investigó a fondo lo sucedido y se pudo demostrar, como Leo había dicho, que Las tres Marías y el hijo de puta de Castillo estaban detrás de todo lo sucedido, lo cual no hizo más que empeorar su situación. Yo, sobre todo al principio, me tuve que poner las pilas para conseguir que la revista no se parara y no sé ni cómo, pero lo conseguimos. Afortunadamente, Aranguren a los dos meses se incorporó y todo volvió un poco a su lugar. Las mesas volvían a estar llenas de papeles en un ordenado caos y, salvo en nuestra memoria, no quedaba rastro de lo sucedido. Eso sí, nadie quería sentarse en la mesa de Esteban. Creo que todos teníamos el absurdo deseo de que en algún momento entrase por la puerta con su eterna sonrisa y que volviera a ocupar su lugar. Durante ese tiempo subía a menudo a nuestra verdadera casa, como la llamaba yo entonces. Tenía la necesidad de salir a su terraza y respirar fuerte mirando a la siempre hermosa playa de Copacabana. Necesitaba, cada cierto tiempo, volver a recargar las pilas de mi memoria en este lugar. Pese a que nuestro «Campo de amapolas»

era una casa preciosa y el entorno inmejorable, ese lugar siempre tendría para mí una magia especial.

—Volveremos pronto. Te lo prometo.

Estábamos los dos de pie, en esa fabulosa terraza, admirando la hermosa playa que teníamos a nuestros pies. Me abrazó y me dejó abrazar, suspirando nostálgica.

—Es única —fue lo único que pude decir.

Levantó mi cara con su mano y nos miramos con los ojos llenos de amor. Se acercó despacio a mi boca y acarició mis labios con los suyos.

—A veces, tanta belleza deja a uno sin palabras —susurró sobre ellos mirándome sin pestañear.

—Pues, si subimos a nuestra habitación, te voy a dejar sin algo más que palabras —murmuré yo también sobre sus labios mirándolo de forma insinuante.

Aún sonreía cuando, en sus brazos, llegamos a nuestra habitación.

Estábamos a finales de septiembre y acabamos de hacer dos años de casados. Aunque él no lo sabía, mi ansiado regalo se hacía esperar. Tenía a todo el mundo como loco. Alberto, Asun, Marcos, Ana, María, Emerson, Manuel, Mark..., todos andaban de un lado para otro resolviendo mil y un problemas que se presentaban. El mayor de todos, que Joseph no se enterase. Y francamente era complicado, habida cuenta de que compartíamos despacho. Un día, sin más, estaba en la redacción y me llamó para que subiera. Cuando entré, ahí estaba. Una amplia mesa, igual que la suya; con un impresionante ordenador, como el de él; un cómodo sofá, réplica exacta del suyo, y dos sillas iguales a las que tenía él delante de su mesa.

—Hay espacio de sobra y estoy más tranquilo si te tengo siempre cerca.

Lo miré y no pude evitar el que mi cara se partiera en dos de una sonrisa. Él me miraba emocionado, ilusionado, como un niño con zapatos nuevos.

—Yo también quiero fotos, en frente, en la pared y también sobre mi mesa —exigí sentándome en mi nuevo sofá y lo hacía girar.

—Está bien, hablaré con Manuel, pero te estás volviendo muy exigente —bromeó feliz sentándose en mi regazo—, eso sí, para evitar que me vuelas la cabeza con tus bolas de papel, tu papelerera es un poco más grande.

Me fijé y en un lateral de la mesa había semejante papelerera que fácilmente podría caerme dentro y no poder salir. Fruncí el ceño, los labios y puse mi cara de tomate rabioso, como él decía, antes de estallar ambos en sonoras carcajadas. Pocas veces lo oía reír así y me gustaba. Tenía una risa fuerte, profunda, que transformaba su cara y la llenaba de luz. Un sorprendido Alberto se paró en seco al entrar y ver semejante cuadro. Joseph sentado en mi regazo, serio, simulando leer un papel, mientras mis brazos salían por detrás y hacía que tecleaban en mi nuevo ordenador. Se llevó semejante susto al pensar que su jefe se había convertido en una especie de mutante con cuatro brazos que todos los papeles que llevaba en la mano salieron volando. Aún nos estábamos riendo de nuevo cuando Joseph se sentó en su mesa.

—Óscar ha aparecido muerto en su celda. Sobredosis —fue su lacónica explicación.

Joseph y yo nos miramos totalmente serios.

—Él se lo ha buscado —dijo Joseph brevemente.

No se habló más del tema. Hacía tiempo que no teníamos sabíamos nada de Leo.

Leímos la siguiente noticia en los periódicos. Un motín con intento de fuga en una cárcel. Se había saldado con la muerte del instigador. Hubo varios internos y policías heridos. El nombre del cabecilla: Esteban Cruz. Habían pasado dos meses desde la muerte de Óscar. Nadie dijo nada. Seguíamos sin noticias de Leo.

Cogí el teléfono, contenta. Era mi amiga Isabel. El dos mil dieciocho acaba de empezar y, pese a que nos habíamos felicitado todo lo que se podía felicitar, no me pude imaginar el contenido de su llamada.

—Oye, ¿te has enterado de lo de Castillo? —fue su saludo.

—No, ¿qué ha pasado? —pregunté asustada.

Me senté como un resorte en la tumbona. Seguíamos en nuestro «Campo de amapolas», acabábamos de comer y descansábamos relajados hasta ese momento. De repente, los latidos de mi corazón se habían disparado. Agarré de la mano a Joseph, que, ante la expresión de mi cara, me miraba alarmado. Temía oír que se había escapado o que la justicia lo había soltado. Ya me parecía sentirlo entrar en nuestra casa.

—¡Joder!, pensé que ya lo sabríais...

—¡Qué! —exclamé impaciente.

—Nos hemos enterado por un amigo nuestro. Alguien en la cárcel se enteró de que, entre otras cosas, ese cabrón era un pederasta y apareció muerto en las duchas apuñalado —habló bajito como si alguien más pudiera escucharnos y durante unos segundos me quedé paralizada por el estupor.

—Gracias, Isabel, te llamo.

Tenía que colgar rápido y poder abrazarme a Joseph, que lo había escuchado todo. Respondió a mi abrazo con fuerza y ninguno dijimos nada, pero ambos respiramos con mayor libertad desde este instante, el mismo en que el teléfono de Joseph sonó.

—Hola, Alberto —fue lo único que dijo. Entonces él, en primera persona y en silencio, volvió a oír lo mismo.

—No tuvimos nada que ver con esto, Julia, por favor, intenta tranquilizarte. En las cárceles a veces pasan estas cosas. Julia, por favor, vivamos tranquilos...

Agotado, la voz de Joseph se fue apagando hasta acabar convertida en un murmullo suplicante. Llevaba todo el día con esa cantinela, pero no conseguía tranquilizarme. Egoístamente, sabía que tenía razón, pero las dudas que a modo de satélites orbitaban alrededor de mi cabeza me impedían que pudiera disfrutar de esa paz y tranquilidad que tanto tiempo llevábamos esperando.

—Habla con Leo, pregúntale —insistí mientras paseaba nerviosa por el salón.

—Está bien —accedió cansado.

—Hola, Leo, sí, todo bien. Julia quiere preguntarte algo.

De mala gana me pasó el teléfono y, con las manos en los bolsillos, se quedó mirándome fijamente.

—¡Hola, Julia!, ¡cuánto tiempo!, dime.

El tono alegre de Leo casi me hace desistir de hacerle semejante pregunta. Temía que yo y mis ansias detectivescas consiguieran destruir el vínculo tan especial que les unía a ambos. Puse el manos libres y tragué saliva antes de empezar a hablar.

—Te quería preguntar una cosa, ¿puedo?

Un corto silencio siguió a mis palabras y, pese a no poder verlo, me estaba imaginando esos increíbles ojos azules convertidos en una fina raya.

—Quería hacer una reserva para invitaros a cenar. Mi madre tiene ganas de veros, ¿cuándo podéis? —fue su manera de cortar de

plano mi conversación.

—Mañana es viernes —habló Joseph—, ¿te va bien?

—Por mí perfecto.

—Vale, pues entonces hasta mañana.

—¿Contenta? —preguntó mirándome serio tras cortar la llamada.

No supe qué decir. Aun sin saber por qué tenía la sensación de haber metido la pata.

—Pues no —contesté irritada— y lo más absurdo es que no sé por qué.

Era tarde y desde que vivíamos fuera de Río teníamos que madrugar más. Me levanté enfadada del sofá, subí a nuestra habitación y nos metimos yo y mi mala hostia en la cama. Tardó un poco en subir. Lo oí desvestirse y acomodarse a mi lado, desnudo, como yo.

—No te hagas la dormida —susurró dejando que su aliento acariciara mi nuca. No pude evitarlo y se me escapó una sonrisa, pero decidí, aunque solo fuera un poco, hacerme la dura—. ¿Duermes? —insistió besando «mi/su» tatuaje.

—Sabes que no, ¿contento? —rezongué, aguantando las ganas de darme la vuelta y darle un beso.

—No, si tú no lo estás —habló mimoso.

Sabía que con esas frases me desarmaba. Me volví y lo miré.

—¿Por qué te disgustó llamar a Leo?

Suspiró, ausente, acariciando mi cara. Su dedo índice acarició mis entonces bien hidratados labios.

—Leo es un buen amigo —empezó a hablar tras pensárselo unos segundos—, él dice tener una deuda permanente conmigo, pero lo cierto es que soy yo el que la tengo con él. Él lo sabe y yo lo sé. — Sus dedos siguieron, distraídos, su camino y bajaban por mi cuello haciendo que aquella conversación cada vez me interesara menos —. Pero su mundo es muy complicado, Julia, y no quiero que tenga problemas por nosotros o nosotros por él. Él lo sabe y lo entiende, yo también. ¿Lo entiendes tú? —Depositó esa pregunta sobre mis labios que se abrieron ansiosos por cambiar de tema.

—En estos momentos solo entiendo que te quiero —murmuré mientras mi lengua acariciaba sus labios.

Respondió de inmediato. Toda nuestra tensión desapareció y fue sustituida por una gran excitación. Nos besamos y acariciamos con avidez, como si quisiéramos escapar de cualquier momento que nos pudiera separar. Se movió sobre mí y sentí su aliento en mi sexo, al mismo tiempo que yo tenía el suyo en mi boca. A punto de correrme se apartó y cayendo sobre mí me penetró con fuerza. Solo alcancé a abrazarme a él a la vez que enroscaba mis piernas alrededor de su cintura y me besó con tal ímpetu que nuestros dientes chocaron entre sí. No hubo tiempo a más, no necesitábamos nada más. Un largo, intenso y profundo gemido se confundió con el mío mientras nuestros cuerpos se tensaban, el uno sobre el otro, de puro placer. Se derrumbó sobre mí, sudoroso, con el corazón agitado como yo. Se deslizó hacia un lado y apoyó su cabeza en mi hombro. Así estuvimos, en silencio, esperando que se normalizara nuestra respiración. Tras unos instantes, levantó su cabeza y me miró con sus bellos ojos negros, llenos de luz.

—Te quiero tanto, Julia, no consentiré que nadie te haga daño.

—Chsss, lo sé, yo también. Te quiero tanto que a veces creo que voy a reventar de amor.

—Entonces, todo está bien, buenas noches, mi niña —habló tras exhalar un feliz suspiro.

—Buenas noches, mi niño. —Lo besé dulcemente.

Un sonriente José María nos condujo a nuestra mesa. Leo y su madre nos estaban esperando. La noté desmejorada, pero manteniendo ese brillo de eterna luchadora en su mirada. También noté la cara de preocupación de Leo. La cena transcurrió en un ambiente relajado, intentando hablar de temas banales. Me fijé en que apenas comió pese a la insistencia de su hijo. Se la veía cansada y, tan pronto acabó la cena, Leo llamó a uno de sus hombres para que la llevaran para casa.

—Cuidaos mucho y seguid siempre así de felices, os lo merecéis. — Nos abrazó cariñosa y pasó su arrugada mano por la cara de Joseph—. Gracias por todo, sé siempre su amigo —susurró mirando de reojo a un emocionado Leo—, le viene muy bien.

—Así lo haré —respondió Joseph tras su consabido carraspeo y tosecilla.

Cuando se fue un incómodo silencio se vertió sobre nosotros.

—No la veo bien. —La voz de Joseph sonó preocupada y la mirada de Leo se ensombreció.

—Porque no lo está.

—¿Otra vez?

—Sí, el maldito cáncer que cada cierto tiempo se acuerda de ella.

—¿Dónde?

—Pulmón.

Leo emitió un prolongado suspiro y tomó un sorbo de su café. Yo los miraba en silencio, no pintaba nada en su parca conversación.

—Hablaré con Marcos, si aquí no se puede hacer nada miraremos si en otro lado sí —habló rápidamente Joseph.

—Te lo agradezco, Joseph, ya lo estamos mirando, pero, créeme, ya has hecho bastante y...

Tanto Joseph como yo pusimos a la vez los ojos en blanco.

—Ya, Leo, ya está bien de hablar de esto cada vez que nos vemos —interrumpió Joseph dejando la servilleta, con rabia, en la mesa.

Estaba enfadado, pero no con Leo. Yo sabía que su enfado era por la impotencia y por saber que se acercaba el momento en que no pudiera hacer más.

—Está bien, Joseph, intentaremos que mi madre siga sableando tu cuenta bancaria mucho tiempo. —No sé cuándo lo conseguimos, pero en momentos como ese lo llamaba por su nombre. Y, aunque también le costó, consiguió esbozar una deslumbrante sonrisa—. Ayer me ibas a hacer una pregunta... —empezó a decir tras otro incómodo silencio posando sus hermosos ojos azules en mí.

—Déjalo, Leo, fue una estupidez, no tienes que darme ninguna explicación —me apuré a decir.

Cerró los ojos, pensativo, Joseph permanecía serio y tenso. Los abrió de nuevo y miró a su alrededor comprobando que no hubiera nadie cerca.

—No estoy hablando con Julia Torres, la periodista. Espero estar hablando con Julia Torres, la señora Levi —advirtió mirándome serio. Ante su dura mirada solo fui capaz de asentir—. En mi mundo, Julia, la clave del poder está en el respeto más que en el miedo. Si te temen y te respetan se lo pensarán dos veces antes de enfrentarse a ti. Si solamente te temen con encontrar a alguien que dispare más rápido está todo arreglado. —Se hizo el silencio mientras él revolvía con la cucharilla un inexistente café.

»Cuando una persona da su palabra y no la cumple tiene que haber consecuencias —prosiguió apuntándome con la cucharilla—. Una,

por el hecho en sí de no respetar un acuerdo y, dos, para que el resto se dé cuenta de lo que le pasa a este tipo de personas.

—Entonces, ¿llegaste a un acuerdo con...? —no me atreví a terminar la pregunta y me quedé mirándolo con los ojos como platos.

Suspiró de nuevo y se llevó la mano a la frente sopesando lo que iba a decir.

—Supón que voy a hablar con ellos. Supón que llego a un acuerdo por el que su estancia en la cárcel será tranquila a cambio de que ellos estén tranquilos y no se metan con nadie. Supón que aceptan y supón que, al poco tiempo, te enteras de que te la están jugando... —Volvió a callarse y miró a Joseph que parecía haberse quedado mudo—. Todo supuestamente, claro —aclaró levantando las manos.

—¿Y por qué, supuestamente, tendrías que hacer todo eso? —insistí poniendo a prueba la paciencia de Joseph.

—Va a ser una buena periodista —bromeó Leo guiñándole un ojo—. Porque para mí sois mi familia y eso no es ningún supuesto.

Su gesto cambió y su mirada se endureció. Abrí la boca, pero una mano sobre mi brazo me interrumpió.

—Déjalo ya, Julia. —La voz de Joseph sonó firme—. Déjalo ya, por favor.

Aunque hervía por seguir haciendo preguntas me di cuenta de que lo estaba metiendo en un apuro. Bastante había dicho ya.

—Hablando de familia —bromeé para romper el silencio que volvía a reinar.

Puso sus hermosos ojos azules en blanco y sonrió abiertamente.

—Cuando encuentre a alguien que mire a mi madre y a mí como tú la miras a ella y a Joseph, entonces hablaremos de familia — diciendo esto agarró mi mano y me la besó galantemente.

Quizás en otro momento Joseph hubiera torcido el morro, pero entonces no. Me miró orgulloso y feliz.

—Ojalá te llegue pronto ese momento, Leo, te lo deseo de verdad.

Joseph le dijo estas palabras mirándolo fijamente. Deslizó su brazo por mi hombro y me abrazó.

Capítulo 43

Se acercaba nuestro tercer año de casados y, por fin, todo en nuestra vida era un remanso de paz. Eso sí, no parábamos de trabajar. Para mi alegría volvimos a nuestra verdadera casa, salvo los fines de semana, que regresábamos a nuestro «Campo de amapolas». Alejandro pudo volver con sus padres, aunque lo que más le costó fue separarse de su adorada Clara, que se había convertido en una preciosa niña rubia de ojos azules que nos tenía a todos embobados. Quizás por eso se habían animado y Ana estaba esperando su segundo hijo. Esa vez iba a ser niño, no lo había dicho yo, lo había dicho la ecografía, pero no sé por qué había algo en ese asunto que me parecía no iba a salir bien. Evidentemente, me guardé de decir nada. Aurelio Pires, el hombre que disparó a Joseph, había muerto por enfermedad. Montes, Cristina, Carlos e Imerda eran los que quedaban, pero todos se habían ido diluyendo en el recuerdo. El mundo era demasiado grande para que nos volviéramos a encontrar. Ihab y su familia estaban totalmente integrados. Contratar a su mujer había sido un gran acierto. Se había revelado como una muy buena pediatra y era la que llevaba a Alberto junior, a Clara y a Alejandro. Desde que llegó al hospital se había convertido en el facultativo con más casos resueltos haciendo la mitad de pruebas. Es lo que tenía el haber trabajado en condiciones tan precarias; te agudizaba el ingenio. Las veces que iba al hospital siempre pasaba por «mi» laboratorio a hacerle una

visita a Ihab y lo veía feliz por haber tomado aquella decisión. Él, por su parte, había conseguido formar un buen equipo y lo cierto es que a veces echaba de menos que ya no me necesitara. Aunque Aranguren se recuperó bien de su infarto, cada vez me fue implicando más en el trabajo de nuestra pequeña redacción. Formábamos una pequeña familia y solo la sombra de lo sucedido con Estaban empañaba, en ocasiones, los muchos momentos de alegría. Lo cierto es que la revista seguía funcionando de maravilla. Fieles a nuestra línea, cada mes un tema monográfico centraba nuestra atención y la tirada de ejemplares aumentaba progresivamente mes tras mes. Por suerte para nosotros, pero por desgracia de nuestra sociedad, teníamos tal cantidad de temas pendientes de sacar que ya teníamos material para todo un año. Las medidas de seguridad seguían siendo importantes, pero, salvo alguna llamada extraña o alguna «sutil» recomendación que, por supuesto, ignorábamos, nada había vuelto a enturbiar nuestra actividad. A nivel de salud, también todo iba bien y mis revisiones semestrales formaban parte de mi rutina. Solo Joseph lo llevaba mal. Unos días antes su sueño se volvía a agitar con la presencia de recurrentes pesadillas. Tan pronto acababa mi revisión y nos despedíamos hasta después de otros seis meses, el sueño de Joseph volvía a ser un fiel reflejo de nuestras vidas; plácido y tranquilo. Él se había hecho las pruebas de ADN. Aunque ya se sabía, confirmaron que Otto era su padre y, tras descontar los correspondientes pagos por las numerosas multas, indemnizaciones e impuestos a pagar por legalizar todo, aún quedó una buena cantidad de dinero del que Joseph, fiel a su palabra, no quiso saber nada. Ya me iba a encargar yo de gestionarlo. Y para qué hablar de nuestra vida. Si me tuviera que pellizcar cada vez que creía estar soñando tendría el cuerpo lleno de cardenales. Estábamos prácticamente juntos todo el día, pero manteniendo cada uno su propio espacio. Reíamos mucho, hablábamos mucho, pero, sobre todo, nos amábamos mucho el uno al otro a todos los niveles. Nos contábamos todo, lo compartíamos todo, nuestras dudas, nuestras inquietudes, nuestras ilusiones..., menos una.

No me acababa de creer que no se hubiera enterado de nada, aunque así lo parecía. Con todos los implicados unidos en un pacto de silencio habíamos trabajado a escondidas, hablando rápido, aprovechando las cada vez más escasas ausencias de Joseph, escondiendo papeles, dinero... A quién más le costó disimular fue al pobre Alberto y, si no fuera porque Asun lo tenía amenazado con «clavarle» su lápiz si abría la boca, hubiera cantado de plano. Entonces yo suspiraba nerviosa; todo aquello también había llegado a su fin y, para variar, no estaba segura de haber hecho lo correcto. De vez en cuando, la Julia de los «y si» reaparecía en todo su esplendor y, en ese momento, me estaba sepultando bajo una montaña de ellos: «¿Y si esto no sale bien?, ¿y si no le gusta la idea?, ¿y si le parece mal que no se lo hayas consultado?, ¿y si...?». Una sensación de pánico invadió mi cuerpo. Al día siguiente sería el gran día y no había marcha atrás; no podía haber marcha atrás. Demasiada gente se había implicado y demasiada gente había trabajado mucho y bien. Esperaba que no se hubiera reparado en que las uñas de Alberto habían vuelto a desaparecer. No le gustaba ocultarle nada a Joseph y, como todos, estaba temeroso de su posible reacción. Se había intentado hacer algo importante, pero también éramos conscientes de que la hostia que nos podíamos llevar también podía serlo.

—Ven aquí —dijo Joseph, de repente, abriendo sus brazos.

Como todos los fines de semana estábamos en nuestro «Campo de amapolas», estaba anocheciendo y yo, pese a estar mirando un hermoso y relajante mar en calma, me dolía el ceño de lo fruncido que lo tenía. Me refugié en sus brazos y respiré hondo. Lo único que le había dicho era que al día siguiente, domingo, teníamos una reunión. Él se había limitado a asentir, sin más. Yo, entonces, me debatía entre decirle algo o dejarlo ir a ciegas y no sabía cuál de esas opciones me inspiraba más temor. Me miró y esbozó la mejor de sus deliciosamente escalofriantes sonrisas. Al día siguiente, justamente, cumplíamos tres años de casados y seguía despertando en mí las mismas sensaciones que la primera vez que lo vi. Ese revoloteo interior, ese pulso que se aceleraba y esa sensación de

vértigo que precedía a la de parecer que no existíamos más que los dos.

—¿Estás preocupada por la reunión de mañana? —preguntó mientras besaba la «lazada» que tenía entre ceja y ceja.

—Pues sí, Joseph —me atreví a decir—. Quiero que sepas..., espero que...

Interrumpió mis balbuceos con un suave beso.

—Te deseo, te quiero, te amo —susurró dulcemente entre beso y beso.

—Yo más.

—Pues no me hace falta saber nada más —interrumpió. Me cogió en brazos y nos fuimos a la cama.

De lo preocupada que estaba, tenía que reconocer que nunca me costó concentrarme tanto como esa vez. Pero con su habilidad y su paciencia consiguió al fin el ansiado relax tras un largo e intenso orgasmo.

—Mañana me será más fácil —comentó, jocosamente, cuando limpiaba el sudor de su frente.

«Eso espero», pensé para mis adentros.

Teníamos que estar allí a las doce de la mañana. Asun y Alberto lo habían organizado para que todo empezara a la una..., si todo iba bien. Por eso quería tener, al menos, una hora de margen para poder calmar a Joseph en caso de que hiciese falta. A medida que nos acercábamos al lugar, mi estómago se encogía un poco más. Emerson, con María y Alejandro, iban delante, y nosotros dos en otro coche detrás. Dos coches más, con los hombres de un insistente Leo, abrían y cerraban la pequeña comitiva. En el nuestro reinaba el más absoluto de los silencios.

—Deja de despellejarte el labio —fue su única observación.

No dijo nada cuando la comitiva llegó a su destino ni tampoco cuando siguiendo al coche de Emerson cruzamos la puerta de entrada de su antigua casa. El muro de piedra seguía intacto, pero era lo único que se había conservado. Yo no había visto cómo había quedado todo, aun así, lo que vi me gustó. Con pena, decidimos que lo mejor era tirar por completo la casa de Joseph si queríamos que este pudiera entrar con calma en ese lugar. La habíamos sustituido por dos edificios; uno, el más grande, dando la bienvenida y el otro en la parte posterior de la gran finca. Ambos de estructura muy parecida y siguiendo los gustos de Joseph; acero, madera, piedra y cristal. Sencillo, pero acogedor. Un camino de piedra, rodeado de numerosas plantas multicolores, conducía al edificio principal. Lo recorrimos en silencio. Emerson, María y Alejandro iban delante. Joseph observaba todo con las manos en los bolsillos, pero no había dicho ni una palabra. Yo me limitaba a ir de su brazo, temblando. De repente, todo se me antojó una locura y tentada estuve de dar media vuelta y desaparecer. Había tal silencio que solo se oía el ruido de nuestros pasos. Tras ese breve paseo nos paramos frente al edificio principal que estaba rodeado por un amplio porche. Teníamos delante un atril y numerosas sillas perfectamente alineadas y dispuestas en filas exactamente iguales, obra del puntilloso Emerson. Joseph se paró en seco y, sin parpadear, se quedó contemplando la casa. Sus ojos la recorrieron de punta a punta, pero se pararon en la inscripción labrada en piedra a la altura de la primera planta:

HOGAR LEVI:

Protección integral de la infancia.

Todos lo miramos anhelantes, expectantes, nerviosos y sin atrevernos a respirar. María apretaba tan fuerte la mano de Alejandro que el niño se soltó con un gesto de dolor. Durante un buen rato Joseph no movió ni un músculo, es más, parecía que, como nosotros, también había dejado de respirar. Sus hermosos ojos, de pestañas eternas, permanecían fijos en la casa, que nada

tenía que ver con la suya, pero sobre todo leían una y otra vez esa inscripción.

—Joseph, yo... —conseguí decir incapaz de aguantar más ese silencio ensordecedor—, es mi regalo, para ti y para la memoria de tu familia. El regalo que te he querido hacer desde que nos casamos. —Era totalmente cierto. Él no había querido el dinero ni de las indemnizaciones que recibimos por todo lo sufrido ni de la herencia que recibió de su padre, cuando las pruebas de ADN confirmaron su parentesco. Todo lo habíamos ingresado en una cuenta que abrió a mi nombre. Pero entonces eso era lo que menos me importaba. Solo quería que se sintiera orgulloso y feliz por lo realizado y por el momento tenía serias dudas.

»Joseph, por favor, dime algo, mándame a la mierda, dime que estoy loca, dime lo que sea, pero, por favor, dime algo —supliqué al borde del colapso.

De repente, se giró y me observó. Me taladró con su mirada llena de luz y llena de lágrimas. Por fin pude respirar, me abracé a él y me envolvió en sus brazos.

—Gracias por esto, mi niña, gracias por mí, por mi madre y por mi abuela —consiguió decirlo sin dudar pese al aluvión de tosecillas y de carraspeos—. Gracias por hacerme tan feliz y...

Se emocionó tanto que optó por darme un apasionado beso, pese a la presencia de Emerson y María, que sonreían felices, y de Alejandro, que avergonzado se tapó los ojos. Solo tuvimos tiempo de hacer una rápida incursión en el edificio, así como en el más pequeño. Atendió las explicaciones que un dicharachero Emerson le fue dando. Observó todo en silencio, asintiendo y visiblemente contento.

—Si hay algo que no te gusta, ya sabes —me apresuré a decir.

No hubo tiempo a más. Empezó a llegar todo el mundo. Marcos y Ana con Clara, que inmediatamente se juntó con Alejandro, César y

Mark, Alberto y Asun, Aranguren y toda la pequeña editorial, Leo y su madre, que contra todo pronóstico seguía plantando cara al cáncer, mi buen amigo Ihab y su familia, así como varios médicos y compañeros del hospital, mi coro, periodistas, fotógrafos, políticos, empresarios, gente famosa, allí no faltaba nadie, excepto Manuel que, como siempre, llegó a última hora. Al poco tiempo todas las sillas estaban ocupadas y bastante gente se tuvo que quedar de pie. La manada, como yo la llamaba, nos sentamos en la primera fila, con Joseph en el centro.

—No tienes que hablar con nadie —le expliqué ante la masiva llegada de la prensa.

Sabía lo que odiaba hablar en público y más viéndose envuelto en toda aquella parafernalia. No se movió de su silla mientras Emerson, ejerciendo de maestro de ceremonias, sentó y colocó en su sitio a todo el mundo. Lo miré arrobada. Estaba guapísimo. Aún sin saber a lo que venía se había puesto el traje azul marino que tan bien le sentaba. Camisa inmaculadamente blanca, la corbata azul con pequeños lunares y, como siempre, sus elegantes e impolutos zapatos negros y de cordones. En fin, para comérselo. Yo, por mi parte, había optado por un elegante traje-pantalón en un favorecedor azul Klein, con unos cómodos zapatos, pese a ser bastante altos, en color negro. Ninguna joya, salvo mis pendientes, mis anillos de compromiso y mi alianza. Para disgusto de mi amiga Gladys, no me había maquillado, salvo un poco los ojos y, en los labios, mi cacao milagroso y un toque de rosa pálido. Saludé a todo el mundo de manera tranquila, relajada y feliz. Una vez vista la fabulosa reacción de Joseph, nada me preocupaba ya. Una elegante Asun se subió al atril y empezó a hablar con el típico acento de quien no era de allí y aún conservaba el suyo.

—Antes de nada —comenzó—, gracias a todos por estar aquí. Esto nos demuestra que, por lo menos, este proyecto despierta interés.

Se volvió un momento para mirar el edificio que quedaba a su espalda y señaló la inscripción.

—Hogar Levi. Protección integral de la infancia —leyó antes de volverse—. Todos sabemos el significado de la palabra hogar, pero también sabemos que hay muchos niños, demasiados, que ignoran el significado de esa palabra. Pues para esos niños se ha creado este lugar. Para los que, por desgracia, no saben lo que es disfrutar de la seguridad y el calor de un hogar o para los que su hogar está muy lejos de proporcionarle esa seguridad y ese calor que le debieran aportar. Niños de la calle —prosiguió tras mirar brevemente a Alberto, que asintió emocionado, niños abandonados, niños maltratados, explotados, niños que en definitiva no saben lo que es vivir como niños. Niños que solo conocen el sufrimiento, los abusos, las vejaciones, niños que no saben lo que es un infancia digna y feliz. Intentaremos que todos esos niños tengan aquí ese hogar —prosiguió señalando la casa—. Un lugar que hará posible que su vida sea como tiene que ser y que consiga que el día de mañana recuerden su infancia con alegría. Nosotros haremos todo lo posible y más para que este proyecto funcione y tenga futuro, pero también sabemos que necesitamos la colaboración de todos ustedes y su implicación en la medida de lo posible. —Sin apenas pausa, se apartó a un lado y un nervioso Alberto ocupó su lugar.

—De entrada, quiero explicar que todo este proyecto de momento ha sido financiado única y exclusivamente con el dinero aportado por los señores Levi. Dinero procedente de las indemnizaciones conseguidas a raíz de los desafortunados hechos que ocurrieron en el pasado y que la mayoría de todos ustedes conocen, así como el dinero procedente de una herencia que el señor Levi recibió. —Se hizo el silencio durante unos segundos en los cuales Alberto dirigió su mirada hacia Joseph en busca de su aprobación. Sabía que hablar de la vida de Joseph suponía caminar siempre por la cuerda floja y esperaba no haber revelado más de lo debido. Un leve asentimiento de cabeza por su parte fue suficiente.

»Todo ello ha supuesto un desembolso económico importante —prosiguió ya más tranquilo— y, aunque afortunadamente disponemos de más recursos, esperamos el apoyo de las instituciones, tanto a nivel económico como a nivel humano, para

facilitar un poco nuestra labor. Asimismo, esperamos y deseamos la colaboración de toda la sociedad y que todo el mundo se implique en un proyecto tan necesario como ilusionante. —Alberto continuó durante un buen rato hablando de números y cuestiones legales.

»Se ha creado para el mantenimiento de todo esto, con los fondos sobrantes, la Fundación Levi. Todas sus cuentas, así como toda la información sobre su funcionamiento, estarán a disposición de quien las quiera ver en la página web que a tal propósito se ha creado. En dicha página también se explicarán los distintos medios de contactar con nosotros.

Finalmente le cedió la palabra a Marcos, que abordó el tema desde el ámbito sanitario.

—El hospital que yo dirijo les proporcionará la cobertura necesaria a todos los niños del Hogar Levi. Su estancia en este lugar será seguida por un grupo de psicólogos, trabajadores sociales y, cómo no, por varios pediatras. Intentaremos entre todos velar para que el desarrollo de todos estos niños sea lo más normal, dentro de sus circunstancias. Cada niño es único y como tal será tratado. El hospital, como todo el mundo sabe, aunque sigue siendo privado, ahora también atiende a gente proveniente de la sanidad pública. Con los niños de este hogar, donde no llegue la sanidad pública, lo hará la privada, con cargo a los fondos de que disponga la propia fundación. Como aquí bien se ha dicho, necesitamos de su ayuda a todos los niveles. Asimismo, es de justicia el decir que la mayoría de compañeros a los que he pedido su ayuda se han ofrecido a hacerlo de forma altruista. —Paró de hablar mientras recorría con la visa a todos los presentes. Todos escuchábamos en el más absoluto de los silencios que solo se veía alterado por los sollozos de las hormonas de Ana.

»Haremos un llamamiento a la sociedad —prosiguió con voz firme—. Estos niños necesitan dinero, pero, sobre todo, necesitan sentirse queridos y protegidos. Hacen falta monitores para realizar actividades y terapias de todo tipo, gente que, en definitiva, quiera destinar su tiempo y, quien pueda, su dinero para conseguir que

estos niños crezcan sanos de cuerpo y mente. En una palabra, hacer que sean felices como todo niño lo debe ser —remató.

Sin pausa, Asun tomó de nuevo la palabra. Miré de reojo a Joseph. Estaba atento, creo que digiriendo todo con lo que se había encontrado, pero parecía relajado, lo cual era clara señal de que lo que allí se hablaba le estaba gustando. Sin mirarme cogió mi mano y me habló en nuestro código secreto. Contesté, respiré satisfecha y yo también me relajé.

»Cuando acabe esta presentación —volvió a hablar Asun—, les mostraremos las instalaciones. Pero antes quiero explicarles la idea con que se levantó este lugar. Hogar, hogar —repitió la palabra con especial énfasis—. Y eso es lo que intentamos hacer. Van a ver una casa como otra cualquiera solo que para más niños. Dentro van a encontrar una distribución de lo más normal. Cocina, comedor, sala, cuartos de baño, habitaciones..., en fin, todo lo que habría en una casa normal, solo que aquí en más cantidad. No queremos que los niños tengan la sensación de vivir en un hotel o en un orfanato. Compartirán espacio y tiempo con el resto de sus compañeros. Colaborarán en las tareas de la casa, en la medida de sus posibilidades, y esperamos conseguir que entre ellos se ayuden. —Paró de hablar y frunció levemente el ceño. En ese momento tuve la sensación de que ponía en su oreja un imaginario lápiz.

»No queremos pintar todo esto como si fuera a ser un paraíso. Sabemos que va a haber muchas dificultades, problemas y discusiones. Todos estos niños tienen un pasado muy complicado y sabemos que esto tiene repercusiones, pero también creemos que, precisamente por lo que han pasado, se merecen que alguien les tienda una mano. Una mano que esta vez va a estar llena de amor, pero del bueno.

Todos los presentes nos levantamos a aplaudir mientras Asun terminaba de decir aquellas palabras cargada de emoción. Vi su cara de sorpresa, que no fue menor que la mía, cuando Joseph se levantó y, agarrado a mi mano, con paso decidido se dirigió al atril. Creo que todo el mundo fue consciente de que aquello no estaba

planeado y, mucho menos, previsto. Sentí cómo el ruido de las cámaras se multiplicaba e intenté, al menos, cerrar la boca hasta llegar al pequeño estrado. Estaba serio, serio y concentrado. Se puso delante del micrófono y durante unos segundos solo se oyó su famosa tosecilla y carraspeo. Miré al frente y vi que hasta Ana, de la sorpresa, había dejado de llorar. El resto se limitaba a mirarlo extrañado y noté cómo todos, igual que yo, conteníamos la respiración. Los que lo conocíamos bien sabíamos lo que odiaba hablar en público, ante desconocidos y, para guinda del pastel, de un tema especialmente doloroso para él. Al cesar el ruido de las cámaras, el silencio fue total, y parecía que el mundo entero había dejado de moverse a la espera de sus palabras. Mantenía mi mano en la suya, pese a mis intentos por soltarme. «¡Qué mierda pinto yo aquí! —pensé para mis adentros—, si parezco un poste». Para seguir sorprendiéndonos empezó a hablar con voz pausada, serena y, al mismo tiempo, ausente:

—La verdad, como no sé por dónde empezar, voy a hacerlo por el principio. Yo viví aquí, en este lugar que ahora es tan diferente. Crecí en una gran casa, con mucha gente trabajando en ella, fui a un colegio caro, tenía muchos y muy buenos regalos, ropa cara..., en fin, lo que en general se podría considerar una buena vida y una infancia feliz. —Me miró unos segundos, y asentí, orgullosa, animándolo a que siguiera adelante.

»Pues nada más lejos de la realidad. —Apoyó su mano libre en el atril y continuó despacio—: Mi vida y la de mi familia fue un auténtico infierno. —El ruido de su tosecilla y carraspeo fue sepultado por el de las cámaras y el murmullo de sorpresa de la gente—. Mi padre convirtió nuestra vida en una pesadilla — prosiguió al cabo de unos segundos— que hasta hace relativamente poco tiempo no tuvo fin. Vivió y murió intentando hacer el mayor daño posible, en este caso, a mi ser más querido y, por ende, a mí. —Volvió a callar unos instantes con su mano estrujando la mía, y la gente se inclinó en sus asientos, expectante.

»Pese a lo que la mayoría de la gente cree, ninguna clase social se libra de esta lacra y, por desgracia, sé de lo que aquí se está hablando. Lo padecí en primera persona y mi familia también. Por eso, como bien ha dicho mi abogada, sé lo necesario y maravilloso que es que alguien te tienda una mano llena de amor, pero del bueno. —Volvió a girar su cabeza para mirarme. Yo hacía un buen rato que tenía los ojos llenos de lágrimas y, pese a mis intentos por evitarlo, noté cómo lentamente empezaban a caer por mi cara.

»Hace muchos años —prosiguió tras una nueva oleada de carraspeos y tosecillas—, cuando no era más que un adolescente solo y asustado, tuve la gran suerte de encontrar a unas personas maravillosas que me tendieron su mano y me dieron su fuerza y su ánimo para seguir adelante y poder continuar. Gracias a Emerson y María, gracias a Marcos y Ana, gracias a César y Manuel, mi manada, mi familia. Gracias por, pese a todo lo ocurrido, tenderme vuestra mano. —Su voz se quebró de la emoción y tuvo que parar de hablar. Los miré uno a uno y era la primera vez que, salvo en el hospital, los veía llorar a todos a la vez. Nadie disimulaba la emoción porque en esos momentos nadie podía ni quería hacerlo. Noté cómo su mano se aferraba a la mía y la levantaba ligeramente. Literalmente, dejé de respirar.

»Hace no tanto tiempo, tuve la suerte de que un ser único y especial me mirara y me tendiera no una, sino sus dos manos —diciendo esto besó mi mano que mantenía agarrada—. Hizo de mí el hombre más feliz del mundo y consiguió que pudiera dejar atrás mi pasado, reconciliándome con él. —Me miró sonriendo, y yo lo correspondí con una sonrisa bañada en lágrimas—. Como me dijo muy sabiamente una vez, para poder cerrar las puertas primero tienes que abrirlas. Gracias, Julia —habló emocionado—, gracias, señora Levi, por tenderme tus manos llenas de amor del bueno y ayudarme a cerrarlas. —Volvió a besar suavemente mi alianza mientras yo ya había desistido de parar de llorar y me conformaba con no perder totalmente la compostura. Volvió a mirarme, y esa vez fui yo la que, sin pensarlo, besé su mano. Más tosecillas y carraspeos.

»Y no puedo ni debo olvidarme de nombrar aquí a dos mujeres... — Mi capacidad pulmonar debía de ser increíble. No recordaba la última vez que había respirado, pero, desde luego, ese no era momento para hacerlo. Incapaz ni de parpadear, fui yo la que estrujé su mano.

»Mi madre, Clara, y mi abuela, Sara —habló seguro, firme y sin vacilación—. Ambas intentaron protegerme y ambas dieron su vida por ello. Tardé en entender, y lo logré gracias a mi esposa, que todo lo que habían hecho había sido consecuencia de su determinación por defenderme debido al gran amor que sentían por mí. Gracias, mamá; gracias, abuela. Todo esto es posible, también, gracias a vosotras. —Su voz tembló y, sin darse cuenta, dos gruesas lágrimas rodaron por su cara.

Pese a ver a todo el mundo borroso, distinguí a María y Ana tapándose la cara con las manos; César, con la cabeza sepultada entre los hombros, lloraba; al igual que Mark, Emerson y Marcos miraban fijamente a Joseph mientras dejaban que sus lágrimas rodaran sin pudor alguno por sus caras. Supuse que cada uno, al igual que Joseph en aquel instante, recordaba y se enfrentaba con su propio pasado. Aranguren se debatía entre la emoción y la sorpresa. Los azules ojos de Leo brillaban como estrellas y su cara era el fiel reflejo del esfuerzo titánico que estaba realizando por contener la emoción abrazando a su madre que, con los ojos cerrados, lloraba sobre su hombro. Alberto lo hacía también con la cabeza baja, y Asun, todo lo contrario, levantaba la cabeza y miraba al cielo intentando serenarse. Dando un paso atrás, se apartó del micrófono. Una avalancha de periodistas y fotógrafos empezó a acercarse, y todos los demás seguían sin poder reaccionar. Hasta la gente menos cercana seguía inmóvil, sobrecogida por lo que acaba de oír. Miré a Asun y a Alberto, que aún seguían llorando. Me entendieron con la mirada, y un Alberto de ojos rojos y una Asun poniendo de nuevo su imaginario lápiz en su lugar habitual, se interpusieron entre ellos y nosotros.

—El señor y la señora Levi no harán ninguna declaración más. Ahora, si les parece bien, les mostraremos las instalaciones. —La voz pausada de Alberto y el gesto enérgico de Asun, a modo de azafata, solucionaron rápidamente el tema.

Al final, cada uno se fue recomponiendo como pudo y, rodeados por su manada, empezamos el recorrido.

Capítulo 44

—Estoy muy orgullosa de lo que has hecho hoy.

Saliendo del agua, lo abracé mientras le decía eso. Acabamos de darnos un refrescante baño en la piscina de nuestra verdadera casa y decidí que era hora de que le dijera algo. No habíamos podido hablar de lo sucedido, ya que después del recorrido por las instalaciones del Hogar Levi la manada y alguno más nos habíamos reunido para comer todos juntos en el restaurante de José María. Nadie hizo alusión alguna a las emocionantes palabras de Joseph. No hacía falta y nadie quería empezar a llorar de nuevo. Bueno, todos, salvo Ana, que fiel a su estilo no había parado desde aquella. Todo el mundo estaba feliz y hablábamos sin cesar del nuevo proyecto. Ya allí tuvimos unas buenas «ofertas». César se ofreció para dar clases de krav magá; Mark de informática; Manuel, todo lo relacionado con su mundo, que era mucho: fotografía, pintura, diseño, tatuaje...; Emerson se comprometió a enseñar a montar, a desmontar y a arreglar todo lo que hiciera falta; María, Ana..., todo el mundo estaba exultante y con ganas de trabajar. Hasta Leo quería formar parte y no sabía cómo.

—Yo os conseguiré todo el material que os haga falta y a buen precio —bromeó.

Incluso César se rio. Se notaba que, muy a su pesar, Leo le caía bien, aunque sus mundos inevitablemente chocasen de vez en cuando. Joseph estaba silencioso, escuchando, pensativo y, de vuelta a casa, el único comentario que hizo fue acerca de llevar el

piano para allí. Me pareció bien. Ya era hora de que la música volviera a ese lugar y, no sabía por qué, pero me daba la sensación de que iba a ser de la mano de Joseph.

—¿Crees que hice bien? —preguntó dubitativo mirándome a través de las gotas de agua que caían por su cara—. No sé si hubiera sido mejor...

—¿Seguir callado? —interrumpí—. ¿Seguir mintiendo?, ¿seguir ocultando la verdad? No, Joseph, no —aseveré rotunda—, por fin tu mundo está en orden. Por fin les has dado a tu madre y a tu abuela el sitio que se merecen. Un lugar lleno de amor, de luz, pero, sobre todo, de dignidad. —Besé su boca mojada y sonriendo se apretó contra mí. Noté cómo su erección iba en aumento a medida que el beso se hacía más intenso—. ¿Ves?, hasta él está orgulloso —ronroneé mimosa metiendo mi mano en el interior de su bañador.

Un soplido salió de entre sus dientes y su lengua pareció llegar hasta el fondo de mi ya alterado vientre.

—Agárrate a mi cuello y rodea mi cintura con tus piernas —susurró ronco sobre mis labios.

No me hice de rogar y así entramos en nuestra habitación. Por el camino fue desatando mi bikini que quedó tirado, indicando el camino, a modo de miguitas de pan. Me tendió en la cama con suavidad y sin pronunciar palabra empezó a besarme.

—Quiero besar tu nuca. —Giré mi cabeza y se la ofrecí a sus labios. Besó «mi/su» tatuaje con reverencia para enseguida volver a mi cara, mis hombros, mis pechos...—. Mmmm, están algo fríos. Habrá que calentarlos —murmuró para sí mismo. Con sus labios recorrió mis cicatrices y con su lengua consiguió que cobraran vida de nuevo. Siguió deslizándose sobre mi cuerpo y se volvió a deleitar con su otro tatuaje, consiguiendo que de mi sexo empezaran a salir rugidos de placer.

»Estas tan a punto... —Oí su voz mientras sus dedos conseguían que me retorciera de placer.

—Déjame ahora a mí —le pedí a punto de correrme.

Obediente, paró y se tumbó boca abajo siguiendo mis órdenes. Empecé a deslizar mi boca por sus hombros y los rocé con mis dientes, igual que él me hacía a mí. Tenía la cabeza ladeada y pude ver cómo cerraba los ojos con evidente placer. Despacio, me fui deslizando por su espalda y besé todas y cada una de sus cicatrices. Con cada beso, un gemido casi infantil salía de su garganta. Se dio la vuelta y me miró intensamente con respiración agitada, pero ya no por miedo o por vergüenza. Tiró de mí y me tumbó sobre él abrazándome y besándome con todas sus fuerzas. Nuestras lenguas se unieron y se volvieron locas, como nuestros cuerpos. Cuando pude darme cuenta estaba sobre mí y, de una embestida, me penetró hasta el fondo con toda su fuerza. Mi cuerpo se arqueó bajo el suyo y un sonido gutural salió de entre mis labios. Sonido que acompañó a las oleadas de placer que, sin avisar, inundaron todo mi interior moviéndolo en mágicas convulsiones. Con un fuerte gruñido aceleró sus movimientos hasta que su orgasmo se confundió con el mío, consiguiendo que nuestros cuerpos se movieran a la vez en un acompasado desbarajuste.

—¿A qué hora llegan los niños? —preguntó medio adormilado.

—Mañana, a partir de las nueve —respondí de igual forma.

—Pues habrá que estar ahí. —Se pegó a mi cuerpo y, feliz, se hundió en mi piel. Sonreía. Yo también.

Iban a venir un total de cuarenta niños, veintidós niñas y dieciocho niños. Sería de los pocos *rankings* en que las mujeres seríamos mayoría. Había tres parejas de hermanos y, en general, sus edades oscilaban entre tres y dieciséis años. Éramos conscientes de que se quedaban muchos fuera, pero de alguna manera había que empezar. Para nuestra sorpresa, los tres —César, Mark y Leo— estaban charlando animadamente cuando llegamos. Un nervioso

Joseph no paró de moverse, inquieto, hasta que llegó el autobús, al igual que el personal que los iba a atender y que también los estaba esperando. Dos cocineras, dos personas encargadas de la limpieza y el personal de mantenimiento formaban el reducido ejército mandado por la pequeña, pero enorme, señora Ana. Recuerdo que, antes de planteárselo en su totalidad, ya me había dicho que sí. Iba a vivir allí, con todos ellos, como una presencia familiar y permanente. Ella, que había perdido a su marido y a sus hijos, podría dar todo el amor que tenía dentro a estos niños. Además, cuando se enfadaba tenía muy mala hostia y eso a veces venía bien. De repente, el autobús llegó y todos, nerviosos y con el corazón en un puño, nos dispusimos a dar a esos niños una cálida bienvenida. Los más, venían asustados; otros, desafiantes, y también los había indiferentes, pero lo que tenían en común era que de todos emanaba una gran sensación de soledad y tristeza. Una pareja de hermanos me resultó especialmente conmovedora. Un niño y una niña, de cinco y tres años respectivamente. Él mantenía a su hermana fuertemente agarrada con su pequeña mano, protegiéndola como un pequeño hombrecito. De padre desconocido, su madre había aparecido muerta por sobredosis en otra ciudad. Nadie se preocupó de ellos durante mucho tiempo y sus ojos reflejaban un miedo y una angustia atroz. Iba a acercarme a ellos, pero César y Mark se me adelantaron. Se acercaron, se agacharon y les tendieron sus brazos. A todos se nos puso un nudo en la garganta contemplando esa escena. Un habitualmente contenido César se deshacía en caricias con la pequeña mientras Mark hacía lo mismo con su hermano. Los cogieron en brazos, aun así, seguían agarrados el uno al otro. Otro, salió del autobús abriéndose paso a empujones. Era de los mayores y las huellas de la calle, durante tantos años, habían endurecido su piel, pero sobre todo su espíritu. Gritando a pleno pulmón nos insultó a todos y nos amenazó con que tan pronto pudiera se iba a escapar. Esa vez fue Leo el que dio un paso al frente. Se acercó al él y lo levantó en el aire, como si fuera una pluma, hasta ponerlo a la altura de su cara. Todos contuvimos el aliento, pero, sobre todo, el chiquillo que de repente dejó de gritar. Había que reconocer que el físico de Leo ya era lo suficientemente impactante estando relajado, pero, cuando se enfadaba, esos

increíbles ojos azules se volvían tremendamente amenazadores y parecía que te iban a fulminar de un momento a otro. Lo mantuvo en el aire unos segundos y le susurró algo al oído. Nadie pudo oír lo que le estaba diciendo, pero lo que sí vimos fue cómo la expresión del niño cambió paulatinamente. Al final, agachó la cabeza y asintió levemente a lo que le siguió diciendo Leo antes de permitir que sus pies volviesen a tocar el suelo. Tras una cariñosa colleja en el cuello lo dejó ir. Parecía un corderito.

—Leo, ¿qué le has dicho? —pregunté curiosa.

Se volvió a mirarme con un gesto tan serio que hasta a mí me asustó un poco.

—Cada niño tiene su propio lenguaje. Yo solo le hablé en el suyo. — Me sonrió levemente y se calló.

Miré de reojo a Joseph, que había contemplado la escena en silencio y decidí no preguntar más. A veces, sobre todo cuando se trataba de Leo, era mejor y, a fin de cuentas, el resultado parecía bueno.

Uno tras otro fueron bajando y entre todos los fuimos llevando a su nuevo hogar. Con sus miedos, con sus dudas, todos cruzaron la puerta de su nueva casa y volví a sentir ese pellizco en el corazón cuando vi a Joseph, sonriente, entrar en la casa con un niño en brazos y otro de la mano. Durante unos breves instantes mis ojos se humedecieron y todo me volvió a parecer tremendamente injusto. La que parecía tener veinte brazos era la señora Ana. No hubo un niño que no entrara en la casa sin antes recibir un beso y un abrazo por parte de ella y lo que primero les enseñó a todos fue dónde estaba su habitación.

—Voy a vivir con vosotros y mi puerta estará abierta las veinticuatro horas del día —los tranquilizó.

Suspiré satisfecha en «mi/su» despacho. Acabábamos de llegar, tras dejar a los niños instalados en su nuevo hogar, y aún

estábamos con la resaca emocional de todo lo vivido. Todo salió bien, pero entonces era cuando realmente me empezaba a dar cuenta de la magnitud del paso dado. Éramos responsables, para bien o para mal, del futuro de ellos. Francamente, resultaba paradójico y no pude evitar ver cómo Joseph ya hacía números sin parar. Estaba calculando el porcentaje de los beneficios de sus empresas que se iban a destinar a la Fundación Levi. Sonreí. Sabía que destinaría la mayor cantidad que pudiera, pero también entendía que su responsabilidad se extendía a seguir manteniendo la marcha y funcionamiento de sus propios negocios. Una tromba llamada Aranguren entró en nuestro despacho. No lo habíamos vuelto a ver desde el día anterior y, sin darnos tiempo a reaccionar, tiró sobre mi mesa un montón de periódicos. No me hizo falta mirar. Lo sabía. Todos hablaban, más o menos, de lo mismo. Las declaraciones de Joseph habían sido impactantes y así lo habían reflejado. Todos teníamos interiorizado que hay ciertos vicios y ciertos pecados de los que, una parte de la sociedad, parecía estar excluida. Los ricos, la gente poderosa, la gente que, de una u otra manera, despertaban nuestra admiración y, ¿por qué no decirlo?, nuestra envidia. ¿Cómo iba a existir algo tan sórdido en sus villas de lujo?, ¿Cómo iba a pasar algo malo en esos fabulosos hogares donde siempre estaba presente una hermosa y elegante dama, rodeada de unos hijos igual de hermosos y elegantes? ¿Qué problemas iban a tener más allá de salir bien conjuntadas, peinadas y maquilladas hasta para ir al cuarto de baño? O, en el peor de los casos, ¿dónde descansarían tras el último y maravilloso viaje? Las declaraciones de Joseph habían puesto las cartas boca arriba y, tras la sorpresa inicial, todo el mundo miraba con lupa el maravilloso e idílico mundo en el que muchos personajes parecían vivir.

—Os parecerá bonito todo esto. —Su voz, ya de por sí atronadora, retumbó en todo el edificio.

Joseph se levantó de su mesa y se acercó a la mía apoyando su mano en el respaldo de mi sillón. Estaba serio y sorprendido a la vez.

—No sé a qué te refieres —fue su breve y calmada respuesta.

—¿Os dais cuenta de lo que hubiera supuesto para nuestra editorial ser los únicos en dar semejante noticia? ¿Cómo se te ocurre soltar semejante bomba delante de todo el mundo? —Miró a Joseph alzando las manos impotente—. ¿Y tú no has aprendido nada? —Se dirigió a mí apuntándome furibundo con su dedo.

Mientras él abría la boca como un loco, Joseph, muy despacio, se sentó en la esquina de la mesa más cercana a él. Inclino su cuerpo hacia delante y su cara quedo a escasos centímetros de la de Aranguren. Yo contuve la respiración, pues me daba cuenta de que aquello no pintaba bien.

—En primer lugar —Joseph empezó a hablar con una voz peligrosamente susurrante—, Julia no tuvo nada que ver en esto. Es más, yo no sabía lo que allí se iba a hacer, y Julia, como me conoce muy bien, había organizado todo para que yo no tuviera que hablar. —Mantuvo sus ojos fijos en Aranguren mientras yo ni parpadeaba—. En segundo lugar, yo hablo si a mí me da la gana, de lo que me da la gana y delante de quien me da la gana —al decir todo esto, era su largo dedo índice el que apuntaba peligrosamente a la cara de Aranguren, que se había echado un poco hacia atrás—. Y, en tercer lugar, creo que ya hemos tenido suficientes beneficios con todo lo que nos ha pasado a Julia y a mí. Y te recuerdo que sabes bien que publicarlo no fue de nuestro agrado. —Se quedó en silencio, mordiéndose la lengua, intentando contenerse y poder medir bien sus palabras—. Mira, Aranguren —prosiguió más calmado—, mi padre fue un auténtico hijo de puta y venía de una familia de hijos de puta. —Hasta Aranguren abrió los ojos como platos ante las primeras palabrotas que le oía a Joseph—. Mi madre, Clara —pronunció con rotundidad—, sufrió abusos y malos tratos desde que era pequeña y, como consecuencia de ellos, nació yo. —Un brusco gesto de la mano de Joseph hizo callar a Aranguren, que ya se había arrepentido de su actitud—. Cuando supo que estaba embarazada de nuevo escapó de casa y me llevó con ella y, durante unos meses, vivimos en una de las favelas de esta ciudad. —A

medida que iba desgranando su historia su respiración se empezó a alterar. Yo sabía lo que le dolía todo aquello y, levantándome, me puse a su lado y agarré su mano.

»Cuando por mi culpa nos encontró, le dio tal paliza a mi madre que, como consecuencia de un aborto, murió. —Esa última palabra salió ya completamente ahogada.

Lo miré y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Cuando murió su madre —proseguí hablando yo—, empezó a abusar de él y a maltratarlo. Su abuela vivió toda su vida amenazada porque tenía poder para ingresarla en un psiquiátrico y cuando ella falleció le dejó todo explicado en una carta para que, a su mayoría de edad, Joseph pudiera enterarse de todo lo que realmente había pasado. Le dio fuerzas y armas para poder alejarse de él y así lo hizo. —Joseph escuchaba atento mi relato con la vista clavada en el suelo.

»Después pasó lo del accidente del avión y resultó que el hombre que Joseph creía muerto fue el mismo que intentó secuestrarme y que casi me mata por el simple placer de hacerle daño. Bueno... —Suspiré—. El resto ya lo sabes.

—El resto ya se ha contado —prosiguió Joseph—, pero si esta historia sale de esta habitación te mato, ¿entendido? —le amenazó apuntándolo con su dedo.

Aranguren parpadeó sorprendido y enmudecido mientras intentaba asimilar todo lo que, en pocos segundos, acababa de oír.

—Oye —interrumpí—, recuerdo que lo primero que me dijiste era que para ser buen periodista primero hay que ser buena persona. Bien, yo intento serlo, pero también te digo que si cuentas algo de esto la que te mata soy yo, no lo olvides —rematé.

Nos tenía a los dos de frente, agarrados de la mano y desafiantes. Nos miró en silencio unos instantes y de repente empezó a reír con

unas carcajadas fuertes, potentes y estentóreas, como su voz. Joseph y yo nos miramos atónitos. Estuvo riéndose hasta que ya no pudo más y se le saltaron las lágrimas. Por un instante temí que tanta risa pudiera acabar en otro ataque al corazón. Afortunadamente, no.

—No sabéis cómo os envidio y no sabéis cómo os aprecio —diciendo esto palmeó con suavidad en hombro de Joseph—. Perdonarme por lo de antes, tenéis razón. Por lo demás, aunque me cueste, nada de esto saldrá de aquí, os lo prometo. —Levantó la mano derecha haciendo el juramento.

Se marchó tan rápido como entró y Joseph y yo nos quedamos de pie, juntos y agarrados por la mano.

—Vaya par de matones —bromeé mirando a Joseph y, tras unos segundos de silencio, ambos empezamos a reír.

—Gracias por estar siempre a mi lado —me dijo mientras me tenía abrazada recuperándonos de nuestro ataque de risa.

—De nada; por ti, lo que haga falta y más. Pero sin matar a nadie, ¿me lo prometes? —bromeó besando la punta de mi nariz.

—Lo intentaré, pero no te aseguro nada.

Nos besamos y nos volvimos a besar una y otra vez.

Epílogo

Recuerdo lo absurda que me parecía una canción que, cuando era pequeña, le oía tararear a mi abuela y que decía algo de que «veinte años no es nada». Pues ahora tengo que reconocer que la canción se equivocaba, su letra tendría que poner treinta. Porque para mí los treinta años que llevamos juntos me han parecido nada. Sin embargo, ¡muchas cosas han pasado! Hace tiempo me enteré de que Carlos había aparecido muerto. A resultas del juicio tuvo que ir a la cárcel y dejó su puesto de trabajo en el hospital. La doctora

Rayos y Centellas decidió que era el momento de olvidarse de él y lo dejó solo y completamente abandonado. Según mi amiga Isabel, que se quedó viuda, la última vez que lo vio parecía haberse abandonado por completo. Pesaba casi el doble y lucía un aspecto bastante desaliñado. Había montado un pequeño laboratorio con el que fue sobreviviendo y en el que lo encontraron muerto, al parecer, de un ataque al corazón. En cuanto a Imerda supimos que, a punto de salir de la cárcel, un infarto cerebral la dejó postrada en una cama y así estuvo, en un estado prácticamente vegetativo, hasta su muerte en una residencia de caridad. Por lo que respecta a *miss* Danvers, desde que salió de la cárcel le perdimos la pista y nadie volvió a saber de ella. No quiero sentir lástima por ellos, no se la merecen. Por lo que respecta a Joseph y a mí, tengo que decir que con él he tenido la suerte de tener el amor perfecto. No sé si por la falta de hijos o pese a ello, ha sido y es un amor perfecto. Jamás me dejó de decir «te quiero», jamás me dejó de decir «te deseo» y jamás me dejó de amar ni un segundo de su vida; como yo. Me sigue mirando siempre como si fuera la primera vez y, cuando nuestras miradas se cruzan, aún se me corta la respiración ante su intensidad. Jamás miró a ninguna mujer como me mira a mí. Siempre juntos, siempre a mi lado, pero dejándome mi propio espacio. Salvo en contadas ocasiones, cuando creía que algo o alguien podía hacerme daño. Entonces salía a la luz el lobo que lleva en su interior y sus colmillos, deliciosamente escalofriantes en su sonrisa, se volvían amenazantes. Eso me gustaba, ya que yo también hacía igual. Todo era «mi/su» o «su/mi»..., todo era nuestro.

Lo miro con ternura; duerme, mejor así. ¿Cuánto ha pasado? ¡Maldita memoria! Ya confundo las fechas. Sí, es cierto, no tuvimos niños y, salvo en contadas ocasiones, tengo que reconocer que no los he echado de menos. Pero, bien pensado, no es así, treinta generaciones de «los niños de los Levi», como familiarmente se llamaron desde el principio, dicen lo contrario. Haciendo memoria suspiro satisfecha, ¡cuánto trabajo!, ¡cuántas horas!, pero valió la pena. Recuerdo que cuando empezamos todos nos quedamos sorprendidos por la cantidad de gente buena que se ofreció a

ayudarnos. Cada uno nos ofrecía lo que podía. Unos su tiempo, otros sus conocimientos o simplemente ayudar. y nos podemos sentir más que satisfechos. Estoy segura de que en todos los estamentos de la sociedad hay un «niño de los Levi». De ahí salieron maestros, abogadas, fontaneros, profesoras, médicos, fotógrafos, músicos, policías, camareros, pintores, enfermeras, peluqueros... Hasta tenemos a algún cantante y, cómo no, algún futbolista, entre ellos una chica especialmente buena. Evidentemente, también tuvimos fracasos. No todos pudieron superar y dejar atrás lo ocurrido en sus vidas y sus pasos, por desgracia, los condujeron de nuevo a su punto de origen; las calles, las drogas y la marginalidad. Fracasos que nos dolieron mucho, pero que, como otros golpes de la vida, tuvimos que aceptar. Lo bueno es que por cada una de esas vidas desperdiciadas hubo muchos más que supieron salir adelante y enderezar su rumbo. De todos seguimos sabiendo y muchos de ellos son, a su vez, colaboradores para que su «hogar» consiga con otros lo que logró con ellos. Prueba de todo esto es la existencia de una gran pared llena de fotos. De cuando llegaron, de su vida cotidiana mientras vivían en la casa, cantando, jugando en la piscina que había en el otro edificio, haciendo las múltiples actividades que tanto disfrutaban, de cuando se fueron y de la vida que ahora llevan. Hay fotos de familias formadas, de trabajos conseguidos, de grupos de amigos que se juntaban para recordar su paso por el Hogar Levi, de los múltiples lugares en los que alguno se encontraba, de lágrimas de despedidas, fotos multicolores y variopintas, al igual que sus vidas. Entre ellas también están las de la cena y el baile anual que celebramos cada año. Todo el mundo se peleaba por asistir y, gracias a esto, conseguíamos recaudar mucho dinero. Ahí seguíamos todos juntos, la manada, alrededor de su líder. Yo, a su lado, sonreía orgullosa, muy elegante y siempre con mi collar..., pero si me tengo que quedar con alguna una de esas fotos hay una que me gusta especialmente. En ella se veía a un feliz Joseph tocando el piano rodeado de niños que, sentados en el suelo, lo miraban boquiabiertos. Esas fotos son fieles testigos de los momentos tan bonitos y tan emocionantes que vivimos.

Me levanto despacio de la cama. No quiero que se despierte, por fin descansa. Despacio, beso su pelo y salgo a la terraza de nuestro dormitorio. Levanto mi cara hacia el sol. Cierro los ojos y me dejo invadir por esa sensación de paz y de bienestar que siempre me inunda cuando veo el maravilloso paisaje que se extiende a mis pies, la hermosa bahía de Copacabana. Hace tiempo que no vamos a nuestro «Campo de amapolas» . Lo añoro, pero cada vez que vamos vuelven a resonar en mi cabeza los gritos de María la última vez que ella estuvo allí. Hace más o menos diez años, creo recordar..., si la memoria no me falla. Era domingo y acabábamos de desayunar. Emerson vino a preguntarnos si había alguna salida programada. Joseph le dijo que no, que descansaran y que disfrutaran del día. Tan pronto se fue nos dirigíamos hacia la piscina cuando oímos unos alaridos. Por primera vez en su vida, Joseph se olvidó de su espalda y ambos, en bañador, corrimos hacia su casa. Estaba de bruces, en el suelo, en el *hall* de la entrada. María arrodillada a su lado, gritaba histérica sin poder hablar. Busqué un teléfono y se lo di a Joseph, que, paralizado, contemplaba la escena incapaz de reaccionar.

—¡Llama a emergencias! —recuerdo que grité.

Al tiempo le di la vuelta y, sin pensarlo, empecé a intentar reanimarlo. Nunca lo había hecho fuera de los simulacros de los cursos de formación sanitaria, pero lo intenté. Presioné su pecho contando agobiada; uno, dos, tres, cuatro e inhalando aire en su boca mientras tapaba su nariz. No fui capaz de fijarme en su cara, no quería ver lo que era evidente... Así seguí hasta que unas manos me apartaron y dos personas ocuparon mi lugar. Habían llegado en helicóptero... todo fue inútil. Como en un sueño veía a María llorar, gritar, abrazar y sacudir a un Emerson inerte. Miré a Joseph y la expresión de dolor de su cara me paralizó. Apoyado en la mesa de la entrada no daba respiro entre tanto sollozo. Me acerqué a él, y me abrazó con tanta fuerza que quedé en estado de *shock* . Miraba la escena, pero no parecía estar en ella. No podía ser real. Esperaba que, en cualquier momento, Emerson se levantara y todo quedara en un tremendo susto, pero no fue así. Joseph me miró y

luego los miró a ellos. Él, como un muñeco roto, en los brazos de María sin poder corresponder a sus abrazos y a sus ruegos de que despertara. Ella, totalmente destruida, sin poder ser consolada por el amor de su vida. Vi el miedo en los ojos de Joseph, ese era su temor, igual que el mío. Fue en ese momento cuando empecé a llorar.

Años atrás, no recuerdo cuándo, ya nos golpeó la tragedia. Marcos y Ana habían dado un hermano a Clara, un precioso niño que, de la mano de su padre, fue arrollado por un conductor borracho, con unos cinco años. A Marcos no le pasó absolutamente nada, pero el niño murió. Y algo murió entre ellos. Marcos se refugió en su trabajo, y Ana, en su hija. Ese fue el único vínculo que los mantuvo unidos hasta que la tragedia de Emerson los hizo reaccionar y se sentaron a hablar.

Un leve gemido me hizo volver corriendo a la cama. Joseph, agitado, balbuceaba mi nombre.

—Chsss, mi niño, tranquilo, estoy aquí —susurré bajito besando su ardiente frente. Cada vez me costaba más bajarle la fiebre y el dolor.

Parpadeo fuerte y aprieto los dientes intentando no llorar. No quiero que me vea así porque sé que se siente culpable. Consigo que se vuelva a dormir y ese fatídico día regresa a mi cabeza, otra vez. Ante mi insistencia se había hecho un chequeo. Tenía unos mareos que él justificaba por las gafas que tenía que usar para leer.

—Joseph, no discutas —insistí—. Te vas a hacer un chequeo que no te viene mal. Hace un montón de tiempo que no te miras.

—Me encuentro perfectamente, si no fuera por estas gafas que, según tú, me tengo que poner —refunfuñó estirando los brazos para poder leer el papel que tenía delante.

—Según yo no, según el oculista —contesté resignada. Me levanté de la mesa y me senté en su regazo. Las cogí y se las puse—.

Además, estás muy atractivo con ellas puestas —bromeé besando la punta de su nariz.

—Pues le quito los cristales y me las pongo igual —respondió sonriendo.

—De acuerdo, pero después de hacerte el chequeo.

Habían pasado tres años y la sensación de angustia no se me había ido en ningún momento. Tras un primer examen, nos bastó ver la cara de Marcos cuando entramos en su despacho. No recuerdo cómo consiguió decírselo, pero sí cómo estrujó mi mano en ese momento. Los tratamientos habían mejorado mucho, la esperanza de vida había aumentado considerablemente, la calidad de vida también era mucho mejor... Oía a Marcos decir todas esas palabras mientras yo volvía a tener la sensación de que aquello no podía ser real. No nos podía estar pasando. No a nosotros. No a Joseph. Aún no había olvidado cómo me sentí cuando me lo diagnosticaron a mí, pero, puedo asegurar que me sentí infinitamente mejor. Recuerdo la expresión de su cara, estaba pálido y asustado, y volví a mirar a Marcos.

«Miéntele, miéntenos, dale una esperanza, aunque no creas en ello —le suplicaba mentalmente—. Danos algo a lo que nos podamos agarrar cuando salgamos de aquí».

—De todas maneras, la medicina no es una ciencia exacta. —Seguía oyendo su voz de fondo—. Y sé que vas a luchar, sé que vais a luchar y eso puede marcar la diferencia.

Se fue y nos dejó a solas un momento con la disculpa de pedir más pruebas y empezar a decidir los pasos a seguir. Lo miré sin saber qué decirle y en su mirada vi que estaba tan asustado como yo.

—Lo siento, Julia, siento hacerte pasar por esto, nunca pensé...

No pudo seguir hablando, lo abracé, lo besé e increíblemente no lloré.

—Vamos a luchar, vamos a pelear, yo lo conseguí, y tú también lo vas a lograr, ¿de acuerdo? —hablé firme. Incapaz de mirarme bajo la vista. Agarré su cara con mis manos y le obligué a que me mirara—. ¿De acuerdo? —repetí—. Tú nunca te has rendido, no se te ocurra hacerlo ahora.

Incapaz de hablar, solo pudo asentir. Marcos entró de nuevo. Quería hacerle más pruebas y quería hacerlas sobre la marcha. Una resonancia magnética para empezar. Quería ver que órganos estaban afectados. El tiempo no había curado su claustrofobia y hubo que sedarlo. Esperé, agarrada a su mano, a que se durmiera, como lo había hecho hacía tanto tiempo. Con la misma angustia. «A lo mejor todo vuelve a salir bien», era mi ruego, mi súplica, mi grito silencioso, mi necesidad... Tan pronto se durmió, salí de la sala y me derrumbé. El aire me empezó a faltar y si no llega a ser por Marcos, que me agarró, hubiera caído al suelo desplomada. Respiraba con dificultad y todo me daba vueltas. Literalmente, me estaba ahogando entre lágrimas, angustia y miedo.

—Julia, por favor, tienes que aguantar, por Joseph. Si tú te hundes, él se hunde contigo —suplicaba un lloroso Marcos tras hacerme tragar una pastilla para tranquilizarme—. A ver lo que dicen las pruebas, hay muchos tratamientos nuevos...

Me costaba trabajo escucharlo. No quería estar ahí. Quería despertarme en casa y ver que todo aquello no era más que el fruto de una pesadilla. Jamás se me había pasado por la cabeza que podía suceder algo así. Quizás por haber tenido yo cáncer, por tener una mutación genética, no sé... Quizás porque pensé que una persona como él no podía morir. Lo cierto era que siempre pensé que lo iba a hacer yo primero. Cada revisión médica, cada nuevo control... Agradecía cada nuevo margen de tiempo porque lo iba a compartir con él. Por eso también nos habíamos cuidado muchísimo. Alimentación, ejercicio, un montón de buen sexo y, sobre todo, felicidad, mucha felicidad. Entonces solo quería volverme a sentir así. Quería oír que todo había sido un tremendo error y que, como él decía, la culpa era de las putas gafas. Pero no

fue así. Los peores temores se confirmaron y eran varios los órganos afectados. Volví a desfallecer.

—Los tratamientos han mejorado mucho —nos volvieron a repetir, ya no me acuerdo quién—. Lo que hace unos años sería una condena a muerte casi inmediata, ahora supone un margen de tiempo mucho más grande y con mucha más calidad de vida.

Eso era cierto. Se había mejorado mucho en los tratamientos y la quimioterapia convencional, como yo la había conocido, había desaparecido. En ese momento existían tratamientos diana que iban directamente al tumor sin dañar al resto del organismo. Se habían conseguido eliminar los duros efectos secundarios. No se caía el pelo, te encontrabas mejor y se podía hacer una vida prácticamente normal. También la cirugía había mejorado. Ya no había las grandes incisiones de antes y todo se hacía con finos y pequeños instrumentos que, manejados por los cirujanos mediante un ordenador, no dejaban prácticamente ninguna marca.

—Todo lo que sea, todo lo que haga falta. Pero, por favor, que no muera, Marcos, no podría soportarlo —se lo supliqué envuelta en lágrimas.

Recuerdo su abrazo intentando reconfortarme.

—Pues claro que vamos a hacer todo lo que haga falta. Pero tienes que ser fuerte porque Joseph depende por completo de ti, lo sabes, ¿verdad?

Asentí mientras tiraba de los mocos.

—Pues tiene que verte bien, tranquila, confiada y fuerte. Si te ve así él también lo estará.

Asentí de nuevo y así lo hice. Volvimos a entrar en la sala justo cuando él se estaba despertando.

—¿Todo bien? —preguntó de inmediato tras agarrarse a mi mano.

—Todo mejor de lo que pensaban. Hay tratamientos, hay soluciones y lo vamos a hacer —contesté de inmediato.

Así lo hicimos. Dejamos definitivamente todo y nos centramos en su recuperación. Alejandro, el hijo de Emerson y María, llevaba la empresa exactamente igual que Joseph y, como yo había previsto, él y Clara se habían casado. El Hogar Levi seguía funcionando con otras caras y otras personas, pero el espíritu alegre e infatigable de la señora Ana parecía imbuirlos a todos tan pronto entraban ahí. También la Fundación Levi seguía firme y bien llevada. Estaba en manos de Clara. Ella se había inclinado por la abogacía y fue el relevo para unos cansados Alberto y Asun, que ya ejercían de abuelos de una numerosa prole. Habían tenido tres hijos, y estos, a su vez, optaron por intentar mantener el planeta habitado contribuyendo cada uno con un buen número de descendientes, no me acuerdo cuántos. Aranguren nos había dejado, hacía algún tiempo, pero *Voz y verdad* seguía haciendo honor a su nombre y continuaba descubriendo lo que otros querían ocultar, que el planeta está hecho una mierda; guerras, atentados, nuevas enfermedades, la gente se sigue muriendo de hambre... Pese a los avances en los medios de comunicación, la gente vive cada vez más aislada y los países se miran con recelo los unos a los otros. El viajar se acabó volviendo un suplicio. Parece que te quieres ir a otro planeta en vez de a otro país. Al final, la gente ha optado por moverse menos y se ha perdido la maravillosa sensación de viajar, conocer otros sitios, otras culturas o simplemente ir a la búsqueda de algún paraíso. Nosotros tampoco es que viajáramos demasiado. Joseph lo pasaba francamente mal y no teníamos necesidad de buscar ningún paraíso, lo teníamos en nuestra propia casa. Un nuevo gemido me trae al presente; vuelve a nombrarme. Le beso la frente y compruebo aliviada que la fiebre ha bajado. Abre los ojos y le sonrío.

—Hola, mi niño, ¿cómo estás? —le pregunto cariñosa aguantando las ganas de llorar.

—Bien —responde bajito intentando sonreír. Siempre me contesta así. Jamás se ha quejado por nada y creo que vive más pendiente de mí que de su problema—. ¿Y tú? —pregunta tras darme un beso.

—Ya sabes que, si tú estás bien, yo también lo estoy.

Le miento. Esta vez sí. Yo tampoco estoy bien...

Todo empezó con pequeños despistes, al año de que Joseph enfermara. Olvidos, repetir conversaciones ya sostenidas, no poder recordar lo que acababa de comer...

—Eso es la preocupación por Joseph —argüía María.

—No tienes la cabeza centrada en lo que estás haciendo. Es normal, con lo que estás pasando —me decía todo el mundo.

Al principio, también yo me lo creí. Hasta aquella mañana en que lo tuve claro. Me desperté y miré asustada a mi alrededor. Una sensación de sueño y confusión agitaba mi mente mientras recorría una y otra vez la habitación en la que me encontraba sin reconocer nada. «¿Dónde estoy?, ¿qué sitio es este?», pensé. Me senté en la cama con miedo. Algo se movió a mi lado y recuerdo que grité asustada. Una cara extraña me miraba con expresión preocupada. Su boca se movía y me hablaba, pero yo lo miraba en silencio, aterrorizada. «¿Quién es esta persona?».

—Julia, por favor, despierta. Soy yo, Joseph, tranquila, despierta, por favor.

Esa persona había conseguido abrazarme, pese a mis intentos por liberarme hasta que, de pronto, algo se abrió entre la niebla de mi mente. Esa voz..., esa cara... De repente, todo volvió a la normalidad.

—¡Joseph!, ¡Joseph!, ¡Joseph! —empecé a balbucear presa del pánico. Repetía su nombre una y otra vez, al mismo tiempo que lo

miraba queriéndome asegurar de que realmente era su cara la que había surgido de la oscuridad.

—Tranquila, mi niña, solo era una pesadilla, estamos en casa, juntos, como siempre —me hablaba dulcemente mientras abrazado a mí me mecía con suavidad.

Mi respiración se fue calmando y conseguí tranquilizarme. Pese a ello, me di cuenta de que algo pasaba, algo empezaba a fallar y ese fallo era precisamente el único que no me podía permitir. Pese a la incredulidad de Marcos, que opinaba como el resto, conseguí que me hiciera las pruebas pertinentes. Había pasado medio año desde que notara los primeros síntomas y, aunque no era demasiado tiempo para desconfiar de nada, el TAC cerebral diría la última palabra. Era la primera vez que iba a una consulta sola y también era la primera vez que le mentía a Joseph. Le había dicho que era una revisión rutinaria y que era mejor que me esperara en casa.

—Los hospitales están llenos de virus —argumenté.

Uno de los hombres de Leo, que aún seguían protegiéndonos, me acompañó. Me acordé de él por el camino y me di cuenta de que hacía tiempo que no lo veíamos. No recuerdo exactamente cuándo murió su madre. Sé que fue mucho antes de lo de Joseph, creo que incluso de lo de Emerson. Lo que sí recuerdo es que desde eso prácticamente se recluyó en su casa y nunca más salió. Aquel niño díscolo y rebelde, al que recibió en el Hogar Levi con una colleja, se había convertido en su mano derecha.

—Lo siento, Julia, no sabes lo que siento tener que decirte esto.

Un acongojado Marcos tenía que volver a pasar por el trago de darnos una mala noticia. Lo miré tranquila. No me había llevado ninguna sorpresa.

—Tranquilo, Marcos, ya te dije que sabía que algo no iba bien. — Sentada en su despacho me fijé en él. Como a todos, el paso de los años había dejado sus huellas. Apenas tenía pelo y había

engordado bastante, sobre todo, desde que la relación con Ana había vuelto a la normalidad. Pero su rostro y sus ojos, surcados de arrugas, seguían demostrando el mismo cariño—. No quiero que Joseph se entere de nada —fue mi primera preocupación—. Vine a una revisión rutinaria y está todo bien —sentenció.

—Pero, Julia, si se entera, no le va a gustar y...

—Ya se lo diré —interrumpí—, pero en su momento.

Mi tono decidido pareció sorprenderlo, pero no insistió y me empezó a hablar de los nuevos tratamientos que había en ese momento. Como en otros campos se había avanzado bastante en el tratamiento de los síntomas y en ralentizar el proceso de la enfermedad. Pero, en realidad, no había nada más. Escuché sin mucho interés sus explicaciones de la nueva farmacopea, terapias... Asentí a todo mecánicamente. Afortunadamente, cuando llegué a casa, teníamos visita. César y Mark estaban ahí acompañados de su primer nieto; sonreí aliviada. Tenía miedo de que Joseph me notara algo. Estaban todos en el salón y me refugié en saludarlos.

—¿Todo bien? —fue lo primero que preguntó.

—Sí, perfectamente —contesté con un rollizo niño en brazos.

Los miré orgullosa. De aquella primera mañana en el Hogar Levi había surgido el deseo de ambos por adoptar a los dos hermanos que tan asustados habían llegado. Lo habían hecho y habían conseguido formar una familia feliz. Sus hijos habían crecido y cada uno se inclinó por seguir la profesión de sus padres. La niña se había convertido en una codiciada ingeniera informática y el niño era ahora un reputado inspector de policía que, a mayores, les había dado un nieto. Por un instante me olvidé de todo y me sentí feliz.

Un año y medio después, tanto él como yo hemos empeorado. Me noto cansada y me doy cuenta de que los períodos de relativa normalidad se van espaciando cada vez más. Pese a aquel terrible diagnóstico, ya llevamos tres años de lucha, pero veo cómo Joseph

necesita cada vez más dosis de su medicación para que esta le haga efecto y no tenga dolor. Pese a todo, a él no le gusta demasiado. Tanta dosis le da sueño y dice que cada minuto que se pasa durmiendo es un minuto menos que pasa conmigo. Yo me debato entre las ganas que tengo de poder hablar con él, de notar sus caricias y de ver sus ojos cómo me miran llenos de amor o el dolor que me provoca el verlo sufrir.

Tengo que decírselo ahora. Tras varios intentos siempre lo dejaba para una siguiente vez. En el último momento me fallaban las fuerzas y, cuando volvían las recaídas, me daba cuenta de que no era el momento para hablar. Me sumerjo de nuevo en mis pensamientos; sé que no queda mucho tiempo, pero no queda nada por hacer. Hace tiempo, no sé cuánto, legalmente todo quedó preparado. En un principio, habíamos testado el uno en favor del otro; así fue como me enteré de que era uno de los hombres más ricos de su país. Posteriormente, legamos las empresas a Alejandro y a Clara. El resto de nuestro patrimonio iría íntegro a la Fundación Levi para asegurar el futuro de muchos niños más.

Me levanto despacio para no despertarlo y vago por la casa. Dejo que mis dedos se deslicen por los muebles y por cada rincón, despertando los recuerdos que aún me quedan. Estábamos a primeros de octubre y acabábamos de hacer treinta y un años de casados (lo tenía anotado). Salgo a la terraza, es temprano, pero ya luce el sol y hace calor. Levanto mi cara y respiro hondo. Miro al mar que se abre a mis pies y él me devuelve la mirada, indiferente y majestuoso, como siempre. Lentamente, vuelvo a la sala y miro el enorme retrato que la preside. Somos nosotros el día de nuestra boda, y Manuel, como siempre, se había superado. Nuestros rostros eran la suma de infinidad de fotos. Había conseguido que todos quedaran plasmados aquí. Estaban todas las que Joseph y yo nos habíamos sacado, las fotos de su infancia que conseguí coger de su casa, las mías con mi familia, incluso la de mi última sesión de quimioterapia. No sé cómo lo hizo, pero quedó precioso, todo en blanco y negro salvo unos pequeños toques de color en los labios y en los ojos. En la foto nos mirábamos felices y muy, muy

enamorados. Sonrío satisfecha, jamás he dejado de sentir esta sensación. Incluso ahora, en estas circunstancias, me siento feliz de poder estar a su lado, cuidándolo hasta el final y no podría desear estar en ningún otro lugar. Todo está en silencio, parece que todo permanece en una tensa espera. Oigo cómo me llama y subo rápidamente. Me sorprende verlo sentado en la cama.

—¿Te encuentras bien? —pregunto corriendo a su lado.

—Pues, francamente sí. —En su cara se refleja la sorpresa que su estado le provoca.

—Estupendo, no sabes lo que me alegro, para celebrarlo, te voy a traer el desayuno a la cama.

Tras darle un fuerte beso bajo y creo que en toda mi vida anduve tan rápido por la cocina. Dispuse café con leche, zumo, tostadas y ricos cruasanes en cinco minutos. Sé que no va a comer apenas nada, pero no me importa. Cuando entro sigue sentado, y respiro, aliviada. Para mi sorpresa ambos desayunamos bien. Habla de las ganas que tiene de darse un baño en la piscina e incluso de salir a dar un paseo, y una enorme sensación de alivio me invade. De repente, todo parece ir mejor y ya se me han pasado las ganas de hablar.

—Ponte el collar.

Abro los ojos como platos, sorprendida por lo que acabo de oír. Él, sin embargo, me mira sereno, sin lágrimas y con deseo.

—Pero, Joseph, no hace falta, por mí no... —consigo decir aturdida por su petición.

—Chsss. —Me hace callar besando mis labios—. Ponte el collar sin nada más.

Ladea la cabeza de esa forma tan suya y me regala su maravillosamente escalofriante sonrisa. Todo se remueve en mi

interior y, para mi sorpresa, me siento nerviosa y excitada.

—De acuerdo —digo saltando de la cama.

Me miro al espejo en el cuarto de baño. Es lo único que llevaba puesto con mi cinta de terciopelo. Ni cuenta me había dado, pero he adelgazado y, en este instante, soy consciente de que mi cuerpo también ha cambiado. Solamente el pecho se mantiene impertérrito al paso del tiempo, ya que, debido a las prótesis, sigue en su sitio. Todo lo demás parece haber cambiado de repente. Mis ojos presentan arrugas y el óvalo de mi cara parece cambiado. Toco mi cuello y veo algunos signos de envejecimiento. Lo estiro con las manos. Me gustaría poder ofrecerle mi mejor imagen y que pueda verme como cuando me conoció. Veo cómo mis brazos se mueven algo flácidos mientras me peino, ¿desde cuándo estaré así?

—¡Julia! —Su voz apremiante me saca de mi momento de pánico ante el espejo. Salgo disparada del baño y todo se me olvida.

—¿Estás bien? —pregunto asustada.

—Claro que sí. Solamente impaciente. —Me sonrío y me tiende su mano para que me meta en la cama.

—Pues para lo que hay que ver... —digo acostándome a su lado.

—¿Por qué dices eso?

—No me hagas caso, estoy vieja, eso es todo.

Tengo mi cabeza apoyada en su hombro. Me la levanta y me mira.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando llegaste aquí por primera vez?

—Sí, Joseph, sí. No sé lo que comí ayer, pero de eso me acuerdo: Tanta belleza, a veces, deja a uno sin palabras.

Mientras yo hablo acaricia mi pelo y mi cara con sus delgadas manos. Por la expresión de su cara está de nuevo allí, en ese

momento, cuando nos vimos en su terraza, frente a la siempre hermosa playa de Copacabana.

—Pues a mí me ocurre eso cada vez que te veo. Desde aquel día en el hospital, cuando me hiciste frente más que merecidamente. — Tuerzo el gesto. Dudo de que ahora me vea igual—. Julia, seguro que hay infinidad de mujeres hermosas —continúa hablando después de besarme con ternura—, pero Julia Torres Rey, la señora Levi, solo hay una y es mía. Para mí eres y serás siempre la más bella del mundo —remata de nuevo sobre mis labios.

Con calma empieza a besarme y me dejo llevar a nuestra primera vez. Y, de nuevo allí, siento su boca por mi cuello y sus dientes clavándose en mi hombro. Gimo de placer. Vuelve a acariciar mis pechos de plástico regresándolos a la vida y noto cómo mi sexo despierta de nuevo, tras un largo letargo. Besa cada centímetro de mi piel y se deleita besando «mi/su» tatuaje que marca un territorio solo para sus ojos, para su boca, para sus manos, solo para él. Cuando acaricia mi clítoris, con su boca, una oleada de olvidadas sensaciones inunda mi cuerpo. La verdad, pensaba que después de tanto tiempo, y con nuestros años, no sería posible sentir lo mismo; me equivoqué. Mi pulso se acelera, al igual que mi respiración, y mi deseo sale del rincón donde está agazapado y corre libre por todo mi cuerpo.

—Para, para, por favor. Quiero correrme contigo dentro —consigo decir.

Levanta su cara sonriendo y la apoya en mi sexo, en donde noto su sonrisa.

—Este es el mejor sabor del mundo —le escucho decir mientras se desliza sobre mi cuerpo.

Y, con ese sabor, vuelve a mi boca y me besa. Acaricio su miembro con la mano y noto, complacida, cómo despierta en él una tremenda erección.

—Ven —digo y lo rodeo con los brazos.

Se quita la camiseta y vuelvo a sentir el tacto de su piel contra la mía. Un gemido ronco y profundo sale de sus entrañas, me besa y se introduce en mi interior. Mis manos acarician su cuerpo y noto más sus huesos, pero la piel es la misma y las sensaciones también. Con algo más de dificultad, rodeo su cintura con mis piernas y ayudo a que sus embestidas tengan más intensidad.

—Vamos, haz que me corra —susurro jadeante. Sé que el sonido de mi voz lo excita—. Córrete conmigo, por favor.

Funciona. De repente, mi cuerpo se estremece en un orgasmo tan intenso que parece dolerme de tanto placer. Él me sigue y sus embestidas se acoplan con las mías de una manera tan brutal que por unos instantes deseo que se pueda morir de placer. Firmaría sin dudarlo. Se desploma sobre mí sudoroso y jadeante.

Unas horas después, me despierta el ruido de María en la cocina. Miro a Joseph, que duerme plácidamente, sin fiebre y tranquilo. Me visto con rapidez y bajo. Se sobresalta al verme. También ella ha envejecido. El dolor por la pérdida de Emerson ha moldeado su rostro. Tiene los ojos hundidos y rodeados por pequeñas arrugas y el gesto de sus labios, antes siempre sonrientes, han dejado paso a un permanente rictus de dolor.

—¿Cómo está Joseph?

—Bien, durmiendo y descansando.

Ambas salimos a la terraza. Hacía un día espectacular.

—Lo echas de menos, ¿verdad? —Más que una pregunta es una afirmación. Sé la respuesta.

Cruza los brazos en un intento por reconfortarse a sí misma. Suspiró y miró ausente al hermoso mar que teníamos enfrente.

—Cada hora, cada minuto, cada segundo desde que se fue. Estoy cansada, Julia. Cansada de sufrir, cansada de echarlo de menos, cansada de...

—Venga, anímate. Tienes a Alejandro y a Clara, que además te van a dar un nieto —le digo rodeándola con mi brazo y la aprieto contra mí.

—Si no fuera por eso, Julia..., estábamos tan unidos los dos —Mueve la cabeza pensativa—. Desde pequeños, siempre juntos —Suspira largamente, y ambas nos quedamos en silencio unos instantes.

—Gracias por todo, María —suelto de repente—. Gracias por haber cuidado y querido tanto a Joseph y a mí también.

Me mira sorprendida.

—Será al revés, Julia. Si alguien tiene que estar agradecido somos nosotros. Joseph nos dio un futuro y ahora vosotros se lo habéis dado a nuestro hijo. Nunca podremos agradecerérselo bastante.

La abrazo, emocionada. Aún habla en plural, como si Emerson estuviera también.

—Julia, ¿pasa algo? —pregunta extrañada por mi reacción—. ¿Estás bien?

Asiento intentando no llorar.

—Pues claro. Simplemente estoy hablando con una vieja amiga —bromeo haciéndole un guiño cómplice.

Para alegría de todos, Joseph tiene unos días muy buenos. Se levanta de la cama, nos volvemos a duchar juntos y conseguimos hacer una vida prácticamente normal. Aprovechamos para hablar de todo. De lo que hemos vivido y de todo lo que sentimos el uno por el otro. Los dos tenemos unos recuerdos tremendamente hermosos

que reflejan una vida llena de amor. Recuerdos que yo valoro especialmente tener, ya que soy incapaz de recordar si he comido el día anterior o el qué. Nos decimos mil veces te quiero. Mil veces nos besamos y mil veces nos acariciamos. Mil veces nos miramos a los ojos sin necesidad de decir nada más. De repente, todo parece estar bien y respiro aliviada. Quizás el plazo se ha alargado.

Me equivoqué.

De un día para otro todo cambia. Tiene fiebre y de nuevo los dolores vuelven con más intensidad. Todo se precipita y pasa el día a duermela. Marcos viene con Ana. No hace falta decir nada.

—Julia, si quieres lo llevamos al hospital...

Niego con la cabeza. Estamos todos llorando.

—Me quedaré aquí, no quiero que pases esto sola —insiste un desolado Marcos.

Vuelvo a negar con la cabeza, incapaz de hablar. Se abraza a mí, llorando como un niño. Su amigo, su hermano, el líder de su manada, su todo... se muere.

—Gracias por todo, Marcos —consigo decir—, gracias por haber sido su familia y también la mía. Gracias por todo y perdona por todo lo que te hacemos pasar.

Ana llora abrazada a María. Marcos sube un momento a verlo. Los dejo a solas mientras, abajo, nos quedamos las tres en silencio. Cuando baja parece llevar el peso del mundo sobre sus hombros. Lloro desconsoladamente y se va directo a la terraza, frente al mar, sus hombros se sacuden con cada sollozo. Ana se acerca y se abrazan. Él hunde su cabeza en el hombro de ella para ahogar sus lamentos. Logro sonreír. Vuelven a estar unidos y bien.

—Le di la medicación —puede hablar al fin—, estará tranquilo unas horas, pero no creo que...

—Lo sé, Marcos —hablo extrañamente tranquila—. Ayer tuvo un día muy bueno. Quién sabe, a lo mejor... —Miento, queriendo transmitirle un optimismo que no siento—. Iros abajo, a casa de María, a descansar. Si no os importa, quiero estar a solas con Joseph.

—Está bien —cede Marcos—, pero, si empeora, avisa. Esta noche dormiremos aquí.

Los despido en la puerta. De repente, Marcos se da la vuelta y se queda mirándome. Se me pone un nudo en el estómago. Levanta la mano y la mueve a modo de... no lo sé. Puedo oír sus sollozos mientras Ana lo abrazaba, y respiro aliviada. No hubiera soportado más despedidas. Afortunadamente, César y Mark se encuentran de viaje. Les he engañado diciéndoles que todo va bien. Sé que César se va a enfadar. Una vez lo llamé a él porque entendí que era lo mejor para Joseph. Ahora no lo hago porque creo que es lo mejor para él. Vuelvo rápido a la habitación. Joseph está bañado en sudor, lo destapo y lo refresco pasando un paño húmedo por todo su cuerpo.

De vez en cuando un gemido de dolor se escapa de entre sus labios ligeramente abiertos y su respiración es cada vez más irregular. Miro su rostro y me parece más hermoso que nunca, pese a los rasgos inequívocos que ahora aparecen en él que indican lo que pronto va a suceder. Me parece increíble haber estado haciendo el amor hace tan solo unos días. Quizás es cierto lo que decía mi abuela: «Una vela, emite su mejor luz justo antes de apagarse».

Sé que no tengo mucho tiempo y me siento a escribir una carta. En ella explico lo que va a suceder, el cómo y el porqué. Es difícil condensar tanto sentimiento en unas pocas líneas, pero confío en que lo entenderán. Pese a ello, pido perdón a nuestra manada por lo que voy a hacer: «Si me olvido de Joseph no sería yo. Quiero morir sabiendo quién soy». Con un «os queremos» y un «hasta siempre» termino mi breve emisiva; no le puedes decir adiós a la gente que quieres. Añado en un folio unas breves palabras para cada uno y repaso la lista para no olvidarme de nadie. Ahí están

todos: Marcos y Ana, María, César y Mark, Isabel, Alberto y Asun, Leo, Alejandro y Clara... ¡Mierda!, falta Manuel. Pero ¿dónde está Manuel? Voy a buscar una libreta donde empecé a escribir las cosas que me parecían importante no olvidar. Tengo varias anotadas; la muerte de Emerson, la del niño de Marcos, cumpleaños... La encuentro y me llevo la mano a la boca reprimiendo un grito. No sé si me asusto más por no acordarme que por la noticia en sí. Manuel murió en un accidente de tráfico un año después que Emerson. No se sabe por qué, pero su coche invadió el carril contrario y se metió literalmente debajo de un camión. Murió al instante. Una luz se abre en la niebla de mi cabeza y recuerdo las numerosas depresiones por las que había pasado, frunzo el ceño. Sigo leyendo, también había anotado lo de aquel sueño. Ahora sonrío abiertamente. Si otros se han hecho realidad este tiene que hacerse también. Un ronco gemido y su leve movimiento en la cama me hacen volver rápidamente a la realidad. Cuando me siento a su lado aún está empezando a abrir los ojos.

—Hola, mi niño —susurro y beso su delgada mano.

—Hola, mi niña. —Espacia las palabras y le cuesta trabajo hablar. Su respiración, cada vez más superficial y agitada, tampoco ayuda. Me mira como siempre lo hace; como si fuera lo único para él. Lo único verdaderamente importante. Acaricio su frente. Tiene bastante fiebre. Mojo sus labios bebiendo un poco agua y depositándolos en los suyos con un suave beso. La paladea con deleite.

»Gracias, todo lo tuyo me sabe tan bien. —Tiene que parar varias veces para respirar y, con cada silencio suyo, mi respiración se para. Tengo miedo de que en una de esas pausas todo se acabe.

»Julia —empieza a decir mirándome emocionado—, no puedo más. —Agarro su mano y respiro hondo. Desde hace tiempo es lo que estaba temiendo oír. Solo que ahora ya no me preocupa. Lo beso de nuevo, dulce, lenta, tiernamente y nuestras lenguas se entrelazan con más firmeza que nunca.

»Lo siento —consigue decir tras recuperar la respiración—, no voy a poder cumplir mi promesa —diciendo esto, agarra mi mano y toco «mi/su» reloj. Coge mis manos y besa mis anillos y mi alianza. Me mira cansado, con los ojos llenos de lágrimas, pero también llenos de amor.

—Tu tiempo será mi tiempo, ni un segundo más —repito su frase y beso su alianza—. Joseph Levi, nunca has dejado de cumplir tus promesas y esta no va a ser la excepción.

Hablo tranquila, consciente de lo que digo. Como lo estaba desde el día en que, tras conocer mi diagnóstico, tomé mi decisión. Lógicamente, él no lo entiende.

—Ya sé lo que dije, Julia, créeme, si pudiera... —Tosecilla y carraspeo—. No sabes lo que me duele dejarte sola.

—Tranquilo, mi niño. Tu tiempo será mi tiempo, ni un segundo más —repito mirándolo fijamente a los ojos.

Tarda unos segundos en entenderlo. Su cara refleja su enorme sorpresa y sus ojos se abren como platos mientras intenta incorporarse en la cama.

—No, Julia, por favor, tú no... —Incapaz de seguir hablando, empieza a llorar desconsoladamente.

—Chsss, no llores, mi niño, no llores.

Lo abrazo y lo mezo dulcemente, como a un niño. Apoya la cabeza en mi pecho y noto la humedad de sus lágrimas.

—Fue mi promesa, Julia —consigue decir— y la mantendría si pudiera, pero no quiero que...

Poso mi mano sobre sus labios.

—Por favor, Joseph, deja que te lo explique. —Lo ayudo a sentarse en la cama y solamente este movimiento lo agota. Agarro sus

manos y lo miro serena, y él niega con la cabeza una y otra vez. Dudo un momento de cómo explicárselo y, al final, opto por decirle la verdad—: Joseph, yo tampoco estoy bien —empiezo a decir.

—Pero... me dijiste que tus revisiones...

—Sí, eso sí, pero hay algo más —le interrumpo para evitarle esfuerzos innecesarios—. ¿Te acuerdas de que se me empezaron a olvidar cosas? —Asiente levemente sin dejar de mirarme—. ¿Recuerdas el día que me desperté sin saber ni quién eras?

—Eso fue una pesadilla, Julia.

—No, Joseph, no lo fue. Eso eran los síntomas de la única enfermedad que yo no me puedo permitir. La del olvido. —Abre la boca, pero no consigue decir nada. Me mira atónito con sus hermosos ojos negros a través de sus largas pestañas. ¡Qué guapo me parece en este momento!—. Mira, Joseph —prosigo hablando—, te quiero tanto que sé que podría vivir lo que me quede de vida recordando cada uno de los días que pasé contigo. Sé que eso me ayudaría a soportar el inmenso dolor que iba a sentir y nuestros recuerdos serían lo único a lo que agarrarme mientras no pudiera reunirme contigo. —Vuelve a intentar decir algo, pero no sabe el qué. Lo miro y le sonrío; estoy completamente tranquila y, para mi propia sorpresa, la Julia llorona me mira pasmada desde el rincón de la habitación, sorprendida por no haber podido tomar el mando.

»No lo hago por ti, mi amor. Lo hago por mí. Yo también me he vuelto egoísta —intento bromear—. Mi memoria, mis recuerdos, es lo único que no puedo perder, Joseph. Porque sin ellos, sin nuestras vivencias, sin saber quién eres tú y lo que has representado en mi vida no sería yo. No quiero morir sin ellos porque eso sería como quedarme sin ti. Entonces sí que estarías muerto de verdad y eso me aterra más que mi propia muerte. —Me parece increíble estar teniendo esta conversación con tanta calma. Yo, que siempre tuve terror a ese momento, ahora hablo de él y lo planifico con total tranquilidad.

»Joseph, no quiero acabar siendo un cascarón vacío —continúo dulcemente y beso sus manos— al que cambian el pañal o al que le dan de comer sin saber ni quién soy y, lo peor, sin saber quién has sido tú.

—Pero, Julia, tú estás bien..., son pequeños olvidos —insiste emocionado.

—Quiero irme contigo, Joseph, y quiero irme bien.

Tira de mí y nos abrazamos de nuevo. Levanto la cabeza y lo miro. Tiene los ojos llenos de lágrimas y me parecen más bellos que nunca.

—No llores, mi niño, por favor...

—¿Estás segura? —se atreve a preguntar.

—Sí, Joseph, sí —respondo tajante—. Y, aunque no lo creas, desde que lo decidí estoy más tranquila. Si lo piensas bien creo que en mi vida el azar, el destino, Dios o la suerte me han ayudado a encontrar el camino a seguir y a tomar la decisión más correcta. Cuando tú enfermaste, yo no sabía qué hacer, siempre había pensado que yo, por lo que tuve...

Al final las putas lágrimas hacen su aparición y tengo que parar de hablar bajando la cabeza avergonzada.

—Tú sabías que yo no te iba a dejar irte sola —continúa por mí.

—No sé ni lo que pensé, Joseph, solo sé que cuando Marcos me dio el diagnóstico de repente lo vi todo claro y supe lo que tenía que hacer. Desde ese momento, créeme, recobré la paz. —Instintivamente, mete su mano bajo su camiseta y seca mi cara, como siempre lo ha hecho. Vuelvo a sonreír—. Mira, Joseph —continúo tras un largo suspiro—, yo no sé si hay un más allá, pero sé que la fuerza de la mente es tan poderosa que creo que cuando uno muere creyendo firmemente en algo esa fuerza te mantiene ahí,

como en un sueño eterno. Quiero conservar mi mente intacta para que pueda seguir creyendo en ti.

—¿Cómo? —no es capaz de terminar la frase.

—Con las medicinas que tú tienes es más que suficiente.

Tiene una medicación muy fuerte y estoy segura de que la mínima sobredosis puede ser mortal.

—¿Marcos? —pregunta.

—No, no sabe nada. Ni él ni nadie; sería demasiado complicado y demasiado doloroso.

Es cierto. Aquí, en Brasil, se aprobó una ley que reconocía el derecho a morir con dignidad. Tras unas exhaustivas pruebas médicas y psicológicas un comité acepta o no tu petición. Lo malo es que en ese comité está Marcos, y no quería hacerlo pasar por tener que valorar mi propia petición; me parece cruel. Joseph continúa mirándome, incrédulo. Me coge las manos y besa despacio una a una las puntas de mis dedos. Mi memoria funciona y recuerdo la sensación que recorrió mi cuerpo cuando lo hizo la primera vez, igual que ahora.

—¿Julia, estás segura de...? —Vuelve a ser incapaz de completar la frase.

—Completamente segura, mi niño —contesto mirándolo a los ojos—. Como de todo lo que hecho desde que te conocí. Tú solo tienes que decir cuándo, y yo te acompañaré. Así de simple —añado mientras me encojo de hombros con los ojos llenos de lágrimas.

—Así de simple —repite para sí mismo. Abre sus brazos y me refugio en ellos. Su tosecilla y carraspeo hacen que me mantenga a la espera—. Tenía terror por morir y dejarte sola —empieza a decir al cabo de unos segundos—. Me daba pánico el pensar en que no iba a estar a tu lado para poder consolarte, para poder abrazarte,

para secar de nuevo tus lágrimas con mi camiseta. —Sonríe entre sollozos—. O simplemente no poder estar a tu lado. Aquel miedo a que un día me olvidaras o me dejaras de querer hace mucho tiempo que desapareció. Pero esto, Julia..., no sé qué decirte ni qué hacer. Ni tan siquiera sé cómo me siento.

Se calla, emocionado y agotado. Tiene unas ojeras enormes y al haber adelgazado sus pocas arrugas se han acentuado. Sus pómulos están más marcados al igual que su nariz. Pese a todo, o por todo esto, a mí me sigue pareciendo el hombre más hermoso del mundo.

—Solo di que me dejas ir contigo, por favor —suplico y acaricio su cara. Cierra los ojos unos instantes y cuando los abre dos gruesas lágrimas salen de ellos. A través de sus pestañas mojadas me mira con los ojos llenos de amor—. Prométeme que no te irás sin mí —insistí bajito.

Me besa dulce y tierno. Su lengua se introduce suavemente en mi boca y acaricia a la mía a modo de un lento vals. Me transporta al pasado donde aún no hace mucho esto sería el prelude de un momento de amor.

Su gesto se contrae por el dolor y gotas de sudor mojan su frente. Me mira intensamente y veo, de nuevo, lágrimas asomando a sus ojos que cada vez me parecen más bellos que nunca.

—Julia... —consigue decir cuando el dolor remite.

Poso un dedo sobre su boca. Sé lo que me iba a decir.

—¿Nos vamos? —fue mi única pregunta.

Permaneció en silencio, mirándome fijamente sin pestañear, mientras una oleada de dolor contrae su rostro y lo hace gemir de nuevo.

Le leo lo que he escrito. Al final he expresado nuestro deseo de ser incinerados y que nuestras cenizas se juntasen para ser esparcidas por nuestro «Campo de amapolas» y en nuestra playa de Copacabana, que me recibió como solo ella sabe hacerlo y donde nuestra historia de amor tuvo el mejor marco que se podía imaginar. Puedo oír cómo le cruje la mandíbula cuando la aprieta para aguantar el dolor. Sin dudarlo, lo firmo.

—¿Quieres? —Le tiendo el bolígrafo.

Con mano temblorosa, pone su firma al lado de la mía. Con calma y ante su atenta mirada, traigo la medicación que tenía preparada. No puedo evitar ponerme nerviosa y ahora son mis manos las que tiemblan ligeramente. Él lo nota y me las agarra con suavidad.

—¿Estás segura?, no tienes... —Sus ojos febriles me miran asustados.

—Joseph, desde que te conocí siempre he sabido exactamente lo que tenía que hacer y jamás me he arrepentido. —Mi voz sale firme y segura mientras acaricia su pálida y sudorosa cara con mis manos—. Quiero hacerlo y voy a hacerlo, solo quiero saber si tú quieres... que te acompañe.

Por más que aprieto los dientes no puedo evitarlo. Agacho la cabeza, la hundo en su cuello y rompo a llorar; con sus escasas fuerzas me rodea con los brazos y me abraza.

—Mi niña, mi niña. —Siento caer sus lágrimas sobre mi pelo—. Te quiero tanto.

Un nuevo gemido interrumpe sus palabras. Esta vez fue más largo y su respiración se detuvo más de la cuenta cuando cesó el dolor. Abro los ojos y me incorporo asustada. Lo miro sin respirar y, por unos segundos, me angustio pensando que él ya se ha ido. De repente, el aire vuelve a sus pulmones y a los míos, pero sé que la próxima vez puede ser diferente.

—Vámonos, Joseph, por favor —suplico.

Asiente ya sin fuerzas y mi corazón empieza a latir más rápido , tanto como los pensamientos que invaden mi cabeza. Esta vez, todas las Julias estaban de acuerdo, la llorona, la descarada, la de los «y si», la enamorada... Sin el menor reproche, todas se afanan en hacer su maleta y despedirse las unas de las otras para no quedarse atrás. Como en un sueño le doy sus medicinas a Joseph y enseguida me las tomo yo. No hay más que pensar, no hay más que hacer. Si no hay nada más después de esta vida, pues se acabó. Pero si hay algo más, si hay algún Dios, estoy completamente segura de que no nos va a separar. Me besa, lo beso. Con voz fatigada me dice «te quiero, te amo y te deseo» tantas veces como puede mientras, dulcemente, acaricia mi cara con sus manos. Yo también se lo digo a él. Sin lágrimas, le cuento el sueño que tuve. Había tardado en entenderlo, ya que no encontraba explicación a la presencia en él de tantos niños cuando él y yo no íbamos a tenerlos. El día que oí la expresión «los niños de los Levi» lo entendí. En ese sueño, desde lejos, contemplábamos abrazados cómo muchos niños y todos nuestros amigos lloraban.

—En el sueño, mientras nos alejábamos juntos, te decía: «Si supieran lo bien que estamos y lo felices que somos».

Sonríe levemente mientras oye mi explicación.

—Eso es jugar con ventaja —logra decir.

—Piensa en un momento que te guste especialmente —le pido, ya que estoy empezando a notar los efectos de la medicación y me cuesta trabajo respirar.

—Todos los vividos contigo, pero recuerdo especialmente lo que sentí cuando te vi en nuestro primer encuentro, aquí abajo, en la terraza, viendo Copacabana —consigue decir tras varias paradas a causa del esfuerzo.

—Pues nos veremos ahí, los dos juntos, otra vez y para siempre; te lo prometo. —Paro de hablar. Él tiene los ojos fijos en mí y le brillan como nunca—. Te quiero, mi niño. Te amo y siempre te amaré — consigo decir con no poco esfuerzo.

—Tu tiempo es mi tiempo, Julia, ni un segundo más. Te quiero. Nunca me separaré de ti, te lo prometo —jadea fatigado.

Reúne todas sus fuerzas para decir estas palabras. Nos damos el beso más dulce del mundo y apoyo mi cabeza en su pecho. Con sus pocas fuerzas me rodea con sus brazos y nos agarramos las manos. Su respiración es apenas perceptible, pero su piel arde de calor. La Julia seductora se ha quedado ligeramente rezagada, me guiña un ojo y, aprovechando la ocasión, suelta mi mano y pasa mis dedos por mi sexo; se los acerco a su nariz y aspira su olor con las pocas fuerzas que le quedan. Rozó sus labios y noto su sonrisa en mi pelo.

—Buenas noches, mi niño, te quiero más que nunca —logro decir mientras mis ojos se cierran.

—Buenas noches, mi niña, yo te quiero aún más.

Multitud de imágenes aparecen de repente en mi cabeza y empiezan a pasar a una velocidad vertiginosa, a modo de fugaces fotogramas. En todas Joseph y yo. En todas riendo, exultantes, felices y enamorados. Un último fotograma se para de repente. Los dos estamos en la terraza mirándonos, como esa primera vez; la única diferencia es que aquella vez apenas lo pude distinguir, ahora no.

Ahora su rostro está lleno de luz; se acerca a mí con sus hermosos ojos negros llenos de amor, entorna sus largas pestañas y, mirándome como solo él sabe hacer, posa sus labios sobre los míos.

Con un suspiro de felicidad, y como otras tantas veces, me dejo llevar-

*« Así como una jornada bien empleada produce un dulce sueño,
así una vida bien usada causa una dulce muerte».*

Leonardo da Vinci

Voz y verdad



Conmoción en Río de Janeiro por el fallecimiento del matrimonio Levi.

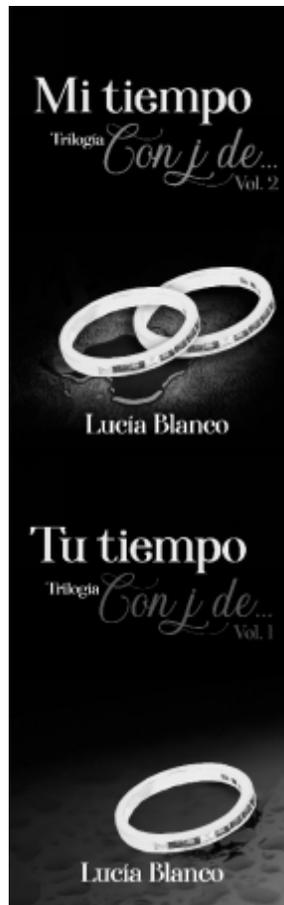
Fundadores de esta revista, Joseph y Julia Levi permanecían retirados de la vida pública y de toda actividad para poder luchar contra la grave enfermedad que el señor Levi padecía desde hace tres años. Lo que no había trascendido era que la señora Levi también estuviera enferma. Sus cuerpos fueron encontrados por el doctor Marcos Figueroa, amigo inseparable de la pareja, quien certificó su muerte por causas naturales. Según sus propias palabras: «Tuvieron la suerte de tener una muerte más que merecida, dulce, feliz, tranquila y juntos. Como siempre han estado desde que se conocieron».

La noticia de su fallecimiento ha corrido como un reguero de pólvora y, pese a los intentos de que su funeral fuera celebrado en la más estricta intimidad, la asistencia de todos los empleados de sus empresas, así como la llegada de cientos de «niños de los Levi» provenientes de los más diversos lugares, lo ha hecho imposible. Ellos y sus familias han querido dar un sentido homenaje a estas dos personas. Su caso por el Hogar Levi ha hecho posible que todos tengan hoy un futuro, junto a su «manada», y en medio de sentidas

muestras de dolor, llamó la atención la presencia de Leo Bonnasera, un poderoso y enigmático hombre de negocios que desde la muerte de su madre vive prácticamente recluido en su lujosa mansión. Bonnasera, un poderoso y enigmático hombre de negocios que desde la muerte de su madre vive prácticamente recluido en su lujosa mansión. Nos unimos a este sincero homenaje y esperamos que desde algún lugar puedan contemplar el inmenso cariño y respeto que hoy se les muestra desde su ciudad.

Tuvieron la suerte de tener una muerte más que merecida, dulce, feliz, tranquila y juntos. Como siempre han estado desde que se conocieron

Descubre las anteriores novelas de esta trilogía...



Agradecimientos

A mi marido y a mis hijos. Me lo habéis puesto muy fácil; en vosotros está la esencia de la fortaleza y bondad de mis personajes. Sé lo que me queréis; yo más.

A Mercedes Pacheco , sin conocerme de nada te pedí ayuda y consejo. Me los has dado haciendo que mi sueño empezará a hacerse realidad, espero seguir contando contigo para siempre.

Paloma Lage , tú has sido la primera en formar parte de mi «pequeño grupo» a mi lado, día a día y desde el primer momento, te sigo necesitando. Gracias a ti conseguí poder volver a mirarme en un espejo.

Mi tía Ana y Pury Lloret , los restantes miembros del «pequeño grupo», por favor, nunca dejéis de serlo.

A Ángel Carracedo y Montse Robelo , muchas gracias por vuestros sabios consejos y la cálida acogida que he tenido en vuestras vidas.

A Ana Fons López, ~Palabra de Pantera~, gracias por tu preciosa dedicatoria, has captado a la perfección la esencia de la historia y, lo más importante, gracias por tu amistad y cariño, para mí tienen un valor incalculable.

También a **Ana Gurdiel y Chari Rodilana** , ambas habéis sido de vital importancia.

A Teresa Zapata ; representaste el reencuentro con mi infancia y gracias por tus palabras de ánimo y aliento en mis momentos de desánimo.

Maloy, Loly y Luz, gracias por vuestras sinceras opiniones; con ello conseguisteis que me esforzara por intentar sacar lo mejor de mí.

A Raquel Antúnez, mi correctora, maquetadora y la voz serena en mis momentos de pánico, y por seguir a mi lado, pese a todo. Te estaré eternamente agradecida.

A Roma García , que ha sabido captar a la perfección la idea de portada que yo deseaba para presentaros mi historia.

A mis personajes, tanto los reales como los ficticios: **Isabel, John, Alberto, Leo, Asun, Señor Andrés...**

Tampoco me puedo olvidar de **vosotr@s, l@s lectores**, por dejar entrar en vuestras vidas la historia que yo os brindo. Ojalá que la disfrutéis leyendo, tanto como yo disfruté escribiéndola.

Pero, sobre todo, mil gracias a **Joseph y Julia** , sois maravillosos y me habéis permitido conocer a mucha gente buena. Sois los únicos

artífices de esta historia, y jamás me olvidaré de ambos.

No puedo decir más que gracias a todos.

Biografía



Me llamo Lucía Blanco Vázquez y nací en Santiago de Compostela un ocho de agosto de 1961. Estoy casada y tengo dos hijos.

Como la mayoría de la gente he pasado por períodos buenos, regulares, malos y peores, pero en todos ellos he tenido un denominador común. Sobre todo, en los malos momentos, leer me los ha ayudado a sobrellevar y escribir me ha ayudado a superarlos; con cada libro que leía me sumergía en una realidad completamente diferente a la que en ese momento me estaba tocando vivir y con cada palabra que yo escribía conseguía volcar en un papel los sentimientos y emociones que estaba sintiendo y que no conseguía expresar de mejor manera.

Me matriculé en la Universidad de Geografía e Historia de la Universidad de Santiago, pero tuve que dejarlo para atender a mi familia. De haberla terminado, sin duda, me hubiera especializado en Arqueología; siempre me ha gustado hurgar en el pasado porque creo que es una buena manera de entender el presente y mejorar el futuro.

Cuando las circunstancias me lo permitieron decidí estudiar de nuevo, pero opté por algo muy distinto; en la actualidad soy Técnica en Anatomía Patológica y Citología, como Julia, la protagonista de mi historia.

Llevo escribiendo muchos años, pero siempre quedaba para mi intimidad y posteriormente acababa en la papelera. Pero quizá porque la vida me ha regalado una segunda oportunidad me he decidido a intentarlo y sacar mis historias a la luz. Para mí sería una gran satisfacción conseguir que alguien entre en el mundo que yo le ofrezco, que sienta como suyas propias las emociones que intento mostrar y que, en cierta manera, mi historia pase a formar parte de su vida.